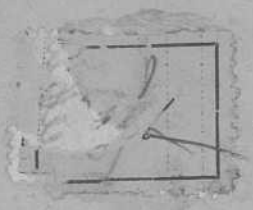

~~18.144~~

14821.

Jn. de
ENRIQUE
MARTINEZ
Lain Calvo 12
BURGOS

La Telúrica, Las Nacionalidades y La Milicia.

Valdelaranova

LA TELÚRICA

LAS NACIONALIDADES

Y

LA MILICIA

POR

D. José María de Casanova

General de Brigada de la Sección de Reserva del Estado Mayor General.
Gran Cruz Blanca del Mérito Militar y Gentil-hombre de S. M.

181

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

B.P. BURGOS
N.R.
N.T. 127020
C.B.
19848

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «EL TRABAJO»
10, Guzmán el Bueno, 10.
—
1903

Esta obra es propiedad de su autor.—Queda hecho el depósito que marca la ley.

A S. M. el Rey D. Alfonso XIII

Señor:

Merecí atenciones muchas de S. M. el Rey vuestro inolvidable padre (q. g. h.); mercedes señaladísimas de S. M. la Reina vuestra augusta madre, á la que venero y admiro, y pecaría de ingrato por estas razones, si al producir mi inteligencia, no lo dedicara á V. M., tanto más, cuanto que á ello me guía el buscar mejoramientos para la Patria tan amada.

Nuestro Marqués de Santa Cruz de Marcenado nos dejó dicho en sus "Reflexiones Militares", que si difícil es el comando de un Ejército, no lo es menos el dictar reglas para conseguirlo; y si la empresa que acometo en mi obra La Telúrica, Las Nacionalidades y La Milicia abarca muchas mayores extensiones, ya que de la Milicia trato, y á más de las relaciones de la ciencia militar con las exactas, naturales, sociales y otras ciencias, he de encontrar las justificaciones de lo grande del esfuerzo, ante mis escasas dotes,

en que obedezco al impulso de la prelación de esos dos sentimientos de mi alma: el del amor á la Patria, y el de la gratitud para con mis Reyes.

De este modo me salvaré ciertamente de la severidad de la crítica, y también porque aún más de lo dicho reconozco, que dejo solo planeado lo que otros hombres de mayores arrestos y aptitudes, han de concluir, siendo yo, en la ocasión presente, un débil reflejo de lo que fueron Blanch, Palmieri, Villamartín y otros, que supieron dedicar sus actividades muchas, á ese mejoramiento de la Patria, para que llegara á ser en los complejos problemas sociales, solucionándoles, uno de los pueblos que buscan ser buenos entre los mejores.

Señor:

A. L. R. P. de V. M., cuya vida guarde Dios muchos años.

Modelo Arroyo

OBRAS DEL MISMO AUTOR

La batalla de Irún y el General Laserna, como General en Jefe. —Folleto, primera edición, agotada.

Armas, Defensas y Organizaciones.—Obra premiada con la Cruz de tercera clase del Mérito Militar, previo informe de la Junta Consultiva de Guerra é informada por la Real Academia de la Historia.—Primera edición, agotada.

Se acompaña el informe último, y el de la Junta Consultiva de Guerra sobre la Cruz de tercera clase pensionada, concedida al autor por sus trabajos en este Centro Consultivo.

Informe de la Real Academia de la Historia.

(Hay un sello que dice: *Real Academia de la Historia.*)

Real Academia de la Historia. — Informe. —*Armas, Defensas y Organizaciones*, por D. José M. de Casanova, Coronel de Infantería. El de *Armas, Defensas y Organizaciones* es el título que el Coronel de Infantería D. José M. de Casanova ha impuesto á un libro de corte militar de que es autor, y que ha publicado en este año de 1894. Su estudio ofrece utilidad innegable para los Oficiales de nuestro Ejército, cualesquiera que sean sus grados y el Arma ó Instituto en que presten sus servicios, teniendo tal carácter de generalidad, que bien puede considerársele como un tratado siquier compendioso de la suma de material que exige el conocimiento y la práctica de la guerra en todos conceptos. Lo indica así su título, y muy luego lo confirma su lectura, comprendiendo el examen y explicación de las propiedades del material de Artillería, su gradual transformación hasta los modelos más recomendados de estos

últimos días; su empleo y eficacia, los sistemas de defensas tan discutidos desde los tiempos en que los ingenieros de mayor autoridad los establecieron en sus países respectivos, como garantía de su independencia, desde Vauban, particularmente, hasta que las plazas han recibido la extensión y el desarrollo de los actuales campos atrincherados, ante el alcance y la fuerza de la moderna tormentaria, organizaciones, después, de esas mismas Armas, y las de Infantería y Caballería, su formación y tácticas peculiares para el combate. Luego se consignan muy meditadas consideraciones sobre lo que son la guerra, el arte militar, la inspiración y otros puntos, cuyo estudio se hace necesario para atraerse la fortuna en los campos de batalla, así como, respecto á la fuerza moral que debe procurarse, adquieran las tropas, concluyendo con un artículo dedicado á la magna cuestión de los Ejércitos permanentes, cuya conveniencia demuestra el autor con razonamientos tan convincentes como bien presentados y escritos. Como habrá podido observarse, el libro del Coronel, Sr. Casanova, es esencial y exclusivamente militar, y la Academia ha rehusado en varias ocasiones emitir informe sobre trabajos que, además de no ser de su competencia, tiene Tribunal adecuado y autorizado en el Ministerio de la Guerra. Pero ese Tribunal, que no es otro que la Junta Consultiva de Guerra, ha emitido informe favorable sobre el libro de que se trata, y acaso esta circunstancia pudiera estimarse suficiente para considerar cumplida la información que el Gobierno exige antes de decretar subvención, según el Real decreto de 12 de Mayo de 1875. Parece, pues, que debiera contestarse á

la Dirección de Instrucción Pública en este sentido. La Academia, de todos modos, acordará lo que tenga por más conveniente. Madrid, 25 de Mayo de 1894.—*José Gómez de Arteche.*—Academia de 1.° de Junio 94. Aprobado.

Es copia del original que se conserva en esta secretaría.—El Secretario, *C. Fernández Duro.*

REAL ORDEN

Excmo. Sr.: Accediendo á lo propuesto por V. E., de acuerdo con esa Junta en pleno, en su escrito 20 del actual, cuya copia se inserta á continuación, el Rey que Dios guarde, y en su nombre la Reina Regente del Reino, por resolución de 28 del mismo mes, ha tenido á bien conceder al Coronel de Infantería, D. José María de Casanova y Palomino, la Cruz de tercera clase del Mérito Militar con distintivo blanco, pensionada con el 10 por 100 del sueldo de su empleo actual hasta el ascenso al inmediato.

De Real orden lo digo á V. E. para su conocimiento y demás efectos. Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid, 31 de Diciembre de 1898.

Sres. Presidente de la Junta Consultiva de Guerra y Ordenador de pagos de Guerra.

INFORME

(Hay un membrete que dice: *Junta Consultiva de Guerra,* núm. 2.078.»)

Excmo. Sr.: El Coronel de Infantería D. José M. de Casanova y Palomino viene hace más de cinco años desempeñando el cargo de vocal de la cuarta Sección de esta Junta, demostrando en todos cuantos expedientes han sido sometidos á su estudio, dotes nada comunes de ilustración, celo y actividad. Ha hecho luminosos trabajos sobre pla-

nes de estudios de Academias militares, acerca de obras de texto para las mismas, sobre otras de Derecho, Criptografía, servicios de la Guardia civil, Gramáticas inglesas, prontuarios del mismo idioma, organizaciones de España y otras naciones, construcciones de baterías, minas y polvorines, memorias sobre la táctica, reforma del armamento, Historia, perspectiva lineal, ley de reclutamiento y reemplazo, Pedadogía militar, campaña de Filipinas, ejercicio del idioma alemán y otros muchos expedientes de diversas clases y materias. En las reuniones de la citada cuarta Sección, ha sido objeto muchas veces de elogios por sus informes, mereciendo que así se consignase en las actas de las mismas con la aprobación de su presidente, que con tal motivo ha felicitado á este jefe por el detenido estudio que siempre hace de los asuntos que se le confían, mereciendo especial mención el que hizo de la historia de la táctica. Si los méritos citados son dignos de encomio, no lo son menos los que constan en su hoja de servicios. Ingresó en el Ejército en clase de cadete en 1863, obteniendo el empleo de Alférez por promoción, grado de Teniente por gracia general; Teniente, grado de Capitán, Capitán, grado y empleo de Comandante y grado de Teniente Coronel y Coronel, por mérito de guerra; y en 1.º de Septiembre de 1893, el empleo que actualmente ejerce, por antigüedad. Está en posesión de dos cruces rojas del Mérito Militar, de la medalla conmemorativa del sitio de Bilbao, con los pasadores de San Pedro Abanto, Muñecas y Galdames; de Alfonso XII, con los pasadores de Pamplona y Orio, y de la Guerra Civil, con los pasadores de San

Marcos, San Marcial é Irún; Cruz y Placa de San Hermenegildo. Por Real orden de 20 de Marzo de 1894 (*Diario Oficial* núm. 69) se le concedió la Cruz de tercera clase del Mérito Militar, sin pensión, por la obra de que es autor, titulada *Armas, Defensas y Organizaciones* Es Comendador de número de la Orden americana de Isabel la Católica, á propuesta del Ministro de Fomento, con motivo del nforme que á cerca de la citada obra dió la Real Academia de la Historia. Por carta expedida en Portugal en 2 de Junio del 94, le fué concedida la encomienda de la Orden de Nuestro Señor Jesucristo, y últimamente ha sido nombrado Gentil-hombre de Entrada de S. M. el Rey (que Dios guarde). Todos estos méritos los ha tenido en cuenta esta Junta en su reunión, celebrada en pleno el 17 del actual, que queriendo dar una prueba en consideración al Coronel de Infantería D. José M. de Casanova y Palomino, por sus relevantes circunstancias de ilustración, celo y amor á la institución armada, ha acordado, por unanimidad, proponerle para la Cruz del Mérito Militar de tercera clase, con distintivo bianco, pensionada con el 10 por 100 de su actual empleo hasta su ascenso al inmediato, como comprendido en el caso primero del artículo 19 del vigente reglamento de recompensas en tiempo de paz. En vista de tal acuerdo, tengo el honor de hacerlo presente á V. E. para la resolución que estime más de justicia. — Dios guarde á V. E. muchos años.—Madrid, 20 de Diciembre de 1898. —Excmo. Sr.—*Camilo G. de Polavieja.*—Rubricado.—Excmo. Sr. Ministro de la Guerra.

ÍNDICE

Páginas

PRÓLOGO 23

Primera parte.

LA TELÚRICA 25
El firmamento.—Capítulo I 27
La tierra.—Caps. I y II 31
La vida en el planeta.—Cap. I 40
El hombre.—Caps. I y II 44
Las razas.—Caps. I, II, III y IV 49
La sociología y sus relaciones.—Caps. I, II y III 65

Segunda parte.

LAS NACIONALIDADES 69
La filosofía de la Historia.—Capítulos I y II 71
Grecia.—Caps. I y II 78
Roma.—Caps. I, II y III 83
El cristianismo.—Cap. I 90
Las religiones.—Cap. I 94
El feudalismo.—Cap. I 98
El monotelismo y el islamismo.—Caps. I y II 114
El imperio franco.—Cap. I 123
El imperio alemán.—Cap. I 126

Páginas

Las cruzadas.—Caps. I, II y III.... 129
El Renacimiento y la Reforma: Tercero y cuarto período.—Las modernas edades, 1453-1789 hasta nuestros días.—Caps. I, II, III, IV y V.... 143
España.—Cap. I.... 165
Fernando el Católico.—Cap. II.... 169
Carlos I.—Cap. III.... 176
Felipe II.—Cap. IV.... 181
Resumen.... 187
Inglaterra—Cap. I.... 193
La filosofía y el Estado.—Cap. II.... 197
El problema económico.—Cap. III.... 205
La política.—Cap. IV.... 214
El Ejército.—Cap. V.... 221
Francia.—Cap. I.... 241
El Estado social.—Cap. II.... 250
El Estado político.—Cap. III.... 273
Alemania (Prusia): Desde el gran elector Federico Guillermo á Federico Guillermo I.—Cap. I.... 286
Desde Federico II á Federico Guillermo IV.—Cap. II.... 299
Guillermo I y II.—La industria.—El libertariado.—Cap. III.... 321
La paz y las alianzas.—De Block y la Guerra.—Caps. I, II y III.... 344
La talasocracia.—Caps. I y II.... 360
Marvá, Tesla y Echegaray.—Caps. I, II y III.... 377

Tercera parte.

LA MILICIA.... 399
La guerra y el Arte militar.—Capítulo I.... 401
La educación é instrucción militar.—Cap. II.... 417
La estadística, el reclutamiento y el reemplazo.—Cap. III.... 426
Los Centros docentes militares: La educación y la instrucción civil y militar.—Cap. I.... 450
El juego de guerra.—Cap. II.... 465
El Estado Mayor General y el Estado Mayor del Ejército.—Cap. III.... 476
Alemania.—Cap. IV.... 482
Francia.—Cap. V.... 494

Páginas

Austria-Hungría. -Sus escuelas.—Cap. VI 503
Los fusiles.—La tormentaria.—El terreno.—El municionamiento y el Gran Estado Mayor.—Los fusiles.—Cap I 520
La tormentaria.—Cap. II 525
El terreno.—Cap. III 543
El municionamiento.—Cap. IV 547
El Gran Estado Mayor.—Cap. V 553
La Ciencia militar: El Arte y la Ciencia.—Cap. I 571
La evolución histórico-técnica.—Cap. I 582
La evolución histórico-científica.—Caps. I y II 593
La política de la guerra.—Cap. I 619
La estrategia.— La logística. —La táctica.—La estrategia.—Capítulos I, II y III 641
Francia 657
La logística.—Caps. I y II 660
La táctica.—Caps. I, II, III y IV 680
La táctica reglamentaria.—Caps. I, II y III 710
Conclusiones.—Cap. I 719

PRÓLOGO

«Cualquiera que sea el curso de los sucesos, la influencia ejercida por los pueblos de la Península ibérica sobre el resto del mundo, es una de las que perdurará por muchos siglos.

El genio español se revela históricamente por la duración de sus obras en todos los países que ha dominado; en Sicilia, en Nápoles, en Cerdeña y en Lombardía, la arquitectura y las costumbres recuerdan los rasgos y caracteres de sus antiguos dueños.

La América latina conserva de tal modo el carácter y los usos castellanos, que cualquiera al recorrer aquellas ciudades puede suponer que se halla en la Península.

Un territorio inmenso, doble que Europa en extensión y donde se habla el castellano, se halla frente á frente de las grandes ciudades anglosajonas, siendo, por esta razón, los españoles los únicos que pueden disputar á los ingleses y á los rusos la preponderancia futura en los movimientos étnicos de la humanidad.»

Elíseo Reclus en su Geografía Universal.

A la demostración de esta síntesis evolutiva de la humanidad, tan sabiamente concebida como hermosa-

mente expuesta, propendemos: España obedece á la ley natural, sus hijos han de sacarla, no de la finalidad, si de la decadencia en que postrada se encuentra; y si al contemplar las riquezas de su suelo, bajo todos los aspectos que se consideren, se pueden recordar aquellas palabras de la *Biblia*, que dicen: «Creced y multiplicaos»; nosotros, al tener autoridad para ello, agregaríamos: instruíos, organizáos y entendéos para entrar de nuevo en ese consorcio de la vida internacional, con aquellas ó más energías que las que hicieron decir á Carlos V: «El sol no se pone nunca en mis Estados», al recuperar el puesto que le dejara Julio César en esas luchas de razas en que la eslava, la germana y la latina se disputan la hegemonía de la Tierra.

PRIMERA PARTE

LA TELÚRICA

LA TELÚRICA

El firmamento.

I

«Ab Jove principium».

ANULAR el tiempo y el espacio es el tema actualista del hombre iniciado en las últimas edades, sin duda para resarcirse de lo perezosamente que en las anteriores se desenvolvieron las ciencias ó permanecieron estacionadas en grandes lapsos de tiempo.

Con Hellás (Grecia) por cuna, con derivaciones del Masr (Egipto), y con una pléyade de nombres eminentes, que fueron otros tantos hitos que determinaron el camino recorrido por las ciencias en sus grandes conquistas, llegó la humanidad á mucho de cuanto buscaba, pues el hombre cuando lo ignoraba todo, al contemplar el espacio y la tierra y al mirarse á si mismo, sin darse cuenta, llamaba á las puertas de las tres grandes ciencias conjunto total de la sabiduría: la Teología, la Cosmogonía, con sus anejas la Cosmología y la Cosmografía, es decir, las ciencias conjetural, especulativa y descriptiva, y por último la Antropología.

En la ciencia de Dios tenemos los católicos la fuerza de la verdad por el origen, los grandiosos realismos del dogma y la doctrina, y las eficacias inagotables que por todas partes brotan de la

unidad indiscutida que ofrecen éxitos sin ejemplos, y que en el camino estadístico de relación nos da hoy, según Otto Neussel, de católicos 13,5 por 100, protestantes 7,9, cismáticos 5,9, judíos 0,3, mahometanos 12,1, bramas y budistas 52,5, y paganos 8,2 en los 1.440 millones que pueblan la tierra.

En cuanto á la Cosmogonía, es decir, á la generación del mundo, ya hemos citado las partes en que se divide, y como ciencia conjetural y especulativa, cada pueblo se la explica á su manera, y los hombres se detienen cuando sus limitadas facultades se lo imponen, retroceden si conocen el error, y todos piensan que su credo es la única verdad. Nosotros consideramos á esta ciencia como efecto de una causa, Dios, y de ahí que la encontremos íntimamente ligada con la Teología y que hagamos extensivo nuestro criterio á lo manifestado sobre dicha ciencia, contrayendonos en esta ocasión á lo que tenemos como rama de ella, la Astronomía, que es de lo que va á tratar esta parte de nuestro estudio.

Dice el gran Laplace sobre asunto tan preferente: «Es la Astronomía por la dignidad de su objeto y la perfección de sus teorías, el monumento más hermoso del espíritu humano y el título más noble de su inteligencia, seducido por las ilusiones de los sentidos y por el amor propio, consideróse el hombre largo tiempo como centro del movimiento de los astros, siendo castigado su vano orgullo por los horrores que esos mismos astros le inspiraban. Finalmente, muchos siglos de trabajo desgarraron el velo que le ocultaba el sistema del mundo, y se vió entonces sobre un planeta casi imperceptible en el sistema solar, cuya vasta extensión á su vez es tan solo un punto insensible en la inmensidad del espacio. Los sublimes resultados á que le condujo este descubrimiento, son bastante á propósito para consolarle del rasgo que asigna la tierra, mostrándole su propia grandeza en la extraña pequeñez de la base que le ha servido para medir los cielos. Conservemos cuidadosamente, aumentemos el depósito de conocimientos de tanta alteza, delicia de los seres que piensan; sus servicios á la navegación y á la geografía son muy importantes; pero su mayor beneficio está en haber disipado los temores causados por los fenómenos celestes y destruído errores hijos de la ignorancia en que estaban de las verdaderas relaciones que nos ligan con la natura-

leza, errores y temores que renacerían tan pronto como se extinguiera la antorcha de la ciencia.»

La sintésis es estrecha, pero abarca de manera admirable y con sublimes tonos la historia de una ciencia que ha seguido idénticos derroteros que las demás, aunque las fechas de sus reales conquistas no sean las mismas, es decir, que de la simple contemplación se pasó en ella al examen, de éste al análisis, de aquí á las confirmaciones de identidad en los fenómenos, y por último á la ley, trocando en positivo lo que especulativo era.

No hay para qué hacer historia entrando en el detalle; para nuestro objeto bástenos citar que en la evolución de la Astronomía hubo dos grandes períodos: el pretelescópico y el que parte de la fecha de tan poderoso auxiliar; por lo demás, de su antigüedad, escuela y períodos, diremos que cuando se creyó que se tenían por verdaderas conquistas y se había de decir: no se puede ir más allá, el análisis espectral abrió nuevo y extenso campo á esta ciencia, que cuando se pensó no poder salir del sistema geométrico del mundo ideado por Copérnico, Galileo, con el anteojo de su invención, sondó por primera vez los espacios infinitos del firmamento, cerrando el primer período dicho de la Astronomía y ofreciendo la Astrofísica, verdadero complemento y nueva rama de la ciencia.

Pero no pararon aquí los rápidos descubrimientos de esta parte de la sabiduría del hombre tan esencial, con instrumentos más perfeccionados, los límites de la observación se extendieron y ante los errores de la grandiosa idea concebida por Kepler y ampliada por Descartes sobre el enlace de la naturaleza celeste y terrestre, aparece Newton, que encuentra la verdad descubriendo las leyes, da armonía al conjunto y fundamenta el sistema mecánico del mundo, cerrando así el gran ciclo que podemos considerar abierto por el astrónomo chino Tchenkong, 1.100 años antes de Nnestro Señor Jesucristo.

La Uranología, según Ampère, que la divide en Uranografía, Heliostática, Astronomía y Mecánica Celeste, después de estas transformaciones y perfeccionamientos, sin olvidar lo que influyó en ellas las tablas alfonsinas del Rey sabio, que fueron como trasunto de cuanto los árabes habían alcanzado, y que Purbach, Regiomontano y Waltero complementaron como preparación de la nueva ciencia que había de iniciar Copérnico, desde Newton, de-

cimos, quedó estacionada en su parte fundamental, pero no en las ampliaciones debidas á muchos hombres eminentes como Comte y otros, y á los poderosos auxiliares de potentes y exactos instrumentos y de la fotografía.

Desde la tierra, desde ese elemento cósmico del mundo sideral, esparcido en un mar etéreo sin orillas, hemos de penetrar en sus innumerables islas y continentes, en sus ensenadas y puertos, en sus profundidades insondables; vano empeño, recordamos lo que sobre este particular dice Malte-Brun: que si nos montamos en un rayo de luz y marchamos á su velocidad, que según Roemer es de 308.000 kilómetros por segundo, Firseau 315.364 y Cornu 300.330, después de pasar minutos, horas, días y años de caminar incesantemente á tan vertiginosa rapidez, nos encontraríamos con muchos números, con guarismos interminables en representación de millones de millones de kilómetros recorridos, que habríamos visto infinitos sistemas planetarios, no menores nebulosas, formadas ó no por ellos, con más ó menos estrellas que nuestra vía láctea, á la que contó Hersschell con su anteojo 18 millones, nebulosas que se suceden en dirección á donde va lo que al hombre no le es dado comprender; tendríamos, decimos, todo esto y más si fuera posible explicarlo; pero con relación al sitio, á lo que hubiéramos adelantado con tan fantástico vehículo, resultaríamos con que nos encontrábamos en los mismos comienzos de nuestra empresa, nuestro espíritu muerto y la esperanza desvanecida de luchar con lo imposible.

Este es el Firmamento mostrado con la fría lógica de los hechos, y los idealismos en pos de la imaginación más potente, después de atravesar nuestra atmósfera de 60 kilómetros; de llegar á la luna, al sol, á los astros todos de nuestro sistema planetario; de abandonar los instrumentos ópticos, porque su alcance han terminado de dejar la luz y tomar el pensamiento, y tras de impulsos intelectuales é inconcebibles por esos cielos, de lo real pasan á la congetura, de lo exacto á la especulación, la penumbra intercepta y desvanece, la oscuridad anula; y aquellas nebulosas que el hombre consideró como conglomerados cósmicos de lo que tomó el nombre y que por el telescopio se encontraron puntos brillantes y luego estrellas, esas nebulosas, decimos, que considera el hombre bajo su conocimiento, se ven sucedidas en los es-

pacios por otras y otras que ocupan el sitio que aquéllas tenían en su inteligencia, y el hombre vuelve á su madre tierra, que á su vez va trazando en ese espacio infinito en sus perfectas revoluciones una espiral también infinita que no ha podido determinarse, en la que busca acaso la morada de su eterno reposo, según dice Riter, pero que en nuestra opinión está trazada por la ley que forja esas cadenas invisibles que llamamos fuerzas centrífuga y centrípeta que esclavizan nuestro astro al sol en su sistema planetario, éste á otro y otros, que con otros unidos en sucesiones infinitas, se encaminan al Ser Supremo de todo origen, á Dios.

Lo que pudiéramos considerar como el torbellino de la vida universal, se extiende ante la vista del hombre despertando su codicia por saber, no desmaya por su impotencia; tras de un desencanto viene la justificación de la ley que le dice: anda y no te detengas; y ésta debe ser la suprema razón de la existencia vertiginosa en que la creación y la humanidad se agitan, el por qué de intentar el hombre la anulación del espacio y el tiempo, ya que desde el firmamento, con sus infinitas extensiones, hasta la casi perceptible gota de agua que el vapor produce, llevan gérmenes idénticos, objeto de indagación para la ciencia entre los dos infinitos.

La Tierra.

I

Su diosa y de la libertad es Freya, según Reclus; diosa de la Mitología escandinava, llamada á su vez Siofuga, lo es también del amor y la reproducción. La Tierra en el espacio y en el sistema planetario del Sol, que es 1.255.000 veces mayor que ella en la vía láctea, que es inmensa aglomeración de soles y planetas, faja de luz alrededor del universo, nebulosa que es un en-

jambre de astros desvanecido en el espacio infinito, en el que existen cielos y cielos; la Tierra, decimos, con relación al mundo sideral, es menos, mucho menos que un átomo comparado con su masa; pero si la consideramos aislada, su enormidad es tanta que la ha hecho infranqueable al hombre, hasta hoy, en su total conjunto.

La Tierra viene á ser una representación de los mundos por ella misma, por la forma de su órbita, por sus diversos movimientos alrededor del Sol y en su eje; por la sucesión de los días y las noches y por todos los fenómenos que rigen las grandes leyes cósmicas, resultando, por lo tanto, que si la estudiamos, lo hacemos con todos los astros, pues hemos dicho la íntima relación que en cuanto hay existe.

No hemos de disertar sobre la Geología ni la Geonomía en la ocasión presente, toda vez que no se impone para reconocer que la primera, como todo, y la segunda, como parte, han determinado el proceso evolutivo de la Tierra hasta llegar á ese medio ambiente necesario á la existencia del hombre, punto de donde hemos de partir más principalmente para llegar al objeto que perseguimos.

Los budhistas explican tal evolución diciendo: «La existencia de la Tierra puede compararse á la de una montaña de diamante sobre la cual se pasara de siglo en siglo, una sola vez, un paño de ligerísimo algodón para desmoronarla».

Pero ni esta metáfora ni los estudios de Werner, Hulton y Cuvier, según los diferentes sistemas que representan, ni los de Vilanova ni Hangton, que recuerdan los 1.800 millones de años que supone para que la temperatura inicial del globo descendiera de 1.300 grados á 24; hieren la inteligencia del hombre como la simple contemplación de cuanto le rodea, hasta hendirse en el infinito de lo inconcebible, y en donde la Tierra marcha en forma de un esferoide con una depresión supuesta en cada polo de un trescientosavo de su radio, ó sea 21 kilómetros.

Las influencias ígneas de sus entrañas, las erupciones volcánicas que ellas determinan la destrucción y renovación de cuanto en su superficie existe, aludes y movimientos de hielo, nacimientos de fuentes, formaciones de ríos, sus ocultaciones, cataratas, inundaciones y deshielos, derrumbamientos de acantilados, apa-

riciones de bancos de arena y de islas, tempestades, huracanes y trombas, las curvas de los arroyos, las arenas de las dunas, las ondas de la playa, los tormos de los ríos, los poderosos estratos de los montes y la inmensa superficie del Océano, nos muestran esa marcha incesante de la materia de nuestro planeta en las varias y distintas transformaciones de su constante evolución en sí misma.

La naturaleza geológica de su suelo influye en las desviaciones notables de su forma terrestre, como también la proximidad de grandes cordilleras de montañas; esto fué demostrado por Strube en los trabajos que dirigió en la gran triangulación llevada á cabo desde 1816 hasta 1852, debiendo observarse que las desigualdades de curvatura únicamente se revela á los astrónomos, porque en ninguna parte se interrumpe la horizontalidad aparente de las superficies de las llanuras ó de los mares, por lo que el hombre tiene más en cuenta que las desigualdades dichas de curvatura que afectan á la redondez del globo, las sensibles á su vista, es decir, los relieves que forman las rugosidades de las mecetas, montañas y valles.

Esto, en lo que la Tierra nos resulta en su conjunto para llegar á la apreciación de su volumen, podemos formar una idea al suponer que la luz, al poderse propagar en línea recta, ya que su velocidad se toma como término de comparación en astronomía, le daría la vuelta en un segundo siete veces; pero para tener idea más cierta, hemos de considerar que el hombre empezó por la medida con la unidad del pie, la braza, el codo, y en la distancia, por la recorrida en cierto tiempo, como la parazanga, el estadio y la legua, bien terrestre de 25 al grado, marítima de 20 ó de 15. Pero de estos grados de equivalencia no se dieron cuenta, encontrando la verdadera medida cuando Aristóteles, fuente de enseñanzas para todo, Erastostenes, Hiparco y otros astrónomos, supieron tender desde el firmamento la artificiosa y no menos ingeniosa cuadrícula de los grados, «como una especie de red, según Strabón, consiguiendo así colmar el inmenso espacio que se dilataba desde la Tierra á los cielos»; entonces se descubrió según Faye la milla, ó sea la sexagésima parte del grado, medida que modificó después la ignorancia de la Edad Media.

Desde entonces hasta el siglo XVIII, nada remarcable podemos

citar; en esta época los académicos franceses Delambre y Mechain, designados al efecto, determinaron una medida común, el metro, la diezmillonésima parte de la cuarta de la circunferencia de la Tierra, que vendrá á tener, por lo tanto, 40.000 kilómetros. Pero Pinssant, Biot y Aragó mostraron los errores cometidos en las medidas por las dificultades naturales con que hay que luchar en ellas, resultando sobre un onzavo de milímetro que excede el metro tal como debiera ser al común. Sucediéndose para esta delicada misión varias comisiones, y figurando como presidente de una de ellas nuestro inmortal General Ibáñez, que prestó valiosos servicios á la causa; asi se vino á la concluyente que el metro legal debe definirse como el igual al que existe depositado en el archivo de la oficina internacional de pesas y medidas de París.

Ello es que, despreciando esa diferencia mínima, imperceptible á nuestros ojos, se puede considerar la línea que diera la vuelta á la Tierra por los polos, con una longitud de 40.000 kilómetros, según hemos dicho, distancia que, según Schubert, tardaría en recorrerla un hombre marchando al paso, sin detenerse, un año. La superficie de la Tierra, según Wolfers, es de 509.930.553 kilómetros cuadrados; según Encke, de 509.950.638; y la masa es de cerca de 1.083.000.000.000.

II

La Tierra, arrastrada en ese torbellino de la vida universal, no cesa un momento en sus movimientos distintos; describe, como hemos dicho, una serie de espirales elípticas de tal complicación, que los astrónomos no han podido calcular en su conjunto las diversas curvas. Girando sobre sí misma, traza una elipse en el espacio alrededor del Sol, en la que ocupa este astro uno de sus focos, y con él se deja arrastrar la Tierra de cielo en cielo hasta lejanas constelaciones; además, se balancea sobre su eje como queriendo saludar á los cuerpos sidereos que en su marcha encuentra, sin pasar dos veces por las mismas regiones, á tal extremo, que si hubiera de recorrer de nuevo el camino andado, le costaría pa-

sar por la espiral de elipses que ha recorrido, tantos miles de millones de años, que completamente cambiada al terminar su marcha, resultaría distinta; porque la naturaleza inmutable en sus leyes, pero eternamente variable en sus fenómenos, no se repite jamás.

En ese movimiento giratorio sobre sí mismo, nuestro globo lo hace de Occidente á Oriente, en sentido opuesto, como es natural, al movimiento aparente de los astros; esta rotación ha de acentuarse desde los polos, que es nula al Ecuador, donde se muestra con su mayor velocidad; en San Petersburgo, 60 grados de latitud, 14 kilómetros por minuto; en París, 18 kilómetros; en el Ecuador doble que á los 60 grados, 28 kilómetros por minuto, ó sea cuatrocientos sesenta y cuatro minutos por segundo. De este movimiento resultan los días y las noches, y es de tener en cuenta para determinar la dirección de los fluídos que en la superficie de nuestro planeta se mueven, como los ríos, corrientes marítimas y atmosféricas.

En su movimiento de traslación alrededor del Sol, como hemos dicho, describe una elipse, uno de cuyos focos ocupa el astro central del sistema, foco cuya excentricidad equivale á 17 milímetros del eje mayor.

En su afelio la Tierra se encuentra distante del Sol 151.250.000 kilómetros, y en el perielio 145.700.000 kilómetros, siendo la distancia media, según las correcciones de Hausen y Puiseux, 148.250.000 kilómetros, distancia que los rayos solares tardan en recorrer 8' y 14", y que el sonido lo haría en quince años.

El planeta, según las célebres leyes de Kleper, en este movimiento tiene tanta más rapidez cuanto más se acerca al Sol, y recíprocamente, pudiendo apreciarse su velocidad media en 30 kilómetros por segundo, cuya vertiginosa velocidad y el movimiento giratorio, hacen que la línea descrita por cualquier punto del globo se trueque en una espiral y que la revolución ánua cause la alternativa de las estaciones.

Si el eje de la Tierra fuese perpendicular al plano de la órbita, los días y las noches serían de doce horas en los dos hemisferios; pero dicho eje tiene una inclinación de 23,5 grados sobre el citado plano y conserva esa oblicuidad en las rápidas transiciones de los días y las noches, dando continuos cambios de aspecto. Menos en

dos veces al año, que son los equinoccios, en que los rayos del Sol caen perpendicularmente sobre el Ecuador, en todo el resto de las situaciones ánuas, alternan los hemisferios en recibir la mayor cantidad de luz.

Empieza el año astronómico el 20 de Marzo, en el equinoccio (igualdad de las noches) llamado de primavera, antes germinal, por partir de él esta estación en el hemisferio Norte. Como el Polo Norte mira hacia el Sol por la inclinación del eje, el hemisferio boreal recibe mayor cantidad de luz, mientras que el austral queda con menos; los rayos del Sol hieren más verticalmente cada vez el Norte del Ecuador, y el círculo de luz, lejos de detenerse en el Polo, donde empieza á reinar un día de seis meses, avanza mucho más allá por las regiones boreales, y la Tierra, en su marcha, llega al primer solsticio el 21 de Junio, hallándose su eje muy inclinado hacia el Sol, que irradia en el cénit del Trópico de Cáncer 23,5 grados al Norte del Ecuador, y su luz ilumina toda la zona glacial ártica, ó sea el casquete que mide 23,5 grados alrededor del Polo Norte.

Acabada la primavera en este punto, principia el verano aumentando los días en el hemisferio Norte, disminuyendo las noches y pasando todo lo contrario en el Sur. El 22 de Septiembre el Sol vuelve á encontrarse en la línea ecuatorial, en el otro equinoccio; la Tierra, en vez de presentar al Sol el Polo Norte, le presenta el del Sur, y para el hemisferio meridional empieza la primavera, mientras que en el del Norte el otoño; á los tres meses, el 21 de Diciembre, se halla en el cénit del Trópico Meridional ó Capricornio, situado á 23,5 grados al Sur del Ecuador terrestre, y ofrece por entero á sus rayos la zona glacial antártica, siguiendo así hasta que se cierre el ciclo con el primer día de primavera en Europa y de otoño en su antípoda la Australia.

La forma elíptica de la órbita terrestre y la velocidad desigual del globo, en los distintos puntos de su trayecto, determinan una diferencia muy notable en la duración de las estaciones, asunto preferentísimo puesto que ha de influir en cuanto vive en la superficie de la Tierra. Durante la primavera y el estío del hemisferio boreal, emplea ciento ochenta y seis días en describir la primera y la mayor parte de la órbita, mientras que en la segunda tarda ciento setenta y nueve, resultando una diferencia de siete á ocho

días, que tiene de menos en estas estaciones el hemisferio Sur, y como también la inclinación del Polo Norte al Sol es más duradera en aquel período, las horas del día son más al Norte del Ecuador y las de la noche en el Sur.

Existe, sin embargo, cierta compensación para este hemisferio, pues mientras la tierra pasa por su perielio, el menor tiempo de calor recibido se equilibra con la mayor cantidad. En contraposición á esto, existen las observaciones en las temperaturas de los vientos y corrientes de las aguas que dan el resultado que á igual distancia del Ecuador las tierras del Sur son más frías que las del Norte; pero está por averiguar si resulta la diferencia de lo dicho ó de las estaciones. Muchos astrónomos afirman que la intensidad del calor es en razón inversa á su duración, y todos los geólogos convienen en que á consecuencia de la irradiación nocturna, el hemisferio de menor estío debe enfriarse más pronto.

Reclus, al hablar de la precesión de los equinoccios, á propósito de esto, 16' en cada evolución, dice: que en doscientos diez siglos el eje de la Tierra completa su balanceo, y que volverá á ocupar respecto al Sol, próximamente el mismo sitio en el punto de partida, y que empezará el segundo ciclo de estaciones, después de haberse invertido en los dos hemisferios á los ciento cinco siglos.

Además, agrega el sabio geógrafo, la elipse que la Tierra describe en el espacio alrededor del Sol, se alarga ó acorta, ya se parece á un círculo, ya aumenta la excentricidad de su foco; actualmente el eje mayor excede al menor en 16 ó 17 milésimas, pero hace cien míl años la excentricidad era triple, y hace ochocientos cincuenta mil quíntuple. De donde resulta, que la diferencia entre los dos estíos y los dos inviernos varía de ciclo en ciclo, mientras es de ocho días hoy, hace ochocientos cincuenta mil años se elevaba á treinta y seis días y diez horas, y hace diez mil años se reducía á cuatro días y veintidós horas. Con lo que debemos observar que si las estaciones se influyen de tal manera con las asoleaciones del globo, según toman éstas los dos hemisferios, no han podido ser indiferentes en la sucesión de los dos períodos geológicos con sus oscilaciones de glaciales ya suspendidos, polares ó encauzados, estudiados por Hugi, Agassiz, Tindall y otros; los climas abarcando desde la placidez del medio hasta los extre-

mos más irresistibles, con las suaves transiciones y los cambios más bruscos, la variedad inagotable de la flora y la no menos extensa de la fauna, en todo, repetimos, ha tenido que influir las asoleaciones del planeta.

Pero no es esto sólo; la atracción de la Luna y las perturbaciones causadas por la aproximación de los planetas, modifican sin cesar la curva que describe el eje terrestre en el estrellado firmamento, y la complican con un sinnúmero de espirales cuyos diversos períodos no coinciden con el gran período del balanceo. J. Carret en su obra *Le Déplacement polaire*, dice á propósito de esto. «¿El mismo eje se halla realmente fijo como admiten provisionalmente los astrónomos? ¿No caminan los polos por la superficie de la Tierra, como las ondas sobre la superficie de las aguas, y no se desarrolla el Ecuador á la manera de las olas?» En la Tierra como en el Cielo manifiesta J. Rainaud en su *Térre et Ciel*, las ondulaciones sucesivas forman un sistema de espirales entrelazadas: es la revelación del infinito. ¿Qué duda tiene decimos nosotros, que todo lo que afecta al movimiento que es la vida, ha de influir en ella misma? Sea rotación, traslación en el sistema, el balanceo rítmico del eje, las corrientes de los fluidos, la atracción de la Luna, lo que otros planetas afecten, la precesión de los equinoccios, en fin, tendrán distintos nombres, varia manera de ser, influencia distinta, pero todos ejercen función en la vida universal y en la de la Tierra.

Aun hay más, el Sol arrastra á remolque á nuestro planeta de unos cielos á otros, determinándose así un movimiento doble, que es el de traslación de la Tierra, hasta hace poco desconocido. En un segundo, la Tierra avanza 71 kilómetros próximamente hacia el punto del Cielo en que se encuentra la constelación Hércules; en un año resultan 1.225 millones de kilómetros, según Bessel *Cosmos* de Humbol; pero Struve estima el avance anual en 240 millones de kilómetros, existiendo, por lo tanto, una diferencia de 985 millones, cantidad enorme que hace vacilar en lo que sería un dato trascendental si hubiera unidad de criterio.

Y pregunta Reclus, ¿esa enorme distancia que la luz no podría salvar en menos de dos horas y cinco minutos, forma parte de una elipse descrita por todo el sistema planetario alrededor de un núcleo de atracción que el astrónomo Maedler ha creido des-

cubrir en Alcione en medio de las pléyades? O bien como admite Carus en su *Natur und Ydee* ¿esa porción de órbita no tiene por foco, como las curvas de las estrellas múltiples, más que un centro de gravedad común á varios astros, un punto matemático eternamente móvil en el espacio infinito? No lo sabemos. Y si esto dice tan eminente geógrafo después de citar á los astrónomos dichos y hechos estudios como los que requieren su tan celebrada obra, ¿qué hemos de agregar nosotros dada nuestra incompetencia y además tan lejos de nuestro objeto? Pero sí anotaremos respecto á esas exploraciones del espacio infinito, de ese mar insondable de los Cielos, que no obstante los trabajos de Willian y Herschel se conocen 2.500 nebulosas en las que los más poderosos telescopios no han podido distinguir las estrellas.

Meyer, James, Thomson, Tyndall, Adams, Delaunay y otros muchos, dicen que el movimiento anual de la Tierra decrece 22 segundos por siglo, que hace 10.000.000 de años, afirma el segundo, que la velocidad del movimiento era doble, y que después de nueva serie de años, el impulso del planeta disminuirá de siglo en siglo, á no ser que una fuerza cósmica obre en sentido inverso y compensara la pérdida de rapidez causada por el roce de las mareas contra el fondo y las orillas del Occéano. Tampoco en esto encontramos rumbo fijo, desde el momento que se hace la suposición gratuita de la influencia de un agente imprevisto, debiéndose por lo tanto sacar como concluyente de todo cuanto hemos dicho, apoyados por la ciencia, que la Tierra por sí misma, por sus posiciones, movimientos y marchas en el espacio, no sólo es un elemento sideral en el firmamento, si no que su manera de ser determinan los días, las noches, los climas y la variedad de todo en sus infinitas transformaciones, en una palabra, que de este modo halla el medio ambiente necesario para la vida que es de lo que vamos á tratar.

La vida en el planeta.

I

Un punto en el espacio, menos aún, pero una mole inmensa de cerca de un billón de kilómetros cúbicos para nosotros, la Tierra va por los espacios infinitos llevando en sí gérmenes de la existencia en tan varias y distintas formas, que no obstante se comprenden en una frase, materia y movimiento. Su líquida y arrugada superficie en proporción de tres y uno, mares y tierra, lleva dentro de sí las fuerzas subterráneas que se muestran por los temblores de tierra y las oscilaciones del suelo terrestre. Las tierras con sus relieves determinan las montañas, mecetas y llanuras, la circulación de las aguas, los lagos, los manantiales, los ríos, las nieves y los glaciares. Las aguas marinas con sus corrientes, mareas, costas, dunas é islas, y envolviéndolo todo la atmósfera con sus meteoros, ¡esa es la Tierra!

Elemento el más esencial de la vida es la atmósfera con su masa gaseosa ya visible, ya apenas perceptible hasta parecer que no forma parte de la Tierra; se extiende unos 60 kilómetros á contar desde su superficie; parece como capa protectora que la envuelve dándole actividad, saneamiento y bienestar, con sus corrientes y contracorrientes que circulan de los polos al Ecuador y del Ecuador á los polos; á imagen del corazón de un organismo vivo, la zona origen de las corrientes atmosféricas, ocupa el centro del Occéano de los aires y deriva alternativamente hacia el Norte y Sur, produciendo, en toda la masa aérea, un movimiento de sistole y diastole que imprime la velocidad inicial á las corrientes arteriales que fecundan todos los puntos del planeta.

La atmósfera es realmente el aliento del planeta, si no existiera, como le pasa á la Luna; según la creencia de la mayoría de

los astrónomos, la muerte se extendería por toda ella, y lo que es alegría y cambiantes en el existir, se trocaría en el silencio y la monotonía del no ser. El aire transparente y sutil se compone de los mismos gases que encierra en mayor abundancia la corteza del globo. En la atmósfera se hallan igualmente los cuatro elementos principales de todo organismo vegetal ó animal: el oxígeno, el azoe, el hidrógeno y el carbono, los dos primeros como elementos constitutivos del aire, el tercero mezclado con el oxígeno en forma de vapor de agua, y el cuarto mezclado con el aliento que espiran los animales y con algún otro gas procedente de la descomposición de las plantas.

El aire es manantial inagotable para cuanto vive, formando aéreos ríos que en espirales le esparce por la superficie toda del globo, por donde quiera que pasa llevando cuantos gases arrastra en uniforme mezcla, distribuye la vida; á las regiones templadas en donde tienen su verdadero asiento los pueblos civilizados, trae el oxígeno que exhalan en la zona tropical, sus bosques extensísimos, y da al hombre para él, ese principal elemento, llevando el carbono que le es tan perjudicial á esos bosques y dándole vida al reino vejetal. Los vientos mismos, son también poderosos agentes geológicos.

La vida es la belleza en sus más perfectas manifestaciones, y allí donde los organismos sean más y de más variada forma, esa belleza será más grande en prodigios y ostentaciones. No podemos mirar nuestro globo desde otro astro para poder apreciar su grandioso conjunto; nuestra imaginación ha de suplir al defecto y será tanto más cercano á la realidad, cuanto potencial tenga el medio que ha de intentarlo.

La Tierra, envuelta por un aire diáfano, con armonía de formas, sus rítmicas disposiciones en sus accidentes exteriores, la luz que la colora, el calor, la electricidad y el magnetismo que originan tanta variedad de fenómenos en el mundo orgánico de la atmósfera, de la Tierra y de las aguas, desarrollando verdaderos torbellinos de actividad en el mundo de la vida vegetal y animal, que los elementos en sus fuerzas creadoras engendran por misteriosos y sinnúmero de transformaciones, la Tierra, decimos, así ideada, aunque no vista en conjunto, resulta verdadero, prodigioso, maravillosísimo encanto; nos sentimos morir y pensamos

en ella, porque en el Cielo, después de Dios, el espíritu no ve más que lo que le cansa y extravía, pero en la Tierra vamos del conjunto al detalle y nos paramos en un cielo, sí, en el que nos vió nacer, en un pedazo de tierra, en el que hubo de soportarnos por vez primera; y la casa y el arbol, y el recuerdo del compañero de la infancia, nos da el adiós al dejar el mundo, como se lo da el Guadalquivir á Sanlúcar de Barrameda y á sus naranjales, pinares y playas, al hundirse en los abismos del Occéano, después de haber llevado con su paso, alegrías á la huerta, riquezas á las llanuras y bienestar en todas sus pintorescas márgenes.

El reino vegetal se enseñorea en la superficie del planeta de manera imposible de describir; desde el limo verdoso que germina en los pantanos, hasta el corpulento eucalyptus que se eleva á más de cien metros en la región de las nubes; desde el modesto líquen esparcido por el suelo cual si fuera rastro de sangre á la colosal encina, comprende multitud de especies aún no definidas del mismo modo que sucede en el reino animal desde el infusorio al hombre que se considera el rey de la naturaleza y coopera libremente, hasta cierto punto, al cumplimiento de su destino. En todo ello se encuentran abismos que la ciencia procura salvar, explicando desde su origen hasta su composición y transformaciones; podía citarse en apoyo de esto, que el químico en la retorta ha sorprendido un verdadero fenómeno: la transformación de gases inorgánicos en sustancias semejantes á las que se forman en los cuerpos organizados; pero en cambio, los naturalistas no están conformes en la definición de especies, porque mientras que unos creen ver simples variedades, otros piensan que existen caracteres completamente distintos.

De las 6.000 especies de Linnec, á las 120.000 de Charles Martins, bien puede apreciarse la distancia que existe. En las especies no clasificadas, Candolle supone un número de 40 á 50.000, y sin embargo, según Reclus, no se habrá llegado á la cuarta parte del inventario de las producciones vegetales del globo, que puede considerarse vestido de plantas en toda su extensión, aunque no suceda lo mismo en la parte florestal, pues solo existen núcleos de árboles esparcidos por toda su superficie, que el hombre cuida por un lado exterminar y por otro reproducir á su antojo.

Las plantas tratan de invadir los territorios de las otras, bien

por sus semillas, sus esporos, sus tubérculos ó vástagos; por todos estos medios propaga su especie, pero las especies rivales le disputan el terreno, le limitan las estensiones pretendidas, y evitan que una sola especie cubra la tierra. Darwin en comprobación de esto, supone que una sola Orchis Maculata con sus 186.000 semillas, cubriría de una alfombra verde toda la tierra, con solo el plazo de cuatro generaciones.

Cada especie tiene en la Tierra su dominio especial determinado por la naturaleza del suelo, clima, temperatura, humedad, luz, vientos y marcha de las corrientes occeánicas, no pudiéndose determinar las líneas isotermas de cada una de las especies en sus límites, porque el comienzo del período vital de cada una tiene un punto de partida distinto, su termómetro especial según la tendencia á que propendan sus gérmenes en el desarrollo, que es lo que ha de dar la resultante.

Otro de los grandes problemas que existen para el hombre es determinar los límites del reino vegetal y animal, pues no pueden ni indicarse con probabilidades de éxito, según la opinión general. ¿Quién puede distinguir en esos contornos difusos de la existencia en sus primeras manifestaciones, las células que se aglomeran en cuerpos vivos y se separan de este modo de la tierra para constituir individuos con propia existencia, que crecen como los vegetales y se agitan y devoran su presa como los animálculos? Empresa sería no fácil de conseguir aunque se intentara una y otra vez; es este el mundo infinitamente pequeño; á partir de él, la muchedumbre de los animales no debe ser inferior al número de las plantas; sobre 28.000 se calculan las especies, aunque bien pudiera decirse que se desconocen, excepto en los grupos superiores, que son los menos ricos en animales de formas distintas. Dichas especies escalonadas, forman una progresión en orden invertido á sus perfecciones, que vienen á ser como resumen de las especies inferiores, lo que contrasta con lo que en el reino vegetal pasa, toda vez que el número es mayor en proporción á su grado de desarrollo.

El reino animal es dependiente como las plantas de la influencia telúrica, que le asigna un área de habitación limitada, pero como los animales tienen el medio de la locomoción, encuentran no sólo la ventaja de buscar los climas adecuados marchando á

ellos, si no que escogen sitios y se defienden bajo la tierra de los rigores del clima, mientras que los vegetales no pueden contar con ninguna de estas defensas; es más, necesitan siglos para las emigraciones de razas. La lucha es también característica, equilibrándose las energías de unas especies en su acometividad, con la ligereza ó astucia de las otras en su propia defensa, condiciones que sobresalen, entre otras circunstancias, para la perpetuidad de todas ellas, ley que el hombre cuida de quebrantar, pues si bien por un lado transforma y embellece la Tierra, por otro agosta y aniquila todo aquello que le ofrece peligro, ó no le facilita utilidad manifiesta.

El hombre.

I

Los Humboldt, los Ritter, los Guyot y los Peschel, evidenciaron con sus trabajos la solaridad de la Tierra y el hombre. La idea madre que inspira al ilustre autor de la *Erdkunde* (Cosmos), el más hermoso monumento geográfico de los siglos, como lo llama Reclus, es que la Tierra constituye el cuerpo de la humanidad, y que el hombre á su vez, es el alma de la Tierra. De la influencia de la Tierra sobre el hombre y de la reacción del hombre sobre el planeta, nace esa armonía que constituye la historia de la especie humana, y nuestro espíritu se eleva al reconocer verdad tan hermosa.

Si la ciencia geológica cuenta con los métodos, cuyos autores hemos citado, Werner, Hulton y Cuvier, neptuniano, plutónico y palenteológico, la Antropología tiene también distintas escuelas, la monogenista de Quatrefages, la poligenista de Agarres, la transformista de Lamark y la de selección de Darwin.

Dejando á un lado toda clase de reflexiones sobre la doctrina antropocéntrica, como lo hemos hecho con la geocéntrica, las ideales del transformismo, sin la base sintética, con su nebulosa vital, el plasma y la célula, hasta llegar á la aparición del ser más complejo, el microcosmo, y admitiendo sólo la ley de Dios que el Pentatéuco nos muestra, lo primero que se nos presenta, á poco que se reflexione, es el problema más esencial de la existencia; efectivamente, aceptado el origen de la humanidad desde seis mil años há, que cuenta con un contingente que se aproxima á 1.500 millones y que la tierra en su superficie del globo tiene 136.038.872 kilómetros cuadrados. De lo que resulta que en 60 siglos, de dos seres para toda la Tierra, la densidad actual es sobre once por kilómetros cuadrados; es decir, casi un hectómetro cuadrado para cada uno, densidad no alcanzada en una evolución proporcionada y progresiva, sino que mientras en los 55 primeros siglos la propagación fué lenta, penosísima, en los cinco restantes, ó algo más, ha poblado casi un tercio de la tierra; ésta, á la humanidad de hoy le parece chica; ¡la idea asombra!, pero es real.

Ese número y esa cantidad, con la existencia vertiginosa que la humanidad lleva en tal lapso de tiempo, parece que no están dentro de los límites que la realidad comprende, pues aceptando su aparición en el globo en el período cuartenario ó antrópico, al que precedió el levantamiento en masa de la mayor parte del continente europeo, determinándose las nieves perpetuas, produciendo la dispersión de muchas especies de animales y plantas, asurcando el suelo y dando relieve con el volcanismo y otras causas, desde entonces decimos á la Geografía estática actual, el concepto de relación hace se evidencie el criterio dicho, toda vez que esos profundos cambios no pueden influir hoy de igual manera en las manifestaciones de la vida en el globo.

Deshecha la penumbra de la prehistoria á medida que se avanza á la protohistoria, en plena historia con verdaderos alcances, gracias á la ciencia paleontológica que nos ha dado el conocimiento de mucho que pertenecía á los otros órdenes, tenemos la marcha de la humanidad en los períodos paleoléticos y neolíticos; es decir, el hombre luchando en aquellas edades de piedra y metales, con los medios que cada uno de ellos le facilitaran en los bosques para abrirse paso y contra las fieras para defender su

vida, que conseguía no siempre con tan débiles medios de defensa, llegando así á estacionarse con el fuego y otros elementos descubiertos, crear la familia, base de la sociedad, dar con su estabilidad la más perfecta, verdadero origen á la agricultura y á la población, con cuevas, cranoges, palafitos y aun campos atrincherados; iniciarse á la vez el pastoreo, la existencia nómada, y de este modo de la familia formar la tribu, el clan, la fatria, el municipio ó ciudad y el pueblo ó Nación, siempre en el vehículo indiscutible de la evolución, el legado y la asociación para llegar á pueblo civilizado y no sufrir las consecuencias que los naturales tienen con el atavismo.

II

«En donde quiera que nieve, reina la libertad civil; allí donde crece el plátano, el sistema animal se presenta perezoso y alienta á costa de superiores impulsos, distinguiéndose los hombres por su sensualismo y crueldad.» Este pensamiento de Emerson quiere decir que la influencia telúrica afecta cuanto en el globo existe, lo que, como hemos dicho repetidas veces, es innegable; así, pues, las zonas hipsométricas y otras concausas, han determinado climas y razas, dibujándose en la humanidad, desde su origen, dos tendencias, las mismas que en los animales y plantas: la auctóctona y la ecuménica, sólo que mientras en éstos la influencia es real, aunque distinta, en aquélla además el agente poderoso de la civilización se ha cuidado que vaya desapareciendo tal diferencia; tenemos, pues, al hombre, que puede habitar toda la tierra y agruparse en nacionalidades á su antojo.

La nacionalidad cuenta con cuatro elementos: la religión, la etnografía, la política y el lenguaje; el primero, que es indispensable á esta agrupación, como espontánea, los datos estadísticos siguientes nos darán algún conocimiento de elemento semejante que, complementados con el estudio de las luchas religiosas de la humanidad, nos harán formar su exacto juicio: 400 millones de cristianos, 180 de mahometanos, 740 de budhistas y brahmanis-

tas y 116 idólatras; el segundo elemento, como simpático, puede ser una base para la nacionalidad, y de ello nos ocuparemos más adelante con verdadera extensión; el tercero, arte de gobernar, puede agrupar en torno suyo pueblos en donde no concurran las condiciones de los otros tres, incluso la de las fronteras que pudiera considerarse por extensión como otro elemento, pero el político es, sin duda alguna, el más fundamental de todos; y respecto al cuarto, que es la expresión sublime de la inteligencia, comprende la Lingüística, la Filología y lo auxilia la Paleografía; es decir, la ciencia, el estudio y el arte, y podemos considerarlo bajo el concepto que nos ocupa en el caso del primero.

Distintas son las opiniones respecto al número de idiomas y dialectos; Balbi dice existen 860 y 500, respectivamente; Egel 3.643 de unos y otros, y en 608 idiomas está hecho el Padre nuestro en la imprenta imperial de Viena; y por último, otros datos estadísticos nos dicen que el inglés lo hablan 75 millones, el alemán 55 y el ruso 55, ó sea un total de 185 millones; mientras que el español lo hablan 40 millones, el francés 45 y menos el portugués, ó lo que es lo mismo, que la raza latina suma más contingente que la anglosajona ó la eslava.

Del hombre de la Edad de Piedra, arrastrándose penosamente entre maleza y oscuro bosque, acechado por peligros sin cuento, careciendo casi de medios de defensa, siendo víctima frecuentemente por esta causa, sin poder salvar distancias ó poco menos, apenas con traje que vestir ni contar dónde guarecerse, al hombre de hoy que se enseñorea en la Tierra por las ciencias, las artes, las industrias y el comercio, hasta donde nunca pudo ni soñar, hay la misma diferencia de la Tierra de mañana, que será luna según suponen, á la Tierra de ayer que fué Sol, por lo que aseguran; á no ser que el teléfono, el fonógrafo, la radiofonía, el viajar sobre vehículos, cuya fuerza motriz no se divisa, el entenderse con sus semejantes de otros continentes por cables que atraviesan los mares ó por estaciones de telégrafos sin hilos, las vertiginosas velocidades de los trenes, automóviles y motores eléctricos y otros muchos adelantos de la ciencia, sean aún los comienzos de cuanto el porvenir á ese hombre le tiene reservado.

El hombre, desde su origen, tuvo dos medios concetivos, material uno, la población; instrumental otro, la civilización; la

primera une al hombre con la Tierra, y en cuanto á la civilización, considerándola como la exteriorización de la ciencia racional del hombre en medio de la Naturaleza, sus elementos han de corresponder á la racionalidad humana: unos objetivos, fuera del hombre, reales, ciencias y arte; otros formales, espirituales y subjetivos, dentro del hombre, el derecho, la moral y la religión. Los primeros se cumplen cual obras objetivas que trascienden del hombre y se proyectan sobre la Naturaleza, modificándola ó idealizándola con las creaciones del arte y de la industria; los segundos, cual funciones intransitivas ó subjetivas que recaen sobre el propio hombre, engendrando las tres fundamentales instituciones sociales, el Estado, la Moral y la Iglesia.

Distanciado el hombre del ser irracional, que sólo tiene la observación, por la generalización ó abstracción, que son condiciones peculiares á la ciencia, había de buscar la sociedad como primera razón de ella, para de este modo, desde las artes útiles, su origen, pasar por el aspecto religioso, estando en poder de hombres privilegiados, después por el filosófico por largo tiempo, luego el autónomo dado por Aristóteles, para alcanzar más tarde los altos vuelos que admiran las modernas generaciones, y el hombre, casi inconscientemente por la superstición, comenzó á estudiar las leyes á que obedecen los cuerpos celestes; por el dolor estudió la Medicina, la Química por la piedra filosofal, por la dura ley de la necesidad la Mecánica, la Geometría y otras ciencias y la metalurgia por la ley fatal de la humanidad, cumpliendo de esta manera, bajo todos los aspectos que hay que considerarlo, desde su origen hasta las más grandes concepciones de la perfectibilidad humana.

Las razas.

I

Según algunos sabios, las razas no podrán unirse entre sí: el negro no podrá asociarse al blanco de permanente manera: el piel roja de América, el isleño del mar del Sur, el árabe, el mismo chino, no pertenecerán nunca á la familia de los pueblos hermanos; el indio mismo, tan ario en su origen como el europeo de Occidente y su precursor en las artes y las ciencias, quedará relegado á eterna separación de los orgullosos advenedizos celtas, latinos, eslavos y germanos; se justifican de mejor ó peor manera sus aseveraciones, que vienen á ser extensiones, aunque simuladas, de la defensa de la legalidad de los esclavos que Aristóteles hace en su obra *La Política;* pero hemos de repetir, mejor que lo expuesto por la escuela dicha, lo que dice Reclus, que nada afectan las escuelas darwinistas, poligenistas ó monogenistas en el camino de la unidad futura de las razas; más los teóricos de aquella ya citada escuela van más lejos; la teoría absoluta para unos y relativa para otros, supone que la mezcla de razas producirá híbridos que estarán destinados á perecer por esterilidad ó á producir generaciones sucesivas que acabarían por una de las razas originarias, y agregan que ciertos pueblos inferiores incapaces de unirse á los señores del mundo, deberán desaparecer porque la tierra será pequeña para contenerlos.

Vemos repetido nuestro criterio en este último extremo en el concepto del número; pero es muy fácil colegir que todo esto es pura fantasía; pues si la existencia de los híbridos fuera tal como dicen, la humanidad debilitada y deshecha, hubiera poco menos que desaparecido al tener de este modo otro elemento que agregar al de destrucción y de muerte; dice Reclus á propósito de esto:

«Los hombres que se llaman civilizados, han creído muchas veces probar su superioridad sobre las otras razas; con una despiadada destrucción, las han cazado ya para arrebatarles sus tierras, sus joyas y sus armas, ya para procurarse esclavos, ya por tener el placer de saborear la matanza en grande.»

«Por millones y millones hay que contar las víctimas sacrificadas así durante los cuatro últimos siglos, en términos que han desaparecido hasta naciones enteras. Claro es que en medio de esa inmensa carnicería, no iba á consumarse la fusión de las razas. Pero si los europeos, en vez de presentarse como exterminadores ó tratantes sin vergüenza y de hacer el vacío delante de sí, no hubieran sido bárbaros también en su mayoría, si hubieran procurado demostrar su nobleza nativa presentándose como amigos, como seres bienhechores y justos; ¿hay quién crea que no hubiera facilitado la unión entre distintas razas? En todos los puntos del mundo la práctica de la equidad disminuye siempre notablemente los peligros materiales y morales que nacen del encuentro repentino.»

Nada más verdad que lo dicho por el sabio francés: la gestión pacífica y la equidad manifiesta, hubiera facilitado mucho la fusión de las razas, que se verifica, no obstante, aunque sea en mayor plazo, en contra de esos procedimientos que se practican tan contrarios al objeto, y toda la América del Sur, la central con las Antillas y una parte de los Estados Unidos, lo prueban; pues en todos esos puntos y aun en otros, se encuentran las razas mixtas de blancos, negros, rojos, amarillos y aceitunados, formando verdaderos tipos al mezclarse que no se confunden con los primitivos.

Existen pueblos que se acercan al europeo, y casi nos atreveríamos á aventurar que le igualan y aventajan por su idealidad é inteligencia, pues se funden en ellos, aun dentro de la misma raza, las condiciones de más relieve y se atenúan ó sobresalen; las vehemencias del latino y la manera flemática de ser del germano, se equilibran del mismo modo que el indomable espíritu de resistencia del indio y la ternura y el entusiasmo del africano, siendo esto una prueba evidente del criterio que sustentamos. Brugsch, notable egipciólogo alemán, dice, «que no existe disparidad entre las caras de los obeliscos y en los pedestales de las es-

tatuas y los naturales del país»; y agrega: «¿En qué trazo, pintura ó grabado de piedra ó metal, nos han revelado con anterioridad la cara del yankee ó del hispano-americano?»

Pero hemos de ampliar aún asunto que tanto lo merece por su innegable importancia. Guillermo de Humboldt manifiesta en sus *ueber die Kavi-Sprache*, tomo III, pág. 426, lo siguiente: «Las conquistas de Alejandro, la de los romanos, lo hecho en el territorio de los incas, ha contribuído en los dos mundos á que cese el aislamiento y á formar más vastas sociedades. Grandes almas, energías, naciones enteras se agitan bajo el imperio de una sola idea, que en su gran pureza moral les era del todo desconocida; ¡el Cristianismo!, que con su verdad grandiosa y su caridad infinita es el primero que las proclama; los pueblos nuevos se entienden, además, bajo los beneficios de la cultura moral y la intelectual, y el lenguaje forma un haz de la especie humana toda.»

Alejandro de Humboldt, en su tan célebre *Erdkunde*, ya citado, dice en el tomo I, pág. 430: «Mientras tanto, en la unidad de la especie humana rechazamos la distinción desoladora de razas superiores y razas inferiores. Existen, sin duda, familias, pueblos, más susceptibles de cultura, más civilizados, más ilustrados; pero no más nobles. Todos son igualmente hechos para la libertad, para esa libertad que en las sociedades poco adelantadas no pertenecen más que al individuo; pero que en las naciones llamadas al poderío de la verdadera institución política, esa libertad es el derecho de los elementos todos sociales. Una idea que se revela á través de la historia, esperándose cada día su saludable imperio, una idea que, mejor que todas, prueba el hecho constantemente mostrado, más no tantas veces comprendido, de la perfectibilidad general de la especie: la idea de la humanidad. Ella es la que tiende á destruir la barrera que el interés y otras pasiones han levantado entre los hombres, y á que se vislumbre á la humanidad en su conjunto, sin distinción de Religión, de Nación y de color, como una gran familia de hermanos, como un cuerpo único, marchando hacia un solo y único fin: el libre desenvolvimiento de las fuerzas morales. Fin único en su último extremo de la sociabilidad, y al mismo tiempo la dirección impuesta al hombre por su propia naturaleza, por el engrandecimiento indefinido de su existencia. Él mira á la Tierra tan lejos como se extiende, el cielo

tanto como puede descubrir iluminado de estrellas, como su íntima propiedad, como un doble campo abierto á su actividad física é intelectual. Ahora el niño aspira á franquear los montes y los mares que le limitan su estrecha morada, y después, replegándose sobre sí mismo como la planta, suspira después de la vuelta. Esto es, en efecto, lo que el hombre tiene de hermoso y bello, la doble aspiración hacia lo que desea y hacia lo que ha perdido, que es lo que le preserva del peligro cierto de unirse al presente de manera exclusiva.»

»Y la resultante del arraigo de las cosas en las profundidades de la naturaleza humana, á impulsos al mismo tiempo de los instintos más sublimes, es la bienhechora fraternidad de la especie entera toda, y aparece una de las grandes ideas que preside la historia de la humanidad. Un cuadro físico de la naturaleza se detiene en el límite donde comienza la esfera de la inteligencia, donde la mirada se hunde en un mundo diferente. Este límite él lo marca sin franquearlo.»

¡Grandiosos pensamientos!, como hijos de un espíritu superior; el pasado, negación de la libertad, del derecho, de la existencia inclusive, apoyado en criterios como el de Aristóteles, sin duda influído por aquel medio ambiente en que vivía en la «Política» ya citada; el presente, con las ciencias y la moral no exclusa, abriéndose camino cierto el hombre en todas direcciones, en el espacio, en la Tierra, en sus entrañas y allí en donde su inteligencia alcanza, ya con potentes telescopios, fluídos en movimiento por todos sitios y máquinas de todas clases por ellos impulsadas, á semejanza de lo que ve en cuanto le rodea; por todas partes actividad, movimiento y sustitución de la fuerza muscular por la que esas máquinas dan. Las razas, contendiendo para ir delante las que atrás se encontraban; las escuelas y partidos, brotando por donde quiera que el hombre aspira en su incesante desear, y un porvenir en el que las ciencias ofrecen ilimitado campo de conquistas, en el que se acaricia la idea de la unidad de razas, á la confraternidad de la especie humana por doquiera que en el globo exista, en lo que el lenguaje no ha de llevar la menor parte.

Dos ideas: el Cristianismo y la humanidad son en las que fundamentan los sabios citados el bienestar de la familia humana; y se nos ocurre preguntar: ¿Es que la humanidad no está en el

Cristianismo? «Todos somos hermanos», dijo Nuestro Señor Jesucristo, y A. de Humboltd, al tratar de humanizar sus hermosos pensamientos, cambiará el origen, pero nada nuevo dice; es más, aquella mujer que Jesucristo de esclava la elevó á redimida, al ángel de paz del hogar y base de la familia, va hoy por la senda de la humildad, como el manso arroyo que riega el pie del arbusto para que brote el tallo y después la flor que perfuma el ambiente; va, decimos, siendo tal vez el operario más laborioso y persistente en la unidad del lenguaje, que tanto ha de afectar á la de raza, repetimos, yendo de su país á otros difundiendo su idioma y conocimientos, con la rectitud y el amor del sacerdocio entre los niños desde que apenas conocen, hasta que emprenden estudios superiores, y los viajes y comunicaciones fáciles y frecuentes, además del crédito público, la industria, el comercio y la guerra, son los elementos todos que nos han de conducir al fin del lenguaje y la raza única.

Unidad tiene la música con sus siete notas; la pintura con sus siete colores; las Matemáticas con las diez cifras; las medidas la han de tener con el metro, el litro y el área; la moneda con los metales, el papel que buscan su equilibrio en la balanza comercial, y sin embargo, ¿cuántas infinitas combinaciones pueden resultar de lo que pudiéramos considerar como raíces, bien reducidas en número, en estos distintos órdenes? Lo mismo podemos llegar al alfabeto único, al idioma universal, como á la sola raza, porque las influencias telúricas en ello han de ir borrando cada vez más esas diferencias, al salvarse los montes, los ríos, roturarse los istmos y hacer por estos y otros medios más corto el espacio y el tiempo, ya que no se anulen, ¿quién lo duda?, porque la humanidad, como el aire y las aguas del Norte y Sur, y del Ecuador, con la movilidad impulsada por las ciencias, tendrá que venir á una fusión que dé la condición media como resultante más perfecta, del mismo modo que aquellos elementos lo logran en la temperatura que forma el ambiente de la vida más adecuada; y así se explicará que el lapón llegue á ser patagono ó gaucho, el urbek magiar y el aino europeo.

Para ello habrán de salvar, repetimos, las enormes diferencias que les separa, en su manera de ser, en la forma dicha. Las regiones polares son poco á propósito para que existan en ellas

naciones prósperas; su clima y otras influencias hacen sufrir tristes consecuencias á los groenlandeses, esquimales y kachandales, que cual niños de la humanidad sólo saben vivir en sus chozas de nieve.

No sucede lo mismo en las zonas tropicales, salvo sus desiertos, desprovistos de agua y vejetación; su exuberante naturaleza es tal, que el hombre no necesita más que escarbar en la tierra ó sacudir una rama de un árbol para encontrar raíces ó frutos que le sustenten; razones por las que, no tienen estímulo los progresos de la humanidad; si el hurancán troncha el árbol corpulento, nuevas plantas brotan de la rota corteza; si perecen familias y pueblos por epidemias desoladoras, hijas principalmente de la inactividad de los habitantes, muchedumbres de hijos reemplazan á los desaparecidos; y el indio, y cuantos pueblos se les asemejan, tienen la despreocupación de la existencia tan arraigada, como grande es el amor que siente el esquimal por su choza de nieve, ya que ve reproducir á la Naturaleza tan perezosamente.

Entre estos dos extremos existe un medio, las zonas templadas, sobre todo la del Norte: son las que más han favorecido el desarrollo del género humano; en ellas, el flujo y reflujo del Ecuador á los Polos y de éstos á aquél, la marea de los climas son la principal determinante de ello sin los extremos de otras regiones, sin las temperaturas del Norte y los grandes huracanes de los trópicos; el hombre, puede decirse, que disfruta en las zonas templadas de cuanto la tierra produce; bien es verdad que hoy ha dejado de ser la alimentación y el hambre, factores influyentes del bien ó del malestar de la humanidad como lo era en otras edades, pues el comercio todo lo invade entre otras razones.

En estas zonas, la naturaleza menos pródiga hace que el hombre tenga que trabajar para buscarse la vida, y es de notar como en el espacio que no llega siquiera al tercio de la superficie que surge de las aguas, sostiene los dos tercios de los 1.500 millones casi que pueblan el globo.

En Asia se encuentra la rica Flor del medio, que encierra por sí sola más de la cuarta parte del género humano. En Bélgica, Inglaterra y Francia, en su parte septentrional, sobre todo, la primera, que es la más poblada del globo, tiene cerca de dos habitantes por hectárea, veinte veces más que el resto de la superficie continental.

II

Otras de las causas influyentes á modificar los climas, es el relieve del globo, y por lo tanto, afecta muy directamente á la manera de ser de los pueblos. En vez de sucederse del Ecuador á los Polos con regularidad, según las latitudes, las zonas de temperatura se cruzan y se superponen, cambiando el medio repentinamente en muchos sitios, y con él las poblaciones que de él dependen directamente.

De dichos relieves, las mesetas son en los continentes los que ofrecen mayor importancia para la manera de ser de la humanidad; pues dominan, teniendo más seca temperatura por estar más batidas de los vientos, las tierras bajas, ríos, lagos, pueblos y naciones, y además, con su sistema particular de montañas, determinan fronteras, limitan zonas é influyen, como no puede por menos, en la manera de ser de los que las habitan. El tipo más hermoso del hombre vive en los altos valles y en las laderas del Cáucaso; pero en cambio, en los Alpes suizos, se encuentran proporcionalmente mayor número de cojos y de hombres achacosos; en Saboya, los idiotas suben á miles, lo mismo que en los Pirineos y en todas las regiones montañosas; es más, las paperas mismas, enfermedad tan peculiar á los montañeses, pueden ser debidas á la falta de aireación de las aguas en los manantiales, á la ausencia del yodo en las aguas y á las condiciones en que se verifica la asoleación, porque la estruma y la idiotez se ven con más frecuencia en los valles sombríos de los montes que en las llanuras libres, donde esas condiciones del ambiente de la vida se cumplen con aquellos derroches de la naturaleza generosa.

En las mesetas existen además otros contrastes: la de Etiopía la puebla una raza superior á las de Africa, como enorme ciudadela; se eleva entre los desiertos del Oeste, los valles pantanosos del Norte y del Sur y las playas abrasadoras del mar Rojo, tan cambiadas hoy en muchas de sus partes, por la apertura del istmo á la navegación, y con estas condiciones, nada tiene de par-

ticular que sus habitantes se distancien del resto de los naturales del continente.

En las mesetas peruanas que habitaban los incas y otras naciones indias, los altos de Guatemala, del Anahuac y la península del Yucatán, son las partes del nuevo mundo donde han recibido sus naturales civilizaciones originales, gracias á sus ventajas ciertas de un suelo calizo y seco, entre otras condiciones que son las que determinan, con las latitudes y la configuración de las tierras circundantes, la acción buena ó mala en los destinos de la humanidad.

La cima, por lo tanto, puede tener condiciones tales, que sus habitantes se diferencien del resto de los montañeses; éstos todos son rudos, valerosos y fieros; bajan al valle cuando las nieves les hacen abandonar sus casas, sus campos, sus pedruscos y sus rocas, pero no los olvidan, porque su casa domina el llano, descubre lejanos horizontes y se encuentra más cerca del Sol, aunque le caliente menos; su campo le da mies y sus rocas y pedruscos, agilidad y destreza, y apenas aparece el buen tiempo, suben á su hogar con más amor que el que le tenían cuando lo abandonaron, porque deben pensar que nada existe en el mundo como lo que ellos creen su gran dominio.

Los países, suavemente accidentados de la zona templada donde existen colinas, valles, arroyos y ríos, comunicaciones fáciles y paisajes con bellezas de dulces entonaciones, llegan á tener sus habitantes el mayor desarrollo de cultura y bienestar; Alemania, Francia, Inglaterra y los Estados Unidos, son buen ejemplo de ello; pero también se observa que no obstante la frecuente mezcla de hombres é impresiones, la casi comunidad de conocimientos, los cambios de productos, los continuos viajes por distintas causas y otra porción de circunstancias, no han sido bastantes para quitar la frontera natural que separa las regiones.

Cada suelo tiene su raza especial, los terrenos calizos, el granito, la región de las lavas, los cráteres apagados, los valles anchos y fértiles y las zonas de pantanos y arenas determinan esa raza; su armonía con la condición de la tierra que habitan es innegable, aunque hoy por las razones dichas tenga que ser modificada, no obstante que al hablar de un país aparezca ante nuestra vista la imagen de los moradores.

También es cierto que en esa portentosa evolución hacia la unidad de raza ya indicada, antes de lograrlo, si se alcanza, ha de seguir esta lucha cruenta entre las que forman hoy la humanidad, y en la que la anglo-sajona llevaba la mejor parte; lo decimos en pretérito, porque hemos de ver en nuestro estudio, que en la marcha seguida por los pueblos en las distintas edades, que la raza germana recaba su puesto en el concierto de la vida internacional, marcándonos los derroteros que la latina ha de seguir, para recuperar, como otras veces lo ha hecho, el lugar que tenía, aunque en ello vaya luchas de continentes y otra porción de circunstancias que serán escabel que nos lleve al trono del poderío de raza y á la gloria después de su unidad soñada.

Otra concausa existe también que es favorable á esa unidad; los pueblos agricultores lo sacrifican todo á la normalidad, á la quietud, mientras que los montañeses y los que habitan las grandes llanuras estériles y las riberas, en su manera de ser tan contraria á los primeros, al mezclarse con ellos, se equilibran en sus cualidades é influyen en que la agricultura sea en verdad la madre de todas las civilizaciones, enderezando por el camino del verdadero progreso.

Centros de población, y por lo tanto, de influencia determinada en la humanidad, son las grandes llanuras continentales que miran por encima del mar, hacia las islas ó archipiélagos próximos; ellos ofrecen costas que tanto se prestan al comercio, y que constituyen uno de los primeros elementos de la vida de los pueblos, á tal extremo, que los ferrocarriles, lejos de aminorar ese comercio, se ven perjudicados de manera extraordinaria por los barcos costeros de vela, cuyos fletes harían bajar las tarifas en la competencia, á un punto imposible para sobrellevarlo.

También atraen á sus inmediaciones, hasta formar núcleos de población, las minas, estaciones de ferrocarriles, carreteras y cuanto es señalamiento de explotación y tránsito; todo lo que puede influir á que derive en otro sentido la marcha de la humanidad y en la instalación de industrias, maquinarias, productos agrícolas y todo lo que reclama aglomeración de gente, larga residencia y continuas transacciones, modificando, como vemos por todo lo dicho, las relaciones del hombre en la Tierra, variando constantemente el influjo del medio.

III

No hemos comprendido en esta parte del estudio toda la Tierra, porque el hombre no la conoce; según Petermann, le falta en el Norte 6.900.000 kilómetros cuadrados, y en el Sur 18 millones que los bancos y las montañas de hielo han conservado ocultos al ser imposible franquearlos, zonas que vienen á formar los dos casquetes que resultan sobre la vigésima parte de la superficie del globo. Las expediciones de Cook y Drake, la ordenada por el rey sueco Harald Hardrade, 1068, la de Willoughby, en 1553, que con otras llegaron al número de 113 en el año 1870, han sido los esfuerzos hechos en este sentido por el hombre, agregándoles los verificados desde esta fecha hasta el presente; pero como los obstáculos no han aumentado y á los medios de vencerlos le sucede todo lo contrario, se comprende que Parry, en trineo, en 1859, alcanzara la latitud de 82° 45′, que el inglés Markham, en 1876, llegara á los 83° 20′ 26″ y que no cesen las expediciones hasta nuestros días.

En cuanto á los descubrimientos que quedan por hacer en las masas continentales, en Asia, África, América del Sur y Australia se estrechan las distancias de manera sorprendente; en Asia podemos decir, con las exploraciones que hacen todas las naciones cultas y trabajos de ferrocarriles, etc., particularmente Rusia con el ferrocarril transiberiano, aunque Inglaterra ha prestado grandes servicios, como luego veremos, en lo que al conocimiento de las montañas se refiere. En Africa pasa lo mismo, y en el resto del mundo sucede igual, pues el hombre trabaja incesantemente para llegar á su completo conocimiento.

Nosotros hemos plagiado á Colón cuando exclamó: «¡La Tierra es chica!» y si este lo dijo entonces, ¿cuánta más razón existe hoy para repetirlo? No creemos que la parte que queda por conocer de ella pueda influir notablemente en la manera de ser de la humanidad; las regiones polares y lo que de la zona tórrida se encuentre en este caso, son trozos en donde el hombre ha de ser

modificado por las nuevas corrientes que impulsan la vida de los pueblos. La gran obra del hombre en la Geografía está, sin abandonar cuanto á lo dicho se refiere, en estudiar á fondo, primero la región que habita, luego todo lo conocido del globo: los ríos, las montañas, los valles y laderas. Las ciencias y las Sociedades que á su amparo se organizan, llevarán al hombre á que explore las más elevadas cumbres, allí donde las nieves son perpetuas, y como los ingleses llegaron á las de Pococke y Wyndham, es decir, al Mont-Blanc y los otros gigantes de los Alpes, á los grupos conocidos del Pelvoux, Gran Paradiso y del Viso, y como llegarán, por el Club del Himalaya, establecido en la Lahore, á conocer todas las grandes cimas del Asia central, dobles de altas que los colosos de Europa, los demás hombres, decimos, siguiendo tan notable ejemplo, llegarán con ellos, no sin sacrificios de mártires de la ciencia, á cubrir los claros de los mapas con tan preciosos datos.

El hombre alcanzará el coronamiento de su obra con el cultivo mejor y más apropiado del terreno, para que produzca más en el menor espacio con la irrigación por el aprovechamiento de las aguas de los ríos, lagunas y pantanos, el saneamiento de ellos por todos los medios que la ciencia presta, á fin de evitar las terribles consecuencias de las epidemias que, como la del Ganges, por ejemplo, asolan la tierra. Con el avenamiento subterráneo de las aguas, allí donde sobren hasta pudrir las raices, anulando las cosechas, mal que evita Inglaterra con 10 millones de tuberías así instaladas, que recojen por filtración esas aguas gota á gota y las conducen al mar ó á los rios.

El abastecer de aguas limpias á las grandes poblaciones, más principalmente, como París, Londres y Roma, es otro problema que se complementa con el de dar salida á las aguas fecales, y el aprovechamiento de éstas en el cultivo de los terrenos inmediatos, trocándolos en elementos de vida que tanto influyen en el bienestar. París marcha á la cabeza de este particular, pues arrastra al día fuera de la población cantidad enorme de litros, y parte de ellos se elevan al otro lado del Sena, á la península de Gennevilliers, llena hoy por todas partes de huertas que abastecen la población, complementando las mercancías que los trenes acarrean para saciar las necesidades tantas como tienen cuantos le habitan.

Si los ferrocarriles dan grandes elementos de vida á estos inmensos nucleos de población, no dejan de influir menos en toda la superficie de la tierra, á más de 600 mil kilómetros, 1 por 200 cuadrados ascienden hoy su longitud; la vía férrea mayor que deben atravesar el antiguo mundo, es la que empieza en Cádiz y recorre 7.100 kilómetros atravesando por Madrid, París, Berlín, San Petersburgo, Moscou, Samara y Oremburgo, al sur de los montes Urales y desde este punto á Vladivostok, á orillas del mar del Japón que cuenta con otros 7.100 kilómetros, sumando un total de 14.200 kilómetros. Este ferrocarril, cuya segunda línea forma parte del este de la China, en el que fué colocado el 30 de Noviembre de 1901 el último par de rails, es una de las obras más colosales del hombre, y aunque nos hemos de ocupar más extensamente de ello, diremos ahora, que abierta al público, aunque con trabajos provisionales, viajeros y mercancías, pueden utilizar el tren desde Moscou hasta Vladivostok, New Tchwang, Dalny ó Port-Arthur.

Esos trabajos no serán sustituidos por obras de arte de verdadera importancia hasta fines del año 1902 ó principios de 1903. La línea de 2.500 kilómetros entre Khargo é Yrekhté, debe tener un túnel de 1.800 metros, que ha de traspasar el Grand-Khingan y que ahora se salva por medio de una vía á *rebroussement*, que en otros sitios se hace por *lacets*, líneas que culebrean, digámoslo así, y que tienen mucha mayor extensión por lo tanto. Sobre el Nonni hay también un puente provisional de madera, que lo pasan las locomotoras llevando los vagones uno á uno; en el Sungari otro puente, por acabar, hace que se salve por medio de barcas, siendo fácil colegir, que una vez acabadas estas obras, el viaje se ha de hacer en mucho menos tiempo.

La línea transversal que desde las orillas del paso de Calais se dirige hacia Constantinopla, para extenderse hasta Calcuta cruzando el Bósforo por un puente y siguiendo la línea del Asia menor, la detiene el Danuvio. En América tiene una de las arterias principales del globo que mide seis mil kilómetros, une el Atlántico y el Pacífico, y desde Portland á New-York hasta San Francisco.

Los rails salvan los Pirineos, los Cévennes, los Vosgos, el Alpe Wurtembergués, los montes de Bohemia y los Apeninos. En el Semmering y en el Brenner, los Alpes tampoco han podido re-

sistir el ingenio del hombre, que ha sabido perforar un túnel de 12.220 metros por debajo de las montañas del Tréjus, entre la aldea francesa de Modane y el pueblo italiano de Bardonecchia, y no hace mucho se ha visto abierto el subterráneo de 14.920 metros que atraviesa el Gotardo.

En América la locomotora escala la Sierra Nevada de California, 2.140 metros de elevación y 2.520 metros más al Este. En el Estado del Colorado cruza por el Collado de la Veta á 2.846 metros. En la América del Sur hay dos vías férreas la de Lima á la de Oraya y la de Arequipa á Puno que salvan los Andes peruanos á más de 4.000 metros de altura.

Los ingenieros salvan también los ríos con puentes y túneles; un puente viaducto de más de tres kilómetros tiene el San Lorenzo, y no lejos de las cataratas del Niágara atraviesan el río dos puentes más. En la Gran Bretaña existen varios puentes tubulares.

Ni los estrechos deben detener á la locomotora, ni los istmos deben ser obstáculos á la navegación. El istmo de Corinto debe ser abierto, según el último proyecto, por un canal de 7,5 metros de profundidad. El gran canal de Suez, en el que se trabajó dieciseis años, y que, como el de Corinto fué intentado, y lo que es más, hecho varias veces, se comenzó en 1854, siendo un verdadero brazo de mar de 164 kilómetros de longitud, que restablece la antigua comunicación entre el Océano Indico y el Mediterráneo, destruído poco á poco durante las edades geológicas. El canal profundo para recibir los buques de gran calado, y ancho para el fácil paso, cuenta con espaciosos puertos interiores, donde pueden cobijarse flotas enteras, y dos magníficos puertos en los extremos. Asombrosos son los cambios llevados á cabo en parajes donde no podía pasarse sin peligro cierto; poblaciones, como Ismailia, con más de 50 mil habitantes, y Port-Said, que han surgido de las arenas, completan el poblado del desierto de ayer, que cuenta hoy con oasis y jardines, que deleitarían á la vez de causar verdadero asombro á las pasadas generaciones.

Los beneficios de más de la mitad de los seis millones de toneladas que doblaban el Cabo, hace recompense el enorme gasto de 450 millones de pesetas que ha tenido de coste. Bien es verdad que los negociantes de Amsterdan no han vacilado, á su vez,

en construir un canal de 78 kilómetros á través de la península de Holanda, para ahorrar el pequeño rodeo de Zuinderzee y el paso del Texel, y después 27 kilómetros que les han costado 60 millones, que corta la raiz de la península y de los pantanos del Yj, transformados en magníficos polder, ó sea sus extensiones de terrenos rodeados de agua.

Cortés, en 1528, trató de abrir un canal de navegación en el istmo de Telmantepek; después se han sucedido los proyectos que han propuesto la conveniencia de abrir el canal ya por un sitio ya por otro. El adoptado por el convenio de París en 15 de Mayo de 1879, es el de M. M. Vyse y A. Reclus, que atraviesa el istmo por la mediación de la vía férrea entre el puerto de Colón y el de Panamá. El canal, de nivel tendrá 73 kilómetros de longitud y 34 de altura sobre el nivel del mar, y atraviesa la divisoria por un túnel de 1.870 metros de longitud y de la altura dicha, siendo su coste de 500 á 850 millones de pesetas. Recientemente, después de nuestra guerra con los Estados Unidos, cuyo principal objetivo, por no decir el único, fué éste, pues la posesión soñada de Cuba y Puerto Rico no era más que el puente que había de llevarles á los realismos de unir el Pacífico y el Atlántico, desde entonces, decimos, la empresa se ha tomado, como es natural, con verdadero carácter de actividad, y es de suponer que con modificaciones más ó menos acentuadas, el canal sea un hecho, en no muy lejano plazo, y que la obra de interés tan universal, una más estrechamente á las costas continentales, y que las relaciones comerciales y de amistad sean tan estrechas como justamente se aspira conseguirlo.

IV

Vemos, pues, que la humanidad, influída por la Tierra, á su vez ejerce dominio el más determinado sobre ella, junta los mares, escala montañas, las atraviesa, sangra los ríos, los sanea ó cambia de cauce, hace fértiles las tierras estériles, destruye bosques y los reproduce donde mejor le place; agota, desvastándolos, los animales dañinos, y conserva, educa y perfecciona las razas de aquél-

llos que le son más útiles; explota el subsuelo, explora el fondo de los mares y lo cruza con cables, los atraviesa en todas direcciones como señor de pleno dominio; se eleva en la atmósfera y trata de viajar en ella; cubre la superficie del globo de caminos, llena el aire de hilos conductores del sonido, del convenido signo ó de la energía conductora, llegando á la hiperdinámica, donde es inconcebible, pues troca en hegemonía la hiperdulia del hombre; y todo esto que á impulsos de la ciencia hace, le lleva á extender su dominio sobre el planeta, tratando anular, como hemos dicho, el espacio y el tiempo.

Pronto diremos, á seguir así, que las zonas templadas, donde todos estos gérmenes muestran la plenitud de sus actividades, se amplían con la tórrida y tal vez con parte de las polares; la Naturaleza parece que converge á un solo fin, al hombre: ¿qué le va á ser imposible sobre la Tierra? Cuanto más hace y más conquista, más invierte los términos del trabajo material por el intelectual; el músculo animal lo convierte en máquina, desgarra los fluidos y se los aplica á este fin; su inteligencia á la vez va extendiendo prodigiosa, mágicamente su radio de acción hasta lo inesperado, y la ciencia traduce tan grandiosa evolución en una frase: ¡La Industria! El poder industrial del hombre toma proporciones inconcebibles.

Según los cálculos estadísticos, todas las máquinas que en el año 1860 funcionaban en Inglaterra en beneficio de la industria, representaban una suma de actividad de 1.200 millones de hombres útiles, mucho más que la fuerza colectiva de la humanidad, porque las tres cuartas partes de cerca de 1.500 millones que la componen, son demasiado débiles, jóvenes ó viejos para hacer un trabajo sostenido. Este enorme poder se acrecienta con el de Francia, Alemania, Italia, Rusia, y con el de todos los países donde la civilización importa máquinas y los motores aplicados al trabajo desarrollan fuerzas que llegarán á ser indescriptibles. El soplo del viento, las corrientes de agua, el vapor, la electricidad, son otras energías que suplen las del hombre en su propia labor; la industria realiza una tarea mayor cada año y contribuye á modificar el aspecto del planeta.

Pero mucho más le está reservado al hombre para mañana cuando encadene á su servicio el poder del soplo continuo de un

huracán de las Antillas, ejercido en un reducido espacio, cuando aproveche las fuerzas de las olas, las de las lavas y de los gases comprimidos que se agitan en las profundidades de la Tierra, cuando las fuerzas todas de la humanidad se unan en vez de neutralizarse. ¿Quién puede alcanzar lo que el fluido eléctrico ó las ondas de la atmósfera, en su conocimiento, pueden influir en el porvenir del hombre? Apenas unidos los continentes por cables, casi no hacen falta por el telégrafo sin hilos; se aplica la electricidad á los tranvías dentro de las poblaciones, y se habla de experiencias que en trenes con esta energía arrojan velocidades de más de 200 kilómetros por hora; la radiofonía nos da este fluido como vehículo, y creemos no concluiríamos nunca á pretender citar las prodigiosas conquistas de la ciencia, porque apenas una alcanzada, aparecen dos, tres, mas exigencias de otras tantas aspiraciones perseguidas.

Los barcos que recorren esos mares pasan de 200 mil, los marineros de un millón; por todas partes la actividad se muestra, la vida se sustenta, y nuestro globo, llevando en si tantas manifestaciones de su espléndida naturaleza, puede que algun día conduzca por los espacios infinitos una familia humana que, cual los torbellinos de su atmósfera, la recorra toda ella con las mismas velocidades y con pueblos hermanos, dentro de esas perfecciones de la criatura, el fundamento de la confraternidad y de la paz soñada, es la potencial de los vehículos, transmisores y ejércitos; unos y otros han de ser los sostenedores de la inteligencia de los pueblos y de la moral bien entendida: si la humanidad llega á ser una, la religión, el lenguaje y el recuerdo de las mismas costumbres de razas, no serán los factores que menos influyan; pero lo que jamás podrá anularse es la guerra, es la más lejana de cuantas aspiraciones tiene el hombre; creemos más, que es infundamentada, porque la lucha existe en todo, la lucha es esa hiperdinámica, la vida, que se compone, lo mismo de las vibraciones del átomo que de las espirales múltiples é indeterminadas que los grandes astros trazan en los espacios infinitos del firmamento.

La Sociología y sus relaciones.

I

Lo social, total y genérico, es propio de la Sociología; y lo particular y específico, corresponde á las distintas ciencias sociales.

AZCÁRATE.

Esto quiere decir que la Antropología, la Religión, el Derecho, la Economía y el Arte, con la Historia y su Filosofía, tienen aquella jurisdicción que marca su forma sustancial y progresiva; pero que las relaciones que han de guardar entre sí, lo que da ese equilibrio á que todo obedece, sólo es peculiar á la Sociología; de otro modo dicho, el hombre puede ser sacerdote, filósofo, militar, historiador, artista; pero tales manifestaciones no pueden resolver el problema social, porque lo que á la sociedad afecta, la solución de sus complejísimos problemas, solo la sociedad puede resolverlo; y así, la Ciencia, el Derecho, la Economía política, la Moral y la Religión, evolucionan, como hemos dicho, y modifican la forma y alteran el fondo, por el legado que la época anterior deja á la que le sigue, viniendo después la ciencia Sociológica á formar el grandioso conjunto armónico de elementos tantos, como ciencias distintas abarca el hombre con su inteligencia, tras el fin que persigue de la verdad relativa.

Detenerse en ese camino, sería no querer salvarse de la miseria por la economía, de la ignorancia por la ciencia, de la superstición ó impiedad por la Religión, del vicio por la moral, y del servilismo por las energías organizadas por la Milicia; bien seguro que si la inacción conduce á extremos tales, las pretericiones ó preponderancia entre dichos elementos llevan á los pueblos á la anulación de su existencia, ó á la impotencia de regirse así mismos, que viene á ser el baldón más grande de la humanidad.

En el dominio de estas ciencias, sus relaciones, las secuelas

que de todo ello han de originarse, existe naturalmente una escala gradual que recorre desde esa anulación de los pueblos hasta la hegemonía de otro; es decir, de la muerte, al signo virtual más grande de la existencia: así fué ayer, así es hoy y será mañana, los medios, la forma serán diferentes, pero la resultante es invariable; y cada pueblo encajará en su sitio en ese certamen incesante en que la humanidad lucha por la existencia.

De todo esto se deduce como consecuencia lógica, como verdad inconcusa, que el pueblo que llegue á conocer las causas de su decadencia y ponga eficaz remedio, podrá anularlas, dando actividad si la molicie existe, ciencia si la ignorancia prepondera, virtud si domina el vicio, equilibrio si reina el desconcierto, verdad si hay error, administración si se toca la pobreza y energías si faltan, disponiendo de los elementos activos y pasivos para que sus funciones de acometividad y propia defensa lleguen á alcanzar el máximun de sus eficacias.

II

Los deberes integrales sociales, son los encomendados á la vida colectiva que se propone todos los fines humanos: la familia, el municipio, la provincia y la nación. La familia como fundamento social, su base el matrimonio, como existencia indeclinable de la existencia humana, con sus deberes internos y los que de ella brotan; una entidad moral, un organismo jurídico, con todos los fines encarnados en la esencia humana, religioso, educativo, económico, de producción, consumo y distribución, dirigiendo su vida con arreglo á los principios justos, en una palabra, un pequeño Estado; y si hemos de considerar á esta familia y no al hombre, como la célula de la humanidad, cuanto queda dicho, viene á ser el germen, la base fundamental, para todas las extensiones de la humanidad descrita.

El municipio es una institución jurídica con limitaciones determinadas, pero comprendiendo esos mayores límites que le han de ser propios.

El Estado es la entidad encargada de que el derecho se cumpla; el derecho nace en el hombre de lo que tiene originariamente propio; tiene derecho á su pensamiento, á su actividad y á sus obras, y el Estado ha de amparar el ejercicio de todo derecho, estimulando las costumbres, esclareciendo la conciencia, enalteciendo el espíritu y vigorizando, bajo su tutela, á los pueblos en sus organismos todos: verificándose así el concierto humano bajo el concepto jurídico, lo mismo que el social, sin desatender los puntos de contacto que bajo los dos aspectos han de existir; deduciéndose de aquí, que si el hombre tiene derecho á su pensamiento, á su actividad y á sus obras, que si con elementos tales adquiere la propiedad y establece la familia, para conservarlas ha de defenderlas con su inteligencia, con sus energías ó con las dos á la vez: primero, bajo el amparo de la ley, luego por la ley de la fuerza, hasta donde sea menester llegar, siendo la consecuencia lógica y natural, que el que más inepto ó más débil sea, aquel llevará la peor parte en la contienda.

La Nación es la Patria, emblema sagrado de la criatura; es para el Estado, la familia y el hombre lo que la sociología para las demás ciencias, es la égida bajo la cual se acojen los elementos todos que la forman, se organizan en perfecto equilibrio, marchando así en alas del progreso tras de esa verdad relativa, única que es dable alcanzar al hombre.

De la Nación, de su conjunto, han de partir las derivaciones todas; desde la Patria se llega en orden descendente al individuo, porque invertir los términos, pretender que el hombre sea el factor principal á que todo se sujete, sería como decretar el sacrificio del todo, la nacionalidad, por las partes que la forman.

En la nación ha de desarrollarse la higiene, como moral del cuerpo; la lógica, como moral del entendimiento; el derecho político, como deber de Estado; la pedagogía, en la academia; la economía política, en las sociedades industriales y mercantiles; la Iglesia, en los principios teológicos; el museo, en la perspectiva artística; las sociedades benéficas, en el eterno código de la conciencia y el amor patrio y las enseñanzas militares que él nos obliga desde que las enseñanzas comienzan, hasta que el hombre es útil; sólo de este modo pueden cumplirse deberes tan sagrados como ineludibles.

III

La academia tiene dos funciones: la heurística, que ejercen los Ateneos, Liceos, Academias, etc., y la didáctica, que ha de estimular el trabajo y recoger las conquistas de la inteligencia, que comprende escuelas, institutos y universidades: las primeras preparan las aptitudes, los segundos las manifiestan y las terceras cultivan la vocación individual; pero no inculcando las ideas del educador, sino despertando las ideas intelectuales del educado, método reconocido como esencial en los principios fundamentales de la pedagogía; llenando así en los tres estados educativos las exigencias que requieren su mayor efecto: en la infancia, la enseñanza sensible; en la juventud, la que habla á la imaginación, y en la virilidad, aquella en que la razón predomina; y si esta educación intelectual va conjuntamente con la moral, la religiosa y la física, de modo que las enseñanzas maternales se enlacen con las del maestro, del profesor y del jefe, si llega á comprender el niño desde que su inteligencia lo permite, que se debe todo á su Patria y mucho á sus semejantes, claro es que se abarcará de este modo toda la educación integral del hombre; en las ciencias, depurándolas ante la luz de la razón, sacando de este modo preceptos taxativos en todas sus fases por lo que el hombre ha de regirse; en lo religioso y moral, para el cumplimiento de sus deberes más sagrados, comprendiendo en esto el alto concepto de la Patria y la educación, y en cuanto á la educación física, hay que tener presente que es un factor principalísimo, pues sólo logrando el desarrollo y resistencia máxima en el hombre, se puede llegar á los grandes rendimientos de la colectiva por ellos representada, cumpliendo de este modo la evolución natural bajo todos los aspectos y á lo que la humanidad está unida de una manera incontrovertible.

SEGUNDA PARTE

LAS NACIONALIDADES

LAS NACIONALIDADES

La Filosofía de la Historia.

I

La Historia es el testimonio de los tiempos, la luz de la verdad, la escuela de la vida.

CICERÓN.

Si esto dijo el sabio maestro, no creemos invadir los campos de la hipérbole al considerar la Historia como fuente inagotable de donde toda ciencia emana, no disentiendo este criterio del que sustenta nuestro Diccionario cuando dice que la Historia es la manifestación de la actividad humana; ciencia es actividad; la Historia es, por lo tanto, la síntesis de la creación, bajo sus aspectos cronológico, biográfico y científico; sólo así, con su auxilio, podremos abordar los vastos problemas que ante nosotros presenta ese flujo y reflujo determinado por las emigraciones é inmigraciones de las conglomeraciones humanas, en los distintos continentes del globo; y si el Africa ha sido separada de la Europa por el estrecho de Gibraltar; si la Europa y el Asia lo estuvieron por la cuenca del río Obi y la depresión aralocarpiana, comunicándose los mares Cara y Oman, y la Australia y el Asia han estado poco menos que unidas por una serie de islas, según la fauna atestigua con sus diferencias, podremos decir que, la humanidad, salvándolo todo, como las aguas de los mares ha inva-

dido las playas que la circundaban, pero no para filtrarse luego por sus más profundas arenas sin que á su paso quedara rastro alguno, sino para dejar trás sí, las indelebles huellas de la civilización. Más no es sólo la humanidad; la evolución se extiende á todo con cuanto con ella se relaciona, y sigue adelante sobre la base del legado que le dejara á los pueblos nuevos, aquellos que sustituían; de este modo se explica que los progresos de la ciencia fuesen muchas veces casi sincrónicos; la Geografía, por ejemplo, siendo todo se disgregó en partes, de tal manera, que casi la absorbieron; y citamos lo dicho por Porena sobre este particular, porque lo hace magistralmente. «La vasta y frondosa planta que había sombreado tan ampliamente el campo de la ciencia, fué semejante al banano de la llanura gangética, vió sus ramas esparcidas inclinarse, tocar al suelo, echar raíces, absorber por sus órganos el alimento é individualizarse en plantas nuevas, mientras su viejo tronco engrosado, sofocado por el tilo, se agotaba de todo jugo vital»; pero la geografía, lejos de seguir en esta senda, resurgió en Alemania á principios de 1800; y Kant, Humboldt, Ritter y otros, la llegaron á trocar en ciencia comparada, alcanzando mayores vuelos tal vez que los que debiera tener: y si esto ha pasado con la geografía, con la historia, con esa ciencia tan esencial para este trabajo, como hemos dicho, ha tenido lugar un proceso similar; efectivamente, se considera bajo tres aspectos: historia de los hechos que es la historia propiamente dicha; el estudio de estos hechos que es la filosofía, los principios; y la relación de estos hechos con los principios, que es la ciencia de la filosofía de la historia, ciencia que trata de fijar las leyes que rigen el desenvolvimiento y destino de la humanidad; es decir, investigar las causas de las cosas: Aristóteles llamó á la evolución causa de las causas; Vico, Bossuet, Herder, Spencer y otros muchos, han tratado la materia bajo bien distintos aspectos; por lo mismo creemos deber decir, que la humanidad como la naturaleza obedece á leyes irrecusables, y que si la ciencia ha determinado las que á esta última se refiere, en lo que á la humanidad respecta, ni la filosofía de la historia, ni la ciencia sociológica, han podido llegar á que esta justa aspiración del hombre traspase ciertos límites, y en tal concepto hay que tener á dichas ciencias.

Las leyes existen, no hay duda, el hombre ha evidenciado

unas, persigue otras y pretende saberlas todas; pero como los hechos sociales son tantos como extrema su variedad, constituye tal condición una barrera difícil de franquear, y que el hombre pueda formular esas leyes con la precisión matemática que se señalan las de la naturaleza orgánica.

Si la evolución y el legado, son ya leyes reconocidas como tales, también lo es que la humanidad desde su cuna, hasta donde hoy se encuentra, después de tantos siglos recorridos, obedeció siempre á la ley universal del equilibrio, representadas en este caso sus fuerzas centrípeta y centrífuga: la una, por el amor del hombre á la sociedad, por los poderes sociales que tienden siempre á la unidad, al imperio universal, á la sola nacionalidad; la otra, por la pasión del hombre á la libertad, por la desmembración que la federación representa; y así siglos tras siglos, unas veces adelantando, otras retrocediendo para recuperar lo perdido y avanzar en lo conquistado; la humanidad busca la consolidación de estas dos fuerzas, ya por éxodos, ya por invasiones de guerras y exterminio, ya de los dos modos á la vez; pero siempre marchando sin descanso, adelantando siempre, mas no con el agobio del que lleva penosa carga, sino con más aliento cada vez, con esos mayores bríos que da siempre el estímulo del éxito y los beneficios inapreciables de las glorias conquistadas.

La humanidad marcha, sí, guiada por las sendas estelares que le trazan sus astros de mayor magnitud; y Taglatfalazar, Nabonedo, Ciro, Alejandro, Julio César, Mahoma, Carlomagno, Carlos I de España, Federico el Grande de Prusia, Pedro el Grande de Rusia, Guillermo III de Inglaterra, Napoleón y Guillermo I de Alemania, fueron la encarnación de aquella primera fuerza, de las guerras de conquistas, la personificación de los imperios universales, asirio, babilonio, persa, griego, romano, árabe, franco, español, inglés, francés y alemán. La segunda fuerza está representada por las guerras de independencia, ceseción, las reformistas religiosas, etc., y el hombre, como su parte esencial, Lutero, Calvino y otros, han llevado su genuina representación; y mientras tanto, estas leyes se cumplen, unas nacionalidades desaparecen, apenas asoman al concierto de la vida; otras surgen, éstas se resisten, aquéllas vuelven y todas dejan tras sí itos de su existencia, como Babilonia, Cartago, Roma, París, Madrid y Londres, á

guisa de peldaños colosales, de esa escalera infinita, por la que el hombre va subiendo al templo inmarcesible de la sabiduría y de la gloria.

La razón de las nacionalidades así traidas y llevadas, por esa ley inapelable de la naturaleza bajo los aspectos dichos, nos la da la filosofía de la historia, por la relación entre el sujeto, el hombre y el objeto la filosofía; resultando nula unas veces, eficientes otras y persistentes las restantes: nula, cuando el hombre que ha sabido realizar la nacionalidad soñada, como Alejandro no la supo conservar, lo que mostró de manera evidente, que su personalismo y otras condiciones preponderaban sobre las que debiera tener de militar y político de una manera conjunta: eficiente, cuando reconocido por el hombre que ha sabido conquistar la nacionalidad, que á ella hay que subordinarlo todo, que una cosa es subyugar y otra gobernar, y sabe complementarse para conservar lo alcanzado, resistiendo los embates de la ley, y que, derivada, se cumpla en otras naciones al encontrar en ellas el equilibrio, salvando asi la suya como Inglaterra y Alemania; y por último, la razón persistente, que viene á ser una extensión de la anterior, que nos la muestra Francia é Italia, en donde unos hombres han sabido recuperar lo que otros conquistaron y perdieron, no citando el caso de las naciones preponderantes que están en decadencia, y tal vez en camino de volver á engrandecerse, porque, como hemos dicho, los esfuerzos todos de este trabajo solo á este fin propenden respecto á España.

Vamos, pues, estrechando las distancias al concepto; las grandes nacionalidades han sucumbido por los errores inapreciables de los estadistas y hombres de armas; y hoy que las ciencias se tocan, se enlazan y confunden, no puede existir una razón para que no suceda lo mismo en los demás órdenes que con el hombre se relacionan, y menos con lo que á la milicia se refiere.

Sujetos á la escuela modernista, hemos trazado á grandes rasgos, es decir, lo más posible en el menor espacio, para que el objeto efectista en tales condiciones se cumpla. Abordar los problemas en sus extensiones todas haciendo cronología, sería lo más cómodo, pero cansando el ánimo y agobiando el espíritu; haremos, pues, grandes lagunas, cuando necesario sea, al continuar en el camino trazado en la filosofía de la Historia, para evi-

denciar esas causas influyentes en el modo de ser de las grandes nacionalidades.

Ya lo hemos dicho; los primeros hombres tuvieron por Patria un pedazo de tierra, por agrupación social sus semejantes más próximos, y por impresiones las que la Naturaleza toda les ofrecía, iniciándose así aquellas ciencias al brotar los gérmenes de relación y conocimiento: de este modo se dibujaron las nacionalidades allá en la penumbra de los tiempos, y con ellas lo poco que podían alcanzar las escasas inteligencias de sus hombres; y entre la admiración y el espanto, y el casi nulo acomodamiento, comenzaron á moverse aquellas masas informes llevando por religión el fetichismo, de la Naturaleza las artes útiles y de sí mismo los más rudimentarios conocimientos para llegar, tras de procesos tantos y luchas tan sin número, al gran concepto de la nacionalidad desarrollado por las guerras napoleónicas, y que admitimos, no con el concepto de Block, sí con el de Laurent y Mad. Estael, por el que resulta que trocaron el equilibrio de la fuerza, sin otro agente auxiliar, en equilibrio político con el agente auxiliar de la fuerza.

La nacionalidad, lejos de imponerse, ha de surgir, por la unidad entre los hombres que la forman, bajo los aspectos de raza, de política, de religión y de comunidad de intereses; y dicho se está, que allí donde concurran mayores coincidencias en estos elementos, más probabilidades lleva la nacionalidad de arraigo y estabilidad. De este modo, las ideas, las artes y ciencias, que viven, como todo, de lo que consumen, lejos de destruir al pueblo que las produce, al nacer y desarrollarse, encuentran nuevas energías que las vigorizan, y ni acaban los hombres de talento, ni faltan los de genio cuando se buscan por ser necesarios; marchando así con todos esos elementos y viviendo no á costa de sí propia, única manera de ser: doctrina que viene á converger á la otra evidenciada, dándole mayor extensión; es decir, que no puede haber nacionalidad sin hombres, y que esas nacionalidades, que tan radicalmente han cambiado su manera de ser estableciendo además un derecho internacional, hasta cierto punto, á semejanza del derecho del hombre, en el concepto de mutuo apoyo y de protección, con universales acomodamientos, podrán llegar, decimos, á las grandes amplitudes de gran nacionalidad, tal vez, por la

confraternidad humana y no por el derecho del más fuerte; pero mientras que la fuerza impere, los pueblos no tienen otra garantía de hacerse respetar y de su independencia, que aquella que le presten sus propias energías, sus mayores aprovechamientos y todo aquello que el arte de la guerra preceptúa, siendo la Milicia la llamada á practicar estas funciones en la parte que le está encomendada, y los otros organismos del Estado, las que peculiares le sean.

II

Si en esas luchas de la humanidad la sangre derramada hubiera dejado tras sí señales indelebles de su existencia, nadie como ella hubiera podido mostrar la ejecutoria de tal proceso; y en sus guerras por la necesidad de esparcimiento, por los egoismos de sus creencias, por las conquistas de sus derechos ó por las realidades de sus aspiraciones todas, tinto en sangre, más que nada, estaría ese enorme hemiciclo formado por los ríos Nilo, Jordán, Éufrates, Tigris, Danubio, Niemen, Oder, Vístula, Elba, Rhin, Ebro, Guadalquivir y Guadalete, en cuyas márgenes contendieron pueblos y razas de manera incesante, sin que en muchas ocasiones sirvieran de enseñanzas provechosas lo ocurrido en épocas anteriores.

Tal nos lo muestra la historia y los pueblos con sus personalidades directoras, su mayor homogeneidad de elementos conjuntos y el equilibrio de la ley reconocida por las causas expuestas; al pasar bosques y trasponer montañas, que poco ó nada le ofrecían, tenían que buscar, para garantir su existencia, los fértiles campos, las ricas vegas que los ríos sustentan, pero no sin tener que vencer la mayor ó menor resistencia que las líneas de agua representan, pudiendo sólo así, tras de guerras de conquistas y de engrandecimiento, cumplir la insaciable ley de su destino, que no les dice donde van, pero que les va mostrando lo conseguido con asombrosos éxitos.

De esos primeros pueblos que buscaban su origen allí donde el espacio insondable de los siglos podía dar gusto á sus idealis-

mos de considerarse descendientes de dioses y semidioses, nada lo explica como las listas del sacerdote egipcio Manethon, rectificadas en la notable Memoria de M. Lesueur; ellas dan dinastías de dioses, semidioses y manes, por períodos de 5.730 años antes de Menes, iniciador de la primera dinastía humana; el mismo Lesueur supone 5.773 años antes de Jesucristo, y Lenormant 5.004; es más, Scalerio, Petawio, Usher, Clinton y otros, representan otros tantos sistemas, calculados con el auxilio de las indicaciones del Génesis; pero nuestro criterio ya está dicho, y á él nos sujetamos.

Considerando un primer período desde 4.138 años á 2.482 antes de Jesucristo, ó sea la creación del mundo hasta el diluvio, que nada nos muestra á nuestro objeto, pasamos al segundo período 2482 á 776, siglos XXV al VIII; es decir, el diluvio hasta la era de las Olimpiadas.

Este período comprende XVII siglos; la imaginación quiere penetrar en aquella penumbra de los tiempos para desgarrar las densas tinieblas que envuelven al mundo oriental, ya que la cronología casi nos cierra las puertas. En los ocho primeros siglos, los imperios de Bactriana, Asiria, Egipto, de la India y de la China, se forman ó engrandecen, y los pueblos van apareciendo en la Grecia. En los siglos restantes, desde 1625 á 776, el pueblo hebreo recibe en el desierto su fe religiosa y sus leyes civiles, marchando acaudillado por Josué, á la conquista de la tierra prometida, iniciándose la tan desdichada gestión gubernamental de los jueces, como gloriosa, de sus primeros reyes, siguiendo las demás naciones, desprendiéndose de las fábulas y fantasías puramente imaginarias, para entrar de lleno en la época verdaderamente histórica, que para los griegos comienza en la Olimpiada de Coroebo, año de 776 antes de Jesucristo.

Tenemos, pues, como lo más culminante de esta época, á Josué, que atraviesa el Jordán, conquista la tierra prometida, que á su muerte forma la federación; á David, que ensancha el reino con sus conquistas, desde el Éufrates al torrente de Egipto, constituyendo Estado, fundando una capital, Jerusalén, y creando un Ejército permanente, año 1016, y organizando el culto con pompa.

El tercero y último período abarca desde las Olimpiadas hasta la era vulgar 776 al 1.

Grecia.

I

GRECIA es el símbolo de la humana sabiduría; allí puede decirse tuvo su cuna; y su civilización en los siglos VIII y VII antes de Jesucristo se propagaba desde Sicilia al Asia menor: en el primero la caída del Rey de Nínive da origen á las potencias rivales de Babilonia á Siria y Ecbatana, lo que viene á ser nuevas manifestaciones de esa ley de nacionalidades. La libertad política no era codiciada por los griegos en este siglo, y en el siguiente tuvieron cualidades políticas y científicas; mas de estas últimas surge Roma, sin dar á entender por su actividad todo lo que el porvenir le tenía reservado, pues su desenvolvimiento fué lento, penoso y también ella recibió las cultas auras de aquel pueblo que sabía esparcirlas por tan vastos horizontes.

Así marchaba Grecia en el siglo V y después de la revolución de la aristocracia que le hace esperar largo tiempo los beneficios políticos y civiles, hecho el más culminante del siglo VI; presenciando las ambiciones y rivalidades en el pueblo persa de los Gerges y Daríos; defendiéndose de sus acometidas, brotando de ellos entre otros, Temístocles, Arístides, el espartano Leónidas, y ofreciendo las jornadas gloriosas de Marathon, de las Termópilas, de Platea, de Mycale y la retirada célebre de los diez mil, soportando por último aquella guerra del Peloponeso que, no obstante su duración y manera cruenta, no pudo influir que las ciencias en el inmortal Perícles; Pindaro en los cantos para atletas y guerreros; Fidias en la escultura, y Sócrates como uno de los preceptores de la humanidad, asombraran al mundo hasta llegar á nosotros, sin marchitarse las coronas de laurel así conquistadas.

Tal era el exordio del siglo IV, célebre bajo todos aspectos; y si la Grecia en aquellos dos siglos se mostró tal cual era, con sus hombres de valía tanta como muchos en número, y brotaban guerreros, moralistas, oradores y políticos en ese palenque de estímulos incansables, para dar mayores rendimientos á la Patria; en China, en el VI, asoman Lao-Tseu y Kong-Fu-Tseu, filósofos, y en la India, el reformador Budha; en la Lidia, Creso, y en la Persia, Ciro, que conquistó los reinos medio, lirio y asirio, tomando á Babilonia. Debiendo mencionarse por su celebridad en esta época, á los griegos Pitágoras y Esopo, que dieron los primeros alcances á dos ciencias fundamentales: las exactas y la ética.

Tenemos, pues, en el marasmo telúrico, digámoslo así, á la China y á la India, bajo la influencia de aquellos hombres que supieron dar á sus concepciones forma tal y manera tan convincentes, que sus sectarios viven aún, los unos en la inacción apetecida, los otros en el nirvana soñado, y todos en los realismos de la escuela; y podemos decir que así han pasado para ellos veintiséis siglos, como un solo día: buena prueba son los hechos asombrosos que estamos presenciando, sin saber si son los comienzos de un hecho inusitado, no visto aún por la humanidad, ó la disyunción de un pueblo, la inicial desaparición de lo que no sirve por la inercia, allí donde todo es materia y movimiento; pero no adelantemos conceptos, para no alterar el método expositivo.

Ello es, que menos los dichos, los demás pueblos orientales bullen, guerrean, luchan exterminando, y en esas expansiones pretendidas, Grecia es para ellos barrera infranqueable; pueblo nuevo, virgen, en donde aparecen gérmenes que fructifican de manera asombrosa; pueblo en donde se cumple la ley del Imperio y la federación, de concentración y disgregaciones, pero que como le sobran hombres eminentes, todo brilla, todo resplandece, para ser presagio de un nuevo impulso, de una nueva transformación; de pasar de la resistencia heroica á la acometividad inconcebible: la personificación fué Alejandro, ya lo hemos dicho, siglo IV, antes de Jesucristo.

II

En el siglo de Alejandro aparecen: Xenofonte como historiador; Aristóteles, su maestro, como sabio, y como héroe de Leuctra y Mantinea, Epaminondas. Descendía de los dioses, según los idealistas de su prestigio, y fundó el primer Imperio de occidente: aplicado, inteligente y ágil como el que más, su figura se destacó de las de sus coetáneos, casi desde su juventud; hábil guerrero, supo predicar con el ejemplo la sobriedad y el heroismo: Plutarco nos lo muestra cual fué, y establece un paralelo con Julio César, de verdadera notoriedad, la gran nacionalidad por él conquistada, fué la que dió sus contornos todos á la historia.

Alejandro no luchaba por la idea religiosa; apenas cambiaba de niño en hombre; de soldado valeroso, en conquistador insaciable, contando por suyos cuantos territorios su planta hollaba; la idea de nacionalidad se eclipsaba ante la figura del hombre, que para sí solo trabajaba; y al desaparecer aquel Imperio colosal apenas nacido, también se hundió para siempre con asombro del mundo, repartiéndose entre sus 34 Generales, como Gobernadores, los inmensos territorios de Macedonia, Grecia, Tracia y sus regiones vecinas la pequeña Frigia del Helesponto, la Licia, la Panfilia, la gran Frigia, la Caria, la Capadocia, la Paflagonia, la Armenia, la Siria, la Fenicia, el Egipto, la Media y la Persia.

La guerra fué comprendida por Alejandro y desarrollada con el máximum de eficacias; pero su política al hacerla personalísima, al desentrañarse de aquel conjunto de tan heterogéneos elementos, que el estadista ha de saber medir y apreciar para consolidarlos, no podía dar otros frutos que los cosechados, del mismo modo que en los casos similares que hemos de ver en el transcurso de este trabajo.

A él se debe que la Macedonia, su cuna, que la misma Grecia, toda prepotente, quedara, siglos y siglos, como modestísimo satélite, tras de ser el astro más radiante, de primera magnitud, en aquel concierto sideral de las nacionalidades, no sin dejar tras

sí ráfagas de luz que, al llegar á nosotros, aún nos deslumbran; las que en las nacionalidades se patentizan por haber hecho penetrar en el espíritu humano, las ciencias abstractas ó metafísicas que son iris de una moral perfecta, y en Alejandro, porque sus glorias fueron tantas y de tal valía, que las imaginaciones exaltadas pueden considerarlas como la prosecución de aquellos tiempos heroicos cantados por Homero en su *Iliada* y *Odisea*, de las que nos legó D. J. Pí y Margall su notable trabajo en grabado hecho de las composiciones de Flaxman.

Tal resulta, decimos; Alejandro, el primer genio militar de la humanidad, conquistó la nacionalidad de Grecia, tan rápida como eficazmente, tenía casi veinte años, y su mirada de águila se fijó en el Imperio persa, corrompido, poco menos que deshecho, y sin Ejército organizado que oponerle, aunque numerosísimo (en Arbela, según Diodoro, un millón de infantes y doscientos mil caballos); y á la cabeza de treinta y cinco mil hombres, no en masa informe y casi inermes, como marchaban aquellos primeros pueblos, sino organizados y armados algunos soldados hasta con catafractas. Aquellas milicias, en las que existían los cuerpos escogidos de hispapistas y arguiraspides, con sus escudos de plata, venían á ser casi el término medio entre los exodos primitivos y los ejércitos de hoy: allí se veían en las falanges de la Infantería regular, aliados y mercenarios; en la Caballería, los hesterios, compañeros del Rey, de la nobleza macedonia, los caballeros y los corredores; el material de guerra, de máquinas, ballestas, catapultas y cuantos elementos auxiliares estaban al alcance; por último, la flota, que se componía de cerca de doscientos trirremes é innumerables barcos auxiliares, dejándose además en Europa doce mil infantes y mil quinientos caballos.

Para lograr tanto, fué necesario un esfuerzo colosal, y Alejandro lo hizo tan grande, que le costó todos sus bienes, incluso su caja militar.—¿Qué os queda, pues?, le preguntó Perdicas.—La esperanza, le contestó Alejandro: y así fué, con la fe en la esperanza, realizó hechos inconcebibles; tal lo muestran sus victorias, que fueron tantas como inauditas sus marchas, y lo atestiguan, entre otros, los nombres de Granico, Helesponto, Gordion, Yso, Tiro, Gaza, Arbela, la derrota de Poro, la toma de Babilonia, Persepoli y Sangala; la conquista de Egipto, la fundación de Ale-

jandría y los pasos del Éufrates y el Hisdaspes, afluente el más oriental del Indo.

Pesando sobre el Ejército marchas tantas y tanto combatir, se impuso el retroceso, y Alejandro, que ejercía, como Capitán preclaro, la ojeada militar á tal extremo que sus altas concepciones eran pronto realizadas, dominaba á la vez con la política de la guerra á los pueblos vencidos y con su fácil penetración el corazón del soldado; las bodas de los diez mil macedonios en Susa con otras tantas indígenas y el pago de las deudas de sus soldados fueron buena prueba de ello; es más, entre sus ambiciones sin limitación y la resistencia aquella de su Ejército de seguir adelante se abrió un abismo, que sólo un genio como el suyo pudo salvar comprendiendo la situación y dando la orden de retirada: en ella hubo motivo de nuevas glorias, y en ocasión de un motín, Alejandro se encerró en su tienda diciendo: «id á decir á los griegos que Alejandro, abandonado de vosotros, se confía á la buena fe de los bárbaros á quienes ha vencido.» Los macedonios corrieron á pedirle perdón, y aquel genio de la guerra, mezclando sus lágrimas con las de sus soldados, exclamó: Todos sóis mi familia, yo no os doy otro nombre. Así se cumplió el presagio de su padre Filipo, cuando, asombrado de verlo montar un caballo salvaje que ninguno osó llevar á cabo, le dijo: «Hijo mío, busca un reino digno de tí, porque la Macedonia no te es bastante». ¡Lástima que tan gran Capitán no fuera á la par estadista, y no hubiera arrastrado en pos de sí, como hemos visto, un Imperio conquistado con tantas glorias como merecimientos y sacrificios.

Se hundió el imperio, sí, como los que le habían precedido; es ley natural; pero si Alejandro lo arrastró, ni el uno ni el otro se pudieron llevar, ni las sublimes inspiraciones del hombre, ni sus grandes concepciones, ni sus morales enseñanzas, porque todas viven por encima de las regiones del águila y del condor, y si éstos anidan en la roca más alta de la más elevada cumbre, para evitar los peligros y contagios, las ciencias, las artes y las industrias buscaron esas regiones lejos, muy lejos de los pueblos corrompidos, para cernerse luego y encontrar abrigo en los pueblos enérgicos, trabajadores y morales, únicos campos fértiles para que ellas den sus eficaces é inextinguibles rendimientos.

Roma.

I

Ninguna sociedad aparece aislada en el espacio, y ningún siglo aparece aislado en el tiempo.

CASTELAR.

Cayó el Imperio de Alejandro Magno, no sin dar después, en el transcurso de los siglos las terribles sacudidas del gigante que se siente morir. La humanidad sigue la marcha que el Sol le muestra, de Oriente á Occidente: no le bastaron las ricas márgenes del Nilo; los pueblos hebreo y heleno tomaron allí sus enseñanzas, por Moisés de la más alta moral, y por Pitágoras, el gran concepto de la ciencia, viniendo á ser esos dos pueblos, la base de las modernas sociedades; pero necesitaron aquellos hombres más campo de esparcimiento, y lo encontraron en las fértiles vegas del Jordán, del Éufrates y el Tigris, que no le bastaron á su vez, y la humanidad, creciendo siempre y no parando nunca, dió muestras de su poderío, en donde encontró elementos bastantes para desarrollarlo: en la Grecia, en aquella hoja de morera, como la llama Castelar, caída en las aguas para ser el compendio material de nuestra Europa, descartó el positivismo chino; de la India, pueblo religioso, tomó sus dioses; del Egipto sus dogmas, síntesis de esa moral, y sus ciencias, y de la Fenicia el alfabeto y el comercio: no le faltaba nada; fértil suelo, como el que regaba aquellos ríos, montañas que le proporcionaban un ambiente delicioso, los veneros de riquezas que el comercio le facilitaba por aquellos mares, en cuyas orillas sus islas brotaban, sólo le faltaba un ger-

men para su total engrandecimiento, el hombre, y aquel hombre lo tuvo en Alejandro, como hemos visto, y de este modo, complementada la Grecia, legó riquezas tantas á la causa de la humanidad, que la hicieron perdurable por sus glorias conquistadas por aquel genio de la guerra, y porque desde los símbolos y formas del arte hasta las nomenclaturas del saber, todo le pertenecía: ¡reflexionemos sobre grandeza tanta!

Roma fué trasunta de la Grecia; casi sin crónicas se fundieron los dos pueblos según la tradición, y allá en el Lacio, no lejos de la desembocadura del Tiber ¡siempre ríos, cuando no mares y ríos! Latino, aquel Rey eponimo, de nuestra raza, dió nombre al pueblo que nacía: en el campo de las realidades humanas, murió una, y otra asomaba; y como para llegar á ser, es menester no haber sido, de Grecia decadente á Roma preponderante, hay un lapso de tiempo hijo de esa evolución que se impone, para justificar las leyes á la que la humanidad va encadenada; y lo que parece resultar pérdida de tiempo en el tejer y destejer de los pueblos, son fuentes de enseñanzas, que nos dicen siempre, que para alcanzar el fin es menester tener aquellas fuerzas precisas para conseguirlo.

Italia con menos islas que Grecia, pero más unida al continente, tiene ante sí cuanto la Europa le ofrece, aquel mundo occidental con campos extensísimos que cultivar, riquezas que adquirir y cuanto el hombre soñar pudiera; pero á la vez otros hombres que codiciaban todo lo que los suyos poseían; y es que los pueblos como los hombres, se forman y llegan á ser, entre halagos y temores, fuerzas encontradas que se evidencian siempre, aunque de otros modos, en todo cuanto en la creación existe.

Italia lo tenía todo, y si la Grecia nos dió saber, moral y comercio, Italia, con más realidades, modeló el derecho, nos lo dió de tal forma, interpretándolo y desarrollándolo, que sólo por eso merecería bien de la humanidad; pero fué más allá, nos dió casi la política, y si las dos penínsulas fueron los dos pedestales sobre los que descansa la clásica civilización, Roma supo hacer de sus provincias grandes Estados, de lo que nuestra España fué buena prueba de ello, pues las invasiones que siguieron á las de los romanos y bárbaros, fueron como mancha de aceite en los mares, que se mueve más ó menos penosamente, pero al fin mancha, llega

y se empapa en la orilla, y las aguas quedan puras, transparentes, y en ellas se reflejan las bellezas todas estelares.

Como en Grecia, aún con elementos tantos, faltó un hombre; cuando lo tuvo en Julio César, fué gran nacionalidad, tan grande, que si César estudió á Alejandro é incluso le envidió hasta llorar ante su estatua, á César le han estudiado cuantas generaciones le sucedieron y es fácil que con las venideras suceda lo mismo, por más que las distancias se acentúan tanto, no por el tiempo, sí por las conquistas de la ciencia, que á seguir así, tal vez muy pronto el hombre piense que el pasado fué sólo un eco del presente que se extingue.

II

Para llegar á Julio y César, hubo un período, digámoslo así de preparación de verdadera importancia: en el interior tenían los problemas científico, moral, administrativo, de derecho y de política; es decir, casi cuantos tienen hoy las nacionalidades, sin olvidar el religioso. ¡Era mucho para pueblo tan joven!

En el exterior, el problema comercial y guerras por todas partes otra ciencia que desarrollar, perfeccionar y dominar; Roma regida por constitución aristocrática, tenía un ejército formado por todos los ciudadanos aptos para el servicio, 290 mil hombres, con espíritu militar y disciplina; en sesenta días creó una escuadra, que más tarde venció á la cartaginesa en Miles.

A más de sus guerras fronterizas y más que todas ellas por aquel entonces, lo primero que tenía que salvar, para su engrandecimiento, era Cartago.

En Cartago predominaba la oligarquía, era una gran cabeza con un cuerpo débil, como todo sistema centralizador sin equilibrio; su ejército mercenario, su ambición sólo oro, su concepto moral y disciplina en el ejército, la insubordinación, con la muerte de los generales derrotados: tal nacionalidad, asombro de los mares, tenía que sucumbir.

Roma formaba la antítesis más perfecta, luchaba por la insa-

ciable ambición de gloria; si sus soldados eran vencidos, diezmados, volvían á la lucha, y un general que fué derrotado por los cartargineses, obtuvo ser recibido con honores; es más, Roma llegó á prohibir á sus mujeres el llanto por tal adversidad en la lucha; así sólo se fundan los pueblos, las grandes naciones, que han de mostrar enseñanzas á las que han de sucederlas.

La nacionalidad de Cartago en la consecución de aquellas guerras púnicas, se personificó en Anibal, en aquel gran capitán que casi tocó las puertas de Roma y cuyas jornadas gloriosas se señalan, á más de sus marchas imponderables, con los nombres de Tesino, Trebia, Trasimeno y Cannas, siendo al fin vencido por Escipión en Zama: período épico para aquel pueblo vencedor y en el que tanto se llenó de gloria.

Su ejército era entonces un elemento para conseguirlo, gracias á las reformas, aunque no del todo radicales, que César llevó á cabo, en lo hecho por Mario en las legiones.

III

La guerra es ciencia y riqueza; la regeneración en la paz es la idea y el trabajo.

SALMERÓN.

Relatar las campañas de César, sería traspasar los límites del objeto propuesto; escogeremos, por lo tanto, de ellas, lo que más nos muestre, para estudiar ese pueblo, al que se le debe tantas conquistas del problema social.

César encontró ante sí pueblos que sólo sus altas dotes pudieron vencer. El problema del ejército, social exclusivamente bajo este aspecto considerado, viene á ser el personalismo iniciado por Mario, descartando del Ejército aquella clase que más concepto y deberes tenía para con la Patria, con más que defender, siendo, según hemos dicho, forma inicial de decadencia y anta-

gónica á la regeneración en la idea y deberes para con la Patria, que es la de engrandecimiento; pero ni ésto, ni mucho más, fué bastante para evitar que César paseara sus legiones victoriosas por los ámbitos del mundo conocido.

Tres pueblos, principalmente, venció aquel gran capitán: el galo, el germano y el bretón; en los dos primeros se encuentran signos en contradicción bien remarcable: en religión politeista y fetichista, costumbres, agricultor y pastoreo; en organización social, los galos, con druidas, caballeros y plebe; los germanos, sin clasificar y sin tal organización: los unos, con precoces ayuntamientos entre los distintos sexos, y codiciosos por el regalo en todas sus manifestaciones; los otros, sacrificando todo al vigor físico, no usando mujer hasta después de los veinte años, sobrios, no bebiendo vino, ni haciendo nada contrario á ideal tan remarcable; en cuanto al pueblo bretón, tenía algo de los otros dos, pero todos eran guerreros hasta llegar al heroismo, obstinados hasta la temeridad y amantes de sus libertades patrias hasta la locura; con gentes de tal índole y condición, tenía que habérselas Julio César, y á no legarnos tal verdad la historia, más que hechos reales, parecerían, tal vez, con más vivos colores que en tiempos de Alejandro, la continuación de aquella mitología que los hombres en su infancia crearon á su antojo, de manera tal, que se amoldara á sus inteligencias limitadas y ávidas de sucesos encaminados á la verdad, aun en aparente forma.

Los hechos culminantes fueron vencer á los helvecios (pasó en un día un río que ellos tardaron veinte), pueblo de condiciones tales, que quemaban sus casas y cosechas para perder el amparo de la Patria, y que el valor moral, lejos de decaer, creciera, no teniendo para contar más que lo conquistado al enemigo, y vencer á los germanos, mandados por su rey Ariovisto, lo que constituyó su primera campaña en las Galias, año 58 antes de Jesucristo. En la segunda, conquistó la Bélgica. En la tercera, la Aquitania y la Armórica, con el notable combate naval en el que se empleó el ardid de cortar con hoces las cuerdas que sujetaban las velas de cuero ó badana á las entenas ó mástiles.

En la cuarta campaña hizo una expedición á Germania; pasó el Rhin, tendiendo un puente en diez días, hecho asombroso, subyugando á varios pueblos, y llevó su primera expedición á la

Bretaña con ochenta naves; hizo el desembarco penosamente, hostigado por los naturales que tenían buena caballería, carros de guerra y maniobraban de un modo maravilloso; un temporal casi le destruyó la flota; venció á los enemigos, compuso los barcos menos rotos con los inutilizados, y volvió á la Galia cincuenta y cinco años antes de Jesucristo.

En la quinta campaña hizo á la Bretaña su segunda excursión, con cinco legiones y 2.000 caballos, en 600 bajeles y 23 galeras. Era sorprendente ver aquellos naturales pintados de verde obscuro con el jugo de la hierba, gualda sin duda para causar miedo á los enemigos, pues indudablemente, la anamorfosis, más que hombres, les haría aparecer gigantescas aves americanas dispuestas á devorar cuanto á su paso encontraran. ¡Quién había de decir que aquel pueblo que usaba tales ardides en la lucha, ó estéticas apariencias, el porvenir le tenía reservado tanto, tanto, que no pudiera abarcar Jhon Bull ni aún con sus enormes brazos de atleta!; aquel pueblo supo escoger las suspicacias del galo, las energías heroicas del germano y las condiciones guerreras de los dos; aún así, César conquistó toda la parte meridional de la Bretaña y pasó el Támesis casi sin resistencia, valiéndose, refieren, de un enorme elefante que tenía, en el que iban los primeros combatientes; los naturales desconocían el animal y su caballería se espantó y huyó á la desbandada.

César ajustó la paz de tantos hechos asombrosos, entre los que debe figurar, el colocar la flota tierra adentro y el abastecer á su ejército en tales condiciones, retirándose así aquel genio de la guerra, cubiertos de tantos como inmarcesibles laureles.

En la sexta campaña Lavino, su teniente, alcanza señalada victoria; César marcha contra los suevos, pasa de nuevo el Rhin y los derrota, huyendo su Rey. En la séptima vence á los pueblos de la Galia coaligados, cogiendo á Vercingetorige que los mandaba en Alesia, año 51, antes de Jesucristo, plaza que sitió, empleando líneas de contravalación y circunvalación, valiéndose además de galerías, cepos, lirios, abrojos, fosos y cuantos elementos había entonces en el arte de la guerra, á cuya cabeza figuraba el ejército romano en sus prácticas todas. 140 mil hombres formaban el ejército galo. Laviano había tomado á París.

Ochocientas plazas y más de trescientos pueblos conquistados,

tres millones de hombres sometidos á Roma, y todo ello hecho por el genio militar de un solo hombre. Rápidas marchas, pasos de ríos de manera inusitada; las galerías, bastidas, trabucos y todo el material de guerra superior al de sus enemigos; pero el número de los que venció era tal algunas veces, que más que realidad parecían hechos sobrenaturales.

Veinte días de fiestas celebró Roma ante tan señaladas victorias, y César volaba tan alto con las alas de su gloria, que no llegaban á él, ni las observaciones del Senado, ni sus órdenes; deslumbrado de sí propio, olvidó cuanto le ligaba al pueblo que tanto debía, y sus palabras *¡Alea jacta est!*, fué la espada que asestó en el pecho de su Patria tan terrible golpe, que la sangre derramada fué un mar al que confluyó más tarde la que corría por sus propias venas.

César no iba á pelear más por su Patria, por su engrandecimiento y su gloria, no; las luchas sucesivas, el derroche de su ingenio, de técnica militar, de valor y de aquel conocimiento de las fibras más hondas del corazón de cuantos le seguían, iban encaminados sólo á su personalidad, á ser empleadas en la guerra civil; sus enemigos todos se fundieron en un nombre, Pompeyo; donde Pompeyo estaba ó sus partidarios, allí iba César para vencerlos, y España, Liria, Alejandría, África y España otra vez en la célebre batalla de Munda, fueron buena prueba de ello; sólo en el Ponto, en donde pronunció la célebre frase: «*Veni, vidi, vinci*», las armas romanas lucharon por su gloria.

César, dictador, lo absorbió todo; y mientras él subía por los horizontes de glorias tantas, al dejar trás sí á su Patria, había de deprimirla; el esfuerzo nacional no tenía, al personalizarse, la compensación de lo conquistado; lejos de eso, se sustentaba de sí propio, y el que gasta en sí sus propias energías, ha de agotarlas más ó menos pronto hasta llegar al aniquilamiento natural, tal es la personalización bajo otro aspecto considerada, el de la guerra civil, deduciéndose de todo esto, que si las nacionalidades se hunden por el exclusivismo del hombre, también por estos derroteros, aunque en otra forma, quedan heridas de muerte, aunque, ciegos por el fin que persiguen, no lleguen á percatarse los causantes de ello, ni siendo menester invadir mucho los campos de la especulación para evidenciar tales extremos.

El Cristianismo.

I

Ab uno disce omnes.

VIRGILIO.

ESTAMOS tocando las postrimerías de la era de las Olimpiadas; los hombres que dieron á Roma el imperio del mundo, llegaron, no á regir los destinos de un pueblo como el que los viera nacer, sino á una multitud de proletarios y esclavos; los triunviros y dictadores, muertos ó sufriendo la proscripción; el talento y las virtudes perseguidos por el puñal; los Gracos, Sertorio, César y Cicerón nos lo muestran: la libertad inconciliable con los vicios de los grandes y la degradación del pueblo; del mismo Augusto dice la historia, que su nombre no ha podido aún debilitar ni desvanecer la memoria de sus crímenes. Las ciencias, iniciando su emigración, y la literatura y la oratoria amparándose en Grecia aunque no fuera más que por la tradición; y allí iban los romanos más distinguidos, por aquel aticismo que á nuestros tiempos llega.

No la estulticia, el absolutismo más radical, la arbitrariedad más grande reinaba en el mando; tal estado de cosas podía definirse de este modo: el estado absorbido por la nacionalidad, ésta por el personalismo, y el personalismo, ante la moral deshecha, la política monopolizada, el derecho escarnecido y un pueblo que gime sin alientos y llora sangre ante el enorme peso de la cadena de esclavo que arrastra.

Nunca como entonces estuvo justificada en la salvación la intervención divina, ya que la humanidad llevaba los derroteros

de una segura perdición; y en plena paz romana, con Roma Imperio y Augusto señor del mundo, aparece el hijo de Dios que, con un solo símbolo «Amaos los unos á los otros» opuso al servilismo de aquel pueblo envilecido y humillado, la idea sacrosanta de la libertad; y á los insaciables vicios, el concepto moral más elevado, predicando con el ejemplo desde la cuna hasta la muerte con el martirio. ¡Saludemos, pues, al primer año de la era vulgar, emblema de los comienzos de todo bien y de inagotables beneficios!

El Imperio de Roma, corazón del mundo conocido, esparcía en sus provincias por sus arterias, aunque con menos energías, su sangre con idénticos gérmenes de muerte, formando ciclo la que sobraba y que por sus venas llegaba á la conjunción en el punto de partida. César supo contenerlos, limitarlos, pero Augusto los cultivó para su engrandecimiento y el período de decadencia tenía que irse acercando á pasos de gigante para aquel pueblo tan desdichado. La providencia le presentó el medio de evitarlo; pero no siempre el que necesita entiende la verdad en lo que le hace falta, y lo que fué medio de salvación, trocóse en obstinada lucha, encarnizada, terrible por siglos y siglos, por las persecuciones imperiales iniciadas de forma cruenta contra el Cristianismo.

La humanidad tenía ante sí un nuevo problema, el religioso, pero en colosales proporciones; si los hombres lucharon por la forma de sus gobiernos, patriarcal, aristocrático, dictatorial, democrático, oligárquico y autocrático, el teocrático se le presentaba en tal forma, que ni ellos mismos pudieron darse cuenta de la magnitud con que lo hacía. Víctimas en tropel, mártires en montones, sangre derramada á torrentes, nada fué bastante; la idea de Dios tenía que abrirse paso si la humanidad había de salvarse; y así fué, pues si el Pentatéuco, trasunto del Decálogo lo complementó, los cuatro Evangelios fueron la coronación del grandioso edificio de la cristiandad, á tal extremo, que ni San Agustín, ni Santa Teresa, ni ningún teólogo, han hecho otra cosa que cambiar la forma y evidenciarla de distintos modos para que así fuese más fácilmente comprendida; pero el fondo, la parte sustancial, fué lo que es la luz divina que difunde la verdad hasta en los más recónditos sitios de nuestra inteligencia para mostrarnos las profundas oscuridades en que entonces estaba sumergida.

La civilización en medio de aquella aparente calma, se ex-

tendía por Occidente rica, potente, con observaciones morales, destacándose la figura de Juvenal en la sátira; Virgilio, en la poesía; en la geografía, Pomponio Mela; Frontino, en el arte militar; Celso, en la medicina, y otros muchos en las distintas ramas de la ciencia; pero el Cristianismo, más que á la par suya, también se propagaba porque lo hacía no pacíficamente, si no luchando por todas partes y bajo todos aspectos; en el concepto material, contra el convencionalismo corporal y religioso, y en el intelectual, contra las escuelas que contra el dogma nacían, y ante sí tenía Emperadores, sacerdotes gentiles y judíos y filósofos que lo perseguían, lo acosaban y trataban de exterminar: los unos, con la guerra, los otros, con la protesta y la intriga, y los últimos, con las polémicas y propagandas; mas todo fué inútil; allí donde se derramaba la sangre de un mártir, los apóstatas caían, y brotaban, como las flores del campo, nuevos mártires para sacrificarse por la idea de Dios; y cuando salió la potente escuela de Platón, que todo con ella pretendía relacionarlo, incluso la adivinación, la magia y la astrología, modificando el antiguo paganismo, los discípulos de Cristo seguían adelante, y el Cristianismo todo lo invade, desde el Asia menor á las Galias, y desde las sectas filosóficas hasta el seno de las escuelas.

Las ciencias nos dieron entre otros á Polieno, en su tratado de táctica; á Tolomeo, en astronomía, y á Galeno, en medicina; y el cristianismo, á los apologistas San Ireneo y San Clemente de Alejandría.

A medida que el cristianismo se extendía, Roma se desmoronaba; en el siglo III, más de 60 personajes llevaron el título de Emperador, toma los dioses asirios, deja de ser residencia de los señores del mundo, ¡aquella Roma, que entre sus divertimientos contaba con el célebre Coloseo, que no lo llenaban 100 mil espectadores, ávidos de presenciar los combates en la arena y las naumaquias!

Los bárbaros la amenazaban, la rebeldía cundía por todas partes, y la tetrarquia de Diocleciano pretendió salvar la división territorial del Imperio.

En Oriente se restablece el Imperio de los persas con tal poderío, que había de sobrevivir á los Césares de Occidente. Tal era la nacionalidad romana en el siglo III, el anterior á Diocleciano.

En el siglo de éste se cuenta la era de los mártires, de diez años de duración; decretada por Diocleciano; de las grandes convulsiones, viene el afianzamiento con la gloria, ó la derrota con el exterminio, y así resultó que tras de aquellas persecuciones, ensañamientos y martirios, desde el niño, casi al nacer, hasta el hombre inerme y de rodillas, el cristianismo siguió su marcha en el bajel de la fe y por un mar de sangre, por lo que más corría, hasta llegar á hacerse dueño del señor del mundo; ya no sacaba de pescadores sus soldados; la cruz se ostentaba desde el estandarte del Emperador hasta en los cascos y escudos de los legionarios; desde aquella frase de Constantino: *In hoc signo vinces*, aquel ejército que era dueño de cambiar los destinos de los jefes del Estado, que por su disciplina y costumbre de pelear contenía los bárbaros é inclinaba la balanza en las luchas civiles, que desde César no cesaban, tuvo por única egida lo que la cruz le ofreciera.

No haremos cuestión de logomaquias, como hubiera dicho nuestro Conde de Clonard; si la cruz la vió solo el Emperador, él y el ejército ó que fuera solo revelación, lo cierto es, que á partir de este momento en que el ejército victorioso paseó la cruz por donde quiera que luchaba, la humanidad sufrió ese cambio que hemos dicho, factor principalísimo en la influencia de sus destinos, sin que lo evitara la lucha que dentro de sí tenía con sus innumerables sectas de Apolinar, Arrio, los pelagianos, los donatistas y los priscilianos, que fueron otras tantas derivaciones pretendidas del verdadero cristianismo.

Constantinopla, la segunda Roma, fué edificada en Bizàncio, que domina la entrada del Bósforo de Tracia; conservó el nombre de su fundador, tuvo títulos y privilegios de capital, siendo residencia imperial.

Los godos entraron en las provincias romanas, y un bárbaro nacido entre los vándalos, las mujeres y los eunucos, tejieron y colocaron el sudario sobre el rostro de la nación más poderosa del mundo, con sus tronos de Oriente y Occidente.

Las religiones.

I

El derecho de gentes se funda en el principio que las naciones deben, en tiempo de paz, hacer el mayor bien posible, y en la guerra el menor mal compatible con sus verdaderos intereses.

MONTESQUIEU.

La invasión de los bárbaros fué para aquella gran nacionalidad como las aguas del diluvio para toda la Tierra, deshecha, á merced de los que eran sus señores, tenían que sufrir las consecuencias de tan terrible catástrofe. Roma, que tenía la paz interior por el servilismo, y la exterior por la fuerza, al ostentar tal nacionalidad semejantes basamentos, aquellos hombres vencidos por César y otros que de más lejanas tierras vinieron en busca de tan renombradas riquezas y espléndido existir, se lanzaron á saco y devastación por donde quiera que imaginaban encontrarlas con los impulsos que da siempre la codicia de tales mejoramientos.

Constantino supo sumarse los elementos del cristianismo y su poderosa influencia; sólo á eso debió vencer á ejércitos cuatro veces superiores al suyo, y cuanto logró, que fué mucho, incluso prolongar la vida de la nacionalidad.

Con la invasión de los bárbaros, la Cruz, emblema de ese cristianismo, fué lo único que se salvó de convulsión tan terrible; todo se hundió: nacionalidad, ciencias, artes, industria, cuanto aquel gran pueblo tenía; resurgiría, es verdad, pero después de

siglos, y la humanidad, asida á tan venerado signo, otra vez se salva.

La Edad Media es el problema más grande de la humanidad en su historia (395-1453). Si el sincretismo fuera un hecho, él nos daría su auxilio; pero esa ciencia filosófica tan lata, que dentro admite escuelas tantas, que sería penoso enumerar, sobre los dos grandes conceptos de esta época, hace que la meditación y el estudio tengan que suplir lo que bastaría con el primer extremo. El problema religioso y el de nacionalidad son los que se nos presentan, y respecto á los que los demás han de ser preteridos, toda vez que la religión es el elemento gestor exclusivo y al que se subordinan los otros que la nacionalidad constituyen en todo este período de tiempo y aún en parte del que le sigue.

Alejandro llevó á cabo su gran nacionalidad; trece años bastaron para destruir lo alcanzado. César planteó el problema, como hemos visto, con más amplitudes; la caída fué más honda, de enormísimas consecuencias, pero ¿dejó por esto de perseguir la humanidad su ideal en esas dos formas enunciadas? Sabemos que no; hemos demostrado que es ley, y las leyes existen siempre, porque si faltara la menor de ellas, el universo se derrumbaría. Concretemos.

Es verdad inconcusa que las especulaciones filosóficas y las creencias religiosas de los antiguos, han sido reemplazadas por el Cristianismo; éste se propaga y da los mayores signos de vitalidad, mientras aquéllas decrecen y se extinguen, que lo son de muerte, según nos lo dice la estadística y la historia; también es irrefutable, en nuestro parecer, que se nos presentan en este estudio dos caminos: uno, que las religiones en su forma incoativa, lo que á la inteligencia del hombre se adapta y que á medida que sus facultades intelectuales se han ido desarrollando, va entendiendo la existencia del Ser Superior, autor de todo lo creado, dentro de esa misma imperfectabilidad conceptiva del hombre; y el otro camino, que es por el que el hombre quiere llegar por el método racional á deducir la relación de unas religiones con otras, y del mazdeismo con su Ormuzd y su Ahriman y la victoria de la luz sobre las tinieblas, venir al judaismo, mosaismó y meseismo, y á demostrar ó á pretenderlo, que el nirvana del budhismo, que ni el mismo Budha explica de forma explícita y sí parabólica, vie-

ne á ser una de esas situaciones que el hombre busca en sus acomodamientos.

No les basta reconocer á esos filósofos polemistas, que el panteismo, el gnostisismo, el maniqueismo. y que hasta el estoicismo, convertido en una ciencia moral que renuncia á toda acción social, fueron vencidos por el Cristianismo; todo lo contrario, hacen caso omiso de ello y buscan argumentos que creen contundentes al fin que persiguen; y preguntamos nosotros: ¿Puede admitirse como razón fundamental el concepto de relación que estos filósofos establecen, entre las promesas de Zoroastro que con su mazdeismo hacia el hombre en su porvenir, mejorando de este modo su condición, á la pintada por los poetas cantando aquella edad de oro, con un pasado de gloria que deslumbraban, como único consuelo del presente y del porvenir? De ningún modo, porque mientras que el primer camino nos lleva á ese Ser Superior, éste nos deja con el hombre aun con esa escala de mejoramientos que en la evolución quieren establecer.

De nada sirve, en nuestro juicio, que Pí y Margall, en su *Problema social*, considere á Nuestro Señor Jesucristo como uno de tantos de la secta de los esenios, ni que Laurent, en sus *Estudios sobre la Historia de la Humanidad*, ni otros muchos filósofos eminentes, vengan á abarcar las religiones en conceptos tales y en una historia gradual y progresiva en semejantes relaciones; el procedimiento es puramente conjetural, y ya hemos sentado un principio reconocido, que la filosofía de la historia no es para el hombre más que una aspiración, porque querer sujetarla á las leyes que á la naturaleza rigen, sería aceptar ese procedimiento que carece de base.

Tales consecuencias, producto de la conjunción de los métodos inductivos y deductivos, conducen al hombre á regiones tan lejanas, que vagan por el vacío de la idealidad, y que sólo dejan tras sí un hueco más grande que el que se quería llenar al arrojar lo desechado.

Otro argumento es, que en esa evolución natural de las relaciones, el monoteismo había de vencer al politeismo. ¿Es que Mahoma no fué monoteista, y aun dentro de la religión cristiana no se iniciaron las luchas apenas nacida, y no llegó á ser una de las más terribles de la humanidad la de los treinta años?

Demos á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César, y reconozcamos que el Cristianismo ha salvado á la humanidad en las dos ocasiones dichas, que así lo hará en la prosecución de los siglos, coloquemos en el lugar que merecen estos conceptos, y deduzcamos la siguiente lógica consecuencia, que si la obra de Dios se humaniza, así como la culpa será del hombre, la Providencia cuidará de retrotraer los hechos y purificarla una y otra vez y cuantas necesarias sean.

Por otra parte, si Zoroastro, Budha, Confucio y otros, tengan ó no su origen en la noche de los tiempos, se han dedicado á esa ciencia magna que llamamos religiones ó teogonías, y que han buscado, con su saber y su sacrificio, mejorar la condición de sus semejantes, todos ellos, decimos, son otras tantas figuras de la humanidad de alto relieve, y sus prosélitos hicieron muy bien en idealizarlo, porque el dominio de esas ciencias que abarcan el concepto de una existencia superior, la base moral, el dominio sobre sus semejantes y los fundamentos de la higiene, requiere excepcionalísimas condiciones, ese ideal, siempre perseguido para llegar por el camino de la predicación y la paz al íntimo convencimiento inspirando una fe ciega y sin limitaciones, mientras que á otros hombres les cuesta los torrentes de sangre y exterminio que la guerra ocasiona; aquellos hombres que ven coronados sus esfuerzos por el éxito más grandioso, repetimos, lo merecen todo; es más, estas modernas sociedades, en donde todo parece ser convencionalismos, indiferencias y puras realidades, como lo muestran Polonia, las expansiones pretendidas en su Eritrea por Italia, los recientes hechos al pretender buscar Francia en Africa por Fachoda la solución de su problema colonial, que nos recuerdan mucho las fórmulas preceptivas diplomáticas y guerreras del Manú indio, que también lo atestiguan los últimos sucesos de nuestra pobre España, que no quiso imitar á sus naciones hermanas por aferrarse á sus procedimientos é hidalgas inclinaciones, las invasiones inglesas en el Africa y cuanto sucede en China; si á estas grandes nacionalidades, decimos, les faltara un Dios, sus fuerzas, todas intelectuales, convergerían al solo fin de crearlo, aunque no fuera más que para entonarle himnos en las vísperas de las batallas, y luego ofrecerle en holocausto los despojos de la desdichada nación hermana, sacados por el derecho de la fuerza.

Ese Dios buscado, nunca podría llenar las pretendidas ideales aspiraciones, si empezaban por unirlo al hombre por esos lazos de humanización, cuyas flaquezas en el medio estarían comprendidas; no, el procedimiento sería antitético; para alcanzar esos altos fines de lo que todo lo espera la criatura, necesario es un Dios todo Omniscencia, con el esplendor inagotable en sí y en sus derivaciones todas, un Dios infinito, inabarcable por la inteligencia finita del hombre, porque lo contrario, vendría á ser, más, mucho más, que pretender mirar al sol sin deslumbrarse cuando sus irradiaciones de luz fuesen más intensas.

El feudalismo.

I

NUNCA se está más cierto de la bonanza que en el fragor de las tempestades, porque aquélla se acerca á medida que éstas decrecen; á la invasión terrible de los bárbaros que se extendieron por toda Italia, España, las Galías, los países germánicos, el Norte de Europa y Asia, sucedió el acomodamiento de elementos tales y una paz relativa. Justiniano en el Imperio bizantino, único resto del poder romano, con Belisario y Triboniano, como auxiliares, alcanzó los títulos de conquistador y jurisconsulto en el siglo V.

En el siglo VI, aquellos godos invasores se hicieron católicos en España, en las Galías y en la Bretaña, que admite y conserva dos pueblos procedentes de tierra germánica, los sajones al fin de la isla y los anglos que fundaron tres reinos á su Nordeste y centro, con el hecho notable en la heptarquía de introducir el Cristianismo católico en el reino de Kent, cuya gloria se debió á Gregorio el Grande.

En el centro de Europa, al Norte de la frontera del Danubio,

se establecieron los polacos, pueblo eslavo, que recibe algunas instituciones de Leck, su primer Duque, y el latín continúa siendo la lengua del derecho, de la historia y de la Teología.

Tal era el estado del catolicismo, de la religión universal en aquellos momentos históricos en que los complejísimos problemas religiosos, político y social, al parecer reconcentrarse en un solo punto, determinaban la unidad religiosa como ideal divino, nunca así sustentada, y la unidad política como jamás lo fuera pretendida.

El signo de aquella Edad Media lo podemos determinar con esta frase: Dios, Papa y Emperador; Dios, como y tal cual es, de donde todo emana; el Papa, su vicario con el poder espiritual, y los Emperadores, Jefes de Reyes, á los que les estaba confiado el poder temporal, auxiliares de la Iglesia y representantes del poder láico, las asambleas de ancianos, la constitución de magistratura militar, el sacerdocio, las castas y cuanto pudieran explicar aquellas distribuciones de las funciones públicas, nunca como entonces se vieron unificadas; ese Imperio universal, soñado por Alejandro y César, con la conjunción de poderes tantos, lo que había de costar á la humanidad tantas revoluciones y tanta sangre, se nos presenta esta vez en grandiosa forma; pero ahora como siempre, habían de cumplirse las leyes irrecusables, y mientras que el Imperio crecía, se modelaba y extendía por horizontes más extensos que los imaginados en las aspiraciones de Inocencios y Gregorios, Santos padres de la Iglesia, aquellas leyes del equilibrio, alimentaban gérmenes, que simultáneamente los unos y después los otros, habían de limitar esos vastos horizontes al pronto y darles nuevas formas después: tales gérmenes eran el feudalismo y el mahometismo, los unos á la vez como hemos dicho, los otros desde el siglo VII.

El problema más grande de la Edad Media es el feudalismo; como todo tiene su historia, y como en todo, no sólo hay diversidad de criterios, desde su origen hasta en la etimología de su nombre, sino en el aprecio de su manera de ser, de sus rendimientos ó sean sus fines; unos se lo conceden todo, otros lo atacan y vituperan, y los más, hacen los cargos y concesiones que creen ha merecido una edad que es el ayer del hoy alcanzado por las modernas sociedades.

Admitamos en el feudalismo, sistema de la organización de la Edad Media, en su concepto social, y su expresión filosófica, la etimología que da César Cantú á la palabra cuando dice que Ob significa bienes de fortuna; All ó Alt, antiguo, de cuya unión resultó la palabra Alodio; y anteponiéndole Fee, recompensa, se formó Feudo. Viniendo Alodio á significar una posesión antigua, regulada por los germanos y exenta de toda obligación personal, mientras que Feudo era una posesión conferida por un alto señor, en premio de servicios hechos y con obligación de otros nuevos.

El feudalismo puede considerarse bajo tres aspectos: político; social y moral; el primero, se explica viendo diversas soberanías en un mismo estado; el segundo, ó social, por la desmembración del poder público en favor de personas determinadas, fundado en el favor, en la influencia de la riqueza y en la servidumbre del terruño; y en cuanto al concepto moral, en los dos grandes factores que lo alimentaron, el decaimiento del poder real y la servidumbre del pueblo.

La historia tiene un verdadero estudio, debiendo reconocer, como vamos á demostrar, que no obstante los distintos orígenes que se le atribuyen, siempre ha faltado una razón para completar el exacto juicio y justificar la procedencia, menos en un caso.

Si suponemos como algunos, que el origen antiquísimo del feudalismo se remonta á los romanos, á imitación de los deberes del vasallo en los del cliente con relación al patrono, menos el servicio militar y la posesión de la tierra, ó la distribución de las tierras por el Emperador entre los veteranos, no existe paridad, incluso en el deber del servicio militar, cuyo compromiso no era con el Señor y sí con el Estado. Compararlo á la organización de Escocia é Irlanda, tampoco resulta, porque tal organización se basaba en las jefaturas de parientes reales ó supuestos y no por vasallaje voluntario; tampoco se puede admitir igualdad con el sistema de la división de un término en varias provincias, cuyos jefes ejerzan la autoridad vitalicia ó hereditaria, como en los Imperios Orientales, la constitución de los Ejércitos y la jerarquía eclesiástica con las subdivisiones naturales y jefes subalternos, porque de ningún modo aparecen esos lazos que unen al Señor con el vasallo.

César Cantú dice que si se asemeja á algo es á los zemindares de la India ó á los faraonistas de Turquía, con lo que quiere decir que no es lo mismo. Otros atribuyen los orígenes al Japón con la repartición que hacían de sus campos, lo que no puede ser, porque fueron posteriores. Respecto á la raza eslava, tampoco, porque todos los nobles eran iguales entre sí y los demás hombres permanecieron sin esas gradaciones que el feudalismo exigía, y por último, igualarlo al patriarcado, menos que todo, porque allí era la de la sangre la única condición que á los jefes precisaba; de modo que en todos estos casos falta, como hemos dicho, ese algo que no complementa el origen atribuído; de lo que se deduce de manera determinante, que el feudalismo tal como es y con sus consecuencias todas, esa protesta silenciosa, muda en un principio, la federación en cierto modo, que había de recabar el equilibrio usurpado por la potente Roma, salió de los bosques de la Germania; pero no porque los hombres de aquellas tierras fueran representantes del procedimiento, los únicos, por encarnar en ellos la individualidad, como dice Laurent, no; ellos lo fueron entonces, como lo fué Pelayo en las montañas de Asturias y otros pueblos en otras partes y ocasiones; tales argumentos filosóficos caen por su base ante los hechos, como demostraremos más adelante, y no solo Laurent, sino Salmerón y otros muchos han debido tener esto presente, si su oposición sistemática no les hubiera guiado sólo á quitar al catolicismo lo que al catolicismo le pertenecía por todos estilos, tanto más, cuanto ellos son los primeros en reconocer y confesar que todo obedece á la ley natural y que el caso es averiguar sus relaciones y existencia, ya que la variedad de su ser, en lo que á la relación se refiere, es tan difícil de determinar.

Aquellos hombres, los germanos, que como hemos dicho ya, cuando César los venció eran sobrios hasta la exageración, que esperaban su completo desarrollo para unirse á la mujer, porque todo lo sacrificaban á las energías físicas; que quemaban casa y cosecha para romper esos lazos de la Patria; que después fueron celosos de libertad, hasta odiar las murallas que á sus ciudades circuían, aquellos hombres, decimos, que formaban los pueblos teutónicos, fueron la cuna del feudalismo, la antítesis más completa de su manera de ser, porque la libertad por ellos tan amada la trocaron en dependencia tal, que penetraba hasta en los actos

privados, encadenando toda la población á la tierra, desde los señores que de ella derivaban su nombre, al siervo que la hacía producir: el mismo Rey sólo tenía el gran título que ostentaba por toda fuerza; ¡contrastes subordinados á esa evolución progresiva é incesante para llegar á su fin!

Julio César, que tanto conoció aquellos dos pueblos, el galo y el germano, decía en sus comentarios sobre éste último: «Cuando una nación germana sale á la guerra, nombra un jefe de ella con jurisdicción de horca y cuchillo; no tiene por reprensible el saquear en territorio ajeno». ¿Tal fué, seguramente, el primer germen del feudalismo antitético al Cristianismo? Dios lo sabe; un elemento contrario, ciertamente, no al Cristianismo, al desequilibrio que los hombres por los hombres intentan siempre.

Las pasiones humanas, como lucharon en el paganismo, ahora luchan contra el ideal cristiano, y casi todos los pueblos del globo han encontrado una razón en sus egoismos para justificar la de su causa: el Mahometismo, con su guerra santa; los cismáticos, los rusos, para que el poder temporal y el espiritual esté en manos del autócrata; este feudalismo católico, al hacerse luterano, reformista más tarde, se esclavizó al emblema «la fuerza constituye el derecho», y los anglo-sajones al de «Dios y mi derecho», sustituído por el de «yo y mi interés», problema árduo el de los poderes que, si entonces tuvo la forma religiosa, después tomó la política para convertirse en social, provocando revoluciones cuyo recuerdo espanta no menos que las anteriores luchas.

Así nació el feudalismo, decimos; aquellos hombres dóciles, robustos, trabajadores, reflexivos y estudiosos, aunque no repentistas en concepciones, pero de maduro examen y firme resolución, lo formaron; al nacer en aquellas regiones de condiciones tales físicos geográficas, las suyas habían de ser las dichas, únicas apropiadas á tales influencias telúricas, resultando aptos para formar entonces núcleos militares á guisa de federación, y hoy grandes masas homogéneas que les ha llevado á la nación armada.

Fácil es imaginarse á la Germania, como desde las heladas costas del Báltico, casi permanentes, y sus extensísimas llanuras miosenas, hasta las fértiles vegas de sus ríos, grandes lagunas y umbrosas selvas que sus fronteras dibujan; se fué poblando de salpicados castillos feudales, siempre en montículos ó promi-

nencias para mejor dominar con sus elevados y negruzcos torreones las tierras del señorío para que mejor se ejerciera el mando, evidenciándose así la distancia entre la máquina sin alma de Aristóteles, el esclavo, y el hombre máquina, el siervo, que en aquellos tiempos estaba regulada su existencia por el toque de campana, el sonido del cuerno ó los caprichos del señor sin freno ni medida.

Entre los pueblos galo y germano existían aquellas diferencias que determinaban las condiciones de los distintos territorios que poblaban; sin descender á detalles diremos que los unos, bordeados casi por el Océano, el comercio era para los naturales su principal elemento, mientras que los otros territorios casi carecían de esta gran base para la vida de los pueblos, y la agricultura era la ocupación de sus moradores, y el único ideal, las expansiones que sólo por las armas podían alcanzar contra sus vecinos.

Los romanos tenían propiedad común y privada protegida por los dioses.

En los germanos y galos el campo pertenecía á la tribu, á la aldea, y sólo se conocía por propiedad individual la riqueza mueble y los esclavos, surgiendo de las relaciones de estos dos pueblos los beneficios, tierras fiscales dadas en usufructo á los veteranos que se comprometían á servir en el ejército.

Los germanos se agrupaban en derredor de sus jefes, elegidos libremente; los protegían con sus cuerpos en los combates, servicios por los cuales recibían un caballo y una framea; cada jefe dirigía á sus compañeros, estableciendo una dependencia jerárquica, pero personal y libre, hasta poder el compañero de armas abandonar al jefe elegido, forma amplísima que justifica en cierto modo una manera de ser de la fuerza armada que hoy casi se explica.

Las guerras continuas, persistentes y de logros al fin positivos, dieron la conquista de provincias del Imperio, que fueron consideradas bajo aquellos principios sustentados, y por lo tanto, bienes comunes, que se dividían entre los jefes de banda, que á su vez repartían algunos entre sus compañeros ó antrustiones, quedando unos y otros obligados al jefe y á la tierra, estatuyéndose de este modo la estabilidad, el señorío y el vasallaje y tro-

cándose aquella igualdad germana en una aristocracia militar, tomada la forma de los romanos y el hecho de la propiedad individual.

Los germanos, al establecerse en el país que conquistaban, impusieron como mayor garantía de la paz, una legislación de guerra, por la que los jefes gobernaban bajo la base de la propia defensa, pudiéndose observar cómo el feudalismo iba acentuando sus caracteres peculiares de manera progresiva. Ya le tenemos con la relación directa del señor y el vasallo; éste con nadie ni por nada interrumpía tal relación; ni la organización política que es la escala gradual desde este vasallo al rey, ni la obligación de todos los pueblos antiguos, del servicio militar, ni la defensa de la Patria, nada lo alteraba; el fundamento, el todo del feudalismo, es que el Señor y el vasallo son una sola entidad; éste recibe de aquél todo, órdenes protección y justicia; al Señor van los honores y ventajas de feudo, y al vasallo sólo censuras y alabanzas, porque no es hombre más que cuando se le considera miembro del cuerpo que se llama feudo.

Institución político militar el feudo, sus primeras manifestaciones en el concepto de la propiedad, fueron llamadas Mantón, Centena, la Decena y la Marca, las porciones de terreno ocupadas por las faras ó bandas, formándose de esta manera los Alodios, tierras libres, repartidas por suerte en plena propiedad y con carácter hereditario entre los guerreros, mientras que la de los vencidos pagaban tributo.

El signo de dignidad era determinado por la propiedad, y según fuera ésta, de más ó menos importancia, así la tenían sus poseedores y tomaban ó no asiento en el mallo ó asamblea y puesto en el Eriban ó ejército.

Pero no paró en esto: las ambiciones de los grandes y las débiles defensas de los pequeños, hicieron que aquéllos absorbieran á éstos, pero con ciertas condiciones: la principal, la de conservar los beneficios de sus tierras, de donde se originó la segunda faz que el feudalismo tomara, transformándose el Alodio en beneficio, llenando el deber de determinados servicios, teniendo dichos beneficios otras derivaciones que fueron: fieles, laudes ó leudos, los de los reyes, y precarios ó recomendaciones, los de la Iglesia, y legos por secciones de territorios.

El feudo, de este modo planteado, ofreció el problema de que los beneficios fuesen hereditarios, lo que al fin fué un hecho, pero la personalidad no fué relevada de sus deberes, y en la natural sucesión, el nuevo dueño prestaba al Señor el juramento de «ser hombre suyo y consagrarle la fe por las tierras que de él tenía», con otra porción de formalidades, muriendo así el derecho personal al trocarse en el de miembro del Estado, por los beneficios de un pedazo de tierra.

La tierra era la personalidad, los longobardos la repartían entre los varones, en los francos pasaba al primogénito, prefiriendo los Reyes esto último.

En el tratado de Andelot, año 587, fué reconocido el feudo; más tarde se ordenó en las asambleas, se reglamentó en las leyes y se confirmó en los concilios. Tuvo tres elementos, la naturaleza plena y transmisible de la propiedad, la fusión de la soberanía con esa misma propiedad, por la que los Señores administraban justicia, legislaban, acuñaban moneda y se asumían otra porción de facultades; y, por último, la dependencia de personas y cosas al patronato real y señorial, siendo esto lo que constituía toda la parte fundamental del feudalismo, como hemos dicho, debiendo notarse que llegó á ser hereditario, desde el empleo de copero hasta el más alto cargo militar.

Hubo tantos Estados como propiedades; los feudatarios se agrupaban en derredor de los Señores, ya fueran Duques ó Condes; á la idea abstracta de Estado había sucedido la concreta de individuo; no podía descender más al concepto de federación. Antes de su mayor apogeo, en los siglos IX al XI, en el fin del VIII y principios del IX, ya dijo Carlo-Magno: «Ordeno que nadie jure fidelidad á otros que á Nos y su Señor, por utilidad nuestra y de su Señor»; pero fué inútil; el proceso seguía su marcha, como todo germen en terreno abonado y en hondo surco que crece, se desarrolla y fructifica; desaparecieron las asambleas germánicas, y nació un sistema jerárquico de instituciones legislativas, judiciales y militares que ligaban á los poseedores y feudos más y más, y papas en su gobierno eclesiástico, Emperadores con el temporal y el de los Reyes; éstos y los Señores seguían el orden mismo de distribución de tierras.

El que las daba, era señor; el que las recibía, junior ó miles,

como obligado al servicio militar, si era directamente vaso ó vasallo. Cada individuo era al mismo tiempo señor ó vasallo, por poder ser lo uno en una tierra y lo otro en las demás. De este modo, el rey Pedro II de Aragón fué vasallo de la Santa Sede, lo que dió lugar al levantamiento al grito de unión; y reyes en Inglaterra tributaron homenaje á Francia, lo que ocasionó también grandes trastornos en Europa, incluso la guerra de los cien años entre Francia é Inglaterra. Rey, Duque, Conde, Vizconde, Barón, Castellano, Balbasón, ciudadano y villano, eran las categorías sociales.

El monarca no era ni magistrado, ni jefe de la nación para hacer leyes con su concurso, ni caudillo del ejército nacional; sólo era el propietario de los feudos por él conferidos.

En ese ejército, los vasallos prestaban un servicio de corto tiempo regularmente y dejaban las filas al acabar el compromiso, aunque fuese en campaña.

Sobrevinieron los concejos reales, á los que concurrían los varones que eran llamados por el rey si le convenía. En contraposición á esto, al parecer, los señores se reunían algunas veces, más que para deliberar sobre los intereses públicos, para ostentar su poder, porque, según las ideas germánicas, ninguno estaba obligado á obedecer más leyes que aquellas que ellos hubieran tomado parte en su formación; había tantos estatutos como países, y el derecho del puño por los señores, creado como único medio de lavar las ofensas recibidas, dió lugar á muchas guerras entre reyes ó señores, según hubiera sido el ofensor.

El feudalismo así nacido, organizado y extendido, tenía que defenderse, no solo dentro de sí mismo, sino contra los normandos, sarracenos y húngaros; y aquellos castillos que eran atalayas de la propiedad, se vieron convertidos en verdaderas fortalezas; es más, en las iglesias y conventos se levantaron torres y muros como los suyos, complementando el arte á las defensas naturales á más de las dichas, con fosos, empalizadas, antemurales, contrafuertes diseminados en los alrededores, rastrillos, puentes levadizos, trampas, puertas, compuertas y cuantos elementos podían acumularse para hacerlos inexpugnables: aquellas moles de piedra con defensas tantas, encerraban un mundo de personas y cosas en su interior, y pretendían, con su exterior, infundir el con-

vencimiento al enemigo de su inutilidad en el ataque; así se explican esas defensas, sus torres almenadas, troneras y barbacanas, la vigilancia del centinela adecuadamente colocado, que sonaba el cuerno ó tocaba la campana para avisar al villano la salida del sol, que era el comienzo de su trabajo, ó bien para dar el aviso de alarma por la proximidad del enemigo y que los hombres de armas se aprestaran á la defensa; y, por último, el grito dado ante el crimen, que había de repetirse hasta llegar al feudo inmediato, á fin de que el criminal no pudiera quedar impune del delito; todo esto lo venían á complementar las cabezas de jabalíes, lobos y ciervos, como también los aguiluchos, clavados en la portada para evidenciar las inclinaciones, gustos y pasatiempos del señor.

Hemos visto á los castillos feudales en lo que á su manera externa se refiere; respecto al interior, eran aún más dignos de mencionarse. Las provisiones de boca y guerra, eran incalculables; las primeras, almacenadas y en disposición de consumo; las segundas, adecuadas á las exigencias todas de aquella edad de hierro: lanzones, alabardas, mazas, escudos y armaduras, se veían hacinadas las unas y colocadas las otras, ya en la armería, ya en aquellos inmensos salones, en cuyas enormes chimeneas podían quemarse troncos enteros de añosos árboles, y asarse bien un ternero ó un jabalí, no siendo de extrañar que nuestro Cervantes se inspirara en usanzas tales para las prodigiosas bodas de Camacho de su *Don Quijote*, porque además, todo parecía fabuloso, y aunque el gusto no hermanara con la riqueza, lo cierto es que nos dicen que las vajillas de plata y las copas de oro se veían por todas partes, y que desde la armería hasta la cocina y la cuadra, todo estaba con exceso provisto, lo que era menester para subvenir á tanto, no sólo por la guerra, sino para el sostenimiento de tanta gente, porque á más de los señores, había que contar con los parientes, amigos, peregrinos, viajeros, hombres de armas y cuanto los servicios todos requerían con arreglo á tan numeroso contingente.

En cuanto al Señor y dueño de todo, no parece que el hombre haya llegado jamás á una personalidad semejante; apenas con conocimiento de las cosas, se daba cuenta del poder omnímodo de su padre; crecía entre esclavos serviles hasta el sacrificio de su propia vida, y entre hombres de armas y espadachines, dispuestos

siempre á jugarlo todo á la más ligera indicación; su capricho era ley, tanto como supina su ignorancia, y así llegaba á hombre, sin tener más cuidados que los que le proporcionara la seguridad de su castillo, el bienestar de su caballo y el buen estado de su armadura; la impunidad que los tres le prestaran, para él únicos elementos, le hacían llegar hasta la temeridad cuando veía caer á desdichados inermes á los golpes que asestaban; no se molestaba ni en la seducción, porque arrebataba la hija del infeliz villano si así le complacía, ó á la mujer si le gustaba; y hastiado del quehacer monótono del interior, en donde en las horas de paz se rezaba, se jugaba á los dados ó se oía cantar, buscaba los esparcimientos de la vida en correrías ó empresas que equilibraban su existencia, ya que no reclamaban su atención ni los asuntos públicos, casi los judiciales, por ser despóticos, los de administración por su sencillez, pues los campos eran cultivados por los aldeanos para provecho del Señor, los de la industria por estar á cargo de los siervos, y ni los de las ciencias por estar á cargo de los monjes, que recibían grandes obvenciones para que las cultivaran é hicieran oraciones sin limitación ni cuento; ¿qué podía esperarse de tales organismos, que tenían por base la ignorancia, por lema el capricho y el desenfreno y por organización fundamental el yo en sus relaciones todas, sin fuerza alguna que los contrarrestaran?; sin embargo, tenía su razón de existir, como hemos apuntado, y ahora vamos á estudiarlo con todo el detenimiento que se merece.

«La monarquía universal es encadenar al individuo á un dogma y á una Iglesia», dice Laurent; con esta fórmula todo se lo niega al Cristianismo, para concedérselo después á aquella fuerza federativa, al feudalismo, católico al crecer y propagarse, é instrumento luego de las pasiones de los hombres, con la reforma.

No hemos de disertar mucho sobre el racionalismo; el que se haya dedicado á la filosofía, aun en sus más elementales conocimientos, sabe que esta parte de la ciencia tiene poco de esa gama prodigiosa que alimenta la armonía.

Considerando el racionalismo, no en concepto abstracto, sus sectarios tropezaron en esas evoluciones del intelecto, con la dificultad imprescindible de recabar la sustantividad del pensamiento y la natural emancipación de la que al dogma le sujeta, con que

tenía que evitar que el criterio de la verdad ante la razón del hombre, no se trocara en subjetivismo, porque de esto á la anulación de sí propio, la distancia es nula, toda vez que pudiera llegar á excépticas conclusiones: tal es el criterio abstruso en que el racionalismo se encuentra; ni la perennis Philosofía de Leibnitz, una razón impersonal; ni el positivismo actual, que trata de resolver la identidad de las leyes objetivas y subjetivas, que sólo en cada caso concreto pueden determinarse, como llevamos dicho en distintas formas y ocasiones; ni el Realidealisumun de los alemanes, ni la filosofía de lo inconsciente, fórmula acomodaticia; ni el monismo que sirve de nexo á lo cognoscible con el que conoce, ni el panlogismo de Wundt, el que muestra educido el principio de unidad del intelecto; ni lo dicho por Kant y otros muchos, ya por otros caminos ó los mismos reformados, han podido llegar, decimos, á lo que todos pretenden, al punto de conjunción de la crítica con la afirmación, de la lógica con la ontología, del efecto con la causa, para venir á la concluyente que el hombre es el que interpreta y llega á la verdad, anulando en un todo á la revelación y sus naturales consecuencias.

A las doctrinas que pretendían que sólo en la razón estaban fundamentadas, había que oponerles esa misma razón, y Santo Tomás é innumerables eminentes teólogos así lo hicieron, porque nada da más luz que la controversia, y á ella recurrieron. Pero Bossuet, Fenelón y otros muchos teólogos católicos del siglo XVIII fueron más allá con lo que llamaron religión natural y ley natural en lo que á la moral se refiere: que el hombre podía llegar con su inteligencia á la idea y creencia de Dios; pero así como la corriente central del racionalismo pretende marchar de la crítica á la afirmación, León XIII recomendó un renacimiento tomista, base filosófica de la tolerancia en asuntos religiosos, pero patentizando la importancia de la revelación y de la necesidad de ella, declarando que el hombre, entregado á sí mismo y sin tales auxilios, ni puede conocer á Dios ni concebir el mal.

Ante tales manifestaciones, los sectarios del racionalismo se entregaron al examen de interpretación y crítica del antiguo y nuevo Testamento, y á nuestra vez decimos, aunque repetición sea, que poco hay que leer para no haber tropezado con estos libros, que llevan la humanización del concepto á dónde sus auto-

res han podido llegar, evidenciando con sus aberraciones la verdad sin argumento, y trocando en ensañamiento y guerra lo que sólo debiera ser emblema de paz y bienandanza, única manera de alcanzar los más, lo que nunca conseguirán los menos, porque el empeño en otra cosa es inútil, esa verdad relativa podrá entenderse, pero ni se sujeta ni se esclaviza; hoy que la tolerancia hace que las disquisiciones tengan un campo de acción de ilimitados horizontes, ella sabrá salvar toda barrera que el hombre ponga para sus particulares conveniencias, y llegará tras luchas tantas, á ese fin que el Dios de todos le tiene designado.

Parece natural que, después de lo dicho, holgara toda disertación particularizando los conceptos; pero lejos de rehuirla, la afrontamos como complemento de una parte tan esencial de este libro en el estudio que nos ocupa.

Dice Laurent, en sus *Estudios sobre la Historia de la Humanidad*, que la cuna del derecho está en la edad de hierro, que se le debe á los germanos, lo mismo que la esclavitud se convierta en servilismo, el esclavo en siervo; la aparición del contrato, porque la jerarquía feudal en esto está basada, estableciéndose entre el siervo y el Señor, y éste y el vasallo, que el Estado no existía, ni la Nación, que los feudos representaban el Estado, siendo los Señores feudales los órganos de las futuras nacionalidades.

Que la unidad católica se funda en una concepción religiosa, y que una revolución religiosa la rompió; que bajo cierto aspecto la reforma es una revolución de raza que inició la Germania y que duró treinta años, existiendo entre Roma del siglo v y Roma del xvi, que en aquel los bárbaros lo hicieron por instinto; en éste, los germanos con la conciencia de todo cuanto hacían, deduciendo las consecuencias de «siempre la misma ley, el individuo y la colectividad», y que el derecho de gentes puede calificarse de ciencia protestante.

Los países católicos, agrega, tienen la tendencia á la unidad y la aspiración á la monarquía universal, mientras que las nacionalidades encontraron sus más ardientes defensores en el seno de los pueblos protestantes, porque el feudalismo es la expresión política del genio de la raza humana, es el espíritu de personalidad, de individualidad, para nada se ocupa de la unidad.

¿Hemos de seguir apuntando conceptos de una obra de tales

dimensiones, sin correr el riesgo de traspasar en la nuestra los límites propuestos? No solamente lo creemos innecesario, sino que lo dicho nos parece más que suficiente á nuestro objeto; porque más que destruir fundamentales argumentaciones filosóficas, nuestra labor queda reducida á evidenciar los hechos que están muy por encima de toda argumentación.

Quien vió en 1453 La Marca de Brandeburgo, bajo el protectorado de Polonia, extenderse á costa, incluso del sacrificio de ésta, hacerse luego nación de primer orden, morir casi bajo la férrea mano de Napoleón que á poco la estrangula, para resurgir más potente que nunca y alcanzar la gran nacionalidad conquistada, en Europa complementada en sus pasados sueños, en Africa con 1.772.060 kilómetros cuadrados, es decir, con casi territorios por cuatro veces los de España y á más sus otras colonias; quien ve esto, decimos, ha de deducir con serena razón, las mismas consecuencias en este concepto de apreciación que en el religioso, respecto á las doctrinas expuestas por Laurent; ¿no es el camino de la Marca aquella el de las grandes nacionalidades que amenaza la conquista del dominio del mundo?; es más, del pasado y del presente nos dice esa lógica indiscutible de los hechos, que si las altas dotes de los hombres de la Prusia de ayer y la Alemania de hoy se hubiesen visto complementadas con la inspiración sublime de Napoleón ó César, no sólo hubieran llegado más lejos en el pasado, sino que en el presente se vislumbrarían aún más los codiciados derroteros que pretenden seguir, por si los evidenciados no fueran bastantes; ¿cómo á tal pueblo se le puede atribuir exclusivamente la personalidad, la federación, la fuente del derecho y las mejoras todas conquistadas?

Si fuesen deficientes argumentaciones tales, lo que no creemos, aún nos queda Inglaterra, ¿no abarca John Bull, como hemos dicho, casi el mundo con sus férreos brazos, de manera mucho más determinante que Alemania? Al Imperio universal, á la unidad, propende todo pueblo que cree tener fuerzas y condición para ello: el no conocerlo es cerrar los ojos á la verdad que es la ley misma, y la ley no conoce banderías.

Las religiones, las lenguas, el derecho y las razas, difieren, pero tienen puntos de contactos que vienen á ser principios de una verdad absoluta ligada á nosotros, por donde nuestra inteli-

gencia no llega, porque sólo ve las creencias comunes, derivaciones de la verdad relativa y las reglas que las sujetan.

Es claro que esas nacionalidades, aunque el fin ha de ser uno, los medios han ido variando, desde los de fuerza por la guerra con el completo exterminio, hasta el filosófico de paz en sus más altas concepciones; la distancia que separa aquellas realidades y estos idealismos, es inmensa y que se determina por las diferencias de los extremos y la apreciación del término medio en la evolución llevada. Ni el cristianismo como de dogma, ni el feudalismo como de derecho, podían negar al vencido lo que por tales derechos le correspondía, porque los que guerreaban estaban ligados por contratos que la guerra no rompía, y de ser muertos ó esclavos, á quedar sin propiedad como único extremo, ya lo hemos dicho, la distancia era enorme.

Luego vino la gran nacionalidad en la religión, razón suprema y de salvación por el Cristianismo, luz difundida á la humanidad en las tinieblas de su ser; luego la árabe que amenazaba toda existencia detenida por la Cruz, más tarde el Renacimiento, aura prodigiosa de todo bien, el de la ciencia, las artes y la industria, la unidad está dividida, pero la filosofía cuida que no desaparezca. Dante y Lecbnitz fundamentan esa gran nacionalidad en la paz, para que el hombre pueda cumplir su misión en la tierra.

Por otra parte, los naturales esparcimientos de la humanidad por las regiones descubiertas, aquellos acomodamientos consiguientes, dieron una tregua, pero bien pronto la humanidad se mostró tal cual es y su gestión incesante, persistente, fué donde siempre, ya lo hemos visto con lo acabado de decir respecto á Prusia; además, la independencia de Grecia, la recuperación de Bélgica de sí misma, en 1830, y la unidad de Italia, protestan de hechos y teorías que apoyan lo hecho en Polonia, España, Transvaal, Orange, China; porque si aquellas hacen preponderar el derecho de las nacionalidades, derrumbando los tratados de Viena, éstos demuestran que aún impera, y con mucho, el derecho de la fuerza, siendo por lo tanto el derecho de gentes una de tantas aspiraciones entre las varias que el hombre tiene.

De mucho puede servir *De jure belli*, de Grotius, siglo XVII, teóricamente considerado; pero ante las desdichas de los hechos

y con mayor razón las naciones sacrificadas, mal pueden entenderlo y sustentarlo.

El mundo podrá llegar á regirse por las ideas: en nuestro juicio mucho falta para que esto llegue, parece ser ley del progreso; pero aunque lo concediéramos, que á nuestra dolorida España le vengan con tales conceptos jurídicos, con ese derecho internacional tan decantado á ver si él le recupera de los despojos que por la guerra ha tenido, y es, aunque lo digamos otra vez, que en esos mundos de los idealismos no hay norte bastante que guíe en la apreciación, para los que se remontan demasiado sobre los realismos de la vida, y así las teorías dichas, las egelianas que ahora explicaremos, como todas las que similares le sean, han de tropezar con estas dificultades insuperables.

Egel da otra forma al pensamiento de la gran nacionalidad, pues la fundamenta única y exclusivamente por la unidad filosófica, otro criterio que parece medio del de la disyunción de Dante y Hobbes que va á la paz, no por la paz, sino por el despotismo; resultando de cuanto llevamos dicho, que hay escuelas filosóficas que niegan los hechos por las ideas, y que las ideas pretenden fundamentarlas por los hechos; y mientras tanto, los hechos se evidencian, la historia se reconstituye por la especulación, al estudiar cada siglo á los que le precedieron, dándonos así la armónica conjunción que los modernos adelantos exigen, según hemos dicho, y la humanidad va marchando siempre, con sus dos signos como los astros en el cielo y cuanto en la creación existe.

La parte que en todo ello tiene nuestra raza latina, lo hemos de ver, como en lugar de nuestra España en proceso tan colosal, en el que nadie como ella supo alcanzar la supremacía, desde que Horacio dijo: «Que dulce y glorioso es morir por la Patria, para que el sol no vea nada más grande que Roma», hasta aquellas palabras de Felipe II: «Yo no la he mandado luchar contra los elementos», al saber la destrucción de la escuadra invencible; porque si lo uno representa amor patrio hasta el heroismo, de donde todo brota, lo otro muestra hasta dónde llegan las ostensibles grandezas de la que fué la primer nación del mundo; sabemos el camino y él nos llevará al mejoramiento de nuestra suerte, y así dejaremos de ser protesta del derecho de la fuerza para convertirnos en razón de la fuerza por el derecho.

El Monotelismo y el Islamismo.

I

Las exigencias del razonamiento han hecho dar verdaderos alcances en el orden cronológico del anterior estudio, del mismo modo que la luz crepuscular precede al astro del día, para llegar á sus mayores rendimientos; preciso será, por lo tanto, retrotraer los hechos para entrar de lleno en el discurso con el verdadero enlace de los tiempos.

Ese cinematógrafo colosal que nos viene mostrando con vertiginosa sucesión los hechos de la humanidad, presenta ante nuestros ojos en el siglo VII sus dos grandes acontecimientos: uno de disquisición, de controversia, la gran cuestión eclesiástica que duró más de cien años y que tan directamente á la Latria afecta el monotelismo, si en Jesucristo se debía reconocer una sola ó doble naturaleza; pero la fe católica progresaba no obstante, nada bastaba para detenerla en su paso, y la idolatría y el arrianismo eran cada vez más dominados, creciendo los privilegios de la Iglesia de tal modo, que en España se elevaba hasta el poder político.

El otro acontecimiento fué el Islamismo; el ánimo se queda absorto antes de entrar de lleno en el exámen de uno de los problemas subjetivos más grandes de la humanidad; hemos visto que el feudalismo fué planta que creció, tomó desarrollo y dió su fruto, con regular evolución y de opinada manera; pero en el Islamismo ocurre todo lo contrario, en el concierto de apreciación de las grandes nacionalidades que sólo á impulso de las religiones acusaban sus mayores formas en tales tiempos, ha de ocupar un lugar preferentísimo; surgió de manera desconocida, rápida inopinada de los flancos de esa Arabia ¡cuna de tantos como sorprendentes pro-

digios!, y aquéllas enormes masas de seres humanos que bajo la presión de la idolatría más grosera eran insensibles á todo cambio de concepto en el orden religioso, fueron movidos por un solo hombre que supo despertar en ellas, primero la duda, luego la admiración, después la fe, y trás de sensaciones tales, el fanatismo, el delirio y la locura, como las aguas del torrente impetuoso, detenidas por enormes peñascos que ceden á la presión de mayores energías, así se esparcieron por la tierra los musulmanes buscando, incluso con el sacrificio de sus vidas, las realidades todas que vislumbraban en las promesas de su profeta.

Mahoma conoció aquel pueblo con las profundidades que le permitían su clara inteligencia y excepcionalísimas condiciones; sólo así pudo concebir el Alcorán, en donde pretendió abarcar todo cuanto con el gobierno de los pueblos se relaciona, no sólo en lo que á su dirección se refiere, sino á los idealismos más imponderables de la sugestión, para que sus secuaces vieran satisfechos sus apetitos más exagerados, á cambio de una obediencia sin limitaciones.

El Alcorán comprende en sus azoras y versículos, desde los cuentos orientales, sólo asequibles á incultas inteligencias, hasta conceptos morales de la más alta escuela, si bien en su mayor número apropiados al pueblo á que iban dirigidos, pero con abundantes contradicciones en muchos conceptos; al lado de la tesis se ve la antítesis, y ni se encuentra en él la mujer redimida, ni ejercida la justicia en un todo, ni la idealidad implantada dentro de ciertos límites, y hasta se llega á vislumbrar ampliaciones hijas del inspirador, alterando el cuerpo de doctrina, que sólo debiera ir encaminada al ideal perseguido, pero apartado de particularismos y flaquezas.

Mahoma supo escoger, y los hechos lo justificaron sobradamente con sus éxitos, de todo, lo que más le convenía; y así, al ver en el Corán tratados de aunar en religión la revelación y el sacrificio en el dogma, personalizando en la parte civil las bases fundamentales del pueblo hebreo con las que él creía buenas para el árabe; en la militar, las nociones de lo que pudiera llamarse derecho internacional, con la guerra sin cuartel y preceptos y reglas de la técnica más extricta, y en la parte moral, lo que creyó mejor, no siendo bueno en muchos casos, se tocan las justificacio-

nes de lo dicho, encontrando en sitios del Corán el Talmu, en otros el Pentatéuco, y en muchas partes las instituciones romanas, complementándolo todo con sus lucubraciones, hijas de una imaginación soñadora, fantástica y de vertiginosa ejecución.

Ya lo hemos dicho; sus predicaciones y el Corán fueron la palanca prodigiosa para mover aquellas enormes masas humanas: en la tierra tendréis, les decía, todo cuanto da la victoria, que es incalculable; pero á la vez, si me creéis, conquistaréis para la otra vida realidades tantas, que serán muchas más de cuanto en ésta podáis soñar.

La teogonía del Corán descansa en la omnipotencia de Dios, y la inmutabilidad de sus decretos, con tan tiránica predestinación, que constituye lo que se llama el fatalismo islamita, siendo ésta la base fundamental de donde parten sus derivaciones todas.

Para llegar á la victoria les muestra el Corán los deberes á los musulmanes, entre otros, en las azoras y versículos siguientes: IV, 103; VIII, 47 y 59; IX, 123; XI, 186, 187, etc. «Cuando estés en medio de las tropas, para que la mitad de ellas recen la oración *Rik 'a, jenuflección*, y *soudjoud*, prosternarse, harás que la otra mitad esté sobre las armas, invirtiéndose luego los términos, buscando así la seguridad que las armas garantizan. Los infieles querrían que no pensárais en ellas ni en vuestros bagajes, para de un solo golpe destruiros. Ni la lluvia ni la enfermedad impedirán nunca el cumplimiento de tan sagrados deberes».

«Creyentes: cuando estéis al frente del enemigo, sed inquebrantables, repetid sin cesar el nombre del Señor, y seréis bendecidos.»

«No es menester que todos los creyentes vayan á la guerra, basta cierto número de cada tribu que se instruyan en la religión, é inicien y enseñen á los ciudadanos cuando vuelvan.»

En la guerra santa, por último, preconiza, entre otras cosas, lo que puede considerarse hasta cierto punto como noción de derecho internacional: que respeten los vencidos los que marchen en vanguardia y que les perdonen las vidas, siempre que ellos lo hubieran hecho antes.

Por último haremos la siguiente cita sobre este particular, por ser de las más interesantes. «Si Dios viene en vuestro auxilio, ¿quién podrá venceros? La muerte en el campo de batalla es el

martirio de los musulmanes, la espada es la llave del cielo y del infierno. Una gota de sangre vertida en el campo de Dios, una noche pasada sobre las armas, serán más apreciadas que dos meses de ayuno ó de oración. Aquel que perezca en un batalla, obtendrá el perdón de sus pecados; en el último día sus heridas serán brillantes como el bermellón, perfumado como el almizcle, y las alas de los ángeles y de los querubines reemplazarán á los miembros que hayan perdido. ¡Desgraciado aquel que no marche al combate, su paradero será el infierno!»

Tales son, á grandes rasgos trazados, los puntos principales que el Corán preceptúa en lo que á la guerra se refiere; veamos ahora lo que dice en sus azora y versículos LV, 56; XXXV, 47; LV, 22 y 72 y otros respecto al Paraiso, Genan, Firdous ó Djennet. «La paz es la vida futura; los escogidos tendrán allí ricos trajes y pedrerías, clima delicioso»; y recordando Mahoma sin duda que el germano adoraba la encina, que el indio divinizaba el Ganges y el egipcio el ajo y el loto, en el Corán les decía: «también tendréis allí el loto, pero sin espinas; fuentes de aromosas aguas, como la Selsebil; bosques de palmeras y otros árboles, con deliciosos frutos, mucho mejores que los de la Tierra y permanentes; arroyos de miel, leche y vino, para que los muslines puedan gozar de lo que en la otra vida tienen prohibido»; en una palabra, Mahoma les ofrecía más que cuanto aquel pueblo codiciaba en sus insaciables apetitos, porque en aquellos tiempos sólo eran halagados los sentidos, con los realismos más puros de la forma material; Mahoma así lo comprendió, como también supo darle el valor que tenía el asunto más capital, á la mujer. El Corán la describe llegando mucho más allá que las más elevadas y sublimes concepciones; entonces la mujer era lo que hoy, y lo que será siempre: fundamentaciones, organismos y campo de empresas que acometer, é ilusiones infinitas que realizar; aquel genio lo entendió así, y dió á su pueblo en esperanzas una mujer más ideal que la que ansiaba, el pueblo lo creyó, y no hubo nada que hacer, ni sacrificio que arrostrar que fuera bastante para impedir que el musulmán llegara á ella.

Dice el Corán: «en el Paraiso, las mujeres son vírgenes, de materia mucho más delicada que la de la Tierra, celestial, de una creación especial hecha por Dios para recreo de los moradores del

Paraiso, de modo, que nunca perdían la virginidad, con pureza en el cuerpo y éste de una perfección de formas inconcebibles; que no las habían tocado nunca ni hombres ni genios; con grandes ojos negros, de mirada poderosa, con un color en el rostro, semejante á los huevos del avestruz, que bajo las arenas del desierto, están preservados del polvo, de los vientos y de toda impureza, y que antes de pertenecer al bienaventurado, moraban en pabellones y con sus gracias tan escondidas como las perlas en el nacar del fondo de los mares.»

¿Qué más podía ofrecer Mahoma á aquellos hombres encenegados en la idolatría más abyecta?; les hablaba despertando y halagando sus desenfrenadas pasiones, satisfaciendo, no sólo sus codicias del presente, sino muchas más que las que del porvenir esperaban.

A los treinta y cinco años le llamaban el Emin, que quiere decir leal, cierto fiel, y en esta edad dió una muestra entre los Koreïchites, tribu á la que se asoció, con motivo de la reedificación del templo de la Caaba, que lo elevó mucho más ante los ojos de sus conciudadanos; todos querían colocar la piedra negra, amuleto de gran veneración; ante no ser posible, juraron, metiendo las manos en vasos llenos de sangre no ceder ninguno de los bandos en que se habían dividido de tal pretensión; Mahoma, elegido árbitro por ser el primero en entrar en el recinto donde estaban congregados, según habían convenido, salvó el conflicto con su gran penetración, haciendo que los cuatro más principales de todos ellos, por sus prestigios, cogieran un tapíz en donde la piedra estaba colocada, la elevaran hasta una altura conveniente y él mismo la colocó en su sitio.

Bajo estas bases y doctrinas, y de tales modos, Mahoma, Muhammad, fué guerrero, no sin fracasos, moralista á su modo, legislador con imitaciones, teólogo con semblanzas y sujestiones; pero ni sus derrotas militares, tal vez hijas del mismo fanatismo que le cegaba, porque estando en Medina sólo con la Meca soñaba, ni los cismas, ni las persecuciones y desengaños, pudieron más que su perseverancia y sus indiscutibles condiciones; ellas le hicieron profeta y asumir los poderes espiritual y temporal, fundando una religión y un Imperio, año de 622 (fecha de la egira); una gran nacionalidad hija del hombre prodigioso que supo crear, no lo frá-

gil, lo dado á desvanecerse como los vapores en el espacio, sino lo que había de perdurar para sacar del politeismo á esa gran parte de la humanidad, acortando de este modo las distancias, único procedimiento de llegar á las verdaderas conquistas perseguidas, porque así como el hombre es la proposición en el problema, la mujer, el medio, y el éxito la resultante obtenida si las eficiencias existen, bajo cierto género de consideraciones, en el concepto general sociológico, Mahoma fué el que planteó y resolvió el problema de hacer llegar á los pueblos salvajes del Asia y de las entrañas del Africa, por tales derroteros, á la civilización, á la cultura y á la moral perfecta.

Se discutía su personalidad hasta si no sabía escribir, y se le concedieron, por los hombres más eminentes árabes, superioridad sobre los demás hombres, en el valor, en la liberalidad, en el vigor material y en la lucha. Supo seducir á los pueblos como el que más, é hizo caer, bajo el yugo mulsumán, el Imperio de los Sasanidas y extender aquélla gran nacionalidad que había de durar tantos siglos, desde el Océano Atlántico hasta el Golfo de Bengala, y desde la Siberia hasta la Malesia y el centro de Africa, templando el alma de los musulmanes con vigores tantos, que no sólo les bastara para resistir los embates de sus enemigos, sin contar el número, en las cruentas luchas que el porvenir les tenía reservado, sino para que llegara día que pudiera creerse que los soldados de Mahoma hollarían con los pies de sus caballos los ámbitos todos del mundo.

II

La lucha de Oriente y Occidente prosigue; su forma es la misma: pueblos que guerrean, que tratan de destruirse; pero bajo el concepto expeculativo, se observa que esas masas de seres humanos obedecen, más que al presente, á un porvenir soñado y prometido, que entra la humanidad en un período de lucha abierta, persistente y de siglos de duración, por la idea religiosa como principal motivo; cesaron otros móviles iniciados para reaparecer

con el alto relieve de nuestros días, lo que ha hecho decir á Balmes «que la Egolatría era la manera de ser de las modernas sociedades», y al terminar los efectos de luchas tales, para arreciar de modo que las estruendosas guerras del presente apaguen, extingan y hagan desaparecer los efectos de las pasadas, á no mostrar los hechos todo lo contrario, más parecerían estos modos de contender, anulación absoluta del hombre por el exterminio, que motivo de selección, auge y engrandecimiento.

La Media Luna amenaza al Orbe entero, y allí, donde la resistencia es grande, que puede doblar, tronchar como frágil vidrio una de sus aceradas puntas, cual si estuviera montada en colosal y poderosa máquina, cuya función se regulara á lo que á tales extremos sucediera, al retroceder la punta derecha, la izquierda se clava en las entrañas de un pueblo desdichado: España, que subyuga y esclaviza, pero que no extermina, porque las montañas de Asturias, más cerca del sol que las ricas vegas del Guadalete y más lejos de la base enemiga, dieron á sus habitantes aquellas condiciones que bastaron para hacerlas cuna de las poderosas dinastías cristianas que habían de asombrar al mundo.

Los musulmanes doblegan en el siglo VIII veinte pueblos con sus armas; ésta gran nacionalidad llegó á extenderse desde España hasta el Indo, y ni la sangrienta revolución que puso el califato en manos de los Abasidas, quitándoselo á la de los Omniadas, que sólo quedó con España, pudo detenerla en su marcha triunfal.

Era portentoso ver aquella irrupción colosal llegar á nuestras costas y seguir adelante en sentido ascendente, con la indiferencia más absoluta de los habitantes, en la mayor parte de los casos, excepción hecha de los judíos que los auxiliaban.

Los árabes invadieron las llanuras andaluzas, llevando á Tarik á su frente por esta parte, remontaron el Guadalquivir; uno de sus tenientes aseguró la derecha hasta Málaga, otro atacó á Córdoba para someter el país á su izquierda, mientras él llegaba á Jaén; concentra sus fuerzas, pasa Sierra Morena, avanza por la Mancha, toma Toledo, pasa después la cordillera de Somosierra por Buitrago, descubriendo los horizontes de Castilla, remonta el Duero, vuelve al Tajo, desciende por los páramos de Medinaceli y vuelve á Toledo.

El Walí Muza tomó á Sevilla y Mérida, y por Talavera se

une con Tarik en Toledo y aprueba lo hecho por su teniente, no obstante haberse excedido á las órdenes que le diera, con riesgo del éxito de la invasión.

Tarik, en la segunda campaña, remonta el valle del Tajo, pasa por Calatayud rodeando el Moncayo y llega á Zaragoza para cercarla. Muza, no obstante ser el jefe, le flanquea por Talavera y la vía Argentea, que por Bejar franquea el puerto entre las sierras de Gredo y de Gata, da vista á Salamanca, reconoce el Duero medio, llanuras de Castilla hasta Astorga, y se dirige al Oriente, bordeando las estribaciones de las montañas de Asturias, y por la unión de las llanuras castellana y aragonesa, por Burgos, Nájera y Logroño, llega ante los muros de Zaragoza, que tomó en unión del vencedor en Guadalete. Los dos siguieron en combinación las extensas llanuras del Ebro, para dirigirse á Tarragona pasando por Huesca y Lérida.

Muza, separado de Tarik, emprendió la conquista de Barcelona, Gerona y Vich, traspuso por el Portus el Pirineo y sujetó la Cerdeña y el Rosellón, mientras Tarik, siguiendo las ricas llanuras de Valencia llega á Tortosa, Sagunto, Játiva y Orihuela que no tomó y volvió por Murcia y Lorca; por Baza ganó el Guadalquivir y se dirigió á Sevilla.

En dos brillantes campañas, la ocupación de las tierras llanas clásicas de la Península fué un hecho. No nos sorprende, ya lo hemos dicho, la raza que á impulso de su ciego fanatismo supo conquistar desde el Indo al Helesponto; las columnas de Hércules no podían oponerles seria resistencia.

Ellos siguieron los derroteros de los romanos y godos por los caminos que de aquéllos aún existían, pero en sentido inverso, puesto que la razón de su base lo imponía, situación favorable, pues hemos visto, comprendiendo las costas de Levante, la armónica sucesión de llanuras interiores casi continuas desde el Sur al Norte; de lo que se desprende que estas invasiones nos serán siempre más peligrosas que las llevadas á cabo por otros sitios.

Pero el problema militar lo tenían en pie; de nada le sirvieron las nuevas irrupciones que en su apoyo venían; no tuvieron la inquebrantable persistencia de los romanos, ni sus jefes las condiciones de los de aquellos, aun en sus profundas diferencias, las que les llevaron á Damasco reclamados por el Califa, siendo cau-

sa de suspensión en gestión tan prodigiosa; además, la acometividad vertiginosa que les separaba de su base con la extensión que exigía el paso del Pirineo por Roncesvalles, bajo la dirección de Ad-el-Rahman, lo que le costó la derrota de Poitiers y su muerte, vino á ser otra causa sobre las anteriores dichas, para detener en tan gloriosa carrera á las armas musulmanas; y como la detención sin persistencia implica estabilidad y retroceso, la extendida landa montañosa astúrico-pirenáica, vió cómo retrocedían los árabes, iniciándose desde entonces tal vez la lucha más titánica que contemplan las edades y en la que nuestro pueblo marcó la altura barométrica más alta que pueden mostrar las humanas energías.

Surgieron reinos y condados; Asturias y León, Aragón y Navarra, de los primeros; Cataluña y Castilla de los segundos; aparecen los nombres de Alfonso V de León, el Conde Sancho de Castilla y el Rey Sancho de Navarra, que vencieron en Calatañazor al gran Almanzor, que pretendía volver á los tiempos de Muza y Tarik; el de Alfonso VI de Castilla, tomando á Toledo y destruyendo otra enorme invasión en la batalla de las Navas de Tolosa; el de San Fernando, que tomó á Córdoba; el de Jaime el Conquistador, que tomó á Valencia; el de Alfonso XI, destrozando en el Salado la última acometida musulmana, y por último, el venerado nombre de los Reyes Católicos, símbolo de la grandeza española, reliquia preciada de inagotables enseñanzas y de admiración eterna, allí donde lata un corazón hijo de nuestro patrio suelo.

De este modo, aquella máquina portentosa en la que la Media Luna se asentaba, tuvo una función inversa bajo los impulsos de las lanzas españolas, y al girar con el rechinar de sus ruedas y engranajes, como enorme protesta de su fracaso, huía de Santiago, como la leyenda dice, pero fué á clavarse en el pecho de Santa Sofía la punta que al Oriente amenazaba para ostentarse sobre la cúpula más alta y decir á la cristiandad: que lo que perdió en Occidente, allí lo encontraba, tal vez para mayores beneficios en glorias y grandezas; y la verdad es que de un Imperio que se forjó entre la revelación y la fuerza, en las cáldeas regiones de nuestro globo y que en la vida de un hombre invade tres mundos, todo era de esperar.

El Imperio franco.

I

¡A Carlos Augusto, coronado por Dios, grande y pacífico Emperador de los Romanos, vida y victoria!

PAPA LEÓN III.

Volvamos al siglo VIII, punto de partida de este estudio; en él, las guerras civiles de los anglo-sajones, dieron la supremacía á los primeros sobre los segundos.

Si en Oriente se desarrollaban los sucesos descritos, en Occidente aparece un nuevo gran Imperio personalizado en Carlo-Magno. La idea del Imperio es un legado de la Roma pagana, como prosecución de la evolución humana, diríamos nosotros; Chateaubriand en su *Genio del Cristianismo* se lo atribuye á cuando la gran ciudad se creía Señora del Mundo; los bárbaros, al conquistarla, se asombraron de grandezas tantas, y al fundirse, no sin protesta, en uno los dos pueblos, al Imperio de la fuerza unieron la idea cristiana; el Pontificado lo restableció, coronando á Carlo-Magno de Emperador, que se obligó á su vez á dar protección á la Santa Sede y á la Iglesia.

La raza latina, al reintegrarse de los destinos, mostraba al mundo que no apagadas aún en los espacios infinitos el eco de las glorias que sus armas supieron conquistar, hace que Ampere diga: «Si Alejandro elenizó el Oriente, Carlo-Magno latinizó el Occidente y la luz que ha reanimado, no extinguida jamás, no se extinguirá más que con el Sol.»

Aquella misión cumplida de la Roma pagana, al preparar el camino del Cristianismo, fué á costa de su propia vida por la degradación de sus pueblos, tal es la historia de los grandes Imperios; ahora nos encontramos ante la monarquía universal de Carlo-Magno, formada de los despojos de aquélla, y de los nuevos elementos de pueblos vírgenes, pero la ley es la misma; y la opresión, la decrepitud y la población insuficiente, fueron la causa determinante de su muerte y el feudalismo el medio de llevarla á cabo, destrozando, en un todo, la unidad Carlovingia, y haciendo presa de sus elementos; protesta efectiva de los hechos injustificados, porque aquel Imperio santo, romano, como le llamaron, tuvo mucho más de lo segundo que de lo primero; pero no por eso dejó de dar sus rendimientos en justa compensación, fundando la civilización en Europa, llevando el Cristianismo á los pueblos bárbaros de Alemania y consolidando el Pontificado.

Sobre Carlo-Magno, dice Montesquieu: «El Príncipe es grande, el hombre lo es más. Hizo admirables Ordenanzas. Vasto en sus designios, sencillo en su ejecución, nadie tuvo en más alto grado el arte de hacer las cosas más grandes con facilidad y las difíciles con gran prontitud». En confirmación de este criterio, citaremos el hermoso pensamiento que en la capitular de la fundación de las escuelas en los conventos se sustentaba: «Vale más obrar bien que saber mucho; sin embargo, para obrar bien, es necesaria la ciencia».

El Imperio no abdicó de su naturaleza guerrera; al preguntarle el Califa al gran Emperador que con qué derecho invadía sus tierras, le contestó: «Porque yo debo ir donde esté Dios, y Dios está en todas partes».

El Imperio de Occidente abarcaba Francia, Alemania é Italia; pero más que en el hecho, en el nombre, no era fácil aunar lo que estaba separado por el suelo, las costumbres y las inclinaciones; antagónico con el Imperio griego, el hecho del Pontificado, más fué político en su creación que otra cosa, pues la dominación de los Césares griegos amenazaba reducir á los Papas al papel de patriarcas de Constantinopla.

Carlo-Magno levantó un nuevo poder tal, que allí donde sus armas no llegaban, alcanzaban sus amistades, resultando que la cristiandad vivía bajo su amparo allí donde se encontrara: Egi-

nhardo dice: que el Rey de Castilla se llamaba fiel en las cartas que le dirigía, y que los Reyes de Escocia le reconocían Señor; sus relaciones con el Califa eran tales, que los presentes que por las embajadas se cruzaban, dieron esplendor á su nombre hasta la mayor altura, deslumbrando las riquezas orientales que de todas clases y especies venían, tanto como las relaciones entre los dos mundos, ignoradas hasta que se vuelvan á encontrar en los campos de batalla de la Palestina.

Al Imperio franco se le oponía en el mundo oriental dos Imperios: el Griego, pero decrépito, y el Arabe, dividido en dos, que la religión ligaba más ó menos fuertemente, llegando, á tal extremo, en ocasiones, que los discípulos de Mahoma buscaron la alianza de los cristianos contra sus correligionarios; estas circunstancias fueron remarcables para que Carlo-Magno, aprovechándolas con otras, pudiera legar á la posteridad una de las figuras de mayor relieve en la causa de la humanidad, y que hoy, en esa historia que cada siglo hace de los que le precedieron, para establecer la relación y modificar según las perfecciones que la inteligencia del hombre conquista, tenga el lugar que sus grandes méritos llegaron á alcanzarle.

Los dos califatos eran en ocasiones un mero accidente para las luchas del porvenir, porque siempre habían de sumar en su favor, que el Califa vicario del enviado de Dios, asumía todos los poderes; es decir, que todo lo absorbía, que era una unidad, mientras la Iglesia y el Estado, unidos en teoría, vivían de hecho en lucha permanente, que impedía al Pontificado dominar sobre el Imperio, y al Imperio dominar sobre la cristiandad; Carlo-Magno, no obstante de la tregua que dieron las diferencias de los árabes, supo sacar el mayor partido á su favor, como hemos dicho; pero el germen existía, minaba como el feudalismo, aunque no de manera tan formidable, la gran nacionalidad, haciendo inútil sus titánicos esfuerzos.

La derrota de Ad-el-Raman en Poitiers, por Carlos Martel, y las victorias alcanzadas por el padre del gran Emperador, fueron los comienzos de este fin glorioso para tal hombre y para la raza que representaba.

El Imperio alemán.

I

ENTRA el siglo IX, y lejos de cambiar la manera de ser de aquellos Imperios, continúan en el camino que sus hechos le habían trazado.

Carlo-Magno y su gran nacionalidad, al frente de la musulmana con Harun-al-Raschid, las dos llevan, como el Imperio griego, los mismos gérmenes que los anteriores: luchas, envidias y miserias, signos de decadencia, porque denotan debilidad en el conjunto y próximas disgregaciones, que son la causa de la muerte.

El Imperio de Occidente se debilitó después de terminar el reinado de Carlo-Magno; la historia de la segunda raza de los reyes francos, recuerda los sucesores de Clodoveo; el poder central casi existe en trozos que apenas acusan energías, y la nobleza y el clero, puestos en contra de la autoridad real, facilitan se extiendan los principios feudales en Francia, en donde toma carta de Naturaleza de la misma forma y manera que en la Germania. En ésta, en la federación que el feudalismo representa, brota el Imperio de Alemania, ¡contraste inaudito! Oton el Grande coloca en sus sienes la corona imperial, por no encontrar los Papas en los Príncipes italianos aquellos elementos que pretendían al tratar de reconstituirlo.

En cuanto al reino de Harun-al-Raschid, sufre, aunque en otra forma sea, la misma suerte que el Imperio cristiano; los movimientos de las sectas religiosas, los soldados turcos que se sublevan, milicias de esclavos comprados en el Turkestán, pero que son árbitros de la manera de ser de los Gobiernos, y por último, la

ambición de los jefes de provincias, que no piensan más que en hacerse independientes, lo destrozan y aniquilan.

La Escandinavia mientras tanto, da piratas en número y en cantidad tal, que dueños del Canal de la Mancha y de las costas del Atlántico hacen sentir su influencia de manera formidable.

Los sarracenos, que en Sicilia tenían su base de operaciones, hacen lo mismo en las costas de la Galia y de Italia.

En Italia y Alemania queda deshecha la obra de Carlo-Magno, favoreciendo al feudalismo.

En Inglaterra, la heptarquia desaparece para que Wessex sea el jefe de un solo reino; después, en los treinta últimos años de este siglo, Alfredo el Grande funda el poderío del Estado, de su marina, de sus libertades; mejora las instituciones, derrota á los daneses, funda la Universidad de Oxford, estimula el cultivo de artes y ciencias, levanta el espíritu patrio, da el primer paso para el *self-government*, fundamento de las modernas sociedades, y restablece en un todo el Jurado.

Hombres así no podrán crear grandes nacionalidades, pero echan sólidos cimientos, para que sobre ellos las generaciones sucesivas puedan asentar sobre tal base, unos tras otros, los elementos todos que han de constituirlas, porque las enseñanzas nos van mostrando que vale más ir despacio, aunque la inspiración no prepondere en muchas ocasiones, que dejarse arrastrar por ella, sin saber muchas veces dónde puede conducirnos.

Mientras tanto, el Imperio bizantino, aquel Imperio que llegó á tan gran altura, se conmueve y tiembla; no parece sino que todo se conjura de inusitada manera para hundir á tan desventurado pueblo: escándalos, crímenes que se suceden, Emperadores que se meten en calabozos para sacarles los ojos, Ministros que del calabozo salen para sentarse en el trono, y sangrientas luchas de iconoclastas ó maniqueos, partidos religiosos ya protegidos ó desechados por los Príncipes.

Ante el estado de los dos Imperios, únicos que prepondera-ban en aquellos tiempos, porque los otros reinos comenzaban en el concierto de la existencia, se comprenderán las justificaciones del crecimiento de la autoridad pontificia; no sin protestas y resistencias, porque si dispuso de la corona imperial de Occidente, en cambio no pudo establecer en Francia un legado de la Santa

Sede, porque el Arzobispo de Reims, Hincmaz, tomó la defensa del Poder temporal y de la Iglesia anglicana; lucha interna y que tantas amarguras había de costar á la causa de Dios.

A este siglo se le debe, no sólo esas iniciaciones, con más ó menos penoso desarrollo, y que habían de formar casi la totalidad de Europa, sino los torneos, las pruebas, los desafíos, la escolástica, la rima, la tesis, las jergas ó idiomas modernos y otra porción de cosas memorables.

El Cristianismo llega á Dinamarca y Suecia. En Polonia un campesino funda una dinastía, y por último, Rurik, jefe de los varegnes, llega de Suecia á Moscovia, y á expensas de los eslavos comienza á fundar el Imperio de los rusos del Norte.

Estas evoluciones de la humanidad dan idénticos rendimientos que las anteriores; unas nacionalidades caen, otras brotan, aquellas desaparecen ó se preparan á resurgir, mientras que éstas luchan para alcanzar la supremacía que las primeras obtuvieron, verificándose de este modo esa natural sucesión en la solución de los problemas sociales, suplantando lo útil á lo que se desecha por sus ineficacias. El Imperio de Alemania, casi Señor, pasó á la servidumbre, á la dependencia, y en esa lucha lo hemos de ver en la cuenta de su existencia á medida que en ella avance, pues ha de ser factor principalísimo en los destinos de la humanidad, tanto en su modo esencial como en ese flujo y reflujo de nacionalidades que se van y llegan, debiéndose contar entre estas últimas, como hemos visto, Inglaterra y Rusia.

Los musulmanes, en el siglo x, son dueños de la Persia, de la Arabia, de la Siria y de todas las costas del Africa hasta el monte Atlas, á más de lo que en España tenían: casi una gran nacionalidad como la de los romanos en tiempos de Augusto, pero no bajo el concepto político, sino en el religioso, porque estaban divididos en varios estados, y aun así, las sectas que tenían eran varias.

Las Cruzadas.

I

¡Dios lo quiere!

URBANO II EN CLERMONT.

EL tiempo, con su mayor medida, nos trae en los problemas sociológicos mayor número y más extensiones, con no menor complejidad; y si en el concepto político entramos en una nueva faz en el siglo XI, de transcendentales consecuencias, en el religioso nos encontramos en el punto más alto de la curva, si admitimos tal gráfico en su representación natural.

Deshecho el Imperio de Occidente, aquella unidad brotada de la habilidad del Papa León III y desarrollada por su gran Emperador, nos legó esa fórmula persistente de la unidad que sucumbe ante los débiles lazos que la formaban: aquellos pueblos necesitaron un amo, tal era su condición, y al perderlo, tomaron los derroteros de toda servidumbre para la que desaparece cuanto les unía: la Alemania se separa de la Galia francesa; Italia se recaba así propia, pero la cristiandad no estaba para perder entonces las fuerzas que la unidad siempre proporciona; y al conocer el Papa que en los Príncipes italianos no encontraba más que efectos contraproducentes, la corona que les dió la ciñe en Otón, que ocupa el trono de Alemania, como hemos dicho; entra, pues, el Imperio alemán en esa sucesión de grandes nacionalidades, con los caracteres todos de la monarquía universal; pero bajo aquellas exuberantes ostentaciones de poderío que los legistas dan la autoridad del derecho, la gestión efectiva nos muestra las divisiones de raza en Alemania y la insistente acometividad del feudalismo

que merma el Imperio; ¿cómo no, si eran dos existencias antitéticas que vivían una dentro de la otra?; en esto el Pontificado no vislumbró que restaba con el centro lo que el Occidente le diera; el tiempo se cuidó de demostrarlo con la evidencia de los hechos.

Italia tenía tal odio á los germanos, que aquellos de sus hijos que trasponían los Alpes, siempre pensaban que ellos le separaban de un pueblo bárbaro, lo que nos hace recordar las alegrías de Tácito porque las tribus germanas se destrozaran mútuamente y sus deseos de que los odios que entre sí sentían fuesen eternos; resultando de todo esto que el Imperio formado por los dos pueblos, era solo una aspiración: los poderosos Hohenstaufen, Reyes de Alemania de mayor relieve, sucumben en sus pretensiones de dominio, ante el amor de Italia como pueblo libre; á Carlos IV, el Emperador universal, al ser coronado, el Papa le sujeta á la condición de no permanecer más que veinticuatro horas en la ciudad Eterna. «El Monarca del mundo, dice Laurent, no puede pagar las deudas que contrae para alimentarse y es detenido por su carnicero»: ¿qué dominio puede ejercer tal Imperio en semejantes condiciones? La cristiandad estaba huérfana, siendo inútil insistir en demostrar lo contrario, porque si los hechos se falsean, los hechos vienen más tarde ó más temprano á evidenciar el error, demostrando que los alemanes estaban ciegos por la vanidad al pretender otra cosa.

Los poderes espiritual y temporal, tenían su representación, como hemos dicho, el Papa y el Emperador, jefe de Reyes; en Carlo-Magno llegó á ser efectiva la idea en todas sus extensiones, y la cristiandad alcanzó con ella los mismos límites: dos gestiones conjuntas que van á un fin, á la causa de Dios, al convencimiento por Dios y al respeto por la espada; al derrumbarse uno de estos poderes, la cristiandad tenía que garantir su existencia, haciendo que resurgiera, ya hemos visto cómo; la historia nos muestra lo restante, pero entonces estaba planteado el gran problema social, y de este problema las Cruzadas fueron una tregua, en la que los dos signos sumaban y restaban según las situaciones, llegando la época de los Inocencios, no por las aspiraciones de la Iglesia al poder temporal, sino porque un Imperio con estos elementos, llamado Sacro Imperio, detrás de otro que se disolvió por ineficaces del régimen, después de prepotencias tales demostra-

das, no podía aportar á la gran causa de la humanidad más que desastres; mas, tal vez su anulación, porque en aquellos momentos que las corrientes meridionales de las razas, más determinadas aún, contrarrestaban con mayor ahinco, menos docilidad y más grande fanatismo las invasiones del Norte, siendo la raza latina el yunque que sufría tan terribles golpes; tenían que sumarse las energías allí donde la coexistencia fuera factible, y no donde se pretendiera para encontrar ese equilibrio que la misma naturaleza nos muestra con las corrientes también, al confundirse con ellas los rendimientos encontrados de las temperaturas de los vientos y las aguas de los Polos y el Ecuador, dando al no preponderar las unas sobre las otras, las varias y asombrosas producciones, que sólo el medio ambiente de la existencia proporciona con la neutralización encontrada.

Tales son, en nuestro juicio, las razones fundamentales de la derivación del poder temporal del elemento civil; sin aquella preponderancia que dieron los dos poderes reunidos en momentos tan grandes de peligro, sin un Gregorio VII, sin un Urbano II, sin un Inocencio III, las Cruzadas ni hubieran sido un hecho, ni llegado donde llegaron; si fueron un fracaso militar, un coeficiente de no gran suma, los hechos á los que nos remitiremos muchas veces, nos irán ilustrando y haciendo que deduzcamos las lógicas consecuencias.

En el siglo XI la Iglesia griega se separa: la cristiandad está dividida por lo tanto, una razón más sobre las muchas apuntadas; pero esos graves problemas que solo la sociedad puede resolver, se vislumbran, se acercan y se salvan, no por los juicios de los hombres, sino por la sociedad misma, como hemos dicho, para llegar al fin que le está reservado. Los hombres tienen tres caminos que recorrer: el de Dios, el de la creación y el de sí propio; marchan en ellos con sus puntos de contacto; el día que se confundan, dentro de sus humanas facultades, tal vez haya concluido su misión sobre la tierra.

Entramos de lleno en los hechos, que son la historia; Europa se nos muestra como centro de actividad vertiginosa, delirante: el Norte lo agitan las revoluciones; la raza escandinava, desde Dinamarca y Noruega, cae sobre la Bretaña, para dar después paso á los normandos, acto inicial de las grandes rivalidades en-

tre Inglaterra y Francia; al Este también los escandinavos se establecen con el nombre de rusos entre los eslavos, convertidos con su jefe San Waldimiro, de la raza de Rurik, al cristianismo; pero el cisma de la Iglesia griega casi al mismo tiempo, motivado por no aceptar el patriarca Miguel Cerulario el empleo del pan ázimo en la Eucaristía, y las sílabas Filioque, introducidas en el símbolo del Concilio de Nicea, hacen que Rusia se haga cismática.

Al Oeste, en España, la dinastía de los Omniadas se extingue en Córdoba; varios emires árabes se declaran independientes, resultando tantos soberanos y reinos como ciudades; Castilla, León, Navarra y Aragón luchan entre sí, pero siguen adelante su obra gigantesca de reconquista, en la que Alfonso VI tiene por auxiliar poderoso al Cid; el Cristianismo se extiende hasta Toledo y Valencia, y en Portugal se establece un Condado que los Príncipes normandos fundan.

Al Sur los griegos enemigos de la Santa Sede pierden la Italia meridional, que los normandos conquistan; éstos rinden homenaje al Papa después de vencerlo; disputan la Sicilia á los sarracenos, haciéndole el puesto más avanzado de la cristiandad contra el islamismo; y las costumbres feudales y la lengua francesa se enseñorea por ellos, además de Inglaterra en estos dos territorios; nada era de extrañar, porque la Normandía había de dar hombres de condiciones tales, y quien ha podido admirar las riquezas de su suelo, y cuanto en ella se encierra, sabe apreciar las extensiones con que la naturaleza la ha sido pródiga en sus múltiples concesiones. Francia, sin embargo de tales conquistas, pasa inadvertida por la vida de sus Reyes, pues la familia de los Capetos es de las menos poderosas entre las grandes casas feudales, y el reinado llega á ser como un derecho sin ejercicio.

En el centro, Alemania lleva la supremacía política, por la falta de energías de los Príncipes que ocupan la Santa Sede, según la historia; en Roma se suceden los grandes desórdenes del siglo anterior, los Emperadores se ven amenazados, no sólo por la nobleza turbulenta de la Germania, sino por los Señores feudales del Norte de Italia y los Obispos, que hacen reaparecer los municipios, y se arman tratando de hacerse independientes. Conrado, primer Emperador de la Casa de franconia, consolida la paz, poco

tiempo duradera; porque la anarquía reaparece con más fuerza, no tienen límites los escándalos de simonia, codicia y las mayores violencias, presagio de mejores tiempos, que fueron iniciados por el monje toscano Hildebrando, que hizo volver á la Iglesia su moralidad é independencia hasta llegar á fundar la autoridad temporal de Roma.

Gregorio VII prosiguió la obra, si cabe, con mayores alientos, y no sólo mantuvo, sino que extendió los derechos del sacerdocio, comprometidos por la triple cuestión del celibato de los sacerdotes, la simonia y de la investidura laica; amenaza á los Estados del Norte, Francia é Inglaterra, y excomulga al Emperador de Alemania Enrique IV por las dos cuestiones últimas apuntadas, y ante su insistente rebeldía, lo declara, caso sin precedente, despojado de la dignidad real, y á sus súbditos, libres y absueltos de juramento de fidelidad, apoyado para tal resolución en el derecho público de aquel tiempo, en el que generalmente se acordaba á los Papas de Roma el poder despojar á los Príncipes que ellos juzgaban indignos de gobernar.

El Papa fué desposeído por el Emperador y murió en Palermo pronunciando estas palabras: «He amado la justicia y odiado la iniquidad; por esta causa muero en el destierro». En cuanto á Enrique IV, su hijo Enrique V, tomó las armas contra su padre, lo venció y lo encerró en una ciudadela de donde pudo escapar, para morir en Lieja, abandonado y en la miseria: ¡tal fué la primera etapa del camino que habían de recorrer en su lucha colosal los poderes teocrático y autocrático!

En el este, Bizancio presenciaba como la casa de Macedonia, bajo el nombre de dos mujeres, lleva al trono un monedero falso y un calafate. En Oriente, los turcos seleyucidas originarios de la gran Tartaria, vencen á los gaznevidas, á los Califas de Bagdad, á los fatimistas de Egipto y á los Emperadores griegos que no pudieron impedir la sultanía turca de Iconio, y Antioquía, Laodicea, Nicea y Bitinia, cayeron en su poder, esparciendo la alarma á extremo tanto, que ni sus luchas intestinas fueron bastantes para evitar que se le diera al enemigo común toda la importancia que tenía; los musulmanes, ciegos, fanáticos, amenazaban, tal vez, la existencia de Europa, y Europa inició la guerra de continentes en el concepto religioso, bajo el estandarte de la Cruz. Nos encontra-

mos ante el problema más grande del Cristianismo; el islamismo pretendía sumar en Oriente lo que en Occidente España le restaba, y la religión cristiana aceptó el reto; Europa se mostró como continente, como unidad, y supo oponer al musulman la Cruz ante la Media Luna, el ascetismo contra la existencia fanática, y el grito de guerra «Dios lo quiere», al de «Guerra al infiel.»

II

Tales fueron los albores de Las Cruzadas, iniciadas en pensamiento por Gerberto de Aurillac y secundado por Gregorio VII con aquel fervor religioso que tan peculiar le era.

En la época de iniciación, la opinión no estaba hecha; el espíritu público, ese gran factor en que la humanidad todo lo rige, fué agitado con su clarividencia por Gregorio VII; Pedro el Ermitaño, con su fe le dió forma, y el origen divino que el ascetismo creciente en aquella época, dió á la palabra de Urbano II, marcó la dirección, y la Europa, casi mostró sus grandes energías, no en la propia defensa, sino en la más imperiosa acometividad. La Cruz no se ostentaba ya sólo en los soldados de la gran nacionalidad romana de Constantino; ahora salían del concilio de Clermont los Príncipes cristianos, con el grito de guerra: «Dios lo quiere», convocados por Urbano II, mostrando una Cruz de paño encarnado en la derecha de sus pechos; y el Imperio, los reinos y señoríos, por las excitaciones del Pontífice, iban á pelear contra aquellos pueblos que, acariciados por las brisas, ya del golfo Pérsico, ya de los mares Negro, Caspio, Rojo ó Mediterráneo, hijos la mayor parte de las abrasadas arenas del desierto, reunían en sí dos naturalezas: una ideal, soñadora; otra inquebrantable, fiera; pero las dos irreconciliables con el Cristianismo. El duelo iba á ser por lo tanto á muerte, de continentes que se lanzan en alas de su fe y en defensa de su causa, á una lucha gigantesca, la más grande de la humanidad, no sólo porque fuera secular, sino por los millones de seres que en ella fueron sacrificados. El concepto religioso todo lo invadía, y todo le estaba subordinado; de este

modo se explica su influencia tan poderosa y las grandes y profundas luchas que por él había de llevar á cabo la humanidad en la incesante resolución de sus problemas; acentuándose en esta época de manera determinante, un factor que con remarcables trazos se delineaba, en el concierto de los elementos sociales, la política, empezando á echar su peso en la balanza del porvenir de los pueblos, del mismo modo que las cuestiones de la administración, de Economía política, se inician en forma de grandes realidades en nuestros días, porque el hombre va pensando que su problema está en garantir la columna de aire que le hace falta, y el pedazo de tierra que necesita, lo que envuelve la idea, que á ese fin no se va más que por los derroteros de los más puros realismos.

III

Los cruzados marcharon á Palestina; ya tenemos otra vez á la humanidad contendiendo en aquellas tierras tan codiciadas del Jordán para las soluciones de los problemas de su existencia; no era la Tiara en frente de la Media Luna, como dice De Maistre, extremando el concepto; los Papas no fueron generales en el siglo XI, fueron el único poder que se mostró bajo la Cruz para destruir á los que contra la Cruz combatían; ya no era el Africa que invadía y el Asia que amenazaba, no; era la Europa representada en exodo de más de 100 mil hombres con Gautier el Pobre en vanguardia, y Pedro el Ermitaño al frente, y el alemán Lotteschalk, con numerosísima retaguardia primero, y después 100 mil Señores feudales al mando de Godofredo de Bouillon, que invadía el Asia para grabar en la historia su página más sangrienta.

Cuatro años de lucha, 1095 á 1099, costó el que la Ciudad Santa fuese de los cristianos; ningún sacrificio pareció mucho, ni la sangre derramada, ni la inclemencia del sitio; ellos iban por el camino de Dios, como decía Guiberto de Nogent, y por Dios protegidos, con milagros y apariciones de Milicias Celestiales, según Roberto el Monje, Michaud, en su obra *Historia de las Cruzadas*, ilustrada por Gustavo Doré y otros muchos.

Tomada Jerusalén, «en cuyo templo los muertos no caían porque la apiñada multitud no daba lugar á ello», Roberto el Monje, y «los vivos andaban por un lago de sangre que de sus rodillas pasaba», Dodichini; la titánica empresa proseguía, primero de institución de Estados por Godofredo, con carácter feudal; luego con el de la guerra, y como en ella se clasifican las cruzadas en cierto número, cuando puede decirse que las frecuentes y numerosas invasiones influyeron para hacer imposible determinar la separación de algunas de ellas, hemos de señalar sólo las figuras más salientes y los hechos más culminantes de esa epopeya, para que nos sirvan de premisas y sacar las lógicas consecuencias.

En el siglo XII, San Bernardo es el llamado á llevar el espíritu público á las palpitaciones que dan los hechos; Alemania, con su Emperador Conrado III á la cabeza, y Francia con su Rey Luis VII después, dieron un gran contingente á la causa de las cruzadas; los primeros fueron derrotados en los desfiladeros del Tauro, muriendo casi todos á manos de los turcos; y los segundos, que consiguieron determinadas ventajas en el principio, por no marchar por el centro como los alemanes, y sí por la costa, la suerte no les fué propicia al fin, esta cruzada, que ya se le da el carácter político más que religioso, sin duda por figurar en ella los dos monarcas, nada vino á resolver; si bien en el concepto administrativo se inician los gravámenes para auxilio de la empresa.

En las postrimerías del siglo tuvo lugar un nuevo esfuerzo de la cristiandad, pero sin frutos; Guy de Lurizan fué derrotado en la batalla de Tiberiades, y Jerusalén fué tomada por Saladino: todo había sido inútil: sangre á torrentes, dinero sin cuento, sacrificios sin medida, todo; la Europa consternada sufría los efectos del espejismo que el desierto ofrece al caminante; sólo que en éste puede morir un hombre, mientras que con aquélla se veía amenazado todo un continente; los espantables conceptos del siglo X se recrudecen y la figura del Antecristo aparece con los contornos de la más pura realidad. Federico Barbarroja, Felipe Augusto y Ricardo Corazón de León, es decir, los soberanos de Alemania, Francia é Inglaterra, hacen ese grandioso esfuerzo para salvar situación tan terrible y se establece por el Pontífice lo que se llamó el impuesto saladino; tampoco el éxito coronó hazañas y sacrificios tantos; es más, Inocencio III, yendo más lejos que la

preocupación del siglo anterior, se cuida menos de la aparición del Antecristo, que de excitar por la religión, para alcanzar por lo que hoy llamaríamos política la unión, y poder llegar al fin perseguido; pero ni sus grandes é indiscutibles condiciones, ni la cruzada de los 50 mil niños, llevados por el más ciego fanatismo, ni las exaltaciones del monacato, con Fulques á la cabeza, prepotente entonces como nunca, ni las declaraciones de Gregorio IX, ni Alejandro IV con Luis IX de Francia, el Santo, el Angel de paz, como le llamaba el Pontífice, pudieron evitar el desastroso fin de las Cruzadas, con relación al único objetivo que parecían llevar la salvación de la tierra Santa, porque las ciudades fueron tomadas una por una, y la lucha terminó después de dos siglos de existencia.

Los milagros, las apariciones celestiales, las milicias angélicas; los nombres de Tolemaida, Sidón, Damieta, Manzurah y el mismo de Jerusalén, que representan muertos á miles en las batallas, y lanzados desde las almenas de los negruzcos torreones, al quebrarse las escalas del asalto por el peso de los que subían y los esfuerzos de los que contra ellos luchaban, las heroicidades, decimos, ejercidas, las victorias alcanzadas, todo fué suma que no mermó la del fracaso, y las costas todas de la Siria fueron abandonadas por los hijos de Occidente.

La Europa ante la evidencia de los hechos y la inutilidad de sus esfuerzos y sacrificios, se rindió al fin; ¿fué vencida al dejar entre las manos de los árabes el ideal de sus aspiraciones, la Santa reliquia de su credo; es que podemos asentir con el racionalismo, lo dicho por Laurent, Voltaire, Heller, Haken y otros mil, que es signo de desamparo de Dios á los cristianos, el no lograr éstos librar el Santo Sepulcro de manos de los infieles?; sólo una razón nos bastaría para contrarrestar tal criterio: que siempre son las tierras más cercanas al manantial, las que mejor tocan sus inapreciables beneficios; el Santo Sepulcro en poder de los creyentes de Mahoma, es allí una protesta viva, un gérmen no extinguido, preponderante; mientras que si nosotros lo poseyéramos y rodeáramos, mal podrían llegar los musulmanes á sus enseñanzas; lo sorprendente es, no lo dicho, que resulta después de todo lo que debía suceder, sino que exista en poder de enemigos tales, el menor vestigio de reliquia semejante, que mira frente á frente y á

veces pudiera estar unida por el ambiente mismo, á la ciudad santa de los musulmanes, á la Meca, por ellos de tal modo venerada.

Pero dejándonos de idealismos y disquisiciones filosóficas, vamos más allá con la fuerza del razonamiento analizando los hechos. Las Cruzadas tuvieron varios fines, el de civilización y cultura por el contacto de los dos continentes, sus relaciones y transacciones comerciales; es decir, la plenitud de lo iniciado por Carlo-Magno.

El de organización, porque Europa se dió cuenta de su unidad, al mostrar que podía practicarse la función conjunta de varias nacionalidades en un solo fin, dibujándose, por lo tanto, esta existencia en la forma social.

La administrativa, porque el feudalismo se fué desprendiendo de su manera de ser por los privilegios concedidos á los cruzados, que dejan sus bienes para ser repartidos entre los que quedaban; la constitución de los Municipios independientes, fundamento de la organización de los modernos Estados, y las cargas que pesaban por las contribuciones de guerra, desde antes del impuesto saladino, hasta esos privilegios consistentes en tres años de no pagar impuestos y gabelas, recargando en 20 por 100 á las rentas del clero, y el 10 por 100 al Papa Inocencio IV.

Por último; de energías continentales, porque ni las ambiciones, ni las diferencias, ni los estímulos, ni las codicias más desenfrenadas entre jefes, orígenes y cruzados, ni otras mil causas, fueron bastantes para impedir cuanto Europa evidenció de ellas; las Cruzadas concluyeron en 1270, pero no es esta la frase en nuestro concepto; para la lucha, esta fecha fué el comienzo de la tregua, de esa cantidad de tiempo necesaria para que lo que las Cruzadas sembraron dieran los frutos de Granada y Lepanto, primero, y después cuanto la historia nos ha ido mostrando de esa gran nacionalidad que fué ayer y que hoy se encuentra cercada, minada y casi destruída, con la existencia que le limitan las concesiones de mutuo respeto entre las grandes nacionalidades.

Un factor principalísimo de tales energías fueron las Ordenes; tres se fundaron en Jerusalén: San Juan, que llevó su nombre, la del Temple y la Teutónica; hay quien atribuye á estos organis-

mos ¡á tanto llegan sus prestigiosos hechos!, que fueron la base de los ejércitos permanentes; pero nosotros no llegamos á ello por varias razones; la principal, que no tenían dependencia del Estado, lo que sucedió de una manera definitiva en el siglo XVI, cuando de este modo fueron creados; pero, ¿quién puede desconocer los grandes beneficios que reportaron á la causa de la humanidad y de la religión? Brotaron de las dos formas que el feudalismo tenía comprendidas en el monocato: la una, el monocato pacífico, los conventos; la otra, el monocato armado, los castillos feudales, que no eran más que conventos, en donde el rosario tenía por compañero, en vez del Evangelio, las armas de todas formas y clases; las órdenes, pues, eran las resultantes activas de los castillos en sus extensiones más extremas, como las ciencias de los conventos; donde acababa el monje con la enseñanza y la convicción, empezaba el caballero con la imposición y la fuerza, y la humanidad marchaba, mientras tanto, entre estos dos grandes signos característicos de la edad media; pero ya sabemos que lo que produce es á costa de su propia vida, y esto sucedió al feudalismo con las Cruzadas

Vamos más lejos aún; aquella Europa no luchaba solo contra los árabes; sus energías sobraron para acometer á éstos y gastar las que sus contiendas interiores le exigían; á las cruzadas del Asia tenía que agregar la cruzada contra el Emperador de Alemania excomulgado, siendo el Monarca más poderoso de la cristiandad; distanciación de los dos poderes entonces preponderantes, lucha que representa mucho tiempo, dinero y gente; elementos que debieron ir unísonos en la causa común; ¿hubiera entonces fracasado la valiosísima gestión de San Luis? Seguramente que no; las discordias entre los Sultanes del Cairo y Damasco impidieron que la Palestina se perdiera; la primera gestión de Federico II hubiera dado lugar á ello, de aquí la excomunión; de nada sirvió la tregua de diez años por él conseguida; entró en Jerusalén como no quiso entrar San Luis, ó poco menos, como peregrino, pues compró á los mulsumanes el derecho de hacerlo, pero de tan corta duración, que en la pasajera reconciliación que tuvo con el Pontífice, se intentó otra cruzada que sólo llevaron á cabo algunos caballeros que fueron derrotados en el camino de Ascalon. En tales condiciones se organizó la séptima cruzada, la de San Luis;

pero, ¿quién podía aunar tantas diferencias y tan múltiples aspiraciones? Sólo Dios.

No paraban aquí los esfuerzos de Europa, seguían las disgregaciones de ellos; á estas dos cruzadas había que agregar una contra los herejes del Langüedoc y otra contra los idólatras de Prusia, en donde los Caballeros Teutones dieron origen al reino de este nombre, clavando la Cruz en las costas del Báltico.

Pero tampoco dan término aquí las derivaciones de las energías; si importantes fueron las dichas que debilitaban extraordinariamente la acción común, no lo fué menos, tal vez la mayor de todas, la que nos va á ocupar: si la séptima cruzada fracasó, si la que creen sexta no fué más allá en el fondo aunque otra cosa pareciera, á la cuarta le sucedió como á las olas del mar que surgen, son coronadas de espumosa diadema y mueren antes de llegar á la orilla; la complicación de oriente fué la causa; Alejo, hijo del Emperador de Constantinopla, reclamó el auxilio de los cruzados, y la expedición que había de invadir á la Siria, se empleó en sitiar y asaltar á Constantinopla; grande fué el contraste de aquellos dos pueblos al confundirse: los unos, campesinos ó habitantes de castillos; los otros, en la espléndida existencia que da el más refinado lujo, y entre el pánico de la muerte y las codicias desenfrenadas, que riquezas tantas despertaron, llegaron á dibujar el cuadro más grande del terror que puede concebirse.

Balduino, Conde de Flandes, fué proclamado Emperador de Oriente; los Señores cruzados se repartieron la mayor parte del Imperio de Europa; y aquellas grandes energías que hubieran sumado á favor de la cristiandad muchos rendimientos, se gastaron y extinguieron en ella misma; se consiguió la unidad cristiana, es verdad, pero fué sólo por cincuenta y siete años, en que Miguel Paleólogo subió al trono de sus mayores, por los esfuerzos de los griegos y á costa de la separación total de la Iglesia romana, pues no pudieron olvidar nunca los desmanes de que fueron víctimas.

La lucha entre el ideal religioso y el realismo político, no cejaba á la lucha de religiones; Europa era poco para tanto; en los momentos de gran peligro, suspendía sus diferencias y sus guerras, para ir en contra del enemigo común; el esfuerzo hecho ó extinguido sin aprovechamientos, por sus mismas contiendas,

era la tregua; terminada ésta, comenzaba de nuevo otra jornada en los caminos empezados á recorrer, y cuando no pudo detenerse más en ellos, porque los hechos así lo exigían, cesó la forma al terminar las Cruzadas; pero el objetivo, la parte sustancial, quedaba en pie, y la humanidad sin preocuparse de lo que en apariencias, sólo son fracasos y contratiempos, sigue sin descanso, porque lo que tales cosas parecen, son precursores constantes de sus mayores conquistas.

No atribuyamos á la fuerza del razonamiento, en lo que hemos ido algo más lejos de lo que pensábamos, tales extremos; no, los hechos nos lo evidencian de manera concluyente: la cristiandad, no sólo no pudo consolidar su Imperio en Oriente, sino que perdió cuanto había conquistado: los despojos de sacrificios tantos como incalculables, fueron sólo la tumba de un nombre, «Las Cruzadas»; la causa siguió existiendo desde su primera palpitación, como existirá hasta su último aliento; y si fracasaron hombres, pueblos é Imperios colosales, hasta llegar el espanto á nuestro ánimo con sólo el recuerdo; al declinar en su ocaso luminares tan grandiosos, la penumbra de los hechos deja vislumbrar otros hombres, otro pueblo, otro gran Imperio, asombro del mundo, que en vez de Cruzadas se llamó España, y cuyas primeras manifestaciones de su existencia fueron Covadonga y Roncesvalles; sí, España llegó á conseguir lo que no fué alcanzado por toda Europa, y en 1230 echa los cimientos, con la unión de los reinos de Castilla y León, de su gran nacionalidad ¡gloria á Fernando III el Santo y á Alfonso X el Sabio! que elevaron á Castilla al primer lugar en las aspiraciones de todo pueblo.

El siglo XIV fué de preparación á los grandes hechos de la Edad Moderna, proemio de la hermosa y nueva existencia en que los pueblos iban á entrar de lleno en las resoluciones de los conceptos de relación que son la sociología, por los estudios de los hechos que la filosofía nos proporciona; tal ha sido nuestro norte y él nos llevará al fin si las fuerzas no nos faltan. Hombres eminentes, escuelas encontradas, cismas, complejísimos problemas, cada vez más, á medida que la humanidad avanza, todo esto se nos presenta; pero como para pararse ó retroceder no hubiéramos empezado, hay que seguir adelante.

La Tierra habitada y conocida es teatro de gran actividad

en este siglo que nos da hombres como Dante, Albufeda y otros. Grecia, con sus controversias teológicas, alcanza hasta el ridículo; algunos de sus monjes llegan, con las exageraciones de la contemplación, á provocar Concilios que han de resolver las diferencias originadas; los turcos otomanos, mientras tanto, conquistan sus provincias y llegan hasta el Danubio.

Las revoluciones, las guerras y la peste, llamada de Florencia, amenazan seriamente en Europa á la humanidad. Roma tiene su tribuno Rienzi; Francia é Inglaterra se encuentran empeñadas en una guerra que había de durar más de cien años. París enciende las pasiones demagógicas en el corazón de Francia. En el Imperio alemán la anarquía feudal se organiza por la bula de oro, tras sus iniciaciones, debidas á las Cruzadas. Los Papas, residiendo en Avignon, lo que ocasionó el gran cisma de las dos cabezas de la Iglesia, y que originó que el poder temporal fuese discutido y atacado el espiritual por los heresiarcas Wiclef y Juan Hus principalmente, hechos remarcables y que fueron nuevas complicaciones en que la cristiandad se vió sumergida. Al Este de Europa se dan las coronas eslavas á Príncipes alemanes, ó bien por casamientos de Jefes que se hacen cristianos abjurando de la idolatría. Los Estados escandinavos se asocian y se ponen en mayor contacto con Europa.

En Italia dan comienzos los disturbios sangrientos de Florencia, y en España las libertades constitucionales de los diversos Estados cristianos y la energía guerrera de las poblaciones contiene el despotismo en los Reyes, á veces lleno de crueldades; sigue en su reconquista, y se libra de las invasiones africanas de los merinitas; hechos más meritorios cuanto que en aquellos tiempos la verdadera democracia no se encuentra en ningún punto de la tierra, cuyos héroes eran sólo los condottieri, según la historia.

Los ingleses expulsan á un Rey déspota; los alemanes á un Emperador borracho y libertino; Francia conserva por compasión y respeto á un pobre Rey loco, siendo tales las condiciones en que se encuentra estos comienzos de grandes nacionalidades, y que en el porvenir de los pueblos se aprestan á la lucha, porque ella es la única que les ofrece las resoluciones de cuanto pretenden en todos los órdenes que la sociología comprende.

El Renacimiento y la Reforma.

I

TERCERO Y CUARTO PERÍODO.—LAS MODERNAS EDADES, 1453-1789 HASTA NUESTROS DÍAS

INO á ser España, en contiendas tales de la feudal Europa, la acerada coraza sujeta á su pecho por las argentinas cintas de sus ríos, en cuya bien templada y bruñida superficie, no sólo se estrellaron los esfuerzos del sable musulmán, sino que reflejando en ella la luz del sol, la hizo llegar á tan lejanos como grandiosos continentes. ¡Cuántos prodigios, cuántas grandezas y glorias cuántas, se encierran en tan limitada frase!

La lucha fué gigantesca, épica, colosal; ocho siglos de continuo batallar, de derramar sangre á torrentes, y en la que se fundió un pueblo con las virtudes, y las enseñanzas que dan las energías en contender, conquistando el terreno palmo á palmo, y la razón de su ser sobre tan sólidas bases asentado; así nacen los grandes Imperios que han de regir los destinos del mundo, siendo la antítesis de los que se derrumban de manera perdurable, después de resistir embates profundos, golpes de muerte en las grandes luchas por la existencia, al restituirse el equilibrio que la determina; y de este modo, mientras las figuras de Isabel y Fernando se elevan sobre las columnas de Hércules, ya que les tocó á ellos coronar la titánica empresa de tantas glorias acumuladas, el Imperio de Oriente cae, y el nombre de Constantino Dragasses, del último Emperador griego, es el omega de aquel Imperio que nació por la sola voluntad de un hombre, pero entre los esplendores del dominio casi del mundo conocido, pues amenazó absorber hasta la misma Roma.

De esto resulta, que la historia nos legó un nombre honrado, heroico y cristiano; el Imperio en Wesa, sus restos, en una modesta tumba que ni nombre tiene, alumbrada por lámpara de aceite y cobijada en la gruta que forman las ramas entrelazadas de añoso sauce y la de los rosales silvestres trepadores, como amparando esos restos que tanto representaban; y la filosofía, una evolución grandiosa que da comienzo el 29 de Mayo de 1453, y en la que la humanidad cuenta con el renacimiento, nuevos horizontes de extensos dominios y las energías prodigiosas de un pueblo que la ha de conducir por derroteros hasta entonces desconocidos en armas, esplendor y dominio.

No hay para qué entrar demasiado en detalles históricos; tras de vacilaciones, consejos de guerra y esfuerzos inauditos por uno y otro lado, los turcos entraron en Constantinopla con el grito de guerra: «¡La illah il-Alah, Mahomed ressoul-Alah!» «¡No hay más que un Dios solo y Mahoma su Profeta!», gritos cuyos ecos se extendían desde el Cuerno de Oro hasta el mar de Mármara.

Mientras que el sol doraba con sus rayos la Cruz de Santa Sofía por última vez, Mahomed II revistaba y daba á sus tropas la siguiente proclama: «Algunos de vosotros morirá mañana en el asalto, conforme á la ley inmutable de los hechos de guerra; pero acordáos que escrito está, que el que muere peleando por la fe entrará en seguida en el Paraíso. Los que sobrevivan tendrán doble paga durante su vida. Si tomamos la ciudad, permitiré el saqueo por tres días. Todas las riquezas que contiene la plaza, el oro, la seda, las mujeres, todo será vuestro. El Sultán se reserva sólo las fortificaciones y los edificios.»

Locos, frenéticos, ciegos ante promesas tales, que vienen á ser consecución de las que el Profeta les hiciera, se lanzaron al asalto; pero las desdichas fueron sin cuento, y una puerta, «la Kerko-porta», mandada abrir por un Emperador y tapiada por otro, fué descubierta por los turcos, que en corto número se habían corrido por el foso, encontrándola abierta. Desde entonces toda resistencia fué inútil; las cabezas, incluso la del Emperador, caían á cientos, las casas saqueadas, y más hubiera sido al no dirigir las masas la codicia de los inmensos tesoros que en Santa Sofía se encerraban. Allí se estaban celebrando los Divinos Ofi-

cios, congregado se encontraba la mayor parte del clero griego; sin embargo, cuando los genízaros derribaron la puerta, los sacerdotes habían desaparecido misteriosamente, acto que explica una leyenda diciendo: que al entrar los turcos, se abrió una de las paredes inmediatas al altar, por la abertura penetró con el cáliz el sacerdote que celebraba, y tras él se juntaron las paredes; y que el día que un Emperador ortodoxo reconquiste á Constantinopla, la pared volverá á abrirse, para dar paso al mismo sacerdote que continuará el Santo Sacrificio interrumpido, pero hasta ese día que la leyenda se cumpla, la Santa Sofía de la Constantinopla cristiana, se seguirá llamando Aya-Sofía de la Stambul musulmana.

El fatalismo musulmán diría entonces que estaba escrito; los coetanéos de lo que tanto vieron y aún muchas generaciones después, atribuyeron hecho tan inmenso á decadencia de la Iglesia Cristiana, pues caía desgajado uno de sus más hermosos florones; pero los hechos y el concepto especulativo, nos dicen que tal evolución de la humanidad, obedece á la misma ley, á la del equilibrio en esa balanza de la existencia en la que todo sube con la inteligencia y la manera de ser, según más se desprende de los fanatismos é inadecuada forma. Los musulmanes tenían Ulemas, el Sultán los consultaba, pero eran accidentes, no fundamentaciones, y la distancia era inmensa; pedían á Dios morir por la causa; no que las murallas resistieran como los cristianos, sus sacerdotes y frailes, que lo hacían llorando, con procesiones por las calles y gimiendo en las naves de su grandioso templo, ocasionando contraste tan remarcable que mientras los unos daban sus vidas y el Sultan entraba ileso en la plaza conquistada con la corona de la victoria sobre la frente, que sus soldados le colocaron, los otros dejaban morir á su Emperador peleando en las calles según lo refiere Sa ad-ud-din, acompañado de D. Francisco de Toledo, Demetrio Cantacurene y unos 200 griegos é italianos, á los que les dijo: «¡El que quiera ponerse en salvo, que se retire; el que quiera arrostrar la muerte que me siga!» y herido su caballo, á pie y haciendo valer cara su vida, fué primero herido en la cara, matando á quien tal hiciera; pero después cayó también mortalmente herido. Resultando un Imperio que muere, otro que persiste y otro que nace, casi con idénticas causas, sistemas y procedimientos,

con hombres directores, y esta vez, como otras muchas, con el factor de la mujer, que siempre influye, más ó menos directamente, en los destinos de la humanidad y en los múltiples y complejísimos problemas que de ellos se desprenden.

II

La humanidad da el adiós á un pasado de cincuenta y cinco siglos al separarse con el renacimiento del abismo que de tales épocas le distanciaba, pues las ciencias, las artes, la literatura, la industria y el comercio, dejaban aquel estancamiento en que se encontraban, para emprender nuevos derroteros; la política entraba en otra era de prestigiosa influencia, y la religión deja vislumbrar que no ha de ser factor preponderante en unir, separar, exterminar y crear Imperios, como antes hacía, que se sucedían en el concierto de la vida y en muchos casos sin el elemento consciente de su manera de ser; y decimos que sólo se vislumbraba, porque las grandes evoluciones sociales no brotan, sino que obedecen siempre al penoso proceso de toda gestión, de tal importancia, y las guerras religiosas no terminaron con las Cruzadas, que fueron, como hemos dicho, una pausa en determinado concepto social, sino que habían de proseguir con la reforma y otras derivaciones, con aquellas exageraciones propias que marcan el decaimiento ó la extinción, hasta entrar ó no en el verdadero cauce que señalan los elementos de su existencia.

Grecia y Roma fueron los centros de tales actividades en las edades aquellas, para dar grandes impulsos en el camino del progreso, ya que la gran planicie del Asia, los pueblos del Yran, no habían sabido lograrlo, ni como Babilonia, ni como Asiria, ni como Media ni Persia, en cuyo poderoso reino Ciro conducía su Ejército de victoria en victoria, hasta alcanzar la «Lanza del hombre persa», desde el Indo á las azuladas ondas del mar Egeo, como dice Oncken en su *Historia Universal*.

Los arios y los iranios fueron separados por el Indo y por las derivaciones del Mazdeismo; y mientras que los unos quedan con

el Manú, los otros tienen el Avesta de Zoroastro, y los Reyes Ciro, Cambises y Darío, llamados el padre rey, el rey caballero y el rey comerciante, según Herodoto, dominan el mundo conocido, de país invadido por las tribus del Turan, de la Escitia, de la Bactriana y otras regiones, que la leyenda de Feridun nos muestra; se trueca en pueblo invasor, y Babilonia, con sus extensas murallas que encerraban una provincia entera, sus riquezas y cuanto tenía en ciencias y como emporio del comercio universal y de refinamiento de la vida, fué capital de Persia, del mismo modo que el Egipto le prestó acatamiento y servidumbre.

Pero el problema social no estaba en la fuerza ejercida por estos reyes y sus sucesores, ni en el desconocimiento del concepto político; pues bien lo evidencia Herodoto, cuando con motivo de la muerte dada á los dos magos, Esmerdi el usurpador y su hermano, por los siete grandes de Persia, dice, que secundados por el pueblo llevaron á cabo la horrorosa persecución de los magos, cayendo á sus manos cuantos encontraban, y cesando la matanza solo con la noche, dando ocasión á que se celebrara en Susa el aniversario con una fiesta que llamaron Magofonia, movimiento popular y antireligioso, que formó época, como muchos de los que le han sucedido y en los que la política ha preponderado.

Los septenviros deliberaron después de tal acontecimiento sobre la forma de gobierno que sería más conveniente establecer, el de la plebe ó república, defendido por Otanes, que fué el que descubrió la usurpación; el de oligarquía ó de nobles, cuyo voto también razonado dió Megabizo, ó el monárquico que defendió Darío, diciendo, entre otras cosas: «No veo que pueda darse persona más adecuada para el gobierno que la de un varón en todo grande y sobresaliente, que asistido de una prudencia política igual á sus eminentes talentos, sepa regir el cuerpo entero de la monarquía de modo que en nada se le pueda reprender y tenga á sí mismo la ventaja del secreto en las determinaciones que fuere preciso tomar contra los enemigos de la Corona»; después de esto, razona sobre que la oligarquía ha de engendrar, por los estímulos entre tantos y las ambiciones, odios é incluso guerras que han de llevar la muerte, y el paso á la Monarquía regida por el que más sobresaliere; y respecto al estado popular dice, que es imposible que no exista el cohecho y la corrupción en el manejo de los nego-

cios, lo que aceptado ocasiona la unión entre los magistrados, hasta que uno, al descubrirlo todo, se impone, y es el escogido del pueblo para jefe de la Monarquía; agrega á estas razones, que la Persia se lo debe todo, no á la oligarquía ni á la república, sino al gran Ciro, por lo que defiende el criterio sustentado; quedó, pues, acordada tal forma de gobierno, ante el perspícuo razonamiento de Darío, recabando Otanes para él y su familia los derechos que la república concede como premio á sus eminentes servicios.

Ferdusi, en su obra *El Libro de los Reyes*, 1020 de C., dice: «Aunque el héroe sea favorecido por la fortuna y tenga su espíritu iluminado, la elección debe recaer, sin embargo, sobre un varón de gracia real que posea los recuerdos del pasado. Se puede comparar el ejército á un barco; el trono del rey es para aquel lo mismo que el viento y vela para éste». Pou reconoce en los discursos citados de Herodoto, que nada bueno observa en los políticos modernos, dado en sus escritos, que no se deba á la Grecia; y parece hemos de decir también, que el padre de la historia nos da las fundamentaciones de la sociedad política, sus géneros, su vuelta periódica, sus progresos, su decadencia, su persistencia en reconquistar, puesto que ya lo tenemos dicho, y que tales elementos fueron ampliados por Platón, y descifrados y analizados por Aristóteles, que supo clasificar y dar á las ciencias su autonomía.

Mas no podemos seguir esta senda en lo que á la religión, á la moral y á la milicia se refiere; en cuanto al primer concepto, el Hado, el fatum y el destino fueron la escala gradual que influyó en aquellos pueblos, como el misticismo y el fatalismo en los tiempos medioevales. Los sueños y los oráculos que todo lo invadieron, como cuantas resoluciones de ellos se desprendían, eran factores en el orden religioso como en el moral, que no existiera más noción de ella que la verdad, y no pedir prestado, porque á la mentira conducía; mientras que la poligamia no tenía freno ni medida, las fiestas de Dionisio rayaban en la impudicia más escandalosa, los festines antropófagos inspiraban horror, á más de otras costumbres que existían, que ni se prestan á ser descritas, sobre todo en lo que á la mujer se refiere.

En cuanto á la milicia, más que á la religión y á la moral, su proceso se semeja al de la política; primeramente se nos presentan

las luchas de los ejércitos de Sannacaribo y del sacerdote Senon, Rey de Egipto, en las que á los ratones campestres le atribuyeron la victoria, pues dicen que este ejército la alcanzó por haber roido dichos animales las cuerdas de los arcos, las aljabas y correas del ejército invasor. En los tiempos ya de los Reyes de la Persia, que pretendian gobernar, más que por la fuerza, por lo que deslumbraban las grandes ostentaciones en su más alto grado, y los esplendores de las mayores riquezas; cuando la invasión y la retirada de la Escitia, por Darío, según Herodoto, los rebuznos de los asnos, que desconocian aquel pueblo nómada, hizo que se espantara su caballería; pero no por esto dejó de cansar á su enemigo y conseguir su objeto, teniendo, antes de esto, otro fracaso Cambises, en el intento de invasión de la Etiopía; pero en la invasión de Grecia y la aspiración de conquistar la Europa, Jerjes demostró ciertos conocimientos en la organización de aquel ejército, que aún es asombro del mundo por su número, por el combate de las termópilas, aunque le fuera adverso, por las influencias desdichadas que en é ejercieron los oráculos y adivinos, las deficiencias de sus armas y el modo de contender con las indecisiones en acometer, hijas de aquellos perniciosos consejos, no obstante disponer sus tropas en tres cuerpos, apoyando el ala izquierda en la costa, enlazándose así con la escuadra; y aquellos conocimientos mostrados por Jerjes, dialogados por Herodoto, entre él y Artabano, en guerrear, abastecer con exceso y conducir sus tropas, venciendo con la réplica primero y luego con la práctica, cuantas dificultades se le opusieron.

Pero el grave error del combate de Salamina, aquellas deficiencias apuntadas, y que el número no constituye el todo, mostraron que aquellos seres que pasaban de cinco millones, entre soldados, panaderas, concubinas, criados y cuanto con el ejército iba, fueron el último esfuerzo de los pueblos del Oriente en tales edades, lo que no quiere decir que no nos dieran la base de la civilización; pero sus energías se estrellaron ante la imposibilidad de alcanzar un grado superior, y se detuvieron y fueron atrás, del mismo modo que la piedra lanzada al espacio logra el punto más alto para descender á la quietud, que no se altera hasta que un nuevo impulso no lo logra, por cuyas causas fueron vencidos y conquistados por la Grecia, que poetizó sus divinidades formando

una corte celestial presidida por Jové, que residía en el Olimpo, su monte más alto; así como el Himalaya, monte del Cielo, solía ser morada de los dioses indios, Jové ó Júpiter (Ju-padre), recuerda el Jehová hebreo; así como la diosa Ganga, que es el río sagrado Ganges, recuerda á la diosa babilónica Ganna señora del abismo de las aguas.

Pero no se detuvo aquí el pueblo griego, perfeccionó su milicia é hizo penetrar el espíritu humano en la ciencia abstracta y en las más sublimes teorías, dándole á la humanidad, como señora del mundo, lo que no habían podido hacer aquellos pueblos del Oriente: el concepto de una moral más perfecta, que llegó á complementarse con la idea de la unidad de Dios, fundada y promovida por el pueblo hebreo como escogido de Dios, y si en un principio Jehová, Eloin, el Dios de los Dioses, fué considerado sólo de los hebreos, Jeremías extendió el concepto de que lo era de todos los pueblos de la Tierra, y á Roma le cupo la gloria de llevar con el Cristianismo, sus doctrinas, la monogamia, el progreso y la conquista moral, antítesis absoluto de la poligamia, el estancamiento y la conquista material.

Estas edades y las medioevales fueron de preparación las primeras, y de sueño místico las segundas, que como penumbra envolvían á los espíritus que con el tiempo habían de ser precursores de la cultura moderna; lejos de representar éstos la barbarie, como algunos lo califican, fueron el medio, esa relación homogénea, común, que existe de uno á otro extremo en toda relación; y si en el Iran brotó el concepto de poder en extremos tales y los elementos base del Estado, en Grecia surgió á más de lo dicho, el amor á la Patria, que hoy se ha llamado espíritu público, quedando distanciados los dos pueblos, tanto, como los dos conceptos siguientes: el uno del gran Ciro cuando para atacar á la Media dijo á los suyos: «puesto que optáis comer y beber á labrar el campo, seguidme que yo sabré trocar vuestra servidumbre en señorío»; y el otro, de Leónidas, al gritar á sus espartanos: «comed como quien ha de cenar con Plutón; es decir, preparáos á morir por la Patria».

III

La humanidad, pues, marcha ávida de perfeccionamientos morales y científicos, de distanciar la vida intelectual de la física; y en esta marcha de relación y de enseñanzas graduales ascendentes, están las fundamentaciones de la existencia de los humanistas y de la biblioteca del Vaticano creada por el Papa Nicolás V; ellos fueron el principal elemento de vida para el Renacimiento, pues dieron á conocer de una manera determinada la labor de otros pueblos y otras edades, facilitando dichos elementos al progreso, que tenía ante sí ancho campo de cultivos con seguros y abundantes rendimientos; tales son también las razones que hemos tenido para completar en este sitio de nuestro estudio, en el gran ciclo de las Nacionalidades, con aquel espacio que ocupan, las anteriores á Grecia, pues tal síntesis en los relieves de la historia, habían de dar más elementos para la filosofía en el análisis de relación en el contacto de estos extremos.

Iniciada nuestra vida intelectual del modo dicho, á la vez que la libertad del espíritu, conquistas hechas con el estudio de las lenguas muertas, que tomaron nueva vida al buscar y traer los humanistas cuanto encontraron en las provincias ocupadas por los turcos, de autores griegos y latinos y al precio que fuera, el Renacimiento, al tomar forma, al planear el proceso en su porvenir, contó en tales progresos de la literatura con otro elemento, con otra gloria, con el modo de estatuir sus conquistas por medio del arte más grande tal vez, hijo del vigor y de las humanas facultades, con la imprenta.

Cuenta una leyenda que Gutenberg dijo á Fust al rechazar éste la petición de la mano de su hija que adoraba: «Trabajaré con la fe que transporta las montañas y con la decisión que realiza los imposibles»; y que en una ocasión cogió maquinalmente y por casualidad un pergamino acabado de escribir, cuyos caracte-

res se habían marcado en un papel colocado sobre él por el que lo escribió; que pasó la noche Gutenberg sentado en un sillón contemplando el pergamino que entre sus manos tenía, y que algún tiempo después, él, Fust y Scheffer, trabajaban unidos en Maguncia, explotando y perfeccionando el descubrimiento, complementado según Monet, con la idea que tomó Gutenberg de los prensa uvas usados en Alemania. Las planchas grabadas que decían usaban los chinos unos trescientos años antes de Jesucristo, y la estampación de los naipes, disminuye la importancia de descubrimiento tan memorable; pero nadie puede dudar que el invento de los tipos movibles, primer germen de la tipografía, propiamente dicho, fué debido á Gutenberg, como el poderse estatuir, por lo tanto, las producciones de la inteligencia humana sin aquellas contingencias de otras edades, en las que para conseguirlo fué á costa de borrar en los pergaminos, escritos de verdadera importancia en muchos casos; y de este modo, las artes, la filosofía, la sabiduría y la elocuencia se conjuntan y toman elevadas proporciones, emancipándose de las dogmáticas intransigencias, buscando las doctrinas que nacen del íntimo convencimiento y del sentimiento más profundo; porque si la ciencia moral surgió del amor y del odio, la Teología y cuanto de ella se desprende, se da á conocer por la admiración, el reconocimiento y cuantas sensaciones en nuestro ser se experimentan en condiciones semejantes.

Al Cristianismo debemos la palabra progreso, tal lo reconocen propios y extraños, y si causó honda huella en la manera de ser de los antiguos pueblos, que la reformaron casi desde que la conocieron, del modo que hemos visto, la idea religiosa en su extenso dominio no sucumbió en aspirar, y si se le antepusieron otros conceptos, fué siempre de manera transitoria, comparándolos á la solución del problema tal y como se le presentaba en los tiempos que nos ocupa; cierto fué que unidos los católicos contra los musulmanes en las Cruzadas existían diferencias; pero los católicos, aquella masa enorme del continente europeo, no se afectaba por eso, y siguió en la empresa hasta que las diferencias crecieron y crearon derivaciones bastantes para impedir, restando energías, que entonces se llegara al fin que tanto se ambicionaba.

Persistente la humanidad en su manera de ser, sujeta á la ley

del progreso, ya de modo inconsciente, ya dándose propia cuenta de sus actos, ha llegado la época de nuestro estudio, en la que han de distanciarse los campos políticos y religiosos de manera concluyente, con el nombre de Reforma y como evolución, pues fué un extremo de contraposición á otro, para estatuir el término medio que es el equilibrio; los humanistas y la inquisición, gérmenes absorbentes en el concepto de dominio, puestos que representan los imperialismos, tenían que ser contrarrestados por otros por las luchas de la realeza y los nobles y la reforma en sus distintos aspectos, término medio y su auxiliar, entre aquél extremo y el otro que era el feudalismo.

La lucha, pues, se generaliza, y la reforma se lanza al porvenir como dice Laurent, «atrevidamente, apoyándose en la razón, en esa revelación permanente de Dios en la humanidad»; pero no porque la razón sea lo único que existe, sería trocar el medio con el fin, porque las cosas son como son, no como el hombre quiere que sean; el hombre ha de ir entendiendo por esa razón, y no imponiendo lo que mal basado en ella con sus egoismos y vanidades pretenda; tales son las fundamentaciones de las ciencias, sujetas á idénticas leyes, pero nunca á sistemas nacidos del convencionalismo.

La reforma fué uno de esos medios impuestos por la ley social, ciencia hija de la relación; pero ni debemos admitir que la Edad Media fué una larga lucha para fundar la dominación de la Iglesia, teniendo como tuvo la misión de defender la Europa de la desolación y de la muerte tal vez, como hemos demostrado, limitando la invasión de los árabes, ni que la reforma haya dado origen al racionalismo, pues éste, dentro de ciertos límites, va con el yo consciente, origen de la psicología, como el pensamiento lo fué de la lógica; y así la religión, «esa virtud que nos mueve á dar á Dios el culto debido», como lo define nuestro Diccionario, siendo como es una rama de la Teología, ha de ser conocida por el hombre, sentida y nunca impuesta por la reforma, ni por el racionalismo, ni por ninguna otra escuela, como el socianismo, ni los unitarios de los Estados Unidos; y si esto es así, ha de rechazarse con mayores motivos que el protestantismo sea la transición entre una religión antigua y una nueva, la que en la razón se fundamenta solo, porque siendo secuela natural, no aceptando

las premisas, mal puede hacerse con la consecuencia del silogismo.

Estamos indudablemente en la escuela tomista en religión, y vamos á las mayores tolerancias en sus consecuencias todas, fuentes siempre del sereno juicio, para dar plaza á que entre en su período más álgido la política, que caerá de su hegemonía, al ser sustituida por el problema económico, con sus alteraciones de consumo y producción, y todas aquellas ramificaciones que de esto brotan para llegar á su máximo coeficiente, al que todo se relaciona con esos factores calificados por Balmes de egolatría; y de este modo venimos á reconocer en el concepto social, que el dominio universal, la nacionalidad, la provincia, el Municipio y el hombre, forman una escala gradual de fuerzas encontradas que con la lucha se equilibran, dando la resultante, unas veces la misma forma, otras pequeñas variantes y otras cambios profundos, pero que siempre la humanidad va ganando, y el progreso de inadvertido se vislumbra, y se toca al fin hasta sentirse su poderosa influencia en el siglo XVI con el nombre de Renacimiento, que fué el siglo de oro para España.

Santo Tomás, al interpretar á Aristóteles, llegando á la revelación, cuando los altos conceptos filosóficos de aquel insigne maestro divagaban en esos espacios que la inteligencia del hombre no domina, hizo con sus obras lo que San Agustín con las de Platón, resultando de este modo que los dos santos bautizaron á los dos grandes filósofos, trocando sus obras en cristianas, y así, el ayer, se relacionó con el presente, para con los dos llegar al mañana; y la reforma no surge, no nace, es una manifestación como otras tantas de la evolución religiosa; intentar sacarla de estos conceptos dándole mayores límites, es atribuirle lo que no tiene, porque solo es hija de las exageraciones contrarias á las del opuesto campo que tiene entre otros, el término medio de San Ignacio de Loyola, que no hay para qué encomiarlo.

Lutero y Calvino siguieron la obra de Wiclef y de Huss, renovando sus doctrinas, dando el uno lugar á la Iglesia evangélica y el otro á la anglicana, que con la griega ó cismática, forman este mundo cristiano reformista, de donde se derivan tantas y tantas sectas que sería prolijo enumerar; viviendo Lutero, sus detractores eran sin número; el mismo Calvino decía, que Lutero no había hecho nada que valiese; Junglio no se cansaba de repetir,

que «no es raro ver á Lutero contradecirse de una página á otra...; impostor que muda y remuda la palabra sagrada». El mismo Enrique VIII hablaba mal de Lutero.

Pero nada de esto fué bastante para que aquellas rivalidades entre Agustinos y Dominicos, provocadas por las indulgencias creadas por el Papa León X, para edificar la iglesia de San Pedro, se extinguieran; lejos de eso, las doctrinas del heresiarca Lutero se extendieron inopinadamente; fueron lo mismo que todas sus sectas, un elemento prodigioso para el poder real, que en aquellas sangrientas luchas aspiraba á la emancipación de su existencia, llegando á tal extremo para conseguirlo en algunos casos, que en la Iglesia anglicana se concedía todo derecho á dar opiniones respecto á la Sagrada Escritura, formar agrupaciones y sujetarlas á las reglas que para ellas se establecían, de donde tomaron origen los metodistas y otras sectas que imperan en los Estados Unidos.

A la dieta celebrada en Spira, 1526, se opusieron el Elector de Sajonia, el Langrave de Hesse y el Duque de Luneburgo; y á los dos días, los diputados de catorce ciudades imperiales hicieron una protesta pública; tal fué el origen de la palabra protestante; rota con esto la observación del edicto de Worms, derogado el Interim por el tratado de Passau, no obstante ser una transacción, aun después de la victoria alcanzada por el Emperador contra los de la liga de Smalkalda, cerca de Muhlberg, que quedó deshecha, el luteranismo tomó tal desarrollo, que se impuso la paz de Augsburgo, ya que por la fuerza no pudo dominarse, cesando por entonces las luchas religiosas en Alemania, pero reconociéndose la libertad de cultos, el derecho de que pudieran los reformistas tomar parte en la Cámara imperial, y el de conservar los bienes eclesiásticos adquiridos durante la guerra. Tal fué esta gran etapa de la lucha que tuvo el fin de mayores conquistas, mas debidas á sus formulismos, de la supresión de casi todos los sacramentos, alteración de la liturgia y derivaciones de determinados conceptos filosóficos para los secuaces, que á prestarse á ser prodigiosos elementos de la realeza y de egoismos insaciables, según nosotros, de la política.

Leibniz, Bossuet y otros sabios eminentes, han dedicado las energías de su vida á lograr la reconciliación de católicos y pro-

testantes; á las grandes distanciaciones y sus terribles consecuencias, hijas ya de la política, ya de verdaderos fanatismos, han sucedido la tolerancia que la razón impone, ó las urgencias de otros cuidados que atender; ello es, que al oponerse España en aquel entonces al movimiento social, que con absorbente forma se presentaba, tenía que sufrir en plazo más ó menos lejano las consecuencias naturales que tal imposible pretendido había de darle, causas más que eficientes, por no decir únicas, de nuestras actuales desdichas; la humanidad evoluciona, el dique que se opone á la marcha de su destino, ó es arrollado y deshecho en trozos, ó triturado para no figurar más en el concierto de la existencia.

IV

Tales fueron las evoluciones en la literatura y la religión de los tiempos de este estudio, y si hemos tratado de la seguida por la geografía y la historia, vamos á ocuparnos ahora para dar mayores alcances al objeto perseguido, que no en las ciencias filosóficas, sino en las naturales, han aparecido errores, que nos han hecho, para huir de la inanidad, aun con pérdida de tiempo, retrotraer los hechos hasta encontrar esos encajes que la verdad impone; en la astronomía, por ejemplo, en esa rama de la ciencia cosmológica, podemos observar, no entrando en analizar la astronomía china, como la más antigua según Laplace, la caldea que trata Porfirio y la india Bally, por no ser difuso, que existen sistemas que han ido del error á la reforma y de ésta á la verdad, pero siempre relativa, porque ¿quién es capaz de abarcar esos espacios infinitos?; mucho nos dió el vidrio, más los instrumentos perfeccionados; pero mucho más falta, que las fuerzas humanas no son las llamadas á alcanzarlo.

La escuela jónica la formaron entre otros, Tales, Anaximando, Anaximenes y Pericles; le sucedió la pitagórica de Pitágoras y Fililao; después la atomista de Demócrito, Eudoxio, que separa la Astronomía de la ciencia general, y por último, Aristóteles, la escuela de Alejandría; Meton y Piteas, nos muestran la evolución

en tales períodos; la época, desde la fundación de esta última escuela hasta la árabe, no es menos importante; y la Astronomía desde Ptolomeo hasta el Renacimiento, es de ampliación sin innovaciones remarcables, aunque se distinguieron Almanzor por la protección que dió á esta ciencia, y Ko-chen-Kine, el astrónomo chino más eminente que construyó, entre otros instrumentos de gran estima, el gnomon.

Ahora bien; de esta Astronomía con sus grandes lagos, debidos á la inacción, y sus muchos errores hijos del desconocimiento, á la Astronomía moderna, con Copérnico, Tycho-Brahe, Kleper, Galileo, Huyghens y Newton, existe igual abismo que el que representa el tiempo que las separa; y si esto pasa en el concepto científico en una ciencia natural, en la que hombres como Huyghens dió la preparación, Kleper los movimientos de los cuerpos celestes, Galileo la caída de los cuerpos y Newton la atracción universal, llegando al descubrimiento de un sistema geométrico y mecánico del mundo, ¡grandioso, sublime!, no sólo por los objetos estudiados, sino por los resultados asombrosos obtenidos, y que nos han hecho llegar á la Astro-física, rama de aquella ciencia, si esto pasa, decimos, con una ciencia natural, ¿qué de extrañar tiene que las modernas escuelas filosóficas, ciencias puramente congeturales, de relación, pretendan arrancar la religión de su tronco, divorciándola de las demás ciencias, rompiendo ese equilibrio definido por Bally cuando dice: «Las ciencias estuvieron aisladas en un principio, y se reunieron poco á poco á medida que fué mayor la aproximación al centro único en donde vienen á reunirse sus rayos...?

Negar que las ciencias, sus grandes descubrimientos, no han tenido que vencer los casi insuperables obstáculos que la lucha de la vida muestran, sería negar la evidencia; donde está el hombre están sus egoismos, pero donde éstos brotan, rige la ley á la que todo obedece; y de este modo resulta la persistencia con que la humanidad busca el equilibrio en sus manifestaciones todas, sustituyendo con la controversia, luz de la razón, el imperio de la fuerza.

No se limitan aquí tampoco, las conquistas de tan grandiosa época con sus naturales extensiones; el hombre descubre inmensos territorios y extensos mares; Cristobal Colón y Vasco de Gama,

fueron los que tales consiguieron: el primero las Indias Occidentales, explorando el Oeste del Océano Atlántico, saltando á tierra en las Antillas, en 1492; el segundo, más tarde, las Indias Orientales dando la vuelta al Africa, doblando el Cabo de las Tormentas, luego el de Buena Esperanza, y la humanidad ve ante sí unos horizontes, para ella casi ilimitados, que han de ser nuevos teatros de actividad mostrada en el comercio, en la administración, en la industria y cuanto con la vida se relaciona, pues la vida es actividad, como lo es la luz, el sonido y cuanto nos rodea, teniéndose que unir á la materia y el movimiento, la inteligencia y la organización, ya que la una es la competencia y la otra las facilidades de conseguirla, complementándose de este modo los elementos de la humana sabiduría y su práctica existencia.

Fácil nos es encontrar que en este penoso é intrincado laberinto por el que vamos marchando, la humanidad necesitó siempre un pueblo gestor y director que puesto á su cabeza, le sirviera de guía en los derroteros de su destino. En la nueva era, llamada del progreso, le tocó á España ostentar tan señalada insignia, época de transición y en la que se proponían las soluciones de problemas tantos como de distintos órdenes; y fué España, porque no había entonces nación que pudiera como ella abarcar empresa semejante, tanto en el concepto de material dominio, como en el filosófico que da señales de vertiginosa existencia, porque las escuelas brotan, se combaten y logran verdaderas conquistas en las ciencias congeturales, morales y cuanto con la religión se relaciona, y en las ciencias naturales y en la literatura, no sólo en el siglo XVI, sino en el XVII, según hemos visto; y en las ciencias política y de la guerra por lo que estudiaremos más adelante, en una palabra, las ciencias psicológica, de relación y naturales, entran en un período de controversia tal y como menester era, para dar los frutos cosechados y que muestran con evidencia suma, que así como las ciencias naturales llegaron á fundamentarse, se busca lo mismo en las otras ciencias, para que partiendo todas de principios venga la relación y llegue la Sociología á la cumbre más alta de la verdad relativa.

Tal es la situación en que España se encuentra, como representación única y genuina de la raza latina, raza á la que el porvenir le tenía reservado muchas más conquistas que las logradas,

pues la historia de la humanidad nos muestra, ya su acometividad con sus efectos portentosos, ya sus grandes inspiraciones; si tuviera la meditación, el método y el cálculo de la raza germana, puesto que ésta tiene más relieve que la eslava, podríamos llegar á la raza única, si existiera solo un signo en algún orden de la Creación; á la gestión abrasadora como el rayo, de la raza latina, en las realidades de sus divinas concepciones, hay que oponer la que sofoca y aplasta de la germana, hija de ese procedimiento de la premeditación: las dos gestiones van á un fin, el del dominio; la diferencia está en el tiempo de preparación y en el modo de alcanzarlo; por eso, cuando entran los abatimientos de la decadencia, hay que unir el pasado y el presente con los lazos de la esperanza, fundamentada en la razón, único modo de encontrar las fuerzas que han de trocarla en realidades.

Ya hemos dicho que España era la única nación llamada á conducir á la humanidad por tan difíciles como penosos derroteros; los humanistas y los protestantes, los alientos para descubrir mares y tierras, para contener aspiraciones entre las luchas de los grandes y la realeza, la institución de nuevos organismos y cuanto fué necesario en la llamada senda del progreso, sólo España pudo hacerlo como es fácil demostrar.

Italia estaba dividida y ensangrentada por las luchas políticas y religiosas; Alemania tenía un Emperador inepto, avaro y de mala fe, que dió lugar á ser vencido muchas veces por sus vecinos los húngaros y bohemios que penetraron hasta Viena; Francia é Inglaterra no sienten las energías para descubrir tierras, y dejan á españoles y portugueses que se les adelanten cerca de un siglo; ésta se ve desgarrada por los partidos de York y Lancaster, llamados rosa blanca y rosa amarilla, y agotada por las batallas y el cadalso, la sangre de su nobleza, hasta llegar á reinar Enrique VII; y Francia está empeñada en cruenta guerra entre el poder monárquico y la nobleza, reinando Luis XI.

El estado de Europa no podía ser más desdichado; por lo tanto, la nueva faz tomada por la evolución político religiosa, la decadencia del poder de la nobleza, personificación del feudalismo, la iniciación del poder real, que lo era de las grandes nacionalidades de manera conjunta, pues los campos de acción eran más vastos, los del globo, y las preparaciones de las grandes conquistas,

tal y como lo hemos mostrado, requerían un pueblo de las energías y condiciones que España tenía y que fuese gobernado por Reyes como Isabel y Fernando, que supieran reprimir los fueros de la nobleza, que crearan las hermandades ó milicias populares, para poderse apoyar en ellas, y que tuvieran talentos tan excepcionales como los que requerían poder arrojar á los moros al otro lado del Estrecho, vencerlos y dar facilidades en la empresa colosal del descubrimiento del nuevo mundo, preparando de este modo los comienzos de la gran nacionalidad española, Imperio que llegó á ser de tan esplendorosa existencia, que no la acusan mayor todos cuantos en la historia figuran, sólo tuvieron un gran error, el de la inquisición; ¡¡lástima que glorias tantas se vean oscurecidas con la penumbra de hecho semejante!!

V

Tal vez hallamos recargado las tintas del esbozo en el período de preparación del grandioso cuadro de la nación española, dada la índole de nuestro estudio; pero el asunto lo requería y el proseguir en un todo con el criterio sustentado, lo reclamaba para entrar en la época más fundamental de las evoluciones todas de la humanidad, con aquellos deslindes necesarios, para que el concepto no se extravíe entre caminos tantos, como los presentados al hombre por el hombre en circunstancias tales.

El imperialismo parece la meta de las humanas aspiraciones en el concepto de la unidad; la forma podrá ser varia, pero el fondo siempre es el mismo, á tal extremo, que si se llegara al imperio universal, sea por cualquier medio de los dichos, el guerrero, el religioso, el político, el filosófico, el del amor inclusive, es posible que esa condición insaciable de la humanidad la condujera á sueños de otras realidades; de aquí que el concepto de la unidad se fraccione para llegar de la aspiración á la prática, y que el imperio único se trueque en grandes imperios, no porque nos lo dieran el feudalismo, sino porque es un signo de los que componen el ciclo de la humana existencia; y si la tierra conocida y los mares

son más extensos, claro es que en este siglo han de brotar gérmenes de nuevos imperios, de más nacionalidades, que han de entrar en el concierto general con las que existían, en época más ó menos lejana.

Mucho tenía España ante sí, según hemos visto, como pueblo alguno; pero si en su época fué resuelto el problema astronómico y acometidos los otros citados, no quedaron atrás los que á la política y á la milicia se referían; y si los humanistas nos mostraron á Herodoto en *Los nueve libros*, á Xenofonte en su *Cyropedia y la Retirada de los diez mil*, á Vegecio en su *De re militari*, á César en sus *Comentarios*, y otros muchos que pudieran citarse, nada encontramos más á propósito á nuestro objeto, que lo que dice sobre estos extremos el eminente Lord Macaulay cuando se ocupa de Maquiavelo, en sus *Estudios literarios*, dice así: «Maquiavelo deploraba las desgracias de su Patria y discernía claramente la causa y el remedio. Y como el sistema militar del pueblo italiano había extinguido su valor y su disciplina y convertido sus tesoros asequibles á todos los expoliadores extranjeros, Maquiavelo formó el proyecto, que así hace honor á su corazón como á su inteligencia, de abolir las tropas mercenarias, organizando una manera de milicia ciudadana. Los esfuerzos que hizo para lograr este objeto, verdaderamente grande, bastarían por sí solos para poner su nombre al abrigo de la maledicencia. Porque pacífico por hábito, por temperamento y por la índole de sus ocupaciones, estudió con la mayor asiduidad la teoría de la guerra y se penetró de sus menores detalles, haciendo adoptar sus miras al Gobierno de Florencia, el cual nombró un Consejo de Guerra, y dispuso lo necesario á la realización de su proyecto. El infatigable Ministro recorrió todo el país para vigilar y presidir por sí mismo la ejecución de sus planes. El momento era el mejor bajo muchos aspectos al ensayo; el sistema de la táctica militar había sufrido una gran evolución; la caballería no se consideraba ya como la fuerza principal de los Ejércitos, y comenzaba á creerse, con razón, que el tiempo que un ciudadano podía distraer de sus habituales ocupaciones, con ser bastante para formar un buen soldado de infantería, no lo era para familiarizarlo con el ejercicio y prácticas de un buen jinete. El temor del yugo extranjero, del pillaje, de la matanza y del incendio hubiera podido vencer la aversión que contra la carrera de

las armas engendra en general la industria y la holganza de las grandes ciudades, porque la medida dió buen resultado, conduciéndose las nuevas tropas en el campo de batalla de una manera tan digna, que Maquiavelo contemplaba con orgullo el éxito de sus planes, y comenzaba á esperar que las armas italianas podrían hacer huir á los bárbaros del Ebro y del Rhin; pero subió la marea mucho antes que las puertas se cerraran... «Los Médicis volvieron de su larga expatriación á la grupa de invasores extranjeros; la política de Maquiavelo se abandona y la pobreza, la cárcel y la tortura se encargan de premiar pródigamente los servicios que había prestado á su Patria.»

Más adelante añade: «Se advierten errores en estas obras, pero son los errores que un escritor en la situación de Maquiavelo no podía evitar fácilmente, y proviene de un solo defecto que nos parece existir en todo su sistema, error que consiste en que sus planes políticos, más demuestran madurez de reflexión en los medios que en los resultados, y de aquí que no haya establecido nunca con bastante claridad, que las sociedades y las leyes no existen sino es con el objeto de acrecentar el bien y las felicidades individuales, y que parezca que haya tenido en cuenta el bien social, independientemente del bien de los individuos que forman la colectividad, y las más veces á su costa. Este es, sin duda, de todos los errores políticos, el que ha causado más daño y extendido más su estrago.»

«Cada época y cada pueblo tienen ciertos vicios característicos que predominan casi universalmente, que con dificultad y empacho se confiesan y que los más rígidos moralistas no censuran si no es de una manera débil. Las generaciones que se suceden cambian de moda de moral como cambian de moda de vestir, y al tomar bajo su protección nuevos estilos de perversidad, se admiran y se espantan de la depravación de sus antepasados. Aún hay más: la posteridad, ese tribunal supremo de apelación que en todo momento encarece la rectitud y la excelencia de sus fallos, ejerce su ministerio en estas circunstancias como los dictadores romanos después de las sediciones, porque, hallando que los delincuentes son demasiado numerosos para castigarlos á todos, coje á la ventura una parte de ellos y descarga sobre sus cabezas el peso de su venganza, sin advertir que aquellos pocos no son más cul-

pados que los demás que se salvan. No tratamos de averiguar si el diezmar es un modo de castigar eficaz en la milicia, pero sí protestamos sobre su introducción en la filosofía de la historia.»

«En el caso de que se trata, le ha tocado á Maquiavelo, hombre cuya conducta pública fué leal y honrada, cuya moralidad, si difiere de la de sus contemporáneos, es porque era mejor, y cuya única falta ha sido la de haber expuesto más claramente y expresado con mayor energía que otro alguno, las máximas que se profesaban en su época y que había adoptado.»

No puede ser más determinante la síntesis que el sabio autor de la Historia de Inglaterra, hace con su brillante estilo, de Maquiavelo y sus obras, en su otro trabajo que hemos citado del siglo XIX; su juicio crítico nos da alcances de gran estima, toda vez que los hechos han dado su sanción, resultando que mientras Maquiavelo en Italia fundamentaba una escuela en los conceptos político y militar, España daba muchas mayores realidades en tales extremos, ya porque aquéllas fuesen desechadas, ya porque se contaran con muchos más elementos para conseguirlo.

El hecho es que estando en un todo conforme en lo que de la política hemos dicho, en cuanto á la milicia se refiere, hemos de agregar algo sobre el nuevo elemento: la pólvora, que tanto había de influir en los tres del combate, para cambiarlos profundamente en sus perfeccionamientos y aplicaciones.

Chinos, indios, griegos, árabes, ingleses y españoles conocieron la pólvora; en su evolución figuran los nombres de Callinicus, siglo VII; Schwartz, XIV, y Schönbein, Pelouze, Abel y otros, en el XIX: fué empleada, según dicen, por los ingleses en 1346, batalla de Grecy, y por otros en distintas ocasiones, más ó menos cercanas de tal fecha; pero lo que resulta indudable es que su generalización no tuvo lugar hasta fines del siglo XV y comienzos del XVI, y que, por lo tanto, á este siglo le estuvieron reservados los progresos, no sólo en el concepto de la poliorsética, de la tormentaria y de las armas de fuego portátiles, pues si la una representa las minas por Pedro Navarro, las otras llevan verdaderos adelantos en sus condiciones balísticas, en razón á las fuerzas proyectivas de las pólvoras y otras causas, sino los perfeccionamientos en los órdenes tácticos y cuantos problemas se refieren á los comienzos de la ciencia de la guerra.

Es inútil tratar de quitar la prioridad de esta conquista, pues si nuestro D. Diego de Salazar decía en el prólogo de su Tratado *De re militari*, 1590: «Algunos tienen opinion (muy magnífico Señor) que no ay cosas que menor conuencia tenga la una con la otra; que la vida militar con la civil ó ciudadana: y conosce se dellos esta opinion: en que si alguno se determina al exercicio de la guerra, no solamente muda el hábito, mas la palabra boz y apariencias: y tambien en las costumbres y modos se disforma del uso de todos los hombres ciudadanos, queriendo demostrar que en solo su hábito y uso, mas que en la buena orden consisten las militares victorias y ferocidad de ánimo, y que los otros son pusilanimos y efeminados: y el hábito y costumbre dellos no fauorable á su opinion, creyendo con las blasphemias, y arrogancia hazer que los otros le teman. Y esto enestos tiempos haze que algunos tengan esta opinión. Mas si se considerasen las antiguas ordenes, no se hallarian dos cosas mas conformes ni mas unidas, y que de necesidad tanto la una amse á la otra, como estas dos: por que todo lo que se ordena en un reyno ó república para el bien común: y todas las ordenancas que se hazen en ellos para el temor de Dios y obediencia de las leyes, seria ordenadas en vano si no se ordenase la manera de defenderlas: y si las defensas de estas leyes son bien ordenadas, sostienen los reynos y repúblicas a un que no sean bien ordenados. Y ansi las buenas ordenancas sinel ayuda militar seria como bien labradas, y ricas casas sin tejados, y puertas que las defienda del agüa y biento, sol y ladrones. Y si algunas leyes y ordenancas se hazen, por las cuales se deua temer de Dios y el Rey: con el fauor de la milicia se dobla la autoridad: por que en qual hombre terna el Rey, ó la patria confianca, que en aquel que le promete de morir por el?...»; si esto decía, repetimos, el Capitán Salazar, en su libro, que califica Almirante en su bibliografía «de verdadero jalón en la literatura militar de España», de esa conjunción precisa entre la política y la milicia para que la Patria esté garantida, del Gran Capitán dice tan preclaro tratadista: «No dudaré de alabar la buena memoria del Illustrissimo don Gonzalo Fernandez de Cordua, Gran Capitan Déspaña, Duque de Sesa, y terra noua, el hombre del cual no vernajamas a mi memoria, que con las lagrimas no sea por mi recordado, auiendo conocido en el aquellas partes que en un esplendido Señor y

buen amigo de sus parientes, y amigos, y seruidores se pueden conocer ó desear... Yo digo libremente no auer hallado entre cuantos hombres he conocido y conuersado, otro de mas encendido animo a las cosas grandes y magnificas...»

Los diálogos del Duque de Sesa y de Najera, en el libro de Salazar, como los de Herodoto y otros clásicos, procedimientos empleados en aquellos tiempos y hasta en los de la recopilación del Avesta, lo que nos dice Maquiavelo y los conceptos de Macaulay, más que políticos y militares, de altos vuelos sociales, en los que campean la lógica en sus más brillantes concepciones, nos muestran enseñanzas y evidentes comprobaciones de que á España le cupo la gloria de ser la nación gestora y directora, en aquellos difíciles tiempos del Renacimiento y la Reforma, que constituyeron de por sí tan grandes hechos, que son los más importantes en la historia de la humanidad, que marcha, desde época tan remarcable, con vertiginosa carrera, asombrándose ella misma, al destino que Dios le tiene reservado, y que España supo conducirla á la par de su inmenso poderío.

España.

I

Rade volta risurge per li rami
L'umana provitade; é cuesto voule
Quel che la da perche lui si chiami (1).

DANTE.

Este elevado pensamiento político hizo decir á Maquiavelo que no consiste la salud de una república ó de un reino en tener un Príncipe que prudentemente gobierne mientras viva, sino en uno que organice de suerte que esta organización subsista,

(1) Rara vez se trasmite por sucesión la probidad humana, y así lo quiere quien lo da, para que se proclame que de él depende.

aun después de muerto el fundador; y si esto decían estos eminentes sociólogos, como síntesis de la manera de ser de aquellos pueblos hasta tiempos tales; si Maquiavelo trata la formación de ese gran ciclo del mismo modo que Herodoto, cuando dice que las tres formas de gobernar los pueblos se convierten en seis, porque la Monarquía con facilidad se trueca en tiranía, el régimen aristocrático en oligarquía y el democrático en licencia, distanciándose de tal criterio, cuando pide que entre en la constitución del Estado la coexistencia de la Monarquía, la aristocracia y la democracia, para que cada uno de estos poderes vigile y contrarreste los abusos de los otros, observamos que las coincidencias en esta parte de la ciencia política se hacen extensivas á nuestros días, al recordar lo que el General Trochu manifiesta en su obra *La Societé, L'Etat, L'Armée:* que el engrandecimiento de las nacionalidades que hoy figuran á la cabeza de la humanidad se debe no á los hombres que sólo aspiraron á sus particulares conveniencias, sacrificando á la Patria, sino únicamente á los que lealmente supieron estatuir para ella; y de este modo, mientras que Julio César en Roma, Cronwell en Inglaterra, Luis XIV y Napoleón en Francia, lograron éxitos portentosos, glorias inclusives, de un modo puramente transitorio, Marco Aurelio en Roma, Guillermo III en Inglaterra, Enrique IV en Francia, Washington en los Estados Unidos, Stein y Scharnhorst en Prusia y Cavour en Italia, alcanzaron éxitos de perdurable existencia.

Carlos I y Felipe II se encuentran en el primer caso respecto á España, y Fernando el Católico en el segundo, que es lo que vamos á examinar. Si recordamos lo que dijimos en las nacionalidades descriptas, sobre los conceptos que analizamos en estos momentos, veremos que la disparidad no existe; los que personalizan la gestión del gobierno de los pueblos; los que no alcanzan el dominio político y militar, para que con el económico venga la gestión conjunta, obtienen los resultados dichos en un todo transitorios; y entonces, como después y ahora, en las modernas sociedades no ha variado el fin, el predominio, sí la parte sustancial de la forma, de donde venimos á encontrar un principio nacido de la relación del hecho y su filosofía, es decir, de la filosofía de la Historia.

Melo dice en su obra *Historia de los movimientos, separación*

y guerra de Cataluña en tiempo de Felipe IV: «Si buscas la verdad, yo te convido á que leas; si no más del deleite y policía, cierra el libro, satisfecho de que tan á tiempo te desengañe»; y razón le asiste, porque para encontrar la verdad, menester es estudiar mucho, y sólo así se podrá llegar á exacto juicio del asunto que á nuestro examen sujetemos, resultando en el caso presente, que ni Dante, Maquiavelo, Montesquieu, Laurent, Thiers ni cuantos sociólogos hemos consultado, han sido bastantes para llevar el convencimiento á nuestro ánimo, sobre la prioridad de las nacionalidades; su aparición en el Renacimiento fué una persistencia de mayores extensiones, nunca el origen; sus gérmenes, como los de cuanto existe, han tomado forma ante la inteligencia del hombre, cuando su intelecto así lo ha permitido, de tal modo lo vamos demostrando en nuestra penosa labor; y para dar mayores fundamentos insistiremos aunque sea de distinta forma.

Hemos tratado de las luchas en la Edad Media entre el Pontificado y el Imperio, y si los güelfos y gibelinos contendieron hasta influir del modo que hemos visto en las Cruzadas, y si en la política no cejaron tampoco, las disquisiciones científicas no fueron menos lejos, y en el idiona latino, entonces universal, se generalizaron por toda Europa. Los unos con el *Regimen pricipiun*, debido en parte á Santo Tomás, sin tener en cuenta los hechos sociales é históricos, las transformaciones de la sociedad láica y menos la pagana, y con fundamentaciones debidas sólo á argumentos abstractos y metafísicos, atribuyéndolo todo á Dios y nada al talento.

Los gibelinos con la *De Monarchia*, de Dante Alighieri, que establece el fundamento de la sociedad humana en el derecho, dándole valor propio y divino, la justicia, atributo que de Dios dimana con independencia absoluta del Papa, que sólo lo espiritual le incumbe, como la escuela teológica emplea el silogismo, defendiendo el Imperio universal con extremos tales, que sin darse cuenta da paso á la formación del Estado nacional moderno, sin llegar ni con mucho á Marsilio de Pádua en su obra *Defensor pacis*, que pretende someter en un todo la Iglesia al Imperio, no pudiéndose deducir, como dice Maquiavelo, que esta obra sea como la del Dante, los comienzos de las nacionalidades, por más que luego se contradiga, como veremos poniendo en primer lugar á Fernando en gestión tan valiosísima.

El hecho es que esta escuela, sujeta como la escolástica y la teológica, no á las bases que da toda relación por el estudio y si á las idealidades de la metafísica, llegó á la decadencia misma que la que le controvertía, cambiando la ciencia política en el siglo XV, según hemos dicho; á la escolástica sucede la erudición, y la actividad humana da otra forma á sus manifestaciones en organización, trocando la autoridad universal de la Iglesia y del Imperio en grandes nacionalidades, que con sus estímulos, aspiraciones y luchas para conseguirlo, habían de dar nueva faz á los problemas sociales.

Aquellos humanistas con su actividad, formaron con su literatura una nueva educación intelectual, y la ciencia política toma grandes vuelos en los siglos XV y XVI, dándoles verdaderos alcances las relaciones diplomáticas, y las iniciativas de Fernando de Aragón, en primer lugar, y otros Príncipes, haciendo surgir simultáneamente en todas las naciones los horizontes más ámplios que pudieran trazar la inducción y el método experimental, debidos á la más extensa especulación, siendo Guicciardini y Maquiavelo los que figuran al frente de tal evolución científica: el primero con mayor claridad en el concepto, mostrando verdaderos prodigios bajo el aspecto histórico, y el segundo con más suspicacia y no menor clarividencia, pues no sólo predijo, sino que mostró el camino de llegar á la unidad italiana, con tres siglos y medio de antelación; Bollmán, mucho después, buscaba la unidad alemana, y pedía para ello un Príncipe reformador y armado que saliera de Prusia, Stein, casi coetáneo suyo, realizaba sus aspiraciones como gran hombre de estado; pero mientras Maquiavelo y Guicciardini teorizaban, en lo que pudiéramos llamar la nueva ciencia, Fernando entonces, con más extensiones que las de Stein después, la concebía, la desarrollaba y la llevaba á la práctica con éxitos asombrosos.

II

FERNANDO EL CATÓLICO

Maquiavelo dice de este Rey, en sus obras *Discursos sobre Tito Livio* y *El Príncipe*: «En nuestra época, cuantos aún viven, saben el genio y valor con que Gonzalo Fernández de Córdoba, guerreando en Nápoles contra los franceses por Fernando, Rey de Aragón, venció á sus enemigos y conquistó aquel reino; y como el premio de victoria fué que Fernando partiese de Aragón, viniera á Nápoles, le quitara primero el mando del ejército, después las fortalezas, y, por último, lo llevara consigo á España, donde poco tiempo después murió desdeñado.»

«Tan naturales son estas suspicacias en los Príncipes, que no saben evitarlas ni tampoco ser agradecidos á los que, vencedores bajo su bandera, hacen para ellos grandes conquistas.» No parece necesario argumentar aquí sobre conceptos por demás extremados, no sólo en lo que á la historia se refiere, sino á la parte política.

En *El Príncipe*, dice, capítulo XXI: «¿Qué debe hacer un Príncipe para adquirir buena fama?» «Lo que más contribuye á la estimación de un Príncipe son las grandes empresas y los extraordinarios ejemplos de su mérito. Tenemos en nuestros tiempos á Fernando, Rey de Aragón y actual Rey de España, al cual se le puede llamar Príncipe nuevo, porque de Monarca de un Estado pequeño, ha llegado á ser, por la fama de sus gloriosas empresas, el primer Rey de la cristiandad. Si se consideran sus acciones, veráse que todas son grandiosas y algunas extraordinarias.»

«Al principio de su reinado conquistó á Granada, y esta empresa fué la base de su poder; distrajo con ella los ánimos de los nobles castellanos que, pensando en dicha guerra, no intentaban novedades políticas, y mientras tanto el rey iba acrecentando su autoridad á costa de los magnates, sin que éstos se dieran cuenta de ello. Con el dinero de los pueblos y de la Iglesia mantuvo el

ejército, y aquella larga guerra sirvió de escuela práctica á sus soldados, que posteriormente le han hecho tan glorioso.»

«Para poder acometer después mayores empresas, sirviéndose siempre de la religión, cometió la piadosa crueldad de expoliar y expulsar á los judíos de España, ejemplo rarísimo y verdaderamente admirable. Con igual pretexto invadió el Africa, realizó la empresa de Italia, y últimamente ha atacado á Francia, ejecutando siempre cosas grandes que tienen constantemente suspensos y admirados los ánimos de sus súbditos, quienes, preocupados con las eventualidades de tales empresas, no les queda tiempo para intentar nada contra el Rey, porque unas á otras se suceden sin interrupción.»

Barado en su obra *Museo Militar* trae la copia del siguiente notable documento: «Ceriñola-Garellano-Nápoles-Gaeta. Instrumento público expedido por el Rey Católico en honor del Gran Capitán, testificado por el secretario Miguel de Almazán en la ciudad de Nápoles, el año mil quinientos y siete.»

«Nos Don Fernando, por la gracia de Dios, Rey de Aragon y de Sicilia, de aquende, de allende Faro de Hierusalen, de Valencia, de Mayorcas, de Cerdeña, de Corcega; Conde de Barcelona, Duque de Atenas y de Neopatria, Conde de Ruisellon, Marqués de Oristan y de Gociano, etc. Como los años pasados, vos el ilustre don Gonzalo Hernandez de Córdoba, Duque de Terranova, Marques de Santangelo y Vitonto, y mi Condestable del reino de Napoles, nuestro muy caro y amado primo, y uno del nuestro consejo secreto, siendo vencedor hicistes guerra muy bienaventuradamente y grandes cosas en ella contra los franceses, y mayores que los hombres esperaban por la dureza de ella; y asimesmo y por nuestro consentimiento, como por apellidamiento de muchas naciones, justamente para siempre nombre de Gran Capitan alcanzaste donde por nuestro Capitan General vos enviamos. Por ende parecionos que era cosa justa y digna de Rey, para memoria perdurable de los venideros dar testimonio de vuestras virtudes, y con tanto el agradecimiento que vos tenemos, daros y escribiros esta; aunque confesamos de buena gana que tanta gloria y estado nos acrecentastes, que parece cosa recia poderos dar digno galardon; de manera que aunque grandes mercedes vos hiciesemos, parecenos hia ser muy menos que vuestro merecimiento. Y acor-

dandonos otrosi, como enviado por Nos por socorro, en breve tiempo restituistes en el reyno de Napoles al Rey don Fernando, casado con nuestra sobrina, echado del dicho reino de Napoles, el cual muerto, después el Rey Federico su tío y sucesor en el dicho reyno, vos dió el senorio del monte Gágano y de muchos lugares que están cerca dél; por lo cual volviendo en España honradamente vos recibimos. Y acordandonos otrosi, como enviandoos otra vez en Italia (requiriendolo la necesidad y el tiempo) ganastes muy diestramente la Chafalonia, que es isla del mar Ionio, ocupada mucho tiempo de los turcos, de la cual volviendo ganastes la Pulla y la Calabria; por lo cual vos confirmamos y retificamos y hezimos Duque de Terranova y Santángelo. Y, finalmente, después de la discordia nacida entre Nos y don Luis, Rey de Francia, sobre la particion de dicho reyno de Napoles, estovistes mucho tiempo con todo el exército con mucho seso en Barleta, donde vencistes las galeras de los franceses, sufriendo con mucha paciencia y constancia hambre y pestilencia assaz; y de ahí tomastes á Rubo, do muy grandé exército de franceses estaba, dentro veinte y quatro horas. Y saliendo de la dicha Barleta distes batalla á vuestros enemigos los franceses, cuasi en el mesmo lugar á donde venció Aníbal á los romanos. Y de lo que es muy más de maravillar, que estando cercado salistes á los que vos tenian cercado. En la cual dicha batalla matastes al Capitan General, y fuistes en el alcance, desbaratando y hiriendo á los franceses hasta el Garellano, á donde los vencistes y despojastes de mucha y buena artilleria, señas y banderas, con aquel sufrimiento de Fabio, dictador romano, y con la destreza de Marcelo y la presteza de Cesar. Y acordandonos asimesmo como tomastes la ciudad de Napoles con increible sabiduria y esfuerzo, y ganastes dos castillos muy fuertes, hasta entonces invisibles, y de qué manera después asentastes real en medio del invierno con grandes agüas cerca del rio Garellano y estando los enemigos con grande gente de la otra parte de dicho rio; los cuales, pasados ya por un puente de madera sobre barcas que hicieron contra vos y los vuestros, no solamente los retraxisteis, pero hecha por vos y por los vuestros otro puente, pasastes de la otra parte del rio, y dandoles batalla los vencistes, metiendolos por fuerza por las puertas de Gaeta; la cual dada que le fué á su Capitan para que se pudiese ir por mar,

luego se vos rindió Gaeta con el castillo. Pues, ¿que se dirá de vuestras hazañas, sino que dellas perpetua memoria quedara, con la sagacidad y esfuerzo que ganastes á Ostia, tan fuerte, proveida de jentes y de artilleria, de que tanto daño los franceses á Roma hacian? Los cuales, por vos echados de Italia con los naturales della que los seguian, sometistes el reyno de Napoles á nuestro señorio, donde mucho tiempo fuistes nuestro Visorey. Por ende, acatando lo susodicho, vos hacemos merced del estado y señorio de Sesa.

Dada en Napoles á veinte y cinco de Febrero de mil quinientos y siete.

Firma.»

No nos parecen suficientes estos juicios críticos, ya que de asunto de tal importancia se trata; para complementarlos citaremos lo que dice Barbasán en el proemio de su memoria titulada *Juicio Histórico-Crítico del Rey D. Fernando el Católico, considerado como militar.*

«Lema: Miente el bellaco, le he engañado más de diez». «Figura en las páginas de la Historia con tanto relieve D. Fernando el Católico; es su reinado tan fecundo en acontecimientos de la mayor trascendencia, tan exuberante en eminentes personalidades, tan cumplido y bien empleado, que aunque no fueran partes principales para poner temor en esta empresa la convicción de mis menguadas dotes, el estrecho círculo de una monografía de certamen, y el no muy largo tiempo de que puede disponerse, habría motivos más que suficientes para vacilar en emprenderla, aún sin pretensión de llevarla á término felíz. Y si no fuera por el consuelo que se experimenta en estos tan míseros tiempos, al volver la vista hacia aquel poderío brillante, al abarcar con la inteligencia la grandeza de aquella patria, la entereza de aquellos hombres, la magnitud de aquellas empresas, bien sucedidas de ordinario y siempre acometidas con ánimo viril y fe inquebrantable, no fuera fácil que se emborronaran estas cuartillas; que bien se me alcanzan las dificultades con que habré de luchar para ponerla siquiera en camino, y no ciertamente porque la materia falte, aunque el aspecto militar no sea el culminante de aquel egregio monarca, sino por todo lo contrario, que el tiempo es breve, el tema abraza

múltiples cuestiones, éstas no se ofrecen con la simplicidad que ahora acostumbramos, y, por último, y sobre todas las cosas, porque no poseo la virtud de la concisión, que estaría aquí como en ninguna parte, para reducir á un cuadro sintético, tantas y tantas cosas como hay que examinar, tantos y tales sucesos como en aquel tiempo acaecieron, tantas y tan importantes innovaciones como en la milicia se introdujeron por aquel entonces, de todo lo cual ha de resultar el boceto de aquel gran Monarca á quien la Divina Providencia plugo conceder galardones tan preciados, como el término feliz de la reconquista, la unidad nacional, el descubrimiento del Nuevo Mundo, la conquista de nuevos Estados fuera de los límites de España, y que, en fin, vino á florecer y á ser agente principal de la transición histórica de la Edad Media á la Edad Moderna.

«Sirva el amor que profeso á la tierra que me vió nacer; sirva la admiración que me causa la contemplación de aquellas épicas hazañas; el entusiasmo con que frecuentemente solazo el espíritu volviendo la vista á aquellos esplendores, apartándola de las negruras presentes, para cohonestar, ya que disculparse no se disculpe, el atrevimiento de presentarme en estas lides del saber con tan endeble arnés y mísero atavío, á juzgar, tal vez, con esforzados campeones dotados de excelentes armas».

Después de lo dicho, no hemos de entrar en detalles sobre los hechos de armas que justificaron en este Rey las condiciones de valiente soldado, heróico capitán y general insigne, distanciándonos un tanto, bajo diferentes puntos de vista, del criterio de Barbasán, del de Guicciardini, Maquiavelo, Clonard y otros muchos críticos é historiadores, no sólo en lo que á la batalla de Rávena se refiere como gloriosa derrota, sino al calificativo de ingrato que le atribuyen por la conducta observada con el Gran Capitán, cuyos éxitos son indiscutibles, Colón y con el mismo Cardenal Cisneros; y aunque así fuera, siempre tendría á su favor la frase célebre de Bismark: «El fin justifica los medios», para los que juzgan hoy al Gran Rey, que vivió en los tiempos en que se sintetizaba el pensamiento político en la forma que lo hacía el Capitán Diego de Salazar, cuando decía en el fin de su libro citado: «De lo qual quanto de mi se puede esperar por mi edad desconfio: mas verdaderamente si en el tiempo pasado la fortuna me

vuiera constuido en tal estado que bastara para una semejante empresa: yo creo que en breue tiempo vuiera mostrado al mundo quanto las antiguas ordenanzas valian, porque sin duda yo vuiera acrecentado mis estados con gloria *ó perdidolos sin verguenza*».

Para lograr ese fin Fernando, tuvo que luchar venciendo cuanto se le oponía, tanto bajo el concepto histórico, como político, en el estudio para conocerlo, en los obstáculos para dominarlos, en la elección del personal para conseguirlo, en los elementos para lograrlos y en el acierto en todo para coronar las empresas. Nada se le ocultó á su clara inteligencia y dotes excepcionales; con las eficacias en la cooperación de Isabel, que supo subvenir siempre á todo cuanto necesitaba de sus grandes alientos, generoso proceder y ejemplarísima previsión, hizo llevar tal gestión con junta tan sabia como altísima, á la cumbre de la gloria más excelsa, y á la que no supo traspasar soberano alguno en la Tierra, y si Fernando á más de los títulos dichos, conquistó los de gran político, hábil, perspicaz y astuto, aquellas ingratitudes, si en algo lo fueron, allanaron de manera inusitada el bien de la Patria; ante los hechos no caben mayores justificaciones; ello es que su reinado constituyó las cimentaciones de la gran nacionalidad española.

Como obra humana, su labor adoleció de imperfecciones, pero nunca fueron bastantes para envolver, ni en ligera penumbra tanta gloria; la expulsión de los judíos, que restó elementos á la nacionalidad, fué procedimiento espartano de Licurgo, que no adtiendo á los extranjeros hasta las más grandes exageraciones, hizo llevar una existencia, larga sí, ocho siglos, pero con limitaciones, al primer pueblo de Europa; sistema en un todo contrario al de Roma, que hacía especial estudio de atraer para sí cuantos elementos podía, llegando, por esta razón, entre otras muchas, á dominar el Mundo; no fué este solo Monarca el que tal hizo: Felipe III siguió su ejemplo, sin duda porque cuando las desdichas vienen, no lo hacen solas.

En la política, en la milicia, en religión y en todos los sociales elementos, cuando los hombres llegan á alterarlos de forma tal que se ven amenazados de no existir, se impone el retrotraer los hechos, buscar los orígenes, el llegar allí donde sus fuentes brotan para tocar la pureza de sus aguas, y con ellas y las prác-

ticas enseñanzas reconstruir y perfeccionar lo que necesario de tal estaba; en prueba de ello citaremos que San Francisco y Santo Domingo salvaron la religión, llegando á las exageraciones más grandes de la pobreza, para contrarrestar el lujo desenfrenado que amenazaba destruirla; es decir, que llegaron á Jesucristo que era la humildad misma y la modestia suma; si esto sucedía en religión, en la Milicia César estudió á Alejandro, y el Gran Capitán y cuantos le sucedieron é imitaron, dieron vida á las legiones romanas; para recordar, en lo que aplicable era á las tropas de aquel gran pueblo, que tuvo Cónsules como Torcuato que mató á su hijo, y Decio que supo matarse para reconstituir la moral de sus tropas, mostrándoles así, con el ejemplo, el camino del sacrificio por la gloria, que es el de la victoria; pueblo que cuando le hizo falta, tuvo á Fabio para prolongar la guerra contra Anibal, por la defensiva, y á Scipión, con la ofensiva para acabarla, y, por último, en lo que á la ciencia política se refiere, ya hemos demostrado con los anteriores ejemplos, que aunque se trata de lo que puede considerarse como detalle, es de lamentar que por esta causa la gestión de Fernando no fuera perfecta.

La Inquisición fué el gran error, si se miran sus resultados; nació como preparación de aquellas luchas terribles, cuyos albores se presentían, aunque con otro objeto fuese creada; ello es que tuvo extensiones formidables y que fué la base de la resistencia armada para llegar á la imposición sin clemencia, de lo que sólo por el convencimiento y las mútuas concesiones debió lograrse; Fernando no pudo calcular tanto, ni darle todo el valor que el porvenir le tenía reservado, por las condiciones del hombre.

Con el verdadero valor que tiene, ante la crítica imparcial, cuanto hemos dicho, la figura de Fernando queda como la que supo llevar al pueblo cuyos destinos regía, en el concepto religioso á la cabeza del Orbe Católico; en el político, al frente de las grandes nacionalidades, y en el militar, en el conocimiento de la ciencia de la guerra, que brilló con los esplendores del astro que asoma, mostrando sus amplias magnitudes del presente y dejando adivinar muchas de las que el porvenir le tenía reservado, pues á las disquisiciones sobre este particular, á los partidarios del Archiduque Carlos, como origen de tal ciencia, á los que discuten lo dicho por Bulow y Jomini, podemos citar, entre otras cosas, lo

dicho por Walhausen en su *Arte Militar*, 1615: «El segundo tratado es del Arte Militar para la Caballería, en donde la excelencia de esta noble ciencia, será claramente demostrada, como también que sobresale á todas las ciencias del mundo conocidas, excepto la Teología, sean ciencias liberales ó mecánicas.»

Fernando practicó como nadie lo que Maquiavelo decía: «La intención no debe mostrarse nunca antes de lograrse por cualquier medio lo que se desea, y preparó la gran nacionalidad española de tal modo, que al pasar á manos de Carlos V pudo decir, con razón, este Monarca, que el Sol no se ponía nunca en sus Estados».

III

CARLOS I

Al tratar de la constitución de la gran nacionalidad española por Fernando, nos hemos contraído á ciertos juicios en nuestra crítica, tanto de propios como de extraños, por parecernos lo que más á la imparcialidad se dirige, empezando por los de aquel político que decía al ocuparse de la salvación de su Patria: «A todos hiede esta dominación de los bárbaros», y como pensamos seguir igual criterio respecto á Carlos I, vamos desde luego á sintentizar con una frase tan glorioso reinado, que lo fué de hechos prodigiosos, fantásticos. Su educación, su inteligencia y actividad, en forma conjunta, lo evidencian; durante su reinado hizo el Emperador seis viajes á España, nueve á Alemania, siete á Italia, diez á Flandes, cuatro á Francia, dos á Inglaterra y dos á Africa. Lo que no heredó supo conquistarlo, y á esa actividad hay que agregar las condiciones de su inteligencia, con las que logró tantos y tan grandes éxitos, como los alcanzados contra la liga Clementina, formada por Clemente VII, Enrique VIII y Francisco I, al que llegó á desafiar personalmente, contra toda Europa y los turcos, pues Solimán II, dueño de la cuenca oriental del Mediterráneo, quiso serlo del valle del Danubio, y después de vencer á los

húngaros, penetró hasta Viena, donde Alemania le cierra el paso; con la toma de Pavía y Roma, las invasiones de Francia, la primera por la Provenza, de la que tuvo que desistir ante el hecho heroico de Montmorency, que desvastó el territorio en su retirada, á ejemplo de lo hecho por Filipo de Macedonia, hijo de Perseo, al ser atacado por los romanos, y que el general ruso Rostopchin supo imitar cuando la invasión del Ejército de Napoleón, incendiando á Moscou, éxitos que supo hacer mayores en la guerra de Africa con la toma de la Goleta y de Túnez, y los que logró contra los protestantes, según ya hemos visto, que si bien lo fueron en un principio, luego se trocaron en concesiones y componendas; hechos todos, que con otros muchos que pudiéramos citar, determinan los tiempos de nuestra más gloriosa hegemonía.

Lord Macaulay en su notable obra *Reinado de Guillermo III*, habla así de esta época, que no la tuvo más grande pueblo alguno del mundo, en los siguientes términos, refiriéndose al Rey Carlos II: «España era ya lo que ha continuado siendo hasta nuestro tiempo. De la España que había dominado la tierra y el Océano, el antiguo y el nuevo mundo; de la España que en el breve espacio de doce años había tenido cautivos un Papa y un Rey de Francia, un Soberano de Méjico y un Soberano del Perú; de la España que había enviado un Ejército ante los muros de París y había equipado una poderosa escuadra para invadir á Inglaterra (aquí comprende hasta el reinado de Felipe II), sólo quedaba aquella arrogancia que un tiempo había excitado terror y odio, pero que ahora sólo podía excitar irrisión. Cierto que en extensión excedían los dominios del Rey Católico á los de Roma, en la época que Roma se hallaba en el cenit del poder. Pero la formidable masa yacía aletargada é indefensa, y se le podía insultar y despojar impunemente. Toda la administración, militar y naval, colonial y financiera, estaba completamente desorganizada. Carlos era propia representación de su reino, impotente, física, intelectual y moralmente, sumido en la ignorancia, en la pereza y la superstición, pero hinchado en la idea de su dignidad y pronto á imaginar y sentir los insultos. Tan abandonada había sido su educación, que cuando le notificaron la toma de Mons, la fortaleza más importante de su vasto imperio, preguntó si Mons estaba en Inglaterra, según Torcy, en sus *Memorias*. Entre los Ministros

que elevó y derribó en su enfermizo capricho, no había ninguno capaz de poner remedio á los males que aquejaban al Estado. En realidad, el comunicar nueva vida á los nervios de aquel cuerpo paralítico, hubiera sido empresa difícil, aun para Cisneros. Ningún servidor de la Corona de España ocupaba puesto más importante que el Marqués de Castañaga, y ninguno era tampoco más inepto para ningún puesto importante. Era Gobernador de los Países Bajos, y parecía probable que en los Países Bajos hubiera de decidirse la suerte de la cristiandad. Había desempeñado su cargo como se desempeñaban entonces los cargos públicos en todas las partes de aquella vasta Monarquía, de la cual se decía orgullosamente que en sus dominios nunca se ponía el Sol. No obstante la fertilidad y riqueza del país que gobernaba, arrojó sobre Inglaterra y Holanda toda la carga de defenderlo. Esperaba que los herejes le proporcionaran armas, municiones, carros y víveres, todo, en una palabra. No se le ocurrió que á él le tocaba, y no á s aliados, el poner á Mons en condiciones de resistir un sitio. La voz pública le acusaba de haber vendido á Francia aquella célebre fortaleza. Pero es probable que su único delito fuese la altanera apatía y pereza que caracterizaban á su nación.»

Cruento juicio, dura etopella, es lo dicho por Macaulay sobre el pueblo español, en tiempos que aún eran reflejos, aunque débiles, de los del gran Emperador, de aquellos tiempos, que tomando el título de Majestad, reunió bajo su cetro por su madre, á Castilla, León y Granada; por su abuelo materno, los condados de Rosellón y Barcelona, reinos de Navarra, Nápoles, Sicilia, Cerdeña, Valencia y Aragón. Por Maximiliano del Austria, la Estiria, Carniola, Carintia, Tirol y la Suavia Austriaca; casi todo el litoral Norte del Africa, las Antillas, la América Central, una parte del Sur y de la del Norte, varias islas del Océano, Flandes, el Franco Condado y la corona de Alemania, á la que se presentó y fué elegido, creándose la odiosidad de Francisco I, y siendo esto la causa principal de las guerras de Alemania, Flandes é Italia.

Cada escritor para su pueblo escribe por regla general; raro es el que deja ir á la juiciosa crítica por donde le traza el más sereno juicio; esto hace que no nos asombren los pensamientos de Macaulay, que más que exactos entonces, fueron como alcances, verdaderos presagios á cumplir en nuestros días, y muy lejos, por

lo tanto, de las aseveraciones de este preclaro ingenio. Doce años fueron los que compusieron el corto período de tan portentosos hechos como los que cita, en los que nación alguna pudo igualarnos; es muy cierto, porque este período comprende desde el advenimiento al trono de Carlos I, hasta la paz llamada de las Damas, época tan preponderante y gloriosa, que allí donde se ostentaban las bandas rojas sobre los pechos de los imperiales, en aquellos tercios españoles, ni un corazón palpitaba más de lo suyo, ante el peligro por grande que fuese, ni podían escatimarse los laureles de la victoria, el mismo Macaulay cita tras estos hechos, otros de tantas energías, y que si no determinaron preponderancia, marcaron por lo menos, igualdad de fuerzas contendientes, lo que duró hasta mediados del reinado de Felipe II, según la historia, punto que determina el inicial de nuestra decadencia.

Mal puede por lo tanto aceptarse como bueno el concepto de que se podía insultar y despojar impunemente á la formidable masa española que yacía aletargada é indefensa; pues si no bastara lo dicho, ¡el 2 de Mayo de 1808!, página del más vívido fulgor en la historia de los pueblos, los generales y soldados de Napoleón que invadieron nuestra Península, y los mismos generales y soldados ingleses, que como aliados, presenciaron más de una vez nuestros gloriosos hechos de armas, pueden complementar nuestro aserto, evidenciándose de lo que fué capaz el pueblo español, aún en peores condiciones que en los tiempos á que se aluden en tan acerba crítica.

Tampoco puede admitirse, aunque de nosotros no se tratara, de que se llame apático y perezoso á un pueblo que tiene actividad para descubrir, invadir y conquistar casi un mundo, sangre para ser derramada por los ámbitos, poco menos que de toda la tierra, y valor y heroicidad bastante para no encontrar empresa por grande que fuera que se le impusiese; lo atestiguan Méjico, el más poderoso estado de América, que nos da á conocer como el que más D. Francisco Pí y Margall, no sólo en su historia de América, sino en el folleto en forma de diálogo entre Guátimozin, último Rey azteca, y Hernan Cortés, trabajo curioso y notabilísimo; además de tal Estado, el Perú, la Florida, Chile, California, el Amazonas, y los nombres de Hernan Cortés, Almagro, Pizarro, Soto, Villalobos, Orellana, Magallanes, El Cano y Grijalva, entre

otros que proclaman conquistas ó declaran exploraciones y descubrimientos, á más de las luchas en las que mostraba á la humanidad, absorta de contemplar grandezas tantas, las condiciones de un pueblo, no sólo en estas empresas, sino en las llevadas á cabo contra franceses, protestantes, alemanes, turcos, berberiscos é indios, formando así época tal y de recordaciones tantas, que no ha tenido igual en la historia, la del apogeo más grande del Imperio español y de la raza latina.

Donde el Emperador no estuvo, su inteligencia se evidenciaba con el acierto en escoger al que había de llevar á cabo sus planes, así lo muestran los nombramientos recaídos en Pescara, Leiva, el Condestable de Borbón y otros ilustres hombres de armas y prestigios que dieron cuantos rendimientos se proponía; los errores de Carlos I, fueron, por cuanto nos dice las historia, y según nuestro juicio, el tener bastante descuidada la administración, abandonada la esencialísima cuestión económica, y lo más sensible aún, las defensas de la Patria; todo esto, las muchas guerras, la persistente emigración y el comenzarse á descartar los principales y más valiosos factores del elemento armado, habían de influir para restar preponderancias y engrandecimientos, tanto más, cuanto el problema religioso representaba en este sentido, por lo menos, igual que todos ellos.

Fernando alcanzó, con habilidad suma, organizar la Milicia, siglos antes que otros Príncipes, mermar prestigios á la nobleza, formar, en fin, un gran Estado, como hemos visto; por un accidente para muchos desgraciado, las extensiones de aquel reino fueron después inmensas; las nacionalidades brotaban ó crecían, por la religión con la reforma, contra el Imperialismo y el Papado: ¿podía Carlos I, dentro de lo que eran ya antiguos moldes, preponderar contrarrestando á la Europa entera?, nunca, no pereció en la lucha, pero á partir de la tercera guerra que terminó con la paz de las Damas, 1529, las fuerzas de los que contendían se equilibraron como hemos dicho; los imperiales no eran más, la banda blanca, llegaba á tanto como la roja, y cuando se toca á la cumbre, ya se sabe que lo natural es el descenso, aunque sea paulatino por la mayor resistencia que se le oponga; Carlos I lo comprendió así y abdicó en su hijo Felipe II y en su hermano Fernando; al primero deja España, Nápoles, Milán, los Paises Bajos y las posesiones del

Nuevo Continente; y al segundo la corona imperial y los Estados hereditarios de Alemania, Bohemia y Hungría; su retiro en el Monasterio de Yuste, no lo fué de su política y creencias, pues la política de Fellipe II, resultó consecución de la suya y en muchas ocasiones por él inspirada.

IV

FELIPE II

Felipe II tenía, como su padre, ante sí, aquellas limitaciones propias que á sus ambiciones habían de oponer los Jefes de otros Estados; con mayor fortuna, en lo que á Francia se refiere, el Duque de Montmorency fué vencido por el Duque de Saboya en la memorable batalla de San Quintín, que dejó expedito el camino de París, si el Rey hubiera tenido tal aspiración.

Con la clarividencia que tan peculiar le era, llegó á percatarse del problema político, á tal extremo, que hubiera complementado la obra de Fernando; ya que se encontraba en otras condiciones que su padre, si la cuestión religiosa que entonces se agravaba, no hubiera destrozado en absoluto cuanto por otros estilos alcanzó. Engrandecido el Estado español con el hermoso archipiélago filipino, con Portugal y las islas Canarias, lograba, con el primero, elementos para dominar otros mares, con ellos los de la tierra; con Portugal realizaba, por medio del Duque de Alba, de tan laureado Capitán, como de tal carácter, que tantas enseñanzas muestra, y del también memorable Marqués de Santa Cruz, los sueños de todo el pueblo español.

Creemos muy justo rendir al Duque de Alba el homenaje del recuerdo, ya que tanta parte tomó en tan gloriosas empresas, transcribiendo las reflexiones que hacía á sus oficiales para disuadirlos de atacar al ejército francés. «Siempre he pedido á Dios, que inspire á mis soldados un valor decidido, un ánimo esforzado para que, sin arredrarse ni pararse á discurrir, vayan impávidos á arrostrar la muerte y á exponerse á los mayores riesgos cuan-

do se lo manden. Pero he pedido otra cosa para los oficiales: mucha prudencia y gran calma para moderar la impetuosidad de los soldados. Este es el medio de llegar á ser grandes capitanes. No os ocultaré que vuestro ardimiento me ha irritado, porque me ha parecido inmoderado y contrario á la razón. Para instruiros de las ocasiones en que un general ha de dar batalla, os diré que solo debe hacerse, cuando se trata de socorrer una plaza fuerte reducida á la extremidad, y que es el sostén de una provincia; cuando se sabe que el enemigo ha de recibir auxilios que le hagan superior ó al menos igual; cuando al principio de una guerra se quiere adquirir reputación, asegurar la fidelidad vacilante de los súbditos, conservar aliados é impedir que enemigos encubiertos se declaren; cuando favoreciéndonos la fortuna se hallen tan consternados los enemigos, que no se atreven á sostenerse ante nosotros, en fin, cuando estrechados por el hambre ó las fatigas y cercados por todas partes tengamos que morir ó vencer.»

«Un gran capitán nunca aventurará una acción considerable, sino está seguro de obtener grandes ventajas, ó no se ve precisado á ello. Decidme, ¿cuáles son los peligros que nos amenazan ó el fruto que la Patria sacaría de la pérdida de nuestra vida ó nuestra sangre? Supongámonos victoriosos del Duque de Guisa, ¿qué habremos conseguido con destrozar á los franceses? Quedarán reunidas á las posesiones de Felipe las ciudades del dominio de la Iglesia? ¿Nos enriquecerán por ventura los bagajes de los franceses? Si por el contrario la suerte incierta de las armas nos fuese contraria, ¿cuántas desgracia no nos atraería nuestra temeridad? No nos inquiete, pues, la idea de vencer á Guisa; ya huye ante nosotros. ¿Nos hubiera procurado una batalla más gloria ó más ventajas? Conseguimos una victoria completa sin derramar sangre. Nuestro solo nombre sirve de defensa á Nápoles y á la Italia toda.»

«Si este modo de hacer la guerra no me pareciese adecuado á á las circunstancias, me acordaría de lo que hice en Sajonia: pasaría los ríos más caudalosos, no repararía en entrar á pie en el mar, pero ya que encuentro la victoria en la retirada del enemigo, seré fiel á mis máximas y sólo me determinaré á combatir vuestra audacia y vuestra temeridad; en una palabra, no quiero jugar un reino contra una casaca recamada de oro, que es todo lo que Guisa puede perder.»

Tan prodigiosa síntesis muestra, lo que Alba fué, la manera de ser de nuestro ejército y de qué modo influía sólo el nombre de nuestro grandioso pueblo y su inmenso poderío. Felipe II, al lograr la unidad de la Patria, debió traducir en hechos lo dicho por Maquiavelo: «Que para conservar el país que se conquista, ó se desvasta para poderlo dotar de nuevos elementos de vida, ó se habita en él», marcando á Lisboa para su residencia. Guillermo III de Inglaterra sólo tuvo una idea en su agonía: la unión de la Escocia á Inglaterra; porque debió tener entre sus hermosos conceptos políticos, el de que las obras de Dios que los hombres deshacen, sólo fructifican cuando los hombres á Dios se vuelven; si la península española es una en el concepto geográfico, no arrojará de sí el servilismo, ni alcanzará preponderancias, hasta que se fundan en uno los dos Estados que le habitan (hacemos caso omiso de Gibraltar, por consideraciones fáciles de colegir), amalgamándose en intereses, inteligencias y aspiraciones, empezando por huir de todo aquello que les distancie de los realismos de tal empresa; pues hay que entender de una vez, que si esa aspiración nos costara, incluso el sacrificio del nombre, ya que pudiéramos ir por otro camino al servilismo, ó tal vez á la anulación, todo por la libertad, por el ser y por la gloria, y si la política nos separa hoy, ella nos unirá, como en el caso presente que dió tal ocasión; y mientras tanto, seamos iberos en amor y en la mutua defensa de nuestros intereses todos, que muy pronto se harán sentir las beneficiosas influencias de tales procedimientos.

La cuestión religiosa fué tomada por Felipe II con más vehemencias si cabe, que por Carlos I; este Monarca del que Oncken en su *Historia Universal*, dice: «El genio superior de Carlos V, se reconoce, desde luego, por su habilidad... etc.», escribía desde el Monasterio á su hijo: «Quema vivo á los contumaces, y á los que se reconciliaran córtales la cabeza, sin excepción de persona alguna»; y tal decía, porque casi todos los nobles, doctores, frailes y monjas, se creían herejes, y el Rey no se contentaba siguiendo inspiraciones tales, ni con las persecuciones que la Inquisición por ellas llevaba á cabo sin tasa ni medida; este estado de cosas llegó su gran error á atribuirlas á la gran cultura que en aquellos tiempos comenzaba, á aquella erudición que imponía la emancipación del pensamiento del hombre, y el Rey, creyéndose tal vez sobre-

humano, que podía contrarrestar corrientes tales, no sólo prohibió ir á estudiar al extranjero, sino que hizo venir á todos los españoles que allí se encontraban con tal objeto; es decir, que aisló á España del cultivo de las ciencias del resto de Europa, y no teniendo otro que hacer preferente, se dedicó á la poesía, tal como nos lo muestra los reinados de Felipe III y IV, del Rey al que la adulación le decía ante sus aficiones por la pérdida de Portugal: Señor, no os apuréis, que V. M. es como el hueco que en la tierra se hace, que cuanta más se saca, más grande queda.

Las funciones de la Inquisición eran incalculables, á extremo tanto, que según algunos, llegó á procesar, entre otros muchos, desde el Príncipe D. Carlos, primogénito de Felipe II, hasta Obispos y Cardenales; y Mariana, Fray Luis de León, Santa Teresa de Jesús, inclusive, y otros que pudiéramos citar, fueron perseguidos ó molestados. Tales procedimientos justificaban, sin duda, en concepto de Felipe II, el título de Jefe de la gran Liga Católica, en frente de Isabel de Inglaterra, que lo era de la Protestante; su implacable enemiga fué causa de la formación de la escuadra Invencible, que como la que se organizó después al mando de don Martín de Padilla tuvo mala tortuna, indicando los comienzos de la nuestra; aparece en Francia el Rey de sus Reyes, Enrique IV, que acabó con el partido español, que bajo el mando de los Guisas existía en dicho país, haciendo que Felipe fuese su verdadero Soberano, del mismo modo que extendía su gestión diplomática hasta las regiones del Báltico.

Pero si estos hechos contrastaban con los que al concepto religioso se referían, pues si los unos acusaban grandes aptitudes políticas y diplomáticas, los otros solo de errores eran manifestaciones, según vamos viendo en los sucesos descritos sin engranaje cronológico, por creerlo más acertado, hemos de ser justos al atribuir á Felipe II el cierto juicio y el transcendental aprecio que del mar Mediterráneo hizo. No es ya á las provincias romanas á las que se puede aplicar la metáfora de la circulación de nuestra sangre, no; en la ocasión presente puede aplicarse como insustituible á la tierra toda, pues el Mediterráneo, cuyo dominio se disputaron desde los primeros pueblos por la indiscutible importancia que entonces tenía, con el canal de Suez aquella importancia es incalculable; y el día que el de Nicaragua sea un hecho, tan inmenso lago

será el corazón del globo, en donde la vida industrial y comercial se agite, restablezca y esparza por sus regiones todas, del mismo modo que en nuestro cuerpo el corazón cierra ese ciclo de arterias y venas, por donde la sangre corre para distribuir la vida por todo él; corazón de la tierra, cuya válvula de oxigenación está en la Península española, en nosotros, y que sin nosotros entraría la asfixia y vendría la muerte, si fuéramos dueños de ella se entiende; de ahí el tratado de Utrecht ¡¡de desdichada recordación!!

Ese mar, decimos, dió ocasión con D. Juan de Austria, por las razones dichas, á una prosecución de las Cruzadas, pues como tal declaró el Papa á la batalla de Lepanto; resultando que lo que no pudo hacer Europa entera, según hemos visto cuando de las Cruzadas tratamos, lo hizo España, porque de ella fué la mayor parte de la gloria de tal jornada; Felipe II, pues, supo con sus innegables facultades llegar á las realidades de las aspiraciones todas del pueblo español, y España no podrá olvidar nunca al Monarca que tal hizo, aunque fuese desgraciado en otras empresas, y en justa compensación de ello, las generaciones que le sucedieron han de hacerle cuanta justicia se merece, como también al insigne caudillo de uno de los hechos más grandes que registran los anales de la historia, por lo que á continuación copiamos el documento que de ello trata:

«Carta de D: Juan de Austria á Felipe II, después de la batalla de Lepanto.

Señor: V. M. debe dar y mandar se den en todas partes infinitas gracias á Nuestro Señor por la victoria tan grande y señalalada que ha sido servido conceder en su armada, y porque V. M. la entienda toda como ha pasado, demás de la relación que con ésta va, también envió á D. Lope de Figueroa para que, como persona que sirvió y se halló en esta galera; de manera, que es justo V. M. le mande hacer merced, signifique las particularidades que V. M. holgare entender; á él me remito en todas ellas por no cansar con una misma lectura tantas veces á V. M.

Quería ahora seguir esta fortuna que Dios nos ha dado en la buena de V. M., y ver si se pudiere ganar á Lepanto, que cierto es aquel golfo importante, y cuando no, emprender otra cosa de las que el tiempo y lugar en que me hallo diere lugar. Esto no

tengo aún acabado de resolver, por lo mucho que hay á que atender en rehacer esta armada, que cada día se descubre mayor daño, y otras cosas sin las cuales no se puede ni debe pasar adelante; pero mañana, placiendo á Dios Nuestro Señor, sería posible haber acabado con la mayor parte, y estar listo para partir, á dó parecerá otro día á la noche; de todo lo que sucediere, daré de mano en mano á V. M. la cuenta que debo, y porque no se dilate más esta venturosa nueva, despacho, desde luego, á D. Lope, no dejando de traer á la memoria de V. M. el sugeto en que Dios le ha puesto de extender hasta para acá su grandeza con no mayor dificultad que atender sin perder tiempo á levantar gente, armar galeras, pues no faltarán, y á prevenir para el verano que viene dinero y vitualla. Todo lo cual creo ya que llegará á ser más fácil que por lo pasado, y de tanto servicio de V. M., y aumento como digo, de su grandeza, que venga á conocerse fácilmente el cuidado que nuestro Señor tiene della, á quien hago testigo que desearlo yo más que nadie, me mueve á acordar esto; á D. Bernardino de Cárdenas mataron en esta galera, haciendo lo que debía á la obligación con que nació; deja, según tengo entendido, muchas deudas y un hijo natural; con todo esto, es justo que V. M. mande tener en cuenta, pues todo al fin resulta en su servicio; hay también otras personas que voy haciendo memoria, demas de las que van en lo que lleva D. Lope, que verdaderamente han servido y merecido toda merced, y es esta de las ocasiones, como V. M. mejor sabe, en que cada uno mire lo que se haze con el otro, que supo y aventuró á señalarse. Aquí hay ahora estos dos Príncipes, que el de Parma fué de los primeros que entró y rindió la galera conque invistió, está Pablo Jordan Urcino, el Duque de Mondragón y otros vasallos y servidores de V. M., á quienes si V. M. fuere servido, debería mandar escribir agradeciendoselo; lo mismo á los generales, que cierto lo merecen, y á otros ministros que aquí tiene V. M., á quien suplico me perdone lo que acuerdo, pues así conviene á su R. servicio ni yo puedo excusarme de corresponder con la obligacion en que soy á los que sirviendo á V. M. cerca de mi persona, aciertan á hacerla tan bien como los que propondré siempre. Yo gracias á Nuestro Señor he quedado bueno y sin ser nada una cuchillada que recibí en un tobillo sin saber bien como. El guarde y prospere á V. M. con el

aumento que yo deseo y todos tenemos menester. Amen. De Galera sobre el puerto de Petela en el golfo del Lepanto, á 10 de Octubre de 1571.

D. V. M.

Hechura y más humilde servidor que sus Reales manos besa.

Firma.»

V

RESUMEN

A las guerras religiosas, decimos, siguiendo el curso de nuestro estudio, habían de suceder pura y exclusivamente las revoluciones sociales; los factores de esta nueva faz en que la existencia de la humanidad entraba ya de una manera determinada, se dibujaban en el porvenir, y Felipe II no fué hábil para entenderlo, aferrado más que su padre á lo que ya era añejo, tenía que ser arrollado, como lo es el tronco secular que intenta oponerse á la impetuosa carrera del torrente que marcha á su fin; de nada le sirvieron sus excepcionales dotes, no pudo evitarlo, repetimos, era flemático, cauto, reservadísimo, tenía excelente memoria, conocía á sus súbditos y anteponía en los nombramientos, la ciencia á la cuna, la virtud á la nobleza; pero la deuda pública de 35 millones de ducados, subía á 140; nuestra Marina había dejado de ser el terror de los mares; el oro de las Américas pasaba por la Península para ir á otras naciones; la agricultura y la industria decaían, la emigración aumentaba, como las disgregaciones importantes del elemento armado en sus elementos directores; y aunque algunas de aquellas causas lo fueron de engrandecimientos en otras naciones, para nosotros sólo fueron signos de perturbaciones y evidente decadencia.

No se trata en este caso del gigante con que hemos representado el derrumbamiento de la Grecia, ni del cíclope con el que pudiéramos encontrar semejanza al gran Imperio de César ó de

Carlo-Magno; el Imperio español fué mucho más allá, solo al Skambha indio pudiéramos compararlo; en las edades que siguieron á las descritas, temblaba, y sus músculos languidecían ante el enorme peso del mundo que sus espaldas soportaba, y la grandiosa esfera resbalando, se desprendía de sus manos para caer y destrozarse en pedazos tantos, como nacionalidades habían de disputarse al poderlos unir con su dominio; Carlos III, la guerra de la Independencia, la de Africa, fueron sacudidas que acusaban la débil existencia del mitológico Atlante, pero las predicciones de Macaulay se cumplieron aunque con distanciada fecha á sus juicios, y España fué despojada de un vasto Imperio colonial, porque estaba desorganizada, sin recursos de ninguna clase y sin defensas el suelo de la Patria. ¡¡El recuerdo de las palabras de Macaulay hiela nuestra sangre!!

Solo hemos citado del reinado de Felipe V el triste y nunca bien sentido suceso de la pérdida de Gibraltar, ¡¡plancha de plomo de espesor terrible que sobre nuestros pechos gravita hasta no dejarnos vivir!!; mas pecaríamos de ingratos si al citar estos tiempos no lo hiciéramos de un nombre, el Marqués de Santa Cruz de Marcenado, el que decía en sus *Reflexiones Militares*: «No se, lector amigo, quién abrace más ardua empresa, si el que se encarga del comando de un Exercito ó yo, que ofrezco reglas para dirigirle»; y si con esto mostraba que no desconocía lo arduo de su empresa, cuando más adelante manifiesta que, «si con todo lo dicho no acertare á darte gusto, será más desgracia de mi ignorancia que culpa de mi diligencia», las exageraciones de su modestia inconcebible, contrastan con lo dicho por Almirante en su Bibliografía: «En resumen, la obra de Santa Cruz es un monumento de literatura militar española, y levantado cabalmente en los tiempos en que las letras, la Milicia y el país entero alcanzaban el nivel más bajo que registra la historia. Por supuesto que en el extranjero es más conocida que en España».

Salvada con esta digresión tan justo tributo al que como gloria nacional de primera magnitud tanto merecía, continuaremos nuestro trabajo diciendo, que los grandes errores de sus hombres de Estado llevaron á España donde hoy se encuentra; pero que así como no es justo hacer responsables á las presentes generaciones de todo lo ocurrido, porque fué labor de siglos, en los que las

precedentes tuvieron no la menor parte, tampoco es equitativo conceder los honores de la predicción al crítico inglés, teniéndola nuestro Cervantes, el Príncipe de los Ingenios, pues nadie como él llegó á describir el Estado español en aquellas edades. En esto sucedió lo mismo que con el Gran Federico y la obra de Santa Cruz de Marcenado citada, pues dice Vallecillo, que al enterarse el Rey que el general Sotomayor iba á estudiar la táctica que tantas victorias daba, le replicó que le extrañaba, pues él la había deducido de *Las Reflexiones Militares;* y aunque incurramos en otra larga digresión, hemos de agregar que estamos conformes con el juicio que Villamartín hace de tal obra, cuando viene á decir que la obra del tratadista español es la bisectriz entre las teorizaciones y la práctica, ó lo que es lo mismo, que está Santa Cruz entre el Archiduque Carlos y Willisen, y Jomini, Jacquinot de Presle y Rogniat, siendo obra de anteriores siglos, hoy nos muestra grandes enseñanzas.

Otro caso aún, la reciente obra rusa, 1899, del consejero de Estado Imperial Juan de Bloch, titulada *La Guerra del Porvenir*, da ocasión á que el Teniente Coronel Frocard, director de la *Revue du Cercle Militaire*, diga que tales guerras han de ser económicas, coloniales y de continentes; y nuestro inmortal Villamartín decía esto mismo en su jamás bastante ponderadas *Nociones del Arte Militar*; y como estos verdaderos alcances son no sólo militares y políticos, sino de trascedentales conceptos sociales, sentimos verdadero orgullo al poderlo consignar aquí.

Ahora bien; concretándonos al caso de Cervantes, hemos de declarar, para comprobar nuestro criterio, que nos colocamos en el término medio de los extremos que determinan, por un lado la doctrina exotérica, en las que entre otros Villegas con su curioso *Estudio Tropológico* da por el simbolismo á la obra de Cervantes las funciones todas de los elementos sociales; y por el otro, las que como las de Revilla y Valera la limitan á novela sólo, aunque concediéndole este último que conocía como nadie el corazón humano y la manera de ser de la sociedad de aquellos tiempos, pero agregando el cruel concepto que Cervantes fué «un ingenio casi lego». Tan absurdo nos parece esto, que con repetirlo se ofende la memoria del que tan altas justificaciones obtuvo de propios y extraños; y á tal extremo, que á ninguno cupo mayor

gloria, no sólo antes de las iniciativas de Carteret en la biblioteca, Sabio Merlín, de Carolina de Inglaterra, sino después con aquellas amplitudes de los que siembran bien y tienen buen tiempo garantido, allí donde la agricultura se conoce; es decir, en todas las naciones cultas, pues verdaderamente asombran el número de ediciones y los sitios distintos en que fueron hechas.

Valera dice, para robustecer su opinión sin duda, que nada manifestaron en contra de ella Geoberti, Hégel y Schlegel, ni muchos otros, incluso españoles; pero nosotros podemos argumentar en nuestro favor, aunque algo de insistencia sea, que hay casos en que para llegar á las grandes verdades de las ciencias, no fué necesario profundizarlas, como Thales, Galileo y Newton, por ejemplo, que obtuvieron reflexionando sobre lo que fueron meros accidentes, frotar el succino, observar una lámpara y ver caer una fruta, la electricidad, el péndulo y la gravitación universal, secretos portentosos en cuyo conocimiento vinieron, y que con la ciencia que tenían, no necesitaron de otros que confirmaran el fenómeno declaración del principio, con asombro de los de su tiempo y de cuantas generaciones le sucedieron.

Y si tal ocurre con las ciencias que tienen relación con la materia, con las de ese grupo que necesitan el auxilio de las exactas y que son las naturales, ¿no encontraremos mayores fundamentaciones en el razonamiento cuando se trata de aquellas ciencias que brotan con independencia de la inteligencia y la voluntad del hombre?; no admite duda. Cervantes no necesitó dominar las ciencias filosóficas para investigar, plantear y resolver con su preclaro ingenio los múltiples problemas sociales que presenta, dialogando como otros hombres eminentes, dando grandes relieves á lo que creyó desequilibrado, incluso monstruoso, para llegar al altruismo. Al sentirse consciente y con aquellas facultades privilegiadas con que fué dotado, no se detuvo en el yo, y buscó el nosotros, como diría Vitry, ó tal vez como secuela de lo expuesto por Littré, Spencer y otros sobre el altruismo, y lo hizo sin conocer esta evolución de la ciencia, por intuición, con su clarividencia, como lo hecho por aquellos sabios en las ciencias naturales, con la diferencia que en las filosóficas no hay más leyes que las formadas por la repetición de los principios, siendo más de enaltecer, por lo tanto, los que se adelantan en lo que sólo da

la especulación más profunda con el intelecto de mayores perfecciones.

Concluyamos estos trazos, que al ir pasando de la síntesis, lo son tales de la historia de nuestra Patria, con esta máxima de Cervantes: «Nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza», y dediquemos un recuerdo á nuestros sabios y cariñosos amigos los generales Gómez de Arteche y Arroquia, pues los dos son gallarda prueba de tal pensamiento y de lo que pueden dar los esfuerzos de poderosas inteligencias en la historia estudiada y en el terreno conocido para las enseñanzas de la guerra.

La Nación española, con los elementos con que cuenta, con la reproducción de hombres tales como los que dió su suelo y con posición geográfica como la que tiene, podrá decaer, anularse nunca, si atiende á sus males, estudiándolos y tratando de ponerles remedio; el problema es más económico que guerrero, más guerrero que político y más político que religioso, encontrándonos en el más completo atavismo; no sabemos desentrañarnos de la primera evolución en que la humanidad estuvo empeñada, sin considerar que aquellos que más se detienen en el camino, ó no llegan ó lo consiguen penosamente más tarde, las palpitaciones de la lucha están hoy, por lo tanto, en arrancar de extranjeras manos la totalidad casi de nuestro suelo y de nuestro subsuelo, evitando así que el dominio ejercido de este modo en la Patria deje de ser nuestro seguro y persistente aniquilamiento que acabará con nosotros sin apelar á la fuerza, extremo á emplear solamente con seguro éxito y sin riesgo alguno; ¿qué más quieren? Vaticinar la guerra de conquista, una invasión en el orden natural de las cosas, es acusar un desconocimiento absoluto de cuanto el estudio de la humanidad nos muestra, y mucho más teniendo los recientes hechos de nuestros desastres, en los que se han empleado idénticos procedimientos.

Dada y reconocida la preferencia que tiene el problema económico, el militar ha de ser resuelto tal y como se impone, reservándonos la tercera parte de nuestro trabajo para este objeto, siendo natural que la política y la religión entre dentro de aquellos límites que el equilibrio social les concede.

Resurgieron Inglaterra, Prusia, Italia y Francia en el concierto de las grandes nacionalidades, y España vendrá á tal con-

sorcio, porque su decadencia es como el Iris, que no representa el signo de paz para matar las energías de las tormentas, cuyas leyes están en la ciencia meteorológica, y como la estela que se desvanece casi al ser trazada en la superficie del mar, que no marca el derrotero al navegante, porque sólo en la brújula se encuentra. Veamos, pues, cómo han resuelto tales naciones sus problemas sociales y políticos, al heredarnos, para reconstituirse y alcanzar en las modernas edades semejantes preponderancias, complementando este estudio al confirmar las leyes á que han obedecido, para que tales enseñanzas nos sirvan en las reivindicaciones todas de nuestra existencia.

Y de este modo, aquellos esfuerzos prodigados en hombres, armas y dinero, con el silencio del que espera, dejando atónita á la indiferente Europa, los héroes que se sacrificaron, el acierto en la gobernación del Estado por nuestra Reina, dama tan excelsa y de tan preclaras dotes, que en tan difíciles tiempos supo salvarnos de muchos mayores males, en vez de ser inútiles, trocaran la infortunada acción de perder lo menos por salvar lo más en la gloriosa obra de conquistar lo más, conservando cuanto se tiene, logrando así la justa aspiración de todo pueblo que fué digno para ser grandioso, humilde para sufrir sin cuento, y enérgico y de persistencias muchas para volver á ser cuanto hubo sido.

Inglaterra.

I

Ningún legislador ha podido nunca idear una forma de gobierno inmortal y perfecto; hay los mismos peligros por la derecha que por la izquierda, y al alejarse mucho de uno de ellos, es acercarse al otro.

SOMERS.

Nos encontramos ya ante las soluciones de los grandes problemas que las modernas sociedades exigían en las edades de los pueblos libres, que después de preparaciones tantas, vinieron á la plenitud de su ejercicio, bajo la gestión directora de Inglaterra, á la que corresponde, por lo tanto, el puesto de honor; dos gritos eran la norma de tal función: libertad é igualdad; pero no bastaba atronar con ellos el espacio, se imponía entenderlos para practicarlos, y de este modo no podía confundirse la educación con la instrucción en el orden social, las instituciones liberales con las instituciones libres en el concepto político y la igualdad bien entendida, en cuanto con ella se relaciona, reconociéndose que el pueblo inglés fué el primero en encontrar tales cimentaciones sociales, guiado su espíritu público por su Rey, que fué una de las figuras de mayor relieve en la humanidad, al que le secundaron una pléyade de hombres eminentes.

La época de las revoluciones fué la encargada de cosechar tan preciados rendimientos; y casi extinguidos los ecos de las batallas de aquella guerra religiosa de treinta años, comienzan las luchas

en Inglaterra é Irlanda, más que con carácter religioso ó político, con el de social, pues comprendieron en una todas las aspiraciones de un pueblo ansioso de regirse para vivir, y de vivir para organizarse.

Recordemos aquellas palabras del que fué jefe de la gran revolución inglesa, de Cronwel, cuando dijo: «Buena es la paz, pero cuida que en ella no se encuentre mojada tu pólvora», y vendremos á reconocer, que si no logró con previsión tanta cuanto se propuso, preparó, ante tales enseñanzas, lo que había que evitar para que su Patria llegara á ser una de las más grandes nacionalidades conocidas.

La base de este estudio es considerar á Inglaterra como gran nacionalidad genuinamente económica, marítima, política y militar, del mismo modo que Alemania lo es militar, económica, política y marítima, y Francia política, económica y militar á la par que marítima, debiéndose observar que si estos factores figuran en distintos órdenes, han hecho llegar á los pueblos que así los muestran, á la cabeza de la humanidad en un todo dependiente de las ciencias, y menos ligadas á la religión y á la moral, que en las actuales sociedades, más que predominantes parecen de culto interno, sin que por eso dejen de mostrar al exterior las consecuencias de palpitaciones más ó menos acentuadas y en períodos de tiempo de mayor ó menor duración, bien como prueba de existencia ó de aspiraciones de justo resarcimiento.

El análisis y la meditación nos ha de llevar á las conclusiones buscadas en este estudio, sin necesidad, en obsequio á la concisión, de comprender con las mismas extensiones que las naciones dichas, á Rusia, Austria, Italia, los Estados Unidos y otras nacionalidades, pues con lo dicho hasta aquí y de las resultantes que ahora se obtengan, podremos llegar, no con dificultades muchas, á las necesarias y lógicas deducciones.

España tras de su unidad conquistada, su hegemonía adquirida y con las extensiones que consiguió, llegó al punto más alto de la curva social, para descender después al siguiente y sucesivos; y como la existencia es una consecución de hechos con factores eficientes, España, al decaer, hizo plaza á otra nación, á Inglaterra, y esta fué la llamada á ocupar su puesto, con aquellos hombres que supieron crear, modificar y estatuir los organismos

todos del Estado, no con personalizaciones egoistas y dispuestas á sacrificar los bienes de la Patria por sus particulares beneficios, sino á dar todo por la Patria incluso sus vidas; y así como tuvo un Rey en Guillermo III, que debió ser su orgullo, logró con fortuna inusitada en los momentos de mayor peligro un Almirante inmortal, un General de indiscutible mérito, un economista preeminente, un político inapreciable y un sociólogo de altas concepciones, y todos en uno, y cada uno en todas partes, fueron los escabeles por los que subió Inglaterra al templo de tantas glorias,

Bien puede la Patria mostrarles reconocimiento; los bienes que le sumaron fueron incalculables, tantos, que solo por ser ley natural, no puede dudarse que á Inglaterra le cabrá igual suerte que tuvieron las grandes nacionalidades que le precedieron; esa ley es inflexible, é Inglaterra sucumbirá ó llegará á la decadencia, porque ha de tocar los resultados de las imperfecciones humanas, en tanto menor plazo, cuanto mayores sean; y legará sus conquistas á esa humanidad, ávida de ellas, que le hará siempre la justicia que se merezca, al seguir en el camino que su destino le tiene reservado, del mismo modo que con España lo hizo, al concederle la primacia en desgarrar el velo que ocultaba los beneficios conque inundaron el mundo sus hombres eminentes, á la par que conquistaban para ellos glorias inmarcesibles.

En las páginas del libro de los éxitos, palidecían los nombres de Isabel y Fernando, Córdoba, Cisneros, Navarro, Leiva, Pescara, Alba y otros muchos que dejaron tras si fósforo para que los pueblos llegaran más pronto á su destino; y en aquel libro aparecen otros nombres con más negros caracteres, y se lee Guillermo, María, Somers, Montangue, Grenwille, Newton, Nelson, Wellington y Victoria; la serie también es larga, y unos y otros podrán ser seguramente los hitos de tan grandes evoluciones, es cuestión de nombres: ayer España, hoy Inglaterra; pero los fundamentos, los efectos de causas tales, se encuentran en los factores que vamos á examinar, secuelas á su vez de otras concausas que se encierran en una palabra: «Filosofía», y si á ella nos hemos remitido hasta aquí en nuestro estudio, con mayor razón lo hemos de hacer en adelante, ya que nos encontramos muy cerca de tan lejano principio.

El hombre parece que persigue hoy más que nunca la inmor-

talidad, pero no bajo el concepto erróneo de hacerse imperecedero, eso sería pretender una locura; el hombre da á su pretensión limitaciones, la inmortalidad que busca es relativa, porque de algo le ha de servir el desarrollo que su entendimiento adquiere, y presenta el problema en los siguientes términos: si se busca la mayor conservación del cuerpo por la higiene, y con la medicina la curación de los accidentes que sufra, se tendrá conseguido la mitad de lo propuesto, que se podrá complementar si la ciencia alcanza lo más en el menor tiempo posible, por medio de su actividad febril y sus muchas conquistas; y ante tal proposición, los sofos y sofia, los filósofos, como dijo Pitágoras con mayor modestia, persiguen y alcanzan éxitos tantos y de tan grandes magnitudes en las ciencias naturales, que ellos mismos al asombrarse dejan atónito al mundo.

Del suelo al subsuelo, de éste á las entrañas de la tierra y de aquí á los espacios infinitos, el hombre, como hemos tenido ocasión de decir en otros sitios de nuestro estudio, si en sus idealismos ha tenido fracasos y retrocesos, en las ciencias positivas, con su propia conservación, la máquina y la teleumatia, ha logrado una trilogía que le prolonga la vida, le quita penalidades y le ahorra tiempo de manera inconcebible; de otro modo dicho, la fisiología, la química, la física, la electricidad, la radiofonía, el ferrocarril, el telégrafo, el teléfono y el automovilismo, pruebas son, entre otras muchas, de prodigios tantos; ¿pero si esto sucede con las ciencias naturales, en el concepto religioso, moral y social, se ha conseguido lo mismo? Sabemos que no; y como el problema es igual y hemos tenido que encontrarlo en cuantas nacionalidades se han estudiado, se impone la insistencia de analizarlo ahora como complemento á las diferentes formas con que lo hemos tratado en dichas ocasiones, dándole las extensiones necesarias.

II

LA FILOSOFÍA Y EL ESTADO

Las ciencias naturales, que como todas tienen su filosofía, encontraron, en menor tiempo, para sus maravillosas conquistas, una base cierta, la verdad demostrada, por el fenómeno encontrado y el principio repetido, en la evolución y el legado de las generaciones que se sucedieron; pero esas ciencias naturales sólo son, como sabemos, una parte del todo grande, infinito en el que las ciencias todas figuran y en cuyo conocimiento marcha el hombre con tantas menores fundamentaciones, cuán distante de él se halle ó de sus condiciones perceptivas lo que saber pretende; he aquí el por qué de sus muchas derivaciones, de sus inclinaciones racionalistas, y en una palabra, la causa de existir esa escuela alemana filosófica con todas sus consecuencias.

«La Filosofía es la ciencia de las cosas divinas y humanas y de sus causas», dijo Cicerón; es decir, que abarca á Dios, la creación y el hombre; y mientras tuvo para las ciencias naturales aquella base de la verdad conseguida tras de mayores ó menores procesos, en las otras ciencias se le ofrecen Teogonías, Teologías, academias y escuelas en donde las nociones más simples fueron mezcladas á los grandes conceptos de las ciencias; pero en la Filosofía de la India, de la China, de la Persia, del Egipto y la Fenicia entrelazadas están, y á veces en íntimas relaciones y semejanzas y hasta en un solo principio, existiendo, por ejemplo, la metempsicosis en casi todas.

Tanto es así, que no fué en los tiempos medioevales en los que las ciencias eran sólo del dominio de los conventos. Thales tuvo que aprenderlas de los sacerdotes, en cuyas manos se encontraban,

y hasta Aristóteles, que marcó la autonomía científica, las ciencias, no se vieron libres para caer en los conventos con nueva dependencia, que rompió con potente mano el renacimiento.

La Filosofía, desde la larga noche de los tiempos, viene haciendo una evolución colosal en cuantos conocimientos abarca; y naciones, nombres y escuelas, han fijado los jalones tras de incesante lucha de conceptos analizados y controvertidos en el transcurso de los siglos. La India, con Brahama; la China, con J. H. V., que pudiera recordar al Jehová hebreo, como anota Balmes; la Persia, con Ormuzd; la escuela jónica, con Thales y el agua; Anaximandro, con el caos; Anaximeno, con el aire; Pitágoras, escuela itálica, con la metempsicosis y el cosmos; Xenofanes, con el panteismo idealista; Zenón, escuela eleática, con la dialéctica; Leucipo y Demócrito, con el atomismo; Eráclito, con el fuego; Empedocles, con los cuatro elementos; Sócrates, contrarrestando las tendencias de aquellos tiempos, al decir «Una cosa sé, y es que no sé nada», y cultivando la moral; Anaxagoras, haciéndolo con la física; Platon, con las ideas innatas, y Aristóteles, escuela paripatética, no admitiendo las ideas innatas; con la lógica, el silogismo, los conocimientos inmediatos y mediatos y la materia, nos muestra, en ligera síntesis, esas luchas, las reacciones de conceptos, las anulaciones de principios en los juicios del hombre en cuanto conocer pretenden, lo que pudiéramos considerar como primera parte del camino que venimos recorriendo.

«Las reglas del mundo intelectual, no se confunden con los fenómenos sensibles», dijo Balmes; pensamientos contrarios al «Sensorio común» de Aristóteles; pero son tantos los conceptos, tan múltiples los puntos á discutir, que aún siguiendo el plan propuesto de concisión, observaremos estas hondas diferencias en los tiempos y hombres que se suceden. Aristipo, con su hedonismo; Epicuro, con sus cánones, por no ser ciencia; Cicerón, con sus creencias en Dios, alma y materia; los Eclecticos de Alejandría, con su sincretismo; Santo Tomás de Aquino, con la Suma Teología, uno de los más grandes monumentos del espíritu humano en la Edad Media, según Cousin; la Filosofía Escolástica, que entre otros conceptos dice, que la generación acaba por corrupción, y la creación por aniquilamiento, y Bacón, combatiendo el método abstracto de los paripatéticos, hombre que fué prodigioso, deter-

minan la segunda parte de esta evolución tal y como la vamos exponiendo.

La tercera época la inicia Descartes, militar, tan buen matemático como insigne filósofo, que estableció cuatro puntos principales: 1.°, la duda metódica; 2.°, yo pienso luego soy, que fué el primer fundamento de la moderna filosofía; 3.°, poner la esencia del alma en el pensamiento, y 4.°, constituir la esencia de los cuerpos en la extensión. Todo lo negó; pero añadió, la verdad es ésta. Definió á Dios como San Anselmo, diciendo: «Dios es lo más perfecto que se puede pensar, existe en el entendimiento y en la realidad».

Descartes, al trocar el entimema «no hay duda verdadera», en el silogismo dicho y coincidir en la idea de Dios con San Anselmo, hizo ver al hombre prodigioso que supo causar trascendentales cambios á las escuelas de su tiempo. Tras él Gazendo tuvo sus creencias en los átomos ó filosofía corpuscular; Hobbes sensualista, Spinosa, «El Santo del panteismo»; Lock, caudillo de los sensualistas modernos, «Todo los sentidos»; y su antagonista Berkeley idealista, son sucedidos por una de las figuras más grandes de la humanidad, por Leibnitz. Nació sabio tan eminente en 1646, casi en la época de donde vamos á partir para estudiar la nacionalidad inglesa; tuvo á Newton como competidor en una de las mayores conquistas de la humanidad, en el cálculo diferencial; trabajó con Bossuet por la fusión de la Iglesia Católica y la reformista. «Dios, dijo, es ser infinito, eterno, inmutable, la unidad suprema Monas»; su escuela se llamó del Optimismo, contra la libertad del albedrío, según Balmes; era rival también, pero en metafísica, de Malebranche. No admitia la unidad de sustancia, sus Mónadas eran distintas, «el Universo, decía, procede de Dios, no por emanación, como pretenden los panteistas, sino por creación como dicen los cristianos», y escribió su famoso *Systema Theologieum*, que pudiera hacer dudar que muriera protestante.

Kant determina otra época, su lenguaje misterioso recuerda á Pitágoras y Platón; parte del yo como Descarte, pero éste salía del yo para llegar hasta Dios, mientras que Kant se queda en él cómo si no existiera otra cosa; en su obra *La Razón pura*, coloca la razón en un punto aislado, en donde sólo se le ofrecen fenómenos sensibles, sobre los cuales puede pensar, y á lo que la ciencia

no alcanza, dice, «quien sabe» ó lo que es igual, el hombre hace esfuerzos intelectuales, y cuando ve que no llega, se desploma y muere, porque morir es encerrarse en sí mismo.

Tal es el origen de esta escuela alemana de nuestros días, de la que salen excépticos y dogmáticos, en tal número, que todo lo invaden; no es la primera vez que una escuela ha pretendido dominar el mundo; pero unos hombres deshacen lo que otros hicieron en lo que no se toca la verdad de manera incontrovertible; mas no paró aquí, Fichte fué mucho más allá: «Todo sale del yo, decía, pues aun el mismo no yo es el yo en cuanto se opone á sí propio y se limita»; no hay más que la unidad por lo tanto; lo que quiere decir panteismo idealista puro, y el yo se hace Dios pero bajo la forma del caos; tal es, como ser pensante, este filósofo y cómo desarrolla el pensamiento. «Yo pienso, luego yo soy».

Hegel, filósofo alemán, también panteista idealista, lo entiende de otro modo; ni por el yo, ni por la entidad del sujeto con el objeto lo explica, sino por la idea, cuyo inmenso desarrollo al través del espacio y del tiempo da la naturaleza, el espíritu la historia y la religión; su petulancia le hizo creer que se encontraba entre Sócrates y Jesucristo; según Lamennais, éste oprimió la razón tanto para elevar la revelación, que obtuvo precisamente lo contrario, pues así se llega al excepticismo; y Cousin profesó la escuela alemana bajo el aspecto del eclecticismo, reunió el panteismo, el cristianismo, el arte, la filosofía, la literatura y la religión.

Cerramos, por ser ya difuso, este estudio con Krause, su discípulo Ahrens y algunas reflexiones concluyentes, no sin citar lo que dice Balmes sobre los filósofos alemanes: «Vertieron un error nuevo, ó dieron nueva forma á un error viejo», hermoso pensamiento que puede decirse abarca la gran síntesis de estas escuelas filosóficas; y nosotros preguntamos: ¿no se deja vislumbrar entre lo que representa la escuela escolástica y Krause, las semejanzas mismas que entre Descartes y Kant? Si esto fuera así, no hay nada nuevo más que la forma. Desde el Brahama indio á la *idea* de Hegel, gran paréntesis que encierra un mundo de pensamientos y de luchas, después de discutirlo todo, reformarlo, deshacerlo ó suplantarlo, se ha llegado al *germen*, el germen ha sustituído á la esencia; Descartes en Francia, Leibnitz en Alema-

nia, Bacon en Inglaterra no tocaron ni con mucho á la escuela alemana que Kant inició, del mismo modo que ni éste ni Fichte alcanzaron á Krause y Ahrens: «Todos los seres, sean corpóreos ó incorpóreos, son germen»; dice Krause: «para la posibilidad ó imposibilidad de una cosa, es preciso conocer el germen, la esencia, aquello de que se trata ¿está contenido en el germen? Entonces es posible; ¿no está contenido?, entonces no es posible».

No se limita aquí el concepto; Krause dice: «que la razón de una cosa es la relación de lo continente á lo contenido, por lo que la razón de la flor es el árbol; la de éste, el reino vegetal; la del reino vegetal, la Tierra; la de ésta, su sistema planetario; y la del sistema planetario, el Universo», á lo que opone Balmes: «la razón de las bolas, es la urna que las encierra por lo tanto».

La misma teoría aplica á los espíritus y hace que la naturaleza y los espíritus, seres infinitos, se conjunten en un ser superior, no recordando ya en esto la escuela escolástica, decadente desde la nueva filosofía de Bacon y Descartes, cuando de la evolución de la naturaleza trata, sino á Spinosa al decir: «Substancia única con dos atributos extensión y pensamiento», solo que Krause desenvuelve el espíritu con entera libertad y á la naturaleza le da un orden constante y simultáneo, indicando dos seres independientes, pero que existen juntos por yustaposición é intimidad de penetración, y más en el hombre, en donde forma la síntesis más completa de los mismos.

El Ser Supremo, por el atributo de lo infinito ó de la totalidad, es la Naturaleza, y por el atributo de lo absoluto ó de la espontaneidad, es el espíritu, es una modalidad: es sentimiento, pensamiento y voluntad éste; aquel, luz, calor, atracción y actividad.

Recordemos lo dicho; el panteismo acepta el sistema de emanaciones en el origen del mundo: Spinosa, Schellin, Hegel y otros lo atestiguan; y como el hacer estas escuelas distinciones en la unidad absoluta, es dentro de ellas mismas, no lo verifican en lo esencial y substancial, entre lo finito y lo infinito, por lo que llegan al panteismo en el concepto dicho, después de tan renombradas evoluciones y altisonantes conceptos; y creemos oportuno citar á Balmes sobre este particular: «Después de haber gastado largo tiempo, dice, con riesgo de perder el juicio, se encontrará

al fin de acudir á los filósofos alemanes para saber el secreto del yo y el no yo, que no se sabe nada».

No hemos de repetir los argumentos que el sabio español aduce en favor de tal criterio, porque tenemos sus propios convencimientos: el gran ciclo formado por la filosofía en el conocimiento de cuanto abarca, tiene trozos desvanecidos, que lo están tanto más, cuanto á Dios se acercan; y nuestra alma con sus facultades auxiliares, la imaginación y los sentidos, y la principal el entendimiento, lucha sin cesar por llegar á esas sombras donde la verdad se oculta, y en las que los filósofos penetran tanto como sus facultades le permiten; pero no sombra cuando la penumbra no admite comprobaciones, forma, casualidad, imagen ni idea; hará siempre que el trabajo del hombre se derrumbe, tanto más pronto, cuanto más alto llegue, por faltarle base, resultando de este modo tejer y destejer la labor del filósofo; los católicos, en esos trazos no definidos, colocamos lo que Dios nos revela; si esto es alterado por la condición humana, también reconstituimos, buscando los orígenes que tales son cuanto la Sagrada Escritura nos muestra; los que salen sin saber de qué sitio, é ignoran á dónde van, pretenden dar la existencia y conseguirlo, como la que el galvanismo presta al cadáver; cesa el artificio, y la realidad se manifiesta tal cual es, y entonces esos hombres ven trocados sus idealismos, en la torre de Babel paralizada, derruida y pulverizada.

En este estado se halla la filosofía contemporánea; sin definir las escuelas no se encuentran clasificadas; con mayores medios de propaganda en el presente, y gran avidez de conocimiento todo el mundo, se distancian entre sí hegelianos, neokantianos y krausistas; el libre pensamiento no admite ni cauce, ni restricciones, tiene conciencia de su valor y no deja preponderar á su costa ni á nada ni á nadie; contra el exclusivismo del jefe, la intolerancia de la escuela y la inapelación del dogma, el pensamiento encaja en la iniciativa de conocer la indagación de la verdad más pura y la libre acción sin limitaciones.

La filosofía alemana, de Krause, después de pasar por Trendelenbourg, que dirige su crítica á los estudios históricos, cuya escuela tiene en nuestro país muchos sectarios; por Lotze con su *Introducción al microcosmo* y por otros muchos, retrocede á Kant

recordando á Hegel, para entrar en un período de verdadera anarquía metafísica, que marca el divorcio de la especulación á priori y del saber positivo, para buscar la filosofía científica, que es á lo que convergen los esfuerzos todos de filósofos y científicos; pero ante el génesis mostrado, fácil es deducir que son deficientes, por inalterables, los dogmatismos materiales é idealistas, y como no se pueden despreciar los hechos, ni prescindir de la hipótesis, se impone armonizar la curiosidad especulativa con el rigor científico; hay, pues que considerar la filosofía con carácter crítico, y en función de actividad en la solución de sus problemas á resolver.

Esto logrado, saliendo la vida y la ciencia de esta crisis inmanente del desconocimiento por la limitada inteligencia del hombre, se produciría una revolución como la causada por el Cristianismo, según Erdman; pero mientras á tal cosa no lleguemos, la unidad buscada del idealismo y del saber positivo, está muy lejos de nosotros. Lo reedificado sobre las ruinas de las caidas escuelas y lo mostrado por las existentes con más ó menos originalidad, han dado al problema más concisión; es cierto, el movimiento y la conciencia con sus modos y sus leyes, reproducción del eterno problema de la ciencia y de la vida entre sus dos términos contrarios, el materialismo y el idealismo ó la experiencia y la especulación, en ellos está el medio codiciado por el hombre de manera incesante, en seguimiento de la verdad unitaria, base de la concepción de la realidad y que Bacon expresó con esta metáfora al decir: «Los filósofos que se han dedicado al cultivo de las ciencias, se dividen en dos clases, empíricos y dogmáticos. El empírico, semejante á la hormiga, se satisface con acaparar y consumir en seguida sus provisiones. El dogmático, como la araña, teje telas admirables por la delicadeza de su trabajo, pero sin solidez ni utilidad. La abeja se mantiene en el justo medio, extrae la materia primera de las flores y de los jardines, después, merced á un arte que le es propio, la trabaja y la digiere. La verdadera filosofía hace algo semejante. Así todo se puede esperar de la alianza estrecha de la experiencia con la razón, cuyo lamentable divorcio ha perturbado hasta ahora la ciencia y la filosofía».

Este pensamiento precedió al célebre símil hecho por Hast-

mann, al comparar el científico y el filósofo á dos mineros que trabajaban en direcciones opuestas dentro de unagalería subterránea para dar con un punto de encuentro, siendo semejantes criterios y otros que pudiéramos citar, los que marcan el método que debe seguirse en la solución del problema de tal modo presentado.

Entre las ciencias de las ideas y las ciencias positivas, existe, por lo tanto, mucho camino que recorrer, y nos han de dar, entre otros, grandes facilidades los elementos de espíritu, opinión y crédito público, que todo lo invaden, creando, modificando y dirigiendo, desde las gradas del trono hasta el mostrador del mísero judío; desde las filas del Ejército, con lo que ha de contar todo general que lo sea, hasta la masa inerme del pueblo, tan dispuesta á morir como desorganizada; esa filosofía que la tiene toda ciencia, del mismo modo que puede decirse que á la ciencia se llega por la filosofía, organiza lo abstracto y garantiza lo positivo y marcha entre la observación, tacto inmediato del hombre, y la especulación, su vista á distancia, según González Serrano, con actualismos sin límites, y buscando la relación científica, como diría Azcárate, observándose que la política sufre grandes alteraciones, que la economía política y otras muchas ciencias buscan mayores extensiones por estar en germen en la época á que nos vamos á contraer, en la que Inglaterra fué lo que España en los difíciles tiempos del Renacimiento, etapas las dos en que la humanidad se ha mostrado activa, innovadora, laboriosa y con ansia de libertad, de autonomía, pero de manera jamás sentido. ¡Fernando rompió la losa y mostró á la humanidad, que yacía en la fosa de la Edad Media, los ilimitados horizontes de un porvenir grandioso, y Guillermo le dijo: por ahí se llega á cuanto puedas pretender!, y la humanidad arrojó lejos de sí las trabas de sentir, del pensamiento y del derecho, instituyendo, organizando los pueblos libres bajo la base del amor á la ciencia y al trabajo, de la confraternidad y de la intervención del espiritu público en todos los poderes y organismos del Estado para que la equidad, la justicia y el progreso lleguen á ser una verdad no discutida.

III

EL PROBLEMA ECONÓMICO

Del estudio que acabamos de hacer se deduce una trascendental consecuencia: que la humanidad para ser, no ha de ir á un panteismo científico basado en las ciencias naturales y la razón, porque sería destrozar la labor de tantos siglos llegar á la inanidad; y si esos engrandecimientos de las conquistas materiales han de saltar por Descartes, Santo Tomás y Leibniz, para llevarnos al desconcierto anterior á Aristóteles, y á la soberbia del intelectualismo que sólo pudo salvar un Sócrates; si ha de ser el hombre de sus propias obras, lo que fué Roma de Grecia cuando Cicerón, «la cierva de su bella esclava», puesto que aceptó por él la filosofía, las sociedades modernas, sufrirán las consecuencias mismas de otras sociedades que tuvieron que retroceder para seguir adelante.

La religión se impone por imprescindible, la moral se necesita por fecunda y el equilibrio social es indispensable, porque forma el ambiente en que ha de existir toda nacionalidad; y del concierto de todos estos elementos que la ciencia conduce, y de no hacer el hombre instrumento de sus particulares fines, lo que es de acatamiento ó ciencia, surgen los pueblos vigorosos, las grandes nacionalidades, lo que el hombre ha de tener después de Dios: la Patria.

Así lo debió entender Guillermo III, porque la unidad de la Patria fué la principal idea de cuantas germinaron en su prodigiosa inteligencia; y tras problema tan poco fácil de salvar, le dió atención preferente al económico, que vino á resolver de la manera más prodigiosa y completa que darse puede.

La revolución ofrecia al hombre nuevos campos de acción,

que la restauración lejos de limitar ó restringir, ensanchaba más cada día; y los productos, hijos de los afanes del hombre, dejaban un margen tras del natural consumo, que imponía el empleo de la exuberancia de riqueza, dando esto ocasión al planteamiento y solución del problema económico. Tres medios existían para lograrlo: el préstamo, que ofrecía las desventajas de falta de garantía y de eficacias de la disponibilidad del dinero en momentos dados; la compra de fincas, en lo que los bienes raíces no podían aumentar en proporción al capital disponible, inconveniente para su empleo en muchas ocasiones, y por último, el recurso pasivo á que muchos acudían de atesorar el oro y la plata en arcas, de donde sacaban á medida que sus necesidades lo iban exigiendo, ¡¡triste manera de ser de aquellas sociedades, cuyo concepto económico podía sintetizarse en estas palabras: desconfianza, usura, inacción y codicia!!

Las conquistas alcanzadas en la libertad, igualdad, educación é instrucción con febril iniciativa de las actividades humanas, prepararon mejores épocas ¿quién lo duda?; si hoy se buscaran datos estadísticos sobre las riquezas guardadas é improductivas, nos asombraría al ver que su totalidad no influiría ni en poco ni en mucho si se presentaran en los mercados, tal sería su escasa importancia; es más, si la filosofía nos llevó á indagaciones científicas, el espíritu público tomó una significación en ella como los colores salen de la luz y la vibración, la del crédito público, modelado en una nueva ciencia, la Economía Política, que nació como toda la ciencia por la observación que en la evolución hacen nacer los principios, agitando la opinión y conquistando más éxitos que fracasos con la competencia de sus hombres y una fortuna ilimitada.

Como toda evolución tuvo nombres, actos y resultantes que partieron de una fecha tras de la preparación, é Inglaterra, que tenía compañías en escaso número, entre ellas la de la India oriental, trató de formar otras, pues el ahorro aumentaba y las necesidades de su empleo se hacían cada vez más imperiosas.

Ese período de preparación tuvo también su nombre, agio y su fecha 1688, y los que agitaron la opinión fueron muchos y de distintos matices y de significación social; técnicos, ignorantes, buenos, malos, agiotistas y cuantos eran arrastrados por aquellas

corrientes que el espíritu público impulsaba con un lema: segura mucha ganancia y en poco tiempo; mientras que por otra parte veían que los beneficios, no muy abundantes, representaban labor incesante, penosa y de duración; y con tan remarcables diferencias nada tenía de particular que enloquecieran ante un porvenir que tanto les ofrecía; los elementos sociales de primera línea se dividieron en dos bandos, uno que ofrecía compañías en gran número, representantes de actividades industriales en todas formas, desde charolar hasta la explotación de los tesoros de las entrañas de la tierra y el fondo de los mares, y otro que aceptaba, adquiriendo la oferta, bandos que se relacionaban por una multitud de intermediarios, agentes y especuladores, resultando, como en toda lucha, víctimas sacrificadas y beneficiados con éxitos asombrosos.

Citaremos como más notable la titulada Compañía de las Reales Academias, encargada de dar económicamente educación liberal á los gentlemen, ofreciendo tener los mejores profesores y la emisión de veinte mil billetes, á veinte chelines cada uno, para que tuviera lugar una lotería de dos mil premios y que los agraciados con ellos tuvieran derecho á que se les enseñaran gratis las muchas asignaturas que el plan de estudios comprendía. La propaganda se verificaba por todos los medios de anuncios y gestiones llevados á cabo por cuantos de ello se ocupaban en los sitios convenidos en las inmediaciones de la Bolsa Real, pues era el designado para el mercado; y como era natural, de la oferta y de la demanda no en armonía tuvo que nacer la alteración de los precios y la realización de los negocios con las operaciones á plazos.

Esta nueva faz de las transacciones, segunda etapa de la evolución, tenía que originar á su vez los resultados consiguientes, víctimas y glorificados, y el contagio se hizo universal, comprendiendo desde los aldermans hasta los senadores de la City, sufriendo todos las influencias de los charlatanes de Whitefriars, y las Compañías surgían, desaparecían de pronto, ofrecían el 15 y el 20 por 100 con las mayores garantías, y entre aquella locura de medrar y enriquecerse, el agio se trocó en codicia desenfrenada, no habiendo medio que se desechara si conducía á los éxitos; incluso el teatro lo fué para especular de manera inadecuada y de repugnante estilo.

Estas circunstancias crearon á la masa social una situación

de la que no podía salir fácilmente; se acercaba el fin del período de preparación, y el pueblo inglés, entre los que hacían demandas y ofertas, y el mismo Gobierno, que necesitaba arbitrar recursos con nuevos impuestos para la guerra, se vió precisado á afrontar el problema tal y como las circunstancias requerían.

Si la guerra era un hecho, si el recurrir á los recursos extraordinarios tenía lugar, había de suceder con el aumento de los tributos, que el que no tuviera para pagar, sería embargado, tendría que mal vender sus cosechas ó talar sus bosques ó enajenar sus fincas ruinosamente para salir del paso con su cierta perdición y en menoscabo del Estado mismo en muchas ocasiones; luego esos tributos salían de sacrificios y de la ruina, mientras que un enorme capital se encontraba sin producir ó se entregaba al fraude al intentarlo; la disyuntiva no podía ser más terminante; lo que ahora resulta de elemental concepto en la ciencia económica, entonces no sólo se desconocía, sino que era censurado por todos; el problema, pues, estaba planteado en el espíritu público sin darle nombre, dinero adquirido con males tantos, y dinero sin producir, que podía adquirirse por cuatro y que si daba ocho, resultaría un margen igual á su precio, que tendría que ser necesariamente para riqueza y engrandecimiento.

Y nos encontramos ya en los comienzos de la gran evolución: tras de la idea vino el nombre «la deuda nacional, el empréstito»; como hemos dicho hubo en el problema económico nombres, actos y resultantes; en los primeros aparecen Burnet el de la idea, aunque los whigs protestaran, Obispo al que se le atribuye aconsejó á Godolphin y Montangue, del Gobierno, el camino que habían de seguir.

Los tres tenían ante sí lo que otras naciones les enseñaban, «los gastos de guerra de un año, distribuirlos en varios de paz»; Italia lo hacía desde bastante tiempo; Francia tomó treinta millones de dinero inglés durante la guerra de siete años desde 1672, y Holanda debía cinco millones de libras al 4 por 100; y el tenedor que le tocaba algo amortizado, lloraba ante la pérdida de renta tan segura; y sin embargo, Inglaterra no había seguido tales ejemplos, como las exigencias lo requería.

Pero como venimos diciendo, se imponía una pronta y eficaz resolución, y el 15 de Diciembre de 1692 se constituyó la Cámara

de los Comunes en comité de arbitrios; Somers ocupó la presidencia y Montangue propuso que se hiciera un empréstito de un millón; se aprobó, y el 20 de Enero hizo lo mismo la Cámara de los Lores, sin enmienda, creándose en garantía nuevos derechos á las cervezas y otras bebidas; ¡fecha memorable que fué la del origen de cuantas glorias y grandezas Inglaterra goza hoy!

Quedan citados cuatro nombres y un hecho, el empréstito de un millón de libras; pero hemos de hacer constar las protestas enérgicas, innumerables contra procedimiento semejante que solo iba á traer, según la creencia general, la ruina de Inglaterra; veremos lo que los hechos demuestran.

La guerra dicha con Luis XIV terminó con el tratado de Utrecht, y los ingleses se encontraron con que su deuda subía á 50 millones próximamente; ya no se hablaba solo de una ruina cierta, se dudaba de la normalidad política y hasta de la social. Sobrevino la guerra de sucesión de España, y la deuda inglesa, de 50 subió á 80 millones; á la guerra siguiente, la deuda llegó á 140 millones; la idea de repartir esta deuda en las colonias de América, costó la pérdida de estas colonias, como resultado de la guerra y que la deuda alcanzara la enorme suma de 240 millones.

Mas no paró aquí tan doloroso proceso, al parecer. Las guerras producidas por la revolución francesa, ocasionaron gastos jamás vistos; el crédito público llegó á estar en peligro y después en la paz, pudo verse con espanto que la deuda inglesa subía á 800 millones.

Respecto á los nombres, tras de los dichos, hemos de añadir el de Pelhan que dirigía los negocios públicos en Inglaterra, cuando la deuda subió á 80 millones, y eran tales sus condiciones, que representaban menos carga que los 50 de tiempo de Oxford, y los ingleses debieron trocar la censura del procedimiento en alabanzas á tan gran estadista; siguieron Guillermo Pitt y Eduardo Burker, que no aceptaban el error de la cierta ruina por este procedimiento, y David Hume, gran economista, que decía: «que la locura de los ingleses había excedido á las de los Cruzados Ricardo Corazón de León y San Luis, porque en sus empresas era imposible demostrar con números que el camino del paraíso no pasaba por la Tierra Santa, pero que con seme-

jante procedimiento podía demostrarse que el camino de la ruina de la nación pasaba por la deuda nacional, porque estaban hipotecadas todas las rentas de la isla, y había que pagar los enormes intereses de la deuda.»

Tras Hume figuraba Adan Smith, que reconocía la carga como inmensa, aunque llevadera, pero que se imponía no provocar tales peligros, y por último aparece Jorge Grenvil, que fué el que tuvo la idea de repartir la deuda en las colonias, cuyos desdichados resultados hemos dicho.

Veamos, como conclusión de este estudio, las resultantes en la evolución que estamos analizando; menos Pitt y Burker, los grandes economistas citados y otros muchos, políticos, hombres de Estado y gran parte del pueblo inglés, creían en que la ruina era cierta por este camino, desde el primer empréstito nacional, y aunque se tocaban á manos llenas los beneficios que caían sobre Inglaterra; cada aumento de la deuda sembraba el espanto; los clamoreos llegaban al cielo, y se llamaba pobre y arruinado el pueblo que estaba logrando las riquezas más grandes de la tierra; el mismo Hume no tenía más que comparar al Edimburgo de su infancia con el de su vejez para convencerse de realidad tan pasmosa, y estaba tan ciego, que demostró hasta la evidencia, á cuantos le sucedieron, como ejemplo memorable, que ni las inteligencias más poderosas están libres del error más grande en las predicciones.

Los intereses ascendían á una cosa increíble, para los hombres de 1792, imposible de satisfacer; pero los de 1815 veían que el Tesoro los pagaba religiosamente, que los agotamientos que por el pronto se sentían duraban un tiempo relativamente corto, que desaparecían y que, á semejanza del enfermo que se siente morir y que al ser visitado por el médico que acierta recobra los mejoramientos que le llevan á la salud más perfecta, Inglaterra resurge de tal manera, que tras de unas conquistas, aparecen otras y otras hasta llegar á desconocerse campos y ciudades; aquéllos, antes incultos en su mayor parte, se truecan en florescientes; éstas, pequeñas entonces, llegan á populosas; sus talleres y fábricas, de escasos, se multiplican; los productos en todos los órdenes alcanzan un difícil consumo interior; la luz se abre paso; de los ríos salen canales que, dormidos, reflejan en sus aguas árboles y

caseríos, llevando por cuántos terrenos surcan la cosecha cierta y el seguro beneficio.

Londres, con sus grandes y suntuosos edificios, sus quintas y jardines matizados de flores y bosques seculares, recordaba aquella Babilonia hija de los pueblos del Irán, á Roma, la capital del mundo, pero la Roma con los cambios que imponían las conquistas del hombre. Entonces el primer ferrocarril se construye entre los clamores de los políticos, que garantizaban también por esto la ruina; y aquel pueblo, que con los gritos de protesta de muerte de los unos, y la contemplación de otros porque nada se atrevían á decidir, sigue adelante con su espíritu público guiado por sus hombres eminentes, y gasta más de 240 millones en túneles, terraplenes, viaductos, material y cuanto exigía este nuevo elemento de comunicación; y sin embargo de gastos tan grandes, la tributación disminuía, se salvaba la imponente crisis monetaria y el Tesoro estaba repleto; ¡magia prodigiosa de los números, del cálculo y de las ciencias! ¿Quién puede desentrañar los misterios tan grandes de la opinión pública y de éxitos tan fabulosos? Hoy, para los hombres de ciencia, la observación, el estudio; para el profano, el sentido común sobre la base de que hemos partido al definir el problema económico del modo que se encontraba: ayer, un sereno juicio que faltó al pueblo inglés; del simple examen de los hechos, desconocía lo que era el crédito público, ignoraba á donde podían llegar sus propios recursos, y no se fijó en esa noción económica, «que para producir más, se puede buscar dinero que cueste menos»; crecía la deuda, es verdad, pero á la par suya iba la prosperidad y sus incalculables beneficios á impulsos del dinero que los empréstitos facilitaban y bajo la influencia de dos factores, las ciencias positivas y las energías del hombre en conseguirlo; por eso, á través de tantos años, lejos de extinguirse el recuerdo, se admira cuanto representan los nombres de Guillermo, Somers, Montangue y Newton.

Más no eran solas las conquistas que se consiguieron las del orden material, en el moral fueron importantes; el crédito público se funda en la virtud de la confianza, en sí propio y en el prójimo; en sí, para pagar el préstamo; en el prójimo, para cobrar lo prestado; y como lo que al individuo se refiere, es extensivo al municipio, á la nación y á los pueblos todos de la tierra, se establece

un problema internacional, lazo de unión entre todos ellos, dando el nuevo procedimiento grandes facilidades para el comercio, la industria, las artes y las ciencias á toda la especie humana.

Es necesario llegar á conocer el secreto de lo que pudiéramos llamar la fe pública, para poder comprender hasta donde llegan las transacciones, su cuantía, su número y los mutuos respetos y garantías con que se llevan á cabo.

Aparece, como nueva fuerza, el crédito público, una potencial indiscutible que saca á la plaza todo lo que pudiéramos llamar capital disponible, con las ampliaciones de ese mismo crédito; brota de la confianza de los capitalistas, crece con ella y se extiende por los ámbitos del mundo, si hasta allí llega la garantía del resarcimiento, sin fijarse en las nacionalidades ni en los colores de sus banderas. La humanidad es una; ya tenemos una unidad, la del crédito; ¿quién nos llevó á ella? Ni el tirano con su espada, ni las sociedades del terror con sus credos, lo ha conseguido el orden, la libertad, la ciencia, la virtud y el trabajo; ¡dichoso el hombre que tras el amor á Dios cumple con preceptos tales! La agrupación de muchos de ellos daría la nacionalidad perfecta, otra unidad tan analizada aquí como discutida. El crédito público existe bajo el amparo de esas condiciones; que falte una de ellas, y decrece; que sea en menor número que las malas pasiones, y se oculta, emigra, como las ciencias de los pueblos que caen por el desequilibrio del bien, porque no hay nada que espante como el vicio y la pobreza; recordemos los pueblos del Irán, Grecia y los que les sucedieron.

¿Ha llegado á su límite el crédito público inglés en nuestros días, cimentado en las cargas que pesan sobre el Estado y los recursos con que cuenta? Parece que no; estadista suyo hay que le supone fácil de llegar á más de 2.400 millones de libras; y podemos anotar, por ejemplo, que lejos de este camino, de 1893 á 1897, de 671.042.842 libras, bajó la deuda á 640.773.679; pero los accidentes del Estado, como la guerra del Transvaal, las complicaciones más ó menos difíciles de salvar en los problemas económicos y financieros, el catastro, el censo y cuantas extesiones cuenta la Economía política, son las llamadas á contestar á tal pregunta, no sólo respecto al pueblo inglés, sino á todos los del globo.

Las relaciones internacionales, más íntimas hoy que nunca,

por el crédito público, el vapor, la electricidad, el teléfono y el automovilismo, facilitan tesoros con los datos que proporcionan para la ciencia estadística en cuantos elementos el cuerpo social componen, que son, á su vez, de compenetración de la raza humana, que por estos medios jamás tenidos, se estudia, se comprende y avalora en las distintas agrupaciones que está divida, para resolver con probable éxito, vivir á expensas de los que pierden vigor para ir á la par de los que van delante.

Tal es la ley natural; los pueblos que marchan á la cabeza han de conquistar esa primacía por el trabajo que da la riqueza bien entendida, adquiriendo lo cambiable, que es la verdadera riqueza, porque el pueblo que no trabaja no produce, y el que no produce ha de vivir á merced del que lo ha conseguido, sin poder dar la justa compensación del pago, recurriendo al crédito; y como éste ya hemos dicho que es lo que desaparece más pronto si no tiene razón de ser, tras de su anulación sólo hay una cosa: la ruina por improducción, que es la peor de todas; la mala administración, el pasar del bimetalismo al unimetalismo, los perfeccionamientos industriales, etc., todo se puede modificar ó adquirir cuando se tiene una base, amor al trabajo ó riqueza; cuando no se alcanza, es si se carece de lo que se necesita para lograrlo, y el pueblo que sólo consume, acaba aniquilándose con su propia existencia.

La Economía política, no enseña la distribución equitativa de la riqueza, de esto estamos muy lejos; es uno de tantos problemas á resolver, como nos diría Azcárate, el fisiócrata Bandeau y y otros hombres eminentes; y esta rama del saber, que saltando por Aristóteles, por no bastante definida y aplicativa, pasando por Bacon que, como Aristóteles, de todo sabía, y llegando á Quesnay, su fundador en los verdaderos términos, y Smith, encontraremos en este último, una síntesis real de esta ciencia cuando decía en su obra *Riqueza de las Naciones* 1776: «La Economía política, considerada como rama de la ciencia del estadista y legislador, se propone dos objetos: primero, procurar á la nación una renta abundante ó grandes medios de subsistencia, ó más exactamente, poner á la Nación en el estado de procurárselo por sí misma; y en segundo lugar, proporcionar al Estado ó á la Comunidad una renta suficiente para remunerar los servicios públicos».

Pero ni Guillermo, ni Somers, ni Montangue, ni otros hombres de aquella época, necesitaron el conocimiento de la ciencia en tales términos; de Quesnay pudieron tomar tal vez las iniciativas, pero lo cierto es que crearon el Banco, y resolvieron, fundamentando, el problema monetario y el económico, entendiéndolos mejor que otras naciones que los habían planteado, salvando á su nación de manera cierta y perdurable, porque debieron entender, mientras otra cosa no se nos muestre, que el trabajo es la actividad y ésta la vida, y que no hay otro camino para llegar á ser y tomar la parte que nos corresponde y que la Ciencia económica ha de decir en su día cuando lo haya descubierto; pero mientras tanto la actividad y el crédito público, suplen de beneficiosa manera lo que la técnica no nos ha facilitado.

IV

LA POLÍTICA

No tuvo mayor fortuna el espíritu público inglés en resolver el problema político; bajo la presión de aquellos hechos que la revolución produjo y cuyo recuerdo le causaba horror, huía de cuanto á imperialismo presintiera, porque en todo creía ver la espada del déspota que trastornó y deprimió los organismos sociales en sus grandes extensiones. Como en el problema económico encontró su salvador, aunque no de manera tan concluyente, en la serenidad de juicio de su gran Rey, que supo conquistarse por las indiscutibles realidades de sus actos los títulos de valiente, heroico, inteligente y preeminente político, ya que tanto acertó en sus resoluciones y en las concepciones más altas, y aun con riesgo de su vida y de sus más caras afecciones en todo cuanto afectaba á las relaciones internacionales, los éxitos en las batallas y el bienestar de los pueblos.

No obstante de títulos tantos y ganados con semejantes justificaciones, le atribuían á Guillermo III, que era menos táctico que otros de sus coetáneos, sin embargo de tener mayores condiciones intelectuales, y agregaban los ingleses, que, como siempre soñaba con su Patria, no reinaba en sus corazones, circunstancia esta última sobre la que se nos ocurre decir, que entre los hechos que coronan los éxitos de manera cierta y los juicios que se fundan solo en conjeturas, brota, si no se sabe hacer la justa distinción, la ingratitud más grande; si Guillermo amaba á su Patria de modo que siempre pensaba en ella, en vez de merecer censura, debieron sumarle á las otras esta buena condición, y Macaulay, al opinar así, está con el gran Rey, al que todo se lo debe su Patria, tan implacable como con España.

El concepto fundamental de la política en la resultante de la evolución alcanzada, es que representantes y representados sean fieles intérpretes de la aspiración nacional; entonces, como ahora, había que perseguir este ideal no alterado, y ante él los ingleses, aunque pretendieran menos, tenían que resolver el problema político en sus complejas formas.

La convención deshecha, sustituída por dos Cámaras, la de los Lores y la de los Comunes, dos grandes partidos preponderantes, directores de la política: los whigs y los tories, con la masa electoral y un término medio, el Ministerio, entre el poder real ó moderador y el legislativo, por la imposibilidad del gobierno del Estado en otra forma, eran los factores de ese gran problema á resolver, y en el que el Rey tenía que mostrar sus facultades prodigiosas.

En estos factores ó elementos, había de buscarse la natural conjunción y equilibrio, para lograr una función regulada, en la gestión política que simultáneamente á la económica y otras tenían que afrontarse; y para ello hay que descomponer el problema en tres: el equilibrio en la representación nacional del campo y las ciudades; la clase y condición de los elegidos, ó sea la ley de incompatibilidades, y la duración de la Cámara de los Comunes, es decir, que dejara de ser permanente.

Vamos á examinar el primer problema, el del equilibrio entre los representantes del campo y las ciudades. Intentado en 1692, no se llevó á cabo hasta 1832, y no puede menos de recono-

cerse la influencia de la hábil política de Guillermo, pues sus trabajos fueron de gran preparación para lo que llegó á instituirse en dicha última fecha. Las ciudades en su tiempo, tenían cuantos diputados le correspondían, mientras que Love, Este y Oeste, por ejemplo, entre otros muchos que no llegaban ni á la mitad de la población, ni á la riqueza de la más pequeña de las cien parroquias de Londres, elegían tantos diputados como Londres, y esto no podía seguir así; pero si para evitarlo se suprimían los pequeños distritos, tenía que resultar que al tratar de la sustitución en el número que conviniera, como en las ciudades no era posible por tener el máximum, resultarían favorecidos los condados puesto que no había otro medio de conseguirlo; y la preponderancia de los tories sobre los whigs hubiera sido un hecho; y si aquellos representaban la alta Iglesia y el jacobismo, y éstos el progreso y la libertad, los baronets y squiers en mucho mayor número en la Cámara de los Comunes hubieran sido constantemente un peligro para ese progreso y libertad conquistados en largo proceso de siglos á fuerza de sacrificios y de sangre; se imponía, pues, para llevar la reforma á cabo, más ciudades, que los campos yelmos se convirtieran en villas, éstas que llegaran á ciudades y que fueran centro de actividad febril y producción industrial; pero como tales cosas no se improvisan sino que son obra del tiempo, Claredon y Pollexten, jefes de los tories y de los whigs, respectivamente, en aquel entonces, que condenaban el sistema que regía, comprendieron por estas razones la inconveniencia de alterarlo, y si así pensaban los jefes de los partidos, el que lo era de la nación, tenía que apreciar el problema con aquella clarividencia que le era tan peculiar.

Guillermo IV tuvo la gloria de plantear la reforma dicha en 1832; suprimió 142 pequeños distritos, y dió más de la mitad á las grandes ciudades que entonces tenían número y condición para ello, resultando que este cambio de progreso en el problema político, fué un hecho pero distanciado del económico, porque Guillermo III en este lo hizo todo casi, mientras que en aquél, no logró más que la preparación en lo que se refiere á las primeras fundamentaciones.

El bill de exclusión de los empleados era el segundo problema impuesto por las circunstancias que Macaulay describe como

nadie, cuando al tratar de las Cámaras de los Comunes, dice así: «El parlamento elegido en 1661, durante aquel exceso de alegría y cariño que siguió al regreso de la familia real, representaba no la opinión deliberada, sino el momentáneo capricho de la nación; muchos de los diputados eran hombres que algunos meses antes, ó algunos meses después, no hubieran tenido probabilidades de ser elegidos, hombres de fortuna quebrantada y costumbres disolutas; hombres cuyo único título á la pública confianza era el feroz aborrecimiento que profesaban á todo linaje de rebeldes y puritanos. El pueblo tan luego como se rehizo, vió con espanto á qué asamblea había confiado el cuidado de su hacienda, de su libertad y de su religión en un momento de embriguez», y esto lo dicen el clásico inglés después de declarar «que las deformidades de la estructura del cuerpo electoral, eran menos numerosas en el siglo XVII que en el XIX, que producen en nuestros días una irresistible tormenta de indignación pública».

Por estos conceptos puede formarse juicio más ó menos aproximado del estado político de un pueblo que se llama tan preponderante; de los fundamentos para la ley de incompatibilidades que se buscaba, era entre otros muchos como más importante, que según la ley, dicha Cámara en condiciones semejantes y compuesta en su mayor parte de empleados y dependientes de la corona, podía durar toda la vida de los electores, pues el Rey era árbitro, durante su reinado, que pudieran reparar ó no su error disolviéndolas, para que eligieran otros representantes, naciendo de aquí á más de este problema, el tercero, es decir el tiempo de duración.

La nación mientras tanto protestaba aplicándole á la Cámara de los Comunes mil dicterios y calificativos, entre otros, el parlamento de los empleados, agregando que era mucho peor que el ejército permanente: ¡á cada uno, por intuición, le horroriza el mal de que ha de morir!

Muchos eran los inconvenientes que presentaba el bill para su aprobación; pero el mayor de todos venía á ser, el que se pudiera establecer una línea divisoria entre las categorías de los elegibles. De cualquier clase y condición, daría por resultado que la Cámara sería deficiente por faltarle hombres de bastante competencia, no pudiendo, por lo tanto, tratar más que de asuntos limitados y de muy escasa importancia, lo que había de influir ade-

más en su representación y prestigio; aceptar para elegidos los de mayor categoría y más conocimientos, sería lograrlo á costa de la perturbación cierta de aquellos servicios en los que estuvieran empleados, y privar, por último, á la Cámara, de otra clase de hombres, cuyo consejo era necesario, tampoco parecía acertado ante dificultades tantas y otras muchas consideraciones que omitimos en obsequio á la brevedad, aquella generación optó por quedarse con sus destinos y preeminencias, dejando la práctica de la reforma con sus consecuencias todas á la generación siguiente; en la Cámara de los Comunes pasó el bill en tal forma, y en la de los Lores no se aprobó por tres votos; ni Caermarthen tory, el más influyente, ni Sherewsbury, que no era menos entre los whigs, tomaron parte en la votación, circunstancia remarcable y digna de tenerse en cuenta, por la identidad de procedimientos, casi con la otra aspiración, es decir, que la ley de incompatibilidades quedaba por lo pronto tan sin resolver, como la del equilibrio en la representación nacional, en los del campo y las ciudades, equilibrio éste territorial, de orígenes y creencias y aquél de competencia y condición, pudiendo observarse que de nada nuevo se trataba, pues Herodoto se ocupa, como hemos visto, de estos equilibrios, aunque no en forma representativa, y Aristóteles, en su célebre *Tratado de gobierno*, habla de las leyes artificiosas para alucinar al vulgo que siendo democráticas en la apariencia, resultan oligárquicas en sus efectos; pero repetimos, no era llegada la hora á Inglaterra de tener esa ley de incompatibilidades tan necesaria por sus eficacias, en semejante clase de gobierno.

El que la Cámara de los Comunes no tuviera el carácter permanente, era el tercer problema; fué á su vez objeto de un bill que aprobó la Cámara de los Lores, y que envió á la Cámara baja para igual objeto; pero este procedimiento inadecuado, según los Comunes, fué razón suficiente para que estallara un verdadero conflicto entre las dos Cámaras. En la discusión, en lo que más se fundamentaban, era que los que tenían puesto permanente en la legislatura, adolecían de todo derecho para exigir, de los que no se encontraban en su caso, como los Comunes, que aprobaran un bill trienal, puesto que ellos y no los Lores, tendrían que correr, una vez cumplido el plazo, los riesgos grandes y perjuicios inusitados de otra nueva elección.

En aquel entonces estaba en moda en Inglaterra, el procedimiento que ahora prepondera entre nosotros, el de las obstrucciones; y Tito, hombre político del tiempo de la república, entretuvo á la Cámara con un discurso interminable, pero sus argumentos fueron rechazados, y el Rey, para salvar la situación difícil creada por la actitud contraria de las dos Cámaras, usó de su prerrogagativa, negando la sanción, aún en contra del parecer de Temple, según carta contestación de la consulta que le hizo, y que llevó su secretario Swift, el que en apoyo de tal criterio, el de los parlamentos cortos, dijo al Rey: «que largo fué llamado el parlamento que hizo la guerra á su Rey, lo venció y llevó al cadalso». Algunos suponen que Guillermo creía que los parlamentos cortos mermaban la regia prerrogativa, concepto equivocado, pues lo demostró con los hechos, salvando el conflicto entonces en 1694, sancionando el plazo de duración hasta 1696, y cuando la paz de 1695 acogida con delirante entusiasmo que le dió ocasión de aprovecharla, se adelantó haciendo lo que antes había negado, dando con ello una nueva demostración de su gran tacto político y prestando á Inglaterra un servicio de trascendental interés, quedando disuelto el parlamento y siendo un hecho el bill trienal.

La evolución política, por lo tanto, no fué simultánea y concluyente como acabamos de ver, y si en los problemas económicos tantos como difíciles, necesitaron de su Rey y de sus hombres, en el político con mayor razón, ya que con todos los esfuerzos no llegaron á ver coronada con el total éxito evolución tan importante, es más, sin tales hombres esos fracasos políticos hubieran tal vez influído hasta contrarrestar los éxitos económicos, é Inglaterra hubiera sucumbido no obstante sus titánicos avances en el camino del progreso. El espíritu público se equivocó en los empréstitos, se equivocó en la clase y condición de los elegidos en la representación nacional y en los ferrocarriles, pero en cambio Dios le concedió un Rey, que no siendo hijo de Inglaterra, empezó por derramar en su suelo su propia sangre, á la par que los beneficios á manos llenas, constituyendo así las grandes preparaciones para hacerla poco menos que la dueña del mundo, y sin embargo, aún le parecía poco; pensaba que no poseía su corazón hasta la menor de sus fibras, y aún tocando las pruebas fehacientes de todo lo

contrario lo arrojaba del suyo: ¡¡contrastes de los egoismos de las ambiciones humanas!!

Inglaterra obtuvo á la par que el económico un poderío naval incontrastable; no tenemos para qué demostrarlo, pues es de lo que más se encuentra percatada la pública opinión. La nación inglesa como surgida del fondo de los mares, hija de esas convulsiones de la corteza terrestre ocasionadas por las grandes presiones de sus ígneas entrañas que con las de las aguas determinaron su desprendimiento del continente, asemeja ó al monstruo del líquido elemento que con sus tentáculos gigantescos amenazara atraer hacia sí cuanto en el globo existe para hacerlo suyo y devorarlo, ó á máquina colosal de acerado revestimiento que lanzando sus naves sembradas de cañones, en número que espanta, pretendiera por los medios de sus extensos radios de acción, grandes velocidades y no menores energías, dominar los mares y hacer suya la Tierra.

Con sus riquezas y sus escuadras, cual potentes alas de su codicia, se viene lanzando insaciable, en cumplimiento de una misión por ella pretendida á incesantes aventuras que han de tener necesario término; porque mientras sacrifican á esos dos grandes organismos, los demás que forman la Patria, al ser preteridos, hacen irregular la función del Estado por sus deficiencias; y la política estaba desequilibrada en sus complejos problemas, las fuerzas pasivas, las fortificaciones eran nulas; las activas, el ejército, se encontraban casi del mismo modo, y como no estaban en mejor estado los demás servicios, se presentaba el contraste inusitado de esta manera de ser, con la forma de conseguir al crear el Banco, el ministerio, la libertad de imprenta, salvar la crisis monetaria y acrecentar la marina de modo formidable.

Ante tal situación, podemos ver que los problemas sociales, sus relaciones y el organismo todo de Inglaterra, en una palabra, lejos de determinarse, se complicaba; los ingleses huían de Jacobo para salvarse de los fanatismos católicos y trataban de alejarse de Guillermo, siendo ingratos, que representaba la reforma, por temor á la espada, á la dictadura militar, teniendo en esto otra gravísima complicación, y en aquel delirio de aberraciones, de fantasmas y de soluciones indeterminadas; el espíritu público lanzaba tres gritos de guerra: ¡abajo el ejército permanente, no más

concesiones de tierras á la corona y abajo los holandeses!, sin considerar que de este modo no cambiaban de procedimiento y que se alejaba de continuar en las grandes conquistas alcanzadas, que á la máquina aquella colosal de la Patria, había de faltarle siguiendo así, la armonía del conjunto, en sus ejes y ruedas paralelismos y engranajes y energías, en fin, en todas sus actividades, llegando de este modo á la quietud que había de darle la descomposición natural que á la inacción se aferra y que la máquina, por último, caería deshecha en pedazos ante los pies de los mismos que en vez de darles libertad, les concedía solo servidumbre, quedando únicamente en la sucesión de las edades, el recuerdo de aquella tan explendorosa existencia como ilimitado poderío.

V

EL EJÉRCITO

Sabemos por la gran evolución estudiada que el imperialismo ha ido muriendo por su propia condición, como moriría el árbol que pretendiera en sus raices estrechar la sección de ellas para lograr mayores extensiones y buscar campo de nutrición más grande.

Los beneficios en la política ya hemos dicho que no fueron, ni con mucho, todos los codiciados; las diferencias profundas de los dos partidos, de los whigs y los tories, determinó la formación del gran partido nacional, pero sin ningún resultado; hemos visto en el penoso proceso seguido para salvar el gran error cometido por las alegrías de la Restauración, eligiendo un Parlamento en 1661, compuesto, en su mayor parte, de hombres llenos de deudas y de incalificable conducta; pues ahora, con las alegrías de la paz de Ryswick, en 1697, no escarmentando aquel pueblo de sus impresionabilidades, cometía otro error, cuyas consecuencias hoy

mismo no pueden calcularse; aquel pueblo, agarrado á su bandera en la que ostentaba su grito de guerra al Ejército permanente, á la cesión de bienes á la corona y á los holandeses, en vez de vitorearlos, sólo pensaba en lo que debía hacerse con los ochenta y siete mil soldados que venían llenos de glorias conquistadas en Irlanda y Bélgica; no recordaba ni la sangre derramada de su Rey en las líneas de reconocimiento, ni su paso heroico del Boyne, ni que la derrota misma de la batalla de Landen hizo decir á Luis XIV: «En la batalla, el Duque de Luxemburgo se portó como Condé, y después de la batalla el Príncipe de Orange se ha portado como Turena»; pero decimos que ni esto ni la ayuda que los soldados pudieron prestar á su Rey, ni nada tenía presente; el pueblo inglés iba á lo que creía su fin, el Ejército le espantaba; recogido el fruto había que saborearlo, siendo secundario lo demás; el tiempo sabrá darle ó quitarle la razón.

El espíritu se recrea al recordar aquellos Ejércitos, en los que el Rey iba á la cabeza rodeado de lo más linajudo de la nobleza, que vivía con el lujo más exigente de la paz completa y codiciaba los puestos de muerte para beneficio de la Patria; no eran de extrañar los éxitos de Boyne ni los juicios de Lenden; el Ejército era la Patria, en él palpitaban todas las clases sociales, y sus grandes empeños tenían que ser alentados por la Patria misma, ¡Lástima que los ingleses mostraran de nuevo su ingratitud!

La batalla de Landen es tal vez el relieve más grande de la inversión de los términos del valor corporal y el intelectual: Ayax derribando al caudillo troyano, acometiendo como nuestro don Quijote á una piara de carneros; Leónidas en las Termópilas; Horacio Cloques defendiendo el puente contra un Ejército; el Cid con sus muchas hazañas; Corazón de León sin encontrar entre los sarracenos quién pudiera resistir su acometida, vienen á ser, entre otros muchos, la significación en la heroicidad de aquellos tiempos en que preponderaba la barbarie; en el siglo XVII, en la batalla que nos ocupa, un enano jorobado, Luxemburgo, y casi un esqueleto asmático, el Príncipe, dirigen aquellas moles inmensas de gente, ciento veinte mil hombres que luchan hasta dejar en el campo veinte mil muertos; el imperio de la fuerza hace plaza á la fuerza intelectual, y aquellos dos hombres que hubieran sido desechados para las luchas personales de otros tiempos, eran

irreemplazables, en aquel entonces, en los altos puestos de sus comandos.

Ante el convencimiento de que nada ofrece más seguro éxito que predicar con el ejemplo, aquel Rey y el Mariscal fueron pródigos en practicarlo: de Guillermo ni se pudo conseguir que se pusiera la coraza ni que ocultara las insignias de la Jarretiera, y cuando le decían que la estrella era un buen blanco para el enemigo, se sonreía; la batalla no sólo fué sangrienta en número, sino en categorías: cayeron de la milicia y de la grandeza, los más encumbrados, y los que pasaron al año siguiente por aquellos campos en donde las luchas más terribles de Mamplaquet y Waterlóo habían de verificarse, pudieron contemplar cómo los restos de muerte se cubrían con amapolas, pareciendo querer decir: así se ocultan las luchas humanas, ¡con un mar de sangre!

Concluída la digresión, por la importancia de la cita, sigamos en nuestro estudio. Si las doctrinas de Monroe se las aplicaran todos los continentes de la Tierra, como pudiera suceder en más ó menos lejano plazo, no sería difícil predecir el papel de Inglaterra en el concierto de las nacionalidades; nos heredó en la hegemonía y va siguiendo nuestros mismos pasos. La decadencia de España la iniciaron sus hijos, ellos fueron los primeros en arrojarnos del suelo de América, de aquel suelo descubierto por los alientos de una Reina inmortal y por su generoso proceder, pero á impulsos también de sueños imperialistas de los Reyes y de su pueblo que en las empresas les ayudaban con cuanto tenían, y siglos después, otra raza, la anglo-sajona, y con iguales procedimientos que los empleados antes por nosotros, nos hace dar el adiós postrero á donde tanta sangre española quedaba. Las lanzas, los arcos y las flechas de entonces, caían con los que los manejaban á cientos y miles, por los disparos de nuestras no abundantes armas de fuego; los cañones yankees ahora y otros elementos formidables de guerra, sus barcos, hacen sumergir á los nuestros, que, con quejidos de fuego que á los cielos subían, iban desapareciendo de la superficie de los mares del mismo modo que nuestros héroes del concierto de los vivos. ¡Terribles realidades del destino!

La ley natural es inflexible, ya lo hemos dicho; también los ingleses fueron arrojados de la América por sus hijos, por aquellos puritanos que huían espantados entonces buscando refugio

para asombrar luego al mundo por cuanto habían conquistado, y los arrojaron por las mismas causas, siempre fundamental, por los tributos; y aunque parezca aventurado nuestro juicio, diremos que creemos sea este el primer paso en la decadencia del pueblo inglés; tuvieron recursos propios para salvar la situación económica, puesto que lo alcanzaron sin el de sus colonias, pero en política éste fué un fracaso más de los muchos que sufrieron, tanto que aún se sienten sus consecuencias, y lo que es más, que lejos de decrecer, se hacen mayores cada día.

Y preguntamos: ¿pudo evitarlo con Ejército colonial? Tal vez no, pero retardarlo, indudablemente; y si á esto se hubiera agregado la reconstitución del fracaso político, el problema social, puesto que tal lo era, se hubiera resuelto indudablemente; pero tras del fracaso económico, vino el político y el militar no se hizo esperar, naturalmente; de modo que sobraban recursos, faltaba tacto político y soldados que tales fueran, no de Ejército colonial, sino ni permanente, y el desastre era inevitable, é Inglaterra no ha querido ni reconocer esto último, aceptado por muchas naciones que han recogido copiosos frutos del sistema; en la sucesión de los hechos se ha venido á comprobar su gran error, pues la guerra del Transwaal es buena prueba de ello; y en ese balance de situaciones podrá verse si determina tan grave hecho, lo que pudiéramos considerar la segunda etapa en la decadencia de un pueblo que está muy lejos de apreciar el fracaso como relacionado con las deficiencias de la institución y organización de ese elemento tan importante del Estado.

Recordemos que en el problema económico, ante las abundancias que les daba las mayores riquezas, sus gritos de dolor y sus conceptos de miseria no tenían límites, y observaremos fácilmente que en el problema militar, invirtiendo los conceptos, viven tranquilos, y en vez de buscar la verdad y poner pronto remedio, sólo tienen arrogancias como la de lord Selborn, cuando declara recientemente que de los 316 acorazados y cruceros que tienen las ocho grandes potencias navales en servicio, 120 son de Inglaterra; podrá tener razón, la cifra es enorme, pero insistimos al decir: ¿es que la riqueza y los barcos son los únicos elementos de las naciones? El tiempo les probará que no; se les puede conceder valor y tenacidad entre otras condiciones, esto es indiscu-

tible; pero también es verdad que los hijos de aquellos soldados que con nuestros padres supieron vencer al primer capitán del siglo XIX, hoy están aún en Waterlóo, mientras que los boers se encuentran más allá que los soldados de la guerra de secesión de los Estados Unidos. Las iniciativas aceptadas como buenas en las modernas guerras, dejan de serlo al exagerarlas, porque, ó quitan la actividad y sus eficacias en momentos dados, ó por el contrario rompe la cohesión y la unidad cuando más se impone en los Ejércitos; por eso son buenas, porque dan vida á la masa inalterable y resoluciones para las fuerzas dislocadas que tienen grandes problemas á resolver, porque están, en una palabra, entre el Gran Federico y Pope y Grand, evitándose así que las desobediencias que dan éxitos sean castigadas como la del Príncipe Eugenio, por la que obtuvo la victoria de Santa; la del General Hoche y otras que pudieran citarse, marchando las corrientes de la escuela por donde han determinado las victorias de los alemanes en la campaña del 70. Sólo de este modo se explica el método de guerra de los ingleses en los comienzos de la campaña, y el de los boers en el concepto técnico: aquéllos, dejarse matar por el valor heroico y no morir por los beneficios tácticos, mientras que los boers luchaban con estrategia ofensiva y defensiva táctica, mermando así ó anulando sus gloriosos y sorprendentes éxitos, teniendo que influir los resultados de tales métodos para que los beligerantes cambiaran de sistema, y los ingleses adoptaron la ofensiva estratégica y táctica, principio fundamental de las actividades en las funciones de los Ejercitos, y los boers, la guerra de guerrillas, por ser tarde para imitar á los ingleses y como último recurso de los pueblos enérgicos y dignos de las mayores empresas y glorias.

Pero, ¿quién les quita á unos y otros las consecuencias de tan desastrosa lucha? Con ella van ligados muchos problemas sociales que las naciones contemplan esperando ocasión para intervenir y resolver cada una lo que más le afecta; la guerra del Transvaal puede ser proemio de grandes acontecimientos en el equilibrio de las nacionalidades; la sociedad se alejó de la familia para ser demótica, y ahora huye de la aspiración realizada para buscar la universalidad; el pueblo inglés, acostumbrado á otras cosas, no lo ve; es verdad que si no le hubiera sucedido lo mismo á las

grandes nacionalidades que le precedieron, este mundo hubiera sido de la exclusiva propiedad de los primeros, sin entrar jamás en el goce de los beneficios aquellos que han ido después, pero por más derecho camino de la verdad.

Los ingleses querían huir del imperialismo que para ellos estaba representado por la fuerza de la espada victoriosa; salvados del que la revolución les trajera, y del fanatismo religioso después, al echarse en brazos de su gran Rey, no tuvieron valor para ir en su contra, y derivaron en sus aspiraciones de garantías y libertad, reuniendo sus esfuerzos todos en disolver el Ejército, sin darse cuenta que sus tendencias al imperialismo no por esto desaparecían, y que se quedaban sin Ejército; es decir, con todos los males y ninguna garantía ni beneficio del sistema, tanto más censurable, cuando hoy esos Ejércitos existen en las naciones regidas por la democracia, deduciéndose, necesariamente, que las consecuencias no pueden hacerse esperar mucho según las incontrastables fuerzas de la lógica.

El reinado de Guillermo III fué una gestión constante de mejoramientos pretendidos y muchos de ellos alcanzados; pero en la ocasión presente, tenía el Rey ante sí, con el problema militar, tal vez el más grande de cuantos se le habían presentado, porque si tenía que ser un hecho el licenciamiento de aquel Ejército formado á costa de sacrificios de todos órdenes, se cumplía el bill de derechos, que fué violado, por cierto, por sus dos últimos predecesores; pero si quería conservar tropas pocas ó muchas, había de buscar el Rey la sanción de los Estados del reino; y de intentarlo, no podía olvidar que no tenía confianza absoluta en sus Ministros, y mucho menos en las Cámaras, pues los que fueron buenos para ayudarle en sus empresas de vencer á los enemigos del interior, restaurar la moneda y estatuir el crédito público, pudieron hacerle una oposición inquebrantable.

Reconocían los ingleses que este bill, en lo que al Ejército se refería, resultaba del todo armónico á la antipatía nacional que se profesaba al Ejército en aquellos tiempos, no sólo razonable entonces, sino beneficiosa; pero que al cambiar el Estado en su manera de ser, al tener por ello nuevas exigencias, el bill tenía que ser alterado para buscar el equilibrio natural en todos aquellos elementos que afectaba; de aquí que se adujeran en su apoyo, en-

tre otras, las siguientes razones: que los territorios adquiridos y colonizados desde el advenimiento de la casa de Hannober, llegaron á ser más de veinte veces mayores que los que gobernó la casa de Estuardo; que el número de soldados al otro lado del trópico de Cáncer en tiempo de paz, era mayor que los que tuvo Cromwell en el de guerra, y que sólo para guarnecer las posesiones del Mediterráneo se hubiera necesitado más que esa cifra.

Pero el bill, no obstante estas razones de verdadera importancia y de orden puramente material, tenía partidarios, no sólo en el siglo XVII, sino en nuestros días; podrá no resultar en la apariencia por circunstancias ineludibles, pero en el fondo es innegable; es más, los tenía en el concepto político y en el técnico, en el puramente militar, que es de cuanto nos vamos á ocupar ahora con todo el detenimiento que se merece.

Dos inmensos partidos se habían formado: uno en contra y otro á favor de los Ejércitos permanentes, partidos originados de aquel principio, el del bill; la gran razón fundamental del primero era que habían descubierto que un Ejército puede estar constituído de tal manera que sea eficaz en el más alto grado con el enemigo, y que, sin embargo, no tenga ingerencia alguna en la ley civil, de cuyo modo creían resolver el problema militar, quedando así garantida la ley estatuida y la libertad conquistada, ó sea sin correr los riesgos que representan siempre la espada victoriosa y las tropas de su mando; que de este modo el fantasma del imperialismo se desvanecía, y aquel pueblo obstinado, vigoroso, emprendedor y guerrero, más que tanto, parece el niño miedioso que en la oscuridad no ve más que duendes que le aterran, por no pensar que contra las visiones que la penumbra crea, no hay más que la luz que dan los realismos en la verdad más pura; tales juicios los fundamentaban, entre otros, con el siguiente raciocinio, que copiamos de Macaulay: «Un alarmista que ahora empleara el lenguaje que era común hace cuatro generaciones, que reclamara el licenciamiento de todo el Ejército de tierra del reino, y que anunciara con toda gravedad que los soldados de Inkerman y Delhy querían destituir á la Reina, disolver el Parlamento y saquear el Banco, hubiera parecido digno de ser encerrado en un manicomio». Con lo que quiere decir ese espíritu público, ó el gran partido contrario al Ejército, no le tememos,

pero no nos hace falta; y en tales términos es como se nos presenta el problema militar, por más que cada uno le dé los alcances y apreciaciones que más crea en su juicio.

El Rey, siempre tan gran político, y que en muchas ocasiones lo fué militar de inmortal recuerdo, supo darle á esta cuestión toda la importancia que tenía, como sacrificarse cuando lo creyó necesario. El conflicto entre él y los otros poderes del Estado era latente, dependiendo de sus soluciones la del gran problema nacional, y comprendiéndolo así, estaba dispuesto á vencer y salvar las muchas dificultades que se le presentaran; pero en honor de la verdad, nunca llegó á calcular que fueran tantas que sobrepasaran á toda ponderación rayana en la ingratitud.

El partido favorable al Ejército era el llamado de la corte; Somers con su célebre *Balancing Letter*, fué su cabeza visible; Trenchard llevaba la jefatura del partido contrario; ambos mandos tenían grandes elementos: la prensa libre y los libelistas este; aquel el Rey; los dos la historia, y todos buscaban el problema técnico. Trenchard también publicó un folleto, resultando primero la lucha literaria, después la parlamentaria y, por último, entre victoriosos y vencidos, un término medio que dejó descontentos á todos, pues fué aceptado solo como transacción y no con la mayor fortuna.

El partido contrario al Ejército, pretendía sentar como principio fundamental de la ciencia política, que el Ejército permanente y una constitución libre, no podían existir juntamente, y lo apoyaban en los hechos históricos rebuscados á este fin, citando con tal objeto á Grecia, Roma, la Edad Media con sus señoríos y ducados, las víctimas de las ambiciones de los dictadores Pisistrato, Dionisio, Agatocles, Mario, Sila, Julio César y otros, hasta llegar á las propias justificaciones, á la revolución inglesa, presenciada por miles que aún vivían, que podían recordar como el usurpador con el poder de la espada; había hundido á la libertad con riesgo de perder con ella hasta la Patria, del mismo modo que á los pueblos citados les había sucedido; á los tories les decían que esos mismos testigos presenciales de los hechos, les podían recordar qué soldados fueron los que dieron la guardia en el cadalso á su Rey, y á los whigs, qué soldados habían sido los que quitaron la maza de la mesa de la Cámara de los Comunes. Como

se ve, el procedimiento era el mismo que en los otros problemas sociales, mover y agitar el espíritu público; pero no se concretaba á esto las pasiones populares: el odio era implacable, y la propaganda también llegaba hasta el teatro, en donde se representaban comedias alusivas, en las que los personajes eran paisanos y militares, ante un público sediento de emociones semejantes, y se reproducían escenas de los más determinados actualismos; un Coronel, por ejemplo, se lamentaba del licenciamiento de su Cuerpo con un paisano, y éste le replicaba lleno de alegría: ahora mismo me voy á mi casa á celebrarlo, encendiendo una hoguera que llegue al cielo, pues la plaga de la nación sóis las casacas rojas y las plumas blancas; mal hombre, miserable, le contestaba el Coronel; sin las espadas de esos valientes ¿qué hubieran sido más que cenizas vuestras casas y haciendas, puesto que sólo ellas os las han defendido?; y los aplausos eran ahogados por las protestas de manera formidable en todo lo que no iba en contra del Ejército.

Es más, se hacían armas hasta de los hechos particulares; sir Eduardo Seymour se presentó en Wesminster Hall, á reclamar justicia contra un Oficial de los azules que había herido á su hijo, el que había muerto de las resultas. El lance fué provocado estando los dos borrachos; la herida resultó leve y la muerte ocasionada por excesos en la convalecencia; el herido había perdonado á su contrario, y sin embargo se expresaba en estos términos el padre: «Aquí hay un hombre que vive del dinero que nosotros sacamos del bolsillo. El pretexto porque se nos obliga á pagar contribuciones para sostenerle, es que su espada nos protege y nos permite vivir en paz y seguridad; ¿y ha de permitirse emplear esa espada para matarnos?» Como se ve, aquí no habla un padre bajo la impresión de tan dolorosa pérdida, sino el hábil político de implacables odios que no omitía medios para lograr sus fines.

Estas corrientes eran extensivas á los libelistas y á la prensa; un escritorzuelo, loco de medro y sin conciencia de cuanto decía, escribía en estas ó parecidas frases: «No se comprende que un honrado caballero pague crecidos impuestos industriales ó territoriales para sostener en la ociosidad y el lujo á una multitud que corresponde á tales servicios, seduciendo á sus mantequeras y agotando sus campos de caza.

Y vamos á ocuparnos de lo que consideramos el concepto

técnico en la cuestión, ó sea examinarla partiendo de la base de evitar una invasión; empezaban por contestar á los que argumentaban en este sentido, que no eran niños para dejarse asustar por cuentos de viejas; que una invasión podía ser evitada, primero por una escuadra que destruyera la del enemigo que trajera ejército de desembarco y después por la milicia, que milicia era y no otra cosa, la falange, lacedemonia, la legión romana, los ejércitos que vencieron en Crecy, en Poitiers, en Azincourt, en Flodden y milicia, era en fin, aquél ejército formidable que fué revistado en Tilbury por Isabel, y agregaban que si tantos hechos gloriosos lo habían conseguido los ingleses en aquellos tiempos con esos elementos, no resultaba nada honroso el suponer que con los mismos medios de defensa no se le pudiera confiar á los ingleses del siglo XVII la de la Patria y la de sus familias, y que, por lo tanto, el ejército debía limitarse, y que por respeto y cariño al Rey, se le podía dejar una guardia para su persona y palacio, consecuencia fría, escueta, sostenida y demostrada por cuantos medios podían caber en las inteligencias é inventivas más suspicaces.

Fácil es percatarse de aquella generación: ni tenía memoria, ni era previsora como demostraremos á su tiempo; el partido de la corte, no podía para controvertir en cierta forma, utilizar determinados elementos; Somers, el alma de aquel partido, puso á su servicio cuantas dotes le había otorgado la providencia, y para plantear el problema con base cierta y de atinado modo, empezaba por emitir uno de los más hermosos pensamientos que se conocen y con el que hemos encabezado este estudio: en su *Balacing Letter* atacaba á los enemigos del ejército permanente, empezando por declararse enemigo de este nombre, llamándolo ejército temporal; es decir, que se constituía no en defensor sino en juez, aquí su gran habilidad, los atacaba, decimos, haciendo análisis perfecto de los asuntos, rebatiéndolos en la razón histórica y en la técnica, y al ser su folleto esparcido por la nación, no podrá acusársele á esta nunca de desconocimiento de cuanto el sabio y gran estadista daba á conocer con vasta erudición y lógicas consecuencias. El ejército que él proponía, á más de temporal, su contingente y código militar tenía que ser fijado y redactado por el Parlamento anualmente, lo mismo que la duración de sus servicios, siempre que en concepto de las Cámaras fueran útiles; así

presentado los recelos debían desvanecerse, agregando á esto las consideraciones técnicas sobre un probable desembarco.

Supongamos, decía, que sobreviniera una guerra y que estuviéramos sin fuerzas regulares, ¿tendríamos tiempo de organizar un ejército?; lo que habría de cierto, es, que un Príncipe absoluto se nos adelantaría con mucho, pues sus órdenes se verían cumplidas rápidamente por sus capitanes del Rhin y del Escalda, y por sus almirantes del golfo de Vizcaya y del Mediterráneo. El espanto sería indescriptible, si nos sorprendiera la noticia que buques enemigos con tropas de desembarco, estaban á la vista de un punto de nuestras extensas costas; el confiar en nuestra escuadra, era hacerlo en los vientos y en las olas, y los que fueran favorables al invasor, podían sernos contrarios, impidiendo que nuestros barcos zarparan, en cuyo apoyo puede recordarse lo ocurrido no ha mucho tiempo con el viento protestante que hinchaba las velas holandesas, atravesaron sus barcos el canal, y la armada del Rey Jacobo se internó en el Támesis. Y si el enemigo desembarca ¿que encuentra? un país abierto, rico por todas partes, ni un río que no pudiera vadearse, ninguna fortaleza artificial, como las muchas que existen en los Países Bajos; no había, pues, más que una cosa que oponer: el valor de la milicia, y sería bien gratuito suponer que esa milicia pudiera luchar con éxito contra veteranos, cuya vida lo había sido de preparación en la paz para la guerra; los ejemplos de los hechos heróicos de campesinos y mercaderes, son pura fanfantasía, y entraba de lleno en destrozar los argumentos del partido contrario que se fundaban en las citas históricas.

La república de Esparta, agregaba, con tal objeto era en realidad un ejército permanente que amenazaba todo el resto de Grecia, el espartano no tenía más profesión que la guerra; era ignorante de las artes, de las letras y de las ciencias; el trabajo del telar, de la azada y del comercio, lo abandonaba despreciativamente á hombres de una casta inferior. Toda su existencia desde la infancia hasta la ancianidad era una larga educación militar. En tanto, el ateniense, el corintio, el argivo y el tebano, consagraban principalmente su atención á sus olivos, almacenes, viñedos y talleres, y solo embrazaban el escudo ó empuñaban la lanza por poco tiempo y con intervalos grandes. La diferencia, pues, entre una falange de lacedemonios y cualquier otra, fué por mucho

tiempo tan grande como la que había entre un regimiento de tropas francesas de la real casa y un regimiento de milicias de Londres. Por esta razón Esparta tuvo la preponderancia de Grecia, hasta que otros Estados conocieron las ventajas del empleo de tropas regulares; entonces terminó la supremacia, fué grande mientras era ejército permanente entre milicias; decayó cuando tuvo que luchar con otros ejércitos permanentes, sacándose de esto una lógica y natural consecuencia, «que el soldado de ocasión no puedeluchar con el soldado de profesión». Muchos ejemplos pudieran citarse á más de lo dicho, y de cuanto expusimos en nuestro estudio de las luchas de este pueblo con los persas, pero el principio deducido no necesita mayores fundamentaciones.

No fueron más débiles los argumentos que Somers sacaba en cuanto á Roma se refería; citaba la milicia mejor que indudablemente tuvo, la del siglo III, antes de Jesucristo; parecía natural que sobre ochocientos mil combatientes que la componían, inspirados en el espíritu público y en el amor á la familia, hubieran sido más que suficiente para defender la Patria, pero no fué así; vino el invasor con un ejército no numeroso, diezmado por las fatigas de largas marchas y las nieves de los Alpes, pero familiarizado con la guerra y venció aquella milicia varias veces destrozándola cual si la compusieran rebaños de corderos, ya en el Lacio, ya en otras partes y con inferior número siempre, hasta que llegó á las puertas de Roma y acampó bajo sus muros, durando esta lucha diez años.

En cuanto á las batallas de la Edad Media, argumentaba Somers, que ninguna consecuencia podía sacarse, pues se daban entre milicias, y terminaba citando una anécdota sobre el ponderado ejército revistado por la Reina Isabel en el campamento de Tilbury: «Teníamos, dice, ciertamente motivos para estar orgullosos de los esfuerzos que los ingleses de todas clases, caballeros, aldeanos y burgueses, habían desplegado en la gran crisis de 1588. Pero también debíamos dar gracias de que con todo su esfuerzo, no hubieran tenido que hacer frente á los batallones españoles». Criterio que encaja perfectamente en la anécdota dicha que se conserva por tradición en la noble casa Debere y que es como sigue:

«Uno de los hombres más ilustres de aquella casa, capitán

que había adquirido mucha experiencia y nombradía en los Países Bajos, había sido llamado por Isabel á Inglaterra en el momento del peligro, y la acompañaba á caballo por entre las interminables filas de los entusiasmados piqueros. Preguntóle la Reina qué le parecía el ejército; es un bravo ejército contestó; pero dijo esto en un tono y de una manera que parecía indicar que daba á sus palabras más alcances del que indicaba su significación. La Reina insistió en que hablara con toda claridad; señora contestó, no hay duda que el ejército de vuestra gracia es muy valiente; yo no tengo fama de cobarde, y sin embargo soy el más cobarde de cuantos están aquí. Todos estos piden á Dios que el enemigo desembarque y se dé una batalla, y yo, que conozco bien á ese enemigo, no puedo pensar sin espanto que tal cosa llegue á suceder». Debere, añade Somers, estaba en lo cierto. El Duque de Parma no hubiera sometido á nuestro país, pero sí hubiera llevado á cabo un desembarco; es muy posible que hubiera tenido lugar una guerra como la citada de Italia, y repetido, por lo tanto, hechos de armas tan terribles como los de Trasimeno y Cannas.

Somers tenía razón en las citas y en cuanto decía; Farnesio era de aquellos genios de la guerra, cuya imagen la expresó Napoleón al decir: «Aquiles era hijo de una Diosa y de un mortal», porque el General español daba á conocer su parte divina al manejar los elementos morales con pleno conocimiento de ellos, y la humana, al sucederle lo mismo con las combinaciones de las cosas materiales, y un general de estas condiciones, secundado por unas tropas como los tercios españoles, dan á la prediccion de Debere y á la afirmación de Somers todo el valor que tiene. Por otra parte, pretender que la invasión era imposible y que si se llevaba á cabo sería destrozada por la milicia, era un error inconcebible; no se necesitaba recurrir á Italia, en la misma Inglaterra tenían ejemplos, los de las invasiones de César, de las que hemos tratado; además, pretender tener la nación en tal estado de defensa cuando al otro lado del canal existía un Ejército de 150 mil hombres, cuyo espíritu militar sumaba en sus filas los principales elementos de la nación, era una verdadera locura. La verdad no lograba hacerse paso; la opinión pública se encontraba excitadísima, y no la comprendía no obstante ser tan evidente, y la lucha empezó en una nueva forma al tener lugar la reunión del Parlamento.

El Rey hizo ante el Parlamento la siguiente declaración: «Las circunstancias de los negocios exteriores son tales, que yo me creo obligado á deciros mi opinión, la cual es, que al presente, Inglaterra no se puede considerar sin un ejército de tierra, y yo espero á que no demos ocasión á los que nos quieren mal, de efectuar mientras estamos en paz, lo que no han podido conseguir estando en guerra». Las palabras del Rey fueron bien acogidas y los Comunes resolvieron, al retirarse á su Cámara, presentar un mensaje á S. M. dándole seguridades de que lo apoyarían en la paz como en la guerra. Seymour que intentó hacer propaganda en contra del Ministerio fué silbado.

Ante tal estado de cosas parecía lógico pensar que la situación era favorable, pero se estaba muy lejos de ello; el discurso del Rey fué discutido, no bajo la impresión del respeto y cariño que parecía tenérsele, sino con la más absoluta independencia; y Harley, como jefe de la oposición, declaró que era innecesario, después de la paz de Ryswick, ejército mayor que el que se tuvo después de la paz de Nimega, 1680; esta declaración, la opinión nacional contra los ejércitos permanentes, tal vez más que cuanto hemos dicho, las elecciones generales que se acercaban, y en las que se imponía halagar á los electores en tal sentido, fueron causas más que suficientes para que la proposición Harley se aprobara, determinando así un término medio, hasta cierto punto, entre lo que perseguían los dos grandes partidos que Somers y Trenchard representaban.

El Rey había dado á tan crítica situación todo el valor que tenía; para salvar el odio que empezaba á dar señales determinantes entre los elementos civil y militar, y que el conflicto se agravara si un miembro del Parlamento era agredido por algún Oficial, dispuso que estos se retiraran á los cuarteles; esto, que coincidió con aceptar á Sunderland su renuncia de Chamberlain, cuyos servicios tenía por indispensables, no obstante su desdichada historia, despejó un tanto el horizonte político, hasta el extremo que los Ministros intentaron anular la proposición Harley, pero fueron derrotados aunque por menos votos y buscaron una fórmula que les diera mejores resultados con forma legal.

El efectivo del ejército en 1680 era de 5.000 hombres esca-

sos; los regimientos de Tánger y los que estaban á sueldo en la Federación Bátaba, que de cierto modo podían considerarse como parte del ejército inglés, ascendían á otros 5.000 hombres; se propuso, pues, como interpretación á lo aprobado, que el ejército debiera consistir en 10.000 hombres, y la Cámara dió su asentimiento. Se trató de la suma que debía emplearse y no hubo conformidad; Harley propuso 300 mil libras y Montangue 400 mil, recayendo también en esto el que se aprobaran 350 mil como término medio; después, la Cámara concedió media paga á los Oficiales licenciados que sería un anticipo, y después una recompensa, logrando de este modo tener un núcleo numeroso de Oficiales prácticos en la guerra.

El bill de licenciamiento del ejército fué aprobado por las Cámaras, no era ocasión de combatirlo, ni de negar la sanción; el Rey lo comprendió así, y su discurso fué objeto de admiración por su valía y por el estoicismo con que fué pronunciado; ni en el recinto de la Cámara, ni en las calles, pudieron observar los más suspicaces jacobinos la menor señal de aquella tempestad que en su corazón rugía y que sabía dominar con su prodigioso entendimiento; era muy militar, amaba á su ejército, pero era más político y más esclavo aún del cumplimiento de su sagrada y altísima misión en el mundo; soportó y salió vencedor de la mayor prueba á que hubiera podido someterse su carácter de hierro y justas aspiraciones de hombres de tanta valía como la suya; sus enemigos no se vanagloriaron de nada en contra de este criterio, y el discurso quedó concluído ante su conciencia, diciendo: «La nación, en mi sentir, queda en situación demasiado peligrosa»; tuvo el valor de declarar sus íntimas convicciones y aún no sabía que otra mayor prueba le estaba reservada.

Se hizo una moción para que los lores prestaran su concurso á cualquier proyecto encaminado á que la brigada holandesa siguiera prestando sus servicios; fué aprobada, pero no sin voto de protesta de la comisión; y la Cámara de los Comunes se opuso, planteándose el problema entre otros razonamientos, con el siguiente: que puesto que no había ningún servicio honroso que no pudieran hacer los naturales del reino tan bien como los mercenarios extranjeros era muy de sospechar que el Rey necesitara sus mercenarios extranjeros para algún servicio que no fuera honroso;

que azules y amarillos combatirían por él hasta morir; pero que no querían uniformes extranjeros.

Guillermo, individuo de la raza de Nazau, no debía ignorar, puesto que de su familia se trataba, aunque era poco amante de los libros, que su bisabuelo había comenzado la larga como tan gloriosa lucha contra el despotismo, excitando á los Estados Generales de Gante, á exigir que todas las tropas españolas fueran retiradas de los Países Bajos. «Fueron los Estados», dijo el Príncipe de Orange á Felipe, y éste, cogiéndole el puño con mano convulsa, le replicó: «No los Estados, sino vos, vos, vos». Esta cita, que el lector le dará el valor que tiene, la hace Macaulay, buscando justificaciones al proceder de su Patria con aquel Rey.

El Rey tenía, pues, otra dolorosa afección que defender, y ciego ante las circunstancias, cursó un mensaje escrito de su puño á la Cámara de los Comunes que venía á decir: «Todos los preparativos están hechos para enviar fuera del reino los guardias que han venido con el Rey á Inglaterra, y que inmediatamente se embarcaran á menos que la Cámara, por consideración á su persona, estuviera dispuesto á conservarlos, cosa que sería muy de su agrado. Leído el mensaje, los jefes de la mayoría, después que un diputado propuso señalaran día para su examen, propusieron la cuestión previa, el conflicto era inmenso, la proposición fué aprobada y nombrada una comisión que redactara el mensaje, exponiendo las razones que existían para que la Cámara no pudiera satisfacer los deseos de S. M.; el mensaje se redactó, se examinó y modificó; pero se hizo constar en él como una reconvención, que se recordaba á S. M. su memorable declaración de 1688, en la que había prometido despedir todas las tropas extranjeras tan pronto como la liberación del reino fuera un hecho.

Guillermo acató la resolución de la Cámara, como no podía menos de suceder; el dolor de su alma se propagó á su cuerpo, haciéndole hasta perder el sueño, no se ocultó en ocasiones de ello bien ostensiblemente, pues el recuerdo de sus guardias, de aquellos que fueron sus compañeros en tantas jornadas gloriosas, no se iba jamás de su memoria. Los holandeses emprendieron la marcha, y pudieron ver que su valor, nunca desmentido, su honradez y sus bondades, á la par que sus esposas inglesas é hijos que iban con ellos, provocaban más bien pena que otro sentimien-

to; un chusco dijo, mejor aspecto llevan que cuando hace diez años vinieron á esta tierra que les ha dado sus frutos, á lo que contestó un soldado holandés: «lucida apariencia sería la vuestra si nosotros no hubiéramos venido»; réplica que en vez de protestas mereció aplausos; no podían hacer menos por los que tanto merecían.

En todos los órdenes de la existencia se obtiene el equilibrio que las fuerzas encontradas determinan por el término medio; así es que el pensamiento de Somers, que lo es de altos principios sociales, y que él lo aplicaba á defender la existencia de ejércitos regulares, puede hacerse extensivo á todos los órdenes de la organización: «si huímos de los peligros de la derecha, es á costa de acercarse á los de la izquierda», y el Rey, que así lo comprendía, en la política, en parte, y en el ejército, en todo casi, no pudo instituir y organizar como en los otros organismos del Estado. No descubrió el origen de llegar al crédito público, lo hemos visto, pero lo implantó en Inglaterra, salvó la situación, le dió grandes alcances y lo hizo, en fin, un factor fehaciente de prosperidad en las modernas sociedades, porque así es llegar del crédito nacional al particular, crear el Banco y cuanto de él se desprende, después de invertir la manera de ser de la City, en trocar las joyerías en casas de banca, de las que no había una, surgiendo la mutua confianza entre depositarios y depositantes; y esa corriente de transacciones, elemento principal, desconocido casi hasta entonces, fué la base, á su vez, del comercio actual y de las modernas industrias, gran período de preparación á las febriles actividades de nuestros días, que no hubiera llegado á ser, sin esta frase, la mutua confianza, que es una sola palabra: el «crédito».

Hemos visto las conquistas alcanzadas; la libertad de imprenta fué también una de ellas, y aquel gran Rey vió la riqueza asegurada, la libertad estatuída, la igualdad explicada y comprendida, y que los beneficios de las prosperidades todas caían sobre aquel pueblo venturoso sin limitaciones, pero no de manera persistente y garantida; por eso quería acometer los dos problemas, de los que dependía el total equilibrio en el interior, la política y la milicia; había que administrar, y se encontraba el modo, después de lograr la riqueza; era preciso garantir y respetar, y se tenía el medio; se imponía estatuir un equilibrio, y se intentaba con

iguales empeños, y como complemento, otra garantía de existencia, la particular de un pueblo en el concierto de los pueblos todos: Ejército y defensas.

¿Quién puede dudar, después de lo dicho, que en el reinado de Guillermo III las conquistas fueron muchas y de gran valía? Como fecha aproximada, puede darse la de 1695; para la de una de las más principales, la de formación del primer Ministerio inglés, su existencia fué impuesta por la adversidad, el peligro, por los inconvenientes en las realizaciones, pues muchos, las Cámaras, y directamente con el Rey, no podían dar pronto las facilidades de un acuerdo en las resoluciones que el Gobierno del Estado reclamaba.

Las tendencias ya determinadas en los grandes partidos por las juntas, formadas por los hombres más eminentes de ellos, fué la preparación para venir á una resultante: la de que los hombres se sometieran á una autoridad, *á la autoridad de los hombres superiores*, cuya sumisión representa la gloria tal vez mayor de las naciones libres. La administración fué confiada á cierto y reducido número de esos hombres que en todas las cuestiones graves y urgentes obraban entre sí de común acuerdo y con la mayoría de los representantes.

La dirección de la guerra y la diplomacia se la reservó el Rey, como propia de su natural competencia, y se delineó de este modo el concierto de los poderes en los modernos Estados, con funciones invertidas á las de aquellos Ministros, en cuyos trajes llevaban ojos, como símbolo de vigilancia, y que Herodoto nos describe; es decir: el Ministerio, poder ejecutivo, quedaba de término medio, entre el poder legislador, las Cámaras, y el nivelador, el Jefe del Estado.

No fué la última palabra, ni mucho menos, porque como dijo Somers, ningún legislador ha encontrado modo para que el gobierno de los pueblos sea justo y perdurable, y como esto se puede repetir hoy, y por todos los tiempos, porque el equilibrio inalterable, no es factor de existencia, hemos de reconocer los mejoramientos políticos conseguidos, de manera cierta, aunque no sean tantos como en los otros órdenes. Hasta á los duelos llegó aquel Rey previsor, asunto que nuestra sangre meridional no se explica y cuyo problema acomete con singulares bríos en nuestros días

para llegar á donde Inglaterra se encuentra, el Marqués de Cabriñana en su notable obra *Lances entre Caballeros*.

Y nos encontramos en la cuestión de vital interés: en la de organización de un pueblo, para la defensa de sí propio; en ella, el pueblo inglés, parte de un gran error, como dice muy bien Macaulay: «Mostraba seguridad donde debía haber sido tímido, y timidez donde debía mostrarse seguro». Jamás se dijo verdad más grande, porque por huir de la servidumbre incierta de algunos regimientos de compatriotas suyos, y en tiempo de aquel gran Rey, al que tanto debían, no temían desarmarse ante un ejército formidable que podía esclavizarlo, ya que estaba á las órdenes de un Rey ambicioso, que influía en su política, para lograr esa disolución del ejército, ante la crisis profunda porque la Francia atravesaba; que contó con auxiliares como Luxemburgo y Vaubán, y con una aristocracia delirante por la Patria; que demandaba los puestos de peligro, como Felipe, Duque de Chartres, con diecisiete años, hijo del Duque de Orleans y nieto del Rey; Luis, Duque de Borbón; Armando, Príncipe de Conti; Luis, Duque de Vendôme, Berwick, Sersfiel y otros muchos que sería prolijo enumerar; los ingleses olvidaban á este ejército, que fué el de las jornadas de Namur; jamás hasta entonces rendido, Steinkirk y Landen, los sabios consejos de Somers y la confianza y respetos á su Rey, todo lo olvidaban: á César en el pasado; el tener las previsiones de un Kruger, en el porvenir, y que por el imperialismo espantable, sólo presentido, se podían jugar cuanto eran y podían ser en el mundo.

Los deséxitos de Inglaterra se acentúan en su historia; la segunda etapa, como hemos dicho, se encuentra determinadísima en la guerra del Transvaal, y al proseguir esa historia, á la par que la nuestra, sus posesiones del Mediterráneo, del Asia, de Africa, de América, del mar del Sur, del Occéano de la India y del Occéano Atlántico, seguirán la marcha de los Estados Unidos; á esas colonias y protectorados, que en cifras, según el almanaque Gotha, se representan con k. c. 27.129.400, y su población con 361.700.000, ¡cifras que espantan!, aunque en ellas esté incluído lo que al Reino Unido pertenece, les sucederá lo que á nuestro inmenso imperio colonial; y una gran nacionalidad, como epílogo de la similar tragedia, hará con Inglaterra, que se cree gozar de

la verdad más pura de la existencia, lo que el Sol hace con la blanca nieve de la elevada cumbre, derretirla, descomponerla en ríos y torrentes, para que en varia mole y distintas velocidades, vayan á la masa común, á la inmensidad de los mares, pero después de producir con sus actividades la riqueza. Así es la masa social, de ella salen las nacionalidades y á ella vuelven para sumarse á otras, ó resurgir con las nuevas galas que el progreso les ofrece.

Inglaterra recoge hoy los frutos de sus ineficacias políticas y militares, ciega huía del imperialismo, y no se daba cuenta que marchaba á donde se encuentra, al imperialismo más absolvente que la historia conoce; gobierna y dirige á la cuarta parte de la humanidad casi; es una amenaza para la existencia de los pequeños Estados, que se revuelven, buscan y adquieren los necesarios medios de defensa, único camino de trocar el propio miedo en ajeno peligro. Y en cuanto al problema militar, fácil es observar, por lo que llevamos dicho, que los ingleses estudiaron y analizaron el problema, bajo todos sus aspectos, en el concepto defensivo, nunca en el ofensivo, ni aun después de la emancipación de los Estados Unidos, lo cual es imperdonable; han dominado y aun conquistado insurrecciones y territorios con su sistema, pero les ocurría lo que Somers dijo muy acertadamente: «sus luchas fueron como las de la Edad Media, milicias contra milicias, y las suyas muy superiores; esta circunstancia, determinó sus éxitos.

Pretender dominar el mundo, sin contar con elementos para ello, es como aspirar al predominio de las artes; sin pintores, músicos ni poetas; no siempre se tiene un Rey diplomático que sepa convertir sus resultantes políticas en elementos de guerra; y cuando el problema se presenta escueto, tal como es, sin hombres que sepan darle sus verdaderos auxilios, se tocan las fatales consecuencias.

Los ingleses debieron preveer que la milicia había de llegar á estar de la nación armada de nuestros días más distante que Francia y Alemania en 1870, y que del miliciano boer al miliciano inglés mediaba un abismo, de cuyo modo hubieran evitado los terribles fracasos sufridos, natural sucesión de no atender aquellas palabras de su gran Rey, cuando dijo: ¡¡Inglaterra desarmada está en peligro!!; hoy tal vez las recuerden con espanto, allá dentro de sus corazones, á la par que pensarán, que si nada puede

improvisarse, el ejército menos que todo, y el gran pueblo que nos ocupa lo justifica de manera inconcebible, dando al mundo el espectáculo de esas masas de hombres que han de manejar en deseos solo, porque no saben, las modernas armas, que desembarcan desde hace más de dos años, en las costas africanas, á cientos de miles, para pretender sujetarse á órdenes tácticos que desconocen, y buscar rendimientos en los fuegos que no han practicado; ellos son imagen de aquellos pobres campesinos españoles, que iban á las costas de Cuba y Filipinas en número que aterra, para no volver á su Patria; entonces el telégrafo, la prensa, la humanidad toda, repetía unos nombres: el Caney, Santiago, Manila; no mucho tiempo después, cuando aun no se habían extinguido aquellos ecos, que mostraban las tristezas de un pueblo vencido y despojado, otros nombres resuenan con asombro del mundo: Colenso, Modder-River, Stomberg y Tuguela, y es que la identidad de procedimientos dan iguales resultados, ó mejor dicho, que en el nacer y el morir todos somos iguales.

Francia.

I

ENRIQUE IV

Si perdéis las insignias y las banderas, os servirá de guía mi penacho blanco.

ENRIQUE IV.

Los cimientos para la gran nacionalidad francesa fueron casi simultáneos á los de Inglaterra, sólo que mientras ésta encontró quién consolidara y diera mayores extensiones á la obra de Isabel, que había de transformarse por la revolución en verdaderas conquistas y sociales mejoramientos, en Francia hubo un

Rey que casi la salvó, una revolución que equivocó los conceptos y unos jefes de Estado que antes y después de ella sólo hicieron una gestión personalísima, por lo que el fracaso se hizo inminente en plazo más ó menos largo, y de nación prepotente y directora con verdaderos alcances de hegemonía, se le ve hoy que vale más que por lo que es, por la alianza que tiene; condición bien triste á la que ha sido reducida por carecer de hombres que sean verdaderos estadistas.

Francia, deshecha en aquel entonces por la guerra civil que la religión agitaba, y en la que liguistas, políticos y hugonotes destrozaban la Patria, tenía sus campos sin cultivo, sus industrias escasas, poco menos que muertas; la exportación casi nula, el hambre cerniéndose sobre el pueblo esclavo, y los terrores sin cuento de la anarquía y de la pobreza por todas partes.

A la muerte de Enrique III se le presentaban á Francia las soluciones de los mismos problemas sociales que España tuvo; no era cuestión de dinastía entre Guizas y Borbones, era de libertad de conciencia, de independencia espiritual, de las realizaciones en las exigencias de las modernas sociedades y de las instituciones políticas, que cada vez se encontraban más enfrente de las doctrinas é instituciones de la Edad Media; con menos fortuna que España, sus nobles no habían sido sometidos, y aquella ley social, la variedad, se encontraba representada é influyente dentro del Estado; la encarnación del feudalismo necesitaba una fuerza mayor que las tenidas hasta entonces para ser destruída, una inteligencia privilegiada que lo comprendiera así buscando equilibrios y sostenimientos, un ser, en una palabra, de los que se designan con el nombre de escogidos, y éste fué Enrique IV.

París, con un Consejo secreto, compuesto de dieciséis personas á sueldo del Rey de España, precursor del Comité de salvación pública de 1792, creando «Chambres ardentes» para sentenciar y ejecutar á herejes y políticos, era digna capital de nación tan desdichada.

Enrique IV, derrotado, vencido y casi prisionero por Farnesio en Aumale, no pareció por un momento el llamado á salvar á un pueblo que de tanto necesitaba; jefe de los hugonotes primero, católico después, hugonote más tarde para ser católico nuevamente, se puso á la cabeza de un núcleo que salió de aquellas ma-

sas sociales que profesaba tolerancia religiosa, y que Obispos, sabios y estadistas engrosaban sus filas cada día. El edicto de Nantes, 4-1598, fué la realización de este credo, el génesis de un periodo mejor, y que al buscar esa tolerancia entre hugonotes y ultramontanos, imponía que en la vida pública fueran sólo franceses, olvidando sus diferencias religiosas, y no porque la época de este Rey no estuviera para ello preparada había de mermar su gloria por tal conquista.

Planteado el problema religioso con tan grandes alcances, el político lo llevó á cabo solo en los extremos que Fernando llegó á conseguirlo: doblegando á la nobleza, haciendo ejecutar á Biron, cabeza de los revoltosos, y haciéndose obedecer de liguistas y hugonotes, alcanzando de este modo la paz soñada, primera fundamentación de todo pueblo que ambiciona regenerarse; el problema religioso fué vencido con habilidad extraordinaria; el de la paz con no menor carácter al mismo tiempo, y para que se pueda formar un exacto juicio de la Francia en dichos aspectos, vamos á hacer las siguientes citas: Á los estados reunidos en Rouen decía Enrique: «Si yo quisiera acreditarme de gran orador, os hubiera traído más bellas palabras que buena voluntad. Pero con preferencia á hablar bien, aspiro al glorioso título de libertador y restaurador de Francia. Yo la he sacado de la esclavitud y de la ruina, con el favor del cielo y mediante los consejos de mis fieles servidores y la espada de mi valiente y generosa nobleza; ahora deseo que recobre su fuerza y explendor primitivo. Tomad parte en esta segunda gloria como en la primera. No os he reunido como mis predecesores, para que aprobéis ciegamente mis órdenes, sino para recibir vuestros consejos, creerlos, seguirlos y ponerme, en fin, bajo vuestra protección. Tales deseos difícilmente se les ocurren á los Reyes, á los viejos, ni á los victoriosos cual yo; pero el amor que profeso á mis súbditos y mi ansia de conservar el Estado, me hacen hallarlo todo fácil y honroso». La Asamblea no hizo, según costumbre, más que desordenar y tratar de cosas inútiles.

Como complemento de lo que llevamos dicho, citaremos una carta del Rey á Sully, consejero de Hacienda: «Ahora os diré á qué estado me encuentro reducido; es tal, que estando á dos pasos del enemigo, apenas tengo un caballo para combatir, ni un equipo

completo; mis camisas están hechas girones, mi jubón deja ver los codos, el gato duerme generalmente sobre el hogar y hace dos días que cómo y ceno acá y allá, porque mis proveedores dicen que no pueden suministrarme lo necesario para mi mesa, con tanta más razón, cuanto que hace seis meses que no han percibido un solo sueldo. Y sin embargo, ved si merezco ser tratado de este modo, y si debo sufrir por más tiempo que los encargados de las rentas y tesoreros me maten de hambre, mientras ellos tienen mesas espléndidas, que mi casa está llena de miserias y la suya de riquezas, y ved, por fin, si no estáis obligado á venir á asistirme lealmente, cuando yo os lo ruego».

Y por último, decía el Rey á los estados provinciales: «Me habláis de los privilegios de vuestro país, cuando esos privilegios no sirven más que para facilitar las sublevaciones; los mejores privilegios que puede tener un pueblo, son su bienestar y el favor de su Monarca». Lo que nos mostrará, que el Rey, creyendo inútil la elocuencia, se concretó á los actos que propenden al bien del Estado, buscando lo que no le dieron, consejos, deficiencia de organización política, por la manera de ser de aquellos Estados y su modo de representarlos; que el Rey pone de manifiesto la desorganización en la cuestión administrativa, y que conociendo el mal en la política, en la administración y en la tendencia separaratista de los Estados dichos, traza los fundamentos del absolutismo culto, que después ejercieron Richelieu y Luis XIV, pero buscando el apoyo del pueblo, pretendiendo ser un Rey verdaderamente democrático; anomalías hijas de la falta de generalizaciones de dominio.

Efectivamente, el duque de Sully fué un hombre eminente; si el Rey constituyó un carácter, una figura entre las de más relieve de la humanidad, su ministro inició, entre otras cosas, la ciencia rentística que fundó en dos principios notables administrativos; el primero, inspección de los funcionarios, y el segundo, inaccesibilidad, respeto de los cortesanos, nobles y empleados de Hacienda. Se encontró con una deuda de 348 millones de libras, (una peseta cada una) y unos ingresos de 30; Sully aumentó los ingresos, y en el último año del reinado de Enrique, obtuvo un sobrante de cerca de la mitad de ellos. Oncken en su *Historia Universal*, dice: «¡Qué diferencia de lo que en España acontecía!; en

esta nación, expantoso desorden, déficit crónico, de cuando en cuando una bancarrota del Estado, miseria por todas partes».

Sully destinaba el sobrante á tres cosas: á fondo de guerra, que llegó á 41 millones y un tercio de libras, más que doble que lo que tiene el Imperio alemán hoy para extinguir la deuda, pagando hasta cien millones, y por último, para rescatar las rentas del Estado empeñadas y los dominios enajenados, aplicando 60 millones, llegando á importar tales mejoras 200 millones en doce años.

Los duelos merecieron la atención del Monarca, aunque no de manera eficaz, pues en doce años ascendieron á 4.000 los nobles muertos en ellos.

Respecto á la política extranjera, tuvo el Rey por consejeros á Willeroy y Janni.

En cuanto á la agricultura, Sully, decía: «La agricultura y la ganadería constituyen los dos pechos que alimentan á la Francia y son las verdaderas minas y tesoros del Perú»; las preferencias que dió el Rey á este ramo de riqueza en la nación, rebajando las cargas en cuanto era posible, prohibiendo que los embargos recayesen sobre los aperos de labranza y otros elementos indispensables de ella, hicieron que se considerara su tiempo, cual edad de oro, hasta el extremo de recordarse con envidia, como si entonces los campos dieran más rendimientos, los prados mostraran eterno verdor y los árboles ostentaran más abundantes y sabrosos frutos.

Amante el Rey de su pueblo, buscando en él la verdadera base de su reinado, observaba que mientras morían de hambre los pobres á cientos, la nobleza y banqueros desplegaban un lujo extraordinario, comprando á elevadísimos precios las telas en el extranjero, y exclamando: «quien atente contra mi pueblo, atenta contra mí»; dió á tan importante problema cuanta importancia tenía. No era Sully el llamado á resolverlo, y el Rey, que tenía como una de sus principales condiciones, la de saber escoger á los que habían de auxiliarle, pensó en Laffemas, quien aconsejó al Rey todo lo contrario de Sully, y la Francia que se sentía morir, porque no sólo dejaba de crear nuevas industrias, sino que las antiguas iban desapareciendo; que tenía una exportación casi nula, y una importación de géneros de seda y otras ropas, de 12 millo-

nes de escudos de oro, sintió los beneficios incalculables que le daba la penetración de su gran Rey; que creó cámaras de comercio, protegió las industrias decadentes é hizo que las actividades llegaran á tanto que las fábricas en producción fueron muy numerosas. Fundó además el cultivo de la seda en Francia, y cedió las galerías bajas de su palacio para que expusieran en ellas los productos industriales, lo que hizo decir á Michelet: «En el Louvre vivieron, bajo un mismo techo, el Rey y el pueblo».

Auxiliado por Sully, y á fin de que se equilibraran las provincias en sus productos y colocación de ellos, nombró á su ministro gran maestre de caminos de Francia en 1599, el que concibió un vasto plan para establecer una red de caminos, haciendo entre ellos una distinción, según que debía correr á cargo del Estado, de las provincias, de los municipios ó de los particulares. Plan complementado en el exterior con los tratados de comercio que garantizaron de la piratería, la exportación francesa y su facil colocación, llegando con éstos procedimientos á tal estado de riqueza y bienestar que se decía: «El Rey se trae el dinero de los extranjeros, vendiendo los objetos de lo que á sus necesidades les es preciso, y con este mismo dinero se fortalece contra esos propios extranjeros. En Francia sólo se ven pistolas; doblones y medios duros, de España; florines y albertos, de los Países Bajos; jacobos, anjeles y nobels, de Inglaterra; zequíes, de Polonia, y ducados, de Alemania, con los cuales se llenan las arcas reales y particulares».

Sus grandes alientos no se limitaban á cuanto llevamos dicho, y acometió la empresa colonial, que era en efecto el complemento de las gestiones varias llevadas á cabo para el engrandecimiento de su Patria; pero fué desgraciado en la creación de una marina de guerra, tal como requería la protección de los éxitos alcanzados en las colonias, lo que influyó como la guerra de los siete años, después, en la que Federico echó los cimientos de la grandeza de Prusia, para que aquella colonización francesa fracasara en América, que empezó en su reinado, y tras de siglo y medio de constantes éxitos, llegó á amenazar la existencia de las fundaciones anglo-sajonas, no terminara su obra dándose la mano franceses y españoles y siendo América toda de la raza latina.

Rey militar por excelencia, y á más con las exigencias de la

política, que hacía tratara de destruir la preponderancia de la casa de Habsburgo, en Europa, había de cuidarse necesariamente del ejército, cuya organización la fundamentaba de la manera siguiente: tener el menor ejército activo posible, con facilidad para aumentarlo por medio de la movilización; formar un ejército nacional, y destruir el carácter feudal, sobre todo en la Caballería. La primera base, por el estado de la hacienda, el número de soldados lo fijó como máximun en 20.000, cuidándose además tenerlo todo preparado en armas y víveres, adquiridos con los ahorros, para que en un momento dado se aumentara la fuerza. Sully fué en esto su poderoso auxiliar y ejemplarísimo en administración militar; esto le permitió en 1610 poner un ejército en pie de guerra de 70.000 hombres, logrando que fuera Francia el primer Estado militar de Europa.

Desechó los suizos y alemanes, teniendo la gloria de crear con los veteranos de la guerra civil, la infantería nacional francesa; Sully merece el natural elogio, por haber instituído una buena artillería y cuerpo nacional de Ingenieros, que hasta entonces eran extranjeros, complementándose esta obra nacional con un establecimiento de inválidos, una escuela de cadetes, y en el propio palacio del Rey, una escuela militar, lográndose un ejército con oficiales instruídos, soldados valerosos y adiestrados, é ingenieros como Errard, cuyos trabajos del poderoso cerco, completó Vaubán más tarde.

No descuidó los mejoramientos de la capital, ni las actividades científicas, de prelación siempre determinada y fundamento de las actividades todas, pues así debió entenderlo un Rey de sus condiciones.

Enrique IV fué un imperialista más; Cantú, Oncken, Philippson, Ritter y otros muchos historiadores y filósofos, nos lo presentan, en unos casos con igualdad de criterio respecto á sus condiciones y tendencias; en otros, todo lo contrario; nuestro juicio ya está emitido, fué tal vez sorprendido por el puñal asesino, cuando más sueños y aspiraciones á realizar tenía; en algunos casos, al consultar á esos autores y otros, vemos que no marcan un derrotero fijo; en lo que unos creen suyo, otros lo suponen de Sully, y de todos hemos sacado la consecuencia, que su reinado fué una imitación de los métodos de la Edad Media, bajo cierto punto

considerada, y hoy de lo que se pretendió en las conferencias de La Haya por el Czar de Rusia, es decir, una hegemonía encubierta hábilmente, pero de carácter universal, la nacionalidad única buscada por la religión, por la política, por la fuerza de las armas y de otras formas, que se prestan á otra exteriorización, siendo idéntica en el fondo.

Cantú lo da por hecho, y dice al hablar de Enrique IV. «Los últimos años de su vida los pasó en paz, venerado, temido y árbitro de la Europa. Pensaba dar á esta la forma de una república, compuesta de cinco monarquías hereditarias; Francia, España, Islas Británicas, Suecia y Lombardía, que comprendía la Saboya, el Piamonte y el Milanesado; seis electivas, los Estados Eclesiásticos con Nápoles, Hungría, Alemania, Bohemia, Polonia y Dinamarca; dos repúblicas democráticas, las de los Países Bajos con Juliers, Cleveris y Berg, y la de Suiza con Alsacia, el Franco condado y el Tirol; dos aristocráticas, Venecia con Sicilia, é Italia compuesta de Toscana, Génova, Luca, Mantua, Módena, Parma y Mónaco. Las cuestiones entre estas potencias, debían juzgarse á pluralidad de votos, por un Senado que resolviese también sobre los asuntos generales, entre los cuales serían los primeros de entender la Hungría y la Polonia de los Turcos, y la Suecia de los Rusos, á los pueblos contra el despotismo y á los Reyes contra el espíritu sedicioso».

«El Gran Plan», que así se llamaba, y que tenía por objeto para Enrique el ataque que pretendía dar á la casa toda de Habsburgo, dice Philippson y apoya Ritter, que la tradición la atribuyó á este Rey, pero que una especie de república cristiana que formase una eterna alianza de paz entre quince Estados que uniesen todas sus fuerzas para arrojar á los turcos de Europa, era inverosímil de tal origen, porque Enrique IV era un político práctico y amigo de los turcos además, para concebir ideas tan quiméricas. Y agregan, el segundo, con pruebas documentales diplomáticas, que examinando el origen de la tradición, se verá que «El Gran Plan» sólo estuvo en la mente de Sully, que había sido separado del Gobierno y que entretuvo sus ocios en escribir memorias fantásticas para glorificarse á sí y á su Soberano á costa de sus respectivos sucesores.

Dando punto final á lo que pudiera dar lugar á largas diser-

taciones, hemos de deducir que, aun suponiendo «El Gran Plan», obra de Sully, del mismo modo que el «Consejo de Razón» y otros hechos que el tiempo se ha cuidado de no atribuir á Enrique IV, hemos de deducir, repetimos, que este Rey fué excelente administrador, distinguido hombre de Estado, soldado heroico, notable General, y de clarividencia extremada en los problemas religiosos y políticos, que acudió con gran solicitud á cuantos organismos forman un Estado, y que le cupo la gloria de ser el primero que puso la idea de la Patria por encima de las limitaciones religiosas, al establecer la tolerancia religiosa para realizar la igualdad de derechos ante el Estado y dentro del Estado, muriendo víctima de tan noble idea. Sus altas concepciones fueron tan valiosas en este sentido, que la humanidad necesitó sufrir las miserias y desastres de prolongadas luchas para llegar á ellas. Se había visto lo que hoy se evidencia más claramente: que la reforma, con sus divisiones y guerras, no podía conquistar á toda la humanidad; las antiguas creencias abandonaban la defensiva y atacaba con los convencimientos de la fe, consiguiendo España y los Habsburgos tan grandes ventajas, que Isabel de Inglaterra y Enrique ofrecieron un armisticio á la contrarreforma, situación de donde nació la tolerancia del gran Rey que ha de llevarnos tal vez á las realidades de doctrinas sustentadas por eminentes filósofos, y que sólo en esa tolerancia ha de fundamentarse.

El criterio de este Príncipe determinó una nueva época; pertenecía al porvenir, pues después de llegado á él, las generaciones sucesivas habían de emplear, con más eficaces éxitos, la persecusión de otros fines que les llevara á horizontes más vastos en los órdenes del progreso, que este Rey sólo planteó en sus elementos más simples, y que en las evoluciones naturales, por el estancamiento, había de conquistarse por las revoluciones, como la ley manda, todo lo que pudiera estatuirse y organizarse de una manera científica, pues el atavismo, la oscuridad en el saber y las resistencias en conceder todo lo que al hombre pertenece, vienen á ser como los diques que se oponen á la pujante marea, que, si no los rompen de frente, mueve la arena, socava los cimientos, y aquellas moles inmensas de piedra se hunden y desaparecen por querer resistir lo que es imposible, la ley de Dios; tal es el origen de las revoluciones.

Enrique IV preparó la Francia, salvándola entonces, para las luchas del porvenir, en las actividades todas del hombre, mostrándole los caminos para la segura llegada; despojó á las clases absorbentes del Estado de todo cuanto podía redundar en beneficio de aquel pueblo que veía morir, é hizo abstracción de todo para sí propio, siempre que en beneficio de la Patria resultara; ¡bien harán los franceses en rendir culto y perpetua memoria al que fué para ellos, según nosotros, el Rey de sus Reyes!

II

EL ESTADO SOCIAL

La Francia tenía, por lo tanto, sus problemas sociales en solución determinada, y de ellos el religioso con un gran paso al porvenir, la tolerancia, y el político con mejoramientos remarcables; pero el tiempo y los hombres se cuidaron de trocar en escepticismo aquella tolerancia, y en absolutismo culto, como hemos dicho, estos mejoramientos.

El general Trochu, al sintetizar en su obra *La Societé, L'Etat, L'Armée*, la notable obra *La Cité Antique*, de M. Fustel de Coulanges, dice: «A pesar de las diferencias tan profundas que separan la antigüedad pagana del mundo cristiano de hoy, las creencias, la dirección intelectual, las costumbres, las instituciones, etc., que hacen toda comparación imposible entre sociedades tan diferentes, ellas tienen un terreno común, el de las revoluciones que conmueven su equilibrio social, político, militar; y fenómeno singular, estas revoluciones tienen en su origen las mismas causas, en su desarrollo las mismas fases y los mismos efectos que se suceden en el mismo orden».

Lo acabamos de evidenciar, y para mayores fundamentos lo vamos á ampliar en el proceso histórico: la sucesión de clases en el gobierno de los Estados produjeron en Grecia y Roma tiranos populares en la primera, y césares en la segunda. La monarquía que pierde autoridad política, el gobierno aristocrático de la

cuna, que cede á las imposiciones liberales y de la aristocracia de la riqueza; la democracia que asalta los altos puestos, la demagogía que por la anarquía la sustituye y el cesarismo que ha sido siempre el prefacio, que deslumbra en un principio, pero que luego muestra la decadencia cierta de las naciones, traza ese ciclo invariable de todo pueblo que llegó á ser bastante para dejar historia, la que nos muestra y advierte sabiamente, de lo que se ha de huir para encontrar los bienes.

El móvil ha sido siempre el mismo: la lucha entre los que tienen y los que no poseen; la codicia de tener, el goce de dominio, las necesidades, los apetitos, las pasiones que impulsan para apagar la sed de cuanto se anhela, han dado siempre origen á las guerras civiles, á las revoluciones y á las guerras en el exterior; todas ellas son accidentes más ó menos acentuados, de las evoluciones que marchan con mayores ó menores velocidades á su fin; aquellas son las causas exteriores, éstos las leyes fundamentales, aunque de nuevo insistamos.

Los ejércitos, solicitados por los partidos, enervados por el escepticismo ya religioso, ya político, ciegos por las ambiciones personales, sin la virilidad por aquellas comodidades que aconseja el mejor estar, y otras causas, pierden no sólo la disciplina, sino hasta el sentimiento de la alta misión que les está encomendada, llegando en situación tan desdichada á la del peligro que será para ellos de los fracasos, porque se encuentran entonces desorganizados ó deshechos y se hacen sospechosos á sus naciones que nada esperan de ellos; los partidos luchan sin fe, sin verdad, sin dignidad y sin justicia, y entonces todo se vuelve en las naciones que están próximas á desaparecer, acusaciones recíprocas, odiosas recriminaciones, que vienen á ser precursoras siempre de los grandes conflictos; de ahí que los estados social, político y militar estén tan íntimamente ligados, que requieran un constante y perfecto equilibrio.

Nada nuevo hemos dicho; nos adelantamos otra vez al predecir lo que con la Francia había de suceder necesariamente y exponemos las causas; Enrique IV fué Rey absoluto, suyos eran los destinos de la Francia y disponía de ellos á su antojo; pero la fe en su Rey era una verdad; el pacto social, político y religioso un hecho; la ciencia llamaba á los espíritus al trabajo; transforman-

do la inteligencia pública y la filosofía, indagaba en la historia la manera de ser de otros pueblos, y sucediendo esto así, la nación se unía en vez de dividirse; las competencias no existían, las guerras civiles no amenazaban; las revoluciones dejaban de estallar y las fuerzas preponderantes del interior evitaban las guerras exteriores, pues no de otro modo dejan de salir á la vida estos signos de la decadencia de los pueblos.

El reinado de Enrique IV, lo diremos otra vez, fué de grandes mejoramientos: un período de transición para salir á la grandeza casi cierta, con poco esfuerzo; pero Francia no tuvo la fortuna de Inglaterra, le faltó un Guillermo III; Luis XIV fué Rey más absoluto que Enrique, su frase lo dice: «El Estado soy yo»; Napoleón I, más todavía, si esto es posible; recordemos cuando decía: «Donde esté yo, está la Francia»; y Napoleón III, cosechó los frutos de lo sembrado tan á manos llenas por sus antecesores y que sus condiciones también supieron cultivar, los del cesarismo más radical; y la burguesía, esa avanzada del pueblo en nuestros días, fué su heredera, ya que no estaba preparada la nación para otra cosa, después de haber ensayado los otros estados sociales, que recordará con verdadero espanto, sin que por esto la izquierda deje de trabajar para lograr magistrados, leyes y congresos suyos; tal es la ley.

El estado social no fué más afortunado en lo que á la religión se refiere, de la tolerancia en vez de llegar á su planteamiento con mayores extensiones, la Francia se vió envuelta en el más completo escepticismo. El ideal religioso en los griegos y romanos, no iba más allá del culto de sus antepasados, de la devoción del hogar; la poca coexistencia de esta religión, que fué no obstante durante siglos la fuerza reguladora de las grandes sociedades, desaparecidas por las profundas revoluciones, no nos presagia el decaimiento del ideal cristiano, que nos ha revelado por la libertad individual, por el espíritu del sacrificio y por la caridad, que la antigüedad no ha conocido la dignidad ni la grandeza de la condición humana, que si remarcable ha sido para el hombre, más aún se ha significado en la mujer.

Veamos las causas que han existido para este cambio en el orden natural de los hechos. En toda religión, como hemos dicho, es preciso distinguir entre el fondo y la forma; el primero es el

dogma original, invariable, la esencia misma de la creencia; la segunda es el conjunto de las nociones doctrinales, que son de tradición, que reglan el ejercicio del culto, y que deben modificarse con aquellas exigencias del espíritu y las costumbres que el tiempo señala, y fácil es colegir que si la forma no se subordina á estas exigencias, el fondo no tarda en ser discutido, causas principalísimas que han determinado las reformas que á su vez lo han sido de guerras y desdichas sin cuento; esto es lo que vamos á demostrar.

El dogma original del paganismo tenía tal alcance moral y filosófico, que pudo comprender por largo tiempo todo los principios políticos y legislación civil. Por los cultos que profesaban, por el poder sin límites de la autoridad paternal, por el derecho de propiedad, por el casamiento, por el derecho de sucesión, por los organismos militares, etc., la antigüedad tenía cuantos elementos necesitaba una constitución social duradera. Pero al lado de esto, que se puede considerar como un verdadero imperialismo, existía una mitología con prácticas rituales, en las que dominaba la superstición, y cuando los espíritus se emanciparon por una civilización sabia, investigadora y sensualista, toda la mitología y sus ritos fueron abandonados al pueblo, á tal extremo, que los mismos que los practicaban, se reían entre sí, no pudiendo llegar más bajo su nivel social.

Ese factor que tanto conquistó la fe, mató lo sociedad pagana del mismo modo que fué venciendo, después de siglos de lucha, cuanto se le puso delante desde que Cristo nos la mostró. En la religión cristiana hay, como es consiguiente, dogma y ritos; el dogma es el Evangelio que ha sobrevivido á todas las revoluciones de la civilización moderna, no imponiéndose sólo por la fe, sino por las fuerzas morales, sin las que las sociedades no pueden existir y perdurar, fuerzas que eleva al hombre á la libertad individual, que es preparación de la colectiva, que antepone el derecho á la fuerza, al sacrificio y á la caridad, señalando al mundo estos principios superiores y separando por último, el Evangelio, la religión de la política, demostrado con estas palabras de Nuestro Señor: «Al César lo que es del César, á Dios lo que es de Dios», y estas otras: «Mi reino no es de este mundo».

En cuanto á la forma, los apóstoles mostraron á la humani-

dad lo que puede la inteligencia de los hombres; ¡doce formaron la compañía de Jesús!; ellos y sus sucesores los Pontífices, fueron los llamados á cumplir esta gran misión doctrinal, con la plenitud de la autoridad con que estaban revestidos. No hemos de insistir sobre lo que tan debatido tenemos; pero bástenos observar que Dios ha permitido el contraste más grande que la humanidad registra, al recordar las grandezas de los Gregorios, y la humilde existencia de nuestro Pontífice León XIII, de todo despojado y viviendo de la caridad cristiana, en estos tiempos que la importancia social la determina, las extensiones de la propiedad y los raudales de oro.

En esta gran evolución hay que reconocer la ley providencial, ¿de decadencia para el orbe católico?; todo lo contrario; de exageraciones para la limitada inteligencia del hombre, que sólo en ellas puede comprender la verdad en lo que es tan difícil de conseguirlo; á Dios por el amor y la mansedumbre, á la Patria con Dios y con el trabajo, y á los dos con la fe y el heroismo; tal es la dirección del espíritu de los pueblos que van delante, oponerse á ello sería estrellarse contra un imposible, y de esta lucha palpitante, titánica, sin descanso, nació en muchos espíritus lo que les era más acomodaticio: la indiferencia en vez de la tolerancia, derecho del hombre en el Estado, y de la indiferencia al escepticismo no hay más que un paso.

El escepticismo lo ha invadido todo: el derecho, la filosofía, el hogar, hasta el ridículo, confundiendo el dogma con la forma y dando ocasión de penetrar en el ajeno campo, lo que ha hecho que el convencimiento unas veces, y otras la fuerza, hayan reconstituído los hechos. Hemos visto que la Iglesia tuvo una larga época de soñar con el imperialismo y que trató de realizarlo en las formas que á ello la aspiración se presta; el espíritu público contrarrestó la tendencia con cuantos medios fué necesario para vencer y llegar á donde en nuestros días se encuentra, y extremándola despojó á la Iglesia de sus bienes, y á sus representantes, ya seglares, ya regulares, de la importancia pública de otras veces, se ven reducidos, sin que dejen de disputárselo, á educadores de la juventud ó de humildes funcionarios religiosos pobremente retribuídos por el presupuesto del Estado, á veces sin este auxilio, y lo que es más, sin que cuantos elementos valiosos acumulan sean bastantes para evitar que en algunas naciones los traten como enemi-

gos del bien público, y que los persigan de la manera que hoy lo hacen en Francia.

Si los señores feudales, los Reyes y Emperadores, no hubieran encontrado eco en la opinión pública, nada habrían conseguido; pero las exageraciones del fanatismo por una parte, y por otra las exaltaciones de los enemigos de la Iglesia, han dado esas facilidades necesarias para auxiliar los éxitos. «Yo creo, dice Trochu, opinión nada sospechosa, que la Iglesia haría acto de sabiduría y serviría bien á los altos intereses que representa, absteniéndose de hacer revivir, autorizadamente, sin necesidad especial, estas tradiciones, que tantos siglos, tantas revoluciones sociales y políticas separa de nosotros. La libertad de escoger entre el bien y el mal, agrega, la tiene el hombre; para distinguirlos le concedió Dios la conciencia; y la enseñanza cristiana le dice como complemento: «A cada uno según sus obras». Trochu aboga porque no intervengan en la política los servidores del Evangelio, del mismo modo que sucede en el ejército; que no deben aspirar á condecoraciones, y que las manifestaciones públicas religiosas á nada favorable conduce á la Iglesia, pues se provoca la falta de los indiferentes, la ofensa de los enemigos y la venganza de los apóstatas y herejes.

«La fe, continúa, tiene necesidad de los santuarios, los encuentra en el fondo de las almas donde habla la conciencia, en la casa de Dios, donde reina el recogimiento y la oración; en el claustro, donde van á enterrarse las grandes vocaciones, y en las grandes decepciones y dolores que el mundo no puede consolar, y en el cementerio, lleno de advertencias y silencio, donde reposan los muertos».

Fervientes católicos, son partidarios de esta escuela; ella se adapta más á la que nuestro Pontífice sustenta, sin bienes, más que con los que los fieles le proporcionan; y siendo la entidad moral con admiración de todos, de más relieve de nuestros días, árbitro de la paz y de la guerra en ocasiones dadas, y más cerca del Señor; si esta distancia ha de medirse por los grandes respetos que inspira, ante él se postran las testas coronadas y tiembla la mano que ha sabido llevar la espada victoriosa, preciado lema perseguido por todos los ejércitos.

En estos tiempos, sin embargo, en que parece debiera regir

solo la economía y el derecho, del mismo modo que á la Iglesia se le concede el signo de resignación y de paz, en que impera la civilización trascendental, la Providencia permite como en otros, para que la actividad no cese y que la verdad se busque, que impere la fuerza, y que los pueblos inocentes de las faltas de Emperadores y Reyes, unas veces, y otras de la manera de ser de sus hombres, se vean despojados unos y presos otros por la servidumbre, como Francia con Alsacia y Lorena, y España con Cuba, Puerto Rico y Filipinas, de igual modo que en los tiempos de la barbarie.

Sobre estos despojos, sobre estas mutilaciones de los Estados, cuyos trozos palpitantes bendicen un pasado que odiaban, y execran un presente esclavo, debe existir la protesta de un anciano venerable, ¿por qué no decirlo? santo, y la vergüenza de los pueblos victoriosos: ¡Qué espectáculo para el mundo, y qué enseñanza para la Iglesia!: las naciones á la defensiva, teniendo las débiles igual finalidad, la Iglesia refleja en su cabeza visible, encerrada en su pobreza, en sus virtudes, en su misión de dirigir las almas, en la de consuelo, de caridad y de paz, como viendo el camino único, no de reinar en los pueblos, sino de gobernarlos.

El Papa, ese poder moral más prestigioso hoy que nunca, es el único amparo de las naciones amenazadas por el socialismo. Francia, dividida por la ley de asociaciones en dos grandes partidos, de radicales y socialistas el uno, y el otro de republicanos, conservadores, realistas y nacionalistas, ha tenido que halagar para contenerlas, por el proyecto de Waldek Rousseau, á las masas ateas revolucionarias que pretenden sin duda lo que Diderot: «Extrangular el último Monarca con las entrañas del último sacerdote», cometiendo con esto otro error sobre los demás cometidos y no menos graves.

En Alemania se sigue el procedimiento contrario; su Emperador, lejos de perseguir y expulsar á las congregaciones religiosas como hasta ahora se hacía, les abre las puertas del Estado á varias de las echadas de Francia, pues comprende que no tiene otra defensa contra esas masas socialistas, ávidas de predominio. En Italia, aquella tirantez de relaciones entre el Vaticano y el Quirinal, después de la célebre frase de Pío IX *Non possumus*, va desapareciendo, pues en la inteligencia de los dos poderes, está pre-

cisamente la defensa contra el anarquismo. La Rusia necesita un término medio entre las dos grandes tendencias, la que representa el Santo Sínodo, que excomulgó á Tolstoï porque trató de de recabar del Czar el libre pensamiento y la tolerancia religiosa, lo que costó mucha sangre, y la de este apóstol de la extrema izquierda de ese anarquismo que mueve el brazo del asesino que sabe morir por el credo de la idea. En la misma Inglaterra, la representación del partido católico en el parlamento, tuvo tal importancia que consiguió, en el acceso al trono de Eduardo VII, la modificación de la célebre Declaración que el anglicanismo estatuyó, venciendo en la forma, pero que el catolicismo ha sabido desvirtuar creciendo en el fondo, haciendo prosélitos en la reforma, que se ha disgregado además en el indiferentismo religioso y que casi le queda en su ritualismo la liturgia de la iglesia ortodoxa.

En los Estados Unidos, en Austria, en Portugal, en la Confederación Helvética, en todas las naciones, tienen el problema religioso, con más ó menos gravedad; pero ni el miedo á los partidos avanzados, ni la indiferencia, ni el escepticismo de Francia, ni el fanatismo de España, darán nunca la solución del problema, porque se encuentra sólo en la idea de Dios, que es la luz para el hombre en el catolicismo bien entendido; en la tolerancia, aunque lo digamos una vez más, que nos mostró Santo Tomás, y que nuestro sabio Pontífice nos aconseja al decir: «Venced el mal por el bien», recordando las palabras de Cristo: «Amaos los unos á los otros», porque sólo por el amor se llega á buscar el equilibrio entre los trusts y lo que dice Eliseo Reclus, entre otros apóstoles del internacionalismo: «Pero tenemos una ventaja en la que nadie puede igualarnos, y es que nuestros enemigos persiguen una obra funesta y nosotros sabemos que la nuestra es buena, humana, santa; ellos se odian, nosotros nos amamos; ellos se esfuerzan en hacer retroceder la historia y nosotros marchamos con ella»; invocan el amor á imitación de Cristo, pero no por la caridad, sino por la usurpación, y he aquí precisamente el falseamiento de la doctrina; su misión es, pues, en nuestro juicio, no estatuir, sino limitar, contrarrestar esas fuerzas acaparadoras de sindicatos de millonarios y fabricantes que amenazan absorber el mundo.

*
* *

Examinado bien sucintamente asunto de tal importancia que envuelve los deberes que la religión nos impone, y cuanto por la religión sentimos, justo parece que entremos con idénticas consideraciones con los que el mundo nos demanda, y lo que nos inspira. Existen dos clases de deberes, los generales y los reglamentarios: los primeros el nombre lo dice, y los segundos los que son particulares á los ejércitos y á las corporaciones jerárquicas, y que, por tener sanción penal, son los impuestos.

La conciencia rige esos deberes generales, que puede considerarse que abarca á todo cuanto con ella se relaciona: los de la civilización moral, los de grandes servicios, caracteres, etc., deduciéndose que los deberes nacen y son hijos de la creencia.

Los deberes impuestos y que al equilibrio social tanto afecta, se muestran en la duración misma de la nación, por la perfección de sus organismos, alcanzados por esos deberes que á sus individuos el Estado ha impuesto, por la fe de la tradicción que les liga á los respetos de la vida; sin esta fe, sin este modo de ser, la indolencia en todo y el escepticismo, son los factores que más preponderan, falta el respeto mutuo y el que á la autoridad debe guardarse, y los pueblos se dividen y mueren, consumidas las actividades que el progreso exige constantemente, al no ser reemplazadas por las de otros hombres en sus creaciones intelectuales.

Un pueblo sin fe religiosa, ni concepto de sus deberes sociales, ¿qué puede ofrecer?; en la hora del peligro, los que con las armas defienden el suelo de la Patria, su hogar y su familia, sin creencias en la otra vida, sin conciencia de cuanto de ellos se espera, ¿llegarán al heroismo?; ¿alcanzarán la corona del mártir?, no por cierto; necesitaban para ésto una educación cristiana y militar, y en Francia, hemos de advertir, que no sucedía tal cosa, que se educaba en el colegio y en el regimiento, sin verdad ni método, y con la pasión de las distinciones honoríficas.

En el ejército, más que en otra clase social, se impone la observación de los deberes de la conciencia y los de los reglamentos, siendo la diferencia remarcable entre los que tienen ó no estas observancias, pues depende de ello que puedan resistir las terribles pruebas á que los someten las guerras y cuanto con ellas se relaciona.

En Crimea, en el sitio de Sebastopol, no obstante lo dicho

del estado religioso del pueblo inglés, pudo notarse la diferencia del ejército de Inglaterra y el francés en las prácticas religiosas. Los domingos, los oficiales ingleses que no estaban de servicio, se reunían al rededor de su general en jefe lord Ranglán, para asistir al oficio y al sermón del ministro del culto; los soldados tenían gran recogimiento, dando con ésto al acto un carácter de verdadera solemnidad, sucediendo todo lo contrario en el campo francés.

El ejército alemán, en el sitio de París, 1870, venía á ser como el inglés; conducidos los católicos por sus oficiales, iban á las Iglesias en largas filas, observando la mayor compostura; estos dos ejércitos y el ruso, con una constitución, tradicción y composición distinta, pero sometidos á la religión y á la disciplina, son verdaderos ejemplos como observadores de los buenos principios militares. Después de la batalla de Inkermann, dice un testigo presencial, de los 4.000 muertos y heridos que resultaron, ni uno sólo se levantó ó enterró que no llevara, los oficiales una imagen santa y los soldados una cruz.

Entre los deberes existe otro principalísimo, el respeto de la jerarquía social, muerto para siempre en Francia; dice Trochu: á los ingleses, rusos y alemanes, no les entra en su espíritu la idea que ellos sean de la misma esencia humana que sus jefes militares, que les parecen una clase superior, por la que tenían antes de ser soldados gran deferencia, y que después de serlo, era aún mayor; lo que viene á ser para el mando un complemento de prestigio y autoridad.

Los soldados franceses desconocían esta condición, observan los deberes que los reglamentos les imponen, sujetos á una pena tarifada, según la falta, y estas y otras razones prolijas de enumerar, condujeron al ejército francés á los descalabros de la guerra del 70, porque carecían, en una palabra, de aquellos respetos que dan una educación militar y nacional bien entendida, que con la de guarnición forma la disciplina de la guerra.

***

La revolución del 89 dió á los franceses la libertad civil y política tanto tiempo perseguida. Harder, dice hablando de ella: «La

semilla se arroja sobre la tierra; durante mucho tiempo parece muerta; de repente, empujada por la fecundación, salta de la tierra que la cubría, violenta á la arcilla enemiga y héla ya convertida en planta, floreciendo y madurando el fruto»; mas preguntamos nosotros, ¿entendieron esa libertad?; un pueblo envuelto en revoluciones, ya en las calles, ya de golpes de Estado, pudo ser influido en su carácter por la persistencia de estos hechos, pero tal cosa no justificaría nunca que esa libertad daba ocasión á una igualdad en clase, condición y origen; de pensarlo así ¿cabe error más grande?; la naturaleza prueba en sus órdenes todos que la igualdad no existe más que relativa y siendo el hombre parte de ella, su variedad está determinada en blancos, negros, amarillos, rojos, pobres, ricos, indolentes, trabajadores, ineptos, sabios, etc., y los franceses, al reconocer que los ingleses se dedicaban á la libertad bien entendida, se consagraban á lograr esa igualdad soñada, vano empeño; y es lógico y natural que aquello que se fundamenta en falsos principios, dé sólo errores por resultantes.

Existiendo, por lo tanto, razas, clases y condiciones diferentes, han de buscarse cosas distintas en mejoramientos y realismos de las ilusiones; al marchar el pueblo francés por otros derroteros, no pudo encontrar más que aquellos fracasos que dan siempre los falseamientos de la organización social, y los hombres que han sido directores, han contribuído con sus egoismos y faltas de competencia en sus deberes sociales á tan desdichada gestión, razones que justifican las miserias ocultas por los deslumbrantes esplendores de un Luis XIV; los idealismos de Lamartine, trocados en desencantos; los deséxitos de Caurridiére y el General Cavaignac, y aun los tormentosos tiempos de Napoleón I, que no dejaron tras sí más que errores sobre errores acumulados, sin sumar un beneficio duradero para la pobre Patria, tan encumbrada por los que á su costa se elevaron, y que sólo ellos desde las alturas que consiguieron pudieron verla deshecha y desmembrada.

La Francia lanzó, como Inglatera, al Rey de derecho; pero ésta alcanzaba cuanto hemos visto con Guillermo III; ¿qué logró aquélla con Luis Napoleón, M. Thiers, el Mariscal Mac-Mahón y cuantos les sucedieron? Reconcentrada en sí misma, atenta á su regeneración, aprovechando ese espíritu del ahorro y su amor al trabajo, su constitución y organización social, ¿será una verdad?

Esto es lo que falta evidenciar para acabar de entender que la Francia tiene aquellos títulos que requiere todo pueblo director, y es que el espíritu público, ante los pasados desencantos, desconfía, al entender los errores, pierde las esperanzas y entra ese natural tanteo para ver, no al pueblo perfecto, sino el que menos imperfecciones tiene, que es lo que venimos haciendo nosotros.

Sabemos que los filósofos salen de las escuelas; los estadistas y políticos de los partidos, y de la facción las deslealtades y los egoismos personales; y las sociedades modernas, bajo la gestión de estos elementos y sus permanentes luchas, salvaron lo que en oriente ahogaba al individuo: la ley social, y siguió el camino que Grecia le mostraba buscando el equilibrio entre la libertad social y el individuo, porque Roma mató esa libertad para conseguirlo, y al perecer mostró la fatalidad de su procedimiento.

El equilibrio buscado llegó á conseguirse en los siglos XVII y XVIII en Inglaterra y Francia, respectivamente, con los gobiernos representativos, una de las mayores glorias alcanzadas, puesto que determinó la solución primordial en la vida de los pueblos. La crítica, la discución, el libre examen, han sustituído á la obediencia pasiva, al fanatismo y á los Reyes dioses; deshecha la vinculación, herencia desdichada del régimen feudal, el desarrollo del régimen nacional fué un hecho, la igualdad de las clases sociales y de la propiedad libre; todo hombre ha de ser ciudadano activo, es decir, jurado, elector, militar y magistrado, ó sea que ha de tener una parte igual á la de los demás en el gobierno y en la administración de la sociedad de que forma parte.

Pero si la libertad fué conseguida, la igualdad que los franceses sueñan sólo puede buscarse, porque existe, de naturaleza ó esencial por el nacimiento, y esa proporcionalidad creciente que da la condición con relación al número; la igualdad social para la forma que cada hombre da á la actividad según su condición; la igualdad jurídica por la igualdad en el derecho, y en cuanto á la igualdad política por ser función de la anterior.

Lamartine, dijo, ¡y se encontraba rodeado de tantos errores!: «España es como una tumba fortificada á donde no penetra el espíritu de la vida que anima á la Europa», olvidando, sin duda, que, aunque marcháramos retrasados, á España se debía la mayor parte de ese espíritu de conquistas, al que se debió tanto en el bien de

la humanidad. La raza latina hizo el renacimiento, detuvo la triunfante carrera del poderío de los turcos y de los árabes, descubrió el Nuevo Mundo y vió nacer en su seno la revolución que representa el heroismo, el sentimiento y el ideal que se persigue poco menos que logrado; casi todo se debió á España, por la tendencia á la unidad; la raza latina alentó el catolicismo, el pontificado y el imperio, mientras los pueblos germanos, por la individualidad, lograron el feudalismo, la reforma, la revolución de Inglaterra y la de los Estados Unidos, labor tan grande como penosísima que representa siglos de existencia.

Las semillas dieron con las revoluciones, como diría Harder, copiosos frutos; el siglo XIX lleva en sí glorias imperecederas, las alcanzadas en las ciencias sociales que quedan dichas, y en las positivas y políticas, cambios, mejoramientos é inventos sorprendentes; pues el caballo, la pluma, la guadaña, el telar, la pintura, la pólvora, el fusil, la vela de sebo, la pila eléctrica, el barco de vela, el telégrafo óptico, la luz del día y la dirección de los globos, han hecho paso á la locomotora, el automóvil y la bicicleta; el mecanógrafo, la máquina de segar, el telar mecánico, la máquina fotográfica, potentes explosivos, armas de tiro rápido y automáticas, focos incandescentes y voltáicos, el moderno dinamo, vapores y submarinos, el teléfono y el telégrafo sin hilos, los rayos X y los mejoramientos que han determinado el triunfo reciente de Santos Dumont y que ha hecho decir á nuestro inmortal D. José Echegaray. «Problema (de navegación aerea) dicho sea de paso, en que la Francia, con sus inventores y sus ingenieros, ha marchado, hasta ahora, á la cabeza de todas las naciones».

«Si en toda la atmósfera del globo se buscan trayectorias cerradas por globos dirigibles, solo se encontrarán allá en las alturas y en los alrededores de París, á modo de coronas invisibles de triunfo de la gran capital de Francia, en que se agitan tantas fuerzas vivas é inteligentes.»

Tiene razón el sabio español, gloria de la raza latina; en Francia se agitan fuerzas vivas é inteligentes, pero no en la capital, en toda ella, pero de nada le sirve si la dirección es nula, equivocada ó exclusivista, y un pueblo en estas condiciones tenía que adolecer del conocimiento de los deberes sociales y hasta de aquellos respetos que sus elementos enseñan, y mientras que In-

glaterra llamaba á su reina «Graciosa Majestad», como expresión de gran acatamiento y al tocarse el himno de ella se descubrían, al oirlo, con el mayor respeto; en Francia podía observarse la indiferencia con que veían pasar á Napoleón III en los días de mayor esplendor de su reinado, y sin embargo ese pueblo no educado, rehecho de la dolorosa impresión del fracaso sufrido, de los mayores que la historia registra, busca en la adulación á los jefes de Estado, á los altos empleados y al ejército, lejos, muy lejos de los realismos sociales que necesitaba un bienestar codiciado, y el grito de «Abajo el hombre de Sedan», se ve á poco tiempo sustituído por uno que salía de todos los pechos franceses que presenciaban una revista militar, por el de: «Viva Mac-Mahón, viva el mariscal»; mudanzas de la impresionabilidad de nuestra raza, de la agitación excesiva de ese espíritu privilegiado, muchas veces origen de nuestras desdichas, pero causa esencial en otras de nuestras grandes glorias alcanzadas con aquellas velocidades de los efectos de las leyes metereológicas.

***

No hay gobierno duradero que no esté en armonía con la constitución social, las costumbres, las aspiraciones y las necesidades de los gobernados. En la historia de Francia, desde el siglo XV al XIX, se ha visto que la fuerza ha imperado mayormente. La ocupación de gran parte del territorio por los ingleses, incluso de París; las guerras de religión, con la mortandad de San Bartolomé, las luchas interiores, la revocación del edicto de Nantes y el período revolucionario, muestran la verdad de nuestro aserto; sin embargo llegaron á la unidad pretendida, á la libertad de conciencia, á la abolición de la pena de muerte por delitos políticos y al solo sistema de gobierno capaz de contener en la paz, los partidos en competencia y palpitante lucha para evitar las revoluciones; buena prueba de ello es la discusión del proyecto de ley debido al eminente político Waldek-Rousseau, sobre los accidentes del trabajo, que ha de evitar sumen las filas anarquistas verdaderas legiones que la miseria impulsa; y si bajo el aspecto religioso fué lejos este ministro de la vecina república, en este se ha co-

locado en su justo medio, busca un pedazo de pan para el que en el trabajo se inutiliza ó se envejece; ese es el camino de la duración de los gobiernos, acometiendo de frente los verdaderos problemas sociales; los que dejan de hacerlo, tienen escasa duración y son precursores de evidenciar el malestar del Estado y la demostración de la poca armonía entre sus distintos elementos.

El espíritu público que ha ido cambiando según sus necesidades, ha regido esos éxitos asombrosos de la Francia contra los ejércitos coaligados de la Europa, que se encontraban en los antiguos moldes del Gran Federico, mientras que su General, el primer Capitán de su siglo, dió movilidad á las masas, distintas formas de hacer la guerra y el ardor bélico que se contagiaba y hacía que sus tropas fuesen á la victoria; de este modo, Bonaparte, Massena, Murat, Lannes, Hoche y otro muchos hombres, subieron al libro de la posteridad para ser laureados y repetidos, porque si el primero tuvo las altas concepciones, los otros supieron darle cumplida interpretación en la mayor parte de los casos, y dirigieron las masas armadas con asombrosas velocidades; salvando obstáculos inconcebibles, emplearon los tiradores dispersos la unidad divisionaria y la artillería de distinto modo, sorprendiendo al enemigo, arrollándolo, venciéndolo, ya en detalle, ya en conjunto y causando una verdadera revolución en el arte de la guerra, con asombro de todos.

Así era el modo de ser de los ejércitos de la República. Si el General Bonaparte hubiera tenido el temperamento moral de Marco Aurelio ó de Antonio de otros tiempos, el de Guillermo de ayer, ó el de Washington de nuestros días, hubiera puesto al servicio de su Patria su firmeza, su invencible autoridad y su carácter, y Francia, en la práctica de sus instituciones libres, conquistadas á fuerza de tanta sangre y de crímenes inclusive, hubiera encontrado una base en el presente y un seguro porvenir.

El general, declinando el poder político, al ver acabada obra tan gloriosa, hubiera sido el jefe del ejército francés, y la gratitud pública y la historia le hubieran dado un lugar más alto que el conseguido como jefe del Estado y el primer puesto entre los grandes Capitanes y bienhechores de la Patria. Pero Napoleón fué sólo un Alejandro, un Julio César, un Cromwell, es decir, un soñador más del imperialismo, en su solo beneficio y ninguno del Estado;

y así decía: «Je suis le peuple, et je suis la patrie. Quiconque n'est pas avec moi est contre eux», lo que anotamos aunque resulte insistencia de parecida forma, para dar mayor relieve á lo que tanta importancia tiene.

Napoleón quiso ir más allá que Luis XIV, y no ser menos que Cromwell, que fué declarado por el Parlamento protector de la república de Inglaterra, de Escocia y de Irlanda, y tomó los títulos de Emperador, Rey y protector de la confederación de los pueblos vencidos; no se apoyaba en el pueblo, al que tanto debía, sino en el ejército que fascinaba; á sus filas acudían para salvar la Patria los que en su mayor parte acababan de dejar el taller, y llamándolos sus compañeros de guerra les decía: «Vosotros seréis príncipes, duques, barones, mariscales de Francia. Por los donativos, las pensiones y los mayorazgos, seréis poderosos y os mostraré á mi pueblo y á mis ejércitos con el fausto que conviene á la nueva grandeza francesa, para que vean cómo el Emperador sabe recompensar á los servidores del Imperio».

El ejército llegó á ser por su propia conveniencia un Estado dentro del Estado, viviendo de la guerra y desfilando triunfante después de ella, ante la nación agobiada y dolorida. El Emperador, desde una altura casi sobrehumana, contemplaba y percibía, como aquel pueblo; en periódicos, libros y hasta en los teatros, formaba leyendas populares que innundaban el espíritu público, de un fanatismo inconsciente y ciego, que había de precipitar á la Francia por segunda vez en los mayores abismos del infortunio; á aquella Francia, que pretendiendo ir más allá que Inglaterra, tuvo el 93 un Rey y una Reina ejecutados, una aristocracia perseguida y sacrificada, un período revolucionario llamado Régimen del Terror, la profanación de la tumba de los Reyes en San Dionisio por decreto de la Convención, y horrores tantos, que jamás podrán ser justificados por el ansia de libertad de un pueblo delirante y loco: ¡¡Pobre Francia, que digna era de mayor fortuna!!

Continuando el curso de nuestro estudio, diremos que las grandezas prometidas, entre las instituciones cesarinas, la legión de honor, llegó á ser la de mayor prestigio, sobre todo hasta los comienzos de la decadencia; de origen militar, fué civil á la vez, aunque no por mucho tiempo, y bautizada por los gloriosos hechos de Austerlitz, Jena, Eylau, Friedland, Wagran, alcanzó que

la opinión la aclamara primero, y después la tradición legendaria, dándole gran autoridad y prestigio.

Pero llegó el año de 1808, con las fechas de 2 de Mayo y 19 de Julio, Bailén; 1812 con el ejército grande, 570 mil hombres, 70 mil caballos y 1.180 cañones; la fecha de 15 de Octubre con la retirada de Moscou y el 9 de Noviembre en que el ejército era una muchedumbre hambrienta en Smoleuski; el año 1814 con el triste día de 31 de Marzo en el que entran los aliados en París, después de haber mostrado Napoleón, que, aun vencido, fué el primer capitán del mundo, con las victorias contra Blucher, de Saint Dicier, Brienne, Champ-Aubert, Montmirail, Chateau-Tierry y cerca de Vauchamps, contra Schwartzenberg, las de Guines, Normans, Naiys y Merry-Sur-Seine y, por último, la victoria contra los rusos tomándoles á Reims; en ellas, decimos, aquél genio de la guerra se mostró cual era; evidenció que si sabía en la ofensiva ejecutar el primer fundamento de la ciencia militar, no ignoraba pasar á la ofensiva desde la defensiva, uniendo la estrategia y la táctica de manera maravillosa, y haciendo complemento de escuela, en tan corto período con hechos de armas tan memorables.

Llegaron, repetimos, fechas de tan dolorosa recordación para la Francia, y tras ellas, los sucesos del año 1815, la época de los cien días, que terminó en Waterlóo, y se nos ocurre preguntar: ¿qué quedó de aquella gran República que venció á la Europa, de aquél Imperio que amenazaba al mundo, de aquél ejército de veteranos, lleno de mariscales, que mostraban con sus muchos honores y riquezas los realismos de la célebre frase de Napoleón, «Tout soldat français avait dans sa giberne un bâton de marechal de France»? Pues quedaba: la composición de Rouget de L'Isle, la Marsellesa; un Emperador prisionero en Santa Elena, que cual meteoro dejó tras sí una ráfaga luminosa que inundó el espacio de luz, casi cuando desaparecía; la capital de tan soberbio Estado con los Monarcas de Rusia, Austria y Prusia; más de un millón de soldados extranjeros, cometiendo toda clase de atropellos é iniquidades, y un nuevo Rey que le imponían los vencedores que fuera constitucional, para que de este extraño modo quedara garantida la libertad.

La evolución de este período de la Francia muy facilmente se explica; la República se hizo Imperio, y las naciones vencidas

aprendieron en la desgracia, que de todas las enseñanzas, la primera es el amor de la Patria; y mientras los soldados franceses cambiaban el grito de guerra aclamando al Emperador, arrojando de sus filas el espíritu público, los soldados de los ejércitos coaligados, sintiendo sus filas electrizadas por aquel espíritu que los franceses desechaban, y condolidos por tantas desdichas sufridas, gritaban también, pero decían, ¡á morir por la Patria! y morían por la Patria para darle vida, copiando en la ciencia militar del mismo modo que en la moral habían hecho; pero sabemos que Francia no acabó aquí su calvario.

***

La Francia, que se vió más llena de condecoraciones en tiempo de su decadencia que en el de sus mayores triunfos, seguía por el mismo camino de fascinación, para que determinados hombres realizaran sus planes ambiciosos, de tal modo, que si la democracia de la segunda república, 1848, obtuvo tratamientos, pensiones y sueldos, senadores y diputados, en el segundo imperio fueron ampliadas hasta concederles á los últimos más beneficios que los que representan el final de la carrera de mayor prestigio del Estado; las consideraciones sociales á que esto se presta no hay para qué decirlas, pues vendrían á demostrar el mismo desequilibrio en este organismo del Estado que en los otros dichos, como el que existía, el que representa la preponderancia de la industria, las artes mecánicas y el comercio, sobre la que es la industria madre, la agricultura, como diría Sully, que recordaremos supo darle determinadas preferencias; sin embargo, hemos de hacer notar, que el haber disminuído el tiempo de permanencia en las filas de los soldados en los actuales Ejércitos, ha influído en este concepto, no sólo por no quitar por tanto tiempo brazos á los trabajos del campo, sino porque así no olvidan tan fácilmente sus costumbres de labradores.

Ante tantas desgracias, Francia debió alejarse de su persistencia al lujo, á las riquezas y á los honores, y seguramente hubiera evitado, tras de la revolución de 1830, la de 1848, 1851 y 1870, las complicaciones de las guerras de Oriente, Italia, Méjico y Pru-

sia y la invasión jamás bastante sentida de 1870-1871, consecuencias naturales de evoluciones tan colosales como desatendidas. El medio ambiente de esa manera de ser de los modernos pueblos, de las doctrinas socialistas, las teorías de las religiones positiva y natural, el libre pensamiento hijo de esa marcha incesante del pueblo para llegar á lo que ve y no posee, tenía que encontrar abrigo allí donde menos resistencia le presentara, y para la Francia fué otra nueva complicación. Esta resistencia la presta la organización, la disciplina social, las limitaciones del de arriba para que el de abajo las sienta, y esto no es sólo en lo que al elemento civil se refiere; los Ejércitos no podrían existir sin estas condiciones.

La existencia es una lucha palpitante en varias formas; á la vida se va por la muerte, y dicho se está, que el que lleve en esas luchas mayores ventajas, logrará más con menores pérdidas; planteado así el problema, hemos de ir necesariamente á los primeros elementos que determinan esas ventajas en el hombre, á la educación y la instrucción primaria.

Sin la educación y la instrucción, el hombre no tiene concepto de sus deberes para con Dios, su Patria, su familia, para con sus semejantes, ni para aquellas preparaciones que exigen los estudios superiores. Trochu, tratando del soldado prusiano, cita este ejemplo digno de anotarse, refiere: «Que durante el sitio de París tuvo muchas ocasiones de preguntar á los prisioneros sobre el servicio militar, á lo que contestaban: «Hemos abandonado nuestras familias para servir al Rey y á la Patria; tenemos una gran misión pública que cumplir, que lleva consigo muchos peligros que afrontaremos con valor y no menores pruebas, á las que sabremos someternos»; esto, agrega el sabio militar y eminente sociólogo, es debido á que lo aprendieron lejos, muy lejos de la edad que tenían, cuando las lecciones se fijan en el espíritu del hombre, en la educación primaria».

La educación y la instrucción preocupan grandemente á los poderes públicos, no en Francia, sino en todos los Estados, dándole aquellas preferencias que su importancia exige. Varias son las formas en que este problema se presenta: la educación popular, láica, eclesiástica, de pago ó gratuíta, con sus ramificaciones de cuerpo de examinadores independientes, internado, etc., pero

en lo que no existe diferencias es en que esa educación han de tenerla todos los individuos del Estado, sabiendo leer, escribir y calcular, pues las generaciones que estén de este modo preparadas, entrarán en esas luchas de la vida con mayores elementos para lograr los éxitos, y más si los contrarios no tienen esta condición, recibiendo á la vez los conceptos de los deberes sociales y religiosos que han de limitarles en el porvenir las pasiones que pueden conducirlas á los escepticismos y las ambiciones.

Aunque distanciados bastante, nuestros ministros, de poco tiempo á esta parte, vienen dándole marcada prefereneia á este elemento social; el estado de nuestra Patria no puede ser más lamentable en este sentido, y se nos ocurre preguntar: ¿puede llegarse á una solución determinada y conveniente por este camino, de adoptarse un plan de enseñanza distinto, debido á cada ministro diferente?, de ningún modo; sin retrotaer los hechos con extremos, diremos que Gamazo, Pidal, García Alix y Romanones son buena prueba de ello, en no muy largo plazo. Este último aboga por la enseñanza oficial, en estos tiempos que todo es autonómico y lo que no lo es lo solicita; bueno que acepte la libertad del profesor, *Alma mater* de toda enseñanza, como dice muy bien; mas ¿por qué no ha de tener iguales privilegios el discípulo?; además, ¿pueden todos tratar con la clarividencia de este ministro problema de tal importancia?; desde luego puede afirmarse que no; no en los estudios elementales; sobre los superiores dice el conde de Romanones en su discurso leído á la Universidad Central, lo siguiente: «Entonces ví con claridad evidente como había gastado los años de mi juventud, no en aprender, no en adquirir, por virtud del propio esfuerzo y con la ayuda del profesor, conocimientos sólidos, de utilidad directa en el vivir y en la sociedad, sino apropiarme, mediante esfuerzos de memoria y mediante trabajos desecadores de la inteligencia y lexivos á la individualidad escolar, unas cuantas nociones, las precisas tan solo para examinarme, que solamente un anhelo había guiado mi voluntad, el de aprobar el curso, que en la mayor parte de los libros que se me habían dado ó impuesto, no se perseguía el fin superior de la instrucción y de la educación, sino única y exclusivamente el de la clasificación y ordenación mecánica de algunos principios que nadie me demostró, y de algunas reglas cuya eficacia, aún á mi cerebro joven, casi in-

fantil, no lograba imponerse. Presentándose entonces á mi imaginación el triste espectáculo de aquellos años, los mejores y más fecundos de la vida, perdidos ó esterilizados, no ya sólo para mí, sino para millares de jóvenes que eran como yo ciudadanos del porvenir, cuyas facultades, á no reaccionar sobre ellas la voluntad, quedarían ya para siempre atrofiadas...»

Más adelante dice el ministro: «Los anuarios destinados á los hombres que estudian las cuestiones políticas, contienen, al enseñar la situación y los recursos de todas y cada una de las naciones civilizadas, dos datos: uno el número y organización de sus ejércitos; otro la organización y el número de sus enseñanzas».

«Y ¡qué consecuencia se desprende de estos datos!, agrega. ¡Qué lecciones para nosotros tan amargas y crueles! Ved, por ejemplo, lo que gastan en Instrucción pública las grandes y aún las pequeñas naciones de Europa; ved el aumento progresivo de este presupuesto en los Estados Unidos de la América del Norte; ved como allí se gastan 197.281.000 de dollars y como el número de sus maestros de Instrucción primaria ascendían el año pasado á 415.660, para una población de 76.356.000 habitantes; en tanto que nosotros, para una población de 17 millones (18.132.475, según el Instituto Geográfico y Estadístico) apenas tenemos 24.000; así, al paso que en España el número de inalfabetos es el de 66 por 100 (65,9), en los Estados Unidos solamente es el de 10 por 100. En España no saben leer ni escribir nada menos que ¡11.645.871!: ¡¡espanta la cifra!!

El ministro aboga por buenos maestros, bien y puntualmente retribuídos; por separar los examinadores de los que enseñan; por centros docentes en número y condiciones para que llenen el objeto á que han de ser destinados, y que se busque en el extranjero, como el Japón y otras naciones hacen, todo aquello de que se carece, y el ministro tiene razón que le sobra; sólo ha omitido, en nuestro humilde parecer, una condición: que los jefes de familia que pudiéndola cumplir quebranten la ley, deben ser multados, pues la enseñanza debe ser, como hemos dicho, obligatoria en todo Estado.

¿Nos ocurre todo esto por desconocimiento?, no; el discurso del ministro, obra de verdaderos alcances, nos lo muestra; las verdaderas causas de nuestro estado son debidas á deficiencias en

los organismos sociales; todas las ciencias brotan, se arraigan y se desarrollan en los países equilibrados, por la religión, la política, la moral y la filosofía, y los pueblos que á esto llegan, alcanzan el Self governement, el desideratum de las naciones libres, ¿fué logrado por Francia?, no; le sucede lo que á España, aunque en distintas formas en número y condición, y si ellos tienen el deber de procurar su bienestar, nosotros tenemos el de que esas generaciones del porvenir que hoy representan 627.848 nacimientos y un 34,41 por mil, encuentren una verdadera reacción en el equilibrio para que de ello nazca el espíritu público, que es el fundamento primero de todo Estado en su gobierno, y que en España no existe.

Volviendo al general Trochu, citaremos para terminar el paralelo que hace entre las escuelas alemanas y francesa; como centros de educación, parte moral é intelectual: «en Alemania, dice, se asiste á la escuela ocho ó diez años, y le pregunta el instructor á un niño de cinco ó seis años, ¿qué debe V. hacer para entrar?, es menester abrir la puerta; ¿y después?, cerrarla; ¿y después?, es necesario saludar al profesor y á todos. A un chico de diez ó doce años. Levántese V.; ¿V. sabe que ha de ser soldado?, sí, todo el mundo debe serlo; ¿por qué?, para servir á la Patria y al Rey; ¿qué es el servicio militar?, es el cumplimiento de una gran misión pública; ¿cuáles son los deberes?, afrontar los peligros, resistir y vencer sus pruebas y obedecer; y estos niños decían lo mismo que los prisioneros alemanes que yo he preguntado durante el sitio de París».

«Los soldados franceses dan invariablemente la siguiente contestación: ¿por qué sirve V.?, porque he sacado un mal número», y como esta manera de ser es lo mismo que la nuestra, porque el servicio militar, más que un deber ineludible, se tiene como una gran desgracia, hemos hecho este estudio de comparaciones y citas para que se vean como altos relieves lo que en otras naciones ocurre y que nuestra España aprenda al apreciar lo que le sucede.

Respecto á la segunda enseñanza, en los liceos y los colegios franceses, ocurre lo mismo que en las primeras letras; la enseñanza libre, la clerical y la láica, se disputan los límites y los procedimientos de la educación y la instrucción; es una lucha de-

bida á no estar bien definidos esos límites y procedimientos, por dejarse influir por aquellos elementos que en el Estado prepondera-ran; y mientras que en un país, efecto de esto, parecen mejores y más respetuosos sus discípulos, en otro resultarían peores; en lo que no hay duda tampoco, es que el internado ha de ir desapareciendo, del mismo modo que se está yendo á las escuelas modelos y centrales, en donde la educación é instrucción tengan un verdadero carácter integral y libre; porque de otro modo en Francia se iría á la Universidad tal y como Napoleón I la entendía, con tendencia á concentrar en las manos del Estado la instrucción pública, y esto ya hemos dicho que es marchar en contra de las corrientes determinadas del progreso.

Y puesto que nos hemos ocupado de los Estados Unidos y de Alemania, citando casos y doctrinas en lo que merece verdaderas preferencias, justo es consignar que ese credo, que el dogma moral con que supo saturarse el espíritu público prusiano, dando manifestaciones de existencia después de los desastres de 1806 y 1807 y conquistando sus actuales glorias, fué debido á la labor de cincuenta años, á las reformas en la educación pública, al servicio militar obligatorio y á dos hombres de estado, á Stain y á Scharnhorst, cuyos nombres no son muy conocidos, siendo, como decimos, los verdaderos fundadores de las grandezas de Prusia; bien es verdad que al primero, sus conciudadanos no han manifestado la gratitud hasta después de sesenta años, erigiéndole una estatua de bronce, mientras tanto han cubierto sus restos una modesta lápida que decía:

STAIN

CREENCIA, PATRIOTISMO, RECONOCIMIENTO

Expresión verdadera de su carácter, de su esfuerzo y de su patriotismo.

De aquí nace aquella célebre frase atribuída á Moltke, después de la batalla de Sadowa: «Hemos vencido, gracias á nuestros fusiles y á nuestros maestros de escuela»; pero debió agregar: y á la unión de los dos ejércitos, que esta circunstancia, que contribuyó al éxito, no mermaba en nada la mucha que las otras dos tenían.

III

ESTADO POLÍTICO

Falseado por las razones dichas el espíritu público en Francia, perdió la confianza en sí misma, y complementó el equilibrio buscándolo en la alianza con Rusia, colocando de esta hábil manera, á su natural enemigo, entre dos grandes núcleos de poderosas energías, esto en cuanto á lo que se refiere al equilibrio exterior; el interior hubo de buscarlo en la equidistancia de la restauración y de los partidos avanzados que tenían para ella tan tristes recordaciones, pues representaban, como dijo muy bien Chateaubriand: «La libertad en la boca y el servilismo en el corazón»: la revolución y el cesarismo, por más que esto resulte una anomalía. La gran revolución francesa fué el medio, nunca el fin como se pretendía; los directores de ellas se cuidaron de afirmar el liberalismo, nunca las instituciones libres; Francia se encontraba bajo la presión del miedo que le inspiraban los horrores pasados y de aquí que preponderara el partido conservador, y que el que perseguía el triunfo tomara este nombre; pero es fácil observar que no en Francia, sino en todas las naciones, se ha acentuado hacia la izquierda una evolución de tal importancia, fundamentada en la organización que le ha ido dando la conciencia de ser, que preocupa hondamente á todos los gobiernos; tal es el problema social de elevados alcances que tiene la humanidad con verdaderas condiciones de preferencias y del que nos ocuparemos más adelante: del socialismo.

Todos los gobiernos entran á serlo, dando al país muchas esperanzas en concesiones y buenas formas de gobernar; para ello llaman á hombres importantes que cooperen en su buena obra, y la verdad es que no hizo otra cosa Iglaterra para lograr, como hemos visto, tantos beneficios y realidades; pero Francia, aún siguiendo este procedimiento, no ha llegado á gobernarse á sí

propia, predomina en todo, y más particularmente, político y administrativo, un espíritu centralizador, y ni en uno ni en otro concepto puede admitirse, pues en los dos debiera ser relativo, concediendo cierta autonomía, pero nunca la que propone Pí y Margall en su notable obra *Las Nacionalidades*, y que sólo á federación se contrae; ¿cómo hemos de pensar, aunque en contra sea de tan eminente sociólogo y estadista, en Fenicia, Grecia, Cartago y otras pequeñas nacionalidades que dieron tanto en la antigüedad, hoy que la tierra es toda de los hombres que comunican y relacionan con asombrosas facilidades desde apartados continentes, y que bajo las grandes federaciones se revuelve potentísimo el imperialismo más absorbente?

Jamás la política internacional se mostró más excitada, ni más tenebrosa en su porvenir; ¿será llegada la hora de que desaparezcan las naciones pequeñas, como dijo recientemente Chamberlain, por la codicia de ese imperialismo?; ésta es precisamente la antítesis del anterior criterio, y si hubiéramos de dar una opinión obligada, más nos inclinaríamos á este último, que al primero; porque si en ese cálculo difícil de las conjeturas, suponemos á la humanidad en el período cercano de la plenitud de su existencia intelectual, y dentro de la de su energía física, ya sabemos como se muestran estas situaciones en los órdenes todos del cosmo en su génesis gradual, por las concentraciones efectivas, aunque en la apariencia no resulten; ¿cómo pueden explicarse de otro modo, esos grandes Imperios, con la libertad en el corazón, en su propio territorio, y el sistema ejercido, con más ó menos liberalismos en sus extensísimas colonias? Inglaterra y los Estados Unidos del Norte de América, son buena prueba de lo que decimos; pero volvamos á seguir el curso de nuestro estudio.

Trochu emitió un pensamiento político, que tiene verdadera importancia, al decir: «En el estado presente de nuestro país, todo poder director que pretenda la duración, debe asociar á su obra, tanto como á sus amigos, á sus adversarios»; el general en su modestia, lo supone un sueño, pero hemos de convenir, que es un principio fundamental de la ciencia política.

Si la Francia creyó como hemos visto, que la educación era lo mismo que la instrucción, siendo cosas tan distintas, puesto que si la primera se refiere á la moral, y la segunda, sólo á la in-

teligencia se contrae, en el concepto político cometió un error no menos grave, al confundir las instituciones liberales, con las instituciones libres.

En la ciencia política, son muchas las cuestiones puestas hoy en litigio: la irresponsabilidad del Jefe del Estado, la responsabilidad del ministerio, la función equilibrada de los dos cuerpos colegisladores, en leyes, impuestos y gastos públicos; la compatibilidad electoral, la libertad de la prensa y el jurado en los conceptos de restricción ó expansión, forman un conjunto de otros tantos problemas, que con otros, nos hemos ocupado al tratar de Inglaterra con verdadera extensión, viendo que del esfuerzo armónico de la función conjunta de los poderes del Estado, nacen las instituciones liberales, y de ellas debían emanar las instituciones libres, para que siendo el pueblo verdaderamente autónomo, se pudiera regir y gobernar así mismo, dentro de aquellos límites que el mecanismo constitucional bien entendido le permitiera; en una palabra, que el todo y las partes estén dentro de la verdad, y de este modo, sin ocultaciones para los deberes, y justicia en los derechos, en la acción simultánea de todos los elementos, se obtendrán los éxitos únicos que dan las resultantes de hacer país.

De nada le sirvió á Enrique IV empezar la centralización gubernamental; entonces eran provincias, hoy departamentos, dentro de aquellos límites que su clara inteligencia les concedía, porque Luis XIV destruyó en éstos, cuanto las otras tenían en tiempo del gran Rey, no sólo en la acción jurídica, sino en la administrativa y legislativa, que se mostraban dentro de ellas mismas como fuerzas ó actividades que dieron orígen al engrandecimiento de la Francia; Napoleón fué más lejos aún que Luis XIV, en el concepto centralizador, pues él era el que todo lo hacía á su capricho y mejor modo de entender; el joven general, vencedor en Italia y en Egipto, en cuyos brazos se echó la Francia con asombro de todos, tal vez como única esperanza, según Thiers en su obra *Historia del Consulado y del Imperio*; Napoleón, al que le concede tanto mérito político como militar, el que alboreó los comienzos del siglo XIX con alegrías nacionales, subidas de los fondos públicos é infundía en el pueblo la fe sola de sus actos; Napoleón, decimos, sólo hizo á la Francia que como la mariposa,

quemara las alas de la libertad en aquella luz con que había sabido deslumbrarla.

Luis XVIII trató de imitar á Inglaterra al ser el primer Rey constitucional; pero estuvo muy lejos de practicarlo como las circunstancias lo exigían, siguiendo una marcha que se alejaba de tal camino, no sólo en el concepto político, sino en el económico y otros órdenes de la gobernación del Estado; sus tendencias centralistas eran remarcables, en vez de inclinarse al Self government inglés, porque temían las instituciones liberales á las instituciones libres; gran error, aunque tengamos que decirlo otra vez, y al que debe Francia todas sus desdichas, resultando que, por huir de la federación, que para e los estaba representada por la descentralización que las emancipaciones ocasionarían y de las guerras civiles consiguientes, caían en el imperialismo, porque no sabían encontrar el término medio que las instituciones libres le hubieran proporcionado.

El procedimiento era tan ilógico en la política, como el inglés en cuanto á los Ejércitos permanentes se refería; y al separarse de males ilusorios, se acercaban á las guerras civiles que pretendían detener y á las revoluciones é invasiones extranjeras, no sólo hasta el 48, sino las que se sucedieron en adelante. Podremos alegar que los dos pueblos no eran iguales, que el inglés respetaba las instituciones y que el francés no, y que, por lo tanto, mientras que el uno tenía facilidades para gobernar, en el otro sucedía lo contrario; los ingleses, que se encuentran efectivamente entre los sajones, sus padres, pero sin las exageraciones de su extoicismo, y los yankees, sus hijos, pero también sin sus peculiares vehemencias, tienen en la equidistancia que estos les da, las verdaderas condiciones para pueblos libres; y si hoy tocan las consecuencias de sus dos grandes errores, el político y el militar, es después de más de dos siglos de vencer con ellos verdaderos obstáculos, pues el espíritu público, nacido de la educación y la conciencia de ser que la instrucción presta, ha sabido dirigir sus destinos y lograr conquistas, entre las que es buena cita el modo con que contiene los desbordamientos de la clase obrera, que, como hemos dicho, es problema actualista de los de mayores transcendencias, siendo indiscutible que á todo ello han contribuído las enseñanzas que el pasado ofrece á los pueblos pensadores y que saben

solucionar con los elementos que sabiamente se proporcionan.

Dos revoluciones regicidas y llenas de horrores tuvieron los dos pueblos; pero mientras que en Francia, tras de aquella fiebre de una excitación loca, sucedió un Rey sin condiciones, porque no sabía crear un medio ambiente que desconocía, en Inglaterra, después de Carlos II y con Jacobo II, ocurrió una revolución sabia, dirigida por un Príncipe, Guillermo de Orange, que había sido educado en un pueblo libre y que supo dar á su nueva Patria el Self governement que tanto buscaba y que sus antecesores le habían negado.

Pero mientras los ingleses planteaban esta manera de gobernar, bajo la base de las instituciones libres, y conseguían cuantos mejoramientos hemos dicho, la Francia seguía sin libertades efectivas ni responsabilidades proporcionadas, que vienen á ser los mismos elementos de educación política, por los que los pueblos pueden alcanzar su regeneración, resultando, de este modo, que los organismos todos del Estado tenían que resentirse, incluso el Ejército, que carecía en todo de iniciativa, acabando con los gobiernos liberales, no pudiendo evitar las sediciones, invasiones, ni las terminaciones cesarinas, formándose así un ciclo del que no podía salir un pueblo que tan cercanas enseñanzas tenía.

El municipio, la provincia ó departamento, sin más que ese engranaje de la absorción centralista, da al mecanismo político una manera de ser bien distinta que si fueran autónomo, hasta cierto punto, y con dependencia de un gobierno central; pero para esto, lo primero que había de requerirse era que el pueblo al que había de aplicarse el procedimiento, tuviera condiciones para ello. El centralismo ofrece que un ministro, incluso el de la Guerra, no es bastante nunca para abarcar desde el conjunto hasta el detalle, y en el segundo, descartando lo que á cada organismo corresponde, ha de resultar más fácil en sus dependencias todo cuanto se presente en el no fácil gobierno del Estado, sin necesidad de llegar, ni con mucho, á los procedimientos de la federación; pero Francia no quiso entender esto, y por eso no supo salir del primer procedimiento ni con Luis XIV, ni con Napoleón, ni en 1870.

En nuestra obra *Armas, Defensas y Organizaciones*, apuntamos, aunque ligeramente, las causas del fracaso completo que la

Francia tuvo por depender cuanto al Ejército se refería del Ministerio de la Guerra, y que tan directamente afectó á tantas desdichas como las sufridas en aquel entonces; porque la política y la milicia con el estado social están tan ligados, que á los tres toca cuanto á cada uno le sucede; y si en la educación, la instrucción, la religión y otros elementos sociales; si en el Municipio y la provincia, la absorción cesarina en la política, daba tan fatales resultados, en el Ejército sucedía lo mismo, por la centralización legendaria que todo lo quería para sí, en vez de distribuirlo en Cuerpos de Ejército con absoluta y autónoma existencia en organización, material y reservas, condición que no quisieron cumplir por el mismo temor que en la política; los conservadores decían que de este modo se facilitaban los pronunciamientos por las muchas prerrogativas que se daban á los generales; es decir, el mismo miedo é igual desconfianza, y lo que no se conseguía con las conquistas de una evolución pacífica, tenía que alcanzarse por el medio más caro, sangriento y á veces del deshonor por las guerras, las revoluciones y las derrotas.

***

En esta manera de ser tenía que influir la prensa, ese elemento potentísimo que ha invadido la existencia toda de los modernos pueblos, pero de un modo casi director; ella manejaba entonces como ahora el espíritu público y hacía sentir las palpitaciones de una vida no encauzada en Francia por el camino del progreso, debido á cuantas deficiencias hemos dicho de su estado social. Parecía lógico que lo que tanto pretende valer, ya que está llamada á dirigir la opinión por accidentes, pues se apropia el grito de dolor y de alegría, de cuanto el cuerpo social experimenta; parecía lógico, decimos, que la prensa se fundamentara, no en el acaso que da la falta de origen técnico, que los exámenes garantizarían, ni en la falta de legislación que toda institución requiere, como una responsabilidad cierta, sino en esas bases, todas necesarias, si ha de practicar la hermenéutica, por extensión sea dicho, de las públicas evoluciones, con aquella competencia que la ciencia exige para dar las orientaciones en los momentos que

más se necesitan, que suelen ser los de peligro y que tanto influyen en el porvenir de los pueblos.

En Francia los dos grandes partidos que imperaban, el conservador y el republicano, fueron causa de sus muchas desdichas; el primero imprevisor y ciego, el segundo intransigente; y el verdadero problema social ha ido arrastrando en sus soluciones de gran urgencia, una existencia premiosa unas veces, otras de desatención absoluta y casi siempre á que fuese resuelto por la fuerza, y como hemos dicho, allí donde ha encontrado menos resistencia ha surgido desbordado y potente.

La lucha por la existencia en las clases inferiores, se determina por conseguir un salario; si este es mezquino, en la evolución social se van señalando constelaciones que forman la masa obrera, que á su vez por el número adquieren importancia y respetabilidad, pues nace de ello la propia conciencia de su valía; y la organización en gremios y clases vienen á constituir la inmensa nebulosa que asoma á la existencia en ese firmamento de la vida social, para contrarrestar la burguesía que todo lo invade y acapara, anulando aquella aristocracia prepotente de la Edad Media, que por la industria casi se le ha sumado, tal vez por su idiosincrasia, ó como trasunto de las revoluciones de los siglos XVII y XVIII, en las que se suprimieron mayorazgos y otras preeminencias.

Para ir al ahorro, y de éste á la cooperación, único modo de contrarrestar esta fuerza preponderante, se impone que el salario sea de suficiente cuantía, lo que tiene que aminorar la renta, y que la participación á la parceria, como diría Azcárate, se aproximara á la justicia, que el obrero se educara en el temor de Dios, y que tuviera fe en las leyes.

Cinco son las escuelas que pudiéramos considerar como factores en el problema social: La escuela conservadora ó efectista, religiosa, individualista, socialista autoritaria ó gubernamental y la socialista radical; pero como en lugar de entenderse unas con otras, extreman las doctrinas que sustentan, lejos de resolver, involucran y se distancian; las intransigencias de la individualista, reconociendo la quietud absoluta en todo lo que no sea del derecho, según Kant, es un todo antitética á la escuela socialista, é impone todo esto: que el problema social en sus grandes extensiones, que el individuo se inspire en la solución cristiana, la socie-

dad en la solución socialista y el Estado en la solución individualista; y de este modo se salvarán los pueblos de la miseria, por la economía; de la ignorancia, por la ciencia; de la impiedad, por la religión, y del vicio, por la moral.

Nunca como hoy se explica la célebre frase de Proudhon: «La propiedad es un robo», para esas clases necesitadas, pues las conservadoras más se cuidan de atesorar que de que hay Dios; siendo esto el origen del escepticismo religioso de la Francia, de los Estados Unidos y otras naciones, y del modo de ser de esta última nación con su escuela proteccionista, los trusts que han hundido en la miseria á más de 17 millones de seres, por el beneficio de unos cuantos y causando la muerte de Mac-Kinley, defensor y sostenedor del procedimiento. Estas escuelas no determinan un fin, pero dan un medio, y la evolución incesante marcha salvando los errores, estatuyendo los problemas sociales, siendo verdad inconcusa que para llegar á cuanto se pretende, han de hacerse efectivos los ideales que han de tomar parte todas las clases, escuelas, partidos é instituciones del Estado.

La economía política trata de la producción y la circulación de la riqueza, asuntos estudiados; pero para mayores eficacias en su intervención en el problema social, menester sería que abarcara, no sólo la distribución, como hemos dicho, sino el consumo. La importancia de los problemas económico y de derecho, sobre los otros, es un hecho en la sociedad; pero el desarrollo de la industria y la reivindicación del derecho son innegables, circunstancia que habrá influído, tal vez, á que Sbarbaro haya dicho: «Que la solución del problema social está en la organización de los socialistas, en la libertad de los economistas y en la resignación de la Iglesia».

La ciencia jurídica toma grandes extensiones, eso es indudable; el derecho privado que existía fundado en el feudalismo, y que se trocó en público en la monarquía patrimonial y absoluta, fué contrarrestado por la revolución, el primero con la igualdad, y el segundo con la libertad, acabando con los privilegios, con la vinculación en la nobleza y la desamortización en la Igesia, en lo que al privadó se refiere, y en lo público, estatuyendo el sistema representativo y constitucional; pero como al quitar no se creó un derecho de propiedad, lo quitado pasó al derecho común romano ó

germánico, después de un esfuerzo social de tal magnitud, esto en cuanto al derecho civil, que en cuanto al político, la ciencia da luz y la vida social elementos; pero el derecho civil en lo que se refiere á la familia, á la propiedad, á las instituciones más importantes de la vida y de la sociedad, es empresa más árdua, pues la internacional es absurda, la Iglesia deficiente y la ley incompleta; tendremos, pues, que contentarnos con aquellos mejoramientos que se alcancen, pues este problema no es particular, afecta á la sociedad y ésta es la que tiene que resolverlo; y así el derecho, la economía política, la ciencia, la religión y la moral, son los llamados á ejecutarlo con aquellas determinaciones que los hechos impongan. Existe, pues, entre el derecho civil y el político un abismo no salvado por el derecho positivo, y que si las leyes no se adelantan, vendrán á ser impuestas por una revolución más grandes que las conocidas, y la plutocracia tendrá que sucumbir ante la emancipación salvadora del proletariado; Alejandro III de Rusia, aconsejado por el general Ignatieff, anunciando un programa social favorable á los intereses del mujik; el actual Emperador, al que reclamó Tolstoï las reformas políticas y religiosas, que ya hemos dicho; Guillermo de Alemania, el Rey de los pobres, proponiendo una conferencia en Berlín para llegar á una legislación internacional del trabajo; la Encíclica de León XIII, «Rerum novarum», recomendando la caridad á los ricos, la templaza á los patronos, la protección tutelar á los gobiernos y la sumisión á los que gimen oscuramente bajo el yugo del trabajo; la ley de accidentes del trabajo de Dato en España; la de Waldeck-Rousseau en Francia, y otros casos que pudiéramos citar, pruebas patentes son que se está sobre el problema, pero que tampoco se trata con aquellas actividades que la urgencia reclama.

Francia marcha á la cabeza; el eminente ministro va al código, acomete el problema de frente y con grandes energías; ha dejado la fórmula de «laissez faire, laissez passer», de efectos tan desdichados, para contrarrestar con las actividades todas del espíritu esas predicaciones delirantes y soñadoras del apostolado anarquista y entrar de lleno en restar diferencias entre el patrono y el obrero, ó sea entre el capital y el trabajo, asunto que, estando ya fuera de la ciencia, reclama plaza en la política con verdaderas exigencias al Estado.

En España tenemos también el problema con caracteres alarmantes; agrario en el Mediodía, regionalista en el Norte y Nordeste y espectante en el resto de las provincias, sin haber descartado el elemento religioso como Francia, que es auxiliar principalísimo, y con un pueblo con menos aspiraciones, creemos que no ha de ser el arreglo empresa tan ardua como en otros países, y no necesario tratar de recargar los gastos en presupuestos, cuando tan necesitados estamos de lo contrario. Pero que urge, y mucho, fácil es probarlo, á más de lo dicho, con copiar lo que dice en su *Evolución y Revolución* Elíseo Reclus: «Así es como en las grandes soledades del Oeste de los Estados Unidos, poderosas compañías de expeculadores se han constituído perfectamente de acuerdo con los gobiernos, como lo están todos los ricos y los que esperan serlo. Estas compañías han conseguido que se les cedan inmensos dominios en las regiones fértiles, y hacen, inmolando hombres, verdaderas fábricas de cereales. Hay campos de cultura que tienen la extensión de una de nuestras provincias. Estos vastos espacios están confiados á una especie de general, instruído, experimentado, buen agricultor y buen comerciante, hábil en el arte de calcular en su justo valor la fuerza productora de la tierra y de los músculos. Este jefe se instala en una casa cómoda en el centro de sus tierras; tiene en sus cobertizos cientos de arados, segadoras y trilladoras, una cincuentena de vagones que van y vienen incesantemente sobre los rails desde los campos al puerto más cercano, cuyos embarcaderos y navíos le pertenecen también; una línea telefónica va desde la casa-palacio á todas las construcciones de su dominio; la voz del amo se oye por todas partes, percibe todos los rumores, vigila todos los actos, nada se hace sin orden suya y sin que sea visto por él.

¿Y á qué queda reducido el obrero, el campesino en este mundo tan bien organizado? Máquinas, caballos y hombres se utilizan del mismo modo; son cosas iguales, evaluadas en cifras, que es preciso emplear en beneficio del amo... Cuando una máquina se inutiliza la arrojan al montón de hierro viejo, si no es posible repararla. Si un caballo se cae y se rompe un miembro, se le dispara un tiro en una oreja y lo arrojan al sumidero. Si un hombre sucumbe de fatiga, si se le descompone una articulación ó le invade la calentura, no le evitan la pena acabándole de un

tiro, pero se desembarazan de él no obstante; le llevan á un lugar separado á que muera sin molestar á los que trabajan... Tal cantidad de trigo obtenida por 500 hombres, pueden nutrir 50 mil; á los gastos hechos, pagando un salario irrisorio, corresponde una recolección enorme que se expide por cargamentos enteros de navíos, y se vende por 10 veces el valor de producción...

Os arrebatarán el campo y la cosecha, os cogerán á vosotros mismos y os uncirán á cualquier máquina humeante y estridente, y ennegrecidos por el humo y el carbón, tendreís que balancear vuestros brazos sobre una palanca diez ó doce mil veces por día, según los cálculos de vuestros tiranos. A esto llamarán Agricultura...»

Creemos bastante con lo dicho para que un espíritu independiente pueda formar exacto juicio del estado en que se encuentra el problema de la Internacional, nacida en 1862.

***

De la raza eslava diremos que evoluciona para llegar donde otros pueblos están y que la organización política, la religiosa, la social y militar, se encuentran como la jurídica y económica; sus energías están determinadas por las guerras, entre otras, contra Napoleón, la de Crimea y la ruso-turca de 1876-1877; pero su extenso territorio y su enorme contingente, del que hablaremos más tarde, hacen que su importancia sea indiscutible.

Italia tuvo también fechas, acontecimientos memorables y nombres para su unidad: 1859-61-66 y 70: Cavour, Víctor Manuel I y Garibaldi. En 1876 la unidad de Italia era un hecho consumado bajo los aspectos social, político, económico y militar. Su alianza contra Francia á la que debió, sin parecerlo, su unidad, fué un acto político que sucedió á otros de indiscutibles éxitos; el autor de esta política, como de la interior, fué Cavour, al que puede decirse le debe todo Italia, ¡venturoso hombre de Estado que de tanto pudo servir á su Patria!; los resortes de su poderosa gestión, tan hábil como inteligentísima, tuvieron el origen de su fe por la libertad, y el saberla inspirar á sus contrarios inclusive y á la nación toda, de tal manera que los que le suce-

dieron no hicieron otra cosa que imitarle; él supo preparar á su Patria por la educación pública para los poderes públicos, y con la ayuda de la fuerza que viene de la asociación, de la actividad provincial y local, de los negocios y del esfuerzo de la dirección gubernamental. Esto unido al espíritu de la economía de un pueblo que nació ayer, pues la estadística de Cajas de Ahorros en 1874 arrojaba un término medio de 19 francos por habitante en las sumas depositadas, y que en Francia es sólo de 15 francos; sus grandes previsiones en el problema de la Eritrea, cuando la derrota de Baratieri por Menelik; el ejército y armada poderosa que tiene, y por último la alianza de que forma parte, hacen, decimos, que pueda considerarse á Italia como una verdadera esperanza de la raza latina, pues su evolución ha sido estudiada, hábil, segura y de éxitos concluyentes, hasta en sus propios fracasos, como en 1866.

Otra unidad buscada con los límites casi que la geografía le señala, la Iglesia libre en el Estado libre, con Roma por capital, era el pensamiento de Cavour, como el de Guillermo fué Inglaterra, Escocia é Irlanda unidas, y el de España debe ser el de España y Portugal. Cavour vió rechazado por la comisión de la Cámara de diputados el sistema de regiones para la administración general de las provincias italianas, que era una sombra del feudalismo, y aquél hombre eminente muere en 1861, la Patria viste de luto y le da regia sepultura, rindiéndole con esto un justo tributo á sus grandes merecimientos.

Vamos á concluir este estudio que ha tomado muchas más proporciones que las que nos habíamos propuesto, para poder comprender todos los elementos sociales que nos faltaban, no sólo en el concepto extricto del caso concreto, si no el de relación con otras nacionalidades, en sus varias formas, viniendo á deducir como concluyente, que los franceses han cometido cuatro grandes errores: desorientación del concepto religioso, con los bienes del Estado; no distinguir la educación de la instrucción en el orden social; creer que es lo mismo las instituciones liberales que las instituciones libres en el concepto político; y confundir, por último, la organización militar, con la constitución de la milicia en el estado militar; es decir, preterir la religión, perdiendo sus indiscutibles beneficios; confundir la parte moral con la intelectual; la li-

bertad con la emancipación, y la organización con la parte doctrinal, como reglamentos, ascensos, retiros, armamentos, administración, disciplina, educación, etc., errores que determinaron, según hemos visto, los detenimientos, retrocesos y aun profundos desequilibrios, en un pueblo que parecía el llamado á ser siempre la cabeza de la culta Europa, República hoy, después de treinta años con tal forma de gobierno, pudiera ser que consolidando sus organismos, resultara en el fondo lo que en la superficie parece, un pueblo á más de ilustrado, económico, activo é inteligente, con verdaderas fundamentaciones de acometividad y resistencia; pero las recordaciones del pasado tan lleno de decepciones hacè que la desconfianza brote y que aunque sea repetición, que por muchos se considere que su verdadera fuerza está en su alianza con Rusia.

Los recientes sucesos en Africa, ya citados, en los que mostró excesiva prudencia con Inglaterra, aun costandole no poder unir sus posesiones coloniales de oriente y occidente, y esa honda agitación que se observa en sus masas sociales, hacen dar más fuerza á nuestras apreciaciones; de todos modos Francia podrá llegar á donde aspira, si tiene firmeza en sus propósitos, porque elementos le sobran; lo que le falta tal vez, será lo que siempre: hombres que sepan entender la verdad y practicarla con el desprendimiento de sus propios intereses, sacrificándolos por la Patria; hoy va al porvenir con denodado aliento y dentro de la fórmula política más avanzada sin temor á los peligros; por no retroceder se inclina á lo que está más lejos; pero hemos de reconocer que aun en sus grandes infortunios, ese espíritu público tantas veces equivocado, jamás dejó de ser la mayor esperanza para esta raza latina que por tantos siglos dominó la Tierra.

Alemania

I

PRUSIA: DESDE EL GRAN ELECTOR FEDERICO GUILLERMO Á FEDERICO GUILLERMO I

El poeta y el Monarca no forman ya más que una sola persona; el pueblo, objeto de mi amor, es ahora la única divinidad á la cual he de servir. ¡Adiós versos, conciertos, amigos; adiós también Voltaire!, mi Dios Supremo es en adelante mi deber.

FEDERICO EL GRANDE DE PRUSIA

EL mar Báltico, cuyas costas más parecen gigante pedrería de condal corona, ya con sus témpanos de hielo, ya con el ambar que sus aguas arrojan á la playa en los tiempos estivales, al ser codiciado por ingleses, suecos, holandeses, polacos y rusos, fué el génesis de la Prusia que cual escudo de aquella heráldica enseña, nos muestra sus cuarteles trazados por el Niemen, el Vistula y el Oder, al cruzar sus territorios recientes, y sus inmensas llanuras miocénicas que con campos de esmeraldas y seculares bosques, son gérmenes de vida exuberante en todas sus manifestaciones.

¡Agua!, gritaban los pueblos interiores de los continentes en el siglo XVII, del mismo modo que en los siglos anteriores; porque el agua es comercio, el comercio riqueza y ésta la garantía del más grande acomodamiento. La cuenca del Mediterráneo, el dominio de este mar, ha sido y es un gran problema; antes de sus pueblos costeros, después de los más distantes, hoy de cuantos

pueblan la Tierra, como ya lo hemos dicho, y si esto pasa con un mar del Sur, internacional, el problema del Báltico no le iba en zaga en aquellos tiempos en que las actividades humanas en el Norte eran reflejas, puesto que su dominio implicaba el paso para el mar libre.

Los ingleses dueños de los estrechos del Kategat, cerrando el paso á los rusos y á los alemanes principalmente, aislando de este modo sus marinas en los hielos casi con perpetuidad, tenían resuelto el problema á su favor, y de ahí que las naciones citadas procuraran llegar á ese mar libre, en este caso del Norte, tan codiciado. Los rusos, no obstante las guerras formidables tenidas, nada han conseguido para sus 128.931.827 habitantes; el Brandeburgo primero y Prusia después, en esa evolución gradual de engrandecimiento, no podía perder de vista este objetivo, del mismo modo que las otras naciones citadas habían de defender lo que tenían; la historia nos muestra hoy cómo han llegado algunas de esas naciones, y otras no, á cuanto codiciaban; ¡bien venidos sean los espíritus superiores, porque ellos solos pueden deletrear en en ese alfabeto que se llama el porvenir!

No se puede tratar de la Prusia, sin que á nuestra memoria vengan las luchas de aquellas edades, y sin que la imaginación nos represente á los caballeros teutones dando con el regatón de la lanza á los indígenas idólatras, diciéndoles al mostrarles el Cielo: «¡levántate y mira, que allá hay un Dios!»; es más, hasta casi contemplamos en nuestros idealismos el modo de luchar, y sentimos el crugir de las armaduras y de los arneses, aunque algunos aceptan la sinonimia de estos elementos de combate; pero pasaron aquellos tiempos como otros que les sucedieron, y los teutones tuvieron á su vez quien les digera: «se vive para trabajar y producir y no para la regalía y el vicio», y maltrechos y vencidos por los polacos, de manera formidable, aceptaron su feudo que habían de cambiar por otro más tarde.

En este estado se encontraba el Electorado de Brandeburgo en 1645, teniendo á Federico Guillermo, duque de Prusia, por el gran Elector. Fijo en las luchas de los pueblos que le rodeaban, y con cierta conciencia de su escaso valer, tenía que suplir hábil y diplomáticamente lo que en elementos brandeburgueses le faltara; indeciso en un principio respecto á no saber á donde incli-

narse y que más le conviniera, escuchó al fin, el consejo del conde de Waldeck, que le decía: «En cuanto depende del poder humano, es indudable que la Polonia está perdida, y si no entramos en acción, nosotros estamos perdidos también, todos se echarán sobre nosotros.»

Waldeck tenía razón entre la duda que da á la vacilación y la muerte, á la resolución por aceptar lo más probable de éxito; representaba cuanto hubo de conseguirse, y el Elector se decidió por el consejo, entrando en negociaciones con Carlos Gustavo, Rey de Suecia, reconociendo el feudo que con Polonia hasta entonces le ligara, y llevando al terreno de las armas con la nación sueca el litigio de sus pretensiones con Polonia. El 31 de Julio de 1656 Varsovia cayó en poder de los aliados después de tres días de lucha; 9.500 suecos y 8.500 brandeburgueses formaban el ejército que tuvo que luchar con fuerzas cinco veces superiores. Es de notar que la infantería que figuró fué sólo de 6.400 hombres y que el resto era caballería, como también que de esta batalla campal, la primera en que ha figurado un ejército brandeburgués respetable, arranca la historia militar de la Prusia.

No fué esta importancia militar relativa la conseguida por el Elector, sino que trocó el título de feudo de Suecia, por el de soberanía en el ducado de Prusia, según el tratado de Labian; y como ya obtuvo el tratar de igual á igual con el Rey de esta nación, dirigió sus pasos á conseguir lo mismo con el Rey de Polonia, fundándose para eso, en que Austria y todos los Estados solicitaban su alianza, por creer vencer allí donde el Brandeburgo se inclinara; pues la cuestión política internacional, al estar tan complicada con la guerra sueco-dinamarquesa, la alianza austro-polaca y otros incidentes, pudieran dar lugar á que llegara á realizar su pensamiento. El problema del Báltico sólo fué, por lo tanto, beneficioso para Prusia; Rusia no obtuvo ningún puesto; Suecia estaba muy lejos de dominarlo; Dinamarca, vencida por los suecos, tenía otras cosas en qué pensar más preferentes, y Austria permanecía en la situación incierta de no resolverse á qué parte le convenía inclinarse y nada hacía, política que le había de resultar tan desastrosa.

*
* *

Federico III sucedió á Federico Guillermo, su padre; anuló el testamento de éste, que pudo deshacer la obra comenzada, pues disponía la división del Estado entre sus hijos, siendo más buen padre que amante de su Patria. Federico, que la historia le acusa de ingrato con Danckelmann, su maestro y consejero, no tuvo otra idea que hacerse Rey de Prusia; era muy poco para él la parte que su padre le dejara en dominio y categoría, y buscó campos más extensos en sus ambiciones. Apoyándose en elementos puramente católicos, logró que el 16 de Noviembre de 1700, se firmara el documento de renovación de alianza en el que se le daba el título de Rey; el 15 de Enero de 1701, comenzaron en Koenigsberg, las fiestas de la coronación de Federico I como Rey de Prusia; el 17 se fundó la orden de Caballería del Aguila Negra con la divisa, *Suum cuique*, compuesta de un canciller y 18 caballeros, y el día 18 tuvo lugar la coronación con la independencia más absoluta del poder civil, respecto al eclesiástico, no notificando ni por fórmula al Papa, acto en el que tanto había influído.

La verdad es que la mediación de los padres Vota y Zalusski, entre el Papa y el Elector, padres eminentemente católicos, traen recordaciones de Enrique IV de Francia en la manera de ser para lograr su objeto; pero no las de Cromwell, cuando dijo al ofrecerle la corona de Inglaterra que rechazó: «sería únicamente una pluma más en mi sombrero». Federico I siguió en ésto el pensamiento de Leibniz, de que «sólo es Rey el que Rey se llama», y hemos de concederle que acertó, pues de este modo pudo unir á todas las provincias con fuertes lazos; las autoridades de las regiones fueron gobiernos reales, y el ejército, entonces de 30 mil hombres, se llamó desde 1701 Real ejército prusiano; estableció la autonomía en la administración de justicia, y creó en Berlín el Tribunal Supremo de apelación, como última instancia para los asuntos nacionales.

Protegió la agricultura, aceptando el sistema de dividir el terreno por parcelas y la cesión á título de enfiteusis, propuesto por Luben, creando este medio de subsistencia para los labradores, sacándolos de la servidumbre y tratando de hacer desaparecer el vasallaje hereditario; pero los beneficios no fueron todos los que se prometían; el plan se puso en ejecución precipitadamente, y llegó á contarse entre los que le hicieron gran oposición, con

Federico Guillermo, Príncipe heredero, porque opinaba que la monarquía debía seguir siendo una potencia administrativa dentro del Estado, suprimiendo la cesión por la enfiteusis y volviendo á los arrendamientos temporales, ó sea á la explotación de los bienes del Estado; razones por las cuales fracasó el plan de Luben.

También protegió el Rey la inmigración ó sea la colonización interior. El ejército de 30 mil hombres lo elevó á 50 mil é intentó crear la milicia provincial de 10 mil hombres, de modo que pudiera elevarse á doble número en caso necesario; la dividía en cuatro regimientos nacionales y podía servir para la defensa de fronteras y fortalezas de los territorios que entre el Vistula y el Rhin existían, y aunque esto no llegó á pasar de proyecto, hay que reconocer que el Rey procuraba por el mejoramiento de todos los elementos del Estado.

Estos fueron los preliminares de la gran obra que admiramos hoy y que indudablemente se deben al fundador de la monarquía prusiana, siendo por lo tanto suya la gloria; ¡lástima que por ser tan amante de la ostentación, dejara el erario público en mal estado, después de los muchos beneficios como aportó á su Patria en los veinticinco años de dirigir sus destinos!

El primer Rey de Prusia murió el 25 de Febrero de 1713; le sucedió su hijo Federico Guillermo I que tenía veinticuatro años, aportó al trono un verdadero plan, político administrativo, social y militar, asombrando verdaderamente cómo pudo adquirir tantos y tan profundos conocimientos, ordenarlos, llevarlos á la práctica y más que todo con aquél carácter de acero inquebrantable y persistente. Empezó por aumentar siete regimientos, y á disponer el ejército de modo que siempre estuviera pronto á ponerse en marcha, pero el Rey no daba la orden diciendo: «Soy un joven principiante, y todavía no puedo emprender la menor cosa que necesite el empleo de la fuerza».

Hábil político, supo darle el valor que tenía el consejo de su ministro Ilgen, aceptándolo; pues este célebre estadista decía: «Que lo que convenía á Prusia era conservar una posición intermedia entre Suecia y los aliados del Norte, que contribuiría á la paz, y ponerse de acuerdo con Francia, con Augusto de Polonia y con la corte de Viena, trabajando de este modo en pró de

una solución, merced á la cual se restablecería el equilibrio en el Norte y se pondría un límite á la preponderancia del Czar».

Como se ve, el procedimiento político era de la misma escuela que la de sus antecesores; el Rey debía inclinarse al lado del que más segura ganancia le ofreciera, y la cuestión quedaba reducida á tener la clarividencia de inclinarse al lado de la fortuna, que era el del acierto. Por fin tuvo efecto una alianza con Rusia, y se apoderó de Stettin y de las bocas del Oder, como ejecución de un tratado de secuestro, pues la política exterior de este Rey carecía de iniciativa brillante y atrevida; ya hemos dicho en qué consistía. Contra estas dos naciones se formó la liga de Sajonia-Polonia-Hannover é Inglaterra, resultando después de todo, que á Prusia le fueron cedidas la Pomerania occidental hasta el Peenen y la de Usedon y Wollin.

El Rey reservaba todas sus energías é inteligencia para el interior de sus Estados; rodeada Prusia por elementos hostiles, movidos por los acicates de la envidia, había de formar, para poder defenderse, una unidad firme, coexistente en el interior, y contar en el exterior con auxiliares verdaderamente fuertes; el Rey así lo comprendía, y lo supo practicar de un modo magistral; fué, dice Ermanrdofer: «El Vulcano que forjó las armas para el Estado prusiano que se encumbraba hasta alcanzar una importancia universal; el Aquiles que había de empuñarlas vino después».

Federico Guillermo I fué la figura de mayor relieve entre los Príncipes alemanes de su tiempo; sólo dos personalidades le igualaban: en el mundo eslavo, Pedro el Grande, que conquistó tanto para Rusia que hizo su nombre imperecedero; y en el sur romano, Víctor Amadeo II, pudiendo aplicarse á estos tres Soberanos lo que Bacon dijo de Fernando el Católico, Luis XI de Francia y Enrique VII de Inglaterra: «Tres magi interillius actatis Principes», porque los tres, venciendo todo á cuanto á sus designios se oponía, fueron Reyes santos del absolutismo creador del Estado, nada mas cierto; Federico Guillermo I decía: «Yo soy el Señor y los Señores mis criados»; y esta fórmula política deja atrás á cuantas hemos citado, mostrando las energías creadoras de su indomable carácter desde los comienzos de su reinado.

Suprimió el personal inútil; los sueldos y los gajes de los funcionarios de la corte los rebajó á la quinta parte; vendió cuanto

encerraban de valor las bodegas y caballerizas reales; los objetos de plata supérfluos los mandó, para que los fundieran, á la fábrica de la moneda; despidió ó pagó mezquinamente á los artistas de lujo; suprimió las fiestas, teatros y banquetes, que reemplazó por aquellos modestos pasatiempos que las costumbres burguesas ofrecían; en una palabra, adoptó cuantas medidas creyó necesarias para contrarrestar los males que amenazaban al Estado, y daban segura garantía de su mejora y engrandecimiento; y como lo que más le preocupaba era las deudas que el Tesoro tenía, no se cansaba de repetir: «Yo haré que cuando mi hijo sea mayor de edad, encuentre un subterráneo lleno de dinero»; efectivamente, ocho millones de thalers encontró el Gran Federico cuando en 1740 subió al trono.

El Rey fué su propio ministro de Hacienda y su fedmariscal; suprimió la enfiteusis, recobrando el Monarca sus bienes, y volviendo á los arrendamientos, pero de corto plazo, y legislando para que estos bienes de la Corona no fueran enajenables, y así podían aumentar, pero no disminuir. La renta de ellos era, en 1713, 1.800.000 thalers (escudos), formando la mitad de los bienes del Estado; el Rey se reservó 52 mil thalers, y lo demás lo destinaba á la administración pública, que tenía garantidos así la mitad de los gastos del Estado. Extinguió las deudas, se elevaron los cánones de arriendo proporcionalmente, y se adquirieron multitud de fincas, haciendo que sus rentas subieran á 3.300.000, cantidades que permitieron, no sólo aumentar mucho los servicios públicos, sino llegar á tener un ejército en mayores proporciones que el Estado requería, sin tener que gravar los impuestos que los formaban la otra mitad de sus ingresos.

El problema administrativo intentó mejorarlo el Rey con la creación de dos ministerios de Hacienda, con funciones simultáneas, intervenidos por un Tribunal General de Cuentas, innovaciones que tuvieron que ser modificadas. La administración de justicia fué también reformada, no obstante los verdaderos alcances logrados por Federico I, con la creación del Tribunal Supremo de Apelación; pero la duración de los pleitos, la corruptibilidad de los jueces, el sistema abusivo de los curiales y otros muchos perjuicios que tenían las partes litigantes, dieron ocasión á que el ministro de Gracia y Justicia, Bartholdi, propusiera en 1712 un

vasto plan de reformas, que no llegó á plantearse, y que Federico Guillermo hizo estudiar nuevamente, lo que dió lugar á una ley fundamentada en dicho plan, que se llamó «Ordenanza General relativo al mejoramiento de la administración de Justicia», y que fué proemio de un código nacional que, si bien no llegó á obtenerse hasta Federico el Grande, quedó planteado el problema, y las ideas que informaron la legislación Carmer-Svarez, según Stozel, muy pocas hay que no salieran, unas de la propia cabeza de Federico Guillermo y otras de la de Cocceji, que fué el primero que tuvo el verdadero carácter de ministro de Gracia y Justicia.

Las industrias nacionales tuvieron también la protección del Rey, empezando porque el ejército había de proveerse para su vestuario y equipo de las fábricas del país, y que los cuarteles contaran con verdaderos talleres de ciertas producciones de las industrias.

Emprendió la gran obra del restablecimiento de la Prusia oriental, é hizo que se adoptaran cuantas medidas creyó necesarias para la reforma radical del sistema municipal, implantadas más adelante, viéndose de este modo que Federico Guillermo I, inauguró su reinado con un plan de reformas generales, que comprendía todos los elementos del Estado y que como espíritu superior vislumbraba, en 1713, la Prusia que dejó en 1740.

Federico Guillermo no sólo tuvo la clarividencia de comprenderlo así sino que no le faltó nunca el carácter que se imponía para alejarse de todo aquello que no le conducía al objeto principal que perseguía. La paz de Estokolmo de 1720, dió á la Prusia, la Pomerania anterior, Stettin y las bocas del Oder, es decir, costas de manera definitiva, y algo de sus aspiraciones de dominio en el mar; pero el Rey, al mismo tiempo comprendía que el Estado no se encontraba en condiciones de emplear sus fuerzas en actividades mercantiles por entonces, y enajenó las posesiones que Prusia tenía en las costas de Guinea.

Tuvo el buen acierto de entender que las garantías de la prosperidad cierta de la Patria estaba en la creación de un ejército poderoso, en la bien encaminada administración de justicia, en el fomento de la agricultura, industria y comercio, y en la educación é instrucción de aquel pueblo que con tantas facilidades y compe-

tencias manejaba; hacer de Prusia un Estado marítimo y comercial, hubiera sido restar energías necesarias para mejores empleos; y el Rey, sin desconocer que era víctima su Patria de los holandeses é ingleses, optó de los dos caminos por el que creyó menos malo, y acertó otra vez. Creó un sistema industrial que se bastara, en lo posible, á sí mismo, con una política aduanera en un todo proteccionista; fomentando el tráfico mercantil interior, é invirtiendo la condición de nación que importaba, en la de exportadora, coincidiendo en lo que dijo Schmoller: «No el comercio extranjero y la navegación del Báltico, sino la industria y el tráfico interior, basados en la comunidad política de las provincias prusianas, era lo que constituía el centro de gravedad económico de la nueva vida».

El primer obstáculo que encontró para el desarrollo de una política económica nacional, fué la ineficacia de la reforma de los dos ministerios de Hacienda: uno Dirección General de Hacienda y otro de Comercio General de Guerra, porque los rozamientos eran constantes y la buena marcha por esta y otras causas se hacía imposible. El Rey, comprendiéndolo así, creó un centro Director único para toda la administración pública y se puso á su frente; ¡sólo un carácter como el suyo podía acometer tal empresa! El proyecto se debió á su propia inteligencia, y lo escribió él mismo; y baste decir en su justo aplauso, que fué la base y norma de toda la vida administrativa prusiana por más de ochenta años. Fueron, por lo tanto, suprimidos los dos ministerios de Hacienda, y en su lugar se creó un Directorio General, presidido por el Rey. Los negocios se dividieron entre cinco departamentos, al frente de cada cual había un ministro y varios consejeros secretos; recomendándose para la garantía del buen desempeño de los funcionarios provinciales, correspondencias secretas y espías que vigilaran y dieran cuenta de todo, comprendiendo esta nueva constitución reglas para matar el indigenato que tenía la natural forma autónoma que había regido en los Estados.

Los resultados sorprendentes obtenidos, y en semejantes proporciones, eran debidos en primer lugar al Rey por sus condiciones innegables de gran carácter, muchas veces extremado y cruel, y su clara inteligencia; pero tampoco puede desconocerse que fué ayudado eficazmente por una burocracia laboriosa é inte-

ligente, y por hombres de mérito tanto como Ilgen, Dessau, Grumbkow, Printzen, Brandt, Cocceji, Krant, Kreutz y otros muchos, sin que esto mermara en nada sus altos prestigios en la gran obra llamada por él «De la economía y del ahorro».

Dominó también el poder político de los nobles, dejándoles á los señores Gentiles-hombres la ilusión de la dieta, pero les negaba todo lo que no era de su agrado. En 1717 estableció la «alodificación de los feudos», que logró después de algunas concesiones, igualando de este modo, el noble, el burgués y el labrador, en lo que á contribuciones se refiere.

Respecto á la vida municipal, también le llegó su turno en que fuese objeto de su práctica atención; enfrente de casi todas las municipalidades había familias que ejercían de generación en generación el monopolio más absoluto; el problema no era de imposible solución y el Rey lo acometió haciendo resaltar los abusos, destituyendo y castigando á los causantes, y sustituyendo las autoridades con militares de alta graduación, siendo esto la base de un sistema centralizador en un todo bajo el concepto administrativo, acabando de matar, por lo tanto, la manera de ser autónoma de las ciudades, y que á tantos abusos se había prestado como procedimiento oligárquico é independiente, al ser sustituído aunque fuera con carácter «medio educativo transitorio», con el procedimiento burocrático militar, y hubo disciplina, orden, justicia é igualdad, para lo que en aquél entonces conocía la joven Prusia.

También los gremios fueron mejorados en su legislación, resultando de la ley de ordenación gremial del Imperio de 1731 que tanta importancia tiene en la historia industrial alemana, «La memoria especial sobre abusos de la industria»; que aunque á su título se concretaba, fué una base para otros aspectos de la cuestión, sobre todo en la intervención del Estado en todos los actos de los gremios, resultando más tarde una reforma en la legislación industrial prusiana, que terminó en tiempo del Rey y que duró sin grandes modificaciones hasta 1806, concluyendo su obra en este sentido, con la protección á las industrias, trayendo del extranjero obreros competentes para las que se creaban, y dando toda clase de facilidades.

El pensamiento de Federico Guillermo I era que la formación del Estado obedecía á que desde el Cleves hasta el Memel,

correspondiera al modo de ser interno de la teoría mercantil de aquella época: la unidad del Estado y la unidad administrativa, el bienestar público y la prosperidad de la administración con sus causas y sus efectos.

Llegó su vez al ejército, sobre el que decía Ludewig: «Un país rico sin ejército es como un jardín sin cerca»; lo que nos muestra otro pensamiento sobre los dichos, por más que venga á decir lo mismo que Maquiavelo y Salazar, respecto á que en toda nación el ejército se impone. Federico Guillermo I poseía desde su juventud, en grado sorprendente, profundos conocimientos técnicos en todas las más importantes ramas de la administración; pero ninguna creía conocer como lo que á la milicia se refería, porque antes que todo era militar, más que Rey fué coronel, según él mismo decía.

Desde los tiempos del Gran Elector que arrancó de sus Estados de la marca el «Milis perpetuus», en la organización del Estado se anteponía la milicia; así lo entendió Federico Guillermo I que era un gran soldado, sin ser hombre de guerra, aunque estuvo en campaña con Marlbourugh, con Eugenio y luego en la Pomerania, pero nunca como general en jefe.

Sus aficiones militares le imponían rodearse de militares, que su sistema de vida fuese militar y el de su corte; favorecía á los militares sobre todos los demás, y los consideraba como los mejores para las más arduas empresas, siendo, en su concepto, el castigo más grande para el militar, prohibirle que vistiera el uniforme militar prusiano. En 1740 el Ejército lo formaban 83 mil hombres, en un Estado que contaba de dos millones y medio de habitantes; y resultaba, que mientras que por su población era el duodécimo de Europa, por su ejército le correspondía el cuarto lugar, porque Francia tenía 160 mil hombres, Rusia 130 mil y Austria 100 mil. De los 83 mil hombres del Ejército prusiano, 10 mil prestaban servicio de plazas fuertes, de modo que 73 mil eran fuerza disponible para campaña; además, los soldados disfrutaban licencia una buena parte del año. De los siete millones de thalers que importaban al año los ingresos del Estado en 1740, cinco se destinaban á fines militares. La desproporción resultaba entonces una anomalía, pero de ella salió más tarde uno de los factores eficientes de las grandezas de Prusia.

Para nutrir tan respetable ejército y evitar las levas en el propio país, se recurrió á hacerlas en el extranjero, procedimiento caro, germen de graves disgustos y de no eficaces resultados; pero el Rey prefirió esto al reclutamiento forzoso, y en 1721 se restableció el servicio voluntario que, complementado con las levas en el extranjero, evitaba las del país para no dar ocasión á emigraciones y otros perjuicios; lo que se practicaba en el extranjero se llamaba la caza salvaje de mozos altos, y la llevaban á cabo sobre mil reclutadores, resultando por todos lados graves inconvenientes en lo que era de atención preferentísima. Hasta en 1733 no pudo vencerlos el Rey en parte con el reclutamiento de cantones, que vino á ser un esbozo del servicio militar obligatorio, que suplía el alistamiento y servicio voluntario y que llevaba á las filas elementos verdaderamente nacionales, con un sistema de reclutamiento general y ordenado por la ley.

El país fué dividido en distritos militares ó cantones, señalándose á cada regimiento uno para que pudieran sacar sus contingentes en todo ó en parte, pues el alistamiento en el extranjero aún existía. La ley comprendió al país todo, pero no á todas las clases; quedó exceptuada la nobleza, pagando su contribución militar con el cánon feudal; los hijos de los sacerdotes y altos funcionarios; los que poseían un capital de 10 mil thalers; algunas clases de obreros y los inmigrantes.

En los comienzos de esta organización militar nacional, se lograron dos cosas: que el Rey se pusiera á la cabeza del Ejército, porque hasta que se hizo esto, los coroneles jefes superiores de las fuerzas, porque no existían mayores unidades en tiempo de paz, como brigadas ó divisiones, eran, por lo tanto, autónomos y ponían sus regimientos á disposición del Rey, mientras que después el Rey era el que daba los mandos de los cuerpos, y lo mismo llegó á suceder con los destinos de los oficiales.

La otra ventaja señaladísima fué el reformar el cuerpo de oficiales prusianos. El Rey, á más de ser el jefe del ejército, se consideraba un jefe de él. Desde 1725 llevaba el redingot de su regimiento de Potsdam, y á un mayor que se portó de una manera inconveniente, le hizo amonestar severamente, haciéndole decir: «Que debía saber que si él es mayor, yo soy coronel», y consiguió por este y otros medios que la aristocracia prusiana entrara

á formar parte del ejército. La nueva academia de Berlín, para cadetes, fué un elemento para las generaciones venideras, y el Rey logró que fuera rara la familia noble que no contara con uno ó más individuo en el ejército; los burgueses no estaban excluídos, y de este modo las tropas mercenarias estaban mandadas por oficiales distinguidos.

El Rey y su competente amigo Dessau, el primero en Potsdam con su regimiento, y el segundo en el Halle, con el suyo, ensayaba todas las innovaciones y perfeccionamientos, los progresos todos (baqueta de hierro y bayoneta perfeccionada, paso uniforme y fuego rápido); después se hacían extensivos á todo el ejército, siendo estos dos verdaderos maestros, los que llegaron al perfeccionamiento de la Infantería. La fórmula del Rey era: «Cargar deprisa, colocarse en apretadas filas, apuntar bien, ver bien durante el fuego, y todo con el mayor silencio».

En Mollwitz, un año después de la muerte del Rey Schwerin, dice en su memoria: «Marcharon con la mayor compostura, sin abandonar un momento el orden de formación, como si estuvieran en una parada», esto hicieron en larga fila los batallones prusianos que avanzaban al acorde de las músicas.

Después de la larga prueba de la guerra de los siete años, el ejército prusiano fué el modelo á copiar de casi todos los Estados de Europa.

El Rey tuvo carácter de hierro; la mayor prueba de ello fué poder dominar á su hijo, el que asombró al mundo; cuenta Catt, que Federico refirió á su secretario que había tenido un sueño, en el que apareció su padre acompañado de algunos granaderos y que lo había hecho atar y conducir á la fortaleza de Magdeburgo, «porque el hijo no quería bastante á su padre», y el vencedor de Rosback y de Leuthen, soñando esto, se despertó bañado en sudor.

Y, últimamente, en 1717, con su ley de enseñanza y con su enseñanza obligatoria, puso la piedra fundamental sobre la que había de construirse el edificio de las escuelas populares prusianas. Murió en 1740, á los cincuenta y dos años de edad.

De los Estados alemanes quedaban con vida propia dos naciones: Austria y Prusia; de su antagonismo había de salir la continuación de la historia alemana.

II

DESDE FEDERICO II Á FEDERICO GUILLERMO IV

El mar Adriático tenía una deuda con el Báltico; los gérmenes del imperialismo, sépticos, en completa descomposición, tal vez por caldeamiento de sus aguas, buscaban otras regiones que con temperatura más baja les ofreciera vida, estabilidad y engrandecimiento, y encontraron en la Prusia el medio ambiente que necesitaban. El hábil Federico I cuidó de hacer el nido del águila negra; el férreo Federico Guillermo I, rodearle de cuanto fué preciso para que la incubación fuese perfecta; el eminente militar y político Federico II se encargó de que los hijos de la reina de las aves fueran bastante fuertes para hendir los espacios todos de la Europa, pero no sin determinados accidentes: Federico Guillermo II les limitó el espacio; Federico Guillermo III, con Stein y Scharnhorst, reconstituyó los hechos, alcanzando glorias inmarcesibles; Federico Guillermo IV les dió los horizontes amplios de la libertad, y Guillermo I, el venerable anciano, el bravo é inteligente Rey, el que montado en caballo que se llamó Sadowa desde el dia de esta batalla en la que *dejaba el Rey por esta vez que le besaran las manos los soldados que con los ¡hurras! atronàban el Cielo*, al verlo cuando se unieron los dos ejércitos en los puestos de mayor peligro entre sus filas, el Emperador augusto, decimos, dió á las aves que casi viven en el éter puro, los ámbitos todos de la Tierra. Esta es la síntesis de la historia algo más que contemporánea de un pueblo que es tal vez el primero del mundo.

Bien quisiéramos dar cuantas extensiones se merece la historia de Federico el Grande, bajo las distintas fases que se nos ofrece por los muchos hombres eminentes que de ello han tratado; pero sería traspasar con mucho el plan propuesto en nuestro estudio, que va teniendo ya mayores proporciones de las que habíamos pensado.

Rey militar que formó escuela, tan hábil político como gue-

rrero y á la par erudito y doctosísimo, tenía que llegar á donde alcanzan los espíritus como el suyo, á las regiones más altas del dominio y del humano conocimiento. El problema político exterior en su tiempo era el mismo que el que sus antecesores se encontraron; luchas hijas de la codicia de los pueblos, alianzas para lograr lo que cada cual pretendía y buscar las oportunidades de realizarlo. Él se encontró con sus condiciones excepcionalísimas, un fuerte ejército, una nación casi hecha y el erario repleto; perfeccionó y acabó las obras comenzadas por su padre, de que hemos hablado, pero siempre bajo el aspecto de la unidad centralizadora; tuvo el buen sentido de admitir en su reino á los jesuitas echados de otras naciones católicas; engrandeció su Patria y fué uno de los capitanes más célebres de la humanidad, á tal extremo, que el ejército prusiano sirvió de modelo á cuantos ejércitos existían en su tiempo, y marchaban á Postdam comisiones de naciones distintas para aprender la táctica que tantas victorias había conseguido.

Convirtió á la Prusia con una población no equivalente, en una nación de primer orden, y vió con el primer desmembramiento de Polonia, que las orillas prusianas del Báltico se extendían desde el Niemen al Oder, resultando esto de su inteligencia con la Czarina Catalina II.

Consultor de las obras de Maquiavelo, y admirado por Napoleón después, adquirió y dió enseñanzas, que con su genio le hicieron pasar á la posteridad; fué gran prosista y muy amante de su pueblo sobre todo, á tal extremo que su escuela formó época tan perfecta, que creyéndola invariable, la Prusia paralizada no comprendió que otros pueblos le tomarían la delantera en esa marcha incesante de la vida; entre los extremos políticos, la Prusia más se inclinaba á la derecha que á la izquierda y las consecuencias no se debían hacer esperar; ¡bien ajeno estaba el Gran Rey de lo que á su Patria le tenía reservado el porvenir por estas razones, y por las escasas condiciones de su sucesor Federico Guillermo II!

Federico Guillermo III tuvo que sufrir las consecuencias terribles del alto dado en la evolución de Prusia; las derrotas de Jena, 14 de Octubre de 1806; Auerstadt, Eylau y Friedland, le impusieron la paz de Tilsitt, 9 de Junio de 1807, que determinó la decadencia del reino y que se quedara reducido al Brandeburgo,

la Pomerania, la Prusia oriental y la Silesia; tan terrible golpe que deshizo en un momento la obra de tantas energías acumuladas, llenó de espanto á los más esforzados, pero no para matar sus esperanzas que crecieron en la desgracia, como sucede siempre á los pueblos que son dignos de sí por la conciencia que tienen de su propia valía.

La historia hace justicia á Federico Guillermo III, reconociendo que no se le ocultaron los inminentes peligros que le amenazaban; pero nosotros hemos de agregar que el concepto político equivocado, pudo más en él que el problema social; no quiso restar á la corona, ni antes ni después de la catástrofe, ni un ápice de sus prerrogativas, sin tener en cuenta que también quitaba responsabilidades, y que la solución de los problemas sociales no reconocidos y acatados á tiempo oportuno, se imponen por la fuerza.

Las glorias de la Prusia rehecha y transformada en Imperio, que dejando el imperialismo interior del Estado, supo trocarlo en colonial ó exterior como Inglaterra, se deben á dos hombres, como hemos dicho: á Stein y Scharnhorst, primero; después á Moltke y Bismarck. Aquellos, rara casualidad no eran prusianos; Stein nació el 26 de Octubre de 1757 en el castillo patrimonial que su familia tenía en Nassau, en el Lahn; Scharnhorst en Bordenau, en Hannover, el 12 de Noviembre de 1755; el uno estudió en la Universidad de Gottinga, entonces escuela superior de jurisconsultos é historiadores, así como Estrasburgo lo era de diplomáticos y Leipzig de poetas y filósofos; en cuanto al segundo, desde 1773 hasta 1777, estudió bajo la protección del distinguido militar conde Guillermo de Schaumburg, para el arma de Artillería en la escuela militar de Wilhelmstein (Schaumburg-Lippe, con 33.135 habitantes en 1875), pequeño país en donde estaba establecido el servicio general militar obligatorio y que tanto había de influir esta coincidencia en el porvenir de un espíritu llamado á ser director en aquella época, pero de un modo extraordinario, en que el ramo de guerra se transformara en Alemania, del estado rudo de simple oficio, en arte y ciencia.

Tenemos, pues, que aquellos dos hombres, con cierta dependencia del Monarca, tomaron á su cargo las resoluciones de los problemas: civiles el primero, y militar el segundo; veamos como:

Stein se decidió á servir, no al Imperio ni al Emperador, en los que encontró la inacción de la petrificada forma, sino á Federico de Prusia, á cuyo Estado y á cuyo ejército enviaba entonces sus mejores fuerzas la joven Alemania. En 1806 fué nombrado ministro de Hacienda; influyó en esto Beyme, consejero secreto del Gabinete, porque le tenía en el concepto de «cabeza pensadora y como un hombre de negocios, uniendo á esta cualidad una gran energía de carácter»; y en realidad todo era necesario, pues su antecesor Struensse había dejado un verdadero caos en la Hacienda prusiana. Stein amaba á los hombres, de cuyo bienestar cuidaba como un padre cuida el de sus hijos, y porque había descubierto que la felicidad propia verdadera es la de vivir para la dicha de sus semejantes.

En 1801 hizo un viaje por Mecklenburgo, y sus impresiones fueron tan hondas como tristísimas, pues no vió otra cosa que la servidumbre corporal de toda la población agrícola; dice Perts, tomo I, página 192: «Encontró en los extensos campos tan abundantes pastos y en eriales y tan poco poblados, una uniformidad, un silencio de muerte, una falta de vida y de actividad, imperando sobre aquel conjunto que le conmovió y disgustó en alto grado. La habitación del noble mecklenburgués, que persigue á su colono en vez de procurar mejorar su condición, se le figuró la cueva de un animal de rapiña que desvasta cuanto á su alrededor se encuentra, y se rodea del silencio del sepulcro». Y como consecuencia de todo esto, dió á luz en 10 de Marzo de 1802 una Memoria, en la que, entre otras cosas, decía: «Para que la agricultura llegue á tener una situación floreciente, debe procurarse asegurar al agricultor la posesión de los conocimientos necesarios para su industria, el capital para sembrar y cultivar, y la libertad para sacar las utilidades de sus fuerzas y de su propiedad». Señalando la supresión de la servidumbre, como deber principal de una administración provincial que quiera completar y perfeccionar la agricultura, la concesión de las tierras del Estado al labrador y la supresión de los servicios y de los impuestos que ahogan su actividad en vez de fomentarla.

Si recordamos lo que Reclus dice sobre los grandes centros de producción agrícola en el Oeste de los Estados Unidos, veremos que entre el general director de las faenas que tiene calculado

que un hombre produce trigo para ciento, sin distraerse ni en besar á un hijo, y el noble, que cual animal de rapiña que explota al colono hasta tener en derredor de sí el silencio de la muerte; si recordamos esto, decimos, podemos observar que no hay diferencia más que en el nombre, y á las mientes nos vienen las citas de Herodoto cuando los Reyes del Iran y de la Persia disponían de los hombres como esclavos y gastaban sus vidas como fieras; y es que el esclavo, el siervo, el colono y el obrero, tenían y tienen la cadena del Estado, la condición del sistema y las consecuencias de la forma: ayer, casi no ser; después, el despotismo impuesto, y siempre la codicia desenfrenada que se nos muestra hoy más que nunca; ¡qué extraño es que el calor de las convulsiones de las vidas que se oprimen den vapor, aparezcan los estratus y cirrus y surja el rayo que destruye y mata; es ley, y esos espíritus que, como el de Stein, gozan de la predicción, deben ser obedecidos de los pueblos que tienen la fortuna de contarlos en su seno, para evitarse grandes males y desdichas sin cuento. Vemos que Stein, al ser nombrado ministro, tenía conciencia cierta de la importancia del cargo que iba á desempeñar.

Ocurren los desastres de Jena y Auerstadt, y Stein mandó á Kenigsberg, salvándolas, grandes cantidades de dinero que le sirvieron al Rey para sostener la lucha hasta que la paz fué un hecho.

Por enérgica protesta de pagar de esos fondos cierta indemnización de guerra y otras causas políticas, Stein fué separado del servicio del Rey, viniendo después el tiempo á darle la razón; marchó á su país, y allí escribió, en 1807, una Memoria sobre la formación conveniente del Tribunal superior y de los Tribunales provinciales, administrativos y de policía en la monarquía prusiana, Memoria que dice Oncken: «Desenvolvía un amplio plan para la reconstitución del arruinado edificio del Estado, y contenía preciosos principios de la más noble política». Entre otros conceptos, citaremos, por lo notable, el siguiente párrafo: «La experiencia que en el servicio tengo adquirida, me convence íntima y vivamente de la excelencia de los Estados provinciales y generales debidamente organizados, y considero como un medio de robustecer al gobierno con los conocimientos y respetabilidad de todas las clases ilustradas, el unirlas al Estado por medio del convenci-

miento, de la intervención y de la cooperación en todos los asuntos nacionales, el dar á las fuerzas de la nación una actividad y una dirección útiles á todos, apartarlas de los placeres sensuales y de las quimeras de la metafísica ó de la persecución de fines inútiles y tener un órgano ilustrado de la opinión pública, que hoy en vano se procura obtener por las manifestaciones de algunos hombres ó de algunas sociedades aisladas».

Stein pretendía una reorganización de las municipalidades urbanas y rurales, de los círculos y de las provincias, bajo la base de sus elementos propios en la dirección, de valía cierta y sin retribución del Estado. Se quedaba entre la anarquía de Francia, que fué producida por confiar los asuntos públicos á funcionarios populares, y el imperialismo de Napoleón, que todo lo absorbía, aspiraba á más: á la conquista moral de Polonia, pues á esto iban dirigidas las siguientes palabras: «Si la nación ha de ser ennoblecida, es preciso dar á la parte oprimida de la misma nación, libertad, independencia y propiedad, asegurarle el amparo de las leyes».

Las nunca bastante sentidas jornadas de Eylau y Friedland sobrevinieron; Prusia lo perdió todo; quedó reducida á los cuatro Estados dichos, y contemplaban sus hijos la ruina cierta por todas partes; ante los realismos de tal desgracia, brotó un solo pensamiento: «que sólo en Stein se encontraba la salvación de la Patria»; y él que había tenido las enseñanzas sobre la historia, constitución y economía popular de Inglaterra, de aquel Estado grande en intereses universales, en el que decía: «Todas las fuerzas del Estado serán tomadas en consideración; y si las clases elevadas se hunden por su malicia y codicia, aparecen entonces las que detrás de ellas siguen con nuevas fuerzas, conquistan influencias, respeto y fortuna, y conservan el honroso edificio de una Constitución, libre, autónoma é independiente»; el que hizo suyo aquel medio ambiente del pueblo inglés, el más libre de la Tierra, el hombre de tales juicios sobre el gobierno de los Estados, decimos, fué llamado á desempeñar la dirección suprema de todos los asuntos civiles con atribuciones jamás concedidas por el Rey.

Hardenberg, Altenstein, Schon y Schrotter, escribieron también Memorias sobre lo que creían mejor para el bien del Estado, y se las presentaban al Rey, el que las examinaba y daba sobre

ellas su parecer; los cuatro primeros estaban de acuerdo, pues fueron consultados por Hardenberg los otros tres, y éste decía como concluyente: «La misión de Prusia debe ser una evolución en el sentido de la palabra, que condujera al gran objeto del ennoblecimiento de la humanidad por medio de la sabiduría en el gobierno y no por el violento impulso de dentro ó de fuera. Principios democráticos dentro de una forma de gobierno monárquico; esto es lo que me parece más adecuado al espíritu de la época.

Para conseguir el establecimiento de la unión de la nación con la administración del Estado, pedía una representación nacional, como asesor elegido y no remunerado de las autoridades administrativas de los círculos, de las provincias y del Estado, sin atender, por lo tanto, á la constitución monárquica.

Stein, cuyo plan general incluía casi todos estos puntos, como hemos visto, podía desde el gobierno plantearlos, y así lo hizo en efecto, en su primer acto legislativo de 9 de Octubre que publicó en Memel. De los doce párrafos de esta notable ley, los más importantes son los dos primeros y los tres últimos; aquéllos tratan de la «libertad de contratación de bienes» y de la libre elección de industria, y éstos de «la supresión de la servidumbre del terruño». Las tres libertades que así quedaban garantidas, modificaron esencialmente la organización social, que en 1794 había adquirido fuerza de ley en virtud del «Derecho provincial general para los Estados prusianos»; esta ley se hizo practicable, rechazando Schrotter, el último de los que hemos citado, el plan de la comisión y haciendo otro, por el que se les concedía á los labradores del Real Patrimonio la propiedad de las tierras, pero limitando otros beneficios; Stein lo aprobó, pero añadiendo algunas indicaciones como complemento, y la ley comprendió á 47 mil familias de labradores, que habitaban 4.230 fanegas de territorio, resolviendo asi una de las cuestiones más principales para la monarquía.

Tras de esta innovación vino la de instituir la administración autónoma de las ciudades por ciudadanos libres. El 17 de Julio de 1808, Stein dió cuenta á la comisión inmediata, para que lo aprobara, de un trabajo del conséjero secreto Frery, sobre «La organización de la constitución municipal»; y después de un razonado preámbulo, exponía el mal general que se sentía: la pre-

sión del Estado militar, la de las Cámaras y las deficiencias de las relaciones de la justicia con la administración y con la policía particularmente, extendiéndose después en consideraciones en apoyo de cuanto se proponía; en el proyecto de ley puso Stein y otros hombres eminentes una serie de notas.

Resultando que con la misma sabiduría con que se atraía á las fuerzas trabajadoras, se atendía á la división y cuidado del trabajo. Debe calificarse de pensamiento feliz y provechoso el de que para diez distintos ramos de los asuntos administrativos, tales como, cosas de enseñanzas, eclesiásticas, de beneficencia, de seguros contra incendios, de seguridad pública, de edificios sanitarios, de construcciones, de inspección de cajas, de medidas y pesas y de cuarteles, se creasen funcionarios especiales en forma de diputaciones y comisiones mixtas que eran nombradas por el magistrado y por la burguesía.

En esta constitución municipal se evitaron los errores que la constitución francesa cometió en 1789 y que tan caro hubo de costarle.

Cinco días después de la publicación de esta ley memorable, fué exonerado Stein, por segunda vez, para siempre, de ministro de la Corona: el 24 de Noviembre de 1808, en sus últimos momentos de gobierno, firmó el Rey: «La disposición relativa á la constitución modificada de las autoridades administrativas superiores de la monarquía prusiana»; que fué la última obra de su gran ministro y reformador infatigable.

Esta ley que iba encaminada á la dirección superior de los negocios, había obtenido una opinión favorable de los consejeros principales de la comisión, entre ellos Klewitz y Schon, cuyos dictámenes fueron anotados por Stein, con verdaderos conceptos de alta administración y de política. La disposición fué firmada por el Rey, pero no publicada y planteada más que en parte cuando se reorganizó la administración prusiana, y concretándose á su título de «Autoridades superiores de administración», quedaba, pues, incumplido lo que el exordio expresaba en estas palabras: «Dar á la administración la unidad, vigor y actividad mayores que sea posible, unirla en su punto culminante y aplicar á ella toda la fuerza de la Nación y de cada individuo de la manera más sencilla y más acertada».

Respecto á la legislación, en la que la Nación también debía tomar parte, nada se dijo de una representación nacional; Stein no juzgó en aquella época oportuno un parlamento en sentido moderno; pero al pensamiento político de Klewitz, que en su dictamen aparecía de que, «V. S. M. el Rey corresponde la iniciativa legislativa», Stein observó: En todos los países donde existe verdadera libertad, pertenece esta iniciativa á los miembros de la representación nacional, ¿qué quiere decir iniciativa? El derecho en la asamblea nacional, parlamento, etc., de llevar á la discusión los deseos y necesidades de la nación. Si se concede la iniciativa al jefe del Estado exclusivamente, resulta una cosa incompleta, una paralización del espíritu, etc. Las constituciones modernas de Francia, han dado la iniciativa al jefe del Estado por motivos que nos son conocidos, y por esto pudo decir el inventor de esta constitución: «C'est ce qu'il y a d'admirable dans cette constitution-c'est qu'ell ne m'empêche jamais de faire ce que je veux», «Del archivo del gobierno en Berlín».

Estas palabras comprenden todo el plan político de un Estado, es de aquellos pensamientos que abarcan la historia de la Francia revolucionaria y sus tristes consecuencias, de lo que nos hemos ocupado, aquél pueblo trabajaba para sí; pero unas veces una personalidad, y otras otra, recogían siempre para ellas todos los beneficios alcanzados, y al conocerlo Stein, no podía hacer más que mostrar á Prusia los grandes errores de los franceses, para que las desgracias de los que él tenía por compatriotas, no fueran mayores.

A Napoleón no se le escapó en su gran penetración la valía é influencia poderosísima de este gran estadista de la Prusia en los destinos del porvenir; bien es verdad que le ayudó como en todo hasta entonces la fortuna; Stein escribió en 15 de Agosto al Príncipe de Sayn-Wittgentein, que se encontraba en Dobberan, según el historiador alemán Pestz, una carta que entre otras cosas decía: «La indignación sube cada día de punto en Alemania y es prudente alimentar é influir en el ánimo de los hombres. Desearía vivamente que se mantuvieran las alianzas en Hesse y en Westfalia, que la gente se preparara para ciertos casos, que se estrecharan relaciones duraderas con hombres enérgicos y bien dispuestos y que se pusiera á éstos en relación con otros. Si Vuestra Alteza ha de hacerme sobre este particular algunas indicacio-

nes, le suplico que me envíe H. Koppe, ó cualquiera otra persona de confianza. La cuestión de España produce gran impresión y demuestra palpablemente lo que hace mucho tiempo hubiéramos debido creer, pudiendo ser de mucha utilidad propagarlo de una manera prudente. Aquí se considera inevitable la guerra con Austria, lucha que decidirá la suerte de Europa y por tanto, la nuestra. ¿Qué resultado espera V. A.? El portador de esta carta es funcionario del ministerio».

El mariscal Soult que mandaba el ejército de ocupación en Prusia, prendió á este funcionario y se apoderó de cuantos papeles llevaba, lo que constituyó un atropello. Stein en el consejo que se celebró á poco de esto, decía: «Tener confianza en Napoleón del que con tanta razón se decía que tenía el infierno en el corazón y el caos en la cabeza, es más que una obcecación, es un grado elevado de locura».

El conde de Goltz se reunió en Esfurt con Napoleón y Champagny, y tan mal le hablaron de Stein, de un modo tan amenazador, que le escribió al ministro sobre la conveniencia de que abandonara su cargo, si quería evitar al país y al Rey mayores males. Stein se prestó á ello, y el Rey se molestó en alto grado y su disgusto fué profundo; es más, supo darle cuanta importancia tenía un acto semejante, pues el ministro contaba con un verdadero partido en la opinión y era la cabeza visible del partido invisible de la guerra que tenía su estado mayor en la Tugendbund, liga de la virtud, su séquito en el ejército y centenares de millares de conjurados entre el pueblo. Stein no pertenecía á la liga, pero todo el mundo veía en él, por sus sentimientos, el futuro ministro de la guerra de la independencia, y el que llevara á los realismos las libertades patrias. Todo fué inútil; Napoleón que nada de esto se le desconocía, desde su cuartel general de Madrid, el 16 de Diciembre de 1808, expidió el decreto de proscripción contra Stein, que decía textualmente: «El llamado Stein que trata de producir disturbios en Alemania, es declarado enemigo de Francia y de la confederación del Rhin. Los bienes que el referido Stein posea en Francia ó en los territorios de la confederación, serán confiscados. El indicado Stein será personalmente reducido á prisión por nuestras tropas ó por las de nuestros aliados, donde quiera que se le encuentre».

Desterrado Stein, no dejó de influir en los asuntos de la Prusia; cuando á Napoleón le abandonó la fortuna, fué uno de los que intervinieron en las soluciones de la paz impuesta. Todo el mundo esperó verle al frente de los negocios públicos, pero los tres monarcas victoriosos, sobre todo el de Prusia, solo se cuidaron de asegurarse en el trono por los caminos contrarios á los de la libertad, de la que Stein era fervoroso apóstol, costando este retroceso los grandes beneficios que á la Prusia le hubieran producido las fuerzas intelectuales del que tan sabiamente había sabido fundar los cimientos de obra tan gigantesca.

***

Después de afrontados y resueltos estos problemas civiles en la nación prusiana, veamos lo ocurrido con los militares. Federico Guillermo III no creía en las excelencias de su ejército, á pesar de cuanto sobre ellas le decían sus generales; la historia le concede el siguiente concepto: «El hombre más convencido de la necesidad de progresar con la época y de reorganizar la fuerza armada de Prusia, según el arte de la guerra moderno»; esto lo prueba el final de un vasto programa de reforma militar debido al Rey en 1797 que dice así: «Desde una porción de años ha menguado en la mayor parte de los oficiales el impulso interior y el amor al servicio; y la consecuencia es que han menguado en igual proporción el espíritu de instrucción militar, la disciplina y el orden en los regimientos, y no hay que decir lo que de esto puede resultar; á saber: que el ejército, antes tan generalmente respetado, tan hermoso y ejemplar, que sirvió de modelo á toda Europa, ha de desplomarse sin conservar más mérito que los recuerdos de su época de gloria. Esto, sin embargo, no lo quiere Dios, á tanto no ha de llegar. Lo que ahora toca hacer es trabajar reuniendo todas las fuerzas para volver á levantar el enfermo, pues todavía es tiempo; todavía existe mucho material bueno para volver á esta causa el brillo y la energía que le corresponde, y aunque esto provoque algunas consideraciones serias y luego proposiciones adecuadas para reanimar las fuerzas dormidas, siempre sería esto un objeto de no menos importancia que los anteriores».—Del Archivo de guerra.

Entre otras cosas podemos anotar que la movilización de 1805 demostró á todos los militares los defectos gravísimos de la organización del ejército, y el Rey se valió de ello para que investigara y diera informe el Consejo Superior de la Guerra; pero el Consejo, aunque propuso algunas mejoras, dejó en pie lo que se refería á la inmensa impedimenta; 300 caballos para cada regimiento de Infantería y la pesada carga de las provisiones de harina y material de panadería y de campaña, y en Caballería recomendó el aumento de bagaje; el Rey protestó, y el Consejo insistió de manera terminante: «Por parecer contrario otra cosa al espíritu verdadero del ejército prusiano».

Ocurridos los desastres citados, el Rey tenía autoridad para contrarrestar las influencias dichas y cuantas á este objeto se opusieran á sus designios, y después de la batalla de Auerstadt redactó, como consecuencia de ella, un plan de operaciones y estratégico que sintetizaba de este modo: «Es imposible á una fuerza inferior vencer al enemigo con maniobras estratégicas artificiales. El enemigo con el cual contendemos, es demasiado hábil y práctico para dejarse imponer por semejantes medios. Procúrese siempre hacer frente al enemigo con fuerzas superiores, y mientras esto no se pueda hacer, óbrese con circunspección, evitando toda acción decisiva». Sobre el ataque por columnas del ejército francés, decía: «El ejército se divide en dos secciones; la primera se compone sólo de infantería ligera; delante de ella están distribuídos los cazadores de ambas secciones. Avanza luego la primera sección y hace fuego sobre la infantería enemiga. La segunda sección, así protegida, forma sus regimientos ó batallones en columnas, única manera de romper las masas donde las circunstancias lo aconsejan. Abrese la primera sección y da paso á tres ó cuatro columnas, apoyadas por la artillería montada y por el tiroteo de la primera sección, la cual sigue á la columna, uniéndose á ella y penetrando en la masa enemiga á la bayoneta. Todo retraso y vacilación son peligrosísimos en el ataque. Una vez resuelto, no hay que perder tiempo cuando la tropa está formada. Arrojarse atrevidamente sobre el enemigo es la única manera de vencer; el que no lo hace así y se entretiene en tirotear, no logra su propósito, tanto menos cuanto el fuego de nuestra infantería es muy inferior y mucho menos eficaz que el del enemigo. A cada columna debe seguir uno

ó dos regimientos de caballería, que cuando las masas enemigas estén rotas, den una carga á todo escape y ayuden á aniquilarlas. Sobre todo, no debe atacarse con caballería á la infantería enemiga, ni tratar de romper sus cuadros de frente, porque con esto la caballería se gasta y se desanima. No debe exponérsela demasiado pronto al fuego de cañón, pero se le debe tener á mano y debe seguir á la infantería de la división ó apoyar las alas del ejército. No deben darse disposiciones difusas antes de una batalla. Se toma la vista del terreno tan exactamente como se pueda; se indica á los generales de división, si hay tiempo, la idea general; se les enseña, en globo, el terreno donde el ejército se ha de formar, y queda á su iniciativa la formación, solo que la más rápida es la mejor. Tocante á lo demás, se les debe hacer responsable. El general en jefe no puede estar en todas partes; tiene que tener la vista fija en el conjunto y dirigirlo, y le toca, principalmente, dirigir bien las reservas».

Decidido el Rey á reformar el ejército ante tan íntimas y acertadas convicciones, después de la paz, el 25 de Julio de 1807 nombró una comisión para que lo reorganizara, y dió la presidencia al general Scharnhorst (hoy se llamaría Gran Estado Mayor); entre los jefes de esta comisión se distinguieron Gneisenau, Grolmann y Boyen; el Rey mismo trazó los diecinueve puntos de la reforma á esta inolvidable comisión; y respecto á los que el 27-II, decía Scharnhorst, lo siguiente: *Reorganización del ejército prusiano*, tomo I. «El Rey, dejando todas las precauciones, no solamente se ha mostrado en esta ocasión condescendiente, sino que nos ha dado muchas ideas adecuadas al espíritu nuevo y á las circunstancias». En los diecinueve puntos estaba comprendido cuanto se tenía que reformar: el expurgo de la oficialidad, separando de las filas todos los que debían serlo por causas físicas ó morales; mejoras del sistema de ascenso y facilidad de entrada en el cuerpo de oficiales á los que no tenían títulos de nobleza; proporcionalidad en las diferentes armas y aumento de la infantería ligera; abolición del enganche en el extranjero; disminución de los casos de exención del servicio; supresión de los acantonamientos fijos de los regimientos y formación de distritos grandes de reclutamiento; formación de divisiones y cuerpos de ejército; reunión de la caballería en grandes cuerpos para poderla emplear como

fuerza de reserva; cambio de los regimientos de infantería; reformas de las ordenanzas y abolición de las penas infamantes; mejoramiento del vestuario y de la instrucción, de la capa de la infantería y un segundo pantalón sobre el usual, hecho de paño fuerte de color gris natural como lo da la lana; fijación de pagas suficientes para los jefes y supresión de todos los demás emolumentos, que era fuente de abusos; reducción y simplificación del bagaje y tren; ejercicio de la infantería en el tiro al blanco; reducción del peso y perfeccionamiento del material de artillería; supresión de la artillería de regimiento y formación de baterías, y confección del vestuario y demás prendas de uniforme en los cuarteles por los mismos soldados.

Tales eran los puntos más principales, bases dadas por el Rey para la reorganización del ejército; al nombrar al general Scharnhorst, presidente de la comisión, que reunía todas las energías y la ciencia del legis ador militar de Prusia, sin que nadie le hubiera dado cuenta de ello, Federico Guillermo mostró como siempre la principal de sus condiciones: la que le igualaba á su tío Federico el Grande, que era mirada penetrante, cierta, para distinguir lo verdadero de lo falso, lo positivo de lo apare te; así hubiera sido lo mismo en otras cosas.

Ya hemos dicho dónde y cuándo nació Gerardo Scharnhorst, y que sus estudios militares en Wilhemstein, en un pequeño país donde existía el servicio general militar obligatorio, influyó para que lo implantara en Prusia, del mismo modo que los asuntos civiles fueron resueltos por las enseñanzas inglesas que adquirió Stein. En Mayo de 1801, entró al servicio de Prusia, dió nuevo impulso á la educación militar con la fundación de una sociedad militar y la transformación de la escuela de Berlín en «Academia para oficiales», en un instituto preparatorio. En Abril de 1806 propuso en un memorable artículo *Goltz Rosbach y Jena*, la creación de una milicia nacional, diciendo: «Sólo así, armando á todo el pueblo, puede equilibrar una potencia pequeña en la guerra defensiva, la fuerza de otra grande que la ataca para conquis tarla. La maledicencia se clavó en él, pues al héroe de Auerstadt y Eylau, le llamaban pedante enjuto y escritor de libros faltos de genio militar, de resolución y de práctica; le faltaba á su figura, en verdad, arrogancia; no tenía entonación despótica al hablar,

condiciones que pareče debieran ir unidas al militar, sin que deje de ser esto una de tantas aberraciones que no tienen fundamento alguno; pero sus hechos primero, y sus éxitos más tarde en el campo de batalla, y en sus escritos militares que fueron verdaderas creaciones, probaron hasta la evidencia, que el designado por el Rey para ser el creador del ejército prusiano transformado, llenó, si cabe, con exceso su tan difícil como patriótico cargo.

«La estrategia teórica de aquella época, dice Oncken, creía poder hacer la guerra y vencer sin efusión de sangre, solo con combinaciones y maniobras, y esto había inducido á la opinión pública, tocante al ramo de guerra, á errores enteramente contrarios á lo que debía ser en un país militar como la Prusia lo era en aquella época. Todas las personas ilustradas ó que se preciaban de tales, condenaban la institución de los ejércitos permanentes, diciendo que eran arma y causa de la esclavitud y del despotismo, así como de la matanza de hombres. Genios ilustres como Fichte, Kant y Herder, condenaban á porfía esta institución y no la admitían como mal necesario; y cuando un militar pasivo como Berenhorst comparó los ejércitos permanentes, que tan lastimosamente habían sucumbido en sus luchas contra americanos y franceses, con las fuerzas populares francesas, entusiastas y vencedoras, parecía definitivamente juzgada la institución por la triple sentencia de la humanidad de la ciencia y de la historia. Sólo una voz, la de Scharnhorst, se levantó en defensa de aquella causa al parecer perdida, y dijo: «O la historia miente, ó el autor que socaba la institución del ejército permanente de su nación, forja cadenas para sus compatriotas, aunque le honren sus impulsos nobles».

En 1807 escribió una carta á su discípulo Clausewitz, en la que le decía, según Ranke: «Somos desgraciados, más allá de toda ponderación. Si posible fuera levantarnos de la ruina, después de tantas angustias y sufrimientos infinitos ¿quién no lo sacrificaría todo para sembrar la semilla de un fruto nuevo, y quién no haría con gusto toda clase de esfuerzos si pudiera esperar verla nacer con nueva vida y nuevo vigor? En este momento tengo todavía á mi disposición una existencia honrosa en otra parte, en Inglaterra, pero me detienen hasta ahora sentimientos de amor y de gratitud al Rey, una fidelidad indestructible á la suerte del Estado y de la nación y una aversión al eterno cambio de situación.

Estos sentimientos me detendrán mientras crea ser aquí de alguna utilidad».

¿Cómo no había de regenerarse la Prusia con aquella pléyade de hombres eminentes, entre los que se encontraban los que daban cuanto tenían, como tratando de conquistar por estos medios la ciudadanía? Otro hombre aparece en la historia, y como hemos dicho, era de la comisión; Gneisenau, el que nos lo pinta Arnandt por su arrogancia y buena figura en un todo opuesto á Scharnhorst; de modesto origen, nació en Schilde el 27 de Octubre de 1760; muerta su madre, y su padre que era oficial, cuidaba de niño unos gansos que tenían unos pobres que eran sus padres adoptivos; pero un solo hecho militar le hizo colocarse entre los primeros del ejército prusiano: la heróica defensa que ya de comandante hizo de la plaza de Golberg, sitiada por el general francés Loison.

Al ser nombrado de la comisión, el general Blucher le felicitó en estos términos: «Váyase, usted, pues, á su nuevo destino; mis deseos sinceros van con usted. Yo presentí su destino, y me alegro que haya venido. Salude de mi parte á mi amigo Scharnhorst, y dígale usted que yo le insté á él para que hiciera un ejército nacional. Esto no es tan difícil como se cree; hay que *abandonar la talla porque nadie se ha de eximir y ha de ser una deshonra no haber servido en el ejército*, á no ser que defectos físicos lo impidan. Los soldados, una vez bien instruídos, han de permanecer dos años en sus casas y servir el tercero; así se alivia al país y no nos faltarán soldados. Es un error creer que un soldado bien instruído puede olvidarse en dos años y no ha de volver á ser útil á los ocho días. Los franceses nos lo han demostrado así; lo que el soldado puede olvidar sin daño ninguno, son nuestras pedanterías inútiles. Es necesario formar el ejército en divisiones, que deben comprender todas las armas y clases de tropas; en otoño han de hacerse simulacros; las revistas anuales deben ser suprimidas. Ahí tiene usted mi profesión de fe; comuníquela usted á Scharnhorst, y escríbanme los dos sus impresiones. Si viera usted al general York, salúdele de mi parte, y por lo demás, conserve usted su amistad á este su amigo, Bluncher».—Pertz, tomo I.

En lo más íntimo de estos tres generales estaba, que la causa eficiente de los desastres y la ruina de Prusia había sido los anti-

cuados moldes en que el ejército se encontraba; y Gnaisenau se expresaba, presintiéndolo, de este modo: «Siento mi corazón oprimido cuando calculo, ¡oh, Patria mía, Patria que yo mismo he elegido!, que olvidado en mi reducida guarnición sólo puedo pelear por ella, pero no ayudarla con mis consejos.

Después de los desastres escribió una Memoria, retrato fiel de sus tristes impresiones, que en su final decía: «Podrá salvarse la Monarquía (ignoraba aún las condiciones del armisticio), pero la deshonra del ejército que se disolvió á consecuencia de las desgracias que habrían podido evitarse, quedará indeleble. Abajo no hay confianza, y arriba no hay ni aptitud, ni fuerza de voluntad. La pusilanimidad se ha enseñoreado de todos, y tanta es la falta de vigor, que la idea de caer siquiera con decencia, es considerada como exaltación poética. Hasta está casi aniquilado el espíritu de nuestros oficiales, muchos se han entregado prisioneros voluntariamente, y otros ofrecieron capitular en masa cuando todavía tenían en sus manos los medios de sostenerse». Después de salvada la plaza de Golberg decía: «Infinitas fuerzas duermen en el seno de una nación. En los pechos de millares de hombres se alberga un genio grande, al cual las circunstancias tienen atadas las alas; acaso mientras se deshace un imperio, vergonzosamente por debilidad, anda en la más mísera de sus aldeas detrás de un arado un César, y algún Epaminondas se gana escasamente la vida con el trabajo de sus manos. ¿Por qué no echaron mano los gobernantes del medio seguro y sencillo de animar el talento y la virtud y de abrir ancha carrera al genio en cualquier clase y categoría en que se encuentre? ¿Por qué no se valieron de este medio para centuplicar sus fuerzas, abriendo al hombre del pueblo el camino de la gloria, por el cual sólo al noble le es permitido ahora pasar? *El tiempo moderno necesita algo más que apellidos, títulos y pergaminos vetustos; necesita vigor y fuerzas nuevas*». —Pertz, tomo I.»

La reorganización del ejército prusiano se llevó á efecto bajo la base de los términos propuestos y que vamos á examinar en el orden ya indicado. Lo que á oficiales se refería fué encomendado á una comisión especial; quitar los elementos inútiles, en el concepto moral y físico y reemplazarlos por la flor de la oficialidad, apta para el servicio de las armas, era el primer problema que había de resolverse. El general Scharnhorst hizo desde el primer

momento las reformas en este sentido, que fueron decisivas para Prusia y Alemania en su porvenir militar. El ejército prusiano tenía la oficialidad más instruída del mundo en las ciencias militares, y había sido destruído del todo en una batalla, por el ejército francés en el que ni la cuna, ni la ciencia influía en los ascensos, sino tan sólo los hechos de guerra, sin que esto quiera decir que la instrucción quedara condenada, pues añadió al punto quinto de las prescripciones del Rey: «Sólo dan derecho á una plaza de oficial en la paz, los conocimientos especiales y la instrucción, y en la guerra el valor notable, la actividad y la grande inteligencia. Por esto deben tener ascenso á los empleos militares más elevados cuantos individuos de la nación reunan estas cualidades. Reservando estos puestos, como hasta ahora, á una sola clase privilegiada, se priva al ejército de todos los talentos y hombres de ciencia que producen las demás clases de la nación, mientras que la clase privilegiada ni siquiera tiene necesidad de estudiar, porque están sus individuos en el ejército por derecho de cuna, y de llegar por ascenso á los puestos más elevados con sólo envejecer. Esto explica el atraso de instrucción de la oficialidad comparada con otra clase, y también porque ha sido odiada y hasta despreciada por éstas, cuando debía ser cabalmente la reunión de todas las fuerzas físicas é intelectuales de los conciudadanos».

Pidiendo Scharnhorst, con arreglo á este criterio, que todo joven de diecisiete años cumplidos que deseara dedicarse á la carrera militar, pudiera entrar en el ejército con el grado de alférez, si tenía los medios de subsistencia y los conocimientos necesarios probándolo en un examen. A este examen, y por disposición del Rey, sucedía otro al ascender á comandante, entendiéndose que renunciaba al ascenso todo aquel que no se sometiera á este requisito. Como podemos observar, este es uno de los puntos más capitales en la organización de todo ejército: la ley de ascensos, que ha de luchar con muchos inconvenientes, si se ha de inspirar en la equidad y la justicia al tratar de aunar y atender los intereses todos. Y buena prueba de ello es que no existe aún unidad de criterio en asunto tan debatido; que la escala rigurosa acarrea la falta de estímulo para el estudio y demostración de otras aptitudes, es indudable; en este sistema, todos tienen garantido llegar al mismo sitio sin acelerar el paso; y esto es una verdadera abe-

rración, que á nada bueno conduce. Pero la elección tiene en contra la falta de base para la equidad en el acierto y la no resistencia absoluta á la intriga; de aquí que muchos opinen por la escala cerrada, otros por la elección y los demás prefieren un término medio, siendo nosotros de este último criterio, en el que ha de estudiarse, no obstante, la proporcionalidad que es donde se encuentra el problema.

Vamos á citar de *La reorganización del ejército prusiano*, tomo I, lo siguiente sobre el particular que es verdaderamente interesante: «Una orden del Rey de 10 de Marzo de 1809, que resultó importantísima para la renovación de la oficialidad de Prusia, dispuso que la antigüedad en el servicio no daba por sí derecho á la plaza de coronel y brigadier». Scharnhorst era el que proponía á los oficiales para estos puestos, sin tener en cuenta la antigüedad, y la mayor parte de los jefes que se distinguieron en la guerra de liberación, fueron destinados por él en los puestos que ocuparon. Sobre esta manera de proceder se explicó él mismo en una carta que en su defensa dirigió en el mes de Marzo de 1810 al general Tauenzien y en la cual dice: «Quiero que sepa usted que nunca había conocido ni tenido noticia de la mayor parte de los hombres ascendidos fuera del escalafón, y sólo sabía de ellos lo que les hacía dignos de ser recomendados á S. M. En cuanto á los que me eran conocidos, cabalmente aquellos con los cuales no estaba en buenas relaciones de amistad, fueron los ascendidos y colocados fuera del escalafón, á excepción del coronel Gneisenau y del comandante Grolmann. Esto, lejos de ser una mera escusa general, es la purísima verdad, y si llegara á mis oídos que alguien dudara de esto no lo permitiría. En mi opinión, es deber de todo servidor del Estado, obrar según su convicción, sin hacer caso de preocupaciones ni de persecución cuando se tiene la convicción de proceder como lo exige el bien general».

El otro problema fundamental es la ley de reclutamiento; ya hemos dicho que el Rey deseaba que no se admitieran los extranjeros, y que no se exceptuaran más que los inútiles. Scharnhorst la formuló en un proyecto de una fuerza de reserva de 31 de Agosto de 1807, de la manera siguiente: 1.°, todos los habitantes del país son defensores natos del mismo; 2.°, todos los hombres aptos para el servicio que no puedan costearse el vestuario y arma-

mento, ni practicar el manejo de las armas á sus expensas, serán vestidos, armados y ejercitados á costa del Estado y formarán el ejército permanente; 3.°, todos los hombres de dieciocho á treinta años, aptos para el servicio, que no se hallen en el caso de los mencionados en el artículo 2.°, se vestirán, armarán y se ejercitarán á su costa en tiempo de paz y formarán el ejército de reserva».

Examinado el proyecto de ley, no puede menos de dársele toda la importancia que tenía; comprendía, en primer lugar, á las clases instruídas y acomodadas de las ciudades, hasta ahora exentas, pues sólo concurrían á las filas los labradores de los cantones ó distritos rurales de reclutamiento; circunstancia que arrastró la abolición de las penas del palo y las baquetas, que en el ejército se aplicaban, rebajando el prestigio militar hasta el último grado, é hizo además, que el elemento armado entrara de hecho en un concepto de verdadera estimación, respeto y alto prestigio.

Con la reserva de este modo organizada, se conseguía que, sin gravar el país, se tuviera un ejército numeroso para caso de guerra, criterio á donde convergían los esfuerzos todos, para conseguirlo sin traspasar las duras condiciones de la alianza del Tilsit, puesto que en su artículo secreto del convenio de París de 8 de Septiembre de 1808, limitaba el ejército permanente de Prusia á 42 mil hombres. Hasta el año de 1811, no descubrió Lefevre, secretario de la embajada francesa, esta organización, y el 31 de Agosto escribía á París: «En el papel jamás ha pasado este ejército del efectivo prescripto, pero sólo en apariencia, porque si el número de individuos es siempre el mismo, éstos son licenciados cuando han recibido la instrucción necesaria y reemplazados por quintos nuevos». «Stern Abhandlungen».

Este sistema dió al ejército un efectivo de 150 mil hombres en tres años á la vez que el gobierno adquiría otros tantos fusiles, ya por compra, ya por fabricación directa; y habiendo quedado perdida toda la artillería de campaña, fué reemplazada por piezas sacadas de las plazas fuertes. Se establecieron talleres para la fabricación de cañones y proyectiles, logrando así crear una artillería de campaña para aquel ejército. Las fortalezas de Pilleau, Graudenz, Colberg, Schweidnitz, Silberberg, Glatz, Neisse y Cosel, fueron reforzadas, armadas de nuevo y pertrechadas, y se las consideró como las columnas de la Monarquía, por ser casi

inespugnables y refugios seguros. En las inmediaciones de Pillau, Colberg, Neisse y Glatz, se establecieron campamentos fortificados, donde en caso de guerra podían reunirse las reservas y todo el material de guerra al abrigo de cualquier golpe de mano.

Esta fué la gran obra llevada á cabo por Scharnhorst, con su preclara inteligencia, gran carácter, circunspección y energías; y fué tanta su actividad, que al cabo de poco más de un año su discípulo Clausewitz, escribía: «En 1809 había recibido el ejército una nueva y completa organización, una nueva ordenanza, nuevos ejercicios, y se puede decir un nuevo espíritu; se le había acercado al pueblo, y era permitido esperar que sería una escuela en la cual se reformaría y educaría el espíritu nacional militar».

Y vamos á terminar, copiando lo que dice el tomo VII, H. Werke, de la Memoria de Scharnhorst al Rey en 16 de Julio de 1810: «Imposible es fijar el número de los reclutas instruídos en los regimientos y licenciados temporalmente, porque no se ha querido hacer ruido... Hase obtenido tan gran número de soldados instruídos en el servicio, siguiendo el sistema de licenciar cada mes cinco hombres, y poner en su lugar otros tantos quintos. Esta disposición, que me fué sugerida por el coronel Below, cuando yo la propuse á V. M. hace dos años, tiene muchos adversarios. Los que cifran nuestra existencia en nuestra debilidad, se juntan con los que son demasiado perezosos para desbastar continuamente gente nueva, y otros que, por pedantería, no quieren licenciar parte instruída y ejercitada para lucirse con ella. No han faltado tentativas de quitar este aumento insensible, progresivo é importante del ejército, que no causa gastos, y ya se ha reducido á tres el número de los individuos que cada mes son renovados por compañías, y temo que después de mí se influirá á mi sucesor, sea quien fuese, para que luego haga ver á V. M. que esta disposición exige gastos ú ofrece otras dificultades y debe abandonarse».

Respecto á la sustitución en el ejército, pretendida implantar en Prusia como ya estaba en Francia, sólo repetiremos lo que dijo Scharnhorst en un arranque de entusiasmo, según Lehmann: «El deber general de defender á la Patria no tiene rasgo alguno innoble, y si algo puede elevar el espíritu de la nación, es indudablemente este deber».

Si recapacitamos sobre todo lo dicho, veremos que la Prusia marchaba con paso lento, pero seguro, por aquel camino recorrido por la Francia con velocidades vertiginosas, para encontrarse luego en el punto de partida ó peor tal vez, por haber sido estériles las conquistas alcanzadas y tener que empezar de nuevo. La Prusia, destrozada y casi muerta, recogió los beneficios de labor tan grande en Waterlóo, 18 Junio 1815, más por la evolución militar que por lo civil. Derrotado Napoleón, pudo verse realizado todo cuanto ambicionaba Scharnhorst, pero no lo codiciado por Stein, para implantarlo en su tiempo, pues Federico Guillermo III, conociendo la necesidad de la reforma política, no sólo dejó de llamar al eminente estadista, sino que no cumplió la promesa que hizo en 1815 de implantar la constitución.

Alemania era prusiana en los comienzos del siglo XIX; Stein y Scharnhorst prepararon, labraron el terreno y echaron la semilla, no en la Prusia, en Alemania, cuyos hombres iban á cultivar y practicar las ciencias en la joven Prusia, como esperanza de la raza germana, y no se equivocaron; la opinión pública que atribuye á Bismarck, á Moltke y á Guillermo I, la gloria toda de obra tan gigantesca, no está en lo cierto; supieron recoger los copiosos frutos y seguir el cultivo, para que aquella nación, trocada en Imperio, llegara á ser uno de los mayores del mundo, y la historia al reconocerles la parte que en ello tuvieron, les hace cuanta justicia se merecen.

Los hombres de buena voluntad, formaron un haz apiñado en derredor del Rey; no hubo para ellos más que la Patria amenazada en su existencia, pues *el reparto de lo poco que quedaba*, era por todos propalado y admitido; vea España este notable ejemplo, pues sólo de este modo, aprendiendo é imitando, resurgen los pueblos y conquistan grandezas y glorias.

Las necesidades de reformas políticas, los preámbulos de la revolución francesa del 48, no inclinaron el ánimo de Federico Guillermo IV á cumplir la promesa hecha por su padre respecto á la constitución; lo prolongó cuanto pudo y de ahí las atribuciones restringidas concedidas á los Estados generales en 1847 y que le hizo decir: «Yo no quiero que haya un pergamino entre mi pueblo y yo». Pero la revolución de Francia de 1848 llevó sus embravecidas olas á la capital de su Estado; el Rey tuvo que bajar á

la calle y descubrirse delante de los cadáveres de aquellos que habían combatido su trono, y puso la constitución del 21 de Septiembre de 1850, basada sobre el proyecto de aquel entonces, alterada con profundas modificaciones. Abolió las penas corporales en el ejército, y organizó Zolwerein, «concierto aduanero», que fué para el engrandecimiento de Prusia uno ds sus principales elementos; de modo que la Prusia queda en estos momentos de la historia, con aquellas perfecciones que presagian á los imperios grandes y de portentosa hegemonía.

III

GUILLERMO I Y II.—LA INDUSTRIA.—EL LIBERTARIADO.

Este Rey no se separó un momento del pensamiento de sus predecesores; heróico en el campo de batalla y al lado de su padre casi siempre, pudo ver por sí mismo lo que hacían los pueblos vigorosos y sabios para reconstituirse, pero faltaba acabar la obra, llegar á tener mar, unidad y colonias; mar en el del Norte, unidad con Alemania y colonias en el resto del mundo, tal es el punto de partida. Él, como su padre, tuvo la gran fortuna de encontrar dos hombres, ya lo hemos dicho: Bismarck y Moltke; y los tres en uno, y auxiliados de los cuantiosos y valiosísimos elementos con que pudieron contar, pusieron manos en los realismos de la empresa.

Los múltiples problemas sociales, que son otras tantas ciencias, requieren ese conocimiento de relación que se llama la ciencia universal, la sociología; y como el círculo de acción no está concreto al perímetro que las fronteras trazan en cada nación, sino que existe hoy más que nunca la vida internacional, pues entre otras cosas la autonomía de la producción, con las facilidades de comunicaciones así lo exigen, las naciones han de dar á su existencia colonial tanta importancia como la suya propia, porque es la válvula de la industria, y la garantía para mañana del éxito en las luchas que puedan sobrevenir, colocando en sus colo-

nias los depósitos de carbón y material de guerra, para que con ellos estén á su vez relacionados los radios de acción de sus poderosas escuadras, si han de dejar sentir sus totales energías.

Todo esto imponía la solución de los tres grandes problemas, fundamentaciones verdaderas de toda nacionalidad importante, y como las cosas á destiempo son fracasos en todos los órdenes que se considere, á la eminente trilogía no se le desconoció que era llegada la hora de realizar lo que antes no fué posible, y que creían muy justas y fundadas aspiraciones.

Al primer objetivo llegaron con la guerra con Dinamarca, en 1864, con el Hostein, Lauemburgoy y el Schleswig; con Austria, escuela de la anterior, en 1866, la llamada guerra de Bohemia, en la que la batalla de Königgrätz, fué el paso para llegar en hechos al primer objetivo, haciendo efectivo aquel dominio y en preparación al segundo, y dice la Historia que al recibir en sus brazos el Rey al Príncipe heredero, después de la batalla, le dijo: «Habéis demostrado aptitud para la dirección, y por telégrafo os he concedido la orden «Pour le Merite«, condecoración militar la más elevada de Prusia. Y después de hecho de armas tan memorable, la guerra franco-prusiana de 1870-1871, deshizo la confederación de Alemania del Norte materialmente, para que Prusia viera realizadas, tal vez en mucho menos plazo que pensaba, las inmensas aspiraciones de todo un pueblo; la raza germana quedaba, por lo tanto, salvada y de entonces en adelante había de influir en los destinos todos de la Tierra.

¿Se contentará con lo que tiene?, no parece fácil; el imperio colonial que ya posee la aspiración natural del canal del Norte para apoderarse en un todo del dominio del Báltico y su natural salida, hacen que Prusia no considere acabada su obra; sería dar á la raza anglo-sajona, que es su hija, lo que en derecho le corresponde y querrá recuperar lo perdido.

A donde está no se encuentra por improvisación, ya lo hemos visto cuando surgió el conflicto con Francia; hemos de recordar las palabras pronunciadas por Bismarck, Moltke y Roon, al llegar el Rey: «Todo está dispuesto, Señor, para la guerra, y con la ayuda de Dios y bajo la dirección de V. M., esperamos confiados un triunfo seguro». Nada tuvo que hacerse cuando llegó la hora; cada cual cumplió con aquellos deberes que de ante-

mano tenía sabido; ¡el alma de Scharnhorst estaba en el ejército! Bismarck era un soldado más. «Si dudamos un momento, decía, Prusia será indigna de marchar á la cabeza del pueblo alemán». En cuanto á Moltke, su pensamiento fué este: «Si puedo vivir bastante para conducir nuestro ejército á una guerra semejante, que el diablo se lleve inmediatamente este viejo esqueleto». Y Roon, como ministro de la Guerra, no tuvo más que ver oprimir el botón, la orden, para que aquella máquina colosal, llamada ejército, se moviera en todas sus partes de manera simultánea, y que bajo la alta dirección del Rey y del jefe del Gran Estado Mayor, había de cumplir su destino, quitando ante sí una nación que llevaba, hasta entonces, en su mano, oprimiéndolos, á los pueblos todos del mundo.

***

¿Pero fueron sólo en el terreno de las armas las conquistas de la joven Alemania?, no; al ocuparnos de Inglaterra hemos visto su participación en la filosofía, y ahora vamos á tratar de otra gloria mayor, si cabe, la de su *autonomía industrial*.

Hemos visto que todas las naciones, en su marcha gradual ascendente, tras del problema preferente de la Agricultura, ó á la vez, han cuidado de cambiar la condición de consumo por la de producción; es decir, que se exporte en vez de importar, puesto que es la nota esencial de la propia riqueza; pero no siempre basta el buen deseo, en lo que es hoy principalísimo, que tanto afecta á la parte económica de cada país y que se deja influir por las complicaciones de otros problemas. Así se explica que Inglaterra después de las guerras napoleónicas, que quedó dueña de los mares, casi arruinara en Francia las grandes industrias que nacieron al amparo de Enrique IV y que se desarrollaron hasta fines del siglo XVIII, pero que en la segunda mitad del siglo XIX, después de la gran revolución burguesa, la industria resurgió con tantos brios, que Francia dejó de ser tributaria de Inglaterra; no admitiendo sus precios impuestos y que tantas riquezas le acumularon, porque al producir Francia, nada extranjero necesitaba; es más, le quedaba un margen para exportar por valor de más de 1.500 millones de pesetas, de productos manufactureros, siendo

los dos tercios de esa mercancía tejidos, y mientras que en el año 1898, por ejemplo, importaba de Inglaterra por valor de 505,6 millones de francos, exportó á dicha nación 1.024,1 millones, lo que acusa una diferencia á su favor tan remarcable, que en este corto plazo, relativamente, quedaron bien invertidos los términos, y puesto que de estos resultados comparativos nos ocupamos, consignaremos que en el mismo año España exportó á Francia 321,7 millones, y que importó 117,7 millones; esto acusa un estado favorable para nosotros á primera vista, pero hay que tener en cuenta las partidas que en la exportación figuran de nuestras colonias, lo que ha de causar un descenso rápido é importante, y aun los títulos de nuestra deuda exterior, que no son producción y que pudieran aparecer como de tal concepto al ser vendidos en París.

Vamos, por lo tanto, á hacer el estudio con todo el detenimiento que se merece. A consecuencia de las guerras napoleónicas, como hemos dicho, Inglaterra, dueña de los mares, é imponiendo tarifas que le acumulaban riquezas sin cuento, no teniendo competidores, ejerció un verdadero monopolio industrial; pero al ocurrir en Francia la gran revolución, hizo que sus fuerzas dieran nuevos impulsos á las dormidas industrias, y desde el 48 á nuestros días, se entabla una lucha industrial entre las naciones, entrando como factores el territorio, la población, la importación, la exportación, líneas férreas y marinas mercantes, y lo que es más, el estado financiero, para cuyo estudio aportamos los datos siguientes, de reciente fecha. Gotha, 1901:

Inglaterra, 28.119.500 kilómetros cuadrados; 388.060.000 habitantes, con una densidad de 120 á 0,01 por kilómetro cuadrado; una deuda de libras 233.359.000, ó sea 5.833.975.000 en francos, y con líneas férreas de una extensión de 34.922 kilómetros.

Francia tiene de territorio 536.408 kilómetros cuadrados, sin comprender sus extensas colonias, por no poderse precisar algunas; habitantes con los de las colonias, 83.337.975; densidad, 72; deuda, 30.055.398.099 francos; importación, 4.472.500.000 francos, por 3.610 millones de exportación, y líneas férreas en explotación, 42.437 kilómetros de longitud. Con cuyos datos podemos ver, comparándolos, la diferencia que en Inglaterra existe de

lo que exporta á lo que importa un país económico é industrial hasta ahora por excelencia; que Francia exporta no mucho menos, y que cuenta hoy con una masa obrera que asciende á millones, que vive del comercio exterior, y que da á su Patria bienestar y riqueza. En contra de Manchester, ha puesto á Lyon, en sederías, y otros puntos en ropas hechas y varios artículos; pero á Francia, á su vez, se le ha presentado un mortal enemigo, que parece que ha de vencerle en la industria del mismo modo que lo ha hecho con las armas, Alemania; de modo que, apenas sacudido el yugo sufrido, una amenaza se le pone en frente, para que no se duerma, sin duda, en sus laureles, iniciándose una marcha en el desarrollo de la industria, de occidente á oriente.

Alemania tiene un territorio de 31.381.651 de kilómetros cuadrados; 68.191.100 hombres; la densidad, á partir de 103 por kilómetro cuadrado; la deuda, de 2.563.672.300 marcos (1,25 francos), ó sean 3.092.590.375 francos; importa por valor de 5.783 millones de marcos, francos 7.228.880.000; exporta, marcos 4.368.400.000, valor en francos 5.460.500.000, y tiene 50.961 kilómetros de vía férrea. De modo que resulta que Alemania exporta casi lo que Inglaterra y más que Francia, que es una poderosísima rival, no sólo en los mercados de Londres y París, sino en todos los del mundo; que á los treinta años se encuentra empezando por donde han acabado Manchester y Lyon, después de cincuenta de esfuerzos y tanteos; que ha llegado á tal altura, porque no ha omitido medios para ello, con la adquisición de máquinas primero, más tarde con la construcción, con las escuelas técnicas, propias para las necesidades de la industria, obteniendo así ingenieros prácticos y obreros inteligentes que han sabido trabajar con la cabeza y con las manos, consiguiendo con estos elementos, un gusto refinado, la baratura en las mercancías, por lo que la distribuyen por todas partes con su marina mercante, bajo el amparo de su poderosa flota de guerra.

Ha sabido, decimos, pasar de tributaria á señora, de esclava á reina; no, y no es sólo en sederías y otros artículos, sino en máquinas de todas clases, fusiles los más perfeccionados, incluso automáticos, cañones de tiro rápido y cuanto puede producir un pueblo joven, enérgico, estudioso y perseverante; ha vencido, podemos decir, en Poniente, siendo la aurora de la guerra por las

armas y de la paz por la industria; las corrientes de la demanda afluyen á sus centros productores, abandonando las direcciones que antes tenían, y el correo, el telégrafo, los barcos y ferrocarriles llevan peticiones y transportan productos; todo es movimiento todo actividad, todo vida intelectual y física; y mientras tanto el joven y sabio Emperador, Guillermo II, decreta: «El organismo especial llamado Oberkommando queda suprimido». Muere este centro creado por el almirante von der Goltz, separando el mando militar de la administración en 1889 y surge, como el ejército, «el Almiralstab, ó sea el Estado Mayor General de Marina, en un todo independiente del Reichsmarineamt, ó ministerio, que sólo tiene á su cargo las cuestiones técnicas y de administración, y el Emperador, como en el ejército, ejerce el mando; de modo que la Marina, lejos de quedar atrás, sigue una evolución simultánea; Kiel y Wilhelmshafen fabrican barcos, van con las demás industrias nacionales, es una manifestación de la división del trabajo, que triunfa por todas partes; la ciencia llega á las fábricas, baja á los talleres; de las manos hábiles sale el producto, y la ciencia codiciosa, se apodera de él y lo aplica dirigiéndolo.

Pero retrocedamos algo: Alemania venció en Occidente, decíamos, ¿es que pudo temer algo del Norte, de Oriente ó del Mediodia?, no lo creemos, pero vamos á examinarlo. Descartado el Norte, porque carece de un núcleo importante de población para hacer sentir los efectos de una dura competencia, tenemos á Rusia con un territorio de 22.429.998 kilómetros cuadrados; una población de 128.931.872 hombres, con densidad de 6 por kilómetros cuadrados; deuda de 6.170.131.874 rublos, francos 24.680.547.396; que importa 617.459.000 de rublos, francos 2.469.836.000; que exporta 732,673.000 de rublos, francos 2.930.649.000, y tiene 53.723 kilómetros de línea férrea. Este país estuvo considerado, hasta el año 1861, como agrícola; pero desde esta fecha, en la que abolió la servidumbre, se ha convertido en manufacturero: el carbón, el hierro y el acero, casi en su totalidad, son del país, y locomotoras, barcos, material y herramientas, todo lo produce; los economistas dicen que las aduanas tienen la culpa de todo esto, naturalmente, los proteccionistas, y no los librecambistas, pues aquellos afirman que por su sistema, Rusia ha sacudido también el yugo de Inglaterra y otras naciones produc-

toras; pues sino venden más barato que los alemanes, lo hacen al mismo precio que en Londres. De la Rusia de Nicolas I, cuando señaló con una regla la línea férrea que había de unir las dos capitales de su Estado, contestando á las observaciones técnicas y científicas, «he aquí el trazado» proyecto que tuvo que abandonarse, pues hubo kilómetro que costó dos ó tres millones de pesetas: de la Rusia de entonces, decimos, á la de ahora hay un abismo.

Como el crédito público, las manufacturas no tienen bandera, desconocen la Patria, y el capital, que es la palanca de estos dos elementos, sucediéndole lo mismo, ha buscado estos territorios y los de Polonia, para con sus ingenieros explotar el negocio y producir, no en largo plazo, en Brahford, paños y lanas, por ejemplo, para no necesitar, y tal vez para exportar, porque hoy mismo vemos, por los datos que citamos, que es mayor la exportación que la importación; pero su deuda, como la de Francia, es colosal, precisamente las dos naciones amigas, y este factor no puede descontarse en la influencia que ha de tener en las dos naciones, á lo que se puede oponer que su densidad es muy poca, lo que implica riquezas muchas por explotar, y hay que reconocer que entrará está condición en el balance de la importancia nacional, con todo el valor que debe concedérsele.

Rusia no se queda atrás, pero no va delante, pues abarca mucho para dominar tanto con esos organismos hetereogéneos en su estado social y político; pero la raza eslava, aun así, cumple una sagrada misión en las dormidas razas del extremo oriente y otros sitios; si no tuviéramos otra prueba, sería bastante la del ferrocarril transiberiano, que tiene un recorrido de 10 mil kilómetros, desde San Petersburgo á la ciudad de Dalny, de reciente edificación, en el extremo sudeste de la Península de Liao-tong, á la espalda de Puerto Arturo.

Interpuesta Alemania en el mar Báltico, para la salida de Rusia al mar libre, no bastándole el glacial del Norte, ni el de Behring, ni el de Lamá, por razones fáciles de comprender, ni siéndoles suficientes los mares interiores de Azof, Negro, Caspio, golfos de Botnia y Fililandia, había de buscar, precisamente, y á costa de los mayores sacrificios, los mares libres que le dieran acceso en el concurso de la vida internacional por estos medios; y

los únicos que se encontraban en estas condiciones, eran el mar del Japón, por Vladivostok, capital de la provincia marítima, al norte de la Manchuria, en la península de Liao-tong, la bahia de Corea, los golfos de aquel nombre y de Petchili, y los mares Amarillos y de la China.

Para llegar á esto se necesitaba atravesar toda la Siberia, una extensión de casi ocho mil kilómetros: desde Tcheliaba á Vladivostok, por el lago de Baïkal, obras que, presupuestadas en un principio en 341 millones de rublos (unos 1.193,5 de pesetas), y sobre lo que decía el año 1894 *La Revue Militaire de L'Etranger*: «Se puede temer que Rusia haya acometido una empresa que le haga sentir mucho su influencia agobiadora en el Tesoro; lo que quiere decir, que no es posible calcular en empresa semejante á lo que pueden subir los miles de accidentes que puedan presentarse en contra de toda previsión.

El 29 de Marzo de 1891, decía el Emperador: «Yo doy la orden hoy de proceder á la construcción de una línea férrea que atraviese toda la Siberia para que una á la Patria todo este país lleno de dones de la naturaleza, con la red de ferrocarriles del Imperio...» La prensa nos comunica la noticia del viaje en tres semanas del ministro Lessau, desde San Petersburgo á Dalny, y Alejandro III podrá decir que Rusia en su tiempo ha llevado á cabo uno de los hechos más grandes de la humanidad; incalculables son los beneficios que ha de reportar este lazo de unión entre tantos pueblos. Alemania, Francia, el Japón, Italia y Bélgica, tienen también zonas de penetración en la China, que son otras tantas concesiones de líneas férreas; pero de las extensiones de Rusia, ninguna; tal vez en esto se encuentre la intervención armada reciente de las distintas potencias; han querido, sin duda, quitar el exclusivismo al Imperio moscovita, pero de todos modos, los tentáculos poderosos con que Rusia aprisiona al Celeste Imperio, inactivo, le sacudirán lo bastante para que despierte y que vea la luz de la verdad, que es la ciencia y el trabajo; el humo de la locomotora, el crugir de su anillado cuerpo cuando transporte y arroje sobre los mercados, serán las nuevas corrientes del estímulo y las causas fundamentales que afirmen cuanto decimos; Rusia, por esto, no está á la par que Alemania; le falta avanzar más, con unidad más cierta; pero cada una cumple su misión; aquélla, tiene

mucho que hacer en los territorios dichos; ésta nada tiene, por lo tanto, que temer del oriente; su misión está hoy en Africa; mañana, tal vez, en acabar de anular á Dinamarca, y después sabe Dios dónde; por eso su labor es persistente y en todos sentidos.

En el mediodía, tenemos Austria, Italia y aun España, que han sentido la influencia del progreso. En Italia, en 1884, Turín hizo ver, en su exposición, los progresos de la industria italiana y la competencia de esta nación con Francia, en la que hay que reconocer su independencia industrial, causa esencialísima de que estas dos naciones sean rivales, pues parece que la raza latina no acaba nunca de comprender sus intereses.

Italia tiene 533.948 kilómetros cuadrado de territorio; una población de 32.256.191 habitantes; la deuda es de 589.095.616 liras ó francos; importa 1.506 millones; exporta 1.431 millones, y tiene 15.694 kilómetros de línea férrea. Como se ve, es país productor y de gran porvenir, pues ha llegado á comprender sus intereses; bien es verdad que ha resurgido tras de una evolución tan larga como penosa, pero ha sabido llegar á tiempo y con gran fortuna en los grandes problemas internacionales, no apartándose de ellos y sacando todo el partido posible.

Austria Hungría cuenta con 625.518 kilómetros cuadrados de territorio; 44.744.651 habitantes; debe 8.700.703.726 coronas; importa 1.603.870.000; exporta 1.861.592.000 coronas, y tiene 34.514 kilómetros de ferrocarril; produce también, por lo tanto, y es señal que las industrias, no sólo han ido de occidente á oriente, sino que se han extendido por el mediodía, aunque en esta nación no sea con aquellos alientos que su posición geográfica y especiales condiciones parece debiera imponer.

España lo tiene todo: mares, los mejores de la tierra; cielo, el más azul y transparente; subsuelo, rico; suelo de varias y copiosas producciones, y una situación en el globo principalísima, en la llave del comercio y de las universales transacciones; los barcos que ponen en relación las Indias y á casi todos los pueblos, han de pasar por sus costas. ¿Cómo un pueblo así no hace perdurable su hegemonía?, por todas las grandes causas que venimos evidenciando. Tiene de superficie 720.752 kilómetros cuadrados, en los que están comprendidos 216.200 de sus colonias de Fernando Póo, Annobon, Río Muni y Río de Oro; sus habitantes son

18.132.475, con densidad 36; no se incluyen los de las colonias; como hay que tener en cuenta, que aunque estos datos son oficiales, como quiera que pudieran no ser exactos por aquellas naturales ocultaciones, de todo lo que con los impuesto tiene relación, es de suponer una estadística más elevada en la población; la deuda es de 8.953.339.837 pesetas; los intereses ascienden á 418.557.139; importa por valor de 723.400.000 pesetas; exporta 918.900.000 pesetas, y sus líneas férreas tienen 13.048 kilómetros de longitud.

Con dificultad se verá país que sea mayor que en España la explotación de todas las industrias, mineras, fabriles, vía de comunicación, de todo, en una palabra, por los hombres técnicos extranjeros, y con el capital que ellos aportan, nuestra pobre Patria se defiende, sí, ¿por qué no concederlo?, pero no con aquellas energías y perseverancia que debiera; de nada le sirve producir, si por otra parte, el capital, que no es suyo, lleva á otras naciones su rendimientos. Todas las naciones se han salvado por el sistema del proteccionista; pero para proteger se impone tener qué, y para tenerlo es preciso producir, y para esto se hace necesario saber; resultando que en el saber radica toda la riqueza; el saber suprime intermediarios, base fundamental de la economía; de esto se va á la producción nacional, y de aquí á la autonomía industrial, conquistada por otras naciones con más ó menos esfuerzo, hasta dar para el propio consumo y para excitar la demanda extranjera, que es el último paso de esta evolución, la riqueza.

La relación entre la exportación y la importación, es decir, la balanza comercial, es un asunto capitalísimo para todas las naciones, y en España, hoy más que nunca, teniendo que merecer, por lo tanto, atención preferente de los poderes todos del Estado y de todos los españoles. Desde 1853 al 98, diez años, el 53, 54, 55, 73, 81, 88, 97 y 98, la balanza comercial nos ha favorecido por 757 millones, y en los otros cuarenta y uno, contraria por 4.087 millones; el 31 de Diciembre de 1880 tuvimos el cambio favorable, pues los francos se cotizaron á 0,794 por 100 de daño, y en 1881, con 294 millones de circulación fiduciaria, estuvieron á la par; pero en 1898, con una circulación de 1.255 millones, de 33 por 100 de beneficio que tuvieron en Enero; en Mayo subieron á ¡115! el beneficio de los francos. El valor del dinero, tan ínti-

mamente relacionado con la riqueza y el crédito público, viene á ser como el termómetro, que acusa la alta y baja temperatura, según las influencias térmico-glaciales que le impresionan, y la verdad es, que los grados bajo cero que acusaba tan grande depreciación, era capaz de espantar á los ánimos más serenos. De aquí resulta, que estas oscilaciones entre el valor subido y la baja extremada, obedecían á esas influencias, que en este caso es la balanza comercial, razón por la que vamos á examinarla.

Nuestra exportación, de no ha mucho tiempo, ha consistido en títulos de la deuda exterior, que hay que anotar aunque sea ficticia, por el consumo de nuestras colonias, valor 180 millones de pesetas, ó sea, la cuarta parte de nuestra total exportación, que en 1899 desciende de 172 á 91, y en 1900 á 80; es decir, á que sea nulo casi nuestro secular comercio colonial. La exportación de vinos de 1.478 millones, se eleva á 2.955, desde 1880 al 89, para descender á 1.579 millones, descenso que tuvo por causa, á que cegados por esta situación, debida á que Francia por la filoxera no producía, y que su mercado se encontraba con aquellas necesidades urgentes de demanda, fuímos tan codiciosos, que en vez de mejorar nuestros vinos y hacernos con aquel mercado para abarcarlo todo, exportamos alcohol industrial, desacreditamos la mercancía, y en vez de aumentar su venta, decreció la que antes teníamos, iniciándose una verdadera crisis vinícola.

Pero no paró en esto nuestros males; equivocamos además otro camino; creíamos que la riqueza estaba sólo en el vino, y desatendiendo los cereales y las harinas, por lo tanto, de exportar por valor de 320 millones, tuvimos que importar 582 millones en 1890 al 99, alza que ha continuado, y no hay para que comentar por estas y otras causas, el estado de nuestra balanza comercial, después de apuntar bien ligeramente su tristísima historia. Unido á esto nuestras obligaciones en el exterior, por el pago de los intereses de nuestra deuda, el dinero que se va como ganancias de los capitales extranjeros, con los que explotan nuestro país, según hemos dicho, la mucha importación, pues ha de atender á maquinarias, lujo y otra porción de cosas que no producimos, ó que nos imponen y que han de ser adquiridas, resulta nuestra balanza comercial tan desequilibrada en contra nuestra, que ha llegado á crear una situación que reclama urgente remedio. ¿Cómo se puede

encontrar?; ya lo hemos dicho: con la competencia y el trabajo; de este modo se llega no sólo á la autonomía industrial, sino á la riqueza. Algo hemos de repetir, por lo mucho dicho sobre el particular, pues todos los pueblos, hemos visto que han seguido los mismos derroteros; el primer paso que ha de dar todo pueblo, es el de la educación é instrucción; en España, no sólo se gasta en esto poco más que nada, sino que hemos dicho, al ocuparnos sobre este particular al tratar de Francia, que espanta el número que tenemos de inalfabetos, porque los maestros y centros docentes, van en armonía con lo que en los presupuestos á ello se dedica, y un pueblo así, sino pone pronto y eficaz remedio, ha de ser comprendido en la célebre frase de Lecler, cuando dijo: «La desaparición de los pueblos envilecidos por la ignorancia, tiene que ser un hecho», y en el aumento de cantidades, suficiencia y número de los maestros, y número y mejoramiento de las escuelas, ha de influir ese factor de las modernas sociedades: el espíritu público.

La enorme masa, ignara de nuestra Patria, tiene que reconstituirse; no ha de ser su existencia la simbiosis con el terruño, sino libre, educada y con instrucción relativa, ha de conocer la tierra y su cultivo, que la teoría de hoy es sacar mucho en el menor terreno, y llegar con esta base al regadío, al secano, al arbusto, al árbol y á la ganadería, para luego ir á los caldos con sus especiales y variados refinamientos; recordemos lo que de la agricultura decía Sully y otros hombres eminentes.

Tras la agricultura vienen las industrias, ó á la par; también hemos dicho el camino recorrido por la Prusia y otras naciones, y con los productos agrícolas é industriales, la riqueza es un hecho, si se llega á la baratura, la calidad y el buen gusto. No es la primera nación que se encuentra como España, con depreciación de su moneda; la cuestión del cambio internacional va unido con la riqueza y con el crédito público, por consiguiente; Austria, en 1853; los Estados Unidos, en 1865; Italia, en 1866; Rusia, en 1876; se vieron como consecuencia natural de las guerras con grandes gastos á realizar, poca exportación por necesitar el país lo que pudiera vender fuera, mucha importación por parecida causa y el desnivel de los cambios, por consiguiente; el célebre economista ruso que hemos citado y citaremos mucho en estudios sucesivos, trata este problema con verdadera competencia. Pues

bien; todas estas naciones, y hasta Méjico y el Brasil, á lo primero que acudieron como inmediato remedio, para constituir un *stock* metálico, oro considerable, fué el pago en el metal amarillo de ciertos derechos de aduanas, y fácil es de comprender que si se tienen compromisos en el exterior por las deudas, de esos ineludibles, y se cuenta con este elemento para satisfacerlo, se hallarán grandes facilidades y mejoramientos, como es natural; y si á esto se agrega no acuñar plata y liquidar con el Banco, se constituirían los medios eficacísimos para el cambio de moneda en España, salvar la crisis y garantir la riqueza, tal vez en menor tiempo que puede calcularse, sin recurrir por hoy al *affidavit*.

Vemos, por lo tanto, que si Alemania nada tiene que temer de Austria é Italia, desgraciadamente para nosotros, más segura está con España, que tiene que empezar por conquistar su autonomía industrial, para adelantar en este signo que tanto evidencia el progreso de los pueblos, ya que se encuentra bajo la presión terrible de unos gastos de guerra, que pasa muy por encima de 2.000 millones de pesetas, á más de las desdichas incalculables sufridas.

Alemania, pues, vence en Europa, y á Inglaterra, aun con esos datos estadísticos que arroja y que dejan absorto el ánimo al considerar cómo un solo centro puede llegar en tan intrincado mecanismo á sitios tantos como distintos y lejanos, con la sabia de la dirección y las energías del mando; estando como se encuentra empeñada en la guerra de las industrias, en el sostenimiento de sus colonias á las que se subordinan hoy la vida de los pueblos con los complejos problemas que de continuo presentan, incluso de los que surgen las luchas sangrientas, naciones vencidas y victoriosas, esclavos y señores. El verdadero enemigo de Alemania y de Europa, está en América, es la gran Confederación del Norte. Los Estados Unidos tienen 9.655.068 kilómetros cuadrados, 77.395.000 habitantes; una densidad de siete por kilómetro cuadrado; la deuda es de 1.023.427.532 dollars, 5.117.736.660 francos; importan por valor de 697.148.000 de dollars, 3.485.740.000 francos; exporta 1.203.931.000 dollars, francos 6.019.655.000, y tiene 300.336 kilómetros de líneas férreas. Datos que espantan más que los de Inglaterra, pues hay que tener en cuenta que es un Estado joven, y que del mismo modo que ha vencido, ó mejor

dicho, va dominando los gravísimos problemas que se agitan en su seno, y ha sabido ponerse en educación é instrucción á la cabeza de todos los pueblos, es de suponer que suceda lo mismo en todo lo demás, que viene á ser escuela de tan grandiosa fundamentación.

Citaremos, á propósito de esto, lo que dice el elocuente exministro de Chile, D. Abdón Cifuentes, respecto á los Estados Unidos: «No existe absolutamente el Estado docente; nadie piensa que la educación literaria ó científica del pueblo es asunto del gobierno federal ni de los gobiernos de los Estados. Allí las enseñanzas están completamente entregadas á la iniciativa de los ciudadanos».

«Allí la instrucción no es, como en algunos pueblos de la raza latina, asunto que dirige un ministro ó los pocos miembros de una corporación universitaria. Allí es asunto de todo el mundo; allí son muchos millones de personas los que trabajan activa y libremente en el fomento de la enseñanza».

«Por eso se ven millones de individuos enriquecidos por el comercio y por la industria, que cifran su gloria en perpetuar su nombre legando á la fundación de alguna Universidad».

«Corcoran, Smithson, Peabody, Astor, Vassar y otros muchos han fundado semejantes establecimientos... La libertad de enseñanza es la salvaguardia de los derechos de la familia. Todo está allí establecido de manera que el Estado no puede, bajo ningún concepto, embarazar ó coartar la independencia individual, ni la iniciativa privada.»

Y nosotros ampliamos estos datos, agregando: que la universidad llamada de Stanford, tomó este nombre de su fundador, que legó para ello 2.500.000 duros; lo mismo pasó con la de Wanderwit, que legó 1.100.000 duros, y con la de Holpkin, Cornel y otras, produciendo admiración, y se hace digno de aplausos un espíritu público que dé tales rendimientos al sillar donde descansa la función más principal de todo Estado.

Sólo así se puede conquistar el puesto de honor que los Estados Unidos tienen en las enseñanzas; y hemos de recurrir, para los datos estadísticos que nos hacen falta, ya que el A. Gotha no los trae, al *Report del Comisario de la Educación de los Estados Unidos*, al libro suizo de *Enseñanza de la Instrucción de Europa*, la

misma obra de J. de Block y cuanto al objeto nos hiciera falta. De todo ello, resulta, que los Estados Unidos gastan en su primera enseñanza cerca de 200 millones de duros, 2,67 anuales por cabezas, ó sean 286.408.015 francos; Inglaterra, 88 millones de duros, 2,2 por cabeza, y en francos 372.883.475; Alemania, 108 millones de duros, 2 por cabeza, que equivalen á 328.001.900 francos; y Francia, 58 millones, 1,6 por cabeza, 72.500.000 francos. Un total de 450 millones de duros para una población de 210 millones de habitantes, en cuyas atenciones gastan los Estados Unidos lo que Inglaterra, Alemania y Francia en sus marinas, y estas dos última en sus ejércitos.

En la enseñanza superior emplean los Estados Unidos, en francos, 142.792.315; Inglaterra, 41.768.275; Alemania, 37 millones 251.830; Rusia, 23.703.345, y Francia, 21.955.060; y mientras tanto en esa escala gradual descendente, que cierra el Report con Grecia y Portugal, que gastan 3.266.370 y 1.266.340 en primera y superior, respectivamente, ¿qué puesto le corresponde á España con los 43 millones de pesetas que le asignan en presupuestos? En la cuota anual por individuo le corresponde 1,53 pesetas, suponiendo que ascendiera la consignación á 27.577.081; pero como de los 43 millones hay que rebajar 25 que recaudan los Municipios para estas atenciones, y 12 que percibe el Tesoro por matrículas, exámenes y grados, quedan en seis millones, que, distribuídos en los 18,5 de habitantes, resulta para cada uno la desconsoladora cantidad de 0,357 de pesetas.

Nuestra plaza puede ser, en esa escala, entre Grecia y Noruega; ¡¡triste situación que evidencia claramente el estado en que se encuentra nuestra cultura intelectual!!; se impone, por lo tanto, como en el problema económico, un pronto y eficaz remedio: hacer lo que otras naciones que van delante; es menester más dinero, y que las auras de las ciencias, en sus últimas palpitaciones que flotan allende los Pirineos y de los mares, lleguen á nosotros saturadas con los aromas de los pinares ó de las algas del líquido elemento, siendo su natural vehículo, no el metálico hilo en cuyas entrañas vibra el éter en cantidad y energía electromotriz asombrosa traducida en amperios y volterios, sino en las inteligencias de nuestros hijos, sin intermediarios, para que así allí estudien, aprendan y aquí enseñen.

Prusia fué maestra del arte militar; Inglaterra, de la industria y las libertades patrias; Italia, de las bellas artes; nosotros, los que mostramos á la humanidad todos esos caminos y otros en los difíciles tiempos del Renacimiento, y Alemania y los Estados Unidos se encargan hoy de abarcarlo todo; la misma Francia tiene escuelas en Atenas, Roma y en los Estados Unidos, porque ve que sólo de este modo se adquieren los conocimientos y en su última evolución, en los estudios industriales, técnicos, agrícolas y prácticos.

Con estos procedimientos, aquéllos de nuestros hijos que lleguen á maestros, serán los que constituyan los buenos elementos de enseñanzas en las escuelas de artes y oficios y prácticas industriales; pero también para esto hace falta dinero; no bastan, ni con mucho, las 38 mil pesetas que los presupuestos asignan; las naciones dedican cantidades verdaderamente respetables, y entre muchos casos que pudiéramos citar, diremos que Berlín, por ejemplo, gastó en 1894, de sus fondos municipales de escuelas, sin contar con las subvenciones del Estado, la suma de 1.050.000 marcos.

Alemania hizo con la industria lo mismo que con el ejército y la cultura; en la exposición de Filadelfia, en 1876, sufrió un fracaso terrible; pero lejos de hacer lo que nosotros, encerrándose en la inacción, estudió, vió lo que en el extranjero se hacía, por los informes que adquirieron comisiones nombradas, y creó, con arreglo á ellos, escuelas de artes é industrias que perfeccionaron sus producciones de tal manera, que en el mismo tiempo que trocó á su ejército de vencido en victorioso, ¡en ocho años!, competía con Francia, y no en mucho mayor plazo se colocó donde se encuentra: á la cabeza de la Europa. Prusia dijo en 1807: necesito ejército y escuelas: en 1815 vió que tenía lo que buscaba, y Alemania, en 1876, tocó que no basta trabajar, sino que es menester saber lo que se hace; en 1884 lo demostró, y en 1896 el mundo la contempla como el sol de la ciencia en todas sus manifestaciones, cuyos rayos amparan al amor de su lumbre, dando la vida á través de los espacios.

Las industrias tienen también su historia bajo el concepto colonial; antes las colonias servían para producir las primeras materias; conducidas á la metrópoli por bajo precio, volvían ó se expedían á otras naciones con ganancia tan pingüe como cierta, y

lo que venía á suceder era que, mientras se ganaban fortunas en Londres, en la India no había más que ruina y miseria; invirtiendo los términos, se intentó establecer las fábricas en las colonias; al principio se tropezaron con grandes dificultades, pero después los esfuerzos fueron recompensados con éxitos, pues la India inglesa, por ejemplo, amenaza ya á la metrópoli con sus productos; la China, las Indias holandesas y el Africa, ven sus mercados llenos de sus manufacturas, que más baratas que las de la metrópoli, porque la mujer india gana sesenta céntimos, quita la venta á Inglaterra, cuyos obreros ganan mucho más, recargando el precio de la mercancía; al no vender éstas, aquéllos han de sobrar, imponiéndose, para evitar la crisis cierta, buscar tierra que explotar y que no hagan competencia, para que en la Patria todos trabajen y puedan vivir. Y puesto que del oriente hablamos, no dejaremos de citar al Japón, signo que entra ya en las nacionalidades, con terreno, población, dinero, energías é inteligencia, á cuya bandera habrá de acogerse la raza amarilla, ya que por tales condiciones se ha colocado á la cabeza de ella.

Insistimos en lo que venimos demostrando: Alemania, Austria, Italia y Rusia, con ayuda de obreros lyoneses, montaron inmensos talleres de sederías, lo mismo que en los Estados Unidos. Bélgica ya no tiene el monopolio de los paños, como Suiza y el Jura francés los relojes, que monopolizaban; Escocia no refina ya los azúcares para Rusia; ésta importa ya para Inglaterra, y todos vemos, incluso en nuestro país, el desarrollo que esta industria ha tomado. Zurich construye máquinas notables; Italia, entre otras cosas, sus acorazados; la industria química ya no es monopolio de Inglaterra; la especialización no debe aplicarse; cada país debe producir en armonía con su suelo y sus elementos, porque otra cosa no son más que un cúmulo de aberraciones, que hacen víctimas sólo á los que lo desconocen.

Nosotros, por ejemplo, en nuestros caldos, los aceites se vende á bajo precio, para que clarificados vuelvan adquiridos á elevadísimo precio; compran las uvas para llegar al ínfimo valor, y aparece luego un burdeos que cuesta lo indecible, y como lo mismo sucede con las lanas para traernos paños, hierros para enviarnos máquinas y herramientas que labren la tierra, la rieguen, corten la mies y saquen el grano; material para ferrocarri-

les y montar grandes fábricas eléctricas; de abonos artificiales, que trabajen el acero y cuanto menester es á la vida de la producción, ya para las artes de la paz como para las de la guerra, decimos otra vez que todo es menester saberlo hacer. Italia, que no tiene ni hulla ni hierro, construye sus acorazados, ya lo hemos dicho; Suiza, que no tiene ni lo uno ni lo otro, fabrica máquinas más baratas que Inglaterra, y España, que tiene de todo, ha de seguir el ejemplo de Alemania, para entrar en ese consorcio de la industria internacional, pero con absoluta autonomía, bajo la propia dirección técnica y con sus solos elementos.

***

Alemania, la raza germánica, dominó, en parte, el mundo conocido en la antigüedad por la fuerza; el pueblo que en sus manos tenía más que aquel dominio, fué vencido y deshecho; en sus anteriores derrotas, por aquel mismo pueblo destrozado, cuando César invadió sus bosques vírgenes y sus fértiles campos, algo influyó su manera de ser aquel medio ambiente en que vivían; guerreros por excelencia, supieron recuperar con creces cuanto habían perdido.

En ese batallar contínuo de las energías humanas tuvieron alternativas, y tras de años y siglos, Alemania domina hoy por otro factor más cierto, por el de la ciencia, á tal extremo, que le rinden culto hasta los anarquistas que se suman, incluso su organización social: veamos lo que dice Kropotkine al hablar en su *La conquista del pan* sobre las grandes sociedades que se forman independientes del Estado: «Bástenos citar, dice, las sociedades innumerables á que, sobre todo, debe el ejército alemán su fuerza, que no depende sólo de su disciplina, como creen la generalidad. Esas sociedades pululan en Alemania y tienen por objetivo propagar los conocimientos militares. En uno de los últimos congresos de la alianza militar alemana (Kriegerbund) se han visto delegados de 2.452 sociedades federadas entre sí, con 151.712 miembros».

«Sociedades de tiro, de juegos militares, de juegos estratégicos, de estudios topográficos: de aquí los talleres donde se elabo-

ran los conocimientos técnicos del ejército alemán y no en las escuelas de regimientos. Es una red formidable de sociedades de todas clases, que engloban militares y paisanos, geógrafos y gimnastas, cazadores y técnicos; sociedades que brotan espontáneamente, se organizan, se federan, discuten y van á hacer exploraciones al campo. Estas asociaciones voluntarias y libres son las que constituyen la verdadera fuerza del ejército alemán».

«Su objetivo es detestable: el sostenimiento del imperio. Pero lo que nos importa registrar es que el Estado, á pesar de su «grandísima» misión, que es la organización militar, ha comprendido que su desarrollo será tanto más cierto cuanto más se abandone al libre acuerdo de los grupos y de la libre iniciativa de los individuos».

Más adelante dice: «Habituados como estamos por hereditarios prejuicios, por una educación y una instrucción absolutamente falsa, á no ver en todas partes más que gobierno, legislación y magistratura, llegamos á creer que los hombres se destrozarían unos á otros como fieras, el día que el polizonte no estuviera con los ojos puestos en nosotros, y que sobrevendría el caos si la autoridad desapareciera. Y sin advertirlo, pasamos junto á mil agrupaciones humanas que se constituyen libremente, sin ninguna intervención de la ley, y que logran realizar cosas infinitamente superiores á las que se realizan bajo la tutela gubernamental.»

Este pensamiento de Kropotkine viene á ser complemento de los otros suyos, porque todos ellos propenden á demostrar que así como esas grandes sociedades viven y se desarrollan sin la menor intervención del Estado, sin éste podría existir el anarquismo, quedando garantido el orden social una vez implantado, y veamos cómo nos encontramos de nuevo en este problema que agita hoy más que nunca la vida de los pueblos.

Desentenderse de estas doctrinas en las que la lógica se violenta, se falsean los principios y la parte técnica y didáctica es sucinta é ininteligible para esas masas obreras á las que van dirigidas, más principalmente, sería un grave error; esas masas ven entre lo que consideran fárrago penoso y que hasta hastía, una cosa de gran relieve que encaja en los títulos de esos libros pequeños y baratos para que todos puedan adquirirlos; que con las doctrinas que propalan, podrán tener en su día las tierras, los

ganados, los palacios y cuanto en el globo existe y que hoy se encuentra en otras manos. Citemos una porción de esos libros que, por distintos caminos, todos van al mismo fin: *La conquista del pan*, dicho, de Kropotkine y otros; *Evolución y Revolución*, de E. Reclus; *El dolor Universal*, por S. Faure; *El dinero y el trabajo, la verdadera vida*, y otros, de Tolstoï; *Dios y el Estado*, de M. Bakumin; y Grave, Hamon, L. Michel, Malato y los españoles Nieva, Sempau, Salvoechea y otros muchos colaboran por el libertariado; formando con Turgueneff, Dostoyuski, Zola, Mirbeau, Adam, Gorki, Teilhade y muchos más, ya directamente, ya por aproximaciones ó en plena escuela anarquista, dos grandes literaturas modernas, una por salvajismo y otra por agotamiento; según muestran los autores sus ideas de grandes intransigencias ó veladas por los modismos del más indirecto; la rusa y la francesa, sin duda para ir hasta en esto ligadas, pertenecen á la primera; á la segunda, los que pudiéramos llamar platónicos de segunda fila.

La juventud intelectual tiene á su vez dos manifestaciones: la crítica agresiva, que resulta de la sensualidad no satisfecha, ó la resignación pesimista, hija de la falta de fe en las creencias y que engendra el indiferentismo; éste es el que hay que combatir no menos que la primera.

El problema, repetimos, no es de los desatendibles; las revoluciones son hijas siempre del estancamiento de la ciencia, y precisamente esto exige ser combatido, diciéndole á la ciencia: ¡sigue adelante!; por lo demás ni un dogma único con iguales doctrinas nos representan los apóstoles del anarquismo, en sus críticas negativas é ideales inconcebibles; hemos visto lo que dice Kropotkine; y si estas sociedades militares, industriales y agrícolas son un paso, un ejemplo práctico para llegar á la anulación del Estado por el anarquismo, ¿cómo Reclus la vitupera bajo el concepto agrícola, como hemos visto en los Estados Unidos?. Los 280 mil kilómetros de vías férreas de Europa, tienen también empleados esclavos del deber, muy rudo en la mayor parte de los casos, como el de los que labran la tierra en aquellos centros productores del Oeste de la gran nación; en la cruz roja, que cita, no necesitamos consultar á Moynier, para saber sus muchos casos meritorios, tantos como heróicos, y si la bondad de estas grandes sociedades, sus fáciles inteligencias internacio-

nales y cuanto con ellas se relaciona, es reconocido por Kropotkine, nada dice y tendrá que asentir en ello, que estos grandes éxitos se deben á las altas competencias directoras; por más que el que duda, entre el inventor de la locomotora, el obrero de Newcastle, que reemplazó con traviesas de madera las piedras de debajo de los carriles, el maquinista, el que hace las señales y el guarda-aguja que da paso, el que duda, decimos, á cual de estas personalidades debemos el adelanto de los trenes, podría pensar que los que barren las porterías de los edificios, en donde las direcciones de esas grandes sociedades se encuentran, bien pueden suplir las ciencias profesionales; con esto sólo sobraría para no seguir adelante en nuestro estudio sobre este particular, pero hemos de ampliarlo.

Nada en el mundo se improvisa, repetiremos, y así es inútil pensar que la solución de esos grandes problemas puedan encomendarse á los que casi tienen rudimentos de los conocimientos especiales ó carecen en absoluto de ellos, pues si no aceptamos este principio, vendríamos á que la ignorancia mandara y se impusiera, cuando precisamente la humanidad ha dado el gran paso en Inglaterra, como hemos dicho, de dejarse gobernar por las inteligencias superiores, y después de conquista semejante, aquel procedimiento nos llevaría, hasta no saber en que peldaño de la escalera nos tendríamos que detener, para encomendar la organización social y las soluciones intrincadas de la política.

Vemos, pues, que las doctrinas de Reclus y de Kropotkine son antitéticas en el fondo, aunque no lo parezcan en la forma; pero vamos aún más lejos: León Tolstoï piensa que sus creencias llevarán á la humanidad á un buen fin; ofrece cinco mandamientos y rechaza todos los dogmas y doctrinas desde Mahoma al Nirvana, no olvidando la gloria y el infierno del Catolicismo y la transmigración de las almas; pretende alcanzarlo todo por el amor y niega la ley y cuanto con el hombre se relaciona en este sentido, vituperando el vicio; es decir, que acepta algo de cuanto el Señor nos dijo, y en ello confía para lograr cuanto se propone, y en esas negaciones absolutas, de tribunales de justicia y de otras miles fundamentaciones de la religión, la moral y el derecho, se ven idénticos procedimientos al de los otros apóstoles, aunque el camino sea distinto.

Pero aún hay más: ¿y los colectivistas?; ésta es otra rama, otra derivación, si cabe, más remarcable; éstos admiten el Estado y su credo consiste en el trabajo calificado, trabajo simple, etc., las jornadas de ocho horas, representadas por un bono divisible, que daría unas transacciones de tres minutos de pan, cinco de carne, etc., lo que vendría á concluir en un workhouse (asilo de pobres) en concepto de los anarquistas; ¿caben más hondas diferencias, sin que tengamos que entrar en más género de consideraciones?

Mientras tanto, ¿qué sabe el pobre labriego ni el obrero de Economía Política, de sociedades de Salvamentos, cables submarinos, de la eiencia del Derecho, etc.?; á él le dicen en todos tonos y maneras: no ahorres, gasta, que día vendrá que por estas razones que no entiendes, cuanto tus codiciosos ojos contemplan será tuyo por la gran revolución, si tú nos ayudas en ella; y á sus incultas inteligencias hay que decirles para contrarrestar tan perniciosas doctrinas: aprende y ahorra y tendrás conocimientos y recursos, bases de toda vida honrada, porque los que tales eosas propalan, quieren que seais el instrumento de ellos, para dejaros como estais ó peor y subir á vuestra costa á los altos puestos del mando, que hoy vituperan, del goce y del predominio.

Pero la existencia de estas escuelas tiene un fin social que llenar de transcedental importancia: son una amenaza, hacen presión y sus apóstoles y sectarios influyen para que el gran problema se resuelva por la ciencia y no por la revolución; del mismo modo que Tolstoï llegará á la finalidad de mejorar la condición del mujik, decretada en 1861, como dijimos, y que, sin embargo, no existe en nuestros días; y siendo éste el estado del colono y del obrero en un país donde el imperialismo impera, en las naciones que van á la cabeza de la humanidad, han de tener el convencimiento por la Religión, el amparo de la Patria por la previsión y la garantía del Estado por el derecho, y esto se consigue por proyectos de ley es que, discutidos, lleguen á serlo, empezando por la de huelgas, sindicatos profesionales, jurados mixtos, bolsas de trabajo y consejos de conciliación, para llegar, si se tienen condiciones para ello, al proyecto de arbitraje forzoso como el de Francia, de lo que hemos hablado, y como el del 93 en Australia, que dió tan buenos resultados, que las huelgas no han existido desde

entonces; en una palabra, que tras de la esclavitud extinguida y la servidumbre anulada, venga el mejoramiento de la clase obrera, amparada por la ley.

Ni el ejército alemán, ni sus sociedades son, por lo tanto, ejemplo de federación, ni escabel del anarquismo, ni defensor del imperio; su misión está mucho más alta; el Emperador Guillermo II lo acaba de decir á los reclutas en Kiel, 26 Noviembre 1901: «Deseo que no se produzcan las guerras que mi abuelo deseaba para engrandecimiento del Imperio; pero si el caso llega, sabré ponerme á la cabeza de mis soldados para compartir el peligro; he prestado el juramento militar lo mismo que vosotros y prestaré también el servicio cuando sea necesario». El sentimiento de amor á la Patria brota en estas palabras en que el Emperador se considera un soldado más, del mismo modo que en el Decreto que encabeza las nuevas ordenanzas sobre el servicio de campaña, en el que recomienda la autonomía en el mando, la iniciativa ejercida con toda independencia por el jefe de tropa, sea cual fuese su graduación, el espíritu es el mismo, el que flota sobre la Patria: la federación no está sólo en las sociedades: la gran federación está en la Nación misma, que tiene un Consejo Federal «Budesrat», que con el Reichstad forma el poder legislativo que ejerce una jurisdicción que comprende á las fuerzas militares y marítimas, la hacienda, el comercio, comunicaciones y justicia; al Emperador corresponde el poder ejecutivo; declara la guerra y la política exterior con los tratados de comercio; de modo que vemos que la responsabilidad está dividida y que el ejército alemán no tiene más que guardar fielmente cuanto ha conquistado: la Patria grande, sabia, productora y amparo de sus hijos todos, que acuden cuando peligra, desde donde se encuentren, aunque sea en los confines más remotos del mundo; el ejército sale de su suelo, porque lo componen pobres, ricos, nobles y plebeyos; el espíritu militar se filtra en la sangre é invade la inteligencia desde los primeros años de la infancia de cuantos nutren sus filas, porque recuerdan las enseñanzas de que lo mismo hicieron sus padres, y saben por esto que no existe otro modo de salvar hoy aquel hogar que sus antepasados quemaban para ser más guerreros; hogar que es la Patria, la fe, el idioma, las costumbres y la raza; ¡dichosos los pueblos que entienden cómo en uno se funden los deberes todos!

La paz y las alianzas.

I

DE BLOCK Y LA GUERRA

¡Cuánto habrá que hacer para reparar las pérdidas y curar las heridas por la guerra causadas; cuántos sitios florecientes serán trocados en desiertos; cuántas villas se reducirán á cenizas! ¿Cuándo la voz del sabio será escuchada? Cuando la humanidad renuncie á esta máxima salvaje: «La fuerza es antes que el derecho».

J. DE BLOCK.

Hemos llegado á lo que pudiéramos considerar la síntesis de esta segunda parte de nuestro estudio, que representa labor incesante de años, meditaciones y verdaderos esfuerzos intelectuales en muchos problemas que en las grandes evoluciones sociales nos han salido al paso, causándonos muchas veces desfallecimientos por nuestras limitadas condiciones, pero siempre hemos tenido persistencia bastante y no menores alientos para acabar nuestra empresa, ya que á la Patria va dedicada en estos momentos que el concurso de todos sus hijos parece poco para seguir el ejemplo de otros pueblos que han sabido pasar de la desgracia más intensa á los esplendores del poderío más grande.

En nuestra humilde opinión creemos lo que Pascal y Buchner: que el género humano es indefinidamente perfectible, y que si en el orden moral no se encuentra lo que en el orden material, respecto á las mejoras conseguidas, sin embargo, siempre un gran

pueblo tendrá esa potencial ética bastante para afrontar los grandes peligros cuando sea llegada la hora de defender su independencia amenazada, que viene á ser la obligación impuesta de la guerra, puesto que á ésta se va por otras muchas causas, que la justifica según los casos, ó resulta del atropello que salta por la ley, el derecho y cuanto tiene el hombre de mayor veneración y los pueblos de más sagrado.

Entre todas las guerras contemporáneas, la de 1870 ha causado la más honda impresión en los pueblos, y de aquí puede decirse viene el reconocimiento de la paz armada, ó la Nación Armada, como la llama el barón Colmar von der Goltz, digno sostenedor, entre otros, de aquel criterio prusiano, sobre el que hemos tratado con cierto detenimiento; y así como la Europa entera quiso imitar á Federico II ante sus éxitos, hoy no se piensa en otra cosa que buscar los organismos todos del ejército tal y como se encuentra en Alemania, á excepción de Inglaterra y alguna otra nación de Europa, estando viendo lo que á los ingleses les cuesta no hacerlo; y estas imitaciones se imponen para coger, sin duda, cuando la ocasión se presente, los mismos frutos obtenidos por la Prusia en la guerra citada.

Esto ha hecho que las naciones europeas se armen, pertrechen y perfeccionen en los elementos y métodos de combate, consumiendo en ello y en las prácticas de la guerra simulada, cantidades enormes de sus presupuestos; y si en la agricultura y en la industria se aprecia lo que da un hombre por el tiempo que trabaja, las máquinas que emplea y las energías con que cuenta, en la Milicia por las embajadas y otras representaciones nacionales, por la prensa, los libros profesionales y por las guías inclusive, se saben las fuerzas militares de cada nación, la educación é instrucción que tienen, su material, su armamento, sus prácticas militares y cuanto con el ejército se relaciona; de modo que se puede llegar al convencimiento casi cierto de la energía guerrera de cada nación; y es natural que, si estas naciones, tal vez á costa de grandes sacrificios, muestran potenciales enormes de fuerzas no defensivas sólo, sino ofensivas, primero impondrán respeto y luego el número de sus soldados, de sus cañones y de su caballería, harán despertar codicias en esa evolución de alianzas que determinan el equilibrio europeo y del mundo; resultan, pues, rivalidades laten-

tes y sacrificios incesantes que arrojan una ó dos veces al año y al final de cada uno cifras que se destacan en el papel y que dejan atónitos á los ánimos más esforzados; porque no son números que marcan las producciones ya agrícolas, ya de la industria general para dar la vida, no; muestran los cientos de miles de soldados que han tomado parte en tales ó cuales grandes maniobras; son las preparaciones del balance final de cada año que nos da los millones de soldados que están dispuestos á morir en lucha sin descanso, hasta llegar á la meta de la gloria ó al desastre de la cierta derrota; y el *Almanaque*, de Gotha; *L'Etat Militaire des Principales Puissances Etrangéres*, de J. Lauth; *La Organización Militar de España y algunas Naciones Extranjeras*, de nuestros notables escritores militares Fornells y Mata, y otras obras y revistas que podríamos citar, son buena prueba de ello.

Lo dicho, como todo, ha de tener un límite; y comprendiéndolo así el Czar y hombres eminentes como De Block y otros, han afrontado el problema, el primero, en las conferencias de La Haya, y los escritores presentando en las disquisiciones datos y cálculos en apoyo de ese difícil criterio del porvenir, siendo, como es, uno de los mayores abstrusos asuntos que á las nacionalidades afecta. Bien quisiéramos nosotros cumplir la recomendación que Schoppenhauer hizo á los escritores alemanes, cuando les decía: «Que harán bien de penetrarse de la verdad, que á la vez de encaminar el espíritu á profundos pensamientos, hace falta expresarlos de manera que todo el mundo los entienda»; pero llegaremos en esto allí donde nuestras fuerzas lo permitan, en lo que, como decimos, ni hay historia, ni juicios, por lo tanto, de otros hombres, á lo menos ciertos; y no existiendo ante nosotros, por consiguiente, más que un campo especulativo cuyos horizontes no se divisan, pues los prejuicios, en vez de darnos facilidades, tal vez pudieran extraviar nuestro leal parecer, tendremos, sólo, cierto, muchos cañones, más material, más caballos y más hombres, que crecen en ascendentes y grandes proporciones, que todo sale del presupuesto, de los campos que pierden esos brazos, de la industria, que le pasa lo mismo, y que si no estuviera probado que por dar brazos á la producción nacional y evitar gastos al Erario, la cuenta sube en meses á miles de millones de francos y de muchos kilómetros cuadrados de territorio, que acusan la ruina de la Pa-

tria y su dolorosa amputación, como Francia y España no ha mucho tiempo; seguramente sin esto no se hubieran decidido las naciones á seguir el ejemplo de la nación que todo se lo ha consagrado al ejército, porque todo lo ha logrado por él, á la nación militar por excelencia, ¡á la Prusia!

El Czar ha querido ir á la paz por un alto Consejo, Congreso internacional, Tribunal ó como quiera llamársele; esto nos recuerda el Gran Método, de Sully, según Oncken, y no de Enrique IV, del que hemos tratado, y que, sin embargo de los grandes propósitos del sistema, las guerras siguieron, buscando aquellos naturales mejoramientos que los pueblos que no los tienen codician de los que los poseen, ya con pretexto religioso en los extremos del más duro fanatismo, causas políticas ó empresas militares, del mismo modo que han seguido después de las conferencias de La Haya, pero sin aquellos móviles ó encubiertas causas de otros tiempos, sino sencilla y simplemente con el carácter de la verdad, bajo el concepto económico, velado sólo para el que no ha querido comprenderlo, pues jamás ha luchado la humanidad por la existencia más que hoy; su crecimiento pasmoso trae todas estas complicaciones: la guerra industrial, la de tarifas, las guerras coloniales, las intervenciones armadas; los conflictos obreros que existen y los más graves que se delinean en el porvenir, son otros tantos caracteres alarmantes; todo esto, y cuanto pudiéramos citar, converge á un solo punto: á buscar medios de vivir; los millones que se vienen gastando para el sostenimiento de los ejércitos, acusan gran cantidad, pero muchos mayores han de ser el día que se tengan que mover esas enormes masas armadas; y como algunos le dan á esto unas proporciones inconcebibles, nos vamos á ocupar de ello entre otras cosas.

Cinco naciones forman dos alianzas: la franco-rusa y la alemana-austro-italiana; diez millones de soldados serían los llamados á resolver el litigio por las armas como concluyente en ese problema que es económico, y no religioso, ni político, ni militar, como acabamos de decir, y haría plaza á la razón de la fuerza, la fuerza de la razón, y para evitar este momento supremo en que la lucha sería la más terrible que los pueblos han presenciado, el Czar dijo, vamos á la paz por el desarme general, y llegó hasta las conferencias de La Haya; pero la guerra vive, y para mayor es-

carnio de los pueblos, como brotada de esa misma conferencia, surge la guerra del Sur del Africa, que viene á ser el despojo y aniquilamiento de un pueblo desdichado, tanto, como heróico y sublime; y es que las guerras existirán siempre, porque pensar en lo contrario, sería como pedir que nuestro planeta no marchara como lo hace en el espacio, pero con las mismas alternativas de frío, calor, vientos, calmas, tempestades y bonanzas. Es más; supongamos que se llegara á un desarme general; que un Gran Consejo fuera el árbitro de los destinos, á un imperialismo único en el continente, ejercido por ese centro director. ¿serían justas sus resoluciones? ¿llegaría á un desarme efectivo, á la verdad en todo?; aunque dijéramos que sí, en nuestas conciencias encontraríamos la inmediata negación.

El problema puede considerarse bajo tres aspectos: el moral, el económico y el de los efectos de las modernas armas. El primero de los tres, que se funda en esa íntima convicción que nos da la religión y la ética, tenemos demostrado en varias ocasiones en nuestro estudio, que es uno de tantos idealismos que el hombre acaricia, por cuya razón nos vamos á ocupar de los otros dos.

El problema analizado bajo el aspecto económico, suponiendo que las necesidades de los ejércitos permanentes, puedan llegar á superar á las fuerzas productoras y crear, por lo tanto, una situación de difícil solvencia, es más fácil de contrarrestar que el del concepto moral, puesto que siempre se podría decir, en apoyo de este, que tal podía ser la perfectibilidad del género humano, que los idealistas encontraran en qué fundar sus aspiraciones, para demostrar que no se necesitaba de la fuerza en lo que podría resolverse por la razón y el convencimiento, recordando incluso lo que pasa con los duelos en Inglaterra; y decimos que es más fácil, porque el caso que ahora nos ocupa, cuenta con la lógica de los hechos; es verdad que los muchos y contínuos mejoramientos de las industrias, hacen que no baste el dinero, si se ha de tener el último invento en cuarteles, vestuario, armamento, equipo, alimentación y material, sin meternos en transportes y otros elementos; no se trata de renovar, por ejemplo, cientos de fusiles, sino millones, ya de aguja, ya de tiro rápido, ya automáticos; porque así viene sucediendo desde poco tiempo há, y cuando casi se acaban de montar las fábricas para que el nuevo armamento de

tiro rápido se construya en España, cuando aún no producimos los casquillos, Alemania construye el fusil automático, con el que el soldado no pierde la puntería en cierto número de disparos y economiza fuerzas, anulando en un momento todos los sacrificios y todas las energías empleadas para tener el mejor fusil; ¿puede calcularse mayor desencanto y más grave conflicto?

Todo esto es verdad, decimos; no puede negarse, como tampoco que lo mismo sucede con los cañones de campaña, de costas, torres blindadas, material de puentes, etc., etc.; pero, ¿es que pasa otra cosa con las fábricas de todas clases, no destinadas á producir para la guerra?, de ningún modo; sus perfecciones no quedan atrás, y todas ellas, sean para tejidos, electricidad, vehículos, barcos, etc., son otras tantas manifestaciones de los adelantos industriales, de ese progreso incesante que la humanidad alienta; lo que á la guerra se refiere, es una parte de ese todo si no existen exclusivismos y monopolios; los pueblos, lejos de arruinarse por estas causas, prosperan, se hacen ricos y poderosos con las conquistas industriales y las victorias en los concursos de productos en los mercados extranjeros, en donde lo mismo se venden cañones que máquinas complicadísimas para todos objetos y aplicaciones, que el simple alambrado de cercas, en los que se discute la conveniencia de que tengan dos ó más púas; además, recordemos lo que dijimos del Ejército prusiano: sus fábricas de armas casi surten á los ejércitos del mundo; las de tejidos á su Ejército, y en los cuarteles, talleres de sastrería, confeccionan hace mucho tiempo los uniformes del soldado, logrando así un equilibrio relativo en lo que tanto representa en la garantía de la Patria. En nuestra obra de 1894 *Armas, Defensas y Organizaciones*, tratamos este asunto con más extensión.

En cuanto á que el servicio militar quita brazos de la agricultura y de la industria y que despierta aficiones de dejar el campo para vivir en las ciudades, se puede oponer la corta duración del servicio hoy comparado con lo que antes sucedía; y si esto no fuera bastante, las licencias ilimitadas, el Ejército permanente, nunca podrá dejar de existir por estas razones y por las muchas acumuladas en el transcurso de nuestro trabajo; él fué siempre signo de persistente engrandecimiento de los pueblos, y lo hemos demostrado hasta la evidencia. No basta enderezar la competen-

cia económica, como hace De Block, y mostrar con gráficos y estados múltiples las producciones de los pueblos y los agotamientos que los ejércitos permanentes causan en ellos; no basta, decimos, mostrar con cifras que dotar con el nuevo fusil automático costaría á las naciones aliadas una cantidad de 3.952 millones de francos; porque si esas prodigiosas conquistas de las modernas industrias originan estos enormes gastos, lo que sucede con Alemania con su fábrica de Essen (Krupp), sucede en casi todas las naciones que brotan centros de producción, fábricas que las enriquecen además de cubrir sus propias necesidades, como las de Elswick, Withworth y Vickers, en Inglaterra; en Austria, la de Skoda; en Italia, la de Pozzuoli; en Rusia, las de Obuskou, Perm, Putilowski y Alejandrouski; las de Finspong y Bosfors, en Suecia, y en Francia las de Creusot y la Compañía de Forges et Chantiers ó Schneider-Canet, pudiéndose citar otras muchas que vendrán á ser siempre signos de potencial en las industrias de los Estados, en el total conjunto, por lo que se impone la competencia que da la autonomía quitando privilegios, y de este modo se consume para la guerra lo que la Nación construye y no lo que el extranjero vende, cuando ya tenga, tal vez, otra producción con más perfecciones; el Ejército así dotado dará cuantiosos rendimientos, en vez de ser la ruina de la Patria; la historia lo tiene bien demostrado, pues los engrandecimientos han sido tantos y su importancia valiosa, según las preferencias que el Estado ha tenido con la Milicia.

II

Vamos á tratar del problema que nos ocupa, en el tercero y último aspecto, ó sea, ante los mortíferos y desastrosos efectos de las armas, para lo que creemos muy á propósito examinar la voluminosa, seis tomos y notable obra, *La guerra futura*, del Consejero ruso Juan de Block, publicada en 1900, que ha despertado gran curiosidad en Europa, y dado lugar á interesantes contraversias, pues no sólo trata el asunto bajo los conceptos técnicos mi-

litar y naval, sino en el económico y político. Nada hemos encontrado á decir verdad, más á propósito, repetimos, para nuestro objeto, ya que se trata de la última trinchera que el partido civilista nos presenta con proporciones alarmantes, lamentando que la índole de nuestro estùdio nos limite el campo de discusión, pues de otro modo sería objeto de un tratado de Arte Militar, de lo que algo hemos de ocuparnos más tarde, contrayéndonos sólo á las cuestiones técnicas de la guerra, pero muy suscintamente, que comprende las dos terceras partes de la obra, ó sea el mecanismo de la guerra propiamente dicho: la guerra en el continente y la naval.

La tercera parte se relaciona con los conflictos y pérdidas materiales que determinarán las guerras futuras, los esfuerzos encaminados á suprimir las guerras, las causas de diferentes políticas y las consecuencias de las pérdidas, y por último, conclusiones generales que comprende el sistema del militarismo; lo que puede ser á favor y en contra de la posibilidad de resolver los conflictos entre los Estados europeos, y la organización de un Tribunal internacional; agréguese á esto un sinnúmero de fototipias, grabados y gráficos estadísticos, que dan facilidades en la mayor parte de los asuntos sin leer el texto, y se comprenderá que se trata de una obra notabilísima, de un museo militar, como diría Barado, en el que el autor persigue un fin altamente moral por todos los medios que el hombre dispone, en ciencias, método, erudición con alardes de modernismo y hasta idealidades encaminadas á robustecer la lógica cuando lo requiere el fin perseguido.

Mucho nos hemos ocupado sobre los asuntos que trata esta tercera parte en el trascurso de nuestro ya no pequeño estudio, y esta es una razón más, para que con lo dicho últimamente de los dos aspectos del problema, nos concretemos al tercero, al de la parte técnica militar, anotando, sin embargo, para mayor inteligencia, que los muchos datos que De Block aporta sobre los rendimientos de tiro, son debidos á las experiencias en polígono, y que arrojan, por lo tanto, un coeficiente enorme á reducir, que puede evaluarse del 10 por 100 al 20 por 100, porque no hay que olvidar, bajo la presión de ánimo que el soldado se encuentra en el campo de batalla.

De Block trata de demostrar que las grandes energías de los

nuevos explosivos, que los efectos de las modernas armas y el número inmenso á que ascienden los contingentes de los ejércitos actuales, darán ocasión á una mortandad tan terrible, que las guerras se harán imposibles en el porvenir; empieza por estos explosivos, sigue con los fusiles de pequeño calibre y repetidores, esperando mayores eficacias en los mejoramientos á conseguir, por lo pronto con el fusil automático, anota el mayor alcance, lo rasante de la trayectoria y los grandes rendimientos por estas causas y la velocidad inicial, y facilita datos de eficacias en el tiro, desde el Mauser (11 milímetros) modelo 1871, que supone igual á 100, hasta el de cinco milímetros de Krink, que lo hace llegar á 1337, sin olvidar la fuerza de penetración del proyectil y el poco peso del arma, que da facilidades para que el soldado lleve más municiones, con las que considera que cada soldado puede causar con ellas (de 120 á 200 cartuchos) una baja; admite el fusil de tres milímetros, y asegura que con los 575 cartuchos que en este caso lleva el soldado causará tres bajas, sacando como consecuencia irrefutable, que los ejércitos con su armamento de hoy, han de dar ocasión á un fuego tan nutrido, que los combatientes se aniquilarán recíprocamente.

Después sigue su razonamiento bajo el mismo criterio en todo lo que á la artillería se refiere, no solo con los cañones de tiro rápido, sino con los proyectiles; concediendo, según el general Wille y el profesor Pototzky una eficacia á estos cañones, doble de los usados en 1891, que ya representaban sobre los del 70, de 12 á 15 veces más rendimientos. Respecto a los proyectiles, aduce que el 70 un proyectil producía 19 ó 20 cascos; los de hoy sobre 240; los antiguos Shrapnels estallaban en 37 cascos, hoy en 340; las eficacias de los proyectiles al explotar también son remarcables: una bomba de 37 kilogramos, cargada con pólvora ordinaria, de 43 pedazos, con fulmicuton 1204; las balas ó cascos son lanzadas á una distancia mucho más grande; en 1870 formaban un haz muy limitado, hoy tienen un radio de 200 metros, en los disparos á 3.000; por último cita lo que dice el general de artillería Müller, de que los proyectiles de las baterías francesas y rusas reunidas, podrían aniquilar á 6.600.000 combatientes, y las de Alemania, Austria é Italia 5.300.000.

Tras de estos datos, con otros muchos que presenta en de-

fensa de su tésis, entra De Block en los idealismos, copiando lo que dice M. Ed. Drumont en su obra *El fin del Mundo*, que no siendo militar, representa la batalla del porvenir, con aquél esfuerzo de imaginación que para cosa semejante tendría que hacer.

A seis mil metros ¡fuego!

«Las granadas se elevan en el terreno y estallan; deseguida cada pieza rectifica su puntería y encuentra su distancia, y la lucha se trueca en intensa. En adelante, cada proyectil lanzado estallará en el aire, encima de las cabezas, y sembrará 250 proyectiles sobre la superficie cubierta de hombres. Hombres y caballos caerán destrozados, bajo esta lluvia de hierro y de plomo. La superioridad la llevarán los que tengan los apuntadores más hábiles y los más rápidos. Los cañones se destruyen unos á otros; las baterías lo mismo; los cajones se vacían, la ventaja estará allí donde el fuego no decaiga».

«Y bajo esta tormenta, bajo tal tempestad, los batallones han de acometerse».

«¡Dos mil metros!; ya la bala de pequeño calibre fina y coqueta, plateada, puntiaguda silba y mata, pegando, atravesando, rebotando y destrozando cuanto á su paso encuentra; las salvas se suceden, y una lluvia de balas densa como el granizo, y rápida como el rayo, inunda el campo de batalla. Los cañones que han apagado el fuego de los contrarios, libres de este cuidado, atacan á los batallones. Lanzan sobre los grupos terrible masa de hierro, y los cadáveres cubren la tierra ensangrentada».

«Las líneas empujan á las líneas, los batallones á los batallones, las reservas llegan, y entre los dos ejércitos que sufren los destrozos que las balas y las granadas causan, queda una faja de terreno que ninguno osa franquear, por creerlo imposible. Las municiones se agotan, los millones de cartuchos y los miles de granadas cubren la tierra con los destrozos de sus estuches de cobre, y el fuego continúa siempre... siempre, tanto como los cajones vacíos sean reemplazados por otros».

«Las granadas de melinita pulverizarán los caseríos, los pueblos, y demoleran y aniquilarán todo lo que sea abrigo, obstáculo

ó refugio. Ya la mitad de los combatientes agonizan y mueren; los heridos y los muertos forman dos murallas paralelas espesas, distantes mil pasos, que los proyectiles remueven, que la metralla desmenuza y que los vivientes no pueden franquear».

«La batalla continúa encarnizada. Mil pasos separan siempre á los dos ejércitos. ¿De cuál será la victoria? De nadie».

Puntualizaremos más adelante sobre este particular; respecto á la duración de la batalla, dicen el coronel Langlois, el general prusiano Janson y otros que pudiéramos citar, que puede ser de días, en el porvenir.

En cuanto á los combates de noche, el general Pousyrewski es contrario á ellos; pero los generales Dragomirow y Kourapatkin, entre otros muchos, son partidarios de las operaciones y combates de noche, contándose para ellos con bombas incandescentes que lanzan los morteros y dura la luz unos tres minutos, y unos proyectores eléctricos que iluminan las casas á 500 metros, y á pequeñas fracciones de tropa para observar sus movimientos á 800 metros.

Y acaba esta importante parte de su obra, haciendo razonamientos sobre los graves inconvenientes que representa hoy la dirección, manejo y aprovisionamiento de esas masas enormes de los actuales ejércitos, como las muchas y excepcionales condiciones que ha de tener todo general en jefe; la gran extensión de la línea de batalla, las gigantescas proporciones de los tableros tácticos, los accidentes artificiales del terreno por las muchas trincheras abrigos que han de construirse; las deficiencias de los oficiales y tropas de reserva, que han de hacerse sentir notablemente, y por último, esas falsas preparaciones que dan las grandes maniobras, pues dice De Block, que la opinión de muchos oficiales sínceros sobre ellas, es que sólo se obtienen, al practicarlas, equivocados conceptos de la lucha.

Hace un estudio notable sobre los ejércitos y la conducta de la guerra, empezando por citar lo que ha dicho el canciller conde Caprivi en el Reichstag: «Que la hidrofobia del número domina á los pueblos de Europa»; agrega que el servicio militar obligatorio adoptado por todos ellos, da: en Alemania (en miles de hombres), 2.550; Austria Hungría, 1.304; Italia, 1.281; Francia, 2.554; Rusia, 2.800, que sumaban, en 1896, 5.354 la doble alian-

za, y 5.135 la triple, resultando las fuerzas equilibradas y un total de 10.489 miles de hombres, ó sea 10.489.000.

En estas disquisiciones, sobre lo que pudiéramos llamar escuela De Block, hay partidarios, muchos que son contrarios, y el resto que aceptan como buenos ciertos principios entre ellos.

El capitán francés Paivin, que es uno de estos últimos, y por lo tanto, de sus críticos, dice, que efectivamente, en las guerras del porvenir se verán aparecer los ejércitos de masas; pues si se agregan á estos contingentes el de las tropas de tercera línea, landsturm, reichwerh (reserva territorial), etc., se alcanzarán unos efectivos espantosos. Cita sobre el límite de estos ejércitos, lo que dice el capitán austriaco Otto Bernt, autor de la notable obra titulada *Die Zahl un Kriege* (el número en la guerra), que á este número se llegará el día que todos los hombres capaces de tomar las armas reciban una instrucción militar verdadera.

Esta instrucción la reciben en Francia, según Paivin, el 7,8 por 100 de la población; Rusia, el 3 por 100; Italia, el 5,3 por 100; Austria Hungría, el 5 por 100, y Alemania, el 6,5 por 100; Berndt cree que estos ejércitos no tienen el valor de los antiguos, por la poca duración del tiempo de servicio, y no han resuelto cuál de las dos condiciones será mejor, si el número que da el poco tiempo que exige la general instrucción, ó está completada á costa de aquél, pudiendo ocurrir, en opinión de von der Goltz, que tal vez surja un segundo Bonaparte, que con su ejército, poco numeroso, pero sólido, acometa á esas enormes masas faltas de todo espíritu militar, las venza y destruya.

Tras de esto, examina De Block, la movilización; cree que Rusia tendrá que optar por una concentración de su ejército, no en la frontera, sino en el Vístula, por la mucha extensión de su territorio, mientras las otras naciones, después de los enormes gastos que la movilización representa, tendrán que estar dispuestas para hacer la concentración en la frontera que más le convenga en el menor tiempo posible. Además, el peso de 25 á 30 kilogramos que el soldado ha de soportar, representa en las marchas forzadas, según los médicos franceses, un número de rezagados, que llevarán á los hospitales en quince días á 100 mil enfermos, sin contar los heridos.

Sobre este particular, dice Paivin: La movilidad en la gue-

rra llamada en Alemania Bewegungs, tendría bajas que agregar á las de los combates, y supone que las guerras de marchas son las llamadas á dar más resultados en el porvenir, y cita las de Napoleón, que, según él, no admiten comparación con ninguna, poniendo el caso de las marchas de después de Jena durante tres semanas seguidas.

El capitán Berndt saca, como consecuencia de las guerras de 1866 y 1870, que sólo se puede exigir de un ejército moderno jornadas de 15 kilómetros por día, pues mientras unas tropas harían estas jornadas, otras, por su situación, tendrían que hacerlas dos ó tres veces más grande. Cita, como norma de criterio entre los ejércitos activos y las reservas, que en 1866 los ejércitos prusianos tuvieron el 7 por 100 desde el comienzo de la campaña hasta Königgrätz, y el 14 por 100 desde esta fecha hasta delante de Viena.

En 1870 el V y IX cuerpo de ejército alemán tuvieron del 5 al 8 por 100 de bajas el 4 de Agosto, antes del comienzo real de las operaciones, y el X cuerpo, y los de la Guardias, pocos días después de estar en campaña, del 8 al 10 por 100, sacando como cálculo aproximado el 10 por 100.

De Block trata no sólo de los graves inconvenientes de la colocación de tan enormes masas de tropa, que evalúa de un millón de hombres cada uno, sino de la iniciativa grande que han de tener los oficiales y de las bajas tan desproporcionadas que ahora ocurren en éstos á causa de los tiradores que los toman como blanco; en la guerra de Chile, dice, tuvieron los oficiales el 23 por 100 de muertos y el 75 por 100 en heridos, mientras que la de los soldados fueron el 13 y el 60 por 100, respectivamente; esto ha hecho pensar muy seriamente, agrega, en evitar que las tropas sufran las contingencias de quedarse sin oficiales que las mandaran, y á este fin, en Alemania, cuenta cada compañía con 12 ó 13 suboficiales reenganchados, número que podrá llegar á lo que se pretende; pero no así Francia con 6, Italia con 4, Rusia con 2 y Austria Hungría entre 1 y 2.

Las reservas son tan numerosas, continúa, que Italia recibe 260 reservistas por cada 100 del ejército activo; Austria Hungría, 350; Alemania, 560; Francia, 575, y Rusia, 361, lo que dará exacta idea del aumento de fuerzas, aumento que acusa diferencia

de instrucción, hábitos guerreros, resistencias en las marchas y muchos más ciudadanos que campesinos, comparados con los ejércitos de otras edades, acusando un margen intelectual á favor de los soldados que han de jugar en la suerte de las naciones en las guerras del porvenir, y más aún si se considera que todos, sin distinción de clases, han de nutrir las filas, dejando sin resolver también este importante problema, en lo que al porvenir se refiere.

Da como cálculo aproximado los datos siguientes sobre la mayor ó menor aptitud de cada potencia en la ofensiva y en la defensiva. Alemania: ofensiva, primera leva, 95; segunda leva, 88; defensiva, primera leva, 98; segunda leva, 76; Italia: ofensiva, primera leva, 65; segunda leva, 51; defensiva, primera leva, 74; segunda leva, 59; Austria Hungría: ofensiva, primera leva, 80; segunda leva, 68; defensiva, primera leva, 86; segunda leva, 76; Francia: ofensiva, primera leva, 72; segunda leva, 59; defensiva, primera leva, 85; segunda leva, 72; Rusia: ofensiva, primera leva, 82; segunda leva, 80; defensiva, primera leva, 94; segunda leva, 86.

Sobre la duración de la guerra, cita las siguientes palabras de Moltke: «Admitiendo que no habrá más guerras de cien años, ni de treinta, no es menos cierto que si millones de hombres luchan desesperadamente por la existencia de su Patria, algunas victorias no bastarán para llegar á la decisión». De Block tiene sobre esto el criterio, que la duración, á la par que los éxitos de las armas, irá ligada al problema económico; es decir, según el estado de las naciones en satisfacer las necesidades del ejército, de la nación y la de atender á la población sin trabajo.

Y termina este notable estudio con la distribución de las fuerzas de las cinco naciones beligerantes, según los teatros de la guerra en el porvenir y los contingentes dichos de los ejércitos, y cree, por último, que Italia no se encuentra en condiciones de una gran resistencia, y que Francia podrá disponer contra Alemania, en un momento dado, de todas las tropas de observación del ejército de Italia.

III

Poco hemos de citar sobre la guerra de sitios, en síntesis es ésta, según De Block: «Casi todos los tácticos piensan que la guerra del porvenir consistirá en una serie de batallas libradas alrededor de posiciones fortificadas». Las naciones de las dos alianzas han hecho enormes gastos en poner sus fronteras infranqueables, y aun la misma Suiza y Bélgica para que si el enemigo fuerza la primera línea de fortalezas encuentre una segunda que le impida el paso; los huecos han sido llenados con grandes masas se tropas, y una red de líneas férreas facilitará que inmediatamente de declarada la guerra, nuevos ejércitos vayan á reforzar á los que están en las líneas de fortalezas, en éstas, pues; se han de dar las primeras batallas; tampoco De Block resuelve nada sobre el particular, que es no menos importante para el porvenir. En el 70, agrega, de las 15 plazas fuertes (24 dice Painvin), sólo París, Metz y Belfort tenían, como tales, condiciones; las demás eran anticuadas y con defensas mal dirigidas. Plewna, aún disponiendo de poca artillería, demostró que no pudo ser tomada á viva fuerza. Pero como el ataque y defensa de una plaza están tan íntimamente relacionadas con las tropas que puedan venir en auxilio de ellas, De Block se extiende en consideraciones sobre este particular, y termina con la siguiente pregunta: «¿ Las potencias europeas podran, en las condiciones sociales y económicas en que hoy se encuentran, soportar una larga guerra?» De modo que bajo este aspecto tampoco cambia su criterio.

Sauer desecha la guerra de sitios por ser partidario de un ataque á viva fuerza.

Painvin y Berndt no admiten la guerra del porvenir bajo el aspecto pavoroso que De Block la presenta, y sientan una teoría que hasta cierto punto Berndt lo dice y Painvin lo cita como apoyo del razonamiento que emplea: «Se puede afirmar que en las grandes batallas del porvenir el término medio de las bajas

será el 15 por 100, y que difícilmente pasará del 20 por 100 en el ejército que más sufra; bajas que sean ocasionadas por fusiles á cargar por la boca ó por la recámara, no serán otras que las de los fusiles de repetición, pólvora sin humo, cañones de tiro rápido, ecrasita, etc., porque el armamento de todas las potencias tienen un valor casi equivalente, las ventajas son las mismas de una y otra parte y se anulan recíprocamente, de lo que puede uno darse cuenta con facilidad con la siguiente demostración».

«Para que las bajas puedan causarse, es menester la presencia de dos adversarios: el uno que quiere causarlas y el otro que se opone. Supongamos que el primero tira con fusil de ánima lisa y carga por la boca, y el segundo marcha sin tirar y con la bayoneta calada. A 500 pasos el asaltante ha sufrido la máxima de las pérdidas que ha podido soportar, por ejemplo el 20 por 100, y considerándose incapaz de seguir adelante, se agacha y esconde. Supongamos ahora el mismo caso, pero partiendo de la base que el primer adversario haya cambiado su fusil por otro de repetición; el asaltante, á causa del gran alcance y de los efectos mortíferos del arma del enemigo, habrá sufrido á la distancia de 1.000 pasos el 20 por 100 de pérdidas, es decir, igual, con sólo la diferencia de la distancia, por lo que el arma perfeccionada ha influído en la distancia, no en el número de bajas, y lo mismo será en las guerras del porvenir, en las que hay que reconocer en el soldado mejores condiciones que ha de necesitar en el orden disperso para esa autonomía relativa que tiene.»

Von der Goltz dice sobre este particular: «El aniquilamiento de una fracción de fuerzas totales, evita á las otras hacer esfuerzos ulteriores y poner fin á la lucha. Cuanto más poderoso y sorprendente sea el efecto de las armas y los proyectiles, mayor será el terror que inspiren; y su influencia hará que las batallas sean menos sangrientas á medida que los medios infernales de destrucción sean más perfeccionados»...

«La escena que presenta por momentos la batalla, es mucho más terrible cada vez; pero á medida que la impresión moral es más grande, hace que la batalla, en su conjunto, cueste menos gente».

«Tranquilicémonos, dice Berndt; la historia del Mundo y la historia Militar siguen el camino que les está trazado y no se de-

jarán nunca sacar de él por los inventores de fusiles y cañones, por ingenieros que sean».

Nuestro notable escritor militar Rubió y Belber, en su obra titulada *La guerra moderna*, dice: «Antes, con el fusil de chispa, decíase que se requería el peso en plomo de un hombre para poner á un soldado fuera de combate. En la actualidad, con el fusil de repetición, se necesita una montaña de cartuchos para obtener el mismo resultado. Véase cómo no conviene fiarlo todo á la perfección del arma; pues si ésta es una maravilla en manos de un tirador hábil, es un juguete casi inofensivo en las que no sabe sacar partido de su precisión extraordinaria», y como complemento, acompaña un gráfico en su citada obra, representando una pequeña figura de soldado, junto á un enorme cartucho, con aquellas dimensiones proporcionadas á lo que manifiesta, resultando estos criterios, en un todo contrarios al de De Block, respecto á las influencias de las modernas armas en las guerras futuras; no siendo aún tiempo de emitir el nuestro, que lo reservamos para la conclusión de esta bien penosa síntesis.

LA TALASOCRACIA

I

El título de este artículo es la meta de todas las aspiraciones imperialistas, pues la Historia viene demostrando que ayer para nosotros y hoy para Inglaterra, signos fueron siempre de la preponderancia y dominio de los pueblos al verse complementado su poderío en la tierra con el ejercido en los mares, y de aquí que como lo último no se puede conseguir más que con la armada, haya tenido ésta una natural evolución, aunque en ciertas épocas distanciada de las fuerzas de tierra.

Desde 480 años antes de Jesucristo hasta la batalla de Lepanto, es decir, durante 2.000 años, las prácticas en los combates navales, aún contando como nuevo elemento la artillería, fueron

las mismas; aquellas galeras birremes, trirremes, etc., impulsadas por cientos de brazos esclavos, llegaban á los contactos con velocidad escasa, tenía lugar el abordaje, y del mismo modo que en las batallas terrestres sucedía, se embestían las masas, se mezclaban, y á quedar el que con vida resulte, el brazo que más blandía y más tajaba, era el mejor, y mientras tanto la cabeza estaba queda, hasta mostrar alegrías si se ganaba ó tristezas muchas si la rota era cierta. Pero en la batalla de Lepanto, 1571, en aquellas dos flotas que formadas una enfrente de otra á manera de media luna, lo que á los árabes le era peculiar en tierra, se vió mucho más que todo lo dicho, pues no de otro modo se vencen con 205 galeras que contaba la flota cristiana á 260 que componían la turca, siendo el terror de los mares. «Paul Hoste en su *Arte de ejércitos nvales*»: Don Juan de Austria en el mar fué algo de lo que Córdoba había sido en Italia; inició la táctica naval, y lo que es más, en la carta que hemos copiado al ocuparnos de España, se observan, aunque ligeros, verdaderos rasgos de estrategia. 25 mil muertos, 500 prisioneros, 12.000 cautivos libertados y de 250 galeras que habían tomado parte en la acción, sólo escaparon 40; 140 fueron capturadas y las demás echadas á pique; este fué el resultado de la batalla para los turcos, á más del botín que representaba las riquezas que llevaban en sus barcos y la pérdida de su preponderancia en el mar, aunque no fuera completa.

En 1588 ocurrió otro acontecimiento naval, que fué la destrucción de nuestra escuadra invencible, cuya formación y objeto fué debido al marqués de Santa Cruz; empresa no difícil para las raras condiciones de tan insigne marino, y en las que el pueblo inglés se encontraba, que no eran favorables por ningún estilo; pero las cosas habían de suceder de otro modo bien distinto. Muere el marqués de Santa Cruz y se encarga de la empresa el duque de Medina Sidonia, por mandato expreso del Rey, y sin tener en cuenta todas las causas que concurrían para limpiar el canal de enemigos, mar estrecho de variables corrientes y vientos, propicio á grandes tempestades y sin puerto de refugio, que eran otros tantos enemigos más del que se proponían batir, para llegar á Holanda, embarcar las tropas mandadas por Parma y hacer un desembarco en el Támesis; sin tener en cuenta todo esto, decimos y que lo tenía que llevar á cabo con barcos pesados, los más de

ellos sobrecargados de enormes torres, su falta de competencia le condujo á uno de los desastres más grandes que registra la historia naval. No aprovechó dos ocasiones propicias que tuvo para destrozar al enemigo, y en la rada de Calais, tal efecto le hicieron unos brulotes que arrojaron, que con tempestad deshecha y con los barcos en masa, se lanzó á la mar, para hundirnos en la mayor de las desventuras, porque no sólo perdimos casi nuestra escuadra, sino todos nuestros grandes prestigios en el mar, para no recobrarlos nunca, hasta el presente. ¡¡Nuestra talasocracia había muerto!!

De aquí nació un intento de táctica, bajo las siguientes bases: 1, maniobrar de manera de hacer lo más eficaz la influencia del viento, y 2, formar línea de fila para el combate, teniendo además, presente las siguientes instrucciones: Una vez empezada la lucha, los más audaces procurarán poner una parte de la línea enemiga entre dos fuegos ó atraversarla y romperla en uno ó dos trozos ó envolver uno de sus flancos. Pero las ocasiones fueron raras y más imposible aún ponerlo en práctica.

Esto influyó, sin duda, á que en 1635 diera el comandante De Lindsey las siguientes instrucciones á los capitanes de su escuadra: «Si diviso á una flota enemiga yo procuraré ponerme á favor del viento y toda mi escuadra debe seguirme, y una vez esperado el combate, ningún buque debe atacar al almirante, vicealmirante y contralmirante, porque esto me queda reservado á mí, á mi vicealmirante y contralmirante, si podemos darles caza. Los otros buques deben escojerse sus adversarios, tanto que puedan y ceder según las circunstancias, sin malgastar la pólvora contra los pequeños barcos y transportes, esperando para tirar estar al costado del enemigo».

Como se ve, el plan táctico desaparecía, se singularizaba el combate y nada se había adelantado, pues se hacía abstracción del conjunto y de todo plan: de aquí que hasta 1774, ó sea en dos siglos, nada se hiciera en este sentido, hasta que los holandeses en dicha fecha adoptaron el colocar sus barcos en línea, y en la batalla naval de Texel entre el duque de York y el almirante holandes Opdam; éste conservó sus barcos en el citado orden, que quedó admitido cuando las galeras fueron reemplazadas por verdaderos barcos de línea y con artillería á lo largo de sus bordas.

Los perfeccionamientos tácticos, desde esta fecha, fueron llevados á cabo con los de tierra de una manera simultánea, pues partieron del mismo principio practicado por Anibal, Gustavo Adolfo y elevado por Napoleón á lo inconcebible. «Neutralizar una parte de las fuerzas del enemigo, para caer durante ese tiempo sobre el resto con fuerzas superiores».

Los almirantes ingleses y holandeses de los siglos XVII y XVIII, aplicando esta táctica, sacaron ventajas reales sobre el enemigo; Opdam, Tromp, Ruyter y otros, dieron buena prueba de ello, aunque Nelson en Trafalgar, 1805, más que con estos procedimientos, recurrió al proyecto del plan táctico debido á las observaciones hechas después de nuestro fracaso de 1588, que recordaremos consistía, en una de sus partes, en romper la línea enemiga; ¡existía aún la táctica lineal en esta segunda jornada de nuestras desdichas navales!

Durante la guerra de la independencia de los Estados Unidos, 1779, la táctica lineal fué casi abandonada; se iniciaba el combate con maniobras hábiles, continuaba con nutrido fuego de artillería, y se llegaba al abordaje cuando un barco veía que los fuegos de su enemigo estaban del todo ó poco menos apagados; los combates del Wespe y el Frolie y del Bonhomme Richard y le Seperis, guerra de cruceros propiamente dicha, lo atestiguan.

Hemos pasado por los remos, las velas y el vapor, armas arrojadizas, de fuego y artillería gruesa; las luchas en el mar se presentan en el año 1866 con casi todas las modernas manifestaciones: la batalla de Lissa forma la base de la naciente escuela, por más que en ella no jugaran todos los elementos, torpederos y submarinos. Las dos escuadras tenían acorazados y barcos de madera; la austriaca la mandaba el almirante Tegethoff, y la italiana el almirante Persano. La primera en tres líneas divisionarias, los siete acorazados en la división de vanguardia, formando un núcleo compacto y resistente, la segunda á la desfilada por la derecha, amenazando envolver el ala izquierda enemiga; el almirante iba en el centro, á vanguardia el contralmirante Vacca; eran las diez de la mañana cuando se divisaron, á las diez y veinte minutos, la escuadra austriaca había roto y traspasado la escuadra enemiga; á las diez y media el combate se había generalizado de manera formidable; la descripción de aquellos terribles momentos en que lu-

chaban tocando los límites rayanos en el heroismo y el martirio por su Patria, sería poco menos que imposible; hubo un hecho más culminante entre todos, la lucha del *Ferdinad-Max* y el *Re d'Italia;* aquél, con su masa de 4.500 toneladas y una velocidad de 11,5 nudos (20,34 kilómetros), acomete por el costado derecho á su enemigo, le clava el espolón, y á poco, después de dar contravapor y desclavarse, ante un ¡hurra! atronador y más de espanto tal vez que de alegría por la victoria, vieron las dotaciones de los barcos austriacos que allí se encontraban cómo se tragaba el abismo de los mares aquella mole inmensa sembrada de potente artillería.

Tras de accidentes sin importancia se acaba la lucha y se separan las dos escuadras, terminando el primer combate de acorazados, en el que se observa menos número de barcos, pero con energías, eficacias, resistencia y velocidades mayores que se habían conocido; la ciencia en esto se sujeta á una fórmula: «lo más en menos». Respecto á las bajas, consistieron: de la escuadra austriaca, dos capitanes, un aspirante y 35 hombres muertos; 15 oficiales y 123 marineros heridos, de los cuales cuatro oficiales y 95 hombres fueron del barco almirante. De los barcos, excepto el Kaiser, que en veinticuatro horas repuso sus averías, los demás estaban en disposición de combatir. La escuadra italiana tuvo el *Re d'Italia* y el *Palestro* echados á pique, y sólo el *Terrible* y los barcos de madera se retiraron sin daño; los demás, todos sufrieron averías de mayor ó menor importancia, y en proporción con lo ocurrido en los barcos sucedió con las dotaciones; en el *Re d'Italia* perecieron 400 hombres, en el *Palestro* 230 y en los demás 16 muertos y 114 heridos.

Las consecuencias que se pueden sacar de estas resultantes son: que la escuadra italiana no se presentó en el combate con sujeción á las reglas elementales de la táctica, puesto que entró en él dando el flanco izquierdo y con sus barcos en una extensa línea, que lejos de envolver, fué rota; que aunque el espolón jugó un papel principal, no puede colegirse que en el porvenir esté llamado á ser la única solución en el combate; pues más nos inclinamos á escoger, entre los dos extremos, al procedimiento adoptado por D. Juan de Austria en Lepanto, que hizo cortar el de su barco, lo que fué imitado por toda la escuadra, sin que quiera

decir esto que debe desecharse, porque lo que no estorba y puede servir en alguna ocasión no hay para qué despreciarlo; y en cuanto á las bajas nada nuevo nos muestran de alarmante para las guerras del porvenir ni mucho menos.

De modo que el ensayo de la idea nacida en 1860 de proteger los barcos con blindajes contra los proyectiles enemigos, no se hizo esperar mucho tiempo, y desde el combate de Lissa, las corrientes se inclinaron, más que en el número de bajas y de los órdenes tácticos, en establecer un duelo entre la coraza y el cañón; lucha que no obstante las protestas de los economistas, dió ocasión á que se llegara á la coraza Harvey, de 20 centímetros niquel; y á los cañones ingleses Armstrong, Whitworht, Woolwich, de 32,20 centímetros y menor calibre; á los franceses Canet, Schneider-Canet, de 37 centímetros á 22; Krupp, de 35,5 á 28 centímetros, alemán; Obutchoff, ruso de 30,46 centímetros; Hontoria y Ordoñez españoles, de 32 á 28 centímetros, y de los Estados Unidos, de 33 á 30,48 centímetros, saliendo con estas ó parecidas defensas y tales cañones, verdaderos colosos á enseñorearse en los mares, reales fortalezas flotantes, que no solo podían aniquilarse entre sí, sino que también habían de sujetar á igual suerte á los pueblos enteros situados en las costas. Y como unas veces vencía la resistencia de la coraza y otras las energías de los cañones, la progresión creciente en los gastos de construcción por estas causas establecida, fué en proporción á los dichos mejoramientos alcanzados.

Muy fácil nos es demostrarlo; después del almirante Werner, un barco de línea á vela, de primera clase, costaba 2.500.000 francos. El primer navío acorazado *Warrior*, costó, en 1860, 8.750.000 francos; en 1868 el *Konig-Wilhelm*, 12.500.000; en 1896 el italiano *Duilio*, 17.500.000; el *Italia*, en 1886, 25 millones, el *Magenta*, 21 millones, siendo de notar que el blindaje es lo que más cuesta, pues importó el de este acorazado 15 millones, y como cuantos hemos dicho, surcan los mares el *Charles-Martel*, francés, con 120 metros de longitud; el *Terrible*, inglés, con 125,5; el *Columbia*, de los Estados Unidos, con 125,5; el *Rossia*, ruso, con 143,5; el *Buenos Aires*, argentino, con 122; el *Barroso*, brasileño, con 100; el *Blanco-Escalada*, chileno, con 113; el *Kaiserin Augusta*, alemán, con 118,5; el *Fuji*, japonés, con 117,5, y otros mil que están perfecta-

mente reseñados en el notable álbum de Fred T. Jane, titulado: *All the World's Fighting Ships*.

Sobre el armamento hemos de decir que antes un barco de línea tenía 120 cañones con 480 toneladas, y ahora un acorazado de escuadra construído en 1880, tiene cuatro piezas de grueso calibre y ocho de pequeño que pesan 1.150 toneladas; un proyectil del acorazado *Italia*, por ejemplo, tiene 43 centímetros de diámetro y pesa 907 kilogramos, mientras que el del *Warrior*, construído en 1860, no tenía más que 16 centímetros y un peso de 31,5 kilogramos, aumentando por lo tanto en 20 años la potencia destructora de los proyectiles 30 veces más; Inglaterra no sólo puso límite á esta progresión, sino que empezó á retroceder; pero como Italia transformó el *Duilio* y el *Dandolo*, en 1897, dotándolos de cañones de 100 toneladas, igual al *Lepanto* y el *Italia* en 1892, Inglaterra los fabricó de 200 toneladas, cuyos proyectiles pesaban 3.000 kilos y podían atravesar una plancha de 0,90 de espesor; costando al Estado cada disparo de cañón de 110 toneladas, 4.160 francos, siendo el Armstrong el de máxima penetración, la de atravesar una placa de acero de 20 pulgadas, otra de hierro de ocho pulgadas, puesta detrás, 20 pies de madera de encina, cinco pies de granito, once pies de masa compuesta de piedras y cemento y todavía se entierra en una de ladrillos de tres pies de espesor.

Los prodigios de la siderúrgica han sido asombrosos; el Congreso metalúrgico reunido en Filadelfia, en la exposición de 1876, determina una época memorable en tan importante evolución; Bell representó á Inglaterra, Weding á Alemania, Gruner á Francia, Akermann á Suecia, Tunner á Austria, y Holey y Eglesiton á América. Así se ha llegado á las placas de blindaje Hervey, á cuya prodigiosa resistencia hay que agregar la ineficacia del tiro en el mar, porque la movilidad de los barcos es tal, que se considera rara la vez que se haga blanco, inconvenientes que salvan hasta cierto punto los cruceros, con su gran velocidad y sus muchos cañones de tiro rápido, que hacen de seis á ocho disparos por minuto y arrojan proyectiles de 6,5 centímetros á 15 centímetros, que causan tantos desperfectos, y de tal importancia en los órganos principales de los barcos enemigos, que pueden ponerlos fuera de combate.

De aquí nace un problema en la guerra naval, sobre la prefe-

rencia de estos dos elementos de combate, y el puesto que han de ocupar un tercero y cuarto elemento: el torpedero y el submarino. Painvin, es de parecer que los cruceros acorazados pueden acabar una guerra tan bien como los acorazados de escuadra; Alemania se inclina á que el poder naval de una nación se determina por el número de los acorazados de escuadra, y nosotros creemos en nuestra humilde opinión, que como entre otras causas, el espesor de la coraza, el menor peso de los cañones y el combustible para el mayor radio de acción, han de determinar esas máximas velocidades de los cruceros, como la del *Svetlana*, ruso de 20 knots-nudos ó 37 kilómetros, con 16 cañones de tiro rápido y armadura protegida, velocidad adquirida á costa de resistencia defensiva y potencial ofensiva. Como además hoy todas las naciones conocen el valor de las escuadras, la situación y elementos que las componen, así como la importancia de las marinas mercantes, el número y calidad de cada una, ha de estar relacionado con los recursos que cuente en primer lugar la misión que esté llamada á cumplir, el sitio probable de combate, la escuadra ó escuadras con que ha de luchar y otra porción de circunstancias que han de concurrir para que el alto mando y dirección acierte en cada uno de los factores técnicos que han de influir en el éxito que se persigue.

Para formar una idea exacta del número que exixte hoy de acorazados de escuadra y otros barcos más ó menos protegidos, diremos que Inglaterra tiene 69; Italia, 24; Alemania, 39; Austria, 15; Francia, 55, y Rusia, 34, y de tal modo Inglaterra es preponderante, que á sus 22 acorazados de escuadra, todas pueden oponer 34 de la misma clase; y si buscamos el tanto por ciento del desarrollo adquirido en este sentido por dichas naciones, lo tendremos representado desde 1870 á 1895 en Inglaterra por el 64 por 100; Francia, el 37; Rusia, el 47 y Alemania el 68.

¿Es que se puede prescindir de este gran elemento teniendo costas que guardar y comercio que proteger?; de ningún modo. Vías férreas en las costas para trenes acorazados y armados que las defiendan, es una de esas lucubraciones cuyos ensayos no han respondido en ningún concepto; exceso de defensas pasivas, de por sí tan costosas, no tenemos que recurrir á nadie; en nuestras recientes desgracias vimos que el enemigo no atacó á la Habana, sino á Santiago, y sin el accidente de la escuadra, hubiera tam-

bién escogido este punto ó tal vez otro de menor resistencia, porque al ser una base científica para toda lucha, sólo se optará por un criterio contrario cuando ofrezca sobre sus graves inconvenientes mayores ventajas.

Los torpederos tienen también su evolución, y por lo tanto su historia; sus consecuencias son terribles, pero en sus eficacias influye las distancias, su falta de apreciación, las derivaciones del torpedo en su marcha, y el poco radio de acción que tanto afecta para que sea arma ofensiva; se buscó quitarles este último inconveniente dándoles mayores proporciones, pero tenía que ser á costa de la visualidad, lo que unido á los cañones de tiro rápido, las redes metálicas y reflectores eléctricos, se redujo el problema á que hicieran de contratorpederos, con su mayor eslora, manga y puntal, y la opinión se inclinó á que mejor que destroyers, se podía encontrar las eficacias del torpedero, en que el mayor número de ellos suplieran los elementos que las contrarrestaban, pero esto también ofrece sus dificultades bien conocidas.

La guerra chino-japonesa, 1894, fué otra escuela práctica de los perfeccionamientos de los elementos de combate naval, y de los órdenes empleados. *La Revue Maritime*, *La Militaire de l'Etranger* y otras muchas obras didácticas, han tratado tan capital asunto con aquella extensión que requiere y vamos á extractar lo más posible cuanto de ello nos interesa; en el combate naval de Ya-lou, el *Ting-Yuen* y el *Chen-Yuen* sufrieron: éste los dos cañones Krupp de 30,5, de la torre de delante fueron paralizados desde los comienzos de la lucha por haber inutilizado un proyectil el mecanismo hidráulico que los movía; el *Ting-Yuen* tuvo una pieza á barbeta rota al fin del combate; y no obstante estas y otras averías de más ó menos consideración, las corazas quedaron intactas, es decir, no atravesadas, pues sólo se encontraron en ellas los efectos de penetración, casi nulos, de 116 proyectiles de menor calibre y cuatro de gran calibre con una penetración de tres pulgadas; pero las averías dichas, que hubieran sido terribles en las partes no protegidas y los frecuentes incendios, determinaron accidentes graves más que el número de bajas, pues éstas se evitaron con toda clase de precauciones, colocando los hombres acertadamente y sacos de arena en las baterías; gracias á esto en dichos barcos fueron escasas, y aunque al *Matsushima* dos proyecti-

les le pusieron fuera de combate 120 hombres y el almirante Ito tuvo que trasbordarse al *Hashidate*, fué cuando el combate tocaba á su fin, pues el fuego decrecía por falta de municiones. Los chinos habían tirado 200 grandes proyectiles y 250 de cañones de 6 pulgadas, y los japoneses estaban casi en el mismo estado.

Sobresalieron, como principales elementos de combate, la velocidad y el cañón; aquélla para las maniobras tácticas; éste como potencial destructora; el espolón, inútil; los torpederos no tuvieron ocasión de demostrar sus eficacias, pues sólo lanzaron torpedos sobre un paquebot anclado, y por lo tanto sobre un blanco fijo, arma relativamente nueva ó en inapropiada aplicación, á más de las otras razones que hemos dicho; el porvenir ha de cuidarse de presentarla de otro modo si ha de resolver el problema tal y como se pretende. Queda, pues, reconocido que el almirante Ito debió los éxitos conseguidos á la Artillería, á la rapidez de las marchas, á la manera con que supo ordenarlas y á no emplear sus barcos, con sabio acuerdo, en empresas inútiles.

El verdadero problema de las eficacias del torpedo, en nuestra indocta opinión, está en el submarino, mucho más habiendo tenido que quitar las redes metálicas en los barcos por lo que aminoraban su velocidad. El submarino, fuera de aquellos idealismos á los que nos arrastraron nuestra fácil impresionabilidad en la época de Peral, tiene la misión cierta de trocar el torpedero en arma ofensiva, reemplazándole, siendo reconocida hoy como defensiva, y citaremos, en apoyo de esto la opinión que emite Eduardo Lockroy en su muy notable obra *La Defensa Naval*, sobre los submarinos Morze y Gustavo Zedé. Los submarinos, dice, «son armas defensivas pero sin radio de acción para poderse alejar del puerto que tienen que defender; tienen, pues, los submarinos una misión cierta: la de inutilizar al torpedero, que tiene que luchar también con hacerse menos visible y de sus condiciones marineras, si se ha de colocar á una distancia del barco enemigo conveniente, para las eficacias del torpedo». ¿Está el problema en que navegue debajo del agua, llevando la lucha naval en el fondo de los mares? Faltándole la visualidad, esto es imposible, y como la intransparencia de las aguas no la evitan ni los potentes focos luminosos ni otros medios, sobre todo á ciertas profundidades, más creemos probable que puedan ser transportados los sub-

marinos en los grandes acorazados para botarlos en el momento preciso ó que sus dimensiones mayores les permita un radio de acción más extenso, todo menos partir de un imposible. La marcha que hoy tienen, la estabilidad, la fácil emersión y sumersión son factores indiscutibles y verdaderas conquistas de la ciencia, que procurará ir resolviendo otros problemas; pero, hoy por hoy, el submarino puede acercarse al objetivo con más probabilidades de éxito en las eficacias del torpedo que el torpedero, pues sabido es que el torpedo es tanto más ineficaz, cuanto á mayor distancia se lance.

Lo que se trata de emplear para que contrarreste los efectos desastrosos del fuego, es el aluminio, hoy muy caro para este objeto, si se había de aplicar para los mamparos y muebles; nosotros podemos también testificar más que nadie sobre este particular, por lo ocurrido en Filipinas y en Cuba, pues los terribles efectos de la artillería han sido causados tanto ó más por el incendio, que por los destrozos de los proyectiles.

¡¡Tristes jornadas, de las que nos vamos á ocupar ahora!!

II

No es la guerra en el mar como en la tierra; aquí con tener conocimientos topográficos, saber geografía é Historia, geodesia inclusive, se puede sacar todo el partido de ese elemento de combate, por el espíritu director de la guerra, acumulando los datos estadísticos de todo género, tan fáciles hoy de adquirir, teniendo una base para los planes estratégicos y cuanto con la campaña pueda relacionarse. Pero en la superficie inmensa de los mares, ahora calmas, después con abismos y montañas que amenazan de muerte, ¿quién puede concebir la estrategia y desarrollar la táctica?; no se necesita la competencia técnica para alcanzar lo que es puramente elemental, de sentido común y adquirir certidumbre con sólo lo dicho, de que han de tener condiciones excepcionalísimas el que ha de mandar una escuadra, una división, un barco y

hasta apuntar una pieza, si han de cumplir debidamente la difícil misión que se les encomienda ó el cargo que han de ejercer..

Pero así como esto es innegable, también lo es que existen ciertos puntos de contacto y que del mismo modo que la táctica influye en la tierra para aminorar los efectos de las armas en los combates, que sus órdenes con las maniobras los evita equilibrándolos, en la guerra marítima sucede lo mismo y lo hemos probado en la ligera reseña hecha; en cuanto á la estrategia naval, los mares, los puertos, la misión especial de cada escuadra, intereses que tiene que guardar y otra porción de circunstancias, determinarán los planes, calidad y clase de los barcos, sin olvidar, como hemos dicho, los recursos con que cada país cuenta para ser destinados á tan preferente empleo.

Y hemos venido á parar, á cerrar el enorme ciclo que forma la Historia de la táctica naval desde sus comienzos en la batalla de Lepanto hasta su final en las de Manila y Santiago; en esos grandes hitos que marcan tan importante derroterro en la historia de la humanidad: Lepanto, La Invencible, Trafalgar, Texsel, Independencia de los Estados Unidos, Ya-lu, Manila y Santiago, nuestro nombre va en las grandes ostentaciones del poderío naval y en los grandes infortunios; así pasó en la tierra; hechos que merecieron baldón de ignominia en un principio, la Historia se ha cuidado más tarde en trocarlos heroicos é imperecederos: nuestra heredera ha sido Inglaterra y puede que el tiempo haga, como venimos demostrando, que en la decadencia también nos iguale.

Dos fechas: 1.° de Mayo y 3 de Julio de 1898, determinan en las páginas del libro de la Historia, con letras de sangre de mártires que mueren por la Patria, los dos combates navales en los que se hundieron en el mar los restos de nuestros prestigios y de nuestro poder naval; sino se hubiera combatido, si hubiéramos hecho lo que Italia en la Eritrea y Francia en Fashoda, aún siendo muy distinto caso, la crítica mordaz se hubiera ensañado de manera cruenta y terrible con nosotros; se luchó sabiendo que se iba á la muerte cierta, bajo todos aspectos, moral, material y de la más grande ruina, y... quedó para la Historia un pueblo casi muerto, un ejemplo de enseñanzas de las dos luchas y muchas heridas abiertas, de las que es preciso restañar la sangre que brota y cicatrizarlas cuidadosamente, si hemos de ser otra vez, y mien-

tras los Cuerpos Colegisladores discuten buscando leyes que mejoren las condiciones de la Patria; mientras el Poder ejecutivo, ese grupo de inteligencias privilegiadas, dirige y encauza todos los intereses públicos y el poder moderador se inspira en los más altos conceptos de la sabiduría del gobierno de los Estados, nosotros debemos ser lo que la gota de agua para los caudalosos ríos y no esperar á que venga un Moisés que hiera con su vara la peña de Horeb para que aparezca el abundante y cristalino surtidor, como decía nuestro distinguido amigo el eminente sociólogo Ortega Munilla, recientemente y con verdadera oportunidad.

El combate naval de Santiago, tuvo muchos puntos de contacto con el de Lissa, sólo que en éste el orden táctico fué aceptado y en aquél impuesto por las circunstancias. El almirante Cervera, en el barco menos protegido iba á la cabeza, ¿á luchar?, no, á morir por la Patria; el tiempo es el llamado, como en otros casos, á que la justicia resplandezca con aquellas verdades que dan siempre la serenidad del juicio lejos de la más cercana crítica: ¡nuestros respetos y admiración á los que, sino perdieron la vida, tienen en el alma el no haber podido conseguir, arriesgándola, la salvación de la Patria!

Es del dominio público el parte del comandante jefe de la escuadra americana Sampson; De Block, y nuestro muy reputado escritor militar Gómez Núñez en su obra de verdadero mérito *La guerra hispano americana*, y en multitud de libros y revistas se encuentra, dice así: «Los prisioneros salvados, comprendiendo los heridos, que se encontraron en los barcos españoles incendiados, fué ocasión de actos de heroismo remarcables. Los barcos ardiendo por la proa y por la popa; los cañones y las municiones de reservas explotando, ignorando cuándo sucedería lo mismo con el depósito principal. Sin embargo de todo, nuestros oficiales y nuestros hombres no cesaron de buscar por todas partes hasta no cumplir absolutamente este deber humanitario. Y si ésto sucedía á los que salvaban, ¿qué representaba para los nuestros? «Muchos de nuestros barcos fueron alcanzados por proyectiles enemigos, continúa Sampson, el *Brooklin* recibió un gran número, pero los daños materiales no fueron muchos; el *Iowa* fué el que más experimentó.»

«Es difícil de explicar esta inmunidad en nuestros barcos, al

combatir contra otros modernos y de mejores modelos, pero la artillería española es floja, y la precisión, junta á la superioridad de nuestro fuego, han hecho que fácilmente se reduzcan á silencio sus cañones... El *Almirante Oquendo* sufrió más que los otros el fuego de nuestras baterías á tiro rápido, y traspasado por todas partes, su puente estaba cubierto de cuerpos humanos calcinados». ¡¡Paz á los héroes y á los mártires por la Patria!!

¿Qué hemos de decir de los hechos de armas ocurridos en Santiago de Cuba, cuando Ibáñez Marín y otros muchos eminentes escritores militares tanto han dicho? El general Linares, Vara de Rey, Escario y muchos más, dieron el mejor cultivo á las glorias patrias: su sangre, la vida y el heroiomo; dignos compañeros fueron de los que en las aguas lo habían sacrificado todo; unos y otros sufrieron las consecuencias, no de sus actos, que en otras condiciones hubieran dado copiosos frutos, sino el tocarles ser un eslabón de la larga cadena de nuestros infortunios, hijos de muchísimas concausas que habían de acarrear un fin tan desastroso.

E. Lockroy, antiguo ministro de marina francés, dice con motivo de los acontecimientos de Fashoda, salvados por Francia sabia y hábilmente, que su marina era superior á la nuestra de manera remarcable, pero que comparada con la inglesa, tenía la misma diferencia que existía de la española á la yankee; pero que la marina española necesitó construcciones, armamentos y entretenimientos grandes, para ir en armonía con la resistencia ambiciosa de su política colonial; su actividad y su obstinación, la llevaron al fracaso á la vez del procedimiento adoptado con la marina. Después se extiende en atinadísimas consideraciones, tanto sobre la marina, que teníamos para oponer á los barcos modernos y á la potente artillería del almirante Dewey en Manila, como en el examen de la conducta del almirante Cervera, y emite, siendo francés, este grandioso y verídico pensamiento: «Con la mitad de lo que costó la guerra con los Estados Unidos, España hubiera conservado Cuba y Filipinas. Armándose á tiempo se evita la derrota, ó mejor dicho, se conserva la paz».

Sobre el buque del porvenir, Lockroy no precisa la cuestión más que De Block; en su opinión, las condiciones han de ser las siguientes: primero, un armamento que pueda batir los más poderosos de los actuales; segundo, llevar las economías de peso

realizadas sobre la coraza, teniendo en cuenta que ha de proteger todo lo posible la parte alta, y sobre la velocidad y radio de acción. Esta opinión coincide con lo que dijimos respecto á la batalla de Ya-lu y que se confirmó en los combates de Manila y Santiago: que el todo de los barcos está en la velocidad y en la potencia de la artillería, sólo que hay que agregar el radio de acción. Claro es que no se puede dejar de tener en cuenta, que en estas condiciones de los modernos barcos, entran las mismas limitaciones que las balísticas y otras de las piezas de artillería y armas portátiles; es decir, que lo que se consigue en ligereza, alcance, etcétera, si se exagera, se hace á costa de la resistencia y eficacia, de donde resulta que, sacrificando algo de cada cosa, se obtiene el verdadero equilibrio; si la cintura metálica es muy alta, por ejemplo, será aumentando el peso ó disminuyendo el espesor; si la artillería es demasiado potente y numerosa, la velocidad se achica y afecta á la estabilidad; y si el radio de acción es bastante extenso, es también á costa del mayor combustible á transportar; y como además hay que contar con el enorme peso de las máquinas, motores, vendremos á convenir que los ingenieros navales han de ser hombres de condiciones excepcionalísimas. Lockroy es partidario de tres líneas defensivas: la de la escuadra como más avanzada, otra de cruceros intermedia, y la última y más cercana de la costa, de torpederos y submarinos.

Con estos elementos de combate, De Block no da resuelto nada; dice sólo, que el vencedor, si lo hay, pagará cara su victoria; el problema para las naciones que forman las alianzas, es tener tal escuadra, que sea equivalente á la de dos potencias reunidas. De Block copia esta notable descripción de los combates de noche de una revista técnica alemana: «Ningún buque es capaz de navegar en medio del combate exactamente en dirección fija; no puede ni estar en su puesto, ni avanzar en su frente, porque debe evitar los torpedos enemigos, y debe atender á estas circunstancia, con sus marchas oblícuas á vanguardia y retaguardia.

«Cada buque está obligado á buscar el espacio de su maniobra, las distancias entre los diferentes buques aumentan, y pronto no es más cuestión de orden de batalla reglamentario. Los barcos de espolón y los torpederos se deslizan por estos intervalos, mientras los acorazados de escuadras buscan la ocasión de aprovechar

su artillería en la confusión que reina... Pronto no se ve más que barcos que persiguen á otros, buscando el sobreponerse, y mientras se producen choques y explosiones espantosas, más de un barco se sumerje, y lo que es más terrible, que cada barco está expuesto, no sólo á los cañones enemigos, sino á los de su propia escuadra.»

Muchos son los contrarios á la coraza; y como es conveniente conocer el pro y el contra de las cosas para que el juicio sea exacto, citaremos lo que dice el almirante Makarof sobre la lucha naval entre Austria é Italia en 1866, y es que en Lissa la coraza no evitó que se sumergiera el *Re d'Italia*, ni que saltara el *Palestro*, siendo de opinión que en el combate naval es necesario contar más con la fuerza del machete que con la resistencia de la coraza; que lo que hace falta es mucha artillería, torpedos en los barcos y sólidos espolones, y que se deseche la idea de la coraza, porque no asegura la victoria y si acaso retarda el descalabro.

El Inválido ruso, que reproduce este artículo, agrega: que el almirante Makarof explica claramente la causa fundamental de la derrota de los españoles, y contiene ideas muy justas sobre lo que exigen las escuadras en los combates modernos. Jamás hemos pensado, agrega, los que en la tierra combatimos, en buscar los resultados de una batalla cualquiera, por desastrosos que sean, en el espesor ó altura de los atrincheramientos, de ninguno de los dos adversarios. Sabemos que el ataque decisivo se prepara con un fuego intenso de la infantería y artillería, y que la victoria exige que se esté preparado á la lucha cuerpo á cuerpo, y aunque la coraza de los barcos abrigue las obras vivas y tienen otra importancia que los atrincheramientos, un combate naval exige los mismos medios de ataque y las mismas cualidades morales que un combate de tierra. Falto de estos elementos, la coraza no es más que para prolongar la agonía.

Hace falta, dice, por último, sobre todo una artillería poderosa y buenos artilleros; después una velocidad considerable, á fin de poder, según convenga, aproximarse al enemigo, ó reusar el combate, y, por último, una protección tan eficaz como sea posible contra los proyectiles enemigos; invertir estos términos es el mayor de los errores; la victoria, tanto en el mar como en la tierra, está en la ofensiva. Vemos que el importante periódico reco-

noce como buenos los mismos elementos de combate; para él es cuestión de orden.

El mayor von Bieberstein, dice: que el éxito de los japoneses fué debido casi á la potencia destructora de su artillería, y la lucha entre ésta y la coraza, que por el momento se inclinó á esta última, quedó incierta últimamente. Es contrario á las torres acorazadas armadas con dos grandes cañones, aboga porque sean reemplazadas con cañones largos protegidos de revés, y por la distancia media de combate de 1.500 metros á 2.000, citando las batallas de Ya-lu y Weï-haï-Veï en apoyo de cuanto dice.

Para De Block, una guerra naval acusa, á más de la destrucción de los barcos, la ruina del comercio marítimo; y para demostrarlo plantea el problema del corso, partiendo de la base que el derecho de gentes nada hace en que los barcos mercantes sean respetados hoy más que otras veces, sino que sucederá todo lo contrario, no obstante las cláusulas del tratado de París de 1850. Que los pueblos no fortificados los bombardearán las escuadras y que bastarán algunas horas para ser destruídos y convertidos en ceniza, y opina como el legista inglés Waraker, que sólo podrá quebrantar el poderío de Inglaterra la destrucción de su comercio, pues según los almirantes ingleses Greigh y Colombe, Inglaterra es bastante poderosa para paralizar el comercio del mundo entero, pero insuficiente para proteger el propio.

El almirante Werner afirma en su obra *La guerra naval*: que en caso de guerra entre Rusia y Alemania, ésta tendrá que hacer la paz á las pocas semanas; si las hostilidades empiezan cuando no haya trigo, y de algunos meses; si los buques enemigos ocupan los puntos por donde pueden desembarcar cereales, y que si la guerra estalla entre la triple y doble alianza, menos España y Noruega tal vez, toda Europa tomará parte en la guerra, y que un bloqueo de costas alemanas podrá causar su pérdida si sus victorias en tierra no la equilibran.

De Block sintetiza su trabajo con estas palabras: «Pero haciendo abstracción de todas las calamidades (pérdidas de hombres, incendios, hambre y epidemias) que la guerra en el mar causará en el porvenir; del modo que será hecha producirá en la humanidad una influencia moral mucho peor, en una época en que las diferentes nuevas teorías amenazan á la civilización de una revolución social».

Creemos que después de todo lo dicho, quedan bien deslindados los campos entre lo que son realidades, y puras y gratuitas conjeturas, en cuanto á la lucha naval se refiere; sin embargo, aún no hemos dicho la última palabra.

MARVÁ, TESLA Y ECHEGARAY

I

Hemos de analizar, por lo tanto, los grandes problemas de guerra terrestre y naval que el eminente sociólogo y gran economista De Block, nos presenta en su obra, de un modo tan pesimista, como de idéntica forma, puesto que trata de anular por el terror, la existencia de dos manifestaciones de la vida que se encierran en una sola: «La Guerra».

No pretendemos ni hacer historia ni citar como nuestro insigne Almirante que si la guerra podría ó no atribuirse en su origen á lo ocurrido entre Caín y Abel; no hace al caso; pero si nos vamos á contraer á nuestra modestísima obra *Armas Defensas y Organizaciones*, del año 1894, porque en ella encontramos argumentos aunque sucintos, que rebaten en un todo á los expuestos por De Block, no solo á cuanto á las eficacias de las armas portátiles y á la tormentaria se refiere, sino á la poliorcética.

Decíamos entonces sobre las eficacias de las armas, página 221: «Si la inteligencia humana inventa y perfecciona para destruir, tiene á la vez que hacer lo mismo para contrarrestar aquellos efectos; de otro modo, la humanidad no existiría, ó la guerra se hubiera hecho imposible, porque los ejércitos con esas perfecciones en sus armamentos, desde las armas blancas, hasta las de nuestros días, hubieran ido teniendo aumento proporcional en sus bajas, y vamos á demostrar con datos estadísticos, por ser los menos recusables, que casi sucede lo contrario, ó por lo menos en efecto limitado aunque parezca imposible, pues viene á resultar como término medio, un 18 del efectivo, siendo un seis los muertos. En Plewna los rusos tuvieron un cinco de bajas en los primeros asaltos y un seis en el tercero; en Saint Privat un 14 y un ocho;

en Resonville un cinco; en Praga un cinco; en Fontanet (25 de Junio 814,) un cuatro del efectivo de los dos bandos que se batieron al arma blanca; en la batalla de Cannas, perecieron 80 mil romanos que formaban el ejército de los cónsules y no hubo proporción, y en las Navas de Tolosa, que hicieron la despedida las armas blancas causando en los cristianos 25 mil muertos de 100 mil que eran; y 100 mil, de 400 mil moros que componían el ejército contrario. ¿Dónde está la razón de lo que parece absurdo?, tal vez en el equilibrio natural; ¿qué es lo que contrarresta la eficacia de las armas? Indiscutiblemente la estrategia y la táctica, para suplir las diferencias del valor táctico que va en sentido inverso á dichas eficacias».

«Efectivamente; mucho era el valor táctico de aquellas tropas que compactas como un solo hombre, marchaban al combate bajo el mando inmediato de sus jefes, y á la lucha de cuerpo á cuerpo; aquellos sinaspismos griegos, con el mismo palpitar de tantos corazones de hombres que á la vez alentaban, que los unos impulsaban á los otros y todos marchaban á vencer ó morir, tenían un valor heróico; no hoy, desde hace siglos esto se hizo imposible; y á medida que los efectos materiales han aumentado, han tenido que evitarse las influencias contrarias sentidas en los psicológicos, contrarrestándolas con las innovaciones graduales también en los órdenes de combate, llegando así á los abiertos que hoy tenemos con todas sus consecuencias, resultando de aquí ese equilibrio que destruye por completo cuanto en contra se diga; pues si demostrado queda con datos y argumentos, también es verdad que en el campo de batalla lo mismo moría el soldado con las armas de ayer, llevando en la retina de sus ojos la imagen del que le dió la muerte, que con las de hoy que no sabrá ni de donde partió la bala que le quitó la existencia».

Detenidamente analizado, permítasenos decir á vista de pájaro el asunto que debatimos, puesto que en la técnica profesional hemos de entrar más adelante, al penetrar solo de intento en la guerra del porvenir ya que De Block, casi nada nos da resuelto; más se imaginan masas enormes de hombres, en llanos inmensos, y apiñadas falanges formando líneas apretadas y casi sin intervalos, disputándose la muerte hasta caer el tercio, la mitad ó toda la gente, formando esas murallas de cadáveres, y más decimos,

que se piensa en esto, que en que esas enormes masas sean movidas con la orden del alto mando, bajo la dirección de un gran Estado Mayor, bajo las previsiones de inteligencias privilegiadas en el vasto conocimiento y el profundo estudio; con los auxiliares de generales buenos, jefes distinguidos y oficiales idóneos, trenes, telégrafos, ferrocarriles, globos, automóviles, palomas mensajeras, heliógrafos, atalayas y cuantos elementos se acumulan hoy en las modernas guerras, recordamos, decimos, en ese porvenir ideal, una de esas muchas batallas en la curiosa y no menos notable obra: *Atlas de batallas célebres y armas de todos tiempos y países*, del capitán de artillería D. Mariano Pérez de Castro, la de Arbela, por ejemplo, 331 años antes de Jesucristo, entre persas mandados por Darío, un millón de infantes, 40.000 caballos, 200 carros falcados y 20 elefantes; y 40.000 macedonios mandados por Alejandro y además 700 caballos en la llanura de Gangamela á 600 estadios de la ciudad de Arbela, en cuya batalla los persas tuvieron 300.000 muertos y mayor número de prisioneros, perdiendo todos los carros y elefantes útiles, y Alejandro tuvo 100 hombres y 1.000 caballos de pérdidas. ¿Puede pasar esto en una batalla del porvenir?; lo dudamos.

Contra las eficacias de las armas, ya lo hemos dicho, órdenes tácticos, altas concepciones estratégicas, mucha movilidad y más conocimiento de la ciencia militar y esos horrores de carnicerías, montes de cadáveres y pueblos hechos cenizas, quedarán reducidos á sus verdaderos términos; si De Block fuera inglés, diríamos que presagiaba las tristes jornadas del Africa del Sur, por tomar de frente las trincheras boers; pero también tiene tristes recuerdos al pensar como caían, sin fruto, en los reductos intomables de Plewna, las compañías y los batallones rusos enteros, y si esto pasaba en 1877 78, con los efectos del fusil Peabody Martini de 11,4 milímetros, casi igual al inglés Henry Martini y al fusil Snyder de 14,7 milímetros; *Les armes portatives actuelles*, obra del general Pototsky, ¿qué sucederá con los nuevos fusiles, incluso el automático, en las guerras del porvenir?; si esas bajas fuesen en progresión creciente á lo que se considera perfección en las armas portátiles, sobre todo en la reducción del calibre, la lógica sería contundente é irrecusable; pero no sucede así, que es lo que estamos probando.

Respecto á lo que la ciencia militar influye en las bajas que la guerra causa, diremos que en Moltke era dogmático este principio: «La batalla defensiva rematada por una ofensiva final, es la forma del combate más rigurosa»; es decir, una estrategia ofensiva para obligar á que el enemigo ataque y cuando se le haya destrozado y hecho perder la fuerza moral, aniquilarlo con una táctica ofensiva; esto último, precisamente, es lo que le faltó á los boers. Tal pensamiento precedió á la campaña de Bohemia en un telegrama á cada jefe de ejército, el segundo mandado por el Príncipe Real y el primero por el Principe Federico Carlos. Moltke les ordenaba que S. M. prescribía la ofensiva de los dos ejércitos en Bohemia y su unión hacia Gitchi; el procedimiento era en todo contrario al de Napoleón, éste más dentro de la ciencia militar, prefería tener su ejército en uno, obrando en las líneas interiores, para caer sobre las fracciones enemigas que en marchas concentricas por las líneas exteriores se arriesgaban á ser derrotadas en detalle; el espíritu moral de sus tropas intacto y las grandes velocidades en las marchas, eran causas muy principales en el secreto de sus victorias; pero Moltke también llegó á conseguir ésta, por más que decía: ¡Dios no nos abandonará!

Aquí parecen invertidos los términos en que Pierron encierra los altos mandos; la fuerza centrífuga, dice que es el general en jefe y la centrípeta el jefe de Estado Mayor general; aquel, todo impetuosidad, arrojo y vehemencia; éste cálculo, razonamiento y restricciones, y decimos esto porque si en 1861 escribía unas instrucciones para los comandantes de cuerpo de ejército, como presagiando la guerra del 66, debidas á sus observaciones sobre la guerra del 59, en 1868 hacía lo mismo en memoria dirigida al Rey, con las enseñanzas de la victoria alcanzada, memoria que fué aprobada y que resultó un documento de gran valor, por comprender en sus instrucciones la táctica, marchas, provisionamiento y combate; el 69 lo decretó á los comandantes de los cuerpos de ejército, quedando hecho el plan para una guerra probable con Francia.

También se vieron en dichas instrucciones aquellas palabras: «Conviene utilizar, desde luego, las ventajas de la defensiva antes de tomar la ofensiva»; pero para cuando esto no fuera posible, recomendaba, al tener que tomar la ofensiva desde luego, que con

ella se entretuviera al enemigo en su frente para envolverlo por uno de sus flancos. Llegó la guerra del 70, y los hechos vinieron á ser de un modo, que tan sabias instrucciones no pudieron practicarse, porque la ofensiva estratégica y táctica fueron un hecho constantemente, y Moltke escribía en 1876: «A mi entender, las modernas armas han dado á la defensiva táctica gran ventaja sobre la ofensiva, y buena prueba de ello es que las victorias que se alcanzan con esta última, tomando en brava pelea las posiciones del enemigo, cuestan muy caras; y cita, entre otras batallas, las bajas tenidas en Woerth: muertos, 106 oficiales y 1.483 de tropa y heridos 383 oficiales y 7.297 soldados; los fusiles en esta guerra fueron Dreysse, de aguja, y Chassepot».

Sobreviene la guerra chino-japonsa, 1894; los chinos tenían un armamento que lo componía, desde las lanzas, hoces y hachas, fusiles de mecha y antecarga, hasta los de retrocarga, sistema Mauser, Henry Martini, Winchester y otros; los japoneses, el Maurata, modelo 1880, de 11 milímetros; hoy tienen el Arisaca. El proyecto general de la campaña, fué el considerar como puntos principales Port-Arthur y Weï-haï-Weï, por ser la llave del golfo de Petchili, terminando en Pekín como objetivo de las parciales operaciones realizadas; y á poco que se estudie esta campaña, se observa cierta semejanza, salvando las naturales reservas, con la de Bohemia, de 1866, pues el ejército chino operaba por las líneas interiores, como el mandado por Benedek, y tuvo las mismas perplejidades, causas esenciales de sus grandes derrotas; y el ejército japonés, operando en las líneas exteriores, observó una estrategia y táctica ofensiva persistente, que le dieron una serie de victorias memorables, llevando la guerra al territorio enemigo, venciendo en los combates de Ping-Yang, Wiju y paso del Ya-lu, más que por las condiciones militares con que lograron dichos éxitos, por la fuerza moral, por el desencanto de la poca resistencia de un pueblo que sumaba 357.250.000 habitantes, cuyo número fabuloso influía en la opinión pública, de tal modo, que no se tenía en cuenta su hetereogéneo, desorganizado, escaso y mal armado ejército, que alcanzaba la cifra, entre reclutas, bandera verde, las fuerzas de Tchili, nueva frontera, Manchuria, reserva de operaciones y milicias mongolia y tibetana, unos 624.320 hombres, casi lo que el Japón, que con sus 46.541.976 habitan-

tes, tenía un ejército de 500 mil, no contando con el ejército territorial.

La guerra la llevaba el Japón de una manera simultánea, por tierra y por mar, pero no en el procedimiento, pues así como el general Oyama se empeñaba con su ejército á fondo, donde quiera que encontraba al enemigo, sin que pudieran aventurarse los elogios de sus cualidades guerreras, en la iniciativa de los que mandaban, había que confiarse para reparar los errores, corregir los órdenes anticuados y adaptarse en un todo á las circunstancias; y mientras tal ocurría en tierra, decimos, en el mar se contentaba el almirante Ito con hacer desfilar su escuadra por delante de los cañones de los fuertes enemigos, pensando que, sin sacrificar sus barcos, conseguiría lo mismo con un poco de paciencia, criterio éste, que sustentó *La Revue Militaire de l'Etranger* de 1895, y con el que estamos conformes. En esta guerra, como en las anteriores, puede observarse que las bajas dependieron, no sólo de las eficacias de las armas, sino de la organización de los ejércitos, las concepciones estratégicas, los órdenes tácticos y la ciencia de la guerra, en una palabra.

Pero vamos á ir más lejos sobre el particular de las armas; Guébler da una fórmula empírica en la que representando el valor balístico del fusil por x; por p, el peso del cartucho en gramos; B, el espacio batido en metros para blancos de 1,80 metros, y á la distancia de 800 metros; R, el radio del círculo que contiene el 50 por 100 de los impactos á 800 metros; D, la penetración en centímetros en madera de abeto á 800 metros; L, el esfuerzo del retroceso en kilográmetros; P, peso del fusil en kilográmetros; S, la derivación del proyectil en metros, por un viento medio á 800 metros, y X, igual á 7.374; dando dicha fórmula representada por

$$x = \frac{7{\cdot}374}{P} \sqrt{\frac{B}{R_2}} \sqrt[4]{\frac{D}{L\,P\,S}};$$

las cifras siguientes: para el fusil Mauser de 11 milímetros, 100; para el Lebel de 8, 433; para el alemán de 8, 474; para el ruso de 7,6, 512, y para el fusil proyectado en el año 1893 de 5 milí-

metros 1.429. En nuestra obra de 1894 hemos dicho que en el fusil han de limitarse las condiciones de calibre como otras, para que éstas no vivan á costa de aquéllas y recíprocamente; además, el valor balístico de las armas ha de reducirse en un 10 por 100 para obtener el valor práctico, según Martínez y Aloy, que ha traducido y ampliado la obra de Pototsky, en lo que estamos conformes, concluyendo por decir que de las fórmulas y cálculos, á lo que la práctica nos enseña hay un abismo, citando en apoyo de nuestro criterio lo que La Llave expone en su *Balística abreviada*» Afortunadamente, la perfección que en la actualidad alcanzan los aparatos balísticos y la seguridad que esto produce en las observaciones, ha hecho entrar á esta ciencia por el camino experimental, por el que ha progresado rápidamente y que es el único que ha de conducir á la perfección», y esto lo dice á propósito de las fórmulas, hijas del problema analítico de mecánica pura, aplicando los artificios más complicados del cálculo infinitesimal. Pototsky rechaza la fórmula á su vez y argumenta para ello muy acertadamente, y nosotros diremos, entre otras cosas, que se citan casos en la guerra chino-japonesa, de seguir algunos heridos corriendo largo trecho, según el sitio donde habían recibido la herida.

No con los fusiles de 3 milímetros, 3,5 y 5, con los de 7, no existen seguridades, si los proyectiles podrán detener á los caballos en una carga, á no ser que el número de balas supla las energías de sus choques; las condidiones balísticas, repetimos, tienen un límite, que traspasado en vez de perfección, acusan defecto; el poco peso afecta á la resistencia, el pequeño calibre á la eficacia de efectos, los muchos disparos al gasto excesivo de municiones, de tan difícil reposición, el demasiado alcance á la puntería, y todo, por último, bajo la presión de un factor esencialísimo, la serenidad de espíritu. De Block, por lo tanto, pretende fundar una escuela, la de que se va á la paz por el terror, que la perfección de las armas ha de influir en la guerra, pues sus efectos han de ser incalculables, sin pensar que estas perfecciones en las armas, que estas conquistas de la mecánica y de la química, dan orígen á otra escuela, que vamos á tratar ligeramente, para no omitir medio de rebatir que la paz no puede nunca ser un hecho consumado.

II

Sabido es que en la guerra existen para muchos dos verdades aceptadas: la superioridad de la máquina al hombre y de la ciencia al valor, y estas verdades, al serlo, y sobre todo la segunda, han de abrirse paso hasta en aquellos espíritus que resulten más negativos á la evidencia, y dejando á un lado lo que á las cuestiones psicológicas se refiere, vamos á tratar de la máquina, factor cada día más esencialísimo en las guerras del porvenir, escogiendo para ello, por creerlo acertado, las conferencias dadas en el Ateneo sobre la *Ciencia Militar*, por el coronel Marvá, publicadas por la *Revista Técnica de Infantería y Caballería*, sintiendo que el crítico de ellas se oculte bajo el seudónimo de Florencio, pues hace un trabajo notabilísimo, y damos un voto de gracias á Ibañez Marín, director de dicha revista, porque al publicar lo que la modestia de Marvá no hubiera hecho imperecedero, presta al ejército y á la humanidad un servicio más, sobre los muchos que viene ofreciendo, con su clara inteligencia y relevantes condiciones. Empieza así el juicio crítico. «El Ateneo de Madrid, con mejor acuerdo que el de aquella ilustre academia que negó al Emperador de los franceses el establecimiento de una sala militar, á pretexto de que tal ciencia no existía. (*Napoleón III y la Academia de Ciencias*, folleto de Villamartín en 1864), ha decidido incluir en el cuadro de estudios superiores un curso de dicha ciencia, y llamar al desempeño de su cátedra al jefe de ingenieros, que por sus escritos, su honda labor científica y sus largas consagraciones á la enseñanza, simboliza hoy en el ejército la gloriosa tradición de los Zarco, los Ibañez y los Arroquia, el sabio coronel D. José Marvá.

Con la satisfacción propia que impone el compañerismo del colegio militar, que engendra cariños á extinguir con la vida, hemos de hacer la contragestión de esa modestia excesiva de Marvá, para que dando á la luz sus obras, se estimen al difundirlas, con cuanta justicia merecen; permitiéndonos agregar otro nombre á

los citados, el del general D. José G. Arteche, obrero infatigable de la ciencia para su Patria, al que ni los años le hacen declinar en tan gloriosa tarea. Señuelo tentador, llama Florencio para cuantos siguen el movimiento intelectnal de nuestra Patria y de nuestro ejército, al curso que comenzó Marvá el 8 de Marzo de 1901, y tiene razón por tener tal origen; Marvá se apartó de la ética, de la filosofía, de Folard, y se fué con su clarividencia á las cosas, dejando los hombres, no invocando los tan repetidos nombres de Vejecio, Polivio, Bulow y Clausewitz, el Archiduque Carlos, el Marqués de Santa Cruz, Hobbes y Villamartín, y enderezó con cuestiones actualistas demostrando la ciencia militar, como Diógenes hizo con el movimiento y presentó escueto, sin formas decorativas, porque para nada era necesario, el Dios-Máquina, como síntesis asombrosa que caracteriza los tiempos presentes, é hizo ver como el choque de las masas combatientes, no es otra cosa que un vasto y complejísimo problema de mecánica aplicada, resuelto en el silencio de la paz por la incontrarrestable asociación del cálculo y de la industria.

Mostró las nuevas tendencias á un tiempo reductivas y enormemente multiplicadoras que invaden las arterias del cuerpo social, haciendo que la fuerza emigre del músculo, para multiplicarse el motor inanimado; que reduzca la tarea del obrero, para crecer y especializarse en la gama inmensa de la división del trabajo; que se acorten las distancias á medida que se extienden los caminos; que baje el valor del producto y se reduplique el consumo; que se desmembren las grandes fortunas, que amasara el privilegio con la miseria, y que aumente la riqueza total por los beneficios de la mayor circulación; que los libros pierdan en volumen lo que ganen en movimiento, y estos y otros cambios profundísimos que se observan en la vida de los pueblos, según el sabio maestro, abrirán el paso á la gran evolución de la humanidad, que del estado salvaje de la edad sombría, después de la sociedad embrionaria de la familia, la tribu y la ciudad, se impone la vida de la nación y la vida de los continentes, como aurora expléndida de la gran vida del planeta, arribo feliz de la confraternidad universal.

Bien quisiéramos seguir paso á paso lo que es verdaderate fuente de enseñanzas tantas como novísima forma y sorpren-

dentes conocimientos, pero hemos de concretarnos al asunto que nos guía; dejando para otros de mayores competencias desglosar lo que es indudablemente motivo para una obra de indiscutible mérito. Florencio, en apoyo del maestro, dice: que indudablemente el rasgo típico de la época es la redención del trabajo muscular por el trabajo intelectual, la hiperdinamia en biología por el artefacto en la mecánica, la absorción del Arte por la Ciencia, la síntesis, la brevedad, la línea recta. Criterio que justifica que el folleto siga al libro, la frase al discurso, el específico á la receta, la película cinematográfica á la placa instantánea, el mecanógrafo á la pluma de acero, á la impresora de retiración, la rotativa de gran velocidad; por la torpeza del flujo eléctrico, pedimos á la onda hertziana la increible solución de pasmosos problemas; tras del dominio de la Tierra se aspira al del Cielo, y como nada nos basta, después de oir la voz de nuestros antípodas, soñamos con la comunicación interplanetaria, y de exigencia en exigencia queremos que se nos dé todo hecho, los retratos al minuto, los viajes casi sin tiempo, los trajes en el acto, la ópera á domicilio, el vehículo á la mano y pedimos á la síntesis química, el plato sazonado de nuestra mesa: ¿y qué misteriosa taumaturgia, pregunta, opera ese raudo avance de progreso? ¡La máquina!

«Entonces alabanzas á la máquina, porque ella nos enseñorea del mundo, pero resignémonos también á ser dominados por ese monstruo informe, cuyas múltiples antenas penetra en nuestros hogares para hacer la luz, se extiende por el suelo para darnos movimiento, rastrea los campos para traernos vida animal, y surca los aires y las aguas para darnos vida de relación. Sus férreos tentáculos aprisionan la Tierra, su cuerpo es motor, su cabeza es industria, su espíritu la ciencia.»

¿Qué hemos de decir nosotros, que dentro de nuestras limitadas fuerzas, sustentamos en este estudio y en distintas ocasiones, aunque en otras formas, idéntico criterio y completa orientación de juicios? Marvá dice que el axioma de que «el hombre es el primer elemento del combate», ha caido en defecto; la ciencia militar ha cambiado el nominativo de ese apotegma, sustituyéndolo por «máquina»; todo es inútil en la guerra del porvenir, si cuanto puede tener de bueno un ejército no se concreciona y substancia en el instrumento de daño y defensa, en la máquina. ¡¡Nadie, excla-

ma el sabio maestro, ha podido apreciar más que nosotros, esta verdad, con las recientes mutilaciones de la Patria; no fué el soldado yankee el que venció al español en aciagas jornadas; fué la superioridad abrumadora del artefacto!! ¿Cómo dominar con los dientes y las uñas una furiosa tempestad de proyectiles? ¿Y qué podían hacer nuestros hermanos, sino maldecir su impotencia, arrojar su espada de caña, cruzar los brazos y sufrir la bárbara agonía de querer evitar lo inevitable?

En la guerra se reflejan las mismas tendencias de multiplicación y economía, de síntesis y utilidad que conmueven el cuerpo social: el contagio no se concreta al elemento civil, sino que se extiende al militar, tras de los siglos de la caballería, el cartel de desafío y el juicio de Dios; la ciencia más práctica, con mayores realismos, persigue un cañón mejor que una bandera, y sus grasas lubrificantes, no permite que se pase la revista de armas, pasando por ellas el blanco guante de cabritilla; la evolución pasmosa en los perfeccionamientos de las armas, de lo que hemos tratado, fué objeto del disertante, y entre otras cosas, hace historia de las transformaciones que han sufrido, pero muy sucintamente, período brillantísimo que termina diciendo: «Pero nótese los términos de la serie ascendente para reducir la ley de continuidad matemática que las rige: quisimos acrecentar la fuerza y vino el ariete; quisimos alargar su brazo y vino la catapulta; quisimos condensarla y llegó la pólvora; quisimos dirigirla y tuvimos el cañón, la mira y el alza. Tendiendo siempre á restar la intervención del hombre, tras de la mecha, quisimos la llave de chispa; tras de la cebetera, el pistón; luego pedimos hecho el cartucho-bala; después la carga de un tiempo, la carga múltiple, y hoy casi hemos suprimido la carga, la puntería, el disparo y hacemos que la explosión se produzca con independencia del soldado, en el tiempo y lugar que la espoleta determine; en siglos pasados hacíamos guerras de cien años, ayer se terminaba una campaña de cuatro días, hoy queremos vencer en el acto, suprimir el tiempo, suprimir el combatiente, y no pudiendo suprimir la guerra, pedimos al físico, al químico y al mecánico, que la hagan ellos trenzando el laurel en sus talleres y poniendo en nuestra mano la victoria».

Esta conclusión no es una figura retórica, ni siquiera un sueño, sin arrimos de verosimilitud; es ya una esperanza fundada

en la Telautomatia, en la posibilidad de las acciones á distancia. El sabio maestro, dice Florencio, discurriendo acerca de las guerras del porvenir, seguía las etapas de la evolución y demostraba la posibilidad de sustituir al hombre por el autómata en las contiendas humanas. A este propósito presenta el cuadro de una batalla futura, según las profecías de Tesla; el hombre no forma en la línea de combate; en su lugar aparecen robustos escuadrones de atléticos autómatas, dotados con órganos de movimiento, agresión y protección; á lo lejos, los hombres, centros cerebrales del ejército, les transmiten su voluntad manejando pequeños misteriosos vibradores, y presencian el espectáculo con ansiedad, pero friamente, sin ira, sin cólera, como el ensayador que sigue el proceso de una combustión esperando el momento de decir: ¡ahora!

¿Serán quimeras absurdas? Tal vez; pero las conciben esos espíritus clarividentes que se llaman Tesla, Edison, Crookes, Berthelot, esos brujos de la nueva magia empeñados en desacreditar la palabra imposible; la utopia de hoy suele ser verdad mañana, siendo las conquistas realizadas no más que los primeros albores de un día espléndido. Las acciones á distancia, dice Marvá, han salido del gabinete y entrado por derecho propio en el terreno de la práctica. A través del éter tiene lugar un continuo trabajo de transporte atómico, y ese medio, más ó menos fluído, es el vehículo de que la naturaleza se vale para conducir energía. El imán obra á distancia sobre un cuerpo; un foco luminoso alumbra desde lugar apartado; el sonido repercute á lo lejos; la incidencia de un rayo modifica el estado eléctrico del selenio, y ninguno de estos fenómenos exige conductor artificial entre los cuerpos actuantes.

Esto ha hecho pensar que no se han apurado todos los medios de dirigir los fenómenos eléctricos, y que la falta estriba en no haberse analizado debidamente la relación entre aquellos fenómenos y las propiedades receptivas que pueden exteriorizarlos. El imán no ejerce acción sobre un cuerpo diamagnético; el foco no irradia luz para los cuerpos indotado de retina; el sonido no existe más que para las membranas capaces de sentirlo, y del mismo modo la electricidad necesita una forma ó substancia simpática ó sensible á sus efectos. Tales ideas, que parecen ser el punto de partida de nuevas y asombrosas aplicaciones dinámicas, han con-

ducido á imaginar más amplios medios de comunicación, á favor de ondas eléctricas ó magnéticas, excitadas por órganos transmisores y recogidas por receptores apropiados.

La guerra, añade el conferenciante, tras de períodos brillantísimos sobre la ciencia física, tendrá un aspecto prosáico y grosero en el porvenir. El romanticismo del arte militar va perdiendo su vistoso plumaje; los ejércitos que viven del recuerdo de sus hazañas protestan de esa desenfrenada irrupción materialista, como los antiguos caballeros protestaban de la invención de la pólvora. Es triste cosa que la grasienta blusa de Stepheson ose reemplazar la brillante cota de Godofredo, y mucho más triste que la ciencia esté refrendando á los héroes su licencia absoluta. Pero ello ha de ser, y la protesta es inútil.

III

El curso es extenso; abarca cuantos problemas sociales agitan hoy á los espíritus que procuran, no sólo la defensa de su Patria, sino que evidencia los móviles y manera que han determinado la talasocracia de Inglaterra y otras naciones, siendo de lamentar, repetimos, no podernos extender, como quisiéramos en lo que es de tan capital interés; hemos tomado lo esencial á nuestro objeto, ya que la fortuna nos deparó una escuela que nace enfrente de la de De Block, pues si éste dice que la ciencia por la guerra nos llevará á la destrución de la humanidad, Marvá, Tesla y otros hombres eminentes nos muestran que la ciencia puede hacer de la guerra una lucha de autómatas, más ó menos hábilmente manejados, y el contraste no puede ser más remarcable. El civilismo que quiere ir á la paz por el terror, apocando el espíritu, esparciendo por donde quiera que llegan sus doctrinas un pánico terrible, no levanta escuela, imita la de Isócrates, la de aquel desdichado retórico que abrió en Queronea la tumba de su Patria. A la paz se podrá ir por el convencimiento, por el amor, pero nunca por el error manifiesto; entre las dos escuelas que viven, se agitan y combaten; entre la una, fácil de demostrar que es

vano empeño, y la otra, que puede ser una esperanza, la elección no es dudosa; y tendríamos, que sin dejar de existir la guerra, desaparecerían esos horrores de mortandad y devastación; el Alto Tribunal internacional lo formarían los directores de la contienda bajo el aspecto técnico científico, y la ciencia de la guerra resolvería lo que De Block reserva al tribunal que defiende, el que había de fundar sus decisiones en el derecho internacional, ó tal vez en componendas más ó menos justificadas, según el árbitro que en gestión oculta encauzara las soluciones en su exclusivo provecho. Pero De Block, ni aun con los terrores que pinta y los cataclismos que presagia, llega á Mauvillon, cuando dice: «El que inventara un medio seguro de destruir todo un ejército ó toda una provincia, prestaría el servicio más grande á la humanidad, porque las guerras habrían concluído».

Pero ni en semejante caso estamos conformes, por más que en apoyo de este criterio parezca resultar el premio de la paz de de Nobel, después de ser inventor de la dinamita. La guerra es el antiséptico que la ley natural opone al céptico de la molicie y el vicio, que son hijos de la improducción intelectual y física; en el vehículo del progreso, cuando la razón acaba por lo estéril de su lógica en el espíritu, toma plaza la guerra, y como potencial realista, fustiga al cuerpo, lo quebranta y le quita la vida inclusive, para que los pueblos que se estacionan ó retroceden ante estos procedimientos, marchen aún sobre su propia sangre, ya que es el único camino de salvación: esta es la guerra. En ella estamos tan distantes de Tesla como de De Block; aquél, bordea el lago de helada superficie, extremando la curva por exageraciones del peligro para llegar á la opuesta orilla; éste, sin pretenderlo, ciega ante los riesgos casi ciertos y busca el punto opuesto por la línea recta, no considerando que la aparente resistencia de la congelada superficie puede no ser bastante y trocar lo que resulta seguro paso en un abismo, que entre los chasquidos que se sientan y el fondo que no se encuentre dé muerte cierta. No de otro modo resulta la guerra á los pueblos que van á ella, desorganizados, anémicos y mal armados, ó que pretenden improvisar cuanto para la guerra se necesita.

La guerra es ciencia, y á la ciencia se le impone terreno firme; en él adelantará paso á paso, y nosotros nos permitiremos

ampliar el pensamiento de Marvá, que funda en apotegma cambiando el sustantivo hombre por máquina; el axioma que cita de que el hombre es el primer elemento de combate, recordando que en el axioma los elementos del combate son «el hombre, las armas y el terreno»; las pretericiones que afectan al orden pueden hacerlo á la categoría, pues nuestro eminente Arroquia, sin ir más lejos, titula su obra tan célebre, *El Terreno, los Hombres y las Armas*, es decir, que el terreno lo coloca en primer lugar, y las armas en el último, resultando, por lo dicho, que pudiéramos sustituir la palabra armas por la de máquina, ya que máquina es hoy el fusil, el cañón, el automóvil, y por extensión otros elementos de ataque y defensa; el hombre idea la máquina, la hace y la utiliza, conquistando los secretos á las ciencias positivas, pero en máxima, apliación, manejo y rendimiento, ha de elevarse más alto que se encuentra el yunque en el que se machaca, el horno en el que se funde, el gabinete en donde se calcula y la fábrica de donde salen las producciones en sus múltiples formas; el hombre ha de llegar á donde señalaba Villamartín: al grupo nebuloso, al oscuro fondo del saber humano, allí donde se amasan las ciencias naturales con las morales y políticas, á lo que más se destaca, á aquello, cuyo contorno aparente es más distinto á la ciencia militar; y esta es la verdad más pura en el concepto lato de la frase, ya que con las otras está relacionada; y si el hombre, como ejecutor es un elemento, como director ha de alcanzar la preexeltitud, puesto que es el todo.

Estamos en la concluyente de tan árduo problema, según nuestra modesta opinión; la paz del presente y del porvenir no es la escuela de De Block ni de Tesla, sino las alianzas; éstas serán siempre la manifestación viva del equilibrio de fuerzas, y las naciones que entren en ellas se respetarán mientras no tengan seguro éxito; y aquellas otras que no tengan resoluciones y energías para comprender sus intereses y se queden aisladas, sufrirán la suerte desdichada que la historia ha mostrado hasta la evidencia.

Hay que pensar, por lo tanto, en la guerra, y estar preparados para ella, llevando al concurso de las alianzas un valor real, buenos ejércitos y armadas para ser en ellas admitidos; pensar en otras cosas, es apartarse de los hechos reales; ayer, se decía que

la pluma y la espada estaban en eterna lucha; eran dos elementos del Estado que pretendían la preponderancia del uno sobre el otro; sabemos cómo nuestro Cervantes trataba tan árduo asunto; hoy, se llaman civilistas y militaristas los dos partidos inmensos que procuran imponer su credo; vemos, pues, que el sistema no ha cambiado más que en el nombre, pudiendo recordarse sobre el particular lo ocurrido en el tiempo de Guillermo III, y los servicios que prestó Somers á la causa militar, para ver también este criterio confirmado, sólo que de entonces acá se ha evidenciado más, se ha reconocido un principio: «Que si la guerra es inevitable, se ha de estar preparado para ir á ella con ejércitos y escuadras que tengan como fuerzas vivas, que son de los Estados, los mayores elementos y las mejores condiciones de la ciencia y de la técnica profesional».

Los ejércitos han de tener, por lo tanto, los más numerosos contingentes; sus filas se han de nutrir sin privilegios de clase ni condición de estatura; sus hombres, educados en el más alto concepto de la Patria é instruídos con relación á la posición que tengan; la organización de las tropas ha de seguir á una institución sabia y bien entendida. Las guerras pasadas, la historia y las grandes maniobras darán aquellas enseñanzas que buscan los perfeccionamientos en la estrategia y en los proyectos tácticos más adecuados, para ver de encontrar un método de combate con las mayores garantías de cuanto se persigue; el mayor general italiano E. Degiorgis, el coronel francés Henrich y el comandante Burguete, entre otros, se ocupan de este importante problema de contrarrestar las eficacias de las modernas armas por la táctica, hallándose así los naturales perfeccionamientos, mientras que las discusiones de la prensa profesional buscan la luz por otro camino. *La Revue du Cercle Militaire*, de 29 de Abril de 1901, por ejemplo, pondera las eficacias de los fusiles Mauser de siete milímetros que usaban los boers en la guerra del Sur de Africa, y un artículo en la *Umschao*, demuestra todo lo contrario, por los efectos de las armas de reducido calibre en los recientes acontecimientos en China, en los que intervinieron ciertas potencias. En dicho artículo, según opinión de un médico de la armada alemana, los heridos se curan fácilmente cuando no se les ha interesado órganos vitales, como el corazón, el cerebro ó el vientre, por lo que

comprende que algunos soldados recibieran varias heridas de bala sin sufrir grandes consecuencias.

Entre esta opinión y la primera dada por un oficial francés, aunque no tuviéramos nosotros el último de los dos criterios, nos inclinaría la razón á lo que dice el médico alemán, que prueba en las últimas prácticas de la guerra, lo mismo que veníamos sustentando en muchas ocasiones respecto á las fuerzas vivas de la nación. La evolución va de una manera simultánea con dichas fuerzas y las pasivas; las unas van dirigidas por la ciencia militar, propiamente dicho, las otras por una rama de ella, por la poliorcética, que Marvá la llama de *Omni re scibili*, compendio de todas las ramas de la oplismática.

En el conjunto armónico de los ejércitos de hoy, cada elemento tiene su misión especial que cumplir; la locomotora y el automóvil son órganos de movimiento; el aereostato, el proyector eléctrico, sistema Maxin, por ejemplo, las bombas luminosas, los cohetes, etc., organismos visuales; la boca de fuego, la zapa y los explosivos, como medios de ataque y defensa; el teléfono, el telégrafo y la bicicleta, como unión ó contactos de inteligencia, y la sanidad y la administración, como medios de conservación y sostenimiento.

La poliorcética ha de oponer medios eficaces de ataque, á los que existen de defensa, como trincheras abrigo, fuertes destacados, campos atrincherados y plazas fuertes, que requieren más tiempo que el que se pretende emplear en la toma ó rendición cuando no se consigue con las combinaciones estratégicas, y se ha de intentar lograrlo con embestidas, sitios ó bloqueos; entonces podrá suceder que el *Elephanti turriri figura* y el *Quadrigæ falcatæ Perficæ* que Vegecio nos pinta, el último lleno de guerreros armados con ballestas y lanzas, y con vidente en la lanza del carro, tirado por cuatro caballos, y con hoces tremendas en los aros y cubos de las ruedas, que entre las filas enemigas segaban hombres, cual si fueran sus cabezas las granadas espigas de los campos; entonces podrá suceder, decimos, que estos elementos de guerra vengan á parar, no en el automóvil de hoy como vehículo de transporte de hombres y provisiones, sino en gigantesca máquina que atraviese los campos con férrea cubierta protectora de sus formidables cañones y de las tropas que vomitará sus

entrañas en momentos dados, para que recojan los pocos despojos útiles que queden, después de sus terribles funciones de destrucción y de muerte. Es más, que lleguemos al torpedero aéreo del sueco T. Unge, que casi nos recuerda al torpiro Daza; á la máquina voladora de Maxin perfeccionada, á la aérea de De Block que en su obra nos presenta artillada y en ocasión de aniquilar un ejército, rodeada de globos y teniendo lugar una verdadera batalla sobre la superficie del globo, todo lo admitimos, porque nada anulará la guerra.

Y si esto puede ocurrir en la tierra, en el mar tal vez llegue á verse sustituído el *Nauale propugnaculum cum turri* (Naval fortificación con torre), que también Vegecio nos muestra en su *De Re militari*, como el gigante de los mares en remotos tiempos, unirreme, sin más motor que el de los músculos de multitud de infelices que habían de mover enormes remos bajo su inmensa cubierta, sobre la cual se levantaban dos enormes torres almenadas, y pululaban por todas partes gente de armas dispuesta al abordaje, como única forma de combatir; fortaleza flotante, modelo de su primitiva forma, que fué reemplazado por otros y otros y que andando el tiempo se ha de ver, decimos, sustituído por el gran acorazado de escuadra, tipo único, con velocidad, artillado, radio de acción, cintura metálica y con todo aquello que se aspira verlo traducido en realidades; del mismo modo que de los remos se vino á la vela, á las paletas fijas, á las articuladas, á la hélice, á la máquina Compound, con una economía de un 50 por 100 que se traduce en doble radio de acción; á la invención del tiro forzado, que aunque resulte una ganancia de 3.000 caballos de fuerza, no está exento de graves inconvenientes, tiro sustituído más tarde por el inducido; á las calderas acuatubulares; á la incombustibilidad de la cubierta alta, cubriéndolas de corck capet (mezcla de corcho y linaza comprimidos á elevadas presiones); á los mamparos de planchas de hierro onduladas y galvanizadas; á falta de aluminio, y otras mil perfecciones que sería prolijo enumerar.

Para todo esto último no ha sido mucho el tiempo y menor la impresión causada, así es que no sería de estrañar que, en no lejano plazo, apareciera este buque, causando verdadero asombro, con las condiciones dichas, motores eléctricos, el aluminio aplica-

do, los submarinos perfectos y otras conquistas, que hoy no sería facil ni imaginar siquiera.

Todo será posible, repetimos, el automóvil gigante, el acorazado demonolatra, la guerra cruenta en el espacio, en el suelo del planeta y en la superficie y el fondo de los mares; ¿qué podrá extrañarnos, cuando los desbordamientos del éter, de ese fluído imponderable, nos trae cada día una buena nueva? Echegaray nos describe el enorme coche eléctrico de 22 metros de longitud, ensayado en el ferrocarril de Berlín á Zossen, por la sociedad de Berlín *Allgemeine Elekcitats Gessellschaft* (según el *Mundo Científico*, de Barcelona), experiencias en las que se han obtenido velocidades de más de 200 kilómetros por hora, aspirando los ingenieros llegar á la velocidad inconcebible de 400 kilómetros.

El sistema, dice nuestro sabio ingeniero, es el conocido: producción eléctrica en una fábrica, transporte á lo largo de la vía por unos hilos, tomado por diversos troles y dinamos que hacen girar á las ruedas con una velocidad periférica de 56 metros por segundo. El coche se apoya sobre dos trucks que pesan 30 toneladas, provisto cada uno de seis ruedas con un diámetro de un metro 25 centímetros. Los dos extremos de cada truck llevan unos motores independientes de 750 caballos de vapor. El voltaje que hasta ahora se ha empleado ha sido nada menos que de 12.000 voltios, pero el definitivo será de 40 á 50 mil.

El nuevo monstruo tendrá seis troles que correrán por tres hilos; esto asusta, espanta; pero es menester hacerse á la idea que en el siglo XX á medida que el mundo se va haciendo más grande por el triunfo de la ciencia, el mundo terráqueo se va haciendo más pequeño y el tiempo y el espacio tienden á borrarse. La empresa es seria y cuenta con el apoyo del Emperador y del gobierno.

De 400 á 500 voltios, que nos hacen vivir intranquilos á 50 mil, será convertir la existencia en no llevadera, según la fuerza de la lógica: pero á esto, dice Echegaray, que lejos de obedecer á un capricho ó aun alarde peligroso é inútil, hace posible la industria de la tracción eléctrica á grandes distancias; pues sin salirse de la ley industrial, que es la baratura para poder pagar al obrero y al capital, se consigue igual, si la energía eléctrica, pasando por los mismos hilos, dejando iguales amperios en el fluído y aumen-

tando la cantidad equivalente en el otro factor los voltios, nos da resuelto el problema, toda vez que dicha energía eléctrica es el producto de la cantidad de fluído, los amperios y de los voltios, ó sea la energía electromotriz, que puede aumentarse sin consecuencias, y no la de los amperios, puesto que representaría fundirse los cables al no darles más sección y de hacer esto sería á costa del precio, que la industria no permite.

El átomo, la fuerza, el éter, Fresnel con la luz, Cauchi complementando el pensamiento con el estudio de las vibraciones, Mayer llegando más allá con el calor, la fórmula $O = +I - I$, la hipótesis monista de la electricidad, son otros tantos inmensos telescopios que nos hacen penetrar en los arcanos de ese etéreo elemento que inunda los espacios siderales. ¿Qué nos puede sorprender, por lo tanto, estas conquistas, que las plazas fuertes lleguen á correr y á flotar, que las guerras sean de autómatas y otros mayores prodigios que hoy no pasan de suposiciones más ó menos gratuitas, si la ciencia nos dice, á París irás, en lo que tardas en ir á Aranjuez, y la vuelta al mundo, de 56 días que tardabas, de 33 que llegarás á conseguirlo cuando el ferrocarril transiberiano sea un hecho, la podrás dar en 4,16 días? Y tal sería, en efecto, si estas velocidades se consiguieran en el Atlántico y se salvaran con puentes ó túneles, el Estrecho de Behring, ríos, montañas y demás accidentes, caso de ganar en velocidad lo que se perdiera en el mínimo recorrido de 39.978,48 kilómetros $= 2 \times 3{,}141159 \times 6366$ (radio terrestre) $= 2 \pi R$. que resulta el ecuador.

Pero contentémonos por hoy, que no es poco, con la primera suposición en la velocidad obtenida, que, aun con ella, las industrias quitaran á la locomotora el gallardo penacho, el monstruo de la velocidad más parecerá hijo de la magia prodigiosa que de la ciencia, al recorrer, callado como la muerte, inmensas distancias casi como el pensamiento, y las generaciones futuras, tal vez nosotros, al vernos en el fin cuando creíamos empezar, exclamaremos: ¿será posible? Llegará la ciencia más allá, donde el presente ni con mucho alcanza, porque si el siglo XIX conquistó tanto, sólo Dios podrá saber lo que al XX le estará reservado; los comienzos no le pueden ser más favorables; el progreso hará que las producciones industriales también para la guerra, á la par que

amenazan la vida, la garanticen, y que las ciencias no positivas complementen lo que éstas hagan á más de la inspiración, y resultará que cuanto hemos dicho en contra de la guerra, no podrá ser nunca su negación ni afirmación para la conveniencia del desarme general ni para demostrar las bondades en las fuerzas armadas de milicias voluntarias y menos mercenarias.

Todo esto y más que pudieran alcanzar los idealismos rayanos en la locura, convergería siempre á un solo fin, al de los ejércitos permanentes, á la nación armada, que es el estado perfecto, que todo lo garantiza para la Patria; el Ejército nos dará, como en otras edades, beneficios inagotables y glorias inmarcesibles. Roma murió por el civilismo; su historia era tan civil en su decadencia, que la voz enemigo *(hostis)* vino á significar hueste, ejército, y con tal acepción la tenemos hoy; lo que quiere decir que odiaba al ejército, aunque no con el grado que la Inglaterra y la misma China de nuestros días. El pueblo romano empezó por ser guerrero, como todos los pueblos, y acabó por ser pacífico, porque la profesión militar, que fué el privilegio de las clases altas, como entre los lacedemonios, acabó por ser la ocupación de las más bajas, y las consecuencias de este cambio, en lo que tan preferente era, tenían que tocarse irremisiblemente.

La moderna Roma, Inglaterra, lleva, como hemos demostrado, la misma marcha en su evolución político-militar: aquella caballeresca y batalladora Inglaterra de Corazón de León y de Guillermo III, la vemos hoy con un Ejército que se llama real, y que tiene de real tanto como la nación misma, y que no sabe vivir más que en ese medio ambiente determinado por la esclavitud que les sujeta á sindicatos mercantiles que están ligados á ciegos predominios por el oro.

Ni Guillermo III, ni Somers, ni otro hombre eminente de esa nación, fueron capaces de dominar aquel civilismo cruel é intransigente, que ahora existe de igual forma; todo ha sido inútil; lo que les ocurre es accidente de este desgraciado proceso, que á la menor complicación puede quebrantar el gran Imperio. ¡No en balde se gastan enormes cantidades de sangre y dinero sin esperanza de resultado práctico!

Nuestros hombres civiles han de tenerlo presente, como tambien lo hecho por Stein, Cavour y Bismarck; éste, en su llamado

cuarto triunfo parlamentario, después de considerar la primavera de la vida de la nación á la época del 70, decía en el Parlamento: «El espíritu de partido nos avasalla y vence, y es el que con su voz de Loti induce á Hodur, el elector primitivo, que no puede medir la trascendencia de los sucesos, á que dé el golpe de gracia á la Patria. A éste es al que acuso ante Dios y la historia si por él se destruye la magnífica obra de nuestra nación en 1866 y de 1870 y se pierde con la pluma lo que ha ganado la espada». Hann, *Historia del Príncipe de Bismarck*. «El Príncipe, como se ve, no acudía á la moderna fórmula de civilistas y militaristas, sino á la antigua; pero decía claramente que Alemania lo debía todo al Ejército; y nuestros hombres civiles, repetimos, deben no olvidar además, que nuestra España no fué grande hasta que aquellos Señores feudales, órdenes militares, magnates y grandes del Reino, á quienes el Rey concedía las insignias de Pendón y Caldera, depusieron sus privilegios, al encontrar ante las fuerzas por ellos reclutadas, las Guardias Viejas de Castilla, organizadas en 1493 por los Reyes Católicos, que fueron el primer Ejército permanente de nuestra Patria, puesto que percibieron por primera vez sueldo por el Erario público.

Fernando el Católico tuvo esa gloria más sobre las muchas que supo conquistar, y al evocar su recuerdo en estos momentos, es porque, sólo imitando al que fué una de las más grandes figuras de la humanidad, podremos llegar á resurgir prepotentes, siguiendo el camino que nos dejó trazado, que no es otro sobre el que marchan pueblos como el alemán, que es el que más admiramos.

TERCERA PARTE

LA MILICIA

LA MILICIA

La guerra y el arte militar.

I

Algunos tiene opinion (muy magnifico señor) que no ay cosas que menor conuenecia tengan la una con la otra: que la vida militar con la ciuil o ciudadana: y conosce se dellos esta opinion: en que si alguno se determina al exercicio de la guerra, no solamente, muda el habito mas las palabras y boz y aparencias: y tambien en las costumbres y modos se difforma del uso de todos los hombres ciudadanos, queriendo demostrar que en solo su habito, y uso mas que en la buena orden consisten las militares victorias, y ferocidad de animo, y que los otros son pusilanimes y afeminados: y el habito y costumbre dellos no fauorable a su opinion, creyendo con las blasphemias, y arogancia hazer que los otros teman. Y esto en estos tiempos haze ue algunos tengan ta opinion. Mas si se considerasen las antiguas ordenes, no se hallarian dos cosas mas conformes ni mas unidas, y que de necesidad tanto a la una amase

a la otra, como estas dos: porque todo lo que se ordena en un reyno, o republica para el bien comun: y todas las ordenanças que se hasen en ellos para el temor de Dios y obediencia de las leyes, serian ordenadas en vano si no se ordenase la manera de defenderlas: y si las defensas de estas leyes son bienordenadas, sostienen los reynos y republicas a un que no sean bien ordenados. Y ansi las buenas ordenanças sin el ayuda militar serian como bien labradas casas sin tejados, y puertas que las defienda, del agua y viento, sol y ladrones.

CAPITÁN DIEGO DE SALAZAR.

(De *Re Militari*)

UNA de las más grandes funciones persistentes de la humanidad, es la guerra; á semejanza de cuanto en el globo vive, no deja de sostenerla ni un solo momento; la guerra es un dinamismo, ya con débiles manifestaciones, ya con el estruendo aterrador, como nota culminante de cientos de miles de armas de fuego en mortífero ejercicio; pero de las dos maneras esos trazos que van contorneando los sucesos armados en la existencia de los pueblos, jamás se interrumpen.

Hoy, que existen cartas geográficas en las que se marcan las alturas con líneas ipsométricas, con cotas las profundidades de los mares, con líneas isoquimenas, isotermas é isóteras, para las mínimas, medias y máximas temperaturas; las que determinan la vida de la flora y la fauna, las isógonas é isóclinas magnéticas, las fajas de las corrientes de las aguas, etc.: y que en algunas cartas aparecen las líneas que marcan las expediciones de Ciro, Alejandro y Anibal; se echan de menos las que habían de complementar gráficamente la historia guerrera de la humanidad, en cuyo concepto histórico-geológico, ha dado un paso de gigante

nuestro general Arroquia, en su obra ya citada, *El Terreno, los Hombres y las Armas*.

La guerra lo era todo antes para el hombre, á ella se reducían, puede decirse, sus artes, sus industrias y comercio; y esa actividad que, como todas, según Delbœuf, tenía que estar dentro de ciertos límites, fué pasando en su evolución inmensa, desde el dinamismo dormido en lo preorgánico, por el casi esclavo del vegetal que alarga la rama y estira la raíz para luchar y vencer ó ser vencido, por el que al animal impulsa para vivir en sí ó hacer vida en otro ser, hasta llegar al dinamismo físico, intelectual y moral del hombre en la plenitud presente de su manera de ser, abarcada en esta frase: *Quod non agit, non existit.*

Pero además de esa evolución de las guerras, los pueblos delegaron en los que habían de practicarla, y resultó que lo que era función de masas que chocaban sin darse propia cuenta de lo que hacían, se determinó que la hicieran los adiestrados en ella, naciendo el Arte de la Guerra y de este el Militar, como sucede al pensamiento el hecho que se acomoda y reglamenta, cuidando los otros ciudadanos de mantener á los que guerreaban, y partiendo los campos de acción desde entonces; en todo esto nos faltan esas líneas de cartas geográficas que nos marquen los derroteros seguidos; pero en la historia encontramos nombres de jefes de Estados y de tropas que resultan á manera de centros de sistemas planetarios en la nebulosa infinita de la lucha de los hombres por la existencia; y así lo prueban, entre otros, Xerjes, Jenofonte, Epaminondas, Alejandro, César, Anibal, Gonzalo de Córdoba, Alba, Farnesio, Mauricio de Nassau, Gustavo Adolfo, Waldstein, Condé, Turena, Luxemburgo, E. de Saboya, el Gran Federico, Hoche, Napoleón, el Archiduque Carlos y Moltke.

En esa historia no pueden menos de resultar idénticos puntos de contacto, los fundamentos; varias formas, los procedimientos; del mismo modo que sucede en cuanto se sujeta á estudio y se encuentra la ley; antes el salvar una distancia, por ejemplo, costaba una hora, media por legua; en el presente, puede hacerse en poco más de un minuto; mañana tal vez, nos será familiar la velocidad de la luz de 300 mil kilómetros por segundo, que ya no nos espanta; pero el objeto ha sido el mismo, llegar de un punto á otro, el que cambia es el medio, la velocidad; el fundamento, la

actividad, podrá modificarse, ser suplantada nunca; el vehículo lo impulsará la sangre ó el éter, pero su destino es marchar.

Marcharon los pueblos del Iran, los de Persia, los de Egipto, los de Grecia, los de Roma, los bárbaros del Norte, los de la Arabia y los de Africa, los pueblos de Europa y América, y en todas esas marchas guerreras, vemos grandes conglomeraciones de la humanidad, con armas materiales y con el espíritu exaltado, ya por las pasiones, ya por la fe ó el fanatismo; y en estos casos, repetimos, siempre ha hecho el hombre lo que la planta ó el animal, ó procedido á impulsos de las orientaciones más sublimes de su espíritu, y siempre se han evidenciado los puntos de contacto que se muestran en visibles relieves al hombre observador, en la ciencia militar del mismo modo que en las sociales, morales y políticas; resultando de la lucha, pueblos victoriosos en sus marchas, detenidos ó deshechos, y que los éxitos han obedecido, sin negación, á causas superiores fundamentadas é indiscutibles, como hemos demostrado en la segunda parte de nuestro estudio.

Ahora bien; si el hombre, más que por la hermeneútica empleada en los libros del filósofo egipcio Hermes, por la ciencia engreído, de sus éxitos, creyéndose microcosmo, sin ser hermético, se lanza á la inmensidad del espacio y á las profundidades de los mares para dominar el Macrocosmo, encontrará en el primero, que ni el telescopio, ni el globo, son bastante para aspirar á tanto, y en el segundo, que el submarino es un artefacto miope en el presente, pues ni con los coroscopos ve, ni con la brújula compensada, ni el giroscopo logra cuanto se propone. Pero en la tierra y con esos repetidos hechos en épocas distintas, no por iguales pueblos y en diferentes circunstancias, las leyes, aunque no abundantes, se han abierto paso y el hombre tiene con ellas guía cierto, á tal extremo, que si eran ignoradas muchas de ellas cuando aquellos pueblos luchaban tan distanciados del presente, otras se reconocen hoy como idénticas á cuanto D. Diego de Salazar nos muestra y á los métodos que el pueblo alemán nos enseña con sus éxitos asombrosos en las guerras.

La Milicia es la égida de la Patria, como lo fué y lo será siempre; esta Milicia, según veremos más adelante, la compone el ejército, sus reservas y cuanto personal y material le ha de ser afecto: es la «Nación Armada», como dice el barón Colmar von der Goltz,

porque en esa evolución de la guerra se han invertido los términos; allá en los tiempos en que los pueblos luchaban sin arte y tal vez por una faja de terreno, la guerra era la normalidad del hombre, y á ella todo se reducía, como hemos dicho, y, sin embargo, poco tenía que guardar, por no decir nada; hoy la normalidad de la guerra se encuentra en el Estado, el Arte Militar lo abarca todo y dirige en la paz, para obtener los mayores rendimientos en las luchas armadas, defendiendo así las obras de arte, los centros productores de las industrias, los trabajos del campo, los tesoros y las riquezas, en fin, en las múltiples manifestaciones que la nacionalidad hoy los sustenta; porque en esto y mucho más se han trocado las chozas de otras edades, los pequeños núcleos de casas de los primeros pueblos, y las ciudades de las bien labradas casas de los tiempos de nuestro capitán Salazar.

El accidente en el hombre debe ser hoy la instrucción militar ineludible, que ha de practicar en su tiempo y donde fuese necesario, y antes de esto, después y aún estando en filas, cuando las licencias se lo permitan, cada uno puede dedicarse, por el actual mecanismo de los ejércitos, á sus peculiares obligaciones, y entiéndase que damos en estos momentos á lo que tratamos, las extensiones del servicio militar obligatorio. El ejército, en estas condiciones, se va nutriendo con esa sucesión anual de contingentes que se llama conscripción, de *conscribire*, ó reemplazo, que es uno de sus más arduos problemas, por lo que le hemos dado lugar preferente.

D. Diego de Salazar, que sirvió á las órdenes del Gran Capitán en Italia, es un voto de mayor acepción, porque inspirado en el Arte de la Guerra, por lo que aprendiera con tan buen maestro, tuvo además el medio ambiente que en aquel entonces se vivía, pues Nicolo Machiavelli escribió su diálogo sobre Arte Militar, y le sirvió á nuestro escritor de valioso norte; ello es que en los primeros años del siglo XVI empezaron á divulgarse en España á consecuencia de las victorias del Gran Capitán, las nociones de Arte Militar y de la Guerra, y que el libro que nos ocupa, es calificado por Almirante, ya lo dijimos, como verdadero jalón en la literatura militar de España.

Pero aún hay más; las obras militares de Walhausen con Ghey, Biron, Billon Praisac, etc., constituyen lo que los franceses

llaman táctica de los Nassau, que aprendió en su infancia el Gran Turena, y según Bardin, de los dos primeros salió el primer reglamento francés de táctica y ejercicio, con láminas copiadas de los holandeses, debido á Lostelnan, autor del *Marechal de bataille*, París 1647, de lo que resulta que llevabamos una delantera de más de cincuenta años en lo que tan preferente era en los ejércitos.

Nuestro puesto, por lo tanto, en esta gloriosa época era el primero; nosotros mostramos al mundo, con antelación de tantos años en sus comienzos, los esplendores de una ciencia que no da máquinas, invenciones prodigiosas, comodidades rayanas en la molicie y causa de la muerte de los pueblos y de su total desaparición, no; nuestra ciencia, la militar, da más, mucho más: reparte vigor al cuerpo, templanza y sublimidad al espíritu y ofrece naciones é imperios, más aún, la hegemonía del mundo. ¿Á qué otra cosa puede aspirar el hombre? Pues á esto no se llega más que por las armas en la mayor parte de los casos; pero como para que las armas den su total rendimiento se impone el desarrollo intelectual y moral del hombre, el pueblo que á todo aspire lo alcanzará por esos caminos: por la educación, la instrucción y sus condiciones guerreras.

De más de cincuenta años de esa antelación, á casi un siglo de atraso, hay un abismo, pues éste representa la distanciación nuestra del resto del mundo culto-militar. Los prusianos rehicieron su ejército sobre los restos magullados y casi inútiles de aquel organismo de su Estado, organismo defectuoso, mal entendido é inútil, bien lo hemos visto; nosotros, y preciso es que nos fijemos, no lo hemos sabido hacer, después de las victorias alcanzadas por nuestras armas en la guerra de la independencia, tratada, como nadie, por nuestro inmortal general Arteche en su voluminosa obra, verdadero tesoro de erudición y archivo de preciosos datos; esas victorias repercuten en los espacios y sirven de ejemplo á las generaciones que luchan, como émulo de valor inquebrantable y heróico; todas dicen en los momentos de peligro: ¡Seamos como España en el año 8! Y sin embargo de ser fuente inagotable de enseñanzas para los extraños, á los propios de nada nos ha servido; ese nervio del Estado, débil, casi nulo en muchas ocasiones, ha puesto en peligro su existencia. ¿Cuál es una de las causas fun-

damentales de esto? Pues el reemplazo y las condiciones en que vienen los que han de nutrir las filas del Ejército.

En 1640 España se encontró sin un soldado ante la Europa coaligada, que atizaba la rebelión en Portugal y Cataluña, y nos vimos envueltos en terrible catástrofe; ni á los Reyes Católicos, ni á Carlos I, ni á Felipe II, ni á otros monarcas, se les desconocía la tan necesaria como difícil cuestión del reemplazo; pero, sin embargo, no se mejoró en lo sucesivo, pues se repitieron situaciones tan desdichadas, que vinieron á complicarse con otras que agravaron nuestro estado de manera terrible; en 1815, mientras que perdíamos en el Congreso de Viena los laureles conquistados en la tan gloriosa guerra de la Independencia, nuestro Ejército, tan mal instituído como no mejor organizado, fué un instrumento de la política con sus codicias y ambiciones, como lo prueban los hechos siguientes: el año 1814, Mina intentó un alzamiento; el 1815, Lacy y Porlier se sublevaron; Riego, Quiroga y otros, el 1820; el 1824, Bessiere, y después Valdés, Manzanares, Santos Ladrón, Eguía y Zumalacárregui; el 1836, los sargentos en La Granja; el 1838, Narváez y Córdova; Espartero, el 1840; el 1841, Concha, O'Donnell y León; el 1843, Serrano, Prim y otros, contra la regencia de Espartero; Boné, Falcón y Ortega, el 1844, y el 65 Prim, marcan entre otros muchos nombres y hechos que, en número de 60 pronunciamientos, abortados ó felices, con dos guerras carlistas y sucesos republicanos, han sembrado nuestra Historia de desdichas que reemplazaron á las glorias conquistadas, en vez de consolidarlas y engrandecerlas.

La diplomacia en Viena, la política absorbente y desoladora en la Patria y el civilismo de muerte en todas partes, nos condujeron al estado presente. Nuestras colonias fueron las primeras en saber apreciar este descenso; y aquellas tropas que las guarnecían, abandonadas á sus propios recursos mientras que aquí en dirimir tales contiendas nos ocupábamos, no fueron bastantes para resistir tanto, y la emancipación, casi total, fué un hecho; no tenemos para qué meternos, por ahora, en más género de consideraciones; pero sí agregaremos que los sucesos de Melilla, con el presupuesto de la paz y los de Cuba y Filipinas, que tan hábilmente supo dominar en la primera, en la llamada guerra chica, y la insurrección de la segunda el general Polavieja, cuyos éxitos son indiscutibles,

esos sucesos, decimos, nos sorprendieron en el mismo estado que otras veces y por idénticas causas: por las deficiencias del reemplazo y por nuestras cuestiones políticas que hacían tener desatendida la Milicia.

¿Puede culparse al elemento profesional?, no; de todo esto tiene la culpa el civilismo que nos invade y destroza y la política que nos aniquila y mata. Las palabras de D. Diego de Salazar, que demostraban, no sólo que el ejército es necesario como garantía y defensa de la Patria, sino que es menester que los elementos civiles y militares sean unos en la Nación, no fueron oidas, no tuvieron la fortuna de las de Maquiavelo en Italia, cuyos frutos recogió Cavour; nuestras victorias no alcanzaron mayor fortuna, ni aun con el saludable ejemplo que la Prusia nos mostraba, dándole al ejército un origen tan independiente como técnico, al hacerlo de existencia directa en su institución y organización de una especie de Gran Estado Mayor; es verdad que el general Linares planteó aquí recientemente este problema, de la manera tal vez única que puede solucionarse; pero sus planes de reformas, tan dignas de aprobarse en este sentido, no lo fueron en ninguno, y somos partidarios de este criterio, porque á más de estar seguido con más ó menos variantes, en todas las naciones que lo pretenden, ó son militares, parece lógico que la Milicia sea tal y como debe ser, empezando por darle vida propia, brotada de la ciencia y de la técnica profesional y nunca sujeta á los impulsos de la política y mucho menos á los caprichos del favoritismo.

Concretándonos al caso que nos ocupa, diremos que á la Milicia, que es «el arte de hacer la guerra ofensiva y defensiva, y de disciplinar los soldados para ella al servicio ó profesión militar», según nuestro diccionario, se va, repetimos, por la recluta, siendo al ingresar en ella el deber ineludible de todo ciudadano, y al citar el diccionario y definir la Milicia como hemos hecho, es por estar más conforme en este caso que con Almirante, entre otros con Valdés y Bardin, pues el primero dice: «La Milicia se concibe con independencia de las ideas de paz y de guerra; no sucedía lo mismo con el ejército cuando se empezó á usar esta voz, que significaba tropa en estado de guerra». El mismo Napoleón decía: «No puede haber Milicia mercenaria en Europa desde que las naciones se transportan al campo de batalla». Por último, Bardin

define la Milicia en su *Diccionaire de l'armée de terre, París*, 1841, de la manera siguiente: «La Milicia de un Estado comprende las fuerzas militares, las reservas, los veteranos, los guardias nacionales, municipales, provinciales, urbanos, los cuerpos sedentarios, la landwehr y la landsturm. La parte activa de la milicia se llama fuerza armada, la cual, si el Estado es marítimo, se divide en ejército de tierra y ejército de mar; la parte no móvil de la Milicia, salvo casos extraordinarios, está constituída por la guardia nacional ó por los cuerpos de índole análoga». Para nosotros, la Milicia es el arma fundida con los elementos materiales del Estado, modelada con el cincel de la sabiduría, y manejada por el genio para la defensa, el engrandecimiento y la gloria de la Patria en el cumplimiento de las leyes, á la que la humanidad va siempre encadenada.

Más sintética nuestra definición, hemos creído conveniente fundamentarla con lo dicho, ya que es asunto tan debatido; el mismo Almirante dice del Diccionario del general francés Bardin que es obra monumental en el concepto de copiosa fuente bibliográfico-militar. Vamos ya puntualizando los conceptos, y á entrar de lleno en el asunto: nuestro ejército permanente, en la verdadera acepción de la palabra, haciendo caso omiso de lo que en tiempo de Alfonso VIII se refiere, asomó en las tan gloriosas épocas, para nosotros, del Renacimiento, con las Guardias Viejas de Castilla en 1493, que los reyes Católicos formaron con el alistamiento de cierto número de vecinos de todos los pueblos, que aprendían el ejercicio los días festivos, eximiendo á los que acudían de todo tributo ó gabela; recurriendo al sorteo en 1696, cuando el alistamiento no fué bastante, excluyéndose á los nobles é hidalgos, por la obligación que tenían de acudir á la guerra cuando los llamaban, y de servir de oficiales en las Milicias provinciales creadas en 1562, constituídas en 1598 y formadas por ciudadanos voluntarios de dieciocho á cincuenta años, elegidos entre los que tuvieran aptitud física, disposición y buenos antecedentes. Resultando de aquí, que los tres grandes problemas que el contingente de los ejércitos ha de exigir, la instrucción militar, el reemplazo y la institución y organización de las tropas, bajo el aspecto de los ejércitos permanentes, se iniciaron en el siglo XVI, en que la infantería se organizó después en compañías que, reunidas, forma-

ron la unidad Colunela de mil hombres, mandada por el cabo de Colunela; después se llamaron Coronelias, de 20 compañías, con un coronel por jefe; que en 1534 se transformaron en aquellos Tercios de 12 compañías que alcanzaron tan inmortal renombre, siguiendo después una serie de modificaciones, retrocesos y adelantos, inútil de enumerar aquí, pues no hemos de hacer historia, cuando tenemos una concluyente evidenciada: la indiscutible necesidad de la educación é instrucción militar con el servicio militar obligatorio; apuntando, como complemento, que la caballería tomó el mismo nombre que la infantería de Guardias Viejas de Castilla en 1493, dejando de llamarse tropa ó cohorte de la Guardia.

Que la artillería, según Clonard y Mellado, aunque rebatido por Arantegui, se empleó en el sitio de Zaragoza, que en 1118 pusieron á los moros los cristianos, y se llamó trueno, y D. Alfonso I el Batallador en 1132 mandó fundir una culebrina de á cuatro, llamada salomónica ó lombarda; que esta arma, decimos, en tiempo de los Reyes Católicos, formó un cuerpo permanente. Y por último, que los ingenieros, que eran á la vez artilleros, hasta el año 1803, no se constituyó definitivamente en cuerpo.

Después de las múltiples fundamentaciones que hemos mostrado para la imperiosa necesidad de la Milicia, ésta se impone bajo dos aspectos más: el social y el demográfico, en lo que á la geografía nosológica se refiere. En el primer aspecto, para no apoyarnos en nuestro propio juicio, copiaremos lo dicho por don Nemesio Fernández Cuesta, ya que es autoridad indiscutible, en su proemio á la *Historia Universal* de Oncken. «La vida actual, comparada con la de los tiempos antiguos y con la del Renacimiento, demuestra la gran diferencia que existe entre nuestro siglo y los que le han precedido. La transformación social se efectúa con mayor velocidad que las mudanzas políticas; los inventos, las teorías y los hechos se suceden con vertiginosa rapidez. La democracia, como un océano, se extiende por todas las clases sociales de la sociedad y va invadiendo creencias, sentimientos y educación. No se puede decir ya hoy que la civilización es exclusivamente europea; á cada momento se va universalizando y democrotizando. Los pueb os, antes aislados, se aproximan unos á otros merced á las facilidades de las comunicaciones, y el progreso de cada

uno aprovecha á todos los demás. Así el comercio, las ciencias, las artes, la imprenta, el crédito, han originado una cultura internacional que poco á poco podría dar á la Europa el aspecto de una sola familia, si otras fuerzas no vinieran á contrariar este movimiento. En efecto, la preponderancia dada en nuestra época á los intereses materiales sobre los intereses morales; el ansia de gozar, el afán de sobresalir, la sed de riquezas de cualquier modo adquiridas, han deprimido el sentido moral de la sociedad y tiende á dividir más que á unir las naciones. De esta depresión moral ha nacido la necesidad, hoy más urgente que otras veces, en que se creen las naciones de apoyarse, sobre todo, en la fuerza de las armas.»

«Las grandes potencias, y aun las pequeñas, necesitando ejércitos numerosísimos, además de conservar en armas una muchedumbre de hombres que consumen sin producir, instruyen en el arte de la guerra á los que un día pueden tener interés en destruir las bases del edificio social. Si los proletarios equipados y armados por la ambición de los gobiernos se penetran de sus fuerza, la imprevisión de los hombres de Estado se parecerá á la incuria de los Césares, que entregando á los bárbaros la defensa de las fronteras, prepararon la ruina del Imperio romano».

No puede darse cuadro más completo, en el que sus términos se destaquen más distintivamente; si los ejércitos permanentes se componen sólo de tan desdichada clase social, vamos derechos al abismo; se impone, pues, que todas las clases sociales lo formen, dada la irrecusable necesidad de ello, y para lograrlo no existe otro medio que el servicio militar obligatorio; con la preparación de la instrucción militar á la educación ligada; es decir, que se impone llevar al ánimo del ciudadano el íntimo convencimiento de cumplir este deber sagrado para con la Patria, desde la infancia hasta que su aptitud física se lo permita, siempre que menester sea.

En cuanto al segundo aspecto, ó sea el de la geografía nosológica, á más de la equidad que representa el servicio militar obligatorio, sería un elemento valiosísimo para la estadística por las exenciones, pues al conocer sus causas podrían combatirse, y determinarían un progreso para la nueva ciencia de la demografía, por este medio conquistado; y Vilanova, entre otros, con su

indiscutible competencia como hombre de ciencias, es de los primeros que aplauden este criterio.

Vamos, por lo tantó, á ocuparnos más principalmente de los tres problemas citados: de la educación é instrucción militar obligatoria, del reemplazo y de la institución y organización de los ejércitos permanentes, aunque también tratemos con menos extensiones cuanto con la Milicia se refiere, pero que lo hemos de hacer dentro de aquellos límites que nuestro objeto nos recomiende como más acertado, y abarcando las dos grandes ramas de la ciencia militar, la práctica y la teórica, propiamente dicha, colocando como punto de unión, entre ellas, la evolución grandiosa desde su origen, facilitando además aquí los datos siguientes como complemento de este estudio.

Los gastos de las últimas guerras en millones de francos son: Guerras napoleónicas, 16.500; ruso-turca, 500; Argelia (poco vago), 1.000; guerras civiles de España y Portugal, 1.250; Canadá, 55; guerra de los seminolas, 135; de Méjico y los Estados Unidos, 285; revoluciones de Europa, 250; campañas en China, 220; guerra cafre, 50; de Crimea, 7.600; de Italia, 1.265; de Secesión, 25 mil; de Abisinia, 215; de Schleswing-Holstein, 375; franco-mejicana, 375; austro-prusiana, 1.650; franco-alemana, 12.500; de los Achantis, 27; del Asia Central, 1.125; del Afganistan y Africa austral, 425; del Sudán, 105; de Madagascar, 425; Italo-abisinia, 575; hispano-americana, 5.000; sud-africana, 4.000; anglo-sudanesa, 60; chino-japonesa, 1.500. Cifras que dan un total aproximado de 90 mil millones, en números redondos, que distribuídos entre los habitantes del globo, corresponden á 65 francos por individuo. Del resumen de la prensa extranjera y de la técnica nacional del Depósito de la Guerra, tomado de la *Revue Militaire suisse*. Algunos suponen los gastos de la guerra de Secesión de 28 mil millones.

Los gastos de guerra y marina de los principales Estados de Europa son como sigue, año 1901:

ESTADOS	PRESUPUESTO DE GUERRA		PRESUPUESTO DE MARINA	
	Ordinario. — *Francos*	Extraordinario. — *Francos.*	Ordinario. — *Francos*	Extraordinario. — *Francos.*
Alemania. . .	696.765,130	131.300,131	124.736,596	189.039,296
Austria H. . .	348.312,441	40 688,160	35.927,075	18.711,450
Bélgica.	49.205,371	6.133,945	»	»
Bulgaria.	20.773.432	»	»	»
Dinamarca. .	14 319,081	289,380	9.592,028	»
España. . . .	164.630,816	8.831,849	24.455,113	proyecto 1902. (1)
Francia.	632,400,171	60.708,150	327.692,530	»
G. Bretaña. .	2.197.875,000	162.500,000	771.887,500	guerra Africa.
Idem.	606.567,500	»	»	»
Grecia.	18.086,912	»	»	»
Italia.	222 695,600	16.030,000	98.312,244	7.538,666

No se comprenden las pensiones: Ejército 35.333.000; Marina 5.425.000.

ESTADOS	PRESUPUESTO DE GUERRA		PRESUPUESTO DE MARJNA	
	Ordinario. — *Francos.*	Extraordinario. — *Francos.*	Ordinario. — *Francos.*	Extraordinario. — *Francos.*
Noruega. . . .	16.865,240	2.795,030	5.612,600	»
P. Bajos.	45.324,037	2.819,124	34.834,218	»
Portugal. . . .	30.660,870	660,190	21.885,460	»
Rumania. . . .	37 634.755	»	1.185,245	»
Rusia.	1.296.099,484	»	374.390,664	(1 rublo-4 fra.os).
Servia.	19.975,080	»	»	»
Suecia.	47.285,131	17 565,528	12.112,822	18.790,947
Suiza.	28.120,923	»	»	»

(1) En pesetas.

Hay que agregar 1.350.750 de gastos militares inscriptos en los presupuestos del Interior y de Hacienda, y los que incumben á los cantones, 1.600.000, que hacen un total de 31.071.673 francos.

Francia, por ejemplo, distribuye su presupuesto de guerra en la forma siguiente: Administración central, 4.455.186 francos; servicios técnicos, 1.878.027; Estados Mayores y Administración provincial, 11.819.787; Intendencia y servicios particulares, 14.523.050; Establecimientos de instrucción, 12.417.592; sueldos y haberes, 241.372.530; víveres, 98.188.826; forrajes, 76.679.249; servicio de Sanidad, 8.938.939; transportes, 14.619.914; vestuario, armamento, utensilio y material de campamentos, 69.974.782; remonta, 16.434.260: Establecimientos y material de artillería, 25.837.115; establecimientos y material de ingenieros, 16.816.060; gastos diversos, 18.442.818.

En los presupuestos de Austria-Hungría no están incluídos los presupuestos de la defensa nacional, que ascienden en Austria á 73.993.438 francos, y los de Hungría á 49.897.031.

Vamos á examinar cómo se distribuyen los 241.372.530 francos que importan los sueldos y haberes en Francia. Dichos sueldos se cobran sin más descuento que el 5 por 100, que se retiene para el fondo de retiro; y véase de qué manera se tiene resuelto uno de los problemas que más pesan en nuestro país, no sólo en la pública opinión, que cree que los retirados gravan el presupuesto, sino en esa anomalía que por retirarse no dependan de guerra los que han dedicado á la carrera de las armas los mejores años de su existencia. Se impone, en nuestra opinión, en asunto de tan capital interés, que los sueldos se normalicen; que se les impongan un descuento por el estilo del de Francia, como se hacía para el Monte Pío Militar en España, y que sea para este objeto, y el Ejército resultará entonces que vive de sus propios recursos; y recabará ante el país lo que nunca debió perder: sus prestigios en este concepto.

La oficialidad francesa disfruta haberes y gratificaciones reglamentarias: por efectividad anual capitanes y tenientes, de marcha, por residencia en París, otras plazas y asambleas diarias, por residencias en Argelia y Túnez diaria, y por entrada en campaña, comisiones para compra de caballos, trabajos topográfi-

cos y geodésicos y gratificaciones de representación y mando que, por tener verdadera importancia, las consignamos.

Sueldos: mariscal, al año, 30.315,79 francos; general de división, 19.894,74; de brigada, 13.263,16; coronel, 8.564,21; teniente coronel, 6.934,74; comandante, 5.797,90; capitán, 3.221,05; teniente, 2.652,63; subteniente, 2.463,16. Los tenientes que ocupan la mitad de la escala tienen un aumento anual de 189,48 francos. Los capitanes, según disposición de 6 de Mayo último, cobran un sueldo líquido de 5.004 francos, con más de doce años de empleo; 4.500, más de ocho; más de cinco, tienen 3.996, y antes de los cinco cobran 3.492 francos. Parece que en el presupuesto del próximo año económico se hará á favor de los tenientes el que se les asignaran 3.000 francos á los que tengan siete años ó más en su empleo, medida justísima ya que la paralización de las escalas hacen que el Estado trate de subvenir á las necesidades que la mayor edad representan.

Gratificaciones de representación y mando: general vicepresidente del Consejo Superior de Guerra, 19.962 francos; general jefe de Estado Mayor, general y vocales de dicho Consejo, con misión especial, é inspector del ejército, 14.958; gobernador militar de París, 25.582; ídem de Lyon, 14.944; Comandante de cuerpo de ejército, de 17.800 á 11.380; comandante de división de Argelia, 11.380; comandante general de artillería en París y Lyon, 7.974; comandante general de artillería en París y Lyon, comandante general de división y plazas en general, 8.014, como también comandante general de caballería en Argelia, é inspector permanente de las fábricas de artillería, comandante general de la división de Niza, 9.022; jefe de Estado Mayor del gobierno de París, 12.438; presidentes de los comités técnicos, 5.908; inspector general de remontas, 5.004; inspector general permanente de caballería, 3.330; general secretario principal de la presidencia, 5.904; comandante general de la plaza de Niza, 10.840; ídem de la división de Túnez, 11.380; general jefe de Estado Mayor de los cuerpos de ejército, de 11.322 á 4.392; general de brigada en los demás cargos, incluso en las jefaturas de las distintas academias militares, de 9.040 á 2.362; jefes de Estado Mayor, de 1.998 á 972; jefes y oficiales en diversos mandos ó cargos técnicos, de 2.376 á 576; coroneles ó tenientes coroneles, primeros jefes de regimiento de Infantería,

Artillería ó Ingenieros, 2.250; ídem de Caballería, 1.818; comandantes jefes de batallón independiente, de escuadrón del Tren, de Ingenieros ó Artillería en las divisiones de Africa, y de las baterías destacadas en Córcega y Túnez, de 1.404 á 414; ídem de las baterías de Montaña del 14 y 15 cuerpo, 522.

Haberes de tropa. Por decreto de 27 de Diciembre de 1890, quedaron unificados los haberes de las distintas armas y cuerpos sin más diferencia que la de pie ó montados, asignándose por días los que siguen. Infantería y cuerpos de á pie, suboficiales no reengachados, según los cargos, de 2,65 á 0,95; cabo, 0,45 y soldado, 0,28; en caballería y cuerpos montados, respectivamente, de 2,80 á 1,10, 0,55 y 0,30 francos.

Las clases y soldados están incluídos en rancho *(ordinaire)*, descontándoles al día, 0,03 para café y 0,20 para los dos ranchos, lo que hacen un total de 0,23, contándose con otra porción de recursos para alimentar al soldado, como indemnización del Estado, lo que se descuenta á los rebajados, ídem los no arranchados pero que toman café, sobras de cabos y soldados ausentes, las de los cabos arrestados, etc., etc.

Pudiéndose formar con los datos facilitados una idea de los gastos que ocasionan los ejércitos dentro del conjunto en los recursos necesarios, el modo principal en que se distribuyen, y los que las guerras ocasionan, según los datos más recientes, resultando ampliación lo dicho de lo manifestado en el último capítulo de la segunda parte, titulado, *La paz y las alianzas*. Estas atenciones preferentísimas de los Estados, llevan en sí las resultantes, en la guerra, de las victorias y cuanto de ellas se deriva; y en la paz, á más de las preparaciones para la función armada, el brillo del uniforme del oficial, con todo lo que esto representa, incluso la nivelación con las demás clases sociales, y el bienestar del soldado; de ahí que los gobiernos se cuiden en las diferentes naciones de resolver con el mayor acierto problema tan esencial, y que nosotros hayamos puesto el ejemplo de Francia, como el más á propósito, en nuestro criterio, para que pueda servirnos de norma, según venimos observando en cuantos asuntos tratamos de solucionar en esta obra.

II

LA EDUCACIÓN É INSTRUCCIÓN MILITAR

Un país distanciado de su verdadero centro de gravedad, más por causas puramente económicas y militares, que por sociales y políticas, debe empezar por adelantar algo, en lo mucho atrasado, por militarizarse, y no se alarmen los espíritus intranquilos por esta palabra, porque militarizarse no es ir como los ingleses creen aún á la dictadura de la espada; militarizarse es ir al encuentro de las cosas tales y como son, sin rehuir responsabilidades por apatía, por falta de concepto de los deberes, ó por lo más triste aún, por no tener amor á la Patria.

Los hombres pueden ser políticos, mecánicos, industriales, nobles, plebeyos, sabios, ignorantes, lo que quiera que puedan ser; pero todos deben saber estar en condiciones de defender la nación en aquella parte que les corresponda, y esta obligación es tan ineludible, como lo es el vigor para el cuerpo, y la idea de un Ser Supremo para la tranquilidad del espíritu, y las dos para la vida; la función de la Milicia es la garantía de la existencia de la patria; de este criterio al de los pueblos errantes de las primeras edades de la humanidad, hay diferencias, sí, las científicas y el material, entre otras cosas; pero el fondo, el fonómeno psicológico, es el mismo: ¡el amor á la Patria!

Dos son los períodos que podemos considerar en esta parte de la evolución militar: uno la educación y la instrucción militar en las escuelas, y otro la instrucción militar obligatoria dentro del ejército; pero si el servicio militar es obligatorio, claro es que huelga esta última, que ha de reservarse para cuando aquél no se implante. Dejado para más adelante lo que á la educación se refiere, como concluyente del problema, diremos de la instrucción militar en las escuelas, que dentro del concepto técnico, la primera idea para la formación de los batallones escolares nació con la revolución francesa, según el decreto de la Convención de 13 de

Prairial, año II (1.° de Junio de 1794), que disponía que cada distrito de la República enviase á la Escuela de Marte, establecida en Sablons, seis jóvenes, que se denominaron «Alumnos de Marte», equipados y armados á expensas del gobierno; y fueron, no sólo adiestrados en el manejo de las armas, sino que aprendieron fortificación, administración y arte de la guerra.

Pero este procedimiento, adoptado por Barriére, precisamente con ideas en un todo contrarias á las que debía perseguir, pues lejos de ser verdaderamente sociales, tal y como nosotros lo entendemos, lo eran políticas, porque sólo se buscaba que aquellas generaciones, más que amor á la Patria, tuvieran odio á los Reyes; este procedimiento, decimos, tuvo que llegar al fracaso cierto, como sucedió, y en decreto de 26 Brumario, año III (23 de Octubre de 1794), á consecuencia de mezclarse los alumnos en política y de ocasionar serios disturbios, la escuela fué suprimida.

Después de esta fecha, nos hemos ocupado de Francia en las *Nacionalidades;* los franceses, deslumbrados con tantas glorias, abandonaron la idea madre del estado social, como lo es la agricultura del económico, y fueron menester desastres como los de 1870. aun teniendo al lado la nación que les podía haber servido de estímulo, Prusia, para que la Francia insistiera en la necesidad de militarizarse en despertar en la juventud la idea del amor á la Patria, del sagrado deber de defenderla, de la educación militar, noble aspiración á que debe propender todo pueblo, pues reconociendo este fundamento social, se hace que la idea salvadora llegue á ser dentro de los esfuerzos simultáneos de los poderes y elementos todos del Estado.

También nos hemos ocupado, en dicha segunda parte, del estado de nuestra instrucción primaria y segunda enseñanza, como con cuanto con esto se relaciona, y en el estado que con las demás naciones se encuentra; es decir, que no la militar, la educación y la instrucción civil es casi nula en nosotros; en Francia, en 21 de Enero de 1880, se promulgó una ley que hacía obligatoria la gimnasia en las escuelas; el 3 de Agosto de 1881, se añadía al plan de estudio de las escuelas normales los ejercicios militares, y se hizo extensivas á las primarias en 1882; el 29 del mismo mes y año, votaban las Cámaras francesas un millón de francos para

comprar armas, distribuyéndose 52 mil fusiles entre todos los establecimientos públicos de enseñanzas y autorizando á las municipalidades para adquirir fusiles por su cuenta, y sólo el consejo municipal, de París, invirtió 25 mil francos en organizar batallones con los niños de las escuelas.

Ante los éxitos de París, como el fluído, que por doquier se extiende, fué toda la Francia invadida por la idea y el entusiasmo, y no hubo corazón francés que no acariciara la educación militar como el único camino cierto de llegar un día á la revancha; el amor patrio, que pedía más que pensamientos y alegrías, formuló la reclamación de los hechos reglamentados; el gobierno accedió, y el 26 de Julio de 1882, por decreto, se instituyeron batallones escolares, de cuya ley transcribimos un párrafo para que se pueda tener una idea del pensamiento bajo el cual se formaron.

«Cada batallón escolar, decía, constará de cuatro compañías, y cada una de éstas de 50 niños; jefes é instructores adjuntos, nombrados por las autoridades militares, se encargarán del mando y organización de dicha unidad. Para formar parte del batallón, es indispensable conocer antes la escuela de compañía. El ministro de Instrucción Pública premiará cada año con una bandera el batallón cuyos niños hubiesen obtenido las mejores notas de la Inspección militar. Los fusiles serán los adoptados por el Ministerio de la Guerra y marcados por la autoridad militar. Cada alumno tendrá un fusil para ejercicio, y cada escuela tres para tiro, siendo el instructor el encargado de pedir por escrito las armas y municiones que hiciesen falta, solamente los niños mayores de catorce años, y designados por el jefe de los instructores, podrán tomar parte en el tiro nacional. El tiro será reducido y á tres distancias, de 10 á 20, 30 y 40 metros. Cada niño podrá quemar al año 30 cartuchos y nunca más de seis por sesión. El uniforme no es obligatorio, y caso de adoptarse alguno, será costeado todo él, ó parte, según los recursos de la familia, con los fondos de la caja especial, previa autorización del prefecto. Los ejercicios de los batallones se efectuarán los jueves y domingos.»

¿No nos recuerdan estas palabras aquella instrucción militar en los días festivos de los vecinos que formaban las Guardias Viejas de Castilla, de los Reyes Católicos? ¡Hasta en eso tuvimos

prioridad en estos inolvidables tiempos! Pero el problema que encierra tantas complicaciones en sí, que sus extensiones todas afectan al desarrollo físico y psicológico de un pueblo, no sólo deja de estar resuelto con lo dicho de manera concluyente, sino que no se adelanta mucho más en este sentido, en el modo que hombres eminentes tratan el asunto, sin haber conformidad; pues se discute la edad, la forma, la duración de los períodos de instrucción, la uniformidad, la relación que ha de tener la educación militar y la instrucción, con las otras enseñanzas y el modo de efectuarlo, desligándola de otras maneras de ser de los Estados, y fácil será comprobarlo con el estudio de las obras que sobre el asunto tratan, como el *Petit Manuel d'instruction et d'education militaire*, de Denis; *Le bataillon scolaire et la revolution*, de Arístides Rey; *La preparation des citoyens á la defense du pays*, de Mignot; *Les Sociétés d'education civique et militaire*, de Macé; *Instruction pour la formation des sociétés d'education gymnastique et militaire*, de George; *L'education militaire*, de W. Rustow, y otras muchas que pudiéramos citar.

Debido á esto, en las repúblicas Oriental del Uruguay y Argentina, en Bélgica, en Alemania é Inglaterra, los batallones escolares se han implantado, combatido rudamente, sufrido variaciones y anulados, por idénticas ó distintas razones; en unas partes por los gobiernos; en otras como en Alemania, por la prensa científica y pedagógica, y en Inglaterra, los ejercicios militares (military drilly), fueron sustituídos por la gimnasia pedagógica de Ling; y, aun en un país tan civilista como éste, decía Britten en un informe sobre el particular: «Indudablemente hubo un tiempo en que dicha instrucción debió considerarse de valor, cuando nuestros antepasados se veían impelidos á acudir al brazo fuerte para proteger nuestras libertades».

Esos batallones escolares de Europa, como de América que fueron suprimidos, siguieron esta suerte, por las mismas razones que los de la Escuela de Marte de Francia, por su mal empleo, por la política y por lo inadecuado de su aplicación; además, si esta educación é instrucción se concreta en las escuelas, ¿cómo los ejercicios de tiro lo han de practicar sólo los niños de más de catorce años?; por otra parte, el tiempo que había de transcurrir desde la fecha en que termina la primera enseñanza, á la de en-

trar en el servicio, es demasiado larga para que no se les olvide, y si se reservan estas enseñanzas al tiempo de la segunda, los niños empiezan tarde en lo que es tan preferente; y, por último, renunciar á lo que hemos dicho, afecta tan directamente á la salud de la Patria, que sería el mayor de los errores. Citaremos lo que dice el general argentino D. Bartolomé Mitré, en apoyo de nuestro criterio:

«Los ejercicios militares, dice, deben formar parte del plan de educación popular, como aprendizaje del ciudadano para la defensa nacional, como higiene del cuerpo y disciplina del espíritu y como complemento necesario de las nociones del hombre en la vida práctica, de modo de convertir los batallones escolares en una institución pública.»

El Consejo General de la Ligue l'enseignement, en sesión celebrada en 1.º de Diciembre de 1886, formuló cinco conclusiones que vienen á robustecer cuanto decimos y en un cierto punto á solucionarlo:

«1.º Sea cualquiera el sistema de educación nacional, los batallones escolares y los ejercicios militares, propiamente dichos, deben proscribirse hasta la edad de catorce años. No figurarán por lo tanto, en la escuela primaria, pero convendría que la educación gimnástica sea reformada y hecha obligatoria en todos los comunes, tanto en los rurales como en los urbanos.»

«2.º Después de los catorce años, la enseñanza militar será organizada en las escuelas medias, colegios y Ateneos. Es de desear además, que en todos los comunes, ya sean rurales ó urbanos, esa enseñanza sea instituída en el seno de las escuelas de adultos ó de sociedades libres, patrocinadas por la autoridad.»

«3.º Esta enseñanza comprenderá dos períodos, uno de catorce á diecisiete años, y otro de diecisiete á diecinueve años. En el primer período, la enseñanza será dada por profesores civiles, según un programa gradualmente desarrollado, comprendiendo los movimientos sin armas de la escuela del soldado, de la sección, del pelotón, de la compañía, sin que el niño pueda aun entonces ser regimentado en los batallones, con uniformes, grados, etcétera. En el segundo período, la enseñanza militar será dada por profesores militares, con arreglo á las reglas vigentes en el ejército, y comprenderá el tiro.»

«4.° En ninguno de esos períodos, el tiempo reservado á la enseñanza militar, podrá tomarse del consagrado á la gimnasia.»

«5.° Será conveniente que desde los catorce años, la enseñanza militar fuese obligatoria para todos los niños del país y conforme á las reglas enunciadas más arriba.»

¿Queda resuelto con lo dicho cuanto afecta á esta parte importantísima de la educación nacional? Hemos de analizarlo.

El general Trochu llama á las instituciones militares el motor, y á los ejércitos el organismo mecánico, repitiendo lo que Lloyd, y agrega que el uno y el otro han de llegar á la perfección, para que den todo cuanto de ellos debe esperarse, por la conjunción del Estado y del país, recibiendo éste unas enseñanzas *ad hoc*, que penetrando en las generaciones francesas, empezando por las más jóvenes, reciban el espíritu militar que no tienen, complementando y equilibrando, el espíritu guerrero que han tenido siempre. Y si esto dice Trochu de Francia, ¿qué diremos nosotros de España?; repetir lo que en otras ocasiones: que tenemos que imitar á los prusianos, á los que el citado general concede; «que han tenido la fortuna de apreciar los méritos de los primeros pasos de la vida».

De asunto tan capital no se han ocupado en nuestro país hasta el presente; por instinto, nuestros niños juegan «á los soldados», se regimentan á su antojo y hasta libran batallas, que siendo algunas pedreas, tienen incluso sus bajas de sangre; el símil no puede ser más perfecto, pero el Estado, repetimos, no ha intervenido hasta hoy en encauzar ese espíritu nacional, que brota expontáneo y en vez de desarrollarse por sus cuidados y bajo su guía, muere por falta de cultivo apenas nace. Ese espíritu militar que es una fuerza tranquila, pero sólida y duradera, y que conduce al rendimiento efectista por la disciplina, al perderse por la causa dicha, priva al Estado de uno de sus más grandes cimientos, y no existiendo, mal puede ir tras él el espíritu guerrero que es la fuerza en sus mayores energías de actividad, y de la que ha de sacarse por su dominio las mayores ventajas.

Un pueblo sin espíritu militar y guerrero no podrá jamás acometer empresas, pero si el espíritu militar le falta, no resistirá los hechos de armas en los que les sea adversa la fortuna, y ha-

brá de sufrir las fatales consecuencias de todos aquellos pueblos que, perdiendo la base moral por la falta de fe, careciendo de confianza en su propio esfuerzo, no han podido encontrar en su caída nada que los pudiera detener en ella; por eso, repetimos, que España necesita militarizarse.

En la educación, en la instrución y en el reclutamiento, han de ir unísonos tres Ministerios: el de Instrucción Pública, para dar el contingente educado é instruído; el de Gobernación, para que por la estadística esté completo, como es equitativo y justo, y el de Guerra que le toca complementar la obra. Nosotros no podemos menos de admitir el criterio del general Trochu, respecto á que las enseñanzas militares se han de inculcar en nuestras generaciones en sentido gradual desde las más jóvenes, y lo primero que hace falta para esto es un libro, un texto, en el que aparezca el dogma militar sin mezcla de religioso, ni político, ni nada que sea distinto del objeto propuesto; no es solo Trochu, Dragomirow, Fornelis y otros muchos sociólogos y moralistas que pudiéramos citar, defienden la tésis, pues el espíritu se ha de modelar, permítase la palabra, como lo hace el cuerpo que de la niñez va á la edad adolescente, á la adulta después y á la viril; porque si el jefe ha de tener la ambición de César, el odio al enemigo de Aníbal y la fiera resolución de perecer con gloria del Gran Federico, según Clausewitz, el soldado ha de llegar á la disciplina por el espíritu militar y de este al sacrificio por la Patria, inspirándose en las doctrinas militares, en aquella edad que no se olvida lo que se aprende en la infancia.

En ese libro han de comprenderse las ideas de amor á la Patria, de cuanto se le debe, las de que no hay sacrificio limitado á su defensa, que es la defensa del hogar, de la familia toda, y que todo ciudadano útil está obligado á practicarlo y á ennoblecerse con ello, porque no hay gloria mayor que la que por estos caminos se conquista, para con Dios y para con los hombres; para con Dios, porque el que muere por la Patria cumple con el más sagrado de los deberes, y la recompensa que le ha de conceder, será más grande que el sacrificio; para con los hombres, porque la historia nos muestra hasta dónde llega la gratitud de los pueblos por aquellos de sus hijos que dieron sus vidas en aras del heroismo, y á los que sobrevivieron en estas luchas, porque el sentimiento de

los deberes públicos, supo apreciar con exceso la valía de los servicios hechos.

Además, ha de propenderse á demostrar, que si la fortuna es adversa, también se puede tornar en próspera, y en este caso la templanza y la moderación con los vencidos, debe ser igual á la disciplina, el valor y la enérgica resistencia de los que han sido derrotados, por ser las condiciones impuestas para limitar los efectos que tal situación aporta, y los que pueden conducir á la reacción con la inversión de los términos.

Como podemos observar, estos preceptos abarcan tres categorías de enseñanzas morales: para con la Patria, para con los semejantes y para consigo mismo; pero todos están, aunque no aparezcan en sus doctrinas, íntimamente relacionados con los preceptos religiosos y sociales, á tal extremo, que consolidados forman un código perfecto de educación nacional que ha de enseñarse, no solo en las escuelas, sino en todos los centros docentes que no lleguen sus estudios á superiores; y vemos de qué manera el problema se va resolviendo, pues en nuestro juicio debe llegar la educación moral militar hasta que los niños acaben su primera y segunda enseñanza, y la instrucción militar, desde esta época, hasta que cumpla tres años de prácticas, concluyéndose entre los dieciséis y diecisiete años, que se llegará á complementar con la que reciban en el ejército á los tres años, en cuyo tiempo, si han olvidado algo de lo que aprendieron, resultará entre todas la menor contrariedad.

Organizar la nación toda en batallones escolares, entiéndase la juventud, no parece de fácil realización; bien que pueda hacerse en las grandes poblaciones, pero en las que siguen á éstas, en los pueblos, aldeas y caseríos, se impone practicarlo en otra forma, agrupando los contingentes más próximos, dando un nombre á cada agrupación, y nos referimos á los de más excaso número para lo primero, y cuidando que los oficiales de reserva sean los encargados de instruir, ya los batallones, ya las agrupaciones, más ó menos numerosas, en academias y ejercicios dominicales. Naturalmente que esto dicho así, es solo un pensamiento, debiendo el legislador darle forma apropiada y tan perfecta como indispensable es llevarlo á la práctica, haciendo cuantas concesiones y creando todos los privilegios que es-

timulen á lograrlo, pues de ello depende, en su origen, la regeneración de la Patria. Nuestros pronunciamientos y guerras civiles, nuestras emigraciones constantes y nuestro sistema colonial, han sido otras tantas causas fehacientes de la actual anemia nacional que nos aniquila; si la Francia reconoce por sus hombres sociólogos, que su población no aumenta, que las guerras de 1792 á 1870 son la causa de su estado presente, como también sus guerras coloniales, ¿no podemos afirmar nosotros lo mismo con mayor razón?, ciertamente; pero ¿á qué es debido todo esto, á más de lo dicho, que encierra las otras fundamentaciones? Pues á falta de educación moral-militar, á no sentir el sacrosanto amor á la Patria, y no tener aquella energía física necesaria y que puede exigir su defensa en un día dado. ¡Espanta comparar seis cifras, que son otros tantos datos! El Japón, raza amarilla, autoctona ayer, tiene extensión de 417.396 kilómetros cuadradros de territorio, y una población de 46.541.976 habitantes, con una densidad de 111 por kilómetro cuadrado, y es codiciada hoy para alianzas, hasta lograrlo nada menos que Inglaterra.

España con 504.552 kilómetros cuadrados de superficie, poblada de la raza latina, aria la más pura, tiene 18.089.500 habitantes y una densidad de 36 habitantes por kilómetro cuadrado; sus prestigios se encuentran ante la pública opinión, como no hemos de repetirlo; la comparación es terrible, triste es decirlo, pero también se ha de conocer que si la enfermedad no se declara, mal se podrá combatir y menos curarla; por eso hemos de volver á insistir que no se alcanzará más que por la militarización del Estado, dando prestigios á la familia militar, concediendo ventajas á los cuadros inferiores de la Milicia, amparando á sus huérfanos en asilos y escuelas, encauzando ese espíritu público que se llama militar, aunque lo digamos otra vez, y equilibrando los elementos que forman la vida nacional; porque si la política prepondera en sus absorciones, hasta no pensar el niño apenas consciente, á quién ha de dar su voto cuando el sufragio lo comprenda, para ser alguacil, sereno ó secretario de su pueblo y acariciar la idea incluso de librarse de quintas; y en esas energías políticas, que en más alta escala se traducen, en el destino con el que se vive sin trabajar y en la gracia sin merecimientos; en la contribución reducida á costa del recargo injusto del que milita en el

partido contrario, y en otra porción de atropellos que propenden á las verdaderas reducciones, por la holganza, de las energías agrícolas, científicas é industriales, y mientras tanto la noble carrera de las armas ocupa en este orden social la más baja gradería, será inútil empeño que los ciudadanos aspiren á ella sino se ennoblece el uniforme del soldado, del oficial, el jefe y el general, enderezando este proceso de manera que se complementen las enseñanzas militares en el elemento civil, y las civiles cuando los ciudadanos sean militares; y ante la conjunción de las dos grandes fuerzas nacionales, no caben deficiencias, si los estadistas por estos derroteros prosiguen la buena obra para bien de la Patria.

III

LA ESTADÍSTICA, EL RECLUTAMIENTO Y EL REEMPLAZO

Nos encontramos frente á frente de otro gran problema militar, propiamente dicho, pues hasta ahora sólo nos hemos ocupado de lo que pudiéramos llamar preparaciones para que esa masa enorme del Estado entre por las vías máximas del rendimiento de su potencia militar; ese otro gran problema es el reclutamiento y el reemplazo, que complementa á las otras preparaciones; su ley da la primera forma activa de la milicia, el ejército; lo que va tras del ejército en la Milicia es como el eco al sonido, la este a á la nave, la cabellera del cometa que atraviesa los espacios infinitos.

Hecha la ley, su perfecta ejecución se fundamenta en una ciencia: la estadística; ella garantiza la exactitud de las cifras, y de esa exactitud depende el aprovechamiento máximo del número, la potencial en su entidad toda, el conocimiento de las fuerzas con que se cuenta, que no es poco saber ese uno por ciento de la población total en que se calcula el anual reemplazo, pero sin mermas, filtraciones y descuentos.

Supongamos en la humanidad un punto de partida, el de la época en que se extendió por el globo cual las aguas de copioso manantial, y tendremos que las distintas producciones del suelo

serán en este caso otras tantas energías humanas con puntos de contactos en sus relaciones, pues estas relaciones que son á su vez las resultantes de los datos comparados, son el valor que la estadística facilita; de donde resulta, que la estadística, la ciencia del conocimiento de cuanto en el mundo existe descubierto por el hombre, es una ciencia numérica que todo lo invade y que pone por la relación una estima de concepto, y es fácil colegir la importancia que tiene en la vida moderna, que es la síntesis universal en todo, puesto que ella con un nombre y una cifra, ó un gráfico con números, suple la más esmerada sintaxis, la más elocuente oratoria y evita las mayores torturas del entendimiento; es la máquina fotográfica para la inteligencia, y si en todas las evoluciones de la humanidad presta grandes servicios, en la milicia, en el arte militar, en la ciencia de la guerra son indecibles é innumerables.

La estadística viene á ser la verdadera brújula con que la humanidad se orienta en los tortuosos, largos, difíciles y múltiples caminos que recorre, y descansa en dos grandes pilares: la demografía y el catastro; la primera, para la población, que comprende por el padrón y el censo, cuantos datos á ellas se refiere; y el segundo, por estos mismos medios, en lo que á las fincas rústicas y urbanas se contrae, como en toda producción industrial y de otras clases

Si descendemos del total globo que venimos considerando á la parcialidad España en la distribución de los habitantes con que cuenta, y suponemos una verdad en todos los datos, tendríamos con el catastro noticia exacta de nuestra riqueza agrícola é industrial, entre otras cosas, que es la base de la tributación justa y equitativa, lo que facilitaría el problema económico; y con la demografía, conocimiento justo, sin las ocultaciones que los consumos y otras causas pudieran producir, de la población en sus manifestaciones todas, y tal vez resultarían aumentados esos 18.306.068 habitantes que en el año 1901 nos da el Instituto Geográfico Estadístico en sus trabajos; este total se nutre hoy con 627.848 nacidos en un año, en proporción de 329.423 varones y 298.425 hembras, y hablamos del año 1900; y, de los 18.248.020 habitantes que en este año había, resultan de dicho total con los nacidos, una relación de 34,41 por mil habitantes, y 29,06 habitantes por un nacimiento; ahora, complementando el

cuadro con la relación que existe entre estos nacimientos, 627.848 y las defunciones, 536.716, tendremos la diferencia anual de 91.132 nacimientos, ó sea, una proporción de 116,98 nacimientos, por 100 defunciones.

No tenemos para qué extendernos en más consideraciones sobre la Estadística; nuestra existencia da á la humanidad un contingente de 116,98 por 100, que varía en los meses por los cálculos estadísticos, y en los lugares por los que nos dan los estadísticos geográficos; el mapa Balneario y Demográfico del notable Atlas de J. Vilanova nos lo demuestra bien distintamente.

Pero admitamos que nuestro capital humano, digámoslo así, consiste en 18.306.068 habitantes, formado por las economías de 91.132 seres con que exceden los nacimientos á las defunciones en un año, y que de los varones resultan hoy, por los datos oficiales, 119.948 hombres útiles para el servicio de las armas, de los que se aprovechan solamente 50.000 que es el cupo, perdiéndose, por lo tanto, las energías militares que representan 69.988 hombres cada año, y como sobre esto hay que agregar las naturales que el total contingente experimenta, y que Alemania aprecia en el 4 por 100 el primer año, el 3 por 100 el segundo y el 2 por 100 los restantes, resultará que la cifra total ha de subir á una cantidad respetabilísima; pero supongamos todo esto decimos y vendremos á la triste deducción, que si perdemos en energías científicas, agricultoras é industriales y en cuantas puedan servir de prosperidad á una nación, y á esto se le agrega que perdemos más de un doble de las energías militares, además de las que representan el menos del doble tiempo que tenemos de servicio que en otras naciones, en Alemania veintiocho años, resultará que no debemos extrañarnos el cómo estamos y menos de lo que sobrevenga. ¿Es que el intento de la instrucción militar obligatoria, que parece se trata ahora, salva la situación? No creemos tener necesidad ni de argumentar para demostrar lo contrario después de lo dicho; pretender llevar la instrucción militar obligatoria dentro de las filas sólo, es un remedio transitorio, á semejanza de lo que en Italia se practica, porque su problema económico no le permite implantar los procedimientos radicales de Alemania, y que poco resuelve aquí donde el atavismo impera, á la par de la política á tal extremo, que cada innovación, por más lógica y na-

tural que sea, lleva aparejada multitud de intrigas, amenazas y disturbios, ¿por qué?, pues porque faltan conceptos de deberes sociales, convencimientos morales del deber, y de ahí que no se acometan los problemas sociales que tanto afectan al bienestar de los pueblos, con aquella franqueza y energía que requieren.

Claro es que no resulta asunto baladí implantar el servicio militar obligatorio en un país de estas condiciones; ¿pero hemos de renunciar por ello á tan beneficiosa institución?, de ninguna manera; por esto y otras razones, decimos, que los fundamentos de otras edades en la Milicia y los presentes tienen puntos de contacto, el principal de ellos es: «que los ciudadanos útiles deben defender la Patria», y no nos cansaremos de repetirlo; lo primero que se dice en España sobre este particular es que se priva al Tesoro del ingreso que los redimidos representan, que no hay cuarteles, etc.; más no es bastante, porque hay otros medios de aportar esos recursos; se impone que la educación militar y la instrucción sean un hecho; que los doce años de disponibilidad militar que la nación tiene hoy derecho sobre el individuo, se conviertan en veinticinco, y, en una palabra, estudiar mucho y bien el problema para resolverlo como otros países lo han conseguido.

***

Recordemos, cómo define el *Ejército Marselli*; dice: «que es un cuerpo orgánico», «que un ejército no es igual á un protozoario, privado de forma definitiva por medio de órganos distintos y armonizados, sino que se asemeja al mamífero más perfecto. Como consecuencia de esto no encontraréis un solo órgano para todas las funciones que no permitan distinguir, como sucede con los protozoos, el órgano vocal del núcleo para la reprodnacción, sino que cada función tiene su órgano propio, diferente de los demás por su forma y extructura; y todos los órganos concurren á la unidad. En el organismo animal, lo mismo que en el social militar, llámase esto clasificación del trabajo y unidad de las funciones ó sea vida».

«En un Ejército hay colectividades diferentes, reunidas en órganos ó cuerpos, destinados á combatir, unos á pie, otros á ca-

ballo, cuáles con armas de mano, quiénes con armas de tiro, ó con las unas y las otras como ha sucedido en los modernos. En un Ejército hay quien se ocupa de trasportes, de comunicaciones, de animales y de los medios de subsistencia. Tales cuerpos se subdividen en partes menores, que aseguran la articulación del todo y distribuyen el trabajo en lugar de centralizarlo, impidiendo con la acumulación de este, la congestión del cerebro, la atrofia de los miembros.»

«Un Ejército, por tanto, antiguo ó moderno, no es la suma de sus individuos, sino una agrupación especial ó relación entre estos; es una sociedad orgánica especial. En ella encontráis un cerebro que piensa, un corazón que late, miembros particulares de locomoción y de percusión, nervios que trasmiten el pensamiento y la voluntad, del centro á la periferia y las reacciones de esta á aquel; en suma: un verdadero sistema de circulación de la vida, un sistema armónico de movimientos pensados.»

«La vida dura mientras la fuerza fisiológica domina las afinidades químicas, ó en otros términos, mientras que la unidad del organismo impide á los diferentes elementos materiales á abandonarse á sus relaciones particulares. Con la muerte recobra la afinidad química su dominio sobre la materia orgánica y mediante el progreso de la descomposición, la vuelve á convertir en inorgánica, del mismo modo la vida y la salud de un Ejército duran hasta que la potencia unificadora, el fin para que existe el Ejército, conserva su imperio, mantiene obedientes y unidas sus partes, es decir, los cuerpos y los individuos. No bien falta esa unidad y los elementos se abandonan á su egoísmo, cuando al orden sucede la licencia, que si descompone la sociedad general, disuelve mil veces más á la sociedad militar, de donde resulta la necesidad de un fuerte poder autoritario y por tanto la santidad de la severa disciplina.»

Marselli, en el penúltimo período de su grandiosa síntesis figurada, hace una evolución seleccionista y de transformismo; su claro intelecto no salva ya la distancia del protozoario al mamífero perfecto, sino que llega á la sociedad que piensa, siente y palpita; pero esas distanciaciones, cada día más acentuadas, no parecen hoy comparables á partir del ser orgánico en su más simple manifestación, ni al enorme anfibio que para vivir desembalsaba

grandes masas de agua de caudalosos ríos, trocando las charcas y lagunas que eran gérmenes de muerte en verdaderos oasis de variadas y ricas producciones; no; ni al hombre es comparable, ni á la sociedad mostrada; más se asemeja el ejército, en nuestra humilde opinión, á la máquina colosal, que impulsada por la corriente eléctrica que determina la conjunción de las sublimidades de la inspiración y las altas concepciones de la ciencia, inundadas sus fibras, sus moléculas todas por tan mágico fluído, lleva allí donde su radio de acción toca los bienes todos que el progreso determina como las resultantes de su objetivo; ese es el ejército; Marselli más parece que habla de la Milicia.

Las agrupaciones de los primeros hombres, los éxodos numerosos que marchaban luchando para vivir á los pueblos de hoy, en la guerra de 1870 por ejemplo, determinan esta evolución, trazan la figura dicha; habrán tenido variantes más ó menos determinadas, pero siempre ha existido un factor con mayor ó menor extensión, la recluta, llámese leva ó alistamiento; las tropas iranas, persas, griegas, romanas, las milicias indisciplinadas feudales, los ejércitos permanentes y la Milicia de la Nación armada de nuestros días, se han formado, repetimos, por el alistamiento voluntario, por la leva ó por la conciencia de los pueblos á la prestación de un deber; el primero producía las tropas mercenarias, los condotieri, que eran las tropas extranjeras asalariadas y las nacionales que el enganche producía, abandonado en Europa, menos por Inglaterra. Las levas dieron ocasión á la prestación personal del servicio militar como en la edad media; al ejército permanente con mucho tiempo en las filas, con la sustitución y la redención, llamada exoneración, tiempo que se ha ido reduciendo, gradualmente, hasta llegar á la tercera etapa con poco tiempo en las filas, y deber ineludible de prestación personal del servicio militar, quedando por citar la Nación sin ejército permanente, que explicaremos más adelante; y como el número del contingente excede á lo que los presupuestos permiten, uno de los problemas que encierra el gran problema del reclutamiento, es compaginar el que todos los ciudadanos se eduquen é instruyan y presten el servicio militar dentro de los recursos con que cada Nación cuenta.

Todas estas maneras de ser de las tropas han obedecido á una

causa, á las relaciones determinadas por el medio ambiente en que vivían los pueblos que las formaban, y así se han ido resolviendo poco á poco esos múltiples problemas hasta venir á parar en esta síntesis, que más es recordación: «Todos los ciudadanos del Estado que sean útiles, están obligados al servicio personal militar»; aquí está la verdadera ley de reclutamiento, que resuelve las tres condiciones fundamentales, ciudadano, no mercenario y obligación verdadera de servir al país; es decir, si los que ingresan en el ejército han de ser ciudadanos ó extranjeros; si obligados por la ley ó conquistados por el dinero; si están todos los útiles obligados al servicio militar ó parte de ellos; si los ricos podrán redimirse por cierta cantidad equivalente al servicio personal ó con menos dinero estar menos tiempo en las filas; si se permite el enganche y reenganche, la edad, el tiempo en filas, el que ha de estar el militar á disposición del gobierno, las exenciones en pro del ciudadano, del Estado y de los intereses del trabajo pacífico; las categorías en que se han de repartir los hombres de la quinta y las condiciones que corresponde á cada una de ellas, lo que dará la potencial de la Nación en el concepto armado, pudiéndose distinguir perfectamente, cuales son las jurisdicciones que en lo expuesto tienen el reclutamiento y el reemplazo.

Como hemos dicho, para llegar en tan grave evolución á calificar los conceptos, ha sido menester larga experiencia, explicación de los fenómenos y la cooperación en esto de los hombres eminentes en sociología; la ley de reclutamiento al llegar aquí, no hace otra cosa que regular un deber de ciudadanía que deben sentir todos los ciudadanos. Aquellos pueblos de la antigüedad tenían su manera de ser, repetimos, y sus tropas se adaptaban á ella. Las tropas de Xerjes, con todas las clases sociales, en su enorme contingente; los de Grecia con las privilegiadas en los suyos tan pequeños; Roma, venciendo á Anibal con los escogidos y á los germanos y otros pueblos, con las tropas reformadas por Mario y César; el feudalismo con las Milicias dichas, las Cruzadas que fueron la primer noción de la Milicia con ciertas perfecciones, por sus fanatismos, su fe y sus heroismos; las tropas de Luis XI de Francia, al que atribuye Vial la primera formación de los ejércitos permanentes, por asalariar á mercenarios suizos, mientras que Marselli lo hace á su padre Carlos VII, justifican nuestro

aserto, y lo amplía al llegar á la verdadera existencia de los ejércitos permanentes con Fernando el Católico, que hemos citado, encarnación del poder absoluto en la manera de ser de los ejércitos, con la mucha permanencia en las filas y otras circustancias.

Viene después Luis XIV; las prestaciones personales cesan, se paga en dinero el impuesto de sangre, herencia de los mercenarios, cuando los nobles se evitaban del servicio militar, pagando una tasa al Estado; se asuelda al ejército mediante una contrata hecha con empresarios llamados Coroneles, gente del poder y mala generalmente, según Vial; el país se encuentra en un todo divorciado del ejército, las levas se suceden, una especie de conscripción sin legalidad era entonces la Milicia, según la calificó el general Gouvion-Saint-Cyr, en 1818, pues decía: Que se exceptuaban, entre otros, la nobleza, el clero y hasta sus criados; Milicia que en 1726 de temporal llegó á ser permanente, y que se nutría además de las levas por sorteos.

Llega la revolución francesa de 1792, que el reclutamiento no tenía base; el espíritu público hace que las filas de los batallones sean invadidas por los ciudadanos, pues la emancipación de la ciudadanía es un hecho; aquellos batallones hacen verdaderos prodigios, nutriendo el ejército permanente en proporción de dos batallones por cada uno de éste; pero los voluntarios no tenían más que el nombre, pues las requisas y las levas echaron á la frontera á casi toda la población útil en masa. La soberanía del pueblo pareció afirmarse, aunque pasajeramente, en el régimen político, en su ejército, y sobre todo, en el combate. La ley sobre la quinta legalizó el movimiento espontáneo. Napoleón supo dirigir esta fuerza, que resurgía más potente que nunca; el espíritu público; el Arte Militar sufrió una verdadera revolución; ya no hubo cuarteles de invierno, ni campamentos, ni la estrategia esclavizada á los almacenes, como en tiempo de Luis XIV; la guerra de sitios había muerto; la de Ejército contra Ejército, la del objetivo principal, la capital del Estado, después de batir hábilmente cuanto al paso se opusiera, fueron, entre otras, las grandes inspiraciones de aquel genio inmortal de la guerra; en Francia, según Clausewitz, se habían unido las dos fuerzas: la militar y la civil», y las consecuencias fueron en armonía con elementos tan poderosos.

De tal revolución, los espíritus privilegiados habían de sacar necesariamente provechosas enseñanzas. El 19 de Fructidor año VI (5 Septiembre 1798), el reclutamiento entra en un camino de regularidad, estableciendo en una ley el sistema de la conscripción, que llamaba, al servicio militar, todos los jóvenes de veinte á veinticinco años, empezando por los más jóvenes y sin reemplazo, ley que el Imperio conservó, señalándose los albores de aquel Ejército de los pueblos regidos constitucionalmente; la verdadera Milicia, el Ejército permanente, con breve estancia de los soldados en filas, fuertes reservas, mayor concurso del país, en suma y mayores preferencias en los múltiples intereses sociales, pues las Cámaras proveen á los militares, en armonía con los económicos, y, en general, con todo el desarrollo de las actividades pacíficas, forma que se adapta á la república y á la federación inclusive; pero este problema lo estudiaremos más adelante.

Desde esta fecha el reclutamiento y el reemplazo del Ejército sufre una serie de modificaciones en Francia, que no tenemos para qué detallar, pues nos basta saber, á nuestro objeto, que en 1868 una ley debía aumentar el efectivo; pero cuando aún no era un hecho, sobrevino la guerra de 1870, y Francia fué tan verdaderamente sorprendida como destrozada y deshecha, y en 1872, es decir, después de la catástrofe material y moral, establece el servicio militar obligatorio, haciéndole personal é insustituible, restringiendo las exenciones, ley que con otras recopila la de 1889, resultando con sorteo, por las bolas numeradas y con listas nominales, sacando aquéllas los mozos ó sus representantes, consejos de revisión cantonal, y entre otras cosas más, estímulos como el art. 7 del tít. I, que dice: «Nadie será admitido en una administración del Estado si no justifica haber cumplido con su deber militar», y entre otras reformas que propenden á la justicia y á la equidad, la cuota militar de 6 francos y una cuota provisional igual ó mayor á la principal ó mayor personal moviliaria del sujeto antes de cumplir 30 años, y si tiene ascendientes de primer grado, ó uno de ellos, la cuota será aumentada con lo que resulta aplicando al ascendiente la misma regla, etc. Esta cuota han de pagarla los exceptuados, los aplazados, los destinados á servicios auxiliares, ó á la segunda parte del contingente, ó por cualquier otro motivo que les beneficie del deber del servicio activo, no

comprendiéndose los licenciados por heridas, los inútiles y los indigentes; y termina diciendo la ley que un reglamento de administración pública determinará las medidas necesarias para que se lleven á la práctica sin efecto retroactivo, lo que quiere decir que la ley da margen al reglamento.

Menos entre los ingleses, suizos y americanos, este sistema se encuentra establecido, poco menos que en todas partes; desprestigiados los otros sistemas, reconocido que por el servicio personal militar obligatorio se tiene un ejército numeroso, bueno y barato, se necesita ser inglés ó yankee para no reconocerlo: el inglés, porque sus islas no lo exigen, según ellos; el yankee, porque su tendencia será imitar á la raza madre ó porque tal vez acariciará la la idea, por lo pronto, de hacer con el canal de Panamá una inmensa isla de su exclusivo dominio, del continente norteamericano; ¡quién puede calcular á lo que aspira ese pueblo en su tenebrosa existencia! En la guerra de la India, Inglaterra lanzó una verdadera nube de reclutadores por toda la nación, ofreciendo primas considerables, y no pudo reclutar cuanto necesitaba; y hoy vemos lo que le ha pasado en el Sur de Africa.

En la guerra de América, el Norte después de recurrir á todo, tuvo que apelar á la conscripción: ¿cómo llegar por este medio á los actuales ejércitos?, pregunta Vial en su notable obra *Cours D'Art et D'Histoire Militaire*, y después agrega: ¿No es vergonzoso entregar á manos de extranjeros la defensa de la Patria, ceder un ciudadano á otro este sagrado deber?

Naturalmente; hombres como los que venimos citando y muchos más, han hecho luz sobre el asunto. Rogniat dice sobre la edad: «Cuando el hombre llega á los treinta años, se ha observado que empieza á perder su flexibilidad de cuerpo y de espíritu; los movimientos no le son agradables; la actividad de la juventud, que hace encuentre en la vida errante y accidentada muchos encantos, se calma gradualmente, para hacer plaza á la idea del reposo y tranquilidad, en esa edad los soldados son menos apropósito, por lo tanto, para llenar en un todo sus deberes».

Montecuccoli, aplicando una sentencia de Tácito, dice: «Se asueldan los hombres, no de la hez del vulgo, ni al acaso, sino que se quiere escogerlos de entre los mejores, que sean sanos, valientes, robustos, que estén en la flor de la edad, endurecidos por las inco-

modidades del campo y los oficios fatigosos, no los holgazanes, afeminados y viciosos».

Foscólo, sobre el mismo aforismo, expone: «Siempre que los descritos en tiempo de guerra, no muy reñida, sean enviados á sus casas después de determinado número de años, no se perjudicará, ni la agricultura, ni la propagación, ni la juventud aborrecerá la Milicia, porque tendrá cierta esperanza de gozar de la tranquilidad doméstica en la edad menos verde».

Rici agrega sobre sistema mercenario: «Que no es moral, ni económico, ni suficiente».

Y nuestro inmortal Villamartín va dentro de los límites que su reconocida modestia le propone á problema tan complejo, con aquella clarividencia tan remarcable de su espíritu: recomienda á los grandes sociólogos soluciones acertadas y espera en que ellos las encuentren: y él, partiendo de la quinta, que en su juicio ha sido el primer ensayo en su género, como la capitazación de los tributos, da solo unas bases que fundamenta en dos factores: riqueza y población: el primero, de solución fácil, puesto que la moneda es divisible, y á más, tener más obligación y más impuesto; pero como al hombre no le sucede esto, por no ser divisible, si hubiera de corresponder un individuo por cada diez familias, la suerte ó la voluntad podría designarlo, y las otras nueve familias tendrían que remunerar con dinero á la que da el hombre, pudiendo resultar de aquí una milicia voluntaria sin gravar el tesoro; esto, como se ve, es un medio ingenioso, uno de otros tantos grandes pensamientos que orientan al hombre en cuanto pretende resolver y que complementa los aspectos en que venimos analizando este problema, faltando sólo examinar la forma militar que excluye en todo ó en parte el ejército permanente por medio de cuadros permanentes y la masa ciudadana instruída en la paz para la guerra, sistema que se adapta á las repúblicas democráticas, en las cuales las actividades pacíficas triunfan, como en Suiza, que encuentra mejor este procedimiento porque se cree amparada por las condiciones topográficas de la nación, y que Bélgica, sin embargo, no imita.

La paz de París, que dió á los Estados Unidos su independencia en 1783, determinó en esta nación su propia manera de ser, en la que no figuró su organización militar más que con cua-

dros y la masa de la población mayor ó menormente instruída en concepto militar. Sobrevino en 1861 la guerra de Secesión, que duró cinco años, y que costó al Norte catorce mil millones y sobre otros tantos al Sur; se improvisaron grandes ejércitos; el armamento y el material de guerra, no tomó otros rumbos; las luminosas chispas de las ciencias en estas artes é industrias brotaron allí por todas partes, pues por mar y tierra se vieron realismos de las más grandes concepciones, y aun al país que no está por otro amenazado, y que se encuentra lejos de nuestro continente, después de mostrar que era bastante fuerte para rechazar toda agresión, como hizo al conquistar su independencia, aun en estas condiciones, decimos, se discute si ese enorme gasto de veintiocho mil millones se hubiera evitado en parte al tener estos Estados ejércitos permanentes sostenidos en los setenta y ocho años que mediaron desde su libertad á la guerra; no creemos necesario entrar en un orden de profundas meditaciones; los dos Estados contendientes se encontraban en igual situación; y si en el orden económico, el problema puede admitir discusión, en el militar, si unode ellos hubiera estado con organización militar perfecta, el otro irremisiblemente hubiera tocado las desastrosas consecuencias.

Se compran y aun perfeccionan las armas, si hay lugar para ello; se improvisa inclusive cuanto se quiera, si existen condiciones intelectuales; lo que no puede comprarse, ni admite improvisación, por mucho dinero que se tenga, son las condiciones militares de un pueblo; cinco mil millones costó á Francia la guerra del 70 con Alemania, y tenía Milicia, ejército, pero con inferiores condiciones. Los Estados Unidos hicieron con sus industrias cuanto se les quiera conceder, pero en la recluta para la creación de esos grandes ejércitos, al emplear el enganche voluntario, no hicieron otra cosa, como ahora los ingleses para Africa, que la racolaje de Luis XIV, el verdadero mercado de compra y venta de la carne humana.

Pero vamos más lejos aún; este sistema desencaja tanto en la vida moderna de los pueblos, que aun en tiempo de Federico, los mercenarios desertaban á pesar de la atroz disciplina prusiana, como la llamó Lloyd, é imponía las levas forzadas é inexorables; ¿qué no hubiera conseguido capitán tan insigne con el mecanismo

orgánico de la milicia que Scharnhorst implantó después de las tristes jornadas de la Prusia?

Pero como los dos Estados, repetimos, se encontraban en idénticas condiciones, no influía esta manera de ser en los éxitos guerreros. Vigo de Rousillón, entre otros, lo demuestra en su trabajo sobre la potencia militar de esta nación confederada, y si en estas bases de los Ejércitos, las deficiencias eran tan remarcables, las del arte de la guerra no quedaban atrás; la autonomía en el mando fué tán extremada, que la cohexión no existía, las fuerzas dislocadas carecían de ese contacto de disciplina y que el mando impone, y preponderaba el sistema que Napoleón había destruído, la guerra de posiciones, la misma que emplearon los ingleses en el Sur de Africa, en un principio, y que tanto les costó; los esfuerzos de Grant y Sherman para aumentar el núcleo permanente, fueron inútiles; la guerra no acabó hasta que la estrategia fué empleada y la guerra de maniobras dió lo que produce la inteligencia sobre la masa poco menos que inerte.

***

Cada año da toda nación una centésima parte de sus habitantes para nutrir las filas de la Milicia, y hemos visto cómo se ha de entender el reclutamiento y el reemplazo bajo el aspecto general; no creemos necesario recurrir á la organización militar de todas las Naciones; sería un trabajo material de copia de los muchos libros que del particular se ocupan, y que no nos mostraría más, á nuestro objeto, que cuanto hemos evidenciado.

Según la prensa, el actual ministro de la Guerra ha presentado á las Cortes un proyecto de ley de reclutamiento y reemplazo para nuestro Ejército, y que aunque ha de sufrir las naturales modificaciones, por lo importante del asunto transcribimos, ya que la ocasión lo exige, el extracto que conocemos. Se varía la clasificación de las situaciones que en los doce años á que obliga el servicio pueden tener los mozos alistados: la forma de redención á metálico; se imponen multas á las empresas nacionales de vías marítimas que admitan á bordo á individuos que carezcan del com-

petente permiso de la Comisión mixta de reclutamiento, y se dan facilidades para venir á cumplir sus deberes militares á aquellos reclutas que se hallen ausentes de España.

Se limita á cinco mil almas el máximum de las que han de formar las secciones encargadas de los preliminares del reemplazo. Las exenciones del servicio militar se clasifican en totales, condicionales y temporales. Se suprimen las exclusiones por cortos de talla, la de religiosos profesos y novicios de las órdenes religiosas, y por servicios prestados en las minas de azogue.

Desaparece la excepción que gozaban los colonos agrícolas y se conceden determinadas condiciones á los mozos que mantengan á su padrastro ó madrastra y á los huérfanos acogidos en la niñez que se encuentran en igual caso. Se fija hasta el 1.º de Agosto, que es la fecha del ingreso en caja, para que se considere cumplida la edad del que produce la excepción. Se aclara lo ya indicado en la ley que no produce excepción el matrimonio de un hermano, celebrado después del día del sorteo.

Se propone que sean secretarios de las Comisiones mixtas los jefes del Ejército que desempeñen los cargos de oficiales mayores, quedando éstos suprimidos.

Se establece el padrón militar, trabajo encomendado á las Comisiones mixtas. Se concede derecho de alzada á los acuerdos de las Comisiones mixtas en los casos de enfermedad ó defectos físicos. A los redimidos á metálico se les conserva en las mismas condiciones que los demás mozos de su reemplazo; en caso de guerra ó de grande alteración de orden público, serán llamados á las armas, quedando relevados de todo servicio que no sea el de instrucción y el de armas á ella anejo, y utilizando los conocimientos que posean y en los cuerpos se adquieran, se procurará con ello tener un cuadro de oficiales de la escala de reserva gratuita. Se dan facilidades para prorrogar el ingreso en el servicio activo á los mozos que se hallen en determinadas condiciones, teniendo que contribuir para ello con un impuesto proporcional á la fortuna que ellos ó sus padres posean.

Se establece la cuota militar que han de satisfacer los mozos de licencia ilimitada, no llamados á fila; los excluidos ó exceptuados del servicio activo y los padres ó tutores de los declarados prófugos. Con los arbitrios impuestos por prórrogas, cuotas ó

multas se constituye un fondo especial llamado *Tesoro de Guerra*, y que se destinará á la compra de armamento y material de guerra y gastos para instrucción. Los reclutas por exceso de cupo con licencia ilimitada, serán destinados á los cuerpos armados, pero permanecerán en sus casas, sin goce de haber. Recibirán instrucción militar y cubrirán las bajas naturales que en período de paz ocurran en sus cuerpos. Se reforma, por último, el cuadro de inutilidades físicas, dividiéndolas en cinco clases: la primera, que determine la exclusión definitiva del servicio; la segunda, que las declaraciones las hagan las comisiones mixtas; la tercera, las que han de proceder al reconocimiento y observación facultativa; la cuarta, la exclusiva temporal que determinen las comisiones mixtas, y la quinta, la que resulte del reconocimiento y observación.

Como es de suponer, nada se puede decir de lo que es sólo un proyecto de ley, aun observándose en él ciertas tendencias de conciliación, razones por las cuales continuamos el plan que nos habíamos propuesto en esta parte de nuestro estudio, considerada como una de las más principales, y encaminado á evidenciar completamente que la forma militar más aproximada á la que los hombres eminentes persiguen, es la de Alemania; Prusia siguió los derroteros de la Francia revolucionaria, pero en vez de destruir lo conquistado, ha ido perfeccionándolo en la serie de años que sucedieron á sus grandes desastres. El pueblo militar por excelencia, nació por las enseñanzas de Wilhemstein, que supo á la preclara inteligencia de Scharnhorst, aquel memorable artículo en Abril de 1806 (Goltz, Rosbach y Jena), sobre la creación de una milicia nacional. «Sólo así, decía, armando á todo el pueblo puede equilibrarse una potencia pequeña en la guerra defensiva la fuerza de otra grande que la ataca para aniquilarla». Estas palabras que debían ser esculpidas en oro y las más ricas pedrerías, son el dogma para la salvación, no sólo de España, sino de todo pueblo que ame su libertad y su independencia; por eso, al estar identificado con este criterio el nuestro, todo lo que á ello no conduzca, será por nosotros rechazado; y para complemento de cuanto sobre el particular dijimos en la segunda parte de nuestro estudio, desarrollaremos con los mayores datos el mecanismo militar de Alemania, cuyas instituciones y organización es tan digno de ejemplaridad, para que entendamos de una vez, como dice Mar-

selli: «Que deben pagar los impuestos de dinero y de sangre, todos los que poseen bienes muebles, bienes inmuebles y miembros útiles, porque el sagrado deber de la ciudadanía no puede aplicarse al principio de la división de las ocupaciones. El deber militar no es trabajo, sino ejercicio, escuela en paz y deber general en guerra; ennoblecido el antiguo principio feudal de la obligación del servicio militar, pero haciéndolo soportable en la paz con la brevedad de la permanencia sobre las armas, y soportable en la guerra, disminuyendo la frecuencia y duración de ella».

El general Rau y después J. Lauth, han venido publicando una serie de notables trabajos sobre la organización militar de los más principales Estados; de estos, de lo hecho por nuestros tratadistas Ruiz y Melgar, y otras obras dignas de consulta, como la *Revue Militaire des Armées Etrangers*, hemos sacado los siguientes y curiosos datos que complementan este estudio.

La ley constitutiva del ejército Alemán de 1871 (*ein einheitliches Heer*), forma un ejército imperial alemán A. 11-63 á 68 de la constitución de 16 de Abril, como la marina de hoy. Veinticuatro son los Estados soberanos que bajo la hegeomonía de Prusia forman la Alemania; unos tienen sus contingentes armados administrados por la Prusia, y otros conservan su ministerio particular que administran directamente sus contingentes.

De los primeros, son principados de A), Schwarzbourg, Sondershausen, Schaumbourg-Lippe, Lippe Detmold, Waldeek, ciudades libres de Bréme, Hambourg, Lubeck; B), Grandes Ducados de Oldenbourg, Saxe-Weimar, Ducados de Anhalt, Saxe-Meinnigen, Saxe-Altenbourg, Saxe-Cobourg Gotha, Principados de Reuss (ligne aînée), Reuss (ligne cadette), Schwarzbourg-Rudolstadt, Ducado de Brunswick (la convención de 24 Marzo 1886, puso fin á la autonomía militar del ducado; C), Gran ducado de Baden; D), Gran Ducado de Hesse, Mecklembourg-Schevérin y Meclembourg-Strélitz.

Los Ducados que se administran directamente son: Saxe, Wurtemberg, Baviera, Alsacia, Lorena y Helgoland.

El reclutamiento se hace por una ley de 1893, y el servicio es obligatorio y personal de diecisiete á cuarenta y cinco años, que en principio no admite ninguna clase de exención completa del servicio, salvo los miembros de las familias reinantes, etc., los com-

pletamente inútiles, los que han de sostener á su familia, y algún caso, de la carrera eclesiástica.

El número de individuos de veinte años, es sobre 540 mil, de los 45 millones de habitantes con que cuenta, pero 50 mil por lo menos escapan del reclutamiento, principalmente por la emigración, presentándose, por lo tanto, cada año 490 mil; de éstos, dos terceras partes se les aplaza el ingreso por no estar suficientemente desarrollados, desde los diecisiete á los veinte años; pero como éstos son reemplazados por los de las clases anteriores, resultan los 490 mil hombres que se clasifican de la manera siguiente:

De los 490 mil hombres, puede considerarse que son declarados inútiles 40 mil; 13 mil los que sostienen sus familias, 6 mil para la marina, 22 mil enganchados voluntarios por un año y 1.200 indignos, que rebajados del total resultará éste con 407.800 hombres, 408 mil para que la cifra sea redonda. Estos hombre se clasifican por orden de aptitud física, y á partir del número uno, se toma el total del contingente aumentado con el 5 ó el 6 por 100. El año 1897, el contingente incorporado fué 219 mil, y sobre 16 mil, con el título de überzählig, ó sea, destinado á reemplazar las bajas, resultando 225 mil hombres. Esta cifra la calcula el ministro de la Guerra de manera que sus gastos estén comprendidos en lo asignado en presupuesto; la ley de 25 de Marzo de 1899, fijó el efectivo en 495.500 hombres.

Los gastos en Alemania ascienden á cerca de cinco mil millones de francos, pues aunque los gastos generales ascienden á 1.900 millones, los particulares de cada país suman 3.100 millones, distribuídos en la forma siguiente: Baviera, 360; Saxe, 62; Wurtemberg, 66; otros Estados, 332, y Alsacia-Lorena, 500.

Los gastos militares para 1900 á 1901 se elevaron á 803 millones (de ellos, 650 normales y 153 extraordinarios). En estos gastos no están comprendidos ni los relativos á la gendarmería, que están á cargo de los fondos particulares de los diferentes Estados, ni las pensiones militares. Estas ascienden á 90 millones de francos, y figuran una parte solamente en los presupuestos del imperio. Las ocasionadas por la campaña de 1870 y las anteriores, incluso las de los ancianos militares del Schleswig-Holstein, y los que quedaron pensionados franceses en Alsacia-Lorena, son pagadas

por los fondos particulares de inválidos de 600 millones de existencias sacadas de la indemnización de dicha guerra.

La Administración Militar puede además recaudar por varios conceptos, como venta de terrenos militares, cartas del Estado Mayor, etc. Además, Alemania cuenta con un tesoro de guerra en metálico, que no produce por lo tanto, depositado en la torre de Julius de la ciudadela de Spandau, tesoro que se eleva á 150 millones de francos, destinados á pagar los gastos de movilización, fondos que existían antes de la campaña de 1870 en cantidad de 112 millones, y que fué aumentado como el fondo de inválidos, de indemnización de la guerra.

Los efectivos incluídos en los presupuestos en la fecha que nos referimos, ascienden á un total de 621.045 hombres, distribuídos, aproximadamente, porque no es cifra exacta, en la forma siguiente: oficiales, 23.730; sub-oficiales, 79.873; soldados, 495.500; médicos, 2.155; veterinarios, 659; pagadores, 1.039; armeros, 1.014; guarnicioneros, 93; en la intendencia, 2.000; limosneros, 250; en cajas militares, 100; Auditoría, 250; administración de guarnición, 2.200; personal administrativo de servicio de sanidad, 700; farmacéuticos, 22; remontas, 160; diversos, 2.300; voluntarios de un año, nueve mil.

El ministro, decimos, antes de facilitar estos datos para complementar el concepto, tiene presente de entretener el efectivo de paz de los 495.500 hombres dentro del presupuesto, teniendo en cuenta que no estén comprendidos los oficiales, suboficiales y voluntarios de un año.

La incorporación del contingente tiene lugar el año mismo de su inscripción en las listas del Ayuntamiento en los primeros días de Octubre, para los reclutas de caballería, y sobre el 15 para las otras armas. Los que del reclutamiento resulten con el más ligero defecto físico, pero que no les impida prestar servicio en tiempo de guerra, pasan á lo que se llama Ersatzreserve (reserva de reclutamiento), ingresando después en el primer ban de landsturm, lo mismo que los dispensados del servicio activo por sostener sus familias y carreras incluídas en la ley.

El servicio militar de todo alemán se divide en dos períodos: de veinte años á treinta y nueve es servicio efectivo (Dienstpflicht), y de diecisiete años á cuarenta y cinco todo ale-

mán está sujeto al servicio de landsturm (Landsturmflicht).

Durante el servicio efectivo, los que lo prestan en caballería y artillería de á caballo, permanecen tres años en las filas; en las otras armas dos años sin interrupción, pero en caso necesario el Emperador puede aumentar el tiempo. Después de este plazo pasan á la reserva por cuatro años y medio ó cinco y medio, los primeros y los segundos, respectivamente; cumplido este tiempo, ingresan en la landwehr (1.° aufgebot); en ésta quedan los de Caballería y Artillería tres años que, con los siete y medio suman diez y medio y los de Infantería cinco, que con los siete y medio, hacen doce y medio, y pasan al segundo ban de la landwehr, permaneciendo en ella hasta el 31 de Marzo, en que cumplen los treinta y nueve años; los que entran antes, quedan hasta esta fecha, en la que cumplen los diecinueve años de servicios.

En el tren de equipajes, todos los hombres incorporados prestan un año de servicio activo; para los enfermeros, el servicio varía entre uno y dos años. Cierta categorías de jóvenes no sirven más que un año á título de voluntario; los estudiantes de medicina sirven seis meses en los cuerpos y otros seis de ayudantes de médicos. Los instructores, un año.

Con el objeto de reparar las pérdidas sucesivas que sufre todo contingente, la ley de 3 de Agosto de 1893 dispuso que sobre el contingente anual se aumentara un 5 ó 6 por 100 por unidad, y que á medida que desapareciera un hombre del contingente, fuese reemplazado en concepto del presupuesto por uno del Nach-Ersatz. Después del servicio activo, los hombres quedan sujetos á ejercicios periódicos según la ley de 1874. Durante la residencia en la reserva, pueden ser llamados dos veces al año por una duración de ocho semanas ó más cada vez. En la landwehr, el tiempo de las prácticas es de catorce días ó más cada una de las dos veces anuales, en la primavera y el otoño, más numerosa en la primera.

Por la legislación anterior á la de 1893, los mozos declarados aptos para el servicio se dividían en dos categorías; entonces el contingente era de 360 mil hombres, y resultaron unos 180 mil útiles y otros tantos que no lo eran del todo; estos últimos pasaron á la situación dicha, y los otros, que se llamaron de la primera categoría, sufrían un sorteo cuyo número venía á determinar el

puesto de cada uno en la lista. El contingente se determinaba cada año por una orden del gabinete, y á los comandantes de las unidades correspondía enviar con licencia á sus casas el número de hombres necesarios para que el efectivo no pasara del asignado en presupuesto.

Cuando el contingente del ejército activo se completa, con el resto se forma de los hombres aptos para servir la reserva de reclutamiento (Ersatzreserve) y con los sostenes de familia, etc.

El número de hombres en la reserva de reclutamiento estaba arreglado por el ministro de la Guerra, de tal manera, que podía satisfacer con siete clases las necesidades primera de una movilización, complementando y reemplazando al ejército activo, bajo las bases siguientes:

1.° Los hombres aptos para el servicio, pero que han excedido del cupo sobre 10 mil cada año. 2.° Los 13 mil que sostienen sus familias. 3.° 170 mil con alguna inutilidad física, pero que no les impide el servicio de guerra.

La fuerza normal de la reserva de reclutamiento puede calcularse en 100 mil hombres, y la diferencia de 93 mil puede considerarse aptos para el servicio, constituyendo un tercer contingente llamado primer ban de la landsturm. Los jóvenes de diecisiete á veinte años forman también parte de este ban, pero deben sufrir las revisiones tres años, por si hubieran desaparecido las causas de la inutilidad, y de no ser así, pasan á la reserva de reclutamiento. Hasta 1880 esta reserva no recibía instrucción militar; desde esta fecha, menos los que sostienen á sus familias, la reciben de veinte semanas, en tres veces, diez semanas primer ejercicio, cuatro el segundo y dos el tercero.

La duración del servicio en la reserva de reclutamiento es de doce años y medio; después pasan al segundo ban de la landwehr los que hayan practicado, y los otros al primer ban de la landsturm.

Según la ley vigente de 3 de Agosto de 1893, la reserva de reclutamiento (Ersatz-reserve) la forma: primero, los excedentes de cupo que por el número alto no les haya correspondido incorporarse en los tres años; segundo, los que sostienen sus familias; tercero, los que son útiles para casos de necesidad; cuarto, los reconocidos ineptos por el momento, para el servicio. Los hom-

bres en esta situación no hacen más ejercicios que los especiales periódicamente, pero sin armas. Su número es sobre 80 mil, están en esta situación doce años y medio, y pasan después al primer ban de la landsturm. Los hombres declarados aptos aunque con medianas cualidades, y que no se han incorporado al ejército activo, sobre unos 100 mil, pasan también al primer ban de la landsturm.

Desde los treinta y nueve años todos los alemanes son declarados impropios para el servicio de las armas y pertenecen al segundo ban de la landsturm, que se forma del segundo ban de la landwehr y del primero de la landsturm, en donde permanecen hasta los cuarenta y cinco años. Estos hombres no tienen en tiempo de paz deberes de prácticas.

Además existen los enganchados voluntarios por dos, tres, ó cuatro años cuando el llamamiento y los enganchados voluntarios de un año. Estos últimos constituyen una categoría especial de soldados, que después de largos años ha permitido al ejército alemán el reclutar en excelentes condiciones oficiales de reserva y landwehr. Los enganchados voluntarios de un año son aquellos jóvenes que, justificando cierta instrucción son admitidos en el ejército en estas condiciones. El aspirante lo puede solicitar por escrito desde los diecisiete años cumplidos, al primero de Febrero del año donde acaba la edad legal del servicio militar. Esta petición se hace á la comisión nombrada á este efecto, y de no acompañar el certificado de cierta clase de estudios, tendrá que sufrir el correspondiente examen, y además una declaración de sus padres, en la que conste que se obligan á cubrir los gastos que el voluntariado ocasione.

Si es declarado apto, se le otorga un certificado que le da derecho á presentarse al regimiento que desee. El comandante en jefe de cuerpo de ejército los distribuye entre cierta clase de cuerpos en las grandes capitales. Los voluntarios pueden cumplir el servicio de diecisiete á veintitrés años. Cuando las operaciones de reclutamiento, se concede plazo de prórroga á los que lo solicitan, hasta los veintitrés años, desde esta edad á los veintiséis se concede según las circunstancias.

La incorporación tiene lugar en Octubre; á su ingreso en el cuerpo, debe sufrir reconocimiento y acreditar una conducta irre-

prochable. Si el cuerpo donde sirve fuese destinado á otra parte, el voluntario tiene derecho á ser destinado al cuerpo que lo reemplace. Los que sirven en caballería reciben caballos, pero deben pagar sobre 500 francos de alojamiento del caballo: 450 para la manutención y 35 por la montura, herraje y asistencia del veterinario. En todos los cuerpos deben pagar la manutención y el vestuario

La instrucción de estos voluntarios depende del jefe del cuerpo y se persigue en ella que lleguen á ser buenos oficiales, ó lo menos sub-oficiales de reserva y landwehr. Los que por su celo y progresos lo merecen, se les nombra Gefreite (segundo cabo) á los seis meses, y sub-oficiales á los nueve; los que no muestran estas condiciones se les pone nota para que no tengan estos ascensos. Al cierto tiempo de estar en el regimiento se les autoriza para vivir fuera del cuartel, y no tiene obligación de ir á él más que en los actos del servicio; y por último, deben cuidar de alternar con sus iguales para evitar los inconvenientes, al ascenso, de tener que cortar intimidades con sus inferiores.

El sistema actual de reclutamiento en Alemania debe darle 28 reemplazos de un efectivo medio de 375 mil hombres aptos para el servicio militar. Si se calculan las bajas por muertes, licenciados, etc., á razón de 4 por 100, 3 por 100 y 2 por 100 en el 1, 2 y años sucesivos, como hemos dicho, resultará en ese tiempo la masa enorme de 8 millones de individuos, y de ella tres millones y medio de soldados instruídos, que se reparten en este tiempo, y con esta rebaja progresiva, en la forma que lo hemos hecho con los cuadros fijos y el contingente de un año.

Vamos, para terminar, á explicar la distribución del contingente de 1900, que resultó de 1.220.357 hombres de veinte, veintiuno y veintidós años y algunos más de esta edad, rebajando 160.084 no encontrados y no sometidos, quedan 1.060.273, que se descomponen en la forma siguiente: 614.315 excluídos, inútiles y útiles condicionales; 102.723 afectos al primer ban de la lanstturm; 80.986 en la Ersatzreserve de tierra; 1.130 en la de mar; 233.459 útiles para el servicio; 1.276 que pueden ser llamados si hacen falta; 25.175 voluntarios de menos de veinte años; 1.209 ídem en el mar.

La descomposición de los 233.459 hombres es la que sigue:

el ejército de tierra para el servicio de tierra, 222.667; para el servicio sin armas, 4.608, y marina 6.184, que componen el total. Resultando, que en 1900 el ejército de tierra ha tenido el siguiente ingreso: primero, hombres del reemplazo, 227.275; segundo, adelantados al llamamiento, 25.175, y tercero, enganchados voluntarios antes del llamamiento, 21.197; un total de 273.647.

Este contingente va á parar á los centros receptores, para lo que el territorio del Imperio alemán está dividido, bajo el punto de vista de reclutamiento, en 22 regiones llamadas de cuerpo de ejército; pero como esto ha de adaptarse en cada país á sus condiciones especiales, omitimos detalles, toda vez que son conocidas las bases en que se han de asentar los fines que se persiguen, eficaz recluta y rápida movilización.

En nosotros el cupo de 1901 fué de 50 mil hombres, ya lo hemos dicho, en el total de mozos declarados útiles que ascendieron á 119.948, quedando, por consiguiente, un excedente de cupo de 69.948; pero como en España y en todas las naciones se llega á la verdad por l estadística, con los empleos de las máximas energías en sus aprovechamientos, que esta ciencia da á conocer y que la ley instituye y organiza, fácil es comprender que no vamos por este camino, para que las fuerzas encuadrádas sean más, toda vez que son la representación del contingente efectivo, después de las grandes filtraciones dichas que sufre el contingente numérico, á más de la baja de la fuerza movilizable, pero que no puede tomar parte en la guerra activa. De modo que si sobre estas rebajas del contingente numérico para llegar al efectivo, hay que agregar un excedente de cupo no instruído militarmente, que alcanza la cifra de más del 50 por 100; y á esto, como ya hemos dicho, se le suma la masa enorme desperdiciada por la duración de doce años en vez de veintiocho, tendremos unos resultados desastrosos.

Es indudable que las eficacias de este mecanismo en el reemplazo está en adaptar los plazos en que el servicio militar se divide, á la densidad de la población en cada país; y así resultará que mientras que en unos se imponga de tres años, en otros tenga que ser de dos y tal vez de uno, teniendo que suplir en estos últimos casos, más que en el otro, la educación é instrucción militar anterior á la entrada en el servicio. Lo que no puede admitirse es que no se practique hoy, incluso en Alemania, el criterio Scharnhorst,

expuesto en una memoria al Rey el 16 de Julio de 1810, que entre otras cosas, dice lo siguiente, y que en la segunda parte de nuestro estudio se cita : «Háse obtenido tan gran número de soldados instruídos en el servicio, siguiendo el sistema de licenciar cinco cada mes, y poniendo en su lugar otros tantos quintos. Esta disposición, que me fué sugerida por el coronel Below, cuando yo la propuse á V. M. hace dos años, tiene muchos adversarios. Los que cifran nuestra existencia en nuestra debilidad, se juntan con los que son demasiado perezosos, para desbastar continuamente gente nueva y con otros que, por pedantería, no quieren licenciar gente instruída y ejercitada para lucirse con ella. No han faltado tentativas de quitar este aumento insensible, importante y progresivo en el Ejército, y ya se han reducido á tres el número de individuos que cada mes son rebajados por compañías, y temo que después de mí se influirá en mi sucesor, sea quien fuese, para que luego haga ver á V. M. que esta disposición exige gastos ú ofrece otras dificultades y debe abandonarse».

La ley de reclutamiento y reemplazo del Ejército alemán, aunque en pequeña escala, es una confirmación de las predicciones de Scharnhorst, indudablemente afecta al armónico conjunto del pensamiento militar prusiano, merma energías aprovechables, aunque no en la proporción enorme nuestra, y estas exclusiones de lo que es tan necesario en su total aprovechamiento, se pagan más tarde ó más temprano. Fíjense, pues, los que han de legislar en lo que saben indudablemente mejor que nosotros, no para el conocimiento, por lo tanto, sino para poder vencer las resistencias terribles de nuestro secular formularismo; y no olvidemos que la cuna de las glorias militares de la Prusia fué un pequeño país que en 1875 tenía 33.135 habitantes, Schaumburg-Lippe, allí donde Scharnhorst al estudiar en Wilhemstein la carrera militar, vió implantado el servicio militar obligatorio, que es hoy la institución salvadora de los Estados.

Los centros docentes militares.

I

LA EDUCACIÓN Y LA INSTRUCCIÓN CIVIL Y MILITAR

Considero necesario que en la organización del cuerpo de cadetes se introduzcan las modificaciones que se enuncian más adelante, á fin de que el plan de instrucción de dicho cuerpo permita extender y profundizar en grado suficiente las materias de enseñanza.

1.—En toda instrucción, principalmente en la militar, ha de procurarse reunir acertadamente la educación física, intelectual, religiosa y moral á la disciplina que permite formar el carácter.

Ninguna rama de la educación debe ser descuidada en beneficio de las otras. Según nuestras propias observaciones, el plan de estudios actualmente en vigor en los cuerpos de cadetes, es demasiado extenso para un gran número de alumnos. La tarea de educar debe ser simplificada por la eliminación de los detalles superfluos y, sobre todo, por una separación radical de los ejercicios de memoria, de modo que el alumno suficientemente aplicado pueda cursar sin esfuerzos excesivos, durante el tiempo reglamentario, la instrucción en sus diversos períodos.

2.—Por consiguiente, la instruc-

ción ha de ser dada de tal manera que los cadetes lleguen á adquirir, no solamente los conocimientos indispensables para seguir la carrera militar, sino también un caudal de saber suficiente para que puedan ser útiles al país, si más tarde eligen otra profesión que la de las armas.

Debe tratarse en la enseñanza religiosa de inculcar en los alumnos el temor de Dios, la fe, la severidad hacia sí mismo y la tolerancia hacia los otros: es necesario afianzar en ellos la convicción de que la fidelidad á la Patria y al Soberano, así como la abnegación en el cumplimiento de todos los deberes, son actos ordenados por Dios.

Por la enseñanza de la historia necesita ser preparada la inteligencia, hoy más que antes, para la apreciación de los antecedentes de nuestra Patria. Se insistirá, en consecuencia, sobre la historia moderna y contemporánea de Alemania. Se enseñará la historia antigua y de la Edad Media, á fin de que el alumno, por medio de ejemplos apropiados, se familiarice con los actos de heroismo, los grandes hechos históricos y el origen y desarrollo de nuestra civilización.

La geografía militar y física de Alemania debe ser también profundizada, con la idea de completar, en los diversos grados de la enseñanza, la instrucción histórica. El objeto principal de las lecciones de geografía ha de ser proporcionar al estudiante un conocimiento completo de su Patria y enseñarle á apreciar y comprender, al mismo tiempo, la geografía de los países extranjeros.

Ocupará la lengua alemana un sitio preferente en el plan de estudios; el alumno debe ser instruído á este fin, de manera que pueda servirse correctamente de su propio idioma. Durante las horas consagradas á esta clase de enseñanza, é igualmente en los cursos de literatura, el discípulo será iniciado en las civilizaciones antiguas y sus autores clásicos, en las obras de los autores nacionales y en la vida intelectual de los principales pueblos contemporáneos.

Por lo que se refiere á la enseñanza de las lenguas extranjeras, se deberá velar porque se dirija de modo que los cadetes puedan hacer de éstas un uso práctico.

Los cambios parciales que se juzguen más necesarios introducir en los programas de enseñanza del cuerpo de cadetes, serán comunicados por el ministro de la Guerra.

Quiero que la presente orden sea llevada á conocimiento del Ejército.

Diciembre ,1900.

GUILLERMO.

MUY fácil es percatarse que la gran obra nacional de la enseñanza tiene en Alemania un solo origen; la Real Orden transcrita nos lo acaba de mostrar; como institución fundamental del Estado, el individuo, la familia, la carrera, llevan en sí un elevado concepto superior á todos: el de la Patria; el apartado segundo de dicha Real Orden bien claro lo dice: «La instrucción ha de ser dada de tal manera que los cadetes lleguen á adquirir, no solamente los conocimientos indispensables para seguir la carrera militar, sino también un caudal de saber suficiente para que puedan ser útiles al país, si más tarde eligen otra profesión que la de las armas».

Se busca en esto la sabia conjunción de los elementos civil y militar, y si en España no sucede, mal puede esperar los beneficios de lo que es la piedra angular del edificio social, debiéndole servir de estímulo lo que otras naciones practican para evitar tan grave daño, que lleva tras sí cuanto sobre nosotros pesa; pero vayamos por partes en lo que requiere, por su mucha importancia, detenido y prolijo examen.

Dice Jomini: «Uno de los puntos más principales de la política militar de un Estado es el que tiene relación con las instituciones que influyen en su ejército; porque uno bueno, mandado por un hombre mediano, puede ejecutar grandes cosas, mientras que otro mal constituído, aunque sea dirigido por un gran capitán, acaso no hará tanto como aquél, sin embargo de que el primero haría mucho más si reuniese á la calidad de las tropas los talentos del general. Doce condiciones esenciales son necesarias para la perfección de un ejército. La primera, es la de tener un buen sistema de reemplazo. La segunda, buena organización. La tercera, un sistema bien entendido de reservas nacionales. La cuarta, tropas y oficiales bien instruídos en las maniobras, en el servicio interior y en los de campaña. La quinta, una disciplina severa sin bajeza y un espíritu de subordinación y de puntualidad, fundado en el convencimiento de los deberes de todas las clases, aún más que las formalidades del servicio. La sexta, un sistema bien combinado de recompensas para excitar la noble emulación. La séptima, una instrucción científica y práctica en los individuos de las armas especiales de ingenieros y artillería. La octava, una dotación de armamento bien entendida y superior, si es posible, á la del enemigo, no sólo relativamente á las armas ofensivas sino también á las defensivas. La novena, un Estado Mayor general capaz de aprovechar todos esos elementos y cuya buena organización corresponda á la instrucción científica y práctica de sus oficiales. La décima, un buen sistema de provisiones, hospitales, administración general, vestuario y equipo. La undécima, un buen sistema que organice el mando de los ejércitos y la alta dirección de las operaciones. La duodécima, consiste en la excitación del espíritu militar».

Estas condiciones, de las que no se puede prescindir, aunque sin ampliar algunas, como la sexta y la séptima, refundidas en

cuatro grandes instituciones militares, de las que nos ocuparemos, forman la base de toda milicia.

Las instituciones militares son el fin permanente; los Ejércitos, el medio del momento para lograrlo; aquéllas, el fundamento; éstos, las consecuencias; las unas son hijas de las leyes que hacen los reglamentos que abarcan los reemplazos, ascensos, retiros, armamento, administración, disciplina, recompensas, castigos, educación, instrucción, etc.; los Ejércitos como resultantes, son los enderezados á sufrir ó conquistar cuanto las imperfecciones ó eficiencias de las instituciones les ofrecen; por eso de la legislación que da ordenanzas y reglamentos, abarcando deberes, conceptos morales de clases, empleos y funciones, en sus varias manifestaciones, con espíritu armónico en el conjunto, se pasa á instituir, y tras este segundo período de la evolución, se presenta el de la organización en la acepción más lata del concepto que llega á la ciencia militar.

En esas instituciones militares que podemos considerar divididas en principales y secundarias, son de las primeras el servicio militar obligatorio, el Estado Mayor general, las enseñanzas militares y los métodos y procedimientos de la movilización, como gran factor en las guerras del porvenir, en las que las altas concepciones de la estrategia y la táctica han de contar con esa movilización como principal elemento; y las instituciones secundarias son aquellas que unen y entrelazan las principales y que no pueden considerarse como fundamento.

El asunto que nos ocupa es vastísimo; sin buscar las prelaciones de origen, partiremos en éste de lo que nos dice, respecto á que el alcalde de los Donceles, Alonso Hernández de Córdoba, Señor de Cañete, más bien que director de pajes, era un maestro de cadetes, como ahora se diría, allá en los tiempos en que algunos consideran el primer asomo de tropa asalariada y permanente, en el militar y célebre reinado de Alfonso XI, en que el nombre del Salado aparece como uno de los grandes luminares de nuestra gloria militar.

Pero entonces y después, cuando las armas españolas invadieron casi toda la tierra, se estaba más por los hechos que por los estudios militares, y hasta las postrimerías del siglo XVI, no aparece con la escuela de Artillería que Felipe II estableció en Bur-

gos, algo que á centro docente militar se asemejara, pues esta misma escuela no está bien definida, ni en su vida ni conclusión. El criterio de entonces, según Almirante, era: «que puesto que en España no tenemos guerras, gracias á Dios, no necesitamos soldados ni, por consiguiente, quien los haga, es decir, quien los instruya y eduque; allá en Flandes y en Italia, donde suele andar viva la guerra, es por todas razones conveniente que se piense en colegios y academias y planteles y reclutas; aquí no necesitamos más que frailes, y nos basta con el ruido de las campanas, sin añadir el de los tambores». «Así en el interior—agrega Almirante—estuvo á punto de bambolearse, por unos cuantos moriscos sublevados en las Alpujarras (1568), toda la inmensa monarquía de Felipe II, como después por unos cuantos aragoneses, embaucados por Antonio Pérez (1592), y en 1640 la doble y mancomunada rebelión de Cataluña y Portugal, nos empujó por el rápido declive de nuestros inagotables infortunios».

Creemos tener bastante con lo dicho para evidenciar hasta formar un juicio exacto del criterio desdichado de aquellos tiempos, gérmenes cuyos abundosos frutos habían de agobiar de manera terrible nuestra existencia en el presente. Los españoles de entonces vivían, como otros pueblos, de sus glorias legendarias; así le sucedió á la Prusia de Federico Guillermo III y la Francia de Napoleón III, en un ambiente que no era suyo, y cuando quisieron hallar energías no las encontraron, porque donde no se precave y donde no se saben acumular, la existencia se encuentra seriamente amenazada; de aquí la necesidad imperiosa de las instituciones militares bajo el aspecto que estamos estudiando los sociales organismos.

Demostrada la imperiosa necesidad del servicio militar obligatorio, como primera institución militar, la segunda es la instrucción militar, porque ella nos llevará, en su varia forma, á las distintas armas y cuerpos del Ejército, al Estado Mayor y á cuanto con la milicia se relaciona.

Bajo tres aspectos vamos á examinar el problema: el social, el didáctico y el orgánico, aspectos que comprenden otros múltiples que forman el total conjunto. Respecto al primero, diremos que la carrera militar debe ofrecer á los jóvenes que á ella piensen dedicarse, plenas garantías de poder llenar en sociedad aquel lu-

gar prestigioso que á su clase se le concede, como base moral de la institución en el concepto abstracto de la palabra; mal se puede exigir mucho, si es poco lo que se ofrece, y la vida moderna necesita ese mucho en todos conceptos, mucha competencia, inteligencia mucha para lograrla, muchas energías y no menos recursos para la existencia; y si las clases sociales preferentes han de formar los núcleos de los cuadros de oficiales, tendrán que ver ante sí todo aquello que ha de resarcirles de sus esfuerzos y sacrificios, halagándoles, al mismo tiempo, sus justas aspiraciones, en una carrera en que la ordenanza le concede la honrada ambición, pero que se pide al mismo tiempo hasta la última gota de sangre en cumplimiento de los deberes, por lo que ha de llevar aparejado prerrogativas, ascensos sin restricciones absolutas, sueldos y facilidades en proporción á cuanto representa la carrera militar.

En cuanto al concepto didascálico, el examen no puede ser tan sintético; la instrucción militar ha de ser deducida de las condiciones del material de guerra moderno, cada día más perfeccionado, y en armonía con las ciencias que causan verdaderas y profundas perturbaciones en el sentido de los mejoramientos, en las industrias, y antes que esto, por los métodos que van delineando los fenómenos en la ciencia militar; así es que todo exige inteligencias cultivadas, que han de encontrarse gradualmente al frente de los complejos problemas á resolver en los distintos empleos que en la milicia ejerzan. Esto requiere planes de estudios y programas de enseñanzas, que den un contingente idóneo en el conocimiento y aplicación de las complicadas máquinas de guerra, de las grandes revoluciones que las armas han de causar en los reglamentos tácticos, en la manera de conducir las tropas, en el ataque y defensa, en los planes generales de organización y administración, en las defensas del territorio y en los servicios sanitarios, de tren, de municionamiento, tan debatido en todas las naciones, y como hemos dicho, cuanto forma parte del funcionamiento de la Milicia, los planes de campaña que se han de forjar en las más grandes concepciones de la estrategia, complicados cálculos de la logística y sabias combinaciones de la ciencia militar.

En distintas partes de nuestro estudio hemos tratado el no

fácil problema de las enseñanzas primaria, segunda y estudios superiores, y aún en el servicio militar obligatorio hemos demostrado la conveniencia de que las enseñanzas civil y militar sean simultáneas, como único camino de llegar á la conjunción de las dos grandes energías ó potenciales del Estado: la civil y la militar; y si en esto nos contraímos á las últimas clases sociales, con mayor razón ha de suceder en las que le siguen; criterio tan radical en nuestras más íntimas convicciones, que no llegamos á comprender cómo se crea en España un Consejo de Instrucción pública, sin que el elemento militar tome parte, del mismo modo que no nos extrañaría ver mañana en los cuarteles generales de los ejércitos, asesores de las ciencias morales y políticas.

Este criterio hace que de la escuela militar no deben salir oficiales con los conocimientos únicos de su peculiar ejercicio, sino con aquella cultura general que impone el relativo dominio de esos adelantos que en la ciencia militar se observan cada día más acentuados en sus varias formas, para poder llenar, al marchar á su altura, aquellas exigencias propias de la guerra moderna, que hacen de las distintas jerarquías de la Milicia una escala gradual de competencias científicas, tantas como la más difícil carrera del Estado, lo que volvemos á decir aunque resulte insistencia.

De todo lo expuesto se deduce que los centros docentes civiles y militares deben tener ciertos puntos de contacto, y que se llegaría al complemento de una justa aspiración, si en esas que pudiéramos considerar mixtas se expidieran certificados de estudios como en las civiles, para que los jóvenes que por cualquier causa desistieran de la carrera militar, no se encontraran con que habían perdido un tiempo de lo mejor de su vida.

Otro criterio ha de sustentarse en lo que á enseñanzas se refiere: el que en las academias y escuelas se alcanza un método, y nunca el dominio de muchas ciencias, que, no sólo son difíciles de digerir en esa edad que la inteligencia no está en su pleno desarrollo, sino que con facilidad se olvidan; de modo que la extensión ha de medirse por la capacidad, y siempre quedará algo de lo propuesto y un método de aprender, que es lo principal como decimos. En las naciones más cultas exigen el bachillerato, que comprende matemáticas puras y mixtas, ciencias físicas, biología,

cosmología, ética, sociología, estética, filosofía y lenguaje; ó sea la división hegeliana de los conocimientos humanos. Aquellas razones y estas materias, muestran que los gimnasios de Alemania, los liceos de Francia, los ateneos de Bélgica, los institutos de España, los establecimientos de segunda enseñanza, en una palabra, de todos los países, están identificados con nuestro criterio; es decir, que la instrucción que dan tiene una tendencia remarcable por humanista, pues se consideran en ella las letras y las ciencias más como generales conocimientos que de aplicativa forma, y el niño, al sentirse consciente, á la par que su desarrollo físico, adquiere el intelectual, pues por el estudio se va dando cuenta de todo lo que le rodea que, como hemos dicho, constituye cuantos conocimientos ha de tener el hombre.

«Toda la ciencia es necesaria para desarrollar á todo el hombre», según Huxley. Las matemáticas, dice Baldwin, dan á conocer la medida y el número; las ciencias naturales, el mundo orgánico; el lenguaje, el dominio sobre la expresión; la historia y la sociología revelan los movimientos de la humanidad; la estética, el mundo de la belleza; la ética, como ciencia del deber, sirve para desenvolver armónicamente el poder del pensamiento concentrado, exacto, analítico y sintético, el poder de observación y de clasificación, la fuerza de acción y de combinación, las facultades creadoras, y finalmente, los sentimientos elevados que nos impulsan á las buenas acciones»; y venimos á parar á que todas estas consideraciones fundamentan el enciclopedismo de los planes de segunda enseñanza en aquellos establecimientos á los que se les encomienda, en las naciones cultas que den una instrucción de conocimientos generales.

El bachiller, después de estudiar su propio idioma, conocerá una ó más lenguas vivas y una, por lo menos, muerta, y poseerá, además, aquellos conocimientos que dejamos apuntados y que constituyen un verdadero valor instructivo á más del método que, como hemos dicho, es lo principal que se persigue; el niño ve, su inteligencia comprende y el método le dice: por aquí has llegado donde te encuentras, y se estimula para seguir adelante una y otra vez, hasta que alcanza, sin darse cuenta, la hegemonía del conocimiento. Todo esto implica un solo procedimiento que hemos señalado en distintas ocasiones: la conjunción de los

conocimientos hábilmente combinados, un plan mixto destinado á la cultura general y á la enseñanza de aplicación, en lo que marcha á la cabeza Alemania, con la organización de sus cuerpos de cadetes. Los niños se dedican, de seis á nueve años, á la primera enseñanza, de nueve á dieciocho á la segunda; en estos nueve años poco sabe el ya alumno de la carrera militar, porque aprende ciencias, letras, historia, filosofía, idiomas, lenguas muertas y cuanto se cree necesario para desarrollar la inteligencia en todos sentidos, constituyendo así la primera parte del plan general de estudios; y con el certificado de la segunda enseñanza se presenta al examen de ingreso en la escuela militar, en el que debe exigirse el tema escrito como medio de conocer mejor las condiciones del aspirante.

Pero no es sólo en Alemania; Austria Hungría, entre otras naciones, sigue sus mismos derroteros, aunque no de manera tan radical, pues ha tratado en las grandes reformas implantadas recientemente en sus escuelas militares, armonizarlas en algo con su sistema secular, reformas impuestas por multitud de causas, como veremos más adelante, y que de no llevarlas á cabo hubieran peligrado, seguramente, las instituciones militares. Sabemos que de los dos sistemas, de selección para los ascensos y de categoría de escuelas, Alemania emplea el primero, pero Austria Hungría se ha inclinado más al segundo con sus academias militares y escuelas de cadetes, teniendo además escuelas para huérfanos de oficiales y escuelas reales que constituyen los liceos militares, por creer este procedimiento más acertado en resolver el problema, aunque no exista otra razón que la de no prestarse á las arbitrariedades y crueles preferencias

En nuestro país, que no tenemos ni Gran Estado Mayor, ni Dirección de Instrucción Militar, ni centro alguno que afiance de un modo técnico profesional las instituciones militares de manera persistente y armónica, el primero bajo el aspecto general y los segundos en el aplicativo, y todos dentro de aquella jurisdicción que su constitución les concede; que no existe la menor relación entre las instrucciones civiles y militares, y que el ministro de la Guerra, lejos de tener sólo la representación en las Cámaras y la cuestión administrativa, todo lo asume, y sufrimos las continuas y grandes reformas impulsadas por los cambios de la

política; la institución de enseñanzas militares ha sufrido las naturales contingencias bajo todos aspectos; ya de escuela única, la General Militar, para todas las armas é ingenieros; ya especial para cada una, ya planes de estudios, con preponderancia de las ciencias exactas, exigiendo ó no el grado de bachiller, ya con sus sustituciones de aquellas ciencias y amplitudes en otras, cursos cortos, cursos completos, sin equitación y otros ejercicios, ó con ellos, según las épocas y corrientes de aprecio en este sentido; pero es de observar, que ni han podido vislumbrarse, entre tantas reformas, las iniciaciones de una nueva época en armonía con lo que en otros países se practica con indiscutibles éxitos; de nada ha servido someter en distintas ocasiones los planes de estudios de las diferentes academias al consejo de la Junta Consultiva de Guerra; este centro, con sus indiscutibles competencias, ha podido señalar y distinguir lo mejor de lo bueno; pero el problema no tenía en esto la solución, porque se encontraba mucho más honda; esta institución militar, ante la general de la enseñanza del Estado, pasa á ser secundaria, y tiene que encajar en ella perfectamente, el organismo ha de ser armónico en el conjunto, y aquí está nuestro gran error en no comprenderlo así.

Se impone, pues, un criterio fundamental, tal y como lo vamos desarrollando, para llegar á las academias y escuelas militares en las que las materias de estudio civiles se han de compaginar con las militares hastar llegar al curso en que éstas sean las únicas en el plan, si hemos de llegar á lo que es tan justa aspiración.

En cada Estado, sea en un centro militar docente, sea en uno para arma y cuerpo, ha de tenerse en aquél ó en éstos el total ó parcial conjunto de cuanto sea necesario, como polígono de tiro, campo de ejercicios prácticos, laboratorio pirotécnico, museo con armas por lo menos de los últimos modelos, proyectiles y maquinarias, buena biblioteca, modelos arquitectónicos de fortificaciones y de puentes, aparatos telegráficos y telefónicos de todas clases, heliográficos y de señales, de aerostación, instrumentos topográficos y científicos militares, gabinetes de física y química, caballos, monturas y atalajes y herramientas de zapa y mina.

Los estudios que han de practicarse para oficiales de Infantería y Caballería son los mismos en la mayor parte de las naciones, sean en la misma ó diferente escuela; la diferencia consiste

en la instrucción práctica por lo que se refiere á ejercicios, táctica aplicada, servicio de campaña, etc. Hay, sin embargo, escuelas especiales de Caballería, como la de Saumur, de Francia, en donde se completa la instrucción de los oficiales del arma, y existen también en ciertos países para los oficiales de infantería escuelas obligatorias de tiro, como la de Spandau, en Alemania; verdaderamente que estas escuelas de complemento son buenas para aquellos países que cuentan con recursos para sostenerlas; los que no los tengan, se han de contentar con las enseñanzas que ofrezcan la escuela ó escuelas para las dos armas, tratando de suplir de cierto modo esta deficiencia con el auxiliar de la práctica de filas.

Aunque hemos de poner el caso de Austria Hungría como el más á propósito entre cuantos hemos estudiado por menos radical, á lo que podemos aspirar en nuestro país, según nuestra modesta opinión, vamos á consignar, en concepto general, las materias de estudio que se encuentran con mayor ó menor ampliación en los distintos centros docentes militares para estas dos armas. Literatura, formas diversas del estilo militar; física y química, con aplicación á los usos de guerra; geometría descriptiva, las nociones precisas al estudio de fortificación, estudio del terreno, su importancia desde el punto de vista militar y cuanto con su representación y apreciaciones se relaciona, incluso los instrumentos que para ello sirven. Reconocimientos. Estudio de las armas de guerra y todo cuanto á sus funciones atañe. Fortificación en concepto elemental, de campaña, material y trabajos. Influencia del terreno. Ataque y defensa de las posiciones fortificadas, pasaje de los ríos y defensa de los Estados.

Arte militar (Organización y Logística). Nociones generales sobre la guerra y su material. Conducción de la guerra. Nociones elementales de estrategia. Organización de las fuerzas militares en pequeñas y grandes unidades. Educación, instrucción y administración, logística, movilización, servicio de administración, de transportes, de seguridad, sanitario, marchas, estaciones, avanzadas, reconocimientos, etc., ferrocarriles y telégrafos.

Táctica general y aplicada. Estudio del combate, ofensiva, defensiva, terreno. Disposiciones del combate en las grandes y pequeñas unidades en las armas en combinación y aisladas. For-

maciones tácticas de la Infantería, Caballería y Artillería, según sus reglamentos. Desarrollo histórico de la táctica y juego de guerra.

Historia militar, historia comentada de las principales guerras. Situación geográfica de varios países, sobre todo los colindantes, desde el punto de vista militar con sus condiciones de ataque y defensa, geografía del país. Estadística.

Higiene militar. Nociones de derecho. Organización de la sociedad y del Estado. Constitución, administración, fuerza pública, generalidades de economía política. Nociones de derecho internacional: la guerra, leyes y convenciones respecto á las personas y á las cosas de los beligerantes y neutrales, etc.

Legislación militar, procedimientos, leyes penales, ordenanzas y decretos vigentes. Administración de los cuerpos de tropa.

Matemáticas, complemento de las matemáticas elementales y elementos de análisis. Mecánica, principales teorías y aplicaciones. Idioma, una ó más lenguas vivas. Enseñanza práctica, gimnasia, esgrima, equitación, natación y ejercicios diversos.

Especialidades: para los oficiales de Caballería, hipología, nociones de veterinaria, táctica del arma y servicio especial de campaña. Para los oficiales de Infantería, fortificación de campaña, táctica del arma, tiro y servicio de campaña, etc.

En Alemania se dedica un año á este plan, con más ó menos extensiones, y tres en España, aunque con grandes diferencias, tipos extremos entre el medio de dos años, que tienen Bélgica, Francia é Italia.

Puede observarse la poca extensión dada á los estudios matemáticos, siendo la razón de ello, que para estas armas son un medio que le facilita otros estudios, y nunca un fin, toda vez que jamás les impedirá esta circunstancia á los oficiales llegar hasta los más elevados conocimientos de la ciencia militar. En la topografía sucede lo mismo, su enseñanza va encaminada á que se utilice cuando necesario sea en forma práctica; y en síntesis puede decirse que se pretende dar en las escuelas los conocimientos militares para que los alumnos tengan una idea general de ellos, y lo que es más, como hemos dicho, un método de estudio; así resultarán, no oficiales distanciados de la Real Orden citada para Alemania, y que debe ser general para toda nación que desee imi-

tarla, sino prácticos y con plena conciencia en el cumplimiento de sus deberes todos, que es á cuanto se puede aspirar, pues esto, unido á la práctica y al estudio aislado y por el propio esfuerzo, formarán la escala que les ha de conducir á la cumbre del saber á los que profesan la cada vez más difícil carrera de las armas.

Los oficiales de ingenieros, cuerpo técnico, han de formarse sobre la base de un vario y completo material, mediante un plan de estudios que ha de abarcar complejos asuntos; y si los de infantería y caballería, en muchas materias, sus conocimientos han de ser puramente elementales, los oficiales de ingenieros tendrán que profundizarlas y abarcar con otras mayores extensiones; así se explica que tengan que estudiar análisis finito é infinitesimal, geometría descriptiva y proyectiva, mecánica racional y aplicada, astronomía y geodesia, topografía y cartografía, arquitectura y construcciones arquitectónicas, física, química y sus aplicaciones á la guerra, resistencia de materiales y construcciones, puentes, ferrocarriles é hidráulica; es decir, los conocimientos casi del ingeniero civil, en sus distintas especialidades, y á más la fortificación de campaña, el arte militar, historia y geografía militar, la estrategia, y la táctica general aplicada, las armas portátiles, la artillería, la legislación, administración é higiene militar, cosas que pertenecen á las armas; y las que le son peculiares, como fortificación permanente, ataque y defensa de las plazas, pasaje de los ríos, puentes, aerostación, minas, trabajo de zapa, etc.; lo que quiere decir que el oficial de ingenieros puede ser ingeniero civil, oficial de todas las armas, á más de cuanto á su carrera incumbe, circunstancias que exigen no sólo condiciones excepcionales de inteligencia, sino que el plan de estudios sea organizado de una manera armónica en conjunto y sabia en el fondo; por último, que como las ciencias adquieren cada día mayores extensiones, como sucede, sin ir más lejos, con cuantas con la electricidad están relacionadas, la aerostación y las pólvoras mismas, en ningún caso se encuentran más justificados dos conceptos que en el oficial de ingenieros, el de conocimientos generales y el de la especialización, de donde surge, al no perder de vista la misión principal que le está encomendada, el general tan perfecto como fué ingeniero competente.

Estos oficiales se forman, generalmente, en Europa, en las

mismas escuelas que los artilleros y con un plan de estudios análogo, y que se diferencia sólo en el estudio de la fortificación, las construcciones y el ataque y defensa de las plazas; siendo de su incumbencia la destrucción de las obras de arte, ó su restablecimiento y servicio de líneas férreas, la construcción y conservación de fortificaciones y cuantos edificios tengan carácter militar.

La duración de los estudios en las distintas naciones de Europa, es entre cinco y tres años, si admitimos dos cursos, de tres años el primero y de dos el segundo, llamado superior; hay opiniones en que deben ser intercaladas prácticas en fila de cierta duración, ó si por el contrario, los estudios deben tener carácter de continuidad; de uno y otro modo, siempre resultarán dos clases de oficiales de ingenieros; los unos, con patente de suficiencia intelectual para estudios superiores, y los otros, con la de condiciones inferiores de inteligencia, lo que ha de ocasionar situaciones anómalas, si dentro del mismo cuerpo, por su jerarquía militar, los segundos, llegan á mandar á los primeros, imponiéndose, en nuestro juicio, para que la base moral tan necesaria á la disciplina, no se resienta la unidad de cuerpo, y dentro de él la de procedencia.

En Rusia, y tal vez sea la única nación que lo tenga, hay oficiales de ingenieros é ingenieros militares, que provienen de la escuela de ingenieros de Nicolás, en San Petersburgo, cuyo curso es de tres años, y la de ampliación de igual nombre y en el mismo sitio, en la que, después de dos años y medio, los oficiales que obtienen altas clasificaciones se les concede el título de ingenieros militares. Los primeros salen á las filas con un año de antigüedad de subteniente, y los mejores estudiantes, como también los de artillería é infantería de primera categoría, son admitidos en la guardia; respecto al empleo de los segundos, el nombre lo dice: su misión es la propia de ingeniería militar.

Respecto á los oficiales de artillería, ya hemos dicho las diferencias que existen en sus estudios con los de ingenieros; en ellos, como en todos los núcleos de oficiales técnicos-científicos, se observan dos tendencias: una, la de oficiales combatientes digámoslo así, y otra de oficiales para dirección y empleo de fábricas de armas, pólvoras y cartuchería; y hemos de decir respecto á este particular algo más que lo manifestado á propósito de los oficiales

de ingenieros sobre el curso superior; es verdad que en España no existe ese curso superior; pero en cambio, parece debiera darse entrada á las industrias particulares, y no porque el cuerpo de artillería no se distinga de manera remarcable en estos servicios y de brillante manera, buena prueba de ello es la adquisición importante de armamento que, parece ser, hace Méjico en nuestras fábricas, sino porque con la competencia de las industrias privadas nacerían los mejoramientos y perfecciones, sin necesidad de la vida oficial, de informaciones de comisiones nombradas, que al cuerpo de artillería muchas veces proporcionan situaciones difíciles y responsabilidades, con otros inconvenientes que no son del caso citar; lo que se evitaría dejando margen en la producción bajo la base de las fábricas á cargo del cuerpo, el que tendría además la alta inspección en las adquisiciones del Estado.

No nos metemos á examinar la conveniencia de que el cuerpo citado tenga ó no el mando de las baterías de costa, que en otras naciones están á cargo de los oficiales de Marina; en cambio, éstos en nuestro país parece ejercen supremacía sobre todos los organismos de la armada; y el asunto es complejo para ser tratado en un estudio que ha de huir de todo lo que no sea indispensable; pero sí hemos de hacer notar que nuestros oficiales de infantería no ejercen la dirección, como dice Vallier en su tratado *L'Artillerie*, sucede en Alemania, en las manufacturas de su armamento y cartuchería; y lo que es más, en los planes de estudios de nuestras academias, entre otras cosas, no figura la asignatura del juego de guerra, no dándosele, según debiera, toda la importancia que tiene, y nos referimos, como es consiguiente, á las llamadas armas generales más principalmente.

II

EL JUEGO DE GUERRA

El juego de guerra (Kriegsspil) es de una utilidad indiscutible, porque el oficial se acostumbra á este trabajo después de las preparaciones que de él toma como alumno y se encuentra insen-

siblemente con las facilidades que el estudio práctico representa en lo que está tan lejos de su jerarquía, con una orientación cierta para el porvenir, en cosa tan ardua como difícil, y con un espíritu de decisión que constituye la mejor de las cualidades del jefe en la guerra.

El juego de guerra ha tenido, como todo, su origen, sus detractores y partidarios, que han constituído un proceso accidentado con sistemas, aceptaciones y reformas, pudiendo decir, sintetizando, que todo ello está comprendido en los nombres de Helwig, Venturini, Reisswitz, Mwckel y Verdy du Vernois, y en los años 1780, 1824, 1875 y 1877, pues éstos y aquéllos marcan las fechas y los autores, desde el juego de ajedrez aplicado á la guerra, en que los dos primeros sistematizaban el procedimiento á lo que sucedía en Prusia, en donde, con arreglo á la ciencia militar matemática, no se comprendía pasar un foso sin tablas de logaritmos, hasta lo que sucede en nuestros días. Helwig y Venturini, con poca diferencia aceptaron un tablero con 1.666 cuadros pintados con colores distintos, representando los terrenos, edificios, y villas, y peones para las fortalezas y tropas, constituyéndose así el primer período de los tres en que se considera dividida la citada evolución.

El segundo período, 1824 á 1875, fué debido á Reisswitz, que determinó el verdadero juego de guerra, no obstante la opinión de von der Goltz, que había dicho que el juego de guerra era un mal producto refinado de la época, que ha amontonado tantas dificultades, que no es capaz de adelantar un paso. Efectivamente, los cambios fueron radicales, se desecharon los dados, que representaban los accidentes del terreno, y éstos, como ríos, montañas, etc., se hicieron aparecer en el tablero, y las tropas, en mayor número y con sujeción á reglas, fueron representadas por pequeños dados de porcelana; el hecho alcanzó tal éxito, que traspasó la frontera rusa; el autor dió sesiones ante la Corte, en Moscou, escribió un libro titulado *Instrucción para la representación de las maniobras tácticas con lo concerniente al juego de guerra*; y el general von Müffing, ante el cual trabajó también Reisswitz, dijo: «que era una verdadera escuela de guerra y que creía un deber recomendarlo al ejército»; y así sucedió, en efecto, pues el pensamiento fué publicado como especie de circular en el perió-

dico *Le Militar Woehenblatt* en 1824, razón por la que se atribuye el origen á esta fecha.

Se fundaron sociedades; Moltke, en 1822, siendo teniente, fué jugador asiduo; después, de general, dirigió brillantemente el círculo de Magdebourg en 1860; el mariscal Marmont asistió en Berlín á una partida, y dijo la iba á introducir en Francia; el general Daunhauer, gran defensor, mostró el error en que estaban los que decían era un inconveniente que los subalternos se familiarizaran con los altos mandos; pero no bastando esto, la campaña de detracción arreció hasta hacer desmerecer á Reisswitz en el concepto de sus superiores, á su ascenso á capitán, no fué destinado á la guardia y se suicidó en 1827; resultando que si su obra no fué perfecta, al sobrevivirle demostró que fué idea justa y práctica.

Después de las campañas de 1866 y 1870, el juego de guerra adquirió un completo desarrollo, dando lugar al comienzo del tercer período, que más bien debe llamarse la maniobra á doble acción sobre el mapa, porque se suprimieron completamente todas las reglas complicadas y minuciosas, á las que iban ligadas las decisiones del director, y fué implantada la dirección libre, es decir, fundada solamente sobre las consideraciones tácticas.

Esta evolución fué debida en Alemania á los siguientes trabajos de Meckel, profesor de la escuela de guerra de Hanover: *Estudios sobre el juego de guerra*, publicado en 1873; *Instrucción para el juego de guerra*, de 1875, y el folleto de V. Verdy du Vernois, coronel, jefe de Estado Mayor del primer cuerpo de ejército, publicado en 1876 con el título de *Estudios complementarios sobre el juego de guerra*.

En sus obras, el teniente Meckel, después capitán, se hace eco de las nuevas tendencias, reconoce la necesidad de un cambio completo en el método de ejecución del juego de guerra, pero no se atreve á romper del todo con los antiguos principios, tan remarcables. Su instrucción, notable por muchos conceptos, se apoya en la idea fundamental de desligar al director de toda regla dejándole, por consiguiente, una amplia iniciativa; pero como por otra parte, reconoce la necesidad de tener siempre en cuenta, en sus decisionos, las pérdidas sufridas por el fuego, y esto implica un núcleo de prescripciones para evaluarlas, conservar los da-

dos, tablas de pérdidas, etc., que viene á ser lo que hemos dicho.

Verdy du Vernois, por el contrario, abre una nueva era en un todo desligada con el pasado, no aceptando ni reglas, ni tablas, ni dados. El juego de guerra, dice, debe ser ejecutado con los mismos principios que los viajes de Estado Mayor, porque los resultados militares que se persiguen por estos dos ejercicios son iguales. Nadie ha tenido la idea en uno de estos viajes, agrega, de hacer depender los resultados de una operación del azar de un juego de dados; el director es el que ha de dar la decisión por su libre examen y resolver, por lo tanto, en el juego de guerra.

Hecha una ligera síntesis del pensamiento de Meckel, y no teniendo absoluta necesidad de entrar en el análisis de sus obras, que aun con tendencias modernistas tienen los defectos apuntados, vamos á examinar el trabajo de Verdy du Vernois, diciendo algo después sobre los de Griepenkerl y Moltke como concluyente, debiendo hacer notar que el juego de guerra se extendió por Rusia, Austria, como obligatorio, Italia, Francia é Inglaterra, habiendo publicado el Mayor Neumann en 1872, con gran éxito, *Les Directives pour le jeu de la guérre de forteresse*.

Ya hemos dicho que Verdy du Vernois no admite reglas, que la dirección es absolutamente libre, y que no se apoya más que en consideraciones tácticas; el combate estudiado por momentos, la duración no dependiendo más que de la parte interesante de la acción. Tales son los puntos sobresalientes del nuevo método, en el que el autor no ha creído deber hacer más que presentar un casopráctico precedido de un corto proemio.

En éste comienza por decir que la utilidad del juego de guerra es hoy generalmente conocida y apreciada, aunque se vea cada día abandonar la tentativa apenas empezada; y á la pregunta de que ¿por qué no se practica más el juego de guerra?, se contesta que por no tener persona que lo sepa dirigir de conveniente manera. Efectivamente; el hacerlo requiere el conocimiento de la táctica de las diferentes armas, como sus fuerzas de resistencia, y si la instrucción de los oficiales puede dar la base de estos conocimientos, la práctica del juego de guerra les hará desenvolverla y afirmarse en ellos. Además, todo oficial superior se ha de encontrar en las maniobras, en el caso de mandar las tres armas, y se impone, por lo tanto, que se prepare con antelación, por el juego

de guerra, á resolver los problemas que se le presenten; y estas razones y otras muchas que omitimos por la brevedad, evidenciarían más lo que venimos demostrando, como así mismo es fácil de comprender, que el juego de guerra será tanto mejor cuanto más desembarazado esté de cosas inútiles. No quiere decirse con esto que el criterio de Verdy du Vernois sea cerrado; tan no es así, que admite, según el fin que se persiga, el empleo, ya en el juego estratégico, ya en el juego, tal y como se ha enseñado, con sus reglas, sus dados y sus tablas diferentes, ya el juego llamado de método simplificado con sólo plano y peones.

Los oficiales reunidos al efecto, en su criterio, pueden escoger el método que mejor les parezca. Cualquiera que sea el elegido, su valer dependerá siempre de la aptitud y facultades militares del director; estos son los términos del prólogo, al que sigue el ejemplo práctico, en el que tenemos que observar que la marcha seguida en la partida en sus grandes líneas, es la misma que indica las ideas de Meckel, excepto la división del combate en momentos de duración uniforme, del empleo de los dados y tablas de pérdidas en el combate; el ejemplo práctico es el siguiente:

Conducta del juego de guerra por el método de Verdy du Vernois.

La ejecución del juego de guerra necesita:

1.° Una carta geográfica detallada á la escala de 1/8.000 ó menos.

2.° Una carta de escala más reducida, llamada de reunión, 1/20.000 por ejemplo.

3.° Peones á la misma escala que el plano detallado, escalas y compases, pudiéndose agregar curvímetro.

Antes de empezar la operación, hace falta determinar de manera precisa el largo de las columnas y la velocidad de marcha de las diferentes armas; para esto último conviene establecer los cálculos en cifras redondas y por un minuto de unidad, debiéndose entender que el director puede variar las condiciones del terreno, velocidades, etc.

Establecimiento de la hipótesis. El director lo hace y la comunica á los jefes de partido, algunos días antes ó el mismo día de la partida, siendo preferible lo primero; es decir, comunicar á los jefes no sólo la hipótesis general, sino el tema particular á

cada uno, y así tienen tiempo de comunicar sus órdenes; lo primero da una idea de la situación general, y lo segundo la iniciación de la misión especial dada á cada parte, la composición exacta de las tropas y el conocimiento de los oficiales destinados á las órdenes de cada jefe de partido.

El director indica también el día y la hora que le deben ser remitidas las órdenes de los jefes de partido, y puede exigir las ampliaciones que juzgue necesarias y los croquis que representen orden de marcha y disposición de las guardias avanzadas; debe, además, el director tener un ayudante, que se encargará del trabajo material y matemático, como recibir estos partes y trabajos, tabla de notas, medidas de las distancias, cálculos, etc.

Estas tablas de notas, una por cada partido, deben contener las horas de salida, la formación y el orden de marcha de las diversas fracciones, el nombre de donde las fracciones se han puesto en movimiento y el de los oficiales que manden los destacamentos.

Comienzo del ejercicio. Es necesario escoger un sitio donde se pueda disponer de dos salas contiguas, á fin de que cada jefe de partido puede dar las órdenes é instrucciones á sus subordinados, sin que se entere ni lo pueda molestar el partido contrario. En una de las salas, el ayudante del director dispone el plano detallado, en la otra el plano general. El director lee la hipótesis á todos los oficiales reunidos; después uno de los partidos se va á la otra sala.

Los jefes de partido comunican á sus subordinados el tema particular, como las órdenes recibidas, agregando cuantas instrucciones crean necesarias. Cada jefe de tropa recibe el número de peones, con arreglo á la que han de mandar. Conviene darle á cada uno los diferentes peones, representando las diversas formaciones que puede tomar su unidad: por ejemplo, para un batallón peones que representen cada uno una compañía, ocho ó diez peones representando secciones desplegadas en tiradores y algunos peones de unidades más pequeñas, lo que es preferible á cambiar los peones, según las distintas formaciones, porque se evita pérdida de tiempo. Resultando, después de algunas más instrucciones, que el estudio del combate se encuentra descompuesto en períodos cuya duración depende únicamenie de la marcha de la acción.

Ejecución del ejercicio sobre el plano detallado. Uno de los partidos (el rojo, por ejemplo) queda en la pieza donde está el del otro plano; el director llama al otro partido (azul), incluso á todos los oficiales, cerca del plano; pero el director ha de tener cuidado que ninguno dé su opinión más que aquel al que se dirige, como también vigilará que las órdenes é informaciones lleguen á su destino y en el tiempo que debe ser.

El director señala la situación inicial, á las seis horas y treinta minutos, por ejemplo, y hace colocar sobre el plano detallado los peones que representan las unidades azules, y después que él vea los movimientos ejecutados por el otro partido, será visto por los rojos; después facilita á los azules cuantas informaciones resulten de lo que vea al enemigo, y hace notar á los jefes que han de tomar resoluciones después de reflexionar sobre lo que deben hacer.

Hecho esto, el partido azul sale de la sala y entra el partido rojo, con el que el director procede de igual manera; los peones rojos y azules representan, por lo tanto, las primeras tropas que se encuentran en la carta. El director interroga separadamente sobre sus intenciones á los dos partidos. Empieza por el rojo, que se encuentra á su presencia, y verá, por ejemplo, que son las seis y treinta y cuatro minutos, cuando lo que piense hacer estará ejecutado.

El director va á la sala donde está el partido azul, y pregunta lo que piensa hacer en este lapso de tiempo de cuatro minutos. Después reune los dos partidos alrededor de la carta, expone de nuevo la situación, hace colocar las tropas visibles que habrán cambiado de plaza, y las tropas escondidas que se hayan hecho visibles, y da aquellas reseñas que juzgue debe comunicar.

Uno de los partidos vuelve á la otra sala, el director interroga de nuevo separadamente á los jefes de partido, y ve, después de saber sus intenciones, dónde y á qué hora tendrá lugar el encuento (para esto, el partido que se encuentra en la misma sala que él se queda á la espectativa así que ha dicho lo que el director le ha preguntado); éste hace el cálculo de las horas que han de emplearse en las informaciones y las órdenes para que lleguen á los interesados, y llama á los dos partidos alrededor de la carta.

Vuelve el director á tomar la situación donde la dejó, hace

mover los peones por cada jefe de unidad, con arreglo á las órdenes comunicadas con anterioridad, continuando el ejercicio hasta que sobrevenga una solución ó hasta que el director juzgue útil suspender la partida.

Se ve, pues, que separado el método de todo lo eventual y gratuito, en lo que muchas veces decide la suerte, se concreta á lo que puede llamarse el mecanismo táctico en el combate, que ha de dar la resultante en sus múltiples combinaciones, cuanto la táctica nos muestra, y dicho se está, que aquella tropa que resulte envuelta, con inferioridad numérica, obligada á situarse en posición desventajosa, etc., con relación al enemigo, ha de tocar los efectos de la derrota, que pudo ser victoria, por la previsión de sus jefes, los dotes de mando y de aberlas conducir con la acertada elección de caminos, estudio del tiempo para la mejor concurrencia de las tropas y cuantas circunstancias requiere la ciencia militar en sus complejas aplicaciones.

Y vamos á terminar este estudio copiando varias observaciones de Verdy du Vernois, que dice: «Es preciso tener en cuenta que la dirección de una partida del juego de guerra es más sencillo y menos complicado que se puede creer á primera vista, por la lectura del ejemplo que acabamos de dar. Los cálculos de tiempo, etcétera, tal como son expuestos, se simplifican considerablemente cuando la partida se juega ante la carta. Además, una gran parte de las observaciones indispensables hechas aquí, no son necesarias en el juego real; los jefes de tropa no dirán cada vez más que lo que son sus proyectos futuros, sin entrar en detalles, que en este caso son necesarios para la mejor comprensión, pero que en la práctica desaparecen en su mayor parte, porque los interesados, en vez de comunicar sus intenciones al director, las harán visibles por el desplazamiento de los peones que deben moverse, ó por los colocados en la carta, cuando la nueva tropa entre en acción».

Después de lo dicho, no creemos necesario argumentar mucho para llevar el convencimiento hasta los espíritus más rebeldes, de la conveniencia del estudio de la maniobra á doble acción, que es la evolución última del juego de guerra, y que en los diversos ejércitos, ó es obligatorio, ó se practica tan universalmente, que puede considerarse como reglamentario, no bastando que sea una

asignatura en los planes de estudios de las academias militares, sino que en Alemania, por ejemplo, se practica en reuniones libres, formadas en las guarniciones, por los oficiales que tienen aficiones semejantes, y sin ser reglamentario no existe un cuerpo que no se tengan sesiones de juego de guerra.

Entre otras obras que pudiéramos citar, creemos como más notable deberlo hacer con la del mayor Griepenkerl, titulada *Thémes tactiques gradués. Application des réglements sur le service en campagne et sur les manoeuvres a un détachement de toutes armes.* Traducido por el capitán Richert, de la Escuela Superior de Guerra de París, 1896. Dice así en la primera carta: «El arte de mandar no es innato en ninguna persona, y ningún manual puede enseñarlo. No hay más que un medio de aprenderlo, y es el de resolver problemas tácticos. Es necesario tener excepcionales condiciones para combinar por sí propio temas tácticos de una manera conveniente antes de pasar por la Academia de Guerra. Las obras que se conocen son: los admirables estudios de Verdy ó los temas estratégicos y tácticos de Gyzicki (con soluciones), pero suponen demasiados conocimientos, y son más propio, por lo tanto, para oficiales adiestrados que para los que adolecen de este requisito... Y Griepenkerl, para salvar, sin duda, tan grave inconveniente, ha querido hacerlo con su obra presentando temas graduados, á partir desde el más simple en las cuestiones tácticas, sentando en sus bases, como una de las más principales que: «Será objeto de gran recomendación á los oficiales que no son de infantería, que estudien con cuidado cuanto concierne á esta arma, porque es la principal de todas».

Indudablemente, el trabajo es notable; pero nosotros debemos agregar que á más de lo dicho por el autor, existe la obra que apareció en 1895, titulada: *Las cuestiones de táctica aplicada*, con temas, soluciones y críticas del mariscal Moltke, que desde 1858 á 1882 dió á tratar como jefe de Estado Mayor general del ejército, y que el Estado Mayor general se decidió á publicar, obedeciendo á los deseos expresados por el ejército en repetidas ocasiones; acompaña á la obra un atlas de mérito remarcable, y no creemos necesario encomiar lo que el nombre del autor lleva mucho más allá el mérito que cuanto pudiéramos decir nosotros.

Como este estudio no sólo deja de estar incluído en los planes

de nuestras academias, sino que no se practica, nada tiene de particular que no existan trabajos muchos sobre él, pero sí sabemos, á más de algún otro menos conocido, el del teniente coronel Villalba, publicado en la *Revista técnica de Infantería y Caballería*, en el que el distinguido jefe, autor de la notable obra *Táctica de las tres armas*, muestra su competencia.

A poco que se reflexione en cuanto llevamos dicho, se puede deducir que en el director gravita todo cuanto á este trabajo se refiere, que se ha de buscar la rapidez y la precisión en las soluciones, á la par que la sencillez, y de este modo el juego de guerra llegará á cuanto en él se persigue, creyendo nosotros, como única consecuencia, que se reconoce la necesidad de implantarlo, no sólo en nuestras academias militares, sino en nuestras costumbres militares, tanto más cuanto que nuestros presupuestos no dan aquellos márgenes que en otras naciones pueden aplicarse á grandes y pequeñas maniobras, fuentes de inapreciables enseñanzas, y que en el nuestro han de suplirse con modestísimos medios.

III

EL ESTADO MAYOR GENERAL Y EL ESTADO MAYOR DEL EJÉRCITO

Hemos intercalado el juego de guerra entre estas academias militares, porque conformes con el criterio de Griepenkerl, lo creemos de preparación para llegar á oficiales de Estado Mayor; ellos son en los ejércitos uno de aquellos problemas más debatidos y de solución más varia en las distintas naciones; por eso le vamos á dar más extensión al asunto de la que exige la índole de nuestro trabajo, y para formar una verdadera orientación, puesto que va el mejor acierto en el servicio complejo que han de prestar en la milicia, vamos á citar criterios distintos, y principalmente sobre uno de los puntos más debatidos, el del que al generalato se ha de llegar sólo pasando por las escuelas de Guerra.

Lo primero que se nos presenta, es examinar si el Estado Mayor es un Cuerpo ó un servicio; naciones hay como Alemania

en las que sucede lo primero, y Francia, que se verifica lo segundo; para formar estos diferentes criterios, ha sido preciso unir las distintas opiniones, con los resultados de la práctica. Dice Jomini: «Un buen Estado Mayor es, sobre todo, indispensable para constituir bien un ejército; es preciso considerarlo como el plantel de donde un general en jefe debe sacar los instrumentos de que se sirve, como una reunión de oficiales cuyos conocimientos deben secundar los suyos. Cuando no hay una armonía entre el genio que manda y la capacidad de los que deben aplicar sus concepciones, el éxito debe ser dudoso, porque las condiciones más hábiles son destruídas por la falta de ejecución. Un buen Estado Mayor tiene, por otra parte, la ventaja de ser más durable que el genio de un solo hombre, puede remediar muchos males, y osamos afirmar que es la mejor salvaguardia de un ejército. Pequeños intereses de bandería, puntos de vista estrechos, un amor propio fuera de lugar se alzaron contra esta aserción, pero no había una verdad menos recusable para un militar que piense y para todo buen hombre de Estado».

El general prusiano Bronsart de Schellendorf, dice: «El Estado Mayor forma una de las partes esenciales de la organización de los ejércitos modernos. El general, colocado á la cabeza de un Cuerpo de tropas algo numeroso, no podrá, sobre todo en tiempo de guerra, mezclarse en las cuestiones de detalle, de las cuales el examen, la comprensión y la solución razonada, tienen frecuentemente una gran importancia. Abstracción hecha de esto, hay que tener en cuenta que las fuerzas intelectuales y físicas de un solo hombre no serían suficientes á tarea semejante, y que tal obligación traería un perjuicio serio á la inspección y dirección de conjunto, que este general debe tener en todo instante sobre las tropas colocadas bajo sus órdenes. Debe tener, pues, quien le auxilie, y estos auxiliares son los que forman el Estado Mayor».

Estas razones se encuentran fundamentadas en una esencial: en la diferencia que existen entre los pequeños y los grandes ejércitos; aquéllos podían ser abarcados en su limitado conjunto por un hombre, éstos imposible, y de aquí ha nacido, no sólo el Estado Mayor, sino la extensión de la propia iniciativa y multitud de variantes más é menos profundas del arte militar; y desde el prefectus legiones ó magister militar de las academias romanas, á

las escuelas de Guerra que dan los oficiales de Estado Mayor en nuestros días, siempre han influído en ellas el que los ejércitos hayan tenido que ser numerosos; y si toda la historia militar así nos lo muestra, más reciente y de mayor relieve tenemos los grandes éxitos del Estado Mayor prusiano alcanzados en la guerra de 1870 á 71.

Reconocida la necesidad del Estado Mayor, sigamos examinando el problema; dice Jomini: «Mucho se ha agitado la cuestión de si se debía preferir al general acostumbrado por una larga experiencia á mandar tropas, á los generales de Estado Mayor ó Cuerpos facultivos, poco acostumbrados á manejar soldados. Es incontestable que la guerra en grande es una ciencia absolutamente diferente y que se pueden combinar muy bien las operaciones sin haber conducido por sí mismo un regimiento al enemigo. Pedro el Grande, Condé, Federico y Napoleón lo prueban; mas no porque haya encanecido desempeñando las funciones de cuartelmaestre tendrá capacidad para el mando supremo; podrá tenerla, pero será porque naturalmente posea el genio de la guerra y el carácter necesario; así como un general procedente de las filas de Infantería ó Caballería puede ser tan á propósito como el más consumado táctico».

«La cuestión parece difícil de resolver de un modo absoluto, y en este punto creo que es necesario contraerse á las individualidades. Para adoptar una solución racional, será necesario elegir un justo medio, y reconocer que un general procedente de Estado Mayor, de Artillería ó de Ingenieros, que haya mandado también una división ó Cuerpo de ejército, tendrá en igualdad de circunstancias una superioridad positiva sobre el que no conozca más que el servicio de un Arma ó Cuerpo especial. Un general que haya meditado también sobre la guerra por sí mismo, será igualmente propio para el mando. El carácter firme tiene la preferencia sobre las cualidades requeridas para un general en jefe.»

«En fin, la reunión de una sabia teoría, con un gran carácter, propio para el mando, constituirá el gran capitán.»

¿Qué escritor técnico-militar no habrá acudido al testimonio respetabilísimo de Jomini, que tan altos conceptos merece? Nosotros con mayor razón buscamos el apoyo de tan valioso criterio, que sería más que suficiente para rebatir el de los que defienden

la conveniencia de que el Estado Mayor general tenga la sola procedencia de las escuelas de Guerra. Jomini da la razón científica, pero además existen otras que llevan aparejado el estímulo y la justa aspiración que abarca la equidad de que mucho merezca quien de mucho sirve y sabe sacrificarse; y tan encajado está en el orden natural de las cosas esta manera de apreciarlo, que creemos no haya necesidad de reforzar el argumento para llegar á la convicción, que se puede ser buen general sin haber pertenecido al Estado Mayor, y que se imponen las escuelas de Guerra, pensamiento este último que vamos á ampliar.

En nuestro país, sin ir más lejos, desde 1768, en que el 28 de Octubre se publicó la ordenanza en la que se detallaron en el servicio de campaña las funciones del cuartel maestre general, mayores generales de Infantería y Caballería y sargentos mayores de brigada, en cuyos tres cargos estaban repartidos los servicios de Estado Mayor; desde esta fecha, decimos, desde la creación del cuerpo de Estado Mayor, en 1810, hasta la del mes de Febrero de 1842, en que por Real decreto se dispuso la formación de una escuela especial que se llamó Escuela del Cuerpo de Estado Mayor del Ejército, y luego Academia, sufrió innovaciones, supresiones y reformas, debidas principalmente á carecer de esa base fundamental de un centro docente que da la instrucción uniforme, en armonía con las necesidades del buen servicio.

En la creación del cuerpo, en 1810, por ejemplo, el ejército estaba organizado en tres ejércitos de operaciones, y se destinó un mariscal de campo á cada uno con el título de jefe de Estado Mayor, dependiente del jefe de Estado Mayor General, y á sus órdenes un ayudante general, segundo jefe, de la clase de brigadier ó coronel, y un número de primeros y segundos ayudantes, que eran tenientes coroneles y capitanes, respectivamente, en proporción á la fuerza que el ejército tenía. Al organizarse después en divisiones, á imitación de lo que en otros países se hacía, dividiendo en dos ó tres de éstas los ejércitos, y las divisiones en tres ó cuatro brigadas, aboliendo el orden de formación exclusivo por brigadas de Felipe V, el cuerpo de Estado Mayor fué á su vez modificado con sujeción á la formación divisionaria; y como sería prolijo enumerar todos los incidentes sufridos por el cuerpo, sólo agregaremos á lo dicho, que hoy existe la Escuela Superior de

Guerra, de donde salen los oficiales de Estado Mayor, quedando demostrado que estos oficiales son tan indispensables como las academias ó escuelas de Guerra.

Respecto á que ha de ser cuerpo con escalafón aparte y uniforme especial, ó servicio de Estado Mayor cuando los individuos que se consideran aptos para prestarlo por haber hecho los mismos estudios y tienen idénticas condiciones, pero que sólo usan un distintivo y vuelven á sus cuerpos de procedencia, para prestar el servicio de Estado Mayor cuando sea necesario, más nos parece adecuado este segundo caso que el primero, si se ha de llegar al ideal que Jomini nos muestra, y con mayor razón en nuestro país, que no practican lo bastante las funciones de su primer empleo, y nada los sucesivos; pero hay que tener en cuenta que encaje la reforma en la nación que se intente.

El ingreso en las escuelas de Guerra se verifica con previo examen, que prueba que la inteligencia y capacidad son suficientes para salir adelante en su difícil empeño; en nuestra Escuela Superior de Guerra se ingresa sin este requisito. Los planes de estudios en las distintas escuelas de Guerra comprenden las materias siguientes á fin de llenar las condiciones todas que exigen la delicada misión que estos oficiales han de cumplir en el curso de su carrera: Táctica general y aplicada á las tres armas; estrategia, historia y geografía militares, organización, movilización, servicio de Estado Mayor y ataque y defensa de las plazas. Logística y Administración Militar y nociones de derecho. Artillería, armas de guerra y fortificación. Topografía y cartografía, geodesia, aplicaciones de las ciencias á la guerra é higiene militar. Los cursos duran de dos á tres años, debiendo los aspirantes pertenecer á la clase de primeros tenientes ó capitanes, después de contar cierto número de años de servicio activo en filas.

No podemos menos de aplicar á los oficiales de Estado Mayor el mismo criterio que hasta aquí hemos sustentado, sobre que deben existir sólo los llamados á su peculiar servicio, é independiente á ellos, los de curso superior, que en este caso serían los que se dedicaran á geodesia y astronomía, materias que forman parte de los estudios del oficial de Estado Mayor, y en algunos países en los de ingenieros y artillería, y más parecen debieran quitarse, y en artillería el corte de piedras, aun siendo conoci-

mientos accesorios, más que profesionales, pues ó no se pueden profundizar si se han de atender los estudios militares, ó de hacer lo contrario sería con menoscabos de éstos, lo que resultaría improcedente; á esto llamamos nosotros especialización, harto justificada, pues si en las carreras civiles se evidencian estas tendencias impuestas por la necesidad, no hay una razón para que en la Milicia no trate de imitarse, y más cuando ha de dar indiscutibles resultados, á más de ser justo, moral y equitativo.

La misión de estas Escuelas, ya lo hemos dicho, es difundir entre los oficiales de los ejércitos conocimientos militares de orden superior y nutrir el personal del cuerpo de Estado Mayor, ó facilitar á la Milicia quien preste este servicio; lo que según el caso, no lo dice sólo el artículo primero del reglamento orgánico de la Escuela Superior de Guerra, de nuestro país, del año 1894, en su apartado primero, sino en los reglamentos de las escuelas de Guerra de otras naciones, creadas con anterioridad á ella, y en esas naciones, como en la nuestra, se ha tenido que luchar, tal vez con idénticos inconvenientes, probando, hasta la evidencia, las diferencias esenciales que en todas ellas se notan, desde las prácticas de oficiales, la duración en la permanencia de las escuelas de las armas especiales y generales, las de los cursos, los exámenes de ingreso y salida, las prácticas después de éstas hasta ver de qué manera esos oficiales que hacen iguales estudios que los elegidos para Estado Mayor, no toquen defraudados sus afanes y sus esperanzas, pues de otro modo no habría quien ingresara en las Escuelas, desapareciendo, por lo tanto, ese elemento reconocido tan necesario para la familia militar en los tiempos presentes, como es el contar en las filas con la mayor cantidad de ilustración, y más particularmente en lo que se relaciona con el arte militar; y si esas naciones no lo logran teniendo muchos más elementos que nuestro país, nosotros, para alcanzarlo, hemos de suplir, con sacrificios inclusive, cuanto sea necesario á tal objeto.

Resulta, pues, que una Escuela de Estado Mayor no es fácil de plantear, y sí es indispensable para entrar en el concurso de los ejércitos bien organizados; hay que empezar por dotarla de todos aquellos medios que nos conduzcan á este fin, ó por lo menos con aproximaciones, no sólo en programas, planes de estudios y organización, sino de modo que pueda ofrecerse recom-

pensa justa á la laboriosidad y al mérito, en armonía con los demás elementos del organismo de que forma parte; es decir, los privilegios y recompensas que han de concedérseles á los que cursen sus estudios.

Abarcados los primeros extremos en concepto general, no afectando el tiempo de duración de los cursos de manera directa á la parte esencial del sistema, tres años en nosotros, con clases obligatorias y electivas, art. 64, pues dicha duración ha de encajar en el plan general de enseñanzas del Estado; aceptada la permanencia en filas más ó menos prolongada antes del ingreso y algún otro extremo de carácter secundario, nos vamos á contraer sólo al último extremo, ó sea, á los privilegios y recompensas que se han de conceder al terminar los estudios, toda vez que al examinar este problema en el tercero y último aspecto, ó sea, el de organización, hemos de poner casos prácticos que nos evidencien el mecanismo de las escuelas y academias, de aquellos ejércitos que nos muestren mayores enseñanzas.

Según el artículo 78 del reglamento de nuestra Escuela Superior de Guerra, terminada la campaña logística, el director de la Escuela remitirá al ministro de la Guerra una relación conceptuada de los alumnos que la hayan terminado con aprovechamiento, colocándolo con el orden de preferencia que resulte, teniendo en cuenta sus censuras en los exámenes de fin de curso de los tres años académicos. Estos oficiales serán destinados á verificar las prácticas que determine el oportuno reglamento; concluídas éstas con aprovechamiento, los oficiales que hayan de ingresar en el cuerpo de Estado Mayor, art. 79, lo harán con el empleo de capitán; y los que vuelven á las armas ó cuerpos de su procedencia, usarán un distintivo especial, que dará derecho al sueldo de capitán á los que no estén aún en posesión de este empleo, en analogía con los que pasan al Estado Mayor. Además, se les expedirá un diploma que les dará preferencia para desempeñar destinos ó comisiones que exijan aptitudes especiales relacionadas con los estudios que hayan cursado en la escuela; y caso de guerra y no siendo suficiente el personal del cuerpo de Estado Mayor, podrá destinárseles, mientras las circunstancias lo exijan, á prestar servicio encomendado á aquel cuerpo. En Alemania tienen el derecho de elección; en Austria dispensa de examen para ascender á mayor,

y en otras naciones ejercen el servicio de Estado Mayor, como en Rusia, en donde lo practican las dos categorías, de las tres en que se clasifican, y á veces la tercera, con la preferencia sobre los demás, para ser ayudante de campo y de órdenes, y el distintivo de la Escuela que en Rusia sólo hay una condecoración que le supere, lo que quiere decir, que se trata de acumular privilegios y beneficios para aquellos que se dedican al cultivo de las ciencias, labor penosa, y para la que el hombre en ciertas edades requiere verdadera inclinación por sus condiciones meritísimas, y que en su día han de dar grandes rendimientos á la institución armada.

Además, vemos evidenciado las notables diferencias que existen, más por el particularismo, que por el medio y el fin; ya hemos dicho, que en nuestra opinión, el Estado Mayor es un servicio, si acaso podía ser cuerpo los que se dedicaran al curso superior que en nuestro país no existe; y al desaparecer el cuerpo, y prestar este servicio oficiales verdaderamente combatientes, dando así más cantidad práctica á su personal, las diferencias serían menores ó no existirían, ni los casos de antogonismos que deprimen, como el de prestar servicios secundarios, los que han cursado con aprovechamiento sus estudios, ó de simples auxiliares de sus compañeros en tiempo de guerra; estos oficiales, de no obtener el empleo de capitán, aunque hubiera de reformarse la ley constitutiva, debía concedérseles, dado nuestro modo de ser, cruces pensionadas, y ciertos privilegios en los destinos; y de practicar el servicio de Estado Mayor, nunca como auxiliares, refiriéndonos en este caso á que el Estado Mayor sea cuerpo.

Otro criterio existe, y es que por la clasificación que en las escuelas merezcan los alumnos, tengan, al llegar á coroneles, preferencias para el ascenso á general; y se nos ocurre preguntar: ¿es que en el curso de la carrera puede haber garantía de persistencia en las condiciones que se inician en los comienzos? Es otro de aquellos casos que no creemos necesarios argumentar para llegar al convencimiento; el genio de la guerra podrá lucir con esplendorosas manifestaciones, en los primeros años del hombre; Alejandro, Turena, Napoleón, entre otros, nos lo dicen, pero en las escuelas, nunca; influencias extrañas vienen después á variar las inclinaciones del alumno hasta ditanciarlo de cuanto prometía; los altos puestos que la sociedad nos brindan son objeto de cons-

tante lucha, de palpitante competencia; no basta ser buen estudiante, sobresaliente, para predecir, juzgar y recompensar con antelación; esas condiciones y virtudes han de tener el carácter de continuidad, y esto no puede garantizarlo nadie; un capitán brillante puede llegar á jefe, pero no á general, si de jefe no supo sostener igual concepto.

Sentadas estas bases concluyentes para los oficiales de Estado Mayor, vamos á ocuparnos de la organización de algunos centros docentes, para llenar así el objeto propuesto; y en obsequio á la concisión, nada decimos de las academias ó escuelas de Administración Militar, Sanidad, Veterinaria, etc., porque no nos habíamos de distanciar de la doctrina fundamental hasta aquí sustentada, y menos cuando son tan conocidas las funciones de estos cuerpos auxiliares.

IV

ALEMANIA

Ya hemos visto la Real orden base de la organización del cuerpo de cadetes de este país; en él, mientras que en todas las naciones casi, el oficial va á la escuela militar antes que á las filas, en Alemania pasa todo lo contrario; con la instrucción general es admitido en éstas para que pruebe sus aptitudes de carácter y de mando, y que hecho esto ingrese en los establecimientos militares de aplicación.

Cuatro fases principales presenta la admisión de los candidatos:

Primera, adquirir en un gimnasio, casa ó cuerpo de cadetes, la instrucción general completa que les es necesaria; segunda, servir en las tropas, con el objeto de probar su aptitud para la profesión de las armas; tercera, cursar los estudios de una Escuela de Guerra; cuarta, obtener la anuencia de la oficialidad del cuerpo en que ha de servir, observándose para ello el siguiente procedimiento: Expedidos los certificados de instrucción general com-

pleta, los candidatos son amitidos en las filas como aspirantes al grado de portepee-fähnrich, equivalente á subteniente graduado, á los yunkers de Rusia y de Bulgaria, y á los cadetes suplentes de oficiales de Austria.

Bajo la dirección del más antiguo de los tenientes, á cada aspirante se le da cierta instrucción militar teórico-práctica en el regimiento de ingreso. Sus fuerzas intelectuales se averiguan por medio de temas que debe desarrollar por escrito, y por otros medios sus condiciones de carácter y energías para el mando y su vocación para la carrera; estas pruebas dan lugar al certificado de aceptación después de cinco meses como mínimum de duración, que ha de preceder al examen de portepee-fähnrich. Dicha prueba es admitida, si hay vacante de este empleo, ante la comisión especial llamada obermilitair-examinations-comission. Suele dispensarse esta práctica á los jóvenes que proceden del cuerpo de cadetes, en el caso que hayan cursado los estudios de la clase primera superior.

Para ser propuesto al empleo de subteniente, á más de ser aprobados en el examen, necesitan servir en filas un segundo período de seis meses, cursar los estudios de aplicación en la Escuela de Guerra, ser examinado nuevamente por la citada comisión, y por fin obtener el consentimiento de la oficialidad del cuerpo á que pertenece.

Las Escuelas de Guerra tienen en sus cursos una duración que no pasan de diez meses, y que comprenden los primeros estudios militares. El examen y el permiso son la base del oficial alemán, el uno para su aptitud científica y práctica, el otro va aún más lejos; él implica el concepto moral grandioso del derecho de admitir en la familia militar al que aspira á tener el honor de pertenecer á ella. Reúnese la oficialidad para este acto, una vez llenas todas las formalidades, y se procede á una votación secreta, por el orden de antigüedad que corresponde á cada candidato. Los oficiales ausentes dan su voto por escrito, imponiéndose la unanimidad, pues la mayoría necesita la resolución del comandante del cuerpo de ejército, debiéndose hacer constar en los votos en contra las razones en que se han fundado, lo que figurará en el expediente.

El fracaso en estas gestiones constituye, para el candidato,

una situación desairadísima en el concepto social; por el contrario, el primer galón conquistado da al oficial un campo de ilimitadas esperanzas en el camino del honor y de la gloria, pero por su propio esfuerzo, pues ha de mantenerse en cada empleo á la altura que los mayores prestigios requieren, pórque si bien en Alemania los ascensos son obtenidos generalmente por los más antiguos, siempre que para ello reunan las condiciones, cuando no sucede esto y se les posterga, es tal la depresión moral que tal cosa representa, que se le considera como una insinuación para que solicite el retiro. Recordemos aquellas justificaciones de Scharnhorst, citadas por nosotros en el capítulo *Alemania*, sobre los ascensos; el ejército prusiano de entonces no tenía, como el alemán de ahora, ley de ascensos, el Emperador es el árbitro; pero observándose las prácticas tradicionales dichas, el Emperador sólo recurre á esa facultad cuando desea recompensar acciones distinguidas ó conferir titulos honorarios á personajes de la familia real, y este sistema tiene sus inconvenientes, pero si se aplica con justicia, es el de mayor garantía para la disciplina y el estímulo, porque lleva en sí el íntimo convencimiento y la equidad, unida al bien del Estado, porque bueno es que lleguen á los altos puestos los que han de desempeñarlos cumplidamente.

Los estudios de las Escuelas de Guerra suelen ser dispensados á los que son poseedores de títulos universitarios, y esto es una nueva demostración de la importancia que se da en Alemania á la cultura general. El plan de enseñanzas para todas las armas viene á ser el mismo para los subtenientes de ellas; pero los oficiales que se dedican á artillería é ingenieros, cuentan con dos escuelas superiores para que adquieran el complemento de la instrucción científica. Además, existen las academias de guerra de Berlín y Munich, en las que pueden entrar todos los oficiales para seguir los estudios más elevados del arte militar.

Resultando: que en Alemania los niños de seis á nueve años se dedican á la primera enseñanza; desde esta edad á los dieciocho, en los gimnasios, y de éstos siguen el camino explicado, á más de los cuerpos de cadetes y universidades.

Los gimnasios corresponden á la segunda enseñanza más que á la instrucción militar, pero están con ella relacionada, á tal extremo, que todos los aspirantes á portepee-fähnrich, no proceden-

tes del cuerpo de cadetes, han de seguir los estudios que el plan de ellos determinan. Son humanistas ó reales; en los primeros dedican al griego las horas que en el segundo lo hacen al inglés y á las extensiones de las ciencias, siendo esta la única diferencia.

En los dos estudios duran nueve años, y las clases, empezando por la inferior, se denominan: sexta, quinta, cuarta, tercera inferior, tercera superior, segunda inferior, segunda superior, primera inferior y primera superior, distribuyéndose las veintiocho horas semanales de la clase sexta y las treinta de las demás de conveniente forma en las materias siguientes: Religión, alemán, latin, historia y geografía, matemáticas, historia natural, caligrafía, dibujo, francés, griego, física y química. Para ingresar en los gimnasios se requiere haber cumplido la edad de nueve años y poseer los conocimientos del primer trienio de las escuelas elementales.

Tiene verdadera importancia el Cuerpo de Cadetes Real prusiano: hasta 1717, los jóvenes que seguían la carrera de las armas entraban en las compañías del ejército permanente y aprendían allí su oficio de soldados. En las guarniciones importantes, como los de Berlín, Köenisberg y otras, se dedicaban, en el tiempo libre de servicio, á las ciencias militares, y para la práctica, se reunían los cadetes de varios regimientos, hasta que Federico Guillermo, en el año dicho, organizó el Cuerpo Real de Cadetes del Kronprinz, é hizo entrar allí á su hijo el príncipe Federico; el número de plazas fué de ciento diez alumnos, de diez á veinte años de edad, y posteriormente, los jóvenes fueron mandados á Postdam y alojados en la casa de huérfanos militares, que vino á ser una dependencia.

Federico el Grande fundó para la nobleza, en 1769, en Stolp, otra escuela que sirvió por algún tiempo como preparatoria para el ingreso en el mencionado cuerpo real. Los sucesos políticos de 1776 decidieron al Rey á crear en Culm otro establecimiento. Posteriormente, en distintas épocas y reinados, se fundaron otras, hasta que en 1878, se inauguró en Lichterferlde, Berlín, una escuela de cadetes llamada Haut-cadetten-anstalt, existiendo en la actualidad once escuelas de esta clase; en Berlín, Munich y Dresde, con planes semejantes, divididos en diez clases, ó sea en igual número de años escolares; y las Köeslin, Postdam, Wahls-

tadt, Bensberg, Ploen, Oranienstein, Karlsruhe y Naumbourg-auf-Saale denominadas casas de cadetes, cuyas clases abarcan las siete primeras clases de las anteriores; el criterio que en ellas se observa como fundamento general, es el ya citado.

En el establecimiento de Berlín, por ejemplo, llamado también Cuerpo de Cadetes Real prusiano, el que con sus similares constituye el plantel principal de oficiales del ejército alemán, sus estudios son extensivos por una parte, á la más completa instrucción general, y por otra, á la militar de las escuelas de guerra.

Sus cursos escolares se componen de dos divisiones: primera, clases sexta á tercera superior, para jóvenes de diez á quince años, instrucción general; segunda, *(a)*, clases segunda inferior á primera superior, complemento de la instrucción general; *(b)*, clase selecta, instrucción militar. Las clases desde sexta hasta primera superior, comprende, esencialmente, el plan de enseñanza de un gimnasio real prusiano; la selecta, el de una escuela militar. Los que han cursado con éxito la clase segunda superior, pueden pasar al ejército como aspirantes á portepee-fähnrich. Concluído el período reglamentario de permanencia en las filas y cumplida las demás formalidades que hemos descrito anteriormente, son admitidos en la clase selecta, de donde volverán á filas de portepee-fähnrich, á esperar la vacante de tenientes segundos; los que prefieren quedarse en el establecimiento hasta obtener que se le aprueben los cursos de primera superior, se incorporan á los regimientos con la efectividad de aspirantes á oficiales. Respecto á los planes de estudios, no hemos de insistir más sobre el criterio dicho.

Las escuelas de guerra alemanas tienen un método de enseñanza en el que se combinan los cursos teóricos con lecciones prácticas, con el objeto que los alumnos puedan resolver los complejos problemas que se relacionan con cuanto en ellas se aprende, método que da enseñanzas y medios de poder apreciar las facultades de los que en ellas estudian.

Las de Neisse, Portdam y Erfurt, existían en 1859. En 1873, un nuevo reglamento del ministro von Kameke dispuso fueran aumentadas con las de Anclam, Engers, Hannover, Cassel y Metz, cuyas ocho escuelas y las de Dantzig, Hersfeld y Munich, creadas últimamente, componen el total de las que existen. El plan de estudios se ha ido modificando á medida que las circunstancias lo

han requerido. En el Decreto de 1873, en el curso de táctica, por ejemplo, se hizo obligatorio el estudio de las nuevas teorías sobre el combate en el orden disperso, á consecuencia del empleo de las armas perfeccionadas; en el de armas de guerra, fueron ampliados los programas, exigiéndose, á más de lo establecido en ellos, el conocimiento minucioso de los afustes y carruajes reglamentarios en los principales ejércitos; el de acción de los fuegos de artillería, de la precisión del tiro, de las tablas de tiro correspondiente y del desarrollo histórico de estas armas, en el curso de fortificación se suprimió todo lo que se refería á las teorías de Vauban y á su sistema de ataque y de defensa, añadiendo cierto número de lecciones sobre las trincheras abrigos y la apreciación del terreno, sobre las obras de campaña pasajeras, y los medios de destrucción de las vías férreas y telegráficas; en el estudio del terreno, dióse mayor extensión al levantamiento de planos y al programa de dibujo, siendo de menor importancia las demás variaciones introducidas.

En Decreto de 29 de Marzo de 1893 se reducen á ocho los diez meses de duración de los estudios. Las escuelas de guerra tienen por objeto perfeccionar la instrucción científico-militar de los aspirantes á oficiales de todas las armas, y se encuentran bajo la dirección de la inspección general de establecimientos militares de instrucción y educación. El personal de profesores se compone de oficiales que se destacan de sus cuerpos por un tiempo mínimo de tres años y máximo de cinco, y es de notar que el nombramiento implica un honor dispensado á la aptitud científica y práctica en el servicio militar. Siendo limitado el tiempo de ejercer el profesorado, para que tenga lugar ese cambio beneficioso entre los que están en filas y los que ejercen la enseñanza, pudiéndose observar en todo lo dicho, que tratamos más de un plan general de enseñanza nacional que particular de la Milicia, y que al llegar al caso concreto de la escuela de guerra, predomina en el método un esencialismo práctico, de manera más determinada que en los cursos escolares.

*
* *

La academia de guerra de Berlín debe su origen á la necesidad que de ella comprendió Federico el Grande en la guerra de los siete años, y también al poco valer de los oficiales prusianos. Con el nombre de Academia de los Nobles, se abrió el 1.° de Marzo de 1765; en tiempo de Federico Guillermo II, tomó el nombre de Academia Militar, que fué cambiado por el de Academia Militar de los Nobles por Federico Guillermo III, siendo disuelta por los acontecimientos de 1806; sería prolijo enumerar todos los cambios que ha sufrido desde esta fecha; de cuando Scharnhorst fué profesor de los cursos de estrategia, táctica, artillería y servicio de Estado Mayor, hasta los reglamentos de 1859, 1873 y 1888, autorizados por Bonín, Kameke y von Moltke, respectivamente. Desde el primero, que tomó el nombre de Academia de Guerra, no ha sufrido modificaciones orgánicas esenciales. Como los alumnos han tenido que ir aumentando en proporción al ejército, los cincuenta, que luego fueron cuarenta, se han convertido en más de trescientos; y en virtud de una orden del Gabinete Real, de Noviembre de 1872, la Academia de Guerra ha cesado de depender de la Inspección general de Establecimientos de Educación é Instrucción militar, y su dirección superior á sido confiada al jefe del Estado Mayor general del ejército, obedeciendo en esto al espíritu de reorganización de 1809, que era la de colocar en ella como profesores á los militares más distinguidos y bajo la solicitud inmediata del jefe del Estado Mayor general.

El reglamento de esta fecha decía: «Qué importa proveer el reino de oficiales que se puedan emplear en todos servicios, y sobre todo, conservar y desarrollar el ejército prusiano, el gusto al trabajo y un espíritu de disciplina tal, que haga á los alumnos de esta academia capaces de llenar las funciones que se les encarguen, y que les permita cumplir sus deberes hacia el Rey y la Patria, con aquella abnegación que impulsa á los hombres de honor y de mérito á distinguirse, aunque hubiera procedido así en virtud de las órdenes, necesariamente estrechas, de un servicio puramente mecánico».

En la actualidad son las academias de guerra de Berlín y Munich, los dos grandes establecimientos docentes encargados á difundir en el Ejército los conocimientos militares superiores, y dar á los candidatos de un modo accesorio, á los puestos del Estado Mayor

general, la instrucción especial concerniente á tal servicio, según el espíritu que reina un Alemania, estando las dos academias organizadas de análoga manera.

En 1868 se dieron sabias doctrinas en forma de instrucción, encaminadas á difundir elevados principios científicos militares, bajo la base preponderante del servicio de guerra, preparar oficiaciales para las funciones de Estado Mayor, y sobre todo, para el mando y conducción de las tropas, siendo estas academias las llamadas á presentar al oficial ocasiones de desenvolver los grandes principios del arte de la guerra, de manera científica.

El caudal de instrucción para el ingreso, es bastante el adquirido en el gimnasio y escuela de guerra, con fundamentaciones de energías intelectuales, para lo que ulteriormente está reservado, en lo que se recurre á dos medios principales para hacer más eficaces los resultados de los cursos de ciencias militares: primero, excitar vivamente la atención de los oyentes durante las lecciones; segundo, ejercitarles en la aplicación de sus conocimientos teóricos, teniendo presente que en la guerra, el hecho debe seguir inmediatamente á la idea, la acción á la palabra y la práctica á la teoría. Teniendo para ello presente que no se ha de fiar á la memoria lo que por ser abstracto se ha de encomendar á la compresión, si se ha de obtener lo que se persigue.

Por esto, el cambio de preguntas y respuestas que forman el método de aplicación elemental, así como el examen oral, se han abandonado por completo, y han sido sustituídos por el procedimiento de proponer el personal docente y según lo estime, á los alumnos el desarrollo de temas escogidos que versan sobre las materias del plan, haciéndose estas memorias en las horas de los estudios prácticos, ó como trabajos de gabinete; las correcciones por medio de notas marginales, y cuidando los profesores de hacer observaciones que no hieran la suceptibilidad del alumno.

Como ampliación de este criterio, y unido á una instrucción teórica de verdadera solidez, se efectúan en cierta época del año reconocimientos de Estado Mayor y trabajos topográficos militares, y la academia de Berlín, por ejemplo, organiza en los alrededores de la población ejercicios prácticos de problemas de táctica, y en la construcción de obras de campaña, fortificación y defensa de edificios, etc., bajo la dirección del profesor de táctica, auxilia-

do por los de fortificación y armas de guerra, en aquellas cuestiones que interesan particularmente á sus clases, ampliándose estas prácticas con visitas á los establecimientos militares técnicos, próximos á la capital, como fábricas de cañones, pólvoras, arsenales de artillería y de pirotecnia, las fortificaciones y equipajes de puentes, presenciar las maniobras de los ingenieros y ejercicios de tiro de artillería, saliendo así los alumnos, después de tres años de permanencia en la academia, con una instrucción teórico-práctica tal y como lo exige la delicada misión que en la Milicia ha de desempeñar, y dispuesta en el sabio método de pasar de lo fácil y lo simple, á lo difícil y compuesto; de lo conocido, á lo desconocido, y de los fundamentos al hecho, único modo de conseguirlo.

Se trató de reformar en 1894, con algunas modificaciones, el plan de estudios de la academia de Berlín, siendo la principal de las reformas la separación completa de los cursos de táctica y estrategia por un lado, y de los conocimientos técnicos por otro; estableciéndose para estos últimos una escuela especial superior (technische hoschule), pero que sepamos nosotros, no se ha llevado á cabo reforma tan radical.

Dos clases de oficiales componen el Estado Mayor en Alemania: una, la de oficiales de Estado Mayor propiamente dicho (Generalstabsoffiziere), y la otra, los oficiales ayudantes (Adjudantur); á cargo de los primeros están las marchas, los acantonamientos, el emplazamiento y distribución de las tropas (dislocación en Alemania), los ejercicios, maniobras, etc., la movilización, todo lo que se refiere á caminos, ferrocarriles y vías navegables, la telegrafía militar, los asuntos políticos, los efectivos, las armas, puentes militares, servicios de artillería, el de ingenieros, y armamento y defensa de fortalezas, los reconocimientos militares de todas clases y los movimientos y operaciones en campaña.

A cargo de los segundos están: las órdenes del día y de la plaza, servicio interior, informaciones diarias y periódicas, personal de oficiales y de tropa, reclutamiento, reservas, landwehr y lansturm, licencias, liberaciones, reformas, pensiones, etc., condecoraciones y recompensas, remonta, armas y municiones.

Después del examen de ingreso, de los tres años en las academias y las prácticas dichas durante los estudios, no hay examen de salida; la clasificación se hace por la acumulación de

todas las notas y por una información del jefe de la academia, que abarque las aptitudes de cada alumno, sus trabajos etc., esta información se pasa al jefe de Estado Mayor del ejército, el que después de haber examinado el valor de cada oficial, escoge un cierto número para que presten servicio en el Gran Estado Mayor, por uno, dos ó tres años, distribuído este tiempo en armas ó cuerpos distintos del que pertenecieren; y aquellos que salen de esta prueba con determinadas aptitudes, tienen ingreso en el Estado Mayor, y ascienden, generalmente, á capitanes, visten el uniforme de Estado Mayor, y son destinados á una división, cuerpo de ejército ó Gran Estado Mayor, y los otros oficiales vuelven á sus cuerpos.

A las órdenes del Emperador, los primeros pueden ó no ser destinados á cuerpo, según su voluntad, de manera definitiva ó para las prácticas, no existiendo reglas para ello, y quedando, en esto último, á lo que el jefe de Estado Mayor del ejército mejor crea, observándose la regla, que ejerzan el mando de capitán, mayor y coronel.

En cuanto á los oficiales de Adjudantur, nunca dejan de pertenecer á sus cuerpos, pueden serlo sin haber pasado por la Academia de Guerra y sólo tienen el distintivo de usar la faja en bandolera en vez de á la cintura, pudiéndose calcular sobre 900 los oficiales de todos grados empleados en el servicio de Estado Mayor, pues hay que agregar á los dichos, los más ó menos ligados á ellos, como los oficiales llamados zugetheilte, los comisarios de líneas y los stagiaires de Estado Mayor; los segundos con el empleo que el nombre mismo indica, y los primeros y terceros, para la historia militar, geografía, topografía y empleados de oficinas, ó sea el personal técnico, para cartografía, etc., respectivamente.

De lo dicho se deduce que el Estado Mayor en Alemania tiene un árbitro, que lo es de todo el ejército: el Emperador, pero que al amparo de su justicia, las funciones se practican y desarrollan con la mayor regularidad y altos fines; que se tiene muy en cuenta el no deprimir el concepto moral, y que los oficiales, al escalar los grados de la Milicia, tienen de ello la más perfecta garantía.

En Alemania hay dos escuelas para perfeccionar la instruc-

ción de los oficiales de Artillería é Ingenieros: las dos son por el estilo; concretándonos á la primera, diremos que puede recibir trescientos alumnos, y que posee grandes salas para conferencias y clases, casino para oficiales y alojamientos para los profesores, dirección y personal subalterno. Las dos están en Berlín, y en ellas se sigue lo que se llama curso superior, y, como hemos dicho, nuestro parecer sobre este particular, que no es favorable al sistema, pues no se explica que una nación como Alemania, tan cuidadosa de los prestigios militares, no haya tenido en cuenta esos grados de desnivel intelectual dentro del mismo cuerpo, evidenciados de manera oficial; otro de los muchos inconvenientes que tiene, es el no deslindar á aquellos oficiales que deben ser para el combate, y los industriales no insistimos sobre el particular.

Además, existen escuelas de suboficiales en Postdam, Julich, Weissenffels, Etlingen, Marienwerder y Fürstenfeldbruck, destinadas á dar instrucción á los aspirantes á este grado, cuyo nombre se da en unas naciones á los sargentos y en otras á las clases intermediarias entre los oficiales y la tropa. Hay en Alemania tres categorías: unter-offizier, equivalente á cabo primero y segundo; sargeat, sargento segundo, y feldwebel ó wachtmeister, sargento primero; pero más que dichas escuelas, nutren las filas de estas clases las regiment-schule, escuelas de regimientos.

El instituto central de gimnasia de Berlín (central-turnanstal) encargado de formar profesores para el ejército y para las escuelas públicas del Estado; las de Annaburg y Klstruppen (Sajonia), destinadas á hijos de militares, y las de kapitulantensschulen, organizadas en los Estados Mayores de los diversos cuerpos de tropa, para enseñar á los soldados reenganchados después de los tres años de su servicio obligatorio.

Existen también las casas para huérfanos de militares (militär-waisen-haus) que son tres y están situadas en Pretsch, Postdam y Römhil.

Lo que puede considerarse como escuela teórico-práctica, que es la instrucción regimental, que abarca la gimnasia, natación, esgrima, maniobras, formaciones y evoluciones, con el conocimiento previo de su objetivo táctico, los servicios de campaña, avanzadas y reconocimientos, los ejercicios de tiro y disci-

plina de fuego, los trabajos de zapa, mina y fortificación pasajera y, por último, cuanto pueda influir en el desarrollo físico é intelectual de oficiales y tropa y en las preparaciones para la guerra, teniendo además cada arma ó cuerpo aquella instrucción que le sea peculiar.

También podemos considerar como centro de instrucción la Escuela de tiro de Spandau, puesto que abarca los extremos siguientes: Experimentar las nuevas armas que se introducen en el ejército y comunicar sobre este asunto todos los informes que puedan ser útiles, tanto desde el punto de vista técnico como del táctico. Dar á conocer á las tropas los diferentes sistemas de armas reglamentarias en los ejércitos extranjeros, demostrando sus ventajas é inconvenientes. Y, por último, preparar instructores de tiro, calculándose sobre 70 tenientes, 140 suboficiales y 350 soldados, los que anualmente permanecen seis meses en dicha escuela con el objeto de instruirse.

Los campos de instrucción en Alemania han tenido por parte del Gobierno una atención preferentísima desde hace doce años, destinando para ellos sumas importantísimas (cerca de 110 millones) para que las tropas de todas las armas puedan ejecutar el tiro de guerra en terreno variado.

El sistema adoptado para alojar las tropas es el de barracas, habiendo algunas con mayores dimensiones, que se les destinan para baños, casinos, fábrica de luz eléctrica, para los generales, jefes y oficiales, etc. El pensamiento es dotar de campo á todos los cuerpos de ejército; los del V y el VI están en proyecto, en Biedrusko y Sprottau respectivamente; y existen: el del I, en Arys, de 2.500 hectáreas; III, Juterbog, 3.300; Guardia Döberizt, 4.800; IV, Loburg, 5.000; VII, Senne, 3.300, y Wesel, 1.000; VIII, Elsenborn, 4.200; IX, Lockstedt, 5.600; X, Munster, 5.600; XI, Darrmstadt, 450; XII, Zeithain, 3.500; XIII, Munsingen, 3.700; XV, Haguenau, 900; XVIII, Gruppe, 1.200; I, Bav., 2.000; II, Bav. Hammelburg, 3.000. Total: 50.050 hectáreas ó 50.050.000 metros cuadrados.

Existen, además de éstos, campos especialmente para maniobras de tropas de todas armas, aunque pueden servir para campos de tiro, los de tiro especiales de Lamsdorf (Silesia) y el de Hammerstein (provincia de Prusia) para la artillería de cam-

paña; y el de Wahn (cerca de Colonia) y Thorn para la artillería de á pie. A esto hay que unir la Escuela de tiro de artillería en Juterbog; la de artillería de á pie, y el batallón de instrucción de Potsdam, con el instituto de Equitación militar de Hannover; siendo organizadas las escuelas de equitación de Dresde y Munich de una manera análoga.

Respecto á los oficiales de reserva, provienen de los oficiales que pasan del ejército activo; pero la mayor parte son de los voluntarios de un año que, como hemos dicho, tienen de diecisiete á veinte años; estudian en la Universidad y se les conceden ciertos beneficios por servir en el ejército activo antes que les corresponde por la ley de reclutamiento.

Para los servicios de sanidad, administración, etc., no existen escuelas especiales. En Alemania como en Francia, la intendencia ejerce simultáneamente la dirección de los servicios y la inspección del material y del personal.

No podemos decir que los métodos de enseñanza en Alemania sean en un todo perfectos, porque hemos apuntado lo que en nuestra humilde opinión nos ha parecido inarmónico en tan grandioso conjunto de instrucción primaria, segunda y superior enseñanza y la militar; y si no resultara esto del cuadro que acabamos de exponer, nos lo mostrarían, con clarividencia extremada, los éxitos alcanzados por tan brillante oficialidad; y como sería prematuro un juicio de relación respecto á lo que en nosotros pasa, vamos á seguir ocupándonos del mecanismo orgánico de los centros docentes de Francia, aunque de manera más sucinta, para terminar con el de Austria-Hungría.

V

FRANCIA

Aunque existen indicios de que á mediados del siglo XVI se trataron de crear establecimientos para formar el cuerpo de oficiales, no consta hasta el año 1636 que el cardenal Richelieu fundó la Academia real para la nobleza, y en la actualidad se pueden

considerar divididas las diferentes escuelas militares en cuatro grupos. Primero, Escuelas preparatorias. Segundo, Escuelas destinadas á asegurar el reclutamiento de oficiales. Tercero, Escuelas de aplicación y perfeccionamientos. Cuarto, Escuelas profesionales. Escuelas preparatorias: tienen por principal objeto educar á los hijos de militares de las clases de tropa (enfants de troupe), pero además de hijos de soldados, cabos y sargentos, tienen derecho los de oficiales, capitanes, asimilados en servicio activo y los de jefes fallecidos, los militares de reserva y del ejército territorial muertos en campaña ó de resultas de heridas y los de retirados, en ciertos casos. La edad ha de ser entre dos y trece años y gozan de pensión ó haber anual, según las circunstancias.

Las Escuelas preparatorias son seis: cuatro para Infantería, una para Caballería y una para Artillería, Ingenieros y tren. Los alumnos de estas escuelas, en llegando á los dieciocho años, siempre que reunan condiciones, se enganchan como voluntarios por cinco años en el cuerpo que deseen servir; su número asciende á 5.000, en las seis escuelas. Además existe el colegio de huérfanos para los hijos de los soldados, cabos y suboficiales, niños que han de tener de cinco á trece años, en número de 160, y que aprenden la instrucción primaria y pasan á las escuelas preparatorias. Y, por último, el establecimiento llamado Pritáneo militar, situado en la Fléche, que da enseñanzas á los hijos de generales, jefes y oficiales del ejército y la marina, hasta obtener el grado de bachiller y más principalmente las preparaciones é ingreso en las escuelas Politécnica y Especial militar. El número de plazas es de 600: 80 que se costean, 30 que lo hace el Estado y el resto que éste abona la mitad. La edad es entre los nueve y los dieciséis; los alumnos forman un batallón y están mandados por un teniente coronel.

Escuelas para reclutamiento de oficiales, tiene Francia ocho: la Escuela Politécnica, en la que se estudia para artillería, ingenieros militares y navales, marina, ingenieros hidrógrafos, administración de la marina, caminos y puentes, minas, manufacturas del Estado, ingenieros de pólvoras y salitres, telégrafos y correos y prepara además para todas las carreras que exigen extensos conocimientos de las ciencias matemáticas, físicas y químicas. El ingreso se verifica por concurso, al que acuden anualmente de

1.200 á 1.300 aspirantes. Los alumnos aprobados han de contraer el compromiso de servir tres años en filas, satisfacen 1.000 francos anuales, de 500 á 600 por equipo y 100 para fondo de masa individual. Conceden pensiones y medias pensiones, equipos y medio equipo, para los alumnos cuyos padres carecen de recursos.

La Escuela está regimentada militarmente, estando á su frente un general de brigada; el tiempo de permanencia en la Escuela se considera como pasado en fila; los estudios duran dos años, y el número de alumnos es de 500 á 600. El primer año estudian análisis, geometría, descriptiva, física, química, mecánica, historia y literatura, arquitectura, alemán y dibujo. El segundo año, análisis, física, astronomía y geodesia, mecánica, arquitectura, estereotomía, química, historia y literatura, arte militar, alemán y dibujo.

Al terminar con aprobación los exámenes del segundo año, los alumnos eligen la carrera según el orden de clasificación obtenida y con arreglo al número de plazas en cada ramo. Los que se dedican á la profesión militar, reciben el nombramiento de subteniente de Artillería ó de Ingenieros é ingresa en la Escuela de aplicación de Fontainebleau. A los que pasan á las carreras civiles (concluyen la carrera en las Escuelas de aplicación del ramo que sea, con otros dos ó tres años de estudios) ó quedan fuera del servicio del Estado, se les nombra subtenientes de reserva de alguna de dichas armas y tienen la obligación de practicar un año con tal empleo en Cuerpo activo; los demás están sujetos á la ley de reclutamiento, y los que no terminan la carrera en la Politécnica, cumplen en un Cuerpo del ejército el tiempo que les falte para los tres años del compromiso.

Escuela especial militar, fundada por Napoleón en 1802, establecida en Saint-Cyr: se rige por el decreto de 25 de Septiembre de 1900 y sirve para oficiales de Infantería, Caballería y de Infantería colonial. El ingreso es por concurso, la edad diecisiete á veinte años, y han de presentar los aspirantes certificado de tener aprobados los estudios de la primera parte de la segunda enseñanza (menos los que tengan aprobados el programa de admisión de la Escuela naval), de aptitud física y se exige una talla de 1,54 metros.

Las materias que se piden en el examen de ingreso, son: historia, principalmente la contemporánea, á contar del reinado de Enrique IV; geografía, alemán, inglés, árabe, español, italiano ó ruso, aritmética, álgebra, geometría, planos acotados, trigonometría rectilínea, mecánica, física, química, cosmografía, topografía, equitación, esgrima y gimnasia.

Existe el enganche voluntario de tres años si tienen dieciocho, y si no los tienen lo hacen al llegar á ellos. Pagan 1.000 francos anuales y 600 á 700 por equipo, y la organización de la Escuela es militar, al mando de un general de división ó brigada. La instrucción dada á los alumnos es principalmente militar; los estudios duran dos años y comprenden las materias siguientes: Primer año: geografía, física y química, geografía militar, estadística militar, literatura, historia y alemán. Segundo año: topografía, fortificación, artillería, tiro, arte é historia militar, comprendiendo la táctica y la estrategia, legislación militar, administración militar é higiene. Aprobados los estudios son promovidos á subtenientes, y los de Caballería han de seguir en Saumur un curso de once meses; los desaprobados pasan á los Cuerpos, según sus condiciones, de soldados, cabos ó sargentos.

Escuela militar de Infantería.—Sirve para completar la instrucción militar de los suboficiales de Infantería, los que no pueden ascender á oficiales sin pasar por esta Escuela. La Escuela militar de Caballería es por el estilo. La Escuela militar de Artillería é Ingenieros es con igual fin que las dos anteriores, para los suboficiales de los dos Cuerpos y la Artillería colonial; tiene también anexa una sección especial para el Cuerpo de tren.

La escuela del servicio de Sanidad Militar tiene por objeto el reclutamiento de médicos para el ejército. Lo mismo pasa con la Escuela de Sanidad Militar, en lo que á este servicio respecta, y con la Escuela de suboficiales de Gendarmería, terminando con ella el grupo de estas ocho escuelas.

Las escuelas de aplicación y perfeccionamiento son: la de Saumur para Caballería, de la que hemos hablado; la de Artillería é Ingenieros, que sirve para dar á los alumnos procedentes de la Escuela politécnica, clasificados para la artillería francesa ó colonial de ingenieros, aquella instrucción militar y técnica que necesitan. Los alumnos, una vez matriculados, son nombrados sub-

tenientes. Duran dos años los estudios, y aprobados los exámenes de salida, son clasificados por orden de censura y promovidos á tenientes de los respectivos cuerpos. También se admiten algunos tenientes de Artillería no procedentes de la politécnica, siempre que tengan dos años de efectividad como oficiales en cuerpo, y siguen un solo curso de diez meses. Además existe la Escuela de aplicación de medicina y farmacia, y la Escuela Superior de Guerra, de la que nos ocuparemos más adelante.

Escuelas regimentales.—Estas tienen por objeto la instrucción y educación física del soldado, y dentro de la primera, entra la preparación para los empleos de cabo y suboficial, para ingresar en las escuelas reservadas á estas clases para su ascenso á oficial; estas escuelas son: la primaria, el curso preparatorio; la Escuela de esgrima, la de gimnasia; la Escuela de tiro, con el texto del manual de tiro, en la que se verifican anuales concursos de premio; la Escuela de obras de campaña y la de natación. La banda de tambores, trompetas y la música, tienen las que les son necesarias.

Además existen: La Escuela normal de gimnasia y de esgrima, para formar buenos instructores. La Escuela normal de tiro, que viene á ser como nuestra antigua Escuela de tiro de Toledo. Escuelas regionales de tiro, que son la de Chalons, Ruchard y Valbonne. Escuelas de artillería, tantas como brigadas. Curso práctico de Poitiers. Escuela central de pirotecnia militar, las regimentales de ingenieros, de trabajos de campaña; la de aerostación, la de telegrafía, y, por último, en Francia, están autorizadas las prácticas de la oficialidad en armas distintas de las que pertenecen, incluso á los tenientes coroneles, comandantes y capitanes, reglamentando la manera de efectuarlas las circulares de 12 de Junio del 99, y 12 de Septiembre y 8 de Octubre de 1900. Se exceptúan los jefes y oficiales brevetés empleados en el servicio de Estado Mayor.

Este servicio de Estado Mayor ha sido organizado por las leyes de 20 de Marzo de 1880 y 24 de Junio de 1890, y su funcionamiento lo reglamentan el Decreto de 3 de Enero de 1891 y la ley de 18 de Febrero de 1901. El personal lo comprende: 1.°, oficiales de todas las armas, provistos del diploma breveté de Estado Mayor, empleados temporalmente en este servicio; 2.°, el cuerpo

de oficiales de Administración de los servicios de Estado Mayor y reclutamiento, de que se ha hablado anteriormente, y de las secciones de escribientes de las oficinas de los citados servicios.

Desde el 6 de Mayo de 1818 existía el cuerpo de Estado Mayor (organizado por el mariscal Gouvion Saint-Cyr), cuya escala tenía desde teniente á coronel; pero en 1880 fué suprimido, dándole el carácter de servicio á lo que había sido cuerpo, expidiéndose un diploma á sus jefes y oficiales, los cuales fueron distribuídos entre diversas armas. Este diploma se adquirió después con los estudios reglamentarios de la Escuela Superior de Guerra, ó efectuar los exámenes prescritos por el reglamento de 18 de Abril de 1900, para los jefes y capitanes que reunen ciertas condiciones y desean obtenerlo directamente.

Una vez en posesión del diploma, practican en un Estado Mayor regional dos años; después de este período, segun las necesidades del servicio y concepto merecido, quedan fuera de la plantilla del arma, como afectos á tal servicio, ó vuelven hasta nueva orden á la de que proceden. Dentro del indicado período de prácticas, efectúan otras, cuya duración señala el ministro de la Guerra en cuerpos distintos de los que ellos pertenecen. Los capitanes, comandantes y coroneles brevetés no pueden ascender si no han ejercido en sus armas, por lo menos, dos años mando de tropa, excepto los capitanes, siempre que lo hayan ejercido antes de ingresar como alumnos, y los coroneles que siendo tenientes coroneles hayan sido primeros jefes de regimiento; estas prescripciones son aplicables en tiempo de guerra.

El número de los que han de prestar el servicio de Estado Mayor es de 640, que ascienden por el escalafón de sus cuerpos. En el anuario de 1900 aparecen en las listas de brevetés de Estado Mayor, sumados los de todas las armas, 1.538 jefes y oficiales del ejército activo; pertenecientes á la situación de reserva hay 342 jefes y oficiales, y por último, afectos al ejército territorial, existen 397 jefes y oficiales que poseen el diploma de Estado Mayor.

En el citado anuario figuran, además, un considerable número de jefes y oficiales de todas clases y cuerpos pertenecientes al ejército territorial y afectos al servicio de ferrocarriles y etapas para casos de movilización. La dirección del servicio y de todo el

personal de Estado Mayor la tiene el jefe de Estado Mayor general del ejército.

Secciones de escribientes de Estado Mayor y reclutamiento.— Tuvo lugar su creación el 2 de Agosto de 1874, á fin de evitar los inconvenientes que existían al desempeñar este servicio burocrático los soldados y clases que á él se destinaban.

Los viajes de Estado Mayor son las frecuentes prácticas de la oficialidad que presta este servicio. Se practican anualmente y con arreglo á las instrucciones de 20 de Febrero de 1895; en 1901 se determinó, en circular, que se ejecutaran en todos los cuerpos de ejército y gobierno de París, y que las regiones 14 y 15 las hicieran especiales.

Escuela Superior de Guerra.—Se halla establecida en París, y pueden aspirar á su ingreso los capitanes y tenientes que tengan cinco años de servicios efectivos como oficiales, de ellos tres en filas sin limitación de edad, incluyéndose en éstos los oficiales de infantería y artillería colonial. Se exigen, para el ingreso dicho, tres clases de pruebas: escritas, orales y de equitación, cuyos programas se publican seis meses antes.

La enseñanza de la Escuela dura dos años. Terminados los exámenes de salida, los oficiales aprobados obtienen su breveté ó diploma y pasan á efectuar sus prácticas en los Estados Mayores de las regiones. Por decisión del Presidente de la República, de 12 de Septiembre de 1899, los capitanes que obtienen los seis primeros puestos á su salida de la Escuela, se colocan á la cabeza de la primera lista de ascenso en que figuren incluído un capitán con un año más de antigüedad, poniéndolos á continuación de los inscriptos por hechos de guerra. Los tenientes que se hallen en igualdad de condiciones en la promoción, son ascendidos en las primeras vacantes correspondientes á la elección. La jefatura de la Escuela la tiene un general de división.

En Francia existe el Estado Mayor particular de artillería, que se pudiera llamar plana mayor facultativa del arma. Tiene por misión el servicio de los Estados Mayores de artillería de los ejércitos y cuerpos de ejército y la dirección general de los diversos servicios de su arma. Está encargado, por lo tanto, del establecimiento y construcción, servicio general de material, incluso el de tren de equipajes. Concurre con el servicio de ingenieros en los

reconocimientos referentes á la defensa y ataque de las plazas. En cuanto á lo que se considera como misión interior, le compete el funcionamiento de los establecimientos de artillería y su servicio; que viene á ser la dirección y vigilancia de la fabricación de todas las armas del Ejército, la construcción y conservación del material y municiones de guerra; de la de los establecimientos especiales de artillería y su entretenimiento, y la de todo el material del Ejército. 300 jefes y oficiales forman su plantilla, que pueden ó no ser brevetés.

El Estado Mayor particular de ingenieros viene á ser una cosa análoga á lo acabado de explicar; funciona dentro de su especialidad como plana mayor facultativa del cuerpo de Ingenieros, siendo sus fines generales en los ejércitos los trabajos referentes al ataque y defensa de las plazas; trabajos de fortificación pasajera que se ordene; apertura de caminos y arreglos, pasos, construcción y destrucción de puentes; establecimiento de puentes fijos y moviles; reparación, construcción y destrucción de vias férreas y explotación de ellas bajo la autoridad del director general de etapas; servicios de telegrafía, aerostación y palomares militares, estando á su cargo en el servicio interior el entretenimiento de las obras de fortificación y edificios militares. La plantilla es de 466 jefes y oficiales, y cuenta con el auxiliar, el de los cuerpos subalternos de Ingenieros, que depende de las direcciones respectivas y comandancias regionales, pasando lo mismo con los de Artillería.

El ingreso en el Ejército no tiene lugar más que como soldado ó subteniente de la escuela respectiva. Para ascender en tiempo de paz se necesita vacante, exigiéndose, además, haber ejercido el empleo que se tiene por un período de dos años el subteniente y teniente, cuatro el capitán, tres el comandante, dos el teniente coronel y tres el coronel y general de brigada; estos, además, según una circular de 12 de Noviembre de 1900, antes de ascender han de haber ejercido mandos diferentes al arma de procedencia. No sucede así con los generales de división, que no tienen reglas determinadas para su ascenso á mariscal de Francia, porque esta jerarquía no se provee hasta que una campaña victoriosa no dé ocasión de ello. En tiempo de guerra, los ascensos que por los méritos en ella han de darse, no se sujetan á tiempo

de servicio, como también cuando no hay otro medio de cubrir las vacantes.

Por antigüedad sólo ascienden los oficiales subalternos y capitanes; los primeros en el 50 por 100 y los capitanes en la misma proporción, adjudicándose el otro 50 por 100 á la elección: condiciones que tal vez á estas horas estén reformadas por las Cámaras, aumentando el ascenso por elección entre otras reformas. En los demás empleos se asciende por elección, siempre que tengan las efectividades expresadas.

Las listas de los clasificados para el ascenso, autorizadas por el jefe que corresponda, se remiten á la Junta superior de clasificación que se reune en París todos los años, que se compone: primero, de los inspectores generales del Ejército, miembros del Consejo Superior de Guerra; segundo, del general jefe de Estado Mayor del Ejército; tercero, de los presidentes de los Comités de los cuerpos especiales; cuarto, de todos los comandantes en jefe de cuerpo y el gobernador de París. La función de esta Junta se sujeta á sus instrucciones especiales y en decreto del 9 de Enero de 1900, el ministro de la Guerra no se atiene por completo á las resoluciones de las Comisiones clasificadoras, pudiendo variarlas al examinar y constituir las listas definitivas del año, cuya disposición y la del 3 de Octubre del mismo año, tienden á aumentar la influencia de ministro, coartando, por consiguiente, la de las Comisiones.

Bien hubiéramos querido tratar este asunto con aquellas extensiones que su importancia requería, pero de no ser así, lo dicho nos basta para ver entre los métodos alemanes de enseñanza y los franceses, aquellas diferencias que existen entre la tesis y la antítesis, sobre todo en el conjunto armónico de instrucción nacional, y en el problema que puede considerarse que le sigue en importancia, el de ascensos; la Escuela Politécnica es la conjunción instructiva, pero casi es lo único que de ella existe en Francia, las extensiones del pensamiento fundamental sólo de este modo se vislumbran; y esto es tan perjudicial, como la tendencia exclusiva del ascenso por elección, que á tantas arbitrariedades se presta, y las aspiraciones omnímodas del ministro de la Guerra.

En contraposición á esto, el servicio de Estado Mayor tal y como está planteado, nos parece beneficioso según hemos dicho;

las prácticas, que señala la duración el ministro de la Guerra, en cuerpos distintos de los que pertenecen los que han de hacerlas; la verdadera masa de jefes y oficiales de brevetés de Estado Mayor que representan los 1.538 del ejército activo, pues es una buena parte de los 29.644 que son los generales, jefes, oficiales y asimilados de todas clases que Francia tiene, resultan como iniciaciones del verdadero oficial de combate, con exceso á lo que se debe perseguir, pero que la permanencia en filas de ellos, ha de influir poderosamente en el conjunto de los cuadros de oficiales de la institución armada. Estas diferencias esenciales marcan la importancia de los problemas tan complejos, y de ahí que hayamos escogido la reciente organización de las escuelas militares de Austria-Hungría, como término medio de extremos tales y que tomamos de la *Revue Militaire des Armées Etrangéres* del mes de Enero del pasado año, ya que es un trabajo mucho más reciente, que lo que nos pudieran ofrecer la obra de García Aparicio *Las Escuelas Militares de Europa*, la de J. Lauth *L'Etat Militaire des principales Puissances Etrangéres*, y otras, aunque no muchas, que pudiéramos citar, como las de los notables trabajos de nuestro Depósito de la Guerra.

VI

AUSTRIA-HUNGRÍA.—SUS ESCUELAS

El problema de reclutar un núcleo de oficiales idóneos ha sido siempre de difícil solución, y más tratándose de los que exige un ejército numeroso. Entre las cuestiones de organización militar, esta es de las más graves, por lo que ha de ser tratada con verdadero cuidado, á fin de evitar los errores que repercutirían seguramente en el poder militar del Estado.

Cuando la profesión militar era un oficio, y los ejércitos poco numerosos, la aristocracia que se consagraba casi exclusivamente á la profesión de las armas, bastaba para cubrir los cuadros de oficiales. Su instrucción era una cosa poco menos que secundaria,

y su reclutamiento se hacía sin tener que recurrir á medidas extraordinarias. Actualmente las cosas están de otra manera; al aumentar el número de soldados, ha sido menester hacer lo mismo con los oficiales en proporción equivalente, y la nobleza no ha podido subvenir á cubrir los cuadros de los modernos ejércitos. El cuerpo de oficiales se debe reclutar con mucha más amplitud, se impone acudir á todos los elementos cuya posición social les permite aspirar al grado de oficial. Pero si este número ha de ser mayor á la par crecen las exigencias del servicio, puesto que la instrucción necesaria á los generales, jefes y oficiales aumenta, contrastando con las ventajas materiales y morales, que no sólo no les pasa lo mismo, sino que les sucede todo lo contrario.

La autoridad militar se encuentra por lo tanto delante de un problema bien difícil á resolver. De una parte tiene necesidad de gran número de oficiales, de exigirles conocimientos generales y militares más extensos, una labor incesante para asegurar la instrucción de los jóvenes soldados, sin cesar renovada, y para que lleguen por estos medios al ascendiente moral, sin el que no serían verdaderos jefes. Por otra parte, con las necesidades de la vida moderna, la autoridad militar no puede ofrecer al oficial, durante muchos años, en su carrera, una situación pecuniaria inferior á la mayor parte de los empleados civiles. En Austria-Hungría, no obstante el aumento de sueldo de 1900, los oficiales quedaron en este concepto, inferiores á los empleados del Estado de equivalente categoría, en activo, retirados y en los ascensos, y esto es inadmisible por todos estilos.

Es interesante ver cómo los austriacos han resuelto el problema, dando á sus Escuelas militares una serie de reformas, tan acertadas como profundas. Allí los oficiales que proceden de filas como en Francia, no existen; los cuadros superiores del Ejército se reclutan sólo de las Escuelas de cadetes ó Academias militares. Es, por lo tanto, imposible tener en cuenta el reducido número de oficiales que provienen de subtenientes ó cadetes con función de oficiales de reserva que pasan á activo. Por otra parte, todos los que provienen de esta categoría son antiguos enganchados de un año, con carácter condicional; el tiempo es poco y sus condiciones especiales no propias para asimilarlos á los suboficiales franceses que obtienen la charretera.

Reclamando únicamente á las escuelas militares el reclutamiento de oficiales, la autoridad militar se encuentra ante una nueva dificultad; la imposibilidad material de asegurar una carrera igual á todos los jóvenes que llegan á la misma edad á subtenientes, habiendo recibido la misma instrucción general, de un valor medio equivalente que justifica para todos la ambición de llegar á la cima de la jerarquía militar. El número de los empleos superiores es en efecto mucho menor que los inferiores. Es necesario, por lo tanto, que de todos los candidatos llegados, entre los veinte y veintitrés años, al grado de suboficiales, se pueda establecer una distinción que permita á los unos alcanzar los altos puestos, y que haga quedarse á los otros en el camino, sin la arbitrariedad en la apreciación, frecuentemente superficial y falible, que sacrifica implacable, en aras de los egoismos humanos, á seres dignos de grandes recompensas por sus privilegiadas dotes, en bien de los ineptos y perezosos.

Dos soluciones se ofrecen: la primera consiste en emplear el sistema alemán de la selección; es decir, eliminar, en el transcurso de la carrera, los elementos que no se juzguen aptos para los grados superiores. Exige esto cierta energía, que califican algunos de brutal, y condiciones en el que ha de ser el árbitro, poco menos que excepcionales, y en los que se sujetan á tal procedimiento, circunstancias que no concurren en otros pueblos, por más que en Alemania, el Emperador, sólo en casos muy determinados por los méritos, recurre á este derecho, que constituye en el ejército alemán un verdadero estímulo, teniendo lugar los ascensos por antigüedad.

La segunda solución consiste en crear dos categorías de Escuelas en las que los estudios diferenciaran á los jóvenes desde su origen. La primera categoría prepara á los jóvenes oficiales con una instrucción más extensa, mejor para llegar á funciones elevadas; la segunda nutrirá, sobre todo, de oficiales para el servicio de tropas, sin privarles, sin embargo, de la posibilidad de llegar á la Escuela de guerra y al grado de oficial general. Existen, por lo tanto, en Austria Hungría oficiales de orígenes completamente distintos; los unos provienen de Academias militares; los otros, mucho más numerosos, de las Escuelas de cadetes. Los primeros son promovidos á subtenientes á la salida de la Academia, los se-

gundos entran en el regimiento con el grado de cadete con función de oficial, en el que sirven lo menos dos años, ocupando una situación mixta de suboficiales, asimilados en todo á los oficiales con los que viven. Más tarde los discípulos de las Escuelas de cadetes, se distancian de los camaradas de Academias que llegan en su mayoría á la Escuela de guerra, alcanzando así los más altos empleos.

La diferencia de carrera no está sujeta á la edad. Los cadetes salen de la Escuela entre los dieciocho y veintiún años, á la misma edad, poco más ó menos, que sus camaradas salen de las Academias. El hecho es tan real que una resolución determinará más adelante de manera fija la categoría recíproca de cadete y de alumno de la Academia promovidos á tenientes. La causa de la inferioridad del cadete es principalmente en una instrución general menos completa, de estudios militares menos profundos. Es el joven mismo que por sus aptitudes, su asiduidad en el trabajo y otras condiciones llega á una situación favorable en su carrera.

La autoridad militar, sin destruir las formas de una organización secular, cree tener resuelto el problema de reclutamiento de oficiales y arreglado desde los comienzos de la carrera la cuestión no menos grave de los ascensos. Veremos de qué manera, sin matar entusiasmo en la gente joven, se tratan de salvar estas desigualdades en el origen.

Nos queda por examinar un último aspecto de la cuestión, el de los programas de los centros docentes. En un país que organiza las escuelas, donde se da desde la infancia la educación y la instrucción á los jóvenes que se dedican á la carrera de las armas, la autoridad militar tiene una tendencia fatal si dirige sus enseñanzas al solo fin que persigue, limitando los conocimientos generales y especiales que debe poseer el oficial. Los programas de estudios llegan á ser de este modo en las escuelas militares diferentes de las escuelas públicas, y si teóricamente no parece mal, en la práctica no sucede lo mismo. En esas edades, la inclinación de los jóvenes no está aún determinada, no sólo en los doce años sino en los dieciséis, y si, incluso la tradición de familia les hace entrar en una escuela militar, ha de renunciar á la posibilidad de obtener otra carrera que no sea la de las armas. Los certificados de los estudios de las escuelas militares no tienen en la vida civil

un valor equivalente al de los certificados de estudios de escuelas públicas; el discípulo que desiste de su empeño militar, se encuentra en una inferioridad que los padres tratan de evitar haciendo que no concurran sus hijos, resultando que sólo los pobres, atraídos por el poco ó el gasto nulo, son los que existen en las escuelas militares, y que el reclutamiento, por lo tanto, es muy mediano. El número de discípulos en la Academia militar de María Teresa, que debe ser de 450, era en 1899-1900, 304; en 1900-1901, 288. Esto en la academia militar técnica; que en la teórica de 230 en 1899 á 1900 sólo hubo 199; y en 1900-1901, 177. Y en las escuelas de cadetes se ha seguido la misma proporción.

La reforma de los programas, la asimilación con las escuelas públicas, la equivalencia de los certificados de estudios, constituye una reforma deseada por todos é indispensable para asegurar el reclutamiento de oficiales gravemente comprometido, como ha podido verse por los datos expuestos; siendo esta la base de la reorganización de las escuelas que vamos á estudiar en su funcionamiento, en lo que podemos observar desde luego que el criterio que en Austria prepondera para salvar este reclutamiento es el mismo que el que venimos sustentando en nuestro estudio.

Las escuelas militares de Austria-Hungría admiten á los niños, desde el comienzo de su educación, según hemos dicho, y les hacen llegar al grado de oficiales ó de cadetes con sus funciones. Ellas comprenden:

Primero, una escuela para huérfanos de oficiales en Hirtenberg (escuela primaria); segundo, escuelas reales, que constituyen los liceos militares; tercero, escuelas de cadetes, preparatorias de oficiales subalternos; cuarto, academias militares que forman oficiales subalternos, en las cuales se adquiere cuanto es necesario para los altos estudios militares.

La *Escuela de huérfanos militares* está situada en Hirtenberg (baja Austria), recibe los huérfanos de oficiales ó empleados militares de seis años cumplidos y menos de diez. Por excepción, los huérfanos de padre y madre se admiten de tres años. Si los huérfanos de oficiales y empleados no fueran suficientes para llenar el cupo, se admiten los huérfanos de los suboficiales.

Los discípulos recibirán la misma instrucción que en las escuelas populares (wolksschule), cuyos programas equivalen á los

de las escuelas primarias francesas. Cuatro son las clases, y los niños que no tienen la edad escolar se reunen en una clase de párvulos. Los discípulos son todos pensionados por el Estado ó por fundaciones particulares; el número es de 120; 20 para los párvulos. Al frente del establecimiento está una directora; de las dos primeras clases, dos mujeres, y las otras, por profesores que pertenecen á la categoría especial de empleados militares.

Al terminar la cuarta clase, los niños sufren un reconocimiento por médico militar, el que declara si pueden llenar las condiciones que exigen la clase militar; si el resultado es favorable, pasan á una escuela real militar, y si no, vuelven á la vida civil.

Escuelas reales militares.—Estas escuelas comprenden dos categorías, las escuelas inferiores que son cinco, Güns, Saint-Polten, Eisenstadt, Kaschau, Fischau, y la escuela superior de Mährisch Weisskirchen.

Las escuelas reales militares son verdaderos liceos donde la enseñanza se da al objeto que en el ingreso se propone. Hasta 1899, el programa era diferente del de las escuelas civiles, la instrucción se sujetaba en un todo á lo que el ejército exigía. Asimismo, la admisión de los alumnos de las escuelas reales en las escuelas de cadetes, estaba dispuesta de manera que lo verificaran aquellos que fueran incapaces de hacerlo en la academia militar, que tenía lugar en el momento del pase de las escuelas reales inferiores á la escuela real superior.

Hoy las escuelas reales nutren de alumnos lo mismo á las escuelas de cadetes, que á las academias militares; la unificación de los programas que se ha extendido á las escuelas de cadetes, ha hecho esta medida practicable.

La unificación del programa, no ha tenido por único motivo la razón del reclutamiento; aunque es mucha la importancia de esta cuestión, existe otra que no ha podido menos de tener presente la autoridad militar, el desarrollo intelectual de los futuros oficiales, por lo que la instrucción general es de la más alta importancia. Se ha observado que los jóvenes que entran en las academias militares al salir de las escuelas públicas, son los mejores del contingente. Una instrucción de conjunto más cuidadosa, una gimnasia intelectual mejor, unos conocimientos generales más

sólidos, preparan al joven para alcanzar con mayor aprovechamiento la enseñanza militar, y en lo sucesivo han de conocer la solidez de estas bases tocándose los resultados.

Escuelas reales inferiores.—Estas escuelas tienen 860 plazas; los estudios están divididos en cuatro años, cuyos programas corresponden á los cuatro primeros años de las escuelas secundarias (Mitelschulen). Las Volksschulen de Austria corresponden á las escuelas francesas, cinco años; los Mittelschulen á los establecimientos de segunda enseñanza, institutos, liceos ó colegios, siete años, y los Hochschulen, establecimientos de instrucción superior, equivalen á las facultades y escuelas superiores.

La admisión tiene lugar después del examen, reconocimiento y edad, que depende de los estudios que hayan hecho. En 1901 existían 260 plazas gratuítas, para aquellos que reunían ciertas condiciones.

Escuela real superior.—Esta escuela llamada de Mährisch Weisskirchen, está organizada para 450 plazas, y comprende tres clases que corresponden á las clases superiores de las escuelas secundarias públicas. Los alumnos se reclutan entre los que han seguido con éxito los cursos de las escuelas reales inferiores; las vacantes que se producen por todos conceptos permiten dedicar algunas plazas á los jóvenes que han seguido los cursos de las escuelas secundarias civiles. La admisión se hace atendiendo á que hasta en la clase más elevada, la del tercer año, cada año de los tres del plan, tenga 150 alumnos. La edad es de catorce á dieciocho años, según los certificados de estudios que presenten.

Al final de los estudios, los alumnos sufren un examen que les da derecho á un certificado de estudios equivalente al diploma de bachiller francés, á cuyo certificado se le conceden las mismas ventajas, bajo el punto de vista de admisión en funciones civiles y en las universidades, que á los diplomas similares de escuelas públicas.

Las enseñanzas de las escuelas que nos ocupa, están encomendadas á oficiales y profesores militares, los unos y los otros deben sufrir un examen en el que hagan constar suficiencia pedagógica. La creación del cuerpo de profesores militares es de fecha reciente; hasta 1895 la enseñanza estaba exclusivamente confiada á los oficiales, esta medida, no obstante el celo de los titula-

res era mediana, tomándose por lo tanto profesores civiles con carácter militar en 1899, con asimilación en el sueldo y categoría al empleo de capitán, que no son suficientes, como es natural á las enseñanzas superiores.

Bajo el punto de vista de la disciplina, los alumnos de las escuelas reales se reparten en compañías, cuyo mando lo desempeñan oficiales que tienen condiciones especiales de educadores; la misión es delicada, exige cierto tacto para no matar con una exagerada disciplina la personalidad de los alumnos; así es, que las instrucciones que reglan la designación de los oficiales son muy minuciosas, toda vez que sus condiciones han de influir tan directamente en el porvenir de los alumnos.

Escuelas de Cadetes.—Estas escuelas son puramente militares, dirigidas por oficiales; en ellas no se procura solo dar generales conocimientos, si no que se impone inculcar á los jóvenes los conocimientos técnicos profesionales, necesarios á un oficial subalterno.

A la salida de la escuela, los alumnos son promovidos á cadetes con prácticas de oficiales, si han obtenido la nota de bueno, y de cadetes titulares de cabo, si la nota es de mediano. Los primeros, que forman la mayoría, y á los que los titulados cabos llegan después, es un grado de suboficiales superiores á los que provienen de la tropa, hacen las veces de jefes de sección ó de pelotón; comen en la mesa con los oficiales; tienen las mismas ventajas sociales que éstos, y toman parte en todos sus trabajos y ejercicios, aprendiendo también todos los deberes del oficial subalterno en los detalles del servicio. Al fin de cierto tiempo, por lo general dos años, los cadetes son ascendidos á subtenientes. Son en su mayor parte excelentes instructores, verdaderos oficiales para la tropa; y si la base teórica no va en armonía con las perfecciones que exigen para llegar á los altos puestos de la Milicia, pueden, no obstante con su trabajo y perseverancia, suplir tales deficiencias y justificar sus méritos y aptitudes.

Las escuelas de Cadetes son 19: de estas, para Infantería 16, para Caballería una, para Artillería una, para Ingenieros una; el Tren tiene una sección en Praga, y las tropas sanitarias otra en Pressbourg. La duración de los estudios es de cuatro años; en principio los discípulos no son admitidos más que en el primer año.

Hasta 1899 el programa general de estudios, estaba limitado, poco más ó menos, á los conocimientos indispensables á los oficiales, y las escuelas de cadetes no daban certificados de estudios, lo mismo sucede hoy en este último concepto. Los tres primeros años de estudios están identificados con los programas de las escuelas públicas civiles y la Escuela Real Superior; los conocimientos puramente militares son del objeto exclusivo del curso del año cuarto. Sin embargo, en el tercero en las escuelas de Infantería, se dedican cuatro horas, por semana, á diversos asuntos militares; reglamento sobre el servicio interior y en campaña una hora; reglamento de maniobras, una hora; y, además, los alumnos tienen dos horas de ejercicios militares en invierno por semana, y cuatro horas en verano.

El año escolar empieza el 21 de Septiembre y se termina el 28 de Agosto, aniversario del Emperador, y se divide en un período teórico del 21 de Septiembre al 15 de Julio; 30 de Junio para la Escuela de Artillería, y un curso práctico que se termina el 17 de Agosto.

En las escuelas de Infantería, en el invierno se emplean treinta y cuatro horas y media semanales en el curso, y seis y media en ejercicios físicos; y en el verano treinta y dos y media, y ocho y media, respectivamente; y se estudia alemán, francés y otro idioma, historia, derecho, servicio interior y de campaña, reglamento de maniobras, organización militar, armas portátiles y de tiro, táctica, servicio de ingenieros, administración militar, estilo militar, higiene, ejercicio, gimnasia y esgrima. El curso práctico se basa en las materias siguientes: ejercicio y maniobras, táctica, artillería y teoría del tiro, topografía, servicio de ingenieros y visitas.

En Caballería, los alumnos montan á caballo en invierno, en el tercero y cuarto año, una hora y media por semana; en verano, en el segundo, tercero y cuarto año, tres horas por semana; además, la duración de las maniobras en este semestre, es de nueve horas por semana en el tercero y cuarto. Durante los cursos prácticos, los de tercero y cuarto año tienen doce sesiones de media jornada de maniobras y de servicio de campaña á caballo; el cuarto año ejecutan un raid de cuatro días consecutivos.

Para la Artillería y los Ingenieros, los programas teóricos están aumentados por numerosos ejercicios prácticos que empiezan

frecuentemente en el período de invierno, y se extienden en su mayor parte á los tres últimos años de estudios.

La admisión en las escuelas de cadetes tiene lugar con el certificado de estudios, y después de un examen ante el comandante de la escuela y el cuerpo de profesores. La aptitud física ha de certificarla un médico militar. Los jóvenes que pretendan entrar en una escuela de Infantería ó Caballería, y deseen hacerlo en primero, segundo ó tercer año, deben justificar haber seguido los cuarto, quinto ó sexto años de estudios de una escuela pública, ó de escuelas reales militares. Para entrar en el primero y segundo año de las escuelas de cadetes de Artillería y de Ingenieros, han de acreditarse los estudios del quinto y sexto año de una escuela pública.

Los límites de la edad son: primer año, de catorce á diecisiete; segundo año, de quince á dieciocho, y tercer año, de dieciséis á diecinueve; de esta manera, los jóvenes llegan á subtenientes de veinte á veintitrés años.

El número de plazas en las escuelas de cadetes es de 3.360, de las que 2.700 son de Infantería, 150 de Caballería, 350 de Artillería y 160 de Ingenieros.

Los alumnos de las escuelas de cadetes, siguen la carrera de balde por estar las plazas pensionadas; sin embargo, los de la escuela de Caballería, deben abonar en tres y cuatro años, una suma de 420 francos (400 coronas) cada año, para los fondos de remonta del establecimiento.

El nombramiento de cadete con función oficial, tiene lugar después del examen de salida; el tribunal lo preside el comandante de cuerpo de ejército en cuyo territorio se escuentra el establecimiento, ó un oficial general designado por él; todos los profesores de la escuela son miembros de la comisión.

Academias militares.—Estas academias están destinadas á dar al ejército los oficiales de ciertas condiciones; por esta razón, sus conocimientos no se limitan á los de un oficial subalterno, se les da con muchas mayores extensiones, con aquellas adecuadas para facilitar las preparaciones de la Escuela de Guerra y la de los cursos de Ingenieros. Las disposiciones orgánicas de estas escuelas, son las que exigen el complemento de las academias para el reclutamiento de cuadros superiores.

Dos son las academias: la militar de María Teresa, en Wiener-Neustad, que prepara los oficiales para la Infantería y Caballería, y la Academia Técnica militar de Viena, que lo hace con los de Artillería é Ingenieros. La edad mínima es de diecisiete años, y la máxima de admisión es de veinte; en el 1.° de Septiembre, en el año del concurso, tres años duran los estudios.

Los jóvenes han de acreditar su aptitud física y los estudios anteriores por medio de certificado, y después sufren un examen que consiste: Una prueba escrita sobre un dictado alemán y el desarrollo de un tema dado: primero, la literatura alemana y los diversos géneros de literatura; segundo, la geografía (geografía física y política de Europa, de colonias europeas y nociones sobre el resto del globo); tercero, historia (historia general hasta nuestros días, evolución histórica de Austria-Hungría); cuarto, matemáticas (una composición de álgebra y de aritmética, una de geometría y trigonometría); quinto, física; sexto, geometría descriptiva; séptimo, francés.

Las Academias abarcan en sus programas más extensión en la parte matemática; dichos programas en el primer año, sobre todo, tienen un cierto número de materias sin utilidad militar directa. El año escolar se divide en un curso teórico desde 21 de Septiembre al 30 de Junio, subdividido en dos semestres (semestre de invierno, de 21 de Septiembre al primer lunes de Abril, y semestre de verano desde esta fecha al 30 de Junio), y un curso práctico de 1.° de Julio á 17 de Agosto. La salida de los alumnos es el 18 de Agosto. Omitimos citar las materias de los cursos y la distribución de horas, porque no afecta al pensamiento general y nos evita mayores extensiones.

Los estudios de las academias militares, tienen por objeto dar, á más de los conocimientos necesarios é inmediatos á los oficiales subalternos, las bases donde han de establecer la instrucción superior para el trabajo personal. Se piensa, con razón, que los conocimientos adquiridos demasiado activamente, en una edad en que el juicio y la reflexión no están suficientemente desarrollados, carecen de valor para sus ulteriores aprecios. Vale más enseñarles menos cosas y bien, dándoles un buen método de trabajo, que confusa y enorme masa de conocimientos teóricos que serán difícilmente dirigida y muchas veces olvidada; tal es el espíritu

director dado á los reglamentos austriacos de sus Escuelas militares, y si en el punto de vista teórico es excelente, en el práctico es hábilmente llevado.

El número de plazas es de 450 en la Academia de María Teresa, 230 en la técnica, y las dos terceras partes de las plazas son pensionadas. Puede observarse que los jóvenes llegan á oficiales entre los veinte y veintitrés años, cualquiera que sea la Escuela de procedencia, pero para que los que siguen los cursos de las academias no resulten iguales con los menos estudiosos, que son los de las escuelas de cadetes, el Emperador dispuso, el 7 de Marzo de 1900, que los nombramientos de subtenientes fuesen con tal adelanto á la salida de la Academia, que tomaran puesto de orden respecto á los cadetes salidos de las escuelas, con dos años de anterioridad, medida censurada por cierta parte de la prensa, pero que fué justa.

Tal es la organización, admisión y programas de los centros docentes militares de Austria-Hungría; veamos ahora como se reclutan los oficiales generales. Los ascensos tienen lugar casi por antigüedad; existe, sin embargo, hasta el grado de teniente coronel el método de elección, pero en proporciones reducidísimas. Tiene por objeto, solamente, premiar á los oficiales que hayan dado pruebas de condiciones remarcables, con ascensos análogos, aunque menos que al cuerpo de Estado Mayor, que tiene prerrogativas tan especiales, que en ningún arma ó servicio se puede ascender hasta que lo haya hecho el oficial del Estado Mayor de la misma fecha. En el Estado Mayor se asciende por antigüedad.

Para los ascensos no es admisible que los juicios que se hagan de un oficial sean definitivos, sus hechos han de modificarlos. De otro modo sería matar los estímulos, y el amor á la carrera. Los oficiales que provienen de cadetes no tienen limitado el ascenso; sus condiciones personales le tienen garantido el poder llegar á los grados superiores como justa aspiración, á tal extremo, que puede resultar más fácil llegar al grado de oficial al mismo tiempo que su camarada de Academia.

Vamos á concretar este estudio en los casos prácticos de 153 oficiales generales. De 77 generales de brigada, 28, es decir, 36 por 100, han sido cadetes, y 12 han pasado por el Estado

Mayor. De 56 generales de división, 16; el 28'7 por 100, de cadetes; 10 por el Estado Mayor, y, por último, de 20 generales de cuerpo de ejército, nueve, casi la mitad, fueron cadetes y cinco del Estado Mayor.

Respecto á la edad, de 53 generales que fueron cadetes, al ascender á generales de brigada, la edad varía entre cuarenta y uno y sesenta y un años; la edad media es cincuenta y tres años. Los generales de división de cuarenta y siete á sesenta y tres, la media de cincuenta y seis años.

En cuanto á los que salen de las academias, tendremos que de 77 generales de brigada, 49, ó sea el 64 por 100, proceden de la Academia, y 36 de ellos pasan por el Estado Mayor. De 56 generales de división, 40, ó el 71'3 por 100, son de la Academia, de los que 34 resultan del Estado Mayor. De 20 generales de cuerpo de ejército, 11 de la Academia, y 10 del Estado Mayor. La edad media, cincuenta años y ocho meses la de los generales de brigada, y cincuenta y cuatro de los generales de división.

Deduciéndose de todo lo dicho las conclusiones siguientes: los cadetes no son excluidos de las funciones de general, que ocupan casi un tercio de las plazas del Estado Mayor General; pero mientras los alumnos de las Academias, en su inmensa mayoría, llegan á oficiales generales y el 80 por 100 pasan por el Estado Mayor, los cadetes resultan en una minoría de 44 por 100, siendo en su mayor parte oficiales de filas, llegando, además, 2'5 años más tarde á generales que los de las Academias.

En estas condiciones parece que el sistema llevado en Austria-Hungría está llamado á producir buenos resultados en todas las formas que se aplique; es lógico, por lo tanto, que reformados los programas, manteniendo una organización secular que permite á todas las ambiciones legítimas el obtener con la satisfacción de sus obras, todos los ascensos de las altas situaciones militares, se llegue á obtener cuanto los legisladores se prometen con las reformas implantadas.

***

Nada dice la notable revista á que nos estamos refiriendo en tan importante asunto, del Estado Mayor, sin duda porque las

reformas no han llegado á lo que han creído en buenas condiciones de organinación. En Austria Hungría, los oficiales que prestan este servicio forman Cuerpo desde 1875, con una plantilla de cuatro generales, 341 jefes y oficiales y 152 capitanes y subalternos de auxiliares como adjuntos; cuerpo que se nutre de los oficiales que salen de la Escuela de Guerra, de Viena, que tiene dos cursos de un año; de los oficiales de Artillería y de Ingenieros que siguen el curso superior, en igual tiempo y edificio; de los tenientes del ejército que hayan estudiado particularmente, resulten aprobados en los exámenes de salida y tengan notas excelentes en las Qualificationslisten; y de aquellos capitanes también del ejército, que con este requisito, hayan obtenido éxito en el examen especial impuesto á los capitanes de Estado Mayor, á los seis años de este empleo para ascender á comandantes, pero han de tener menos antigüedad que estos capitanes, y además de ser muy raro el caso de ingresar en el cuerpo, los buenos resultados del examen, nunca justifican un derecho, sino una condición.

La admisión en la Escuela de Guerra se hace por concurso y examen correspondiente, al que pueden presentarse todos los oficiales subalternos, cuyas notas en las hojas de servicio resulten brillantes, condición siempre indispensable, y que lleven por lo menos tres años de oficial, cuenten con algunos recursos, sean solteros, no pasen de los treinta años de edad y posean un idioma de la Monarquía á más del alemán.

La escuela de Guerra depende directamente del jefe del Estado Mayor general del ejército. El ingreso es de 100; á la salida hay un examen general del que resultan unos 40 oficiales para el servicio de Estado Mayor y se les destinan al cuerpo en concepto de agregados. A los tres años de la salida de la escuela, los que obtienen la calificación de muy bueno, ingresan en el Cuerpo de capitanes; los buenos, á los cuatro años, y los menos buenos á los cinco, y el 25 por 100 que resulta generalmente sin aquellas condiciones que en la escuela prometían, vuelven á las escalas de sus cuerpos de origen, y allí ascienden por elección, pero más despacio que los que pasaron á Estado Mayor, pues en el Cuerpo se asciende por antigüedad, y los demás oficiales no lo logran sin que lo haya hecho el de su antigüedad del Estado Mayor; además, estos oficiales están exceptuados, al ser capitanes, del examen

para ascender á comandantes, resultando que los que ingresan en el Estado Mayor, á los cinco años son capitanes, jefes á los trece y coroneles á los dieciocho, llevando dos años de ventaja á los del ejército.

Los capitanes de Estado Mayor que no aprueban el examen, vuelven, como los tenientes, al cuerpo de origen, con derecho al ascenso por elección, y además con el derecho al examen al año siguiente si lo desean.

El Cuerpo de Estado Mayor es especial, y como en la natural práctica de sus funciones, pudieran, los que á él pertenecen, olvidar ó no adquirir esos hábitos tan necesarios para el mando de tropas, en los empleos tenidos, ó en las mayores unidades de los que obtengan, se impone que un cierto número de ellos sean destinados de uno á dos años á los cuerpos de origen, para que ejerzan el mando; llevan el uniforme del cuerpo, pero con el distintivo del Estado Mayor; estas prácticas las hacen principalmente, los capitanes, tenientes coroneles y coroneles.

A poco que reflexionemos sobre el mecanismo de los centros docentes que acabamos de bosquejar, de las tres naciones tan principales como Alemania, Francia y Austria Hungría, fijándonos en juicio de relación con cuanto venimos manifestando, tanto en la segunda como en esta parte de nuestra obra, que abarca, no sólo los métodos de enseñanzas primaria, segunda y superior, sino la educación y la instrucción militar nuestra, y en aspecto general de las naciones en su mayor parte, no es difícil comprender que nuestro país reclama una verdadera revolución docente en toda la extensión de la palabra, pero tan extensa como profunda, tan conjunta como armónica y tan práctica como sabiamente concebida; pero no en los moldes doctrinales de esta ó de la otra nación, no; lo que se impone es el dogma, que la doctrina ha de ser adecuada al medio ambiente en que vive el pueblo que ha de practicarla, porque es la base fundamental de los éxitos.

Aquí se trata de un principio científico, de la conjunción de las dos energías del Estado, la civil y la militar, y de ella se deriva una verdad irrecusable, que el mayor aprovechamiento consiste en evitar las detenciones, retrocesos y segregaciones, obedeciendo á tal principio y semejante derivación, la Real orden de Guillermo II, la manera de ser el Estado Mayor francés, y algún otro

organismo de la Milicia, y las recientes reformas de las escuelas militares de Austria Hungría, entre otras muchas cosas que se pudieran citar. En Alemania se dice que han de ser aprovechables los estudios en su mayor cantidad para que el ciudadano pueda ser de este modo más útil á su Patria; que el método del estudio es la mejor garantía de la enseñanza y de la propia instrucción, y que hay que sacrificar á la profundidad la extensión exagerada, y lo mismo, y aun otras cosas, se repite en Francia, aunque dicho sea de diferente modo, y en otras partes, pero la cuestión no está en decirlo; lo que se impone, es saberlo practicar, y de aquí ha de partir el plan general de enseñanzas en todo estado, que se ha de dividir en dos, veinte, mil especialismos, que serán otras tantas carreras con sus centros docentes adecuados, y en relación más ó menos directa; pero en lo que se ha de procurar que los puntos de separación sean lo más lejanos posibles para los mayores aprovechamientos, para que no se tenga que volver por el mismo camino al punto de partida, resultando inútil el trabajo que costó varios años de la vida, sino que el nuevo camino sea prolongación del que se deja, y se tendrán esos aprovechamientos, que son los certificados de estudios, y una gran parte de las conjunciones de energías civil y militar. ¿Quién puede dudar que Austria-Hungría ha dado un paso de gigante en esa senda?, pero llegó sólo á las escuelas reales; en las de Cadetes que también se estudian materias muchas de instrucción general, esta nación que acaba de hacer tanto, se ha detenido, y si en lo hecho fué obligada, parece que mejor sería que lo por hacer lo ejecutara antes que las circunstancias se lo impusieran, así como nosotros no debemos nunca permanecer indiferentes ante cosas tan evidenciadas.

En el sistema austriaco se observa, efectivamente, la tendencia atavista y las grandes decisiones por el modernismo, y de aquí tenía que resultar necesariamente en el mecanismo un término medio, y en los ascensos, por ejemplo, opta por la elección, pero limitadísima, que está equidistante de lo que practican Alemania y Francia; y la verdad es que si la rigurosa antigüedad acaba con los ejércitos de mejores condiciones, pues la falta de estímulo no alienta, y el concepto aprendido de que todo es igual para llegar al mismo fin, es perjudicial en extremo, la elección casi exclusiva da ocasión á cuanto ya hemos dicho, bajo el aspec-

to de arbitriaridades y atropellos de todo derecho; de aquí, se impone en nuestro juicio, que los certificados deben darse, no sólo en las escuelas que podemos considerar mixtas, sino hasta en las técnico-militares, de todos aquellos estudios que pueden calificarse de instrucción general; y respecto á los ascensos, que debe existir la elección para el primer tercio, el sexto ó el décimo de las escalas, considerando este caso como minimun; y por último, que allí donde casi no existan esas escuelas mixtas, como pasa en nuestro país, lo primero que hay que atender, es en organizarlas, para que sean el lazo de unión entre las primarias y las técnico profesionales.

No sabemos si los distintos derroteros, que á su vez la carrera militar tiene, dirigen en las diferentes naciones á realizar la aspiración del oficial único; en nuestro concepto, esto sería el mayor de los absurdos; optamos, como hemos dicho repetidas veces, por el especialismo, que es precisamente el criterio contrario, pues vemos, entre otras cosas, que así se practica en las carreras civiles, además, no es lo mismo lo que pudiéramos llamar puntos de contacto entre las armas y cuerpos de la Milicia, como tienen hoy con la instrucción general que á esas carreras civiles le ligan, que pretender que un oficial llegue á servir para todo en cuanto al elemento armado se refiere de sus múltiples y complejos problemas; esto sería perseguir un imposible mientras lo primero que nos llevaría al verdadero oficial combatiente, y á los oficiales industriales, en cuyos extremos está el verdadero problema, pues la autonomía en el mando, y las exigencias de los modernos métodos de guerra, imponen un oficial de Infantería á caballo, apuntando una pieza y destrozando al enemigo con sus certeros disparos; un oficial de Caballería manejando el telégrafo y volando incluso un puente, y á los artilleros é ingenieros cubrirse de gloria, cuando las circunstancias lo requieran, cargando á la cabeza de un escuadrón, ó tomando trincheras al enemigo; pero oficiales que puedan serlo todo en el concepto abstracto de la palabra, no hay nada que pueda exigirlo.

Vamos aún más lejos; aquéllas distanciaciones de orígenes, clases y funcionamientos, incluso entre los que pertenecían á la misma arma, de tiempo de Felipe V, se encuentran hoy en las postrimerías para bien de la Milicia; y se llegará indudablemente

á que no quede más que el recuerdo, debiéndose esta conquista, á la educación y la instrucción militar en los Estados; razón por la que exigen los centros docentes militares atención preferentísima, bajo cuantos aspectos hemos examinado, porque los gérmenes de la ciencia que en ellos se difunden, abrigados por el método y la cultura general, al crecer y fructificar entre las filas de la Milicia, han de dar ocasión de que se cosechen seguros rendimientos, no sólo en sus organismos todos, sino para lo que es objeto más venerando: ¡para la Patria!.

Los fusiles. La tormentaria.—El terreno.—El municionamiento y el Gran Estado Mayor.

I

LOS FUSILES

«Habiendo estudiado mucho tiempo lo que se llama el destino del hombre, he visto que lo que se dice su fortuna, es debido á su genio, que sus éxitos resultan de su alta perspicacia, de sus cálculos rápidos como el relámpago, de la simultáneidad de su acción con su pensamiento y de la convicción que existe de que la audacia es la consecuencia de la sabiduría».

BOURRIENNE.—*(Memorias).*

SIENDO las Milicias las fuerzas activas de los Estados, sus extensiones llegan al de los Estados mismos, pues lo que no está en ellas, con ellas se encuentra relacionado más ó menos directamente; desde el territorio, sus fuerzas pasivas, que son las fortificaciones de costas, fronteras y líneas intermedias, ya para las etapas ó comunicaciones, ya para los puntos estratégicos ó plazas, hasta los edificios todos militares, como cuarteles, hospi-

tales, los de polígonos de tiro, campos de maniobras, y en una palabra, todo aquello que puede considerarse como complemento de función militar en el propio territorio, todo lo comprende; y si esto sucede con las concluyentes técnicas defensivas de la poliorcética y sus derivaciones, las leyes que instituyen la Milicia, en lo que á los hombres que la forman se refiere, no son menos preferentes ellas, como hemos dicho; han de ser el dogma y los reglamentos la parte doctrinal; y así se explica, para que la función perfecta sea la unión armónica de tanto, en lo que ha de ser único la organización; y á la par que las ordenanzas de deberes, van los reglamentos de campaña, la ley constitutiva del Ejército, los códigos de justicia militar para el castigo, los reglamentos de recompensas para el premio, la ley de ascensos, los reglamentos tácticos, los de tiro, los de contabilidad, los de transportes militares, los de régimen interior de los cuerpos, etc., etc., y sobre ellos, los tratados que preparan á la ciencia de la guerra; y como todos han de tener más ó menos puntos de contacto, para que ese conjunto resulte tal y como debe ser en los naturales rendimientos, es menester que los legisladores lleven una gestión simultánea, pues de nada sirve, por ejemplo, que los reglamentos tácticos sean una obra perfecta, si el reglamento de campaña queda por reformar.

Intentar siquiera estudiar cuanto hemos citado, sería salirse de los moldes propuestos, y nos hemos de concretar, por lo tanto, á lo más necesario, en armonía con nuestro pensamiento; y de ahí el título de este capítulo, que abarcará por extensión los municionamientos y el alto mando, pues son de capital importancia, por más que este último lo hayamos tratado con anterioridad; y no lo haremos por igual razón, del material de tren, puentes, telégrafos, bicicletas, automóviles y cuanto constituye hoy esta clase de material de campaña; y aún en lo que vamos á estudiar, no será con la extensión de la base técnica descriptiva de todas las armas portátiles, cañones y efectos de tiro, asunto este último tratado en la segunda parte de la obra, sino bajo el aspecto capitalísimo de la renovación del armamento, ya que tanto afecta al tesoro público, que es el problema económico.

Desde el primer fusil que apareció en Europa, allá por el siglo XIV, de tosca construcción, un tubo de hierro ó bronce, sujeto

á un mango de hierro, lentitud en la carga, pues el tirador llevaba la pólvora y la bala separadas, medía la carga en el momento de cargar, comunicaba el fuego con una mecha encendida, que con la mano izquierda aproximaba á una estrecha hendidura practicada en la pared superior del cañón; además, este fusil tenía dificultad en la puntería y nula precisión, lo que hizo que no pudiera reemplazar con ventaja á las ballestas y los arcos; desde este tiempo, decimos, á los fusiles de nuestros días, en que el Mauser de repetición automática, con patente de invención desde 1899, asombra el desentrañar en la evolución histórica de este armamento, tantas reformas, prodigiosas conquistas é inumerables, y cuanto unas y otras han afectado en los métodos de combate.

En nuestra obra *Armas, Defensas y Organizaciones* estudiábamos este problema, pues el número de disparos debe limitarse por el difícil municionamiento, la ligereza del arma para llevarla, por la resistencia, el alcance para más lejanos efectos, por la vista y el calibre para los alcances por los efectos de la bala; menester es, por estas y otras razones, un justo medio que equilibre las ventajas y los inconvenientes para que aquéllas no sean á costa de éstos, ó que suceda lo contrario.

El hecho es, que cuando aún no han complementado las naciones su armamento con el fusil Mauser ú otros equivalentes, aparece un nuevo fusil que, con más rapidez de tiro, ocasiona menos cansancio al soldado, pues aprovecha la energía desarrollada por el disparo para poner en acción el mecanismo de automatismo, que monta el arma una vez disparada, arroja la cápsula y la carga; luego el soldado sólo tiene que apuntar, tirar del disparador y cargar el depósito cuando sea necesario. Todo esto se verifica del modo siguiente: disparada el arma, el cañón, con el cual está firmemente enlazado el cierre, retrocede, monta el percutor y comprime un muelle; detiénese el primero un momento en su carrera, en tanto que el cierre, desprendiéndose, prosigue su retroceso, extrae y expulsa la vaina del cartucho recién disparado, deja enteramente descubierto el depósito y comprime al mismo tiempo un segundo muelle. La reacción creciente de este último no tarda en aumentar el impulso del cierre y en promover su avance; en el retorno, el cierre encuentra á su paso un nuevo cartucho, que eleva el muelle del depósito, y no ofreciéndole resistencia para de-

tener su marcha, lo conduce á la recámara. Cerrada ésta, se extiende, en parte, el primer muelle mencionado, y el arma queda para ser disparada de nuevo, y el soldado no tiene que hacer más que rectificar la puntería y disparar mientras haya cartuchos en el depósito.

Las ventajas, por lo tanto, son remarcables en este fusil, que no es de cerrojos, sino de movimiento alternativo directo, y que tiene el tiro sin repetición además, cuando así quiera usarse. El mecanismo es de mayor complicación, pero las ventajas superan á este inconveniente, pues mientras el depósito no se descarga, el soldado no tiene que mover el arma, como hemos dicho, y todo será educarlo á la disciplina de fuego, quedando siempre el recurso, más para contrarrestar los argumentos de los impugnadores, que para la práctica de acudir al tiro no repetido.

Es verdad que reformar ó sustituir el total de un armamento en una nación es costoso, y más si se acaba de aceptar un modelo; son contingencias éstas de organización social imperfecta, de poco acierto ó de mala fortuna, pues si nosotros nos encontráramos en este caso, en donde la industria militar está en manos del Estado, en Alemania, que no sucede lo mismo, porque la fábrica Krupp se cuida de ello, ahora ha de desechar todo su material de artillería de campaña, como veremos más adelante.

Para mayor orientación, vamos á citar los fusiles que poseen las distintas naciones, sus calibres y fecha de los modelos: Mauser 7,9, 1888, Alemania; Mauser 7,65, 1891, Argentina; Mannlicher 8, 1888, Bulgaria; Kran-Jörgensen 8, 1889, Dinamarca; Mauser 7, 1893, España; Krag-Jörgensen 7,62, 1892 y 1893, Estados Unidos; Lebel 8,20, 1886 y 1893, Francia; Mannlicher 6,5, 1893, Holanda; Lee-Metford 7,7, 1889, Inglaterra; Mannlicher-Carcano 6,5, 1891, Italia; Krag-Jörgensen 6,5, 1893, Noruega; Guides-Kropatshet 8, 1886, Portugal; Mauser-Mannlicher 6,5, 1892, Rumanía; Mossine 7,62 (tres líneas), 1891, Rusia; Schmitd-Rubin 7,5, 1889, Suiza; Mauser 7,65, 1899, Turquía.

Estos modelos y otros que pudiéramos citar, de distintas naciones y de los que hemos hablado, como los del Japón y China, sus distintos calibres, de corredera, cerrojo y movimiento transformable; los proyectiles, las pólvoras, el cartucho único; las recordaciones del fusil de retrocarga, cuyo origen se desconoce; lo

imperfecto del sistema, que impuso el fusil de antecarga con ánima lisa, después rayada, hasta llegar al prusiano, en el que su inventor Nicolás Dreyse, en 1827, empezó sus trabajos de investigación, en aplicar el cartucho completo, que le llevó á la aguja y á la retrocarga, todo ésto, decimos, muestran el medio de aquellos extremos, dicho en sintética forma, y que labran el conjunto de la gran evolución que en nuestros días nos ha llevado á un arma que indudablemente puede calificarse de prodigiosa, si hemos de ceñirnos á lo que las revistas técnicas profesionales nos dicen de ella.

La competencia industrial, en su vertiginosa y desenfrenada carrera, apenas conquista cuando desecha, y no es que resulte en armas sólo, bien sabido se tiene que esto pasa á cuanto produce; en Alemania ú otra nación, la reforma ó cambio de sus fusiles, por el nuevo que ha construído, le podrá costar caro, pero á su fábrica irán otras naciones á adquirir y dejar beneficios de bastante mayor cuantía que lo que importó aquel sacrificio, trocando los términos la inteligencia del hombre y su trabajo, para convertir lo que parecía pobreza y desconcierto, en grandes rendimientos y signos de riqueza para la Patria.

Y no hay que titubear: el que se para, se encuentra pospuesto, como le sucede, y lo repetimos; á Alemania, la que es gran nación militar por excelencia, con su artillería de campaña, en lo que ha de ver lo que resuelve, pues pudiera suceder que lo que creyó necesitaba experimentarse en otras naciones, y que tiene que aceptar hoy como bueno, esas naciones estén muy cerca de mejorarlo; éste es el problema de la vida moderna en todas sus manifestaciones: ir delante.

La bayoneta, así llamada porque las primeras se labraron en Bayona el año 1640, el sable bayoneta ó cuchillos de los actuales fusiles, el sable, la lanza, el revólver, la pistola mauser automática, como la de la fábrica nacional de Herstal de Lieja y otras, las ametralladoras Maxim y de distintos sistemas, van igualmente mostrando evoluciones de estas armas, que llevan el mismo lema que los fusiles y cañones: ir delante, las unas con su longitud, peso y temple, los otros con las mismas variantes y condiciones, y prolongando la espiga de la hoja hasta hacerla remachable, y las últimas con el problema resuelto de automatismo, faltando á los cañones poco menos para conseguirlo.

II

LA TORMENTARIA

Tiene también su historia, como es natural, y ya hemos hablado del origen; la artillería ha de ser de campaña, de montaña, de sitio, de plaza, de costa y de abordo, cuyos nombres indican sus respectivos empleos; y si los fusiles son muchos y de distintos sistemas, los cañones se producen en diferentes fábricas, varían los modelos y sus condiciones son adecuadas al objeto á que se les dedica, sujetándose para ello á las mismas cualidades que el fusil en concepto general, tanto en las balísticas, como el de ser transportables, ó de no difícil manejo, existiendo tres tipos: el cañón propiamente dicho, el obús y el mortero; el primero, para que el proyectil reciba el máximun de velocidad usual ó tiro directo; el segundo, para los tiros curvos, y el tercero, para el tiro vertical; y con relación á la longitud, podemos decir que el cañón tiene más de 20 calibres, el obús de 10 á 20 y el mortero 10.

En Francia, hasta después de 1870, no dieron sus fábricas un acero conveniente para los cañones, y ésta fué la razón de que el material estudiado por el coronel Reffye, en los momentos de la guerra, era todavía de bronce; pero á partir de 1875, las grandes fábricas producían cuantos tubos y vilortas les demandaban; por la ley de 14 de Agosto de 1885, fué levantada la prohibición de exportar el material de artillería, y la industria francesa entró en lucha con la alemana y la inglesa, que ejercían un verdadero monopolio, conquistando el honor de ser hoy la primera, según la pública opinión, contando con las fábricas siguientes:

La Compañía des Forges et Chantiers, de la Mediterranée, con sus talleres del Havre, Marseille y Seine, cerca de Toulon, construye material de artillería, llamado sistema Canet, por ser el nombre del director de este servicio.

La fábrica de Creusot (Schneider et C.ie), después del 2 de Enero de 1897, los talleres de artillería dichos fueron cedidos á

Creusot, formándose en Francia un establecimiento digno de competir con los de Essen y Elswick: la marca de este material es de Schneider-Canet.

La Societé Nordenfelt, de París, con sucursales en Bélgica y Seraing, cerca de Liége.

Los établissements Hotchkiss, que el ingeniero de este nombre hizo que así se llamara. Y por último, la fábrica de Saint-Chamond, cuyos cañones de tiro rápido y sin retroceso, ha escogido nuestra comisión de Artillería nombrada para dotar al Ejército de este nuevo material, á la vez que los de la casa Krupp, por encontrarlos de casi iguales perfecciones; hemos presenciado las experiencias de estas piezas, y son admirables los resultados; después nos ocuparemos con más extensión sobre este particular.

En Alemania existe la fábrica Krupp, que por considerarla algunos la primera del mundo, vamos á describir con cierto detenimiento. Desde el año 1889 se viene analizando y discutiendo la cuestión del nuevo material de artillería para todas las naciones, y dice la *Revue generale des sciences pures et apliquées*, que este cambio representaría en Europa una suma de más de mil millones de francos, capital enorme que había de pasar por las fábricas de esta clase de industria, y en su mayor parte, por consiguiente, por la fábrica Krupp.

Esta fábrica está situada en Essen; empezó por ser una modesta fundición, recomendable por la buena calidad de sus aceros, pero de escasa importancia, que no aumentó hasta el año 1812, bajo la dirección de Alfredo Krupp, padre del director recientemente muerto. El año 1848 tenía la fábrica 72 obreros, y en 1865, es decir, á los diecisiete años, el número de operarios ascendía á 8.200; pero los grandes vuelos tomados por la bondad de sus aceros, imponía, á más de grandes demandas de material de ferrocarriles, el naval, y llegó, por último, al material de guerra, por lo que ha conquistado más autoridad, si cabe, teniendo en la batalla de Sadowa el ejército prusiano toda la artillería de esta fábrica.

Pero su preponderancia no era sólo por las condiciones metalúrgicas y constructoras de Essen, sino que la administración previsora de Alfredo Krupp hizo que se adquirieran las minas de hierro y de carbón de las inmediaciones, procurándose, de este

modo, las primeras materias indispensables, directamente, y por lo tanto á mucho más bajo precio.

En 1873 el número de obreros se elevó á 11.800, después de salvarse una pequeña crisis producida por creerse que el acero no iba á ser empleado para los cañones; la mayor parte de las naciones se proveían de la fábrica, y los cañones Krupp se veían en las baterías de campaña, en las murallas y en los barcos, menos en Francia é Inglaterra.

Hemos de observar que esta preponderancia fabril no podía ser más que pasajera, si se concretara sólo á la artillería ó material de guerra; porque es natural que todas las naciones busquen su independencia en este sentido: en primer lugar, para quitar el feudo, y luego, no sólo por el interés del perfeccionamiento de sus industrias, sino para evitar las contingencias de una guerra, en la que se podía ver, por la neutralidad, desamparada de estos grandes é indispensables elementos.

Estas han sido las razones por las que Rusia ha creado poderosas fábricas, como Italia, otras naciones y aún nosotros mismos, dentro de modestos límites: de aquí que la fábrica Krupp, no debe considerarse como establecimiento sólo productor de material de artillería, porque lo es además de fabricación de todas las aplicaciones del acero, con la colocación garantida del producto.

En efecto: al lado de la fábrica de Essen, se encuentra su campo de tiro de Meppen, de una longitud de 16 kilómetros; las minas de hulla de Essen y de Bochum, con un producto de 2.100 toneladas, como término medio por día, muchas minas de hierro de Alemania y de Bilbao, cuyos minerales se transportan por medio de barcos españoles ó alemanes, que por el mar y por canales llegan hasta los mismos talleres. Por último: la adquisición que últimamente ha hecho de los astilleros de la Germania en Kiel, ha puesto á la casa Krupp á la altura de construir lo mismo barcos de guerra que de comercio, con sus propios recursos, puesto que todo sale de sus talleres.

Su situación es excelente; de una parte las vías férreas de Cologne á Berlín y las de Duisburg á Dortmund, y de otra parte, el Rhin y su afluente el Rühr, colocan al establecimiento en verdadera y ventajosa posición de recibir y expedir cuanto le es necesario.

Además, desde 1893, la fábrica Gruson está unida á ella, y mientras la fábrica Krupp se dedica al material de guerra, la otra lo hace á todo lo demás. Esta unidad de producción dentro de un país tiene las ventajas que ofrecen la unidad de conjunto, tanto en lo que se refiere á Alemania, como á cuantas potencias tengan que recurrir á ella, pues se encuentran verdaderamente grandes facilidades en cualquiera adquisición; pero en cambio, esa completa hegemonía le quita al Estado los beneficios del estímulo de la competencia, que tal vez haya influído en la situación que se encuentra hoy esta nación, con su material de artillería de campaña, pues es indiscutible que ha de pesar mucho en toda resolución sobre este particular el voto del director de un centro productor que abarca las extensiones de esta fábrica, el que además de la competencia indiscutible impone la dejación de todo interés particular ante la idea de patriotismo.

Inglaterra.—El fundador de Elswich, sir Wiliam Armstrong, era en tiempos de la guerra de Crimea, 1853-54, ingeniero hidráulico; los accidentes de cañones de bronce en esta campaña hicieron pensar á Armstrong en sustituir este metal por el hierro forjado y después por el acero. En esta época estaba en la infancia la metalurgia del acero, razón por la que las piezas debían tener limitadas dimensiones, pero desde 1863, la fábrica había producido á Inglaterra 3.500 cañones, teniendo lugar los célebres ensayos del material de acero Whitworth, en competencia con los cañones Armstrong, pero resultaron inferiores, no obstante sus remarcables condiciones balísticas, porque el acero empleado no prestaba aún la resistencia necesaria.

Siguió á esta competencia el que la fábrica Armstrong fué la encargada de construir el material del Ejército y la Marina inglesa, y subsidiariamente del de algunas potencias.

Además cuenta Inglaterra con los establecimientos Maxim-Nordenfelt, en Erith, que tiene este nombre por el de los ingenieros americano y sueco, respectivamente, fábrica que á más de cañones de tiro rápido construye ametralladoras.

Austria-Hungría.—Esta nación fabrica su material de campaña y de sitio en los talleres establecidos en el recinto de Viena, y por las industrias privadas, cuyas producciones se someten á la inspección de una comisión nombrada del Ejército.

Italia cuenta con establecimientos dirigidos por oficiales de Estado Mayor, á los que están unidos jefes técnicos para la dirección y vigilancia de los talleres. Estos establecimientos son arsenales de construcción, en Turín, Nápoles y Génova; fundición de cañones en Turín, de proyectiles en Génova. Fábricas de pólvoras de Fossano y Scafati. Taller de precisión en Turín y laboratorio pirotécnico.

Rusia tiene en Toula, Sestrorietzk é Ijeu, la manufactura de armas portátiles de fuego, y las armas blancas se fabrican en Zlatooust. Las fábricas de cartuchos de San Petesburgo y Moscou, las de pólvoras de Okhta, Schlüssebourg y Kasan, y las de torpedos, espoletas y cápsulas de Ohkta. Además, existen comisiones de recepción, compuestas de oficiales de Artillería, Infantería y Caballería, para la compra en el extranjero.

Los arsenales y fundiciones de San Petesburgo, Briansk y Kiew y Oboukhov, que pertenecen al ministerio de Marina, fabrican cañones de bronce y acero, como también los particulares de Perm, Alexandrovski y Putilov, y los talleres de Varsovia y Tiflis, para la construcción y reparación del material y armas portátiles.

Bélgica posee un arsenal en Amberes y fundición de cañones é inspección y fabricación de armas de guerra en Lieja.

Dinamarca tiene el arsenal de construción, de reparación y depósito en Copenhague, que comprende la manufactura de armas.

Los *Estados Unidos* cuentan con una manufactura de armas nacionales, en Springfield. Arsenales de construcción, de los que los principales están en Frankfort (Pensilvania), en donde se fabrica con preferencia las municiones de armas portátiles; en Watervliet, para artillería de tierra, y en Washington para la marina. Estos establecimientos proceden como los franceses similares; es decir, que las fábricas particulares los proveen de las primeras materias, y los proyectos raramente terminados, porque generalmente las construcciones se hacen en los talleres del Estado.

Entre las primeras casas productoras de estos elementos, se encuentran las grandes fábricas de Bethelhem, en Pensilvania, comparables á las más importantes de Europa. Estas fábricas hacen piezas de gran calibre y fusiles de todos los sistemas. Para los proyectiles destinados á la marina, se dedican las fábricas de

Midvale, Carpenter, de Jonhson y, sobre todo, la de Wheeler-Sterling, asociada hoy con la casa de Firth, de Sheffield. La Unión le hace pedidos de poca importancia, pero dadas las especiales condiciones que en ellas concurren, pueden subvenir, sin ninguna duda, á cuantas construcciones fuesen necesarias y que las circunstancias exigieran.

Además de las piezas que en este país se fabrican y que tienen el uso de la pólvora, en 1883 trató de reemplazar ésta por el aire, el americano M. Melford, dando lugar al origen del cañón neumático que Zalinski perfeccionó hasta hacerlo útil, especialmente para la marina y baterías de costas.

Por último: el *Japón* tiene, entre otros establecimientos, un arsenal en Tokio, que comprende la manufactura de armas, cartuchos, talleres de reparación del material de artillería, y un laboratorio pirotécnico, disponiendo de una fuerza motriz de 300 caballos de vapor. El arsenal de Osak, con material para cañones, fábrica de proyectiles, talleres de ajustes y pirotecnia y construcción de todo el material de campaña, sitio, plaza y costas.

Tomados estos antecedentes, en su mayor parte, de la notable obra del comandante Vallier, titulada: *L'Artillerie-Matériel-Organisation*, hemos visto que en lo que podemos llamar industrias militares, se ejerce en unos Estados completa hegemonía particular, como en Alemania con la casa Krupp; en otros, no dando acceso á las industrias particulares, en cuyo caso se encuentra España, y que en otras naciones existe la concurrencia de los dos factores, en lo que es de tan preferentísimas atenciones; pues si el hombre, como uno de los tres elementos del combate, necesita todo cuanto hemos evidenciado para llenar cumplidamente la alta misión que le está encomendada para la conservación y defensa de la Patria, poco ó nada podría hacer, si este segundo elemento, «las armas», no fuera á la par suya en sus adelantamientos y perfecciones; la técnica profesional, las ciencias y la cuestión económica lo reclaman de consuno, y además, la absoluta autonomía que todo Estado ha de buscar en lo que tanto representa, pues es muy doloroso ir siempre á la zaga, y lo que es peor aún, haciendo enormes sacrificios, lo que impone cambiar de ruta y tomar la que nos lleve á descubrir nuevos horizontes, en los que encontremos luz y bienandanza.

No basta ser nación militar por excelencia, como Alemania, y para demostrarlo, vamos á estudiar el caso en que se encuentra muy digno de atención preferente, para que de ejemplo sirva, puesto que nos hallamos en los plácemes de comenzar á tener un nuevo material de artillería de campaña, más pesado que el que Alemania tiene, con menos velocidad inicial en los proyectiles, aunque mucho más perfeccionado; pero que mientras esta nación admite la irrecusable idea de aceptarlo, Francia piensa reemplazarlo por material más ligero, para evitar, entre otros inconvenientes, el empleo de más ganado para el arrastre; y como tal asunto, aunque es de actualidad, trae un no corto proceso, vamos á citar lo que sobre el particular dice *La Revue Militaire des Armées Etrangéres* del mes de Marzo del pasado año sobre la cuestión de los cañones sin retroceso en Alemania.

Un gran movimiento en la opinión, dice, ha tenido lugar en Alemania con motivo de la artillería de campaña. Hasta hace poco, la prensa alemana toda, con unánime acuerdo, apoyándose sobre la opinión casi total de los escritores técnicos militares del otro lado del Rhin, encomiando la ligereza y hasta la tosquedad de los antiguos tipos del material de artillería, parecía considerar la inmovilidad de la pieza y las consecuencias que de ello resultan como cualidades de poca importancia. El cañón francés, el sólo que al presente dispara sin retroceso, aunque poco conocido, fué objeto de opiniones poco favorables. Nadie ignora, dice la revista alemana *Kriegsteschniche Zeitschrift*, en su cuarta entrega de 1901, que la adopción en Francia del cañon sin retroceso no es más que una nueva manifestación del espíritu defensivo más obstinado, que caracterizan todas las medidas tomadas por esa potencia, en concepto militar, después de 1870. Además, los franceses aman siempre distinguirse por algún ingenio original, que les da la ilusión que les asegurará la superioridad completa sobre los vecinos; las ametralladoras de otras veces y los submarinos hoy, tienen estas justificaciones. Por lo tanto, no es secreto para nadie que la fabricación del nuevo material se ha suspendido en Francia, y que para las piezas ya construídas, demasiado complicadas y frágiles, será necesario disminuir en 100 metros la velocidad inicial primitivamente empleada.

Tal fué la opinión general. A principios de 1901 se habló

mucho del nuevo cañón inventado por el consejero Ehrhardt; pero sin duda porque era alemán este ingeniero distinguido, jefe de una industria importante, no encontró en el momento entre sus compatriotas aquella acogida que por derecho le correspondía, y sufrió las consecuencias naturales que en situación semejante encuentran todos los inventores; la prensa inclusive le fué contraria, y se exageraron las imperfecciones naturales de los primeros ensayos; es más, periódicos importantes empleaban para el inventor calificativos nada favorables.

Pero Ehrhardt, que no fué profeta en su país, encontró mejor acogida en el extranjero; las experiencias de gran éxito de Noruege, los pedidos hechos por Inglaterra del material y los escritos, por último, de algunos especialistas, no feudos del dogma admitido, y, por lo tanto, independientes, hicieron al eminente inventor la justicia que merecía y evidenciaron los desaciertos de Alemania.

Al mismo tiempo, el cañón francés que acababa de aparecer en el campo de maniobras, se mostró sin aquellos misterios que hasta entonces le envolvían. Es imposible luchar contra la evidencia, y la voz de algunos independientes, que discuten nuevos modelos, comienza á hacerse entender. Sin embargo, los grandes órganos técnicos militares, no se dan prisa en aceptar las nuevas ideas. Una circunstancia desfavorable á la teoría, parece dar la razón á esta actitud.

Desde 1897, Suiza persigue con experiencias el mejorar su artillería de campaña. Se sabe que esta potencia ha marchado siempre á la cabeza en el progreso del armamento. Pero la comisión federal encargada de estudiar la pieza que se quería adoptar, se mostró del todo hostil al cañón de tiro rápido; y la opinión alemana sobre las cuestiones militares, tiene siempre en Suiza una influencia cierta. Esta opinión era desfavorable al tipo nuevo; así, que la *Gazette de Lausanne* de 17 de Junio de 1901, decía lo siguiente: «Los periódicos alemanes dicen tanto desfavorable de los cañones franceses». Además la comisión temía, sin duda, que las piezas con freno no fuesen demasiado complicadas para un ejército en que los artilleros están poco tiempo en filas; estas razones y otras, influyeron para que la comisión diera por terminados sus trabajos y se adoptara por votación unánime, á principios de 1901, un tipo, según los antiguos modelos.

Sin la campaña de hombres de espíritu clarividente, á cuya cabeza figura el coronel Affolter, el Parlamento helvético hubiera sancionado la decisión. Tal fué el primer golpe dado á los partidarios de la antigua escuela, pero otro mayor les esperaba.

A mitad de 1901 apareció en Berlín un folleto titulado *Der Kampt um die modernen Feldgeschütze*, del general von Reichenau, procedente de Artillería, que dejando el destino, entró en el Consejo de Administración de la casa Ehrhardt. El general aborda en el folleto la cuestión de la rapidez de tiro, que sus adversarios le dan una importancia secundaria. A este objeto, solo le basta hacer notar que la cifra de pérdidas causada en una tropa produce un efecto moral en los que sobreviven, más considerable, que corto es el tiempo empleado en conseguirlo.

Esta rapidez de tiro se obtiene por la inmovilidad de la cureña, lo que ofrece otras ventajas, que son disminuir la fatiga de los sirvientes y dar facilidades al servicio de apuntador, resultando muchos más disparos y mayores efectos.

Pero no es esto todo; el fijar la cureña permite el empleo de escudos, lo que tiene ventajas é inconvenientes; de una parte ofrecen gran protección á los sirvientes, necesarios y difíciles á reemplazar, y por otra hacen más visible y pesada la pieza; pero así como se obliga á los artilleros que se hinquen de rodillas ante el fuego enemigo, como precaución de seguridad, y esto no hace que el servicio se perjudique, puede resultar lo mismo con el escudo; después de todo, el artillero no es como el soldado de Infantería, que, resguardado por este medio, podrá sustraerse del mando de su jefe, sin que perjudique para nada la movilización.

Reflexionando sobre lo dicho, hemos de observar que la historia nos enseña que los perfeccionamientos de las armas han llevado siempre un movimiento de la opinión en favor de la defensiva; pero también es verdad que la ofensiva sola procura un resultado decisivo, y que el porvenir no demostrará nada en contrario, pues si las armas se perfeccionan, la ciencia militar buscará medios de contrarrestarla por los métodos de combate.

En una conferencia dada en la Sociedad militar de Berlín el 25 de Octubre de 1899, por el comandante von Freytag-Loringhoven, del Estado Mayor prusiano, desarrolla las mismas ideas y viene á decir: que si se debe evitar un Plewna y un Saint-Privat,

no ha de olvidarse que las guerras son sangrientas, y que sobre los cálculos del polígono está el estudio psicológico de la guerra y la ofensiva como consecuencia inmediata.

Volviendo al folleto, veremos los argumentos de von Reichenau: considera como incontestables todas las ventajas de las piezas sin retroceso. ¿Debemos temer, dice, pagar demasiado caro las complicaciones de este material? Lo primero que hace falta es distinguir entre el mecanismo y el servicio del cañón. ¿Qué importa que el mecanismo sea complicado si la maniobra es más sencilla? Los fusiles y los cañones de esta clase hacen echar de menos los tiempos de las armas cargadas por la boca, de largo manejo y á veces peligroso. Se impone hoy obtener un material de campaña de tiro rápido, suficientemente ligero y resistente para la guerra; es preciso adoptarlo sin buscar, si el establecerlo es delicado y de cara construcción, no olvidando que lanza en un minuto, á la velocidad de 500 metros por segundo, 15 ó 20 proyectiles, que pesan de seis á siete kilogramos, representando más de 5.000 cascos, ¿qué efectos no pueden hacer?

El autor defiende que sea una teoría de gabinete; se promete transportar al campo de batalla las experiencias del polígono. «No se olvide, continúa diciendo, que existe una condición primordial á cumplir: la de esperar al enemigo. Si el material se aproxima á la perfección, la inteligencia, la fuerza nerviosa y muscular, son factores humanos casi inalterables. En el campo de tiro todo es fácil, porque no hay ni el polvo, ni humo, ni el peligro de los campos de batalla.

Desde larga fecha, se ha hecho sobresalir en Francia la dificultad de establecer una relación definitiva entre el tiro de polígono y el de guerra; los resultados no han sido susceptibles del aprecio común, lo mismo que si se contara con un cañón inmóvil, digámoslo así, en el que las diferencias de los efectos producidos habían de ser siempre bien poco.

Las baterías que llegan de retaguardia, en número siempre inferior á la necesidad que se cree tener, deberán continuamente empeñarse en el combate, abriendo el fuego sobre objetos poco visibles y á veces bajo los proyectiles enemigos. El material más perfeccionado sufrirá el fuego de la impresionabilidad humana; las órdenes, algunas veces mal dadas, serán frecuentemente mal com-

prendidas, se cometerán errores en el manejo de los aparatos de puntería, y por otros accidentes, como desplazamiento de las piezas, etc. Además, sea como sea, la sangre fría de los artilleros y su valor, la fatiga, la emoción y el enervamiento, influirá en ellos y en el servicio del material por perfecto que sea.

Por estas razones, parece ilusorio predecir la zona de terreno que puede batir una batería, lo mismo que parece peligroso el limitar rigurosamente á lo largo del objetivo el número de baterías que se han de poner en línea. La armonía de los esfuerzos y la concentración de fuego, sin pretender la superposición de efectos, será tal vez el verdadero conocimiento; porque el rendimiento de tiro en el campo de batalla es imposible apreciarlo con anterioridad, por lo que en el polígono resulte. El nuevo reglamento francés hace constar esta manera de ver las cosas, prescribiendo, para la preparación de un ataque, una concentración rápida, violenta é intensa de los fuegos de artillería y de tropas de infantería, que puedan batir el objeto escogido.

El folleto del general von Reichenau, ha producido gran sensación en toda Europa, en donde la reforma del material de artillería de campaña está á la orden del día; la prensa alemana no ha prestado á esta obra la atención que merece; la mayor parte de periódicos y revistas no han dicho nada ó la mención ha sido escasa; sólo el *Neue militärische Blätter* le consagró algunas páginas, más dedicadas al objeto comercial que á otra cosa, en lo que debe ser de una atención mucho más alta; ataca el monopolio de una sola fábrica, y dice, en afirmación de este criterio, que el gobierno del imperio difícilmente hará pedidos de cañones á la fábrica Creusot ó Saint-Chamond.

Al principio del mes de Septiembre de 1901, el diario de Berlín *Die Post*, publicó algunos artículos sensacionales. No se puede negar, decía, que existe en Alemania un problema, que es el cañón de campaña; es un hecho bien evidente, porque se recuerdan los debates del Reichstag en Diciembre de 1900. Se sabe que el gobierno hacía practicar experiencias con modelos de frenos perfeccionados, hechos por dos grandes fábricas alemanas; no se podía tratar más que de piezas con retroceso del cañón sobre la cureña. Los ensayos continuaban en el presente, después de un curso inspirado en la mayor fe, con baterías enteras. Se conservó el

tubo de la pieza modelo del 96 con las municiones, con algunas partes accesorias de la cureña, las ruedas. La supresión del retroceso y la adopción de los escudos, han hecho entrar á la artillería de campaña en una nueva faz de desenvolvimiento, y ninguna potencia militar puede estar en situación pasiva ante esta transformación. La cuestión se ha agravado más rápidamente que puede creerse y es preciso en todo reconocer que Ehrhardt es el principal instigador de la reforma, que es el que está á la cabeza del movimiento.

Ante la declaración del gran diario berlinés y en presencia del desenvolvimiento que se produjo en Suiza, sobrevinieron muchas dificultades al intentar luchar con la evidencia.

Se sabe que la fábrica Krupp, y sus últimas referencias lo acreditan, ha sido siempre hostil á los cañones sin retroceso. Sin embargo, bajo la presión de la necesidad, ha procurado crear un tipo de esta clase, y llegaron á pensar, dados los grandes recursos con que cuenta esta fábrica y el tipo presentado, que siendo la última en la nueva escuela, se había co ocado la primera.

El general Rohne, técnico distinguido de universal renombre, fué el encargado de dar la buena nueva por medio de dos grandes revistas alemanas, *Kriegstechnische Zeitschrift* y *Jahrbücher für die Armee und Marine*. Decía, entre otras cosas: «Profetizar en materia técnica, en nuestro tiempo, cuando los progresos de la industria son tan rápidos, es un quehacer ingrato que no reporta ninguna gloria. Vengo en hacer la experiencia á mi costa; yo escribía en 1898 que el cañón de campaña á tiro rápido no se obtendrá nunca mientras no se adopten proyectiles que no pesen más de un kilo, lo que será la negación de toda artillería. Pero yo me equivoqué; el ideal que parecía irrealizable hace tres años, está resuelto hoy». El general Rohne, invitado por Ehrhardt á las experiencias de su material, sin saberse por qué, no se rindió á la evidencia, hasta las hechas por Krupp en Mayo de 1901, en su fábrica de Meppen.

Entre los cañones Ehrhardt, francés y Krupp, las ventajas son de estos últimos; tiran un proyectil de 6 kg. 500. El modelo Krupp es un sistema en el que el cañón tiene un retroceso sobre la cureña, que limita un freno hidráulico. La cuestión del recuperador es de verdadera esencialidad; el artículo del primero

de los dos periódicos alemanes citados, sin cifras, tablas ni figuras, describe con gran lujo de detalles el recuperador, reunión complicada de resortes, de poleas y de cables. En él reside la característica del sistema, la idea ingeniosa que ha hecho práctico el material; este aparato, reformado más tarde, en vista de los defectos que el mismo autor le reconocía y sustituído por un solo resorte en espiral, presentó el inconveniente de romperse con facilidad, y aunque la pieza funcionaba sin él, el resorte fué sustituído por otro dividido en tres secciones, siguiendo un procedimiento, cuyo secreto se reservó el autor.

Sufriendo, por lo tanto, el recuperador presentado como definitivo dos modificaciones en menos de tres meses, prefiriéndole el general Rohne á los otros, admitiendo, además, los escudos de una altura de 1,60 metros, á prueba de la bala de fusil á 400 metros, formados por dos placas protectoras de las tres que lleva la pieza.

La pieza y su cureña pesan 1.000 kilogramos, el carruaje 1.800, el proyectil de 75 milímetros pesa 6'350 kilogramos y la velocidad inicial es de 484 metros; material, que pesa más que el actual de Alemania, en donde esta circunstancia no gusta; pero Rohne, no sólo admite esto, sino que llega á 50 kilos más en el coche-pieza, y que las ruedas sean mayores, á fin de dar más facilidades en todos los terrenos. La evolución es, por lo tanto, completa en todos sentidos, y al mismo tiempo que se admite el principio del cañón á tiro rápido, se discute la influencia que debe tener sobre la organización y la táctica de la artillería de campaña.

Respecto á lo segundo, las ideas no son claras. «Es cierto, escribe el citado general, que al entrar en función un arma nueva de estas condiciones, lleva consigo modificaciones tácticas, pero ¿en qué consisten? Las opiniones están divididas, desde hace tres años que la artillería francesa se encuentra dotada del nuevo cañón, y sin embargo, hasta hace poco no se ha escrito el nuevo reglamento; en Alemania aún no se ha hecho nada».

Bajo el punto de vista de organización, Rohne estima que se imponen modificaciones, como, por ejemplo, la cuestión de las baterías á cuatro piezas. Esto fué discutido en Alemania cuando la organización de 1899, y es significativo que los alemanes ni

entonces ni ahora se resignen á la disminución de las bocas de fuego; así es, que la dicha disminución de las bocas de fuego de seis á cuatro piezas por baterías, deben equilibrarlas con el aumento de éstas. El general es partidario de que cada batería se componga de cuatro piezas y ocho carros de municiones, en lugar de seis y seis; las columnas ligeras de municiones serán menos numerosas y menos fuertes que las de ahora; con el material y personal sobrante, se crearán tres baterías por cuerpo de Ejército. Cada división de infantería dispondrá de 12 baterías de cañones; y en cuanto á las tres baterías de obuses ligeros de campaña, que existen hoy en cada cuerpo de Ejército, se podrá disponer queden afectas á una división ó á las órdenes del comandante de cuerpo. De lo que resultará que en lugar de 24 baterías con 144 piezas, se tendrán 27 con 114 piezas; es decir, 24 baterías de cañones á cuatro piezas y tres de obuses á seis, puesto que en éstas no hay razón para modificarlas. Cualquiera que sea la solución adoptada, se puede asegurar como colorario, en la adopción del nuevo sistema, un aumento de la fuerza del arma, pues es una tradición alemana.

La opinión pública en este país ha de acoger, por lo menos con reserva, el aumento considerable de gastos en el presupuesto, al ver que se desecha casi un material que tiene de servicio menos de cuatro años; pues si se conserva el tubo del cañón modelo 96, lleva en sí los gastos que representa adaptarlo al nuevo sistema, de la cureña servirían las ruedas, y esto si no se adapta el pensamiento de Rohne, de que han de tener mayor diámetro; y respecto á las municiones, pasa lo mismo, pues la rapidez de tiro exige un cartucho. Se tendrá por esta transformación un cañón de 77 milímetros, que lanza un shrapnel de seis kilogramos 850, con 465 metros de velocidad inicial. La única ventaja será, bajo el punto de vista del tiro, la de la rapidez de ocho á veinte disparos por minuto, sin que las otras condiciones balísticas hayan tenido mejora. Este resultado ¿será suficiente para que la autoridad militar se resuelva á que se ocasionen gastos tan considerables y sin tener más que un material no del todo perfecto?

Le Post, en su artículo ya citado, dice: «Se puede preguntar que cómo una pieza tan nueva como la nuestra se encuentra en peores condiciones y con un retraso manifiesto. Es indudable que

en la época en que fué adoptado, existían cañones sin retroceso. Pero se necesitaban años para experimentarla, porque exigía perfeccionamientos, y se prefirió á los adelantos un modelo más sencillo, y creemos que se hizo bien. El material del 96 presentaba grandes progresos sobre sus predecesores; Ville lo llamaba una obra maestra de mecánica. Nadie podrá encontrarlo inútil, porque de este modo también se podrá decir lo mismo del material francés, puesto que se habla de dotar las baterías de á caballo de material más ligero. La ciencia marcha á pasos tan colosales, que sólo las más grandes precauciones pueden evitar estas consecuencias».

Pero aún hay más: *La Gazette de Francfort* decía: «Cuando el material iba á renovarse, una gran mayoría estaba por un modelo mucho más perfeccionado que el escogido; pero una sola voz hizo observar que esos perfeccionamientos no se conseguían más que con ciertas complicaciones», cuya opinión no encontró quien la contradijera, y se decidió escoger el tipo del 96, más sencillo, pero ya atrasado. Y el *Berliner Tageblatt*, pide al periódico dicho el nombre de esa persona, ya que su opinión costará muchos millones á Alemania.

En resumen, parece reconocerse generalmente en este país la necesidad de una transformación de la artillería de campaña. Será interesante ver en qué tiempo y condiciones lo hará.

Vemos, pues, que nadie puede desconocer que Alemania tiene sobre sí un verdadero conflicto, y que sin citar el nombre de quien ha influído para tal fracaso, fácil es colegirlo, después de lo que llevamos dicho, siendo la causa, por lo tanto, no del desacierto, sino del sistema; grandes son los beneficios que representa la unidad de producción en un Estado, y más de esta índole, ya lo hemos manifestado; pero también representa graves inconvenientes, y nada puede hablar más alto en apoyo de este criterio que los hechos; pues la garantía de lo que se posee, sin temor de ser perdido, conduce á los fracasos, ya que no á la desaparición absoluta que con la insistencia de ellos tendría que sobrevenir necesariamente.

Muchos ejemplos podríamos citar los que hemos seguido los trabajos extranjeros y de nuestro país, respecto á la guerra boer-inglesa, sobre esa epopeya de los modernos tiempos, que es justi-

ficación palmaria de que España no está en tan bajo nivel como se le supone; pero vamos á contraernos sólo á lo que dice nuestro Depósito de Guerra en sus notables trabajos, en el titulado «Resumen de las noticias correspondientes, desde el 17 al 23 de Julio de 1900, de la guerra anglo-boer». La *Revista d'Artiglería e genio* del mes de Julio próximo pasado, dice, después de analizar un estudio publicado por *Jahrücher für die deutsche armée und marine*, relativo á la artillería inglesa en el teatro de la guerra: «La presente campaña ha demostrado claramente que el tiro de shrapnel contra infantería atrincherada es casi ineficaz, sobre todo contra trincheras de un trazado y perfil especiales, como son la de los boers».

En tal caso, la verdadera preparación del ataque tiene que realizarse por medio del tiro curvo, que los ingleses no pueden hacer sino por medio de sus obuses de 12'7 centímetros, los que resultan demasiado pesados para el servicio de campaña.

Considerando el alcance máximo de dichas piezas, establecidos en tablas de tiro, en sólo 4.500 metros, tiro que requiere mucho cuidado, y que la rectificación es dificilísima por el arte y habilidad con que los aliados construyen sus obras, ocultándolas admirablemente á la vista del enemigo, se comprenderán las dificultades con que debe luchar la artillería inglesa para llenar bien su cometido.

En el Natal, á causa del terreno, formado de colinas de cotas progresivas, y cuyas mayores alturas ocupaban siempre los boers, la observación del blanco era muy difícil de abajo arriba, de manera que la artillería británica tenía que conformarse con las referencias particulares desde los globos, que no son lo mismo que las tomadas directamente. En Orange, el terreno permitió hacer mejor empleo de la artillería, y se obtuvieron, por lo tanto, resultados más favorables.

Otras razones de las deficiencias de que ha dado muestra la artillería inglesa, estriba en su escasa instrucción táctica, y en la falta de relaciones orgánicas adecuadas con las demás armas. ¿Qué consecuencias esenciales podemos sacar de lo dicho?, pues que el problema de la artillería de campaña no está sólo en los cañones, sino que no hay que olvidarse del tercer elemento del combate, «el terreno», porque es factor á su vez de gran valía en el Arte Militar, y hoy más que nunca.

Respecto al primer extremo hemos de decir, que si con los cañones ocurre cuanto apuntado queda, ¿quién le garantiza á Alemania que no le suceda, cuando llegue el momento del cambio de este material, lo que pasa con el fusil automático?; además, Alemania y otras naciones cuentan con baterías de obuses, ¿tienen resuelto el arrastre y cuanto con esta clase de piezas se relaciona? En España ¿qué tenemos de este material?; luego hay que estudiar el problema con todas sus extensiones; y si puede observarse que este criterio nos conduciría á estar esperando siempre la última reforma, careciendo de todo mientras tanto, la contestación es fácil: que el que tiene puede reformarlo; pero que el que de todo carece, ha de arrostrar los grandes sacrificios que representan las nuevas creaciones, además de lo que suma no ir dentro de la conjunción de adelantos y perfeccionamientos, con los grandes beneficios que la autonomía siempre aporta.

Sobre esta autonomía hemos de decir, que tenemos para ella las primeras materias: el hierro y el carbón, y que éstas y la mano de obra son más baratos; de modo que contamos con casi todos los elementos para la construcción del material de guerra, y que pueden ser adquiridos en mejores condiciones económicas. El procedimiento empleado hasta aquí ha sido que comisiones técnicas hayan ido á estudiar al extranjero las fábricas productoras del material de guerra, y una vez aceptado lo que se ha creído mejor, en los contratos de venta, ha entrado la cláusula de patente, condición cara, á más del precio que tales adquisiciones así concertadas representan.

En verdad que el cuerpo de Artillería ha sabido suplir con exceso estos sacrificios de la nación, pues como hemos dicho, las fábricas que se encuentran bajo su exclusiva dirección, no sólo han construído fusiles Mausers de mejores condiciones y en cantidad bastante para nuestro ejército, sino que Méjico ha adquirido ó trata de adquirir, ya lo hemos citado, 40 mil fusiles, lo que representa un cambio radicalísimo en nuestra manera de ser, en lo que es de tanta importancia. Y si esto sucede con la fábrica de Oviedo, con la de Sevilla y Trubia, pasa igual con el material de artillería de montaña; es verdad que hemos comprado el primer material, las patentes y los planos, pero estas dos fábricas han dado idénticos resultados, pues sus cañones, con los que están

armados todos los regimientos de montaña, han sido excelentes.

Para el material de campaña el procedimiento no ha sido otro; comprar el primer material á la fábrica de Saint-Chamont, 96 cañones, 24 á la de Schneider y 24 á la casa Krupp, y todos los carruajes, municiones y mil disparos por pieza, á esta fábrica. El proceso para llegar á este fin no ha sido corto, pero sólo diremos que la comisión de experiencias encontró el primer cañón mejor que el tercero, pero que en los carruajes pasó todo lo contrario; mas como después se presentó la pieza Schneider, dentro del período experimental, y la comisión hubo de reconocer, con sus indiscutibles competencias, que dicha pieza ofrecía ventajas sobre las otras, pues la velocidad de fuego es de 18 ó 20, mientras las primeras sólo alcanzan 8 ó 10, llegaron á la concluyente dicha, después de no pocas negociaciones, y se concertó, por lo tanto, la compra del material de seis regimientos, las patentes y los planos, y podrán construirse en España como los fusiles y el material de montaña para seis ó siete regimientos más, y los proyectiles, pues sólo en éstos se obtendría una economía de doce pesetas por cada granada de segmento, respecto á los de la casa Krupp; éstas cuestan 57 francos, y en la fundición de Sevilla resultan á 65 pesetas, y estando los cambios á 35 por 100, resultan á 77 pesetas, que dan la diferencia dicha.

Pero de todos modos, resultamos no inventores sino copistas y reformadores en último extremo; ¿podemos contentarnos en los presentes tiempos con un puesto semejante, aun con las ventajas reconocidas de las perfecciones llevadas al armamento por las altas dotes de competencia del cuerpo de Artillería?, no lo creemos; es más, ¿puede el Estado subvenir á los gastos de comisiones permanentes y de cierta categoría en el extranjero, para que vayan con el movimiento ascendente de las ciencias?, y aunque esto fuera, ¿estamos garantidos que en los centros fabriles iniciarían á esas comisiones de los secretos técnicos-profesionales?, nos parece más difícil aún. El procedimiento de saltos para llegar y retroceder, casi conseguido, hace estériles los sacrificios de la nación y del cuerpo de Artillería; no es cuestión de forma, es de fondo; hemos de seguir en esto como en todo el camino de los que van primero, y por eso acabamos de presentar el mecanismo de la producción industrial militar de todas las naciones principales, para

que sirviéndonos de norma podamos escoger la mejor; la casa Krupp, llamada la primera por los más, ha llegado tan alto, que se ha distanciado de los realismos de la vida; y la casa Schneider-Canet, que es la fusión de la casa Creussot y de la de Forges et Chantiers de la Méditerranée, constituye en Francia, como hemos dicho, una potencia digna de ponerse en frente de los establecimientos de Essen y Elswick; y nuestra comisión de Artillería ya hemos visto dió su fallo que nosotros acogemos con cuanto respeto nos merece. Resumimos, pues, con los conceptos siguientes: que la riqueza particular investigue, que la industria con este elemento principalísimo y el acicate del beneficio, consiga, y que la técnica profesional, dé siempre la alta sanción de sus competencias, á la par que fabrica y dirige.

De este modo lograremos los resultados que se codician, pues los que son tan buenos reformadores y copistas, como nosotros lo somos hoy, bien pueden aspirar á ser inventores y lograr con ello cuanto otros consiguen, con lo que ganarán muchos de los principales organismos del Estado y la Milicia principalmente.

III

EL TERRENO

Respecto al tercero y último elemento del combate, nadie duda que la guerra boer-inglesa es también fuente de grandes enseñanzas, no en altas concepciones de la ciencia militar y sus naturales consecuencias, sí en el mecanismo de la guerra en pequeña escala, en lo que puede considerarse guerra puramente colonial, con las aplicaciones de los nuevos auxiliares del combate y aun de los elementos mismos.

Mucho nos recuerdan estos territorios con sus elevadas cordilleras y caudalosos ríos, los grandes relieves y profundas depresiones de nuestra Península; los primeros, llamados: cordillera Pirenáica, Carpetana, Oretana, Mariánica y Penibética; y las se

gundas, encauzando las aguas de nuestros ríos, Ebro y Jucar, que bañan el sol cuando asoma el día, y el Miño, Duero, Tajo, Guadiana y Guadalquivir, mas cuando se despide el astro por el horizonte; y si estos ríos y aquellas montañas fueron barrera muchas veces infranqueable en nuestra gloriosa guerra de la independencia y en otras varias, no sucede hoy otra cosa en los territorios africanos, y con los que por su libertad luchan; y veamos de qué manera hemos venido á parar de nuevo en cuestión tan importante, bajo el aspecto concreto de España, en las producciones de nuestro general Arteche, *Historia de la guerra de la independencia*, y su no menos notable obra, *Geografía histórico-militar de España y Portugal*, en la que se muestran perfectamente delineados los estudios que su título comprende, y que bastaría conocerla para lograr una verdadera fundamentación de Arte Militar, en aquella parte que puede referirse á la defensa de nuestro territorio, pues se encuentran en ella, no sólo cuantos conocimientos geográficos se imponen, sino la influencia que el terreno tuvo en las pasadas guerras, y que determinan en España, como otros equivalentes en la tierra toda, aquellos puntos disputados y objeto siempre de mortal contienda.

Y si esto pasa, repetimos, en lo que á España se refiere bajo el aspecto general, hemos de recurrir á la obra del general Arroquia, *El Terreno, los Hombres y las Armas*, en la que el escritor eminente no se detiene en la superficie, no estudia sólo el monte, el collado, el llano ó la meseta, el río ó el barranco, sino que va más hondo y toma el estudio desde el mar de fuego que en las entrañas de la tierra existe. ¿Y qué duda tiene que, examinando la causa, se llega al efecto? Por esta razón, sin duda, estudia la geología su relación con la guerra, y como factores ineludibles las razas que sobre el suelo se asientan, de cuyo modo llega á las condiciones esenciales de éstas, teniendo, entre otros, este hermoso pensamiento: «En la guerra, el éxito no corona al que es inferior en ciencia para establecerla, carece de base para organizarla y da principios fijos para dirigirla, según la índole de las comarcas»; y claro es que la razón le asiste, porque en los momentos de precaver y de últimas y decisivas resoluciones, mejor acertará el que tenga mayores y más profundos conocimientos en igualdad de circunstancias.

Esto, que puede reconocerse como principio admitido siempre, ha de serlo hoy más que nunca, porque el genio de la guerra y el hombre de ciencia cuenta, con mayores elementos; las montañas se pueden salvar por los túneles que las atraviesan; los ríos, por los puentes edificados ó por los que la ciencia ofrece; las marchas de las tropas se pueden facilitar por los ferrocarriles ó los barcos enormes que atraviesan los mares á grandes velocidades; al material de guerra y las provisiones le sucede lo mismo; las informaciones y las órdenes cuentan, como otros servicios con el telégrafo de todos sistemas, el teléfono, las señales, el globo; á más del soldado que en el caballo corre, el que en la bicicleta se desliza á velocidades increíbles y los que en el automóvil marchan cual ciclón que salva distancias tan enormes cual corto es el tiempo que en ello emplea, vehículo que impulsa ya el vapor, la gasolina ó la electricidad, y que ha de emplearse, según lo que se use en el motor, para el arrastre de grandes pesos, para grandes velocidades, y en limitado radio de acción, respectivamente.

Y vemos de qué modo ese terreno, influído por estos adelantos de la ciencia, que á su vez han determinado profundos cambios en el arte militar, es siempre un factor principalísimo en el combate; desde las rocas abruptas de nuestras montañas de Asturias, cuna de nuestra Reconquista; los abrasados arenales de la Arabia, donde brotaron aquellas conglomeraciones humanas que á poco invaden la Tierra; las elevadas montañas, que hacen de la China una olla, en la que tan penosamente van entrando las auras de la civilización y las no menos gigantescas de los Andes, que tanto facilitaron la independencia de pueblos americanos, hasta las carreteras, las férreas cintas y los hilos metálicos que todo lo facilitan, unen y fusionan.

¿Quién puede negar que las razas son el factor principalísimo en esta evolución y que estas razas son determinadas, á su vez, por el medio ambiente en que viven? De aquí el que hayamos creído indispensable la primera parte de nuestra obra titulada LA TELÚRICA, cuyas orientaciones hemos tomado, como se ha visto de Reclus y de Humboldt, entre otros, y dice este último sobre España: «Las cualidades y virtudes de este pueblo magnánimo é inteligente, cuya raza crece y se desenvuelve en el ámbito de la

Península española, va en armonía con el variado é imponente organismo físico general de la misma».

Elíseo Reclus agrega á estos conceptos: «La fuerza de resistencia física, transporta á lo maravilloso, y apenas comprendemos cómo los conquistadores del Nuevo Mundo han podido resistir á tantas fatigas y penalidades bajo sus terribles y diversos climas. El español bien dirigido, es ciertamente, como por su parte ha consignado la historia, el mejor soldado de Europa; tiene la fogosidad del hombre del Mediodía y la fuerza del hombre del Norte, sin sentir la necesidad, como éste, de sustentarse abundantemente».

Pero el terreno, además de los aspectos en que se ha analizado, influye en la guerra; hay que considerarlo como en el de ser donde se establecen las fuerzas pasivas de los Estados por la poliorcética, que es una nueva faz sobre las que forman las topográficas, físicas y naturales. Agreguemos á esto que uno de los elementos físicos constitutivos del organismo terrestre son los mares, cuya superficie ofrecen la apacible inmovilidad de las calmas de sus aguas, ó las alteraciones que le dan las encrespadas olas en las tempestades; circunstancias que tan directamente pueden influir en los éxitos de las guerras, y tendremos completo, aunque bien ligeramente, el bosquejo hecho de este elemento del combate. Bien quisiéramos contar con espacio suficiente para dar á un asunto tan importante cuantas extensiones merece, pero al no ser posible, sólo hemos de agregar, que si la tierra y los mares tienen estas determinaciones en los éxitos de las luchas armadas, las líneas divisorias de estos dos elementos han sido derroteros del comercio, de las industrias y del bienestar de los pueblos, á contar desde los más antiguos hasta los de nuestros días, pasando por los fenicios y griegos.

Por último, el terreno determina las posiciones estratégicas, las eficacias de las armas, causa por la que hemos entrado en esta clase de consideraciones y en las facilidades del municionamiento, factor importantísimo en el combate, y que vamos á examinar.

IV

EL MUNICIONAMIENTO

Las perfecciones del armamento llevan tal vez, como nota culminante, la rapidez del tiro, y tal rapidez apareja indudablemente el gran problema de que nos vamos á ocupar, pues de nada servirían los fusiles y los cañones, si no tuvieran municiones con que poder funcionar, siendo, por lo tanto, el sistema de municionamiento una escuela natural de esas perfecciones.

También hemos de sintetizar en el presente estudio, aunque no tanto, ya que nos lo impone el plan que seguimos. Cada nación tiene un sistema particular en este servicio, y todas creen, como es natural, haber encontrado lo mejor, pero no es posible entrar en detalles con cada una de ellas; es verdad que en los escalones que siguen al primero y las relaciones de ellos con los grandes parques y líneas de etapa, las diferencias que existen no son muchas; pero no sucede lo mismo con ese primer escalón, cuyos elementos se establecen en forma y número tan distinto, como naciones buscan sus perfeccionamientos, ó sea el municionar las guerrillas, hermanando de este modo las enseñanzas del estudio con las de la práctica, para obtener un municionamiento rápido, abundante y eficaz, evitando siempre los mayores riesgos.

De aquí resulta que en el ejército francés se emplean sacos como mejores para municionar las guerrillas; en el italiano, mochilas; carros protegidos en Inglaterra, y uno divisible en dos que puedan ser arrastrados por un hombre cada uno, en los Estados Unidos.

El tomo III de nuestro Reglamento táctico de Infantería tiene un Apéndice, que titula: «Reemplazo de municiones sobre el campo de batalla», en el que dice lo siguiente: «Cada soldado debe llevar, como dotación, 150 cartuchos. Además, entre las acémilas de compañía y batallón, el carro de municiones de esta unidad,

las columnas divisonarias de municiones y aun los parques móviles de cuerpo de ejército, se ha de duplicar por lo menos la expresada dotación.

El carro de municiones y las acémilas de cada batallón irán en las marchas á las órdenes de un oficial ó un sargento; cada acémila estará á cargo de un conductor, debiendo asignarse dos de éstos al carro del batallón y un cabo para vigilar la distribución de los cartuchos.

Como dadas las condiciones del nuevo armamento habrá mayor consumo de municiones que antes, y éstas son necesarias, sobre todo en el último período del combate, en el que precisa dominar al contrario con el fuego para obtener la victoria, se procurará que el soldado conserve su dotación ordinaria al llegar á la zona de las distancias cortas, en la cual ya no es posible reemplazar las municiones. A este efecto, al entrar en acción, se entregará á cada individuo 20 cartuchos de los que llevan las acémilas, los cuales se colocarán en los bolsillos del pantalón; al llegar á unos 800 metros del contrario, los reemplazos de municiones, en la cantidad de cartuchos por plaza que se marque, se llevará á efecto en el número de veces que las circunstancias lo exijan, no siendo probable que este número exceda de tres, ni que se verifique ninguno á menos de 100 metros. Para estos repartos se aprovecharán los momentos en que sea poco intenso el fuego, y cuando la estructura del terreno permita hacerlo más á cubierto.

El procedimiento para hacer con orden y método el reemplazo de municiones, será el siguiente:

Al iniciarse el combate, se distribuirán 20 cartuchos por plaza y se colocará el carro de municiones del batallón á la inmediación de la reserva de éste y las acémilas cerca de las reservas de compañías. Las acémilas y carros de los batallones de segunda línea, se situarán á la inmediación y retaguardia de los mismos.

Para el reemplazo de municiones se acudirá á las caajs que llevan los mulosy se colocarán aquéllas en unas alforjas ósacos cartucheras, que irán dentro de dichas cajas. El número de cartuchos que podrá colocarse en los dos sacos de cada alforja será de 400 á 500.

Estas alforjas las llevarán al hombro soldados de las reservas, que serán los encargados de conducir las municiones á las guerrillas, marchando aisladamente ó por parejas.

Dichos individuos deben, en principio, conservar sus armas y equipos, si bien, por excepción, cuando sea grande la dificultad que ofrezca el terreno ó mucha la fatiga de la tropa, se les podrá autorizar á dejar provisionalmente las mochilas sobre los mulos ó donde disponga el jefe del batallón.

Para mayor facilidad en el reparto, los fajos de municiones se desharán al colocarse en las alforjas, pero, en casos de gran premura, podrán llevarse sin abrir.

A medida que se consuman las municiones de cada acémila, se conducirá á reponer la carga al carro de municiones del batallón, y cuando se agoten también las de éste, irán todas á tomarlas á las columnas divisionarias de municiones, cuyos carros acudirán á su vez á los parques móviles.

Cuando se concluyen las municiones de las acémilas y carro de un batallón que esté en la primera línea, y no haya habido tiempo de reponerlas, el coronel del regimiento ó jefe de la brigada, según los casos, dispondrá que se les faciliten cartuchos de otro ú otros batallones que estén en segunda línea.

Durante la acción se recogerán los cartuchos de que se hallen provistos los individuos que queden fuera de combate y se distribuirán entre otros soldados; pero en la marcha no se detendrán con tal objeto los hombres de la guerrilla, ni en ningún otro, aunque tenga esa misión especial.

Nadie podrá negar que el mecanismo del servicio así planeado se inspiró por un sentido práctico, puesto que resulta, aunque algo elemental, un método sencillo y adecuado á nuestro territorio, en muchos casos, y siempre á la escasez de nuestros recursos.

Sin tren de municiones, por más que en muchas naciones pasa lo mismo, como Inglaterra é Italia, sin crear ese servicio de acémilas, de que habla el reglamento, y que en caso dado ha de recurrirse á los arrieros, carreros ó bestias que faciliten los ayuntamientos de los pueblos, hemos tenido quien se ocupe con verdadera competencia, sin embargo, aunque no con aquella fortuna que el problema requería; entre otros podremos citar al teniente coronel de Infantería D. Rafael Holguín, por su notable obra *Proyecto de municionamiento á cuerpo de ejército durante el combate*, en el que propone, entre otras cosas, un carruaje de seis caballos,

cuatro de ellos con bastes para que transporten municiones, carruaje y procedimiento que nos recuerda á lo que en Rumanía existe, y que en nuestro país no había de prestarse á una utilidad verdaderamente práctica; pero como este carruaje es uno, entre varios, su conocimiento y comparación con otros da la orientación necesaria.

El capitán de Ingenieros Gallego Ramos es la otra competencia que hemos de citar, pues ha presentado un estudio muy digno de atención y estudio. Admite tres escalones: el primero con tres elementos que conducen las municiones al campo de batalla en cantidad bastante para dos días, 400 cartuchos por plaza.

El primer elemento es el que lleva el soldado, 200 cartuchos por plaza, peso 24'35 kilogramos.

El segundo elemento es el que lleva los depósitos de compañía y el que presenta verdaderas diferencias, pues unas naciones usan mulos, otras carros, otras tienen este elemento en el batallón, como en Francia y Suiza, y otras en regimiento, como Rumanía, pero es lo general lo primero, con unos 90 cartuchos por plaza.

Y el tercer elemento es el que llevan las brigadas, en lo que también existen diferencias, aunque menos remarcables, y que lleva sobre 90 cartuchos por plaza.

El parque divisionario puede sustituir al segundo elemento: es accidental, pues sólo existe cuando la división opera aislada El carruaje que lo forma, en número de cuatro, tiene cuatro ruedas y un tiro de cuatro caballos como máximum; hay que tener en cuenta el ángulo de tracción, que no pase el peso del esfuerzo medio, y la carga será de 5'100 kilogramos, y considerando la compañía de 120 hombres, corresponde á cada uno sobre 70 cartuchos de los que llevan los carros.

El segundo escalón lo forma el Parque de Municiones del Cuerpo de Ejército; según Lauth, Alemania cuenta sobre 24 mil fusiles y Austria 32 mil. Francia tiene en el escalón cuatro secciones de á 24 carruajes, como el de división, y casi todas las naciones que pueden aumentarlo, llevan de 40 á 90 cartuchos por plaza. El parque suele ir detrás del grueso de la columna.

El tercer escalón es el constituído por el parque de municiones de ejército ó grandes parques.

Los parques móviles van á retaguardia del cuerpo de ejército correspondiente y nunca distarán más de dos jornadas de los parques del segundo escalón.

El inspector general de comunicaciones es el encargado de establecer el servicio de etapas, el enlace de estos parques con los instalados en la frontera ó bases de operaciones.

Lo esencial del sistema, ya lo hemos dicho, que el soldado tenga las municiones de la mejor, más rápida manera y con el menor riesgo: esto implica que el servicio se haga de atrás hacia adelante y nunca de modo contrario, como pasa en Rusia, que los soldados de primera línea van en número de ocho á diez á proveerse á las reservas, y cualquiera que sepa lo que es batirse, comprenderá lo difícil que es hacer volver al soldado á la línea de fuego, una vez fuera de ella, como sabe otros mil inconvenientes. Francia, ya lo hemos dicho, tiene alforjas como nosotros; Alemania distribuye los 9.000 cartuchos del carro de compañía, cuidando el capitán de ello; y los jefes son árbitros de emplear los medios más adecuados para municionar en el campo de batalla. Austria destaca de cada compañía seis ú ocho hombres á los cajones de batallón y van á la línea de fuego cuando la reserva ha de reforzarla. En Italia, los carruajes de batallón llevan dos cajas de municiones, para completar la dotación individual, y 64 mochilas de á 30 paquetes, que se distribuyen entre las compañías antes de la acción, en las que, á su vez, se hace el reparto entre los soldados, cambiando aquellos que les toque, su mochila por la de cartuchos, evitándose de este modo el tener que ir á la línea de fuego, hasta que sea necesario recurrir á las mochilas de las reservas. Como se vé, este sistema resulta mejor que los dichos hasta aquí.

En Inglaterra, el carruaje protegido de compañía, se aproxima cuanto es posible á la línea de fuego, empleando en la conducción sólo dos hombres, que vienen á llevar tantos cartuchos como 40 hombres por el procedimiento francés, pero en medio de su sencillez y tantas ventajas, ofrece el inconveniente de que, como el espesor de la placa protectora, 4'8 milímetros, es poco resistente, puede ocasionarse, con facilidad, la explosión de los 20 mil cartuchos que conduce.

Respecto á otros vehículos para transportar municiones, á

más de los dichos, citaremos el carro Trapani, del capitán del ejército argentino de este nombre, con una rueda, dos armones, dos cajas, dos tente-mozo y un caballo, y sobre el que se dice que no está garantida la estabilidad, en contra de lo que el autor asegura.

El carro de León Luengo, de cuatro ruedas, con uno ó dos caballos, pescante, útiles y una plataforma, en donde se colocan seis cajones, por lo menos, y sobre éstos, una carretilla en forma de parihuela, para llevar dos cajones de municiones, con una rueda de ancha yanta, y cuando ésta no pueda utilizarse, se puede llevar por dos hombres; esto es ingenioso y viene á ser una cosa parecida al carro de los Estados Unidos; pero éste resulta bastante mejor, porque tiene menos volumen y lleva á la línea de fuego más cartuchos, estando protegido para las balas de fusil, además de que se convierte en dos, para la mayor aproximación á la línea de fuego, y que un solo hombre puede llevar cada una de las carretillas en que queda convertido: siendo Gallego Ramos de opinión de formar la sección de municiones de brigada con 18 carros de éstos, ó sea uno por compañía, con un margen de dos para los cuadros de sección.

Vemos, por todo lo dicho, hasta dónde alcanza el establecer un servicio del que tanto dependen los éxitos del combate, y que no tenemos, por desgracia, más que las acertadas, aunque sucintas, instrucciones de nuestro reglamento táctico: nos encontramos sin acémilas y con el carro catalán de batallón; si ocurriese una guerra, todo, en absoluto, habría de improvisarse, y sabemos á dónde conduce siempre este procedimiento. Nuestra modesta opinión se inclina, después de haber consultado mucho de lo que hay sobre el particular, en esos elementos del primer escalón, á las acémilas de compañía, dos por cada una, á la desaparición del carro catalán, y que fuese sustituído por uno de cuatro ruedas, tirado por dos mulas, que podían, en momentos dados, servir para mediar la distancia entre el primer y el segundo elemento; y si, en último caso, ni aun esto pudiera ser en el presupuesto, que estos carros de los Estados Unidos se adquirieran, pues, el material, no necesita el gasto diario de las mulas, en una palabra, que contáramos con algo en lo que tanto importa, ó bien que sobre estas bases, edificara quien tuviera mayores

competencias. Todo menos tener abandonado un asunto al que con tantos desvelos se dedican todas las naciones que buscan las verdaderas perfecciones en las instituciones militares.

V

EL GRAN ESTADO MAYOR

Hemos estudiado al hombre como elemento del combate primero, en su recluta como soldado, como oficial y como general: las armas bajo el aspecto, siendo el segundo elemento, de producción, económico y de utilidad, sin olvidar los métodos de sus servicios persistentes en el combate por el municionamiento y muy sucintamente el terreno, que á tanto se presta, y que con gran competencia está estudiado por hombres eminentes, que suplen con creces cuanto á nosotros nos es tan escaso; pero de todos modos, hemos llegado á tener milicia, á un método de formarla, más ó menos perfecta, á un plan en resumen, de cómo se ha de tener la nación armada, allí donde todas las naciones, como en Europa, lo están hasta los dientes, permítasenos la frase, solo falta planear la dependencia de esta milicia para que no sea barco desarbolado y sin máquina, que se encuentra al capricho de las olas, que pueden estrellarlo y destrozarlo contra los acantilados de la costa en las tormentas de la política y á impulsos del desconocimiento técnico profesional, ya que no al capricho del favoritismo desenfrenado.

Queda, pues, con lo dicho, planteado el problema: no la milicia, todos los organismos del Estado, han de tener esa autonomía científica que los distancie de las dependencias gubernamentales, económicas y políticas, y esto marca una bifurcación derivada en nuestro caso concreto del poder ejecutivo en el ministro de la Guerra y que ha tener un nombre; dicho se está que lo primero que hay que atender es la armonía del procedimiento con la Constitución del Estado, y á partir de esta base amoldar las necesidades del mejor servicio, con la ley que ha de comprenderlo.

En Alemania, por ejemplo, desde 1821, que en Prusia se instituyó su gran Estado Mayor, independiente del ministro de la Guerra, y bajo la dependencia del Rey, puede decirse que data el orígen de este centro gestor y director militar; pero vamos más lejos aún: después de los desastres de Prusia, la Comisión organizadora del Ejército, bajo la dirección de Scharnhorst, ¿no hizo cumplidamente el papel de Gran Estado Mayor?; no tuvo este nombre, es cierto, pero sí los hechos: ella acometió todos los problemas, como hemos visto: el reclutamiento de oficiales y tropa, el modo de ascender y recompensar, sin seguir los patrones franceses é ingleses, con las recompensas pecuniarias; recordaremos de éstas, entre otras muchas, por lo importantes, la de 2.500.000 francos, concedida recientemeete á lord Roberts por sus servicios eminentes en la guerra sub-africana y antes aquella concedida á Wellingthon de cinco millones, después de la batalla de Waterlóo, para que la sana crítica pueda puntualizar la justicia de la Cámara de los Comunes, entre recompensar al que venció, según los ingleses, al primer capitán del siglo pasado, y al que trató de subyugar á un pueblo, sin conseguirlo totalmente, sin embargo de disponer de 250 mil hombres contra 20 mil boers armados, apreciación hecha en la Cámara por M. Bryn Roberst, que añadía: «La campaña actual es grandiosa, pero la grandeza está enteramente del lado de los boers». ¿Es que nosotros desechamos este sistema?, no por cierto. Napoleón mismo daba recompensas pecuniarias y reinos, sin escatimar oro, condados, ducados, baronías y principados, y todos han seguido el criterio, según la historia, que los dones han de ser equiparados á los servicios, pues no existe otro medio de elevar la categoría social de los que así sirven al Estado, para que se destaquen de otras clases no tan meritorias.

Pero los prusianos trataban de una guerra defensiva, en la que habían de emplear la selección, por la que tenía que resultar más alto el que pudiera desempeñar más elevado puesto; ellos también lo entendieron de este modo, sin llegar á extremos tales, y así las instituciones todas, reformadas ó de nueva creación, tanto en los elementos civiles como militares, respondieron á las necesidades de la Patria.

De modo que podemos llamar á Scharnhorst el primer jefe del Gran Estado Mayor prusiano, aunque su misión tuviera mayo-

res extensiones. De 1821 á 1829 ya lo fué von Muffing, de hecho y de nombre; von Krauseneck, de 1829 á 1848; von Reyher, de 1848 á 1857; Moltke, de 1857 á 1888; el general Walderssee, de 1888 á 1891, y Schliffen, desde esta época; pero no es sólo en Prusia donde se consideró el Gran Estado Mayor necesario, pues también lo tienen Austria-Hungría, Francia, Italia, Rusia y hasta Turquía, y de este modo, mientras que las luchas sociales y políticas buscan en las naciones un perfecto estado de equilibrio, la Milicia marcha por la senda del deber, técnico-científico y profesional, con aquellos alientos que presta la competencia, la serenidad de juicio y la autonomía que la separa de todo lo que no puede ser más que para perturbarla y destruirla, alejando así todo entorpecimiento, para el día en que la Patria necesite de ella, poder dedicar sus grandes energías en el mayor conjunto, como único modo de garantir su independencia y engrandecerla con glorias inmarcesibles.

No hemos de explicar, en atención al método que seguimos, el Gran Estado Mayor de todas las naciones, concretándonos al de Alemania, más principalmente, ya que su organización militar de tanto nos ha servido y porque forma, respecto á nosotros, la verdadera antítesis. En el siglo pasado, no contando á Scharnhorst, ha tenido Prusia seis jefes del Gran Estado Mayor, y nosotros en ese tiempo, hemos pasado por unos 200 ministros de la Guerra, ¡uno por cada medio año!; y los sistemas tan distintos han llevado á la Prusia, el uno, desde el nivel más bajo al más alto de inconcebibles prestigios y grandezas, y el otro, á nosotros, siguiendo la figura que hemos empleado, con la Milicia igual á barco sin gobierno y á merced de las furias tempestuosas de la política, en vez de estar dirigida por el método gradual de toda perfecta institución y por la ciencia sancionado.

La *Revue Militaire de l'Etranger*, del mes de Junio de 1897, trata, con la competencia que le es peculiar, el asunto capital de «Le Haut Commandement», del Ejército alemán y empieza diciendo: «El único medio que se tiene para apreciar, en tiempo de paz, el valor de un ejército, consiste en analizar los principales elementos morales y materiales de su organización militar. Todos los esfuerzos han de dirigirse, por lo tanto, al tratar de conocer un ejército extranjero, en estudiar la organización del alto mando y

de su auxiliar el Gran Estado Mayor, puesto que del reclutamiento é instrucción de oficiales de Estado Mayor y la formación de cuadros superiores y subalternos, depende la solidaridad de los ejércitos y la organización de tiempo de paz, para responder á lo que está llamada, ha de permitir el pasar, con grandes facilidades al pie de guerra».

El alto mando está organizado en Alemania, comprendiendo cuatro clases: brigadier, general de división, general de Infantería, Caballería y Artillería y mariscal (general feldmarschall). Estos constituyen un grado superior en los generales, y á la vez tienen esta categoría los inspectores de Ejército y los Príncipes de la familia real, concediéndoseles también á los generales más ancianos, como última recompensa á sus prolongados y brillantes servicios. En la cima de estas jerarquías militares, se encuentra el Emperador, que después de las tradiciones constantes de la Prusia y la Constitución de 16 de Abril de 1871, es jefe único, supremo y real del Ejército, y si en tiempo de guerra ejerce el mando sin ninguna restricción, en la paz existen algunas en distintos estados de la confederación alemana.

Siguiendo el curso de nuestro estudio, como Lauth, es de fecha más reciente, tomamos de su obra, otras veces citada, aquellos datos que nos son necesarios.

Al gabinete del jefe del Estado Mayor están anexos una cancillería y una comisión administrativa y además cuenta con ocho secciones encargadas del estudio de los diferentes países, incluso Alemania, y de sus ejércitos de operaciones; cada una de estas secciones tiene un jefe (abtheilungs-Chef), los que á su vez cuentan con un cierto número de oficiales á sus órdenes. La segunda sección se ocupa, en particular, de Alemania; la tercera de Francia; la cuarta de fortificaciones; la sexta de maniobras, viajes de Estado Mayor y Academia de Guerra; la primera, quinta, séptima y octava, se distribuyen los diferentes países del mundo. A estas secciones se une el negociado encargado de reunir los datos relativos á la organización de los ejércitos extranjeros (prensa, literatura y antecedentes de todo género (Nachrichten-Bureau), y comunicarlas á las secciones correspondientes.

Además, una división de caminos de hierro (Eisenbahn-Abtheilung), una sección histórica, una dirección para los discípu-

los de asuntos que comprende: contabilidad, trigonometría, topografía, cartografía, propiamente dicha, y depósito de cartas geográficas, y, por último, existe en Prusia una dirección central de trabajos geográficos.

Todo esto depende en Alemania directamente del Emperador, teniendo como intermediario el jefe de Estado Mayor. Lo demás del ejército tiene también la dependencia del Emperador, pero por medio del ministro, del jefe del gabinete militar é inspectores generales, existiendo en Alemania estos titulares en el desempeño del mando, que el Emperador así ejerce del ejército, y como ya hemos dicho, cuanto se refiere al Gran Estado Mayor, vamos á ocuparnos de los demás titulares.

El jefe del gabinete militar debe presentar al Emperador, todo lo concerniente á las cuestiones sometidas á su estudio: establecer, previas indicaciones del Soberano, el trabajo relativo al personal de oficiales (nombramientos, selección, cambios, castigos, licencias y retiros). Desde el advenimiento al trono de Guillermo II, el gabinete militar ha estado dirigido por el general von Hahrike, y comprendía dos secciones: el gabinete propiamente dicho y la sección del personal, donde se resolvían todos los asuntos referentes á oficiales.

El ministro de la Guerra se ocupa: primero, de la organización general y la administración del Ejército; segundo, del material; tercero, del personal de los funcionarios del Ejército; cuarto, de la movilización de los cuerpos y de los servicios del Ejército. Una vez movilizados, las tropas son conducidas bajo la dirección del jefe del Gran Estado Mayor, que las toma de las guarniciones y las dirige por el ferrocarril á los puntos de concentración. El ministro forja el instrumento que el Gran Estado Mayor ha de manejar en campaña.

El Ministerio de la Guerra const de siete grandes secciones: primera, la sección central ó gabinete del ministro; segunda, el departamento general de la Guerra, que se subdivide en seis negociados, que tratan de asuntos referentes á la armonía del Ejército: tropas de á pie, de á caballo, artillería de campaña, de á pie y fortificación; tercera, inspección de los establecimientos técnicos, arsenales y manufacturas de armas; cuarta, departamento económico-militar, que comprende cinco negociados: contabili-

dad, subsistencia, vestuario, alojamientos y construcciones militares; quinta el departamento de servicios de inválidos (pensiones y socorros); sexta, la sección de remonta, y séptima, la sección del servicio de sanidad.

Los ministros de la Guerra, sajón, bávaro y de Burtemberg, están constituídos por el modelo prusiano, y funcionan de manera análoga, pero con ciertas restricciones.

Respecto á los inspectores generales, el nombre determina sus funciones, existiendo, además, otros inspectores que despachan con el ministro de la Guerra, estando los cuerpos de ejércitos repartidos entre las cinco inspecciones que existen.

II

Estamos de lleno en el problema; ¿puede establecerse en España el alto mando y su auxiliar en el Gran Estado Mayor, tal y como en Alemania se encuentra? Ante la Constitución de 16 de Abril de 1871, de este país, en la que se declara al Emparador jefe único, supremo y real del Ejército, está la constitución española de 30 de Junio de 1876, que dice en su artículo 52: «El Rey tiene el mando supremo del Ejercito y Armada y dispone de las fuerzas de mar y tierra»; pero el 49 lo limita al decir: «Son responsables los ministros. Ningún mandato del Rey puede llevarse á efecto si no está refrendado por un ministro que por sólo este hecho se hace responsable. Resultando que la Ley Constitutiva del Ejército de 29 de Diciembre de 1878, y su adicional de 89, han de girar dentro de estos extremos, como se ve en los artículos cuarto y quinto de la primera, y aún en el mismo art. 6.°; de modo que pudiéramos dar aquí por terminado nuestro trabajo, toda vez que sin la reforma de la Constitución, virtualmente, no se puede intentar una organización á la alemana en este sentido, ya que lleva unido el sistema, la unidad de criterio y cuanto hemos dicho y que tantos rendimientos ha dado á este país.

Pero ¿son indiscutibles estas perfecciones hasta el extremo de tenerlas que imitar para llegar á los mismos ó parecidos resul-

tados?, creemos que no, y por eso se impone ampliar el estudio en lo que á esta parte se refiere; la cuestión está, pues, en que el Gran Estado Mayor sea independiente en un todo del ministro, ó en parte, y sobre esto recordamos dos trabajos notables, que el infatigable y docto Ibáñez Marín presenta en la *Revista Técnica de Infantería y Caballería*, que con tan altos y patrióticos vuelos dirige. El uno debido á X, se titula: «Sobre las resposabilidades de la guerra anglo boer», y el otro, de nuestro querido amigo y compañero, el ilustrado coronel Madariaga, uno de los que también honran el uniforme que viste, y que trata del «Gran Estado Mayor».

Respecto al primero dice el escritor citado lo siguiente: «Por los mismos días que la Cámara de los Comunes estudia la reforma del Ejército, propuesta por el secretario de la Guerra M. Brodrick, la de los Lores asistía á un duelo personal entre el ex-generalísimo del Ejército inglés, lord Wolseley y el antiguo jefe del War Office, actual ministro de Estado, lord Lansdowne, lucha inadecuada á la respetabilidad del sitio y á la moderación y jerarquía de los contendientes; no es extraño Madariaga á este asunto en su trabajo, como lo conocemos cuantos seguimos la marcha de los que tan directamente se relacionan con la institucion armada, ya que por su índole especial, se han ocupado de él revistas profesionales y periódicos. Madariaga lo utiliza en fuerza de su argumento, como recurre á su vez á la *Revue Militaire de l'Etranger* cuando lo cree necesario, lo que unido á su clarividencia peculiar, ha hecho resulte un notable trabajo el que nos va á ocupar; pero volvamos al escritor X.

Desde 1888, se le concedieron al comandante en jefe del Ejército inglés ciertas atribuciones omnímodas, por virtud de las cuales se concentran en sus manos toda la autoridad, siendo el solo intermediario entre el ministro y los jefes de los diversos servicios militares, que despachaban con él y de él recibían instrucciones. Era presidente del Consejo lord Salisbury y M. Stanhope, ministro de la Guerra.

En 1895, el gabinete liberal puso término al mando de cuarenta años del duque de Cambringe, sustituyéndole lord Wolseley. Era ministro de la Guerra sir H. Capbell Bannermann, y redujo las facultades del generalísimo aumentando las del ministro, pues los cinco jefes de los distintos servicios militares del War Office,

constituían una especie de Consejo Supremo áulico que despacharía con el ministro directamente y le aconsejaría en sus dudas, dejando al comandante en jefe un mando puramente nominal. En tales condiciones lo ejerció Wolseley durante cinco años, tocándole por lo tanto, la organización de la guerra con los boers.

Los desastres de la guerra, habían de buscar responsabilidades, y de aquí la situación antagónica del secretario de War Office y del comandante en jefe. «Declaro, vino á decir el ilustre general, no tener absolutamente queja personal, pero deseo afirmar la posición á mis sucesores de suerte que puedan tener mayor participación en la dirección del ejército. Por el sistema actual, el comandante en jefe deja virtualmente el mando del ejército en manos de un secretario del estado civil, asistido de subordinados con los cuales despacha directamente. Yo considero el sistema funesto para la solidaridad del ejército, y peligroso para los más altos intereses del Imperio.

»Abrigo la convicción de que, en el estado actual de las cosas, nos es imposible poseer un ejército fuerte. El comandante en jefe, no tiene derecho de ejercer la autoridad, como la ejercían sus antecesores antes del año 1895, pues carece de fiscalización efectiva. Además, los jefes de las diferentes secciones, no son absolutamente responsables, y mientras el generalísimo esté desprovisto de toda responsabilidad en lo que concierne á la disciplina, careceremos del ejército que la nación desea, y para lo cual paga sin tasa, porque no se puede suponer que exista en ella el propósito de que se perpetúe un sistema tan ilógico y tan poco militar. El representante del War Office, debería gozar del privilegio de hacer conocer públicamente sus ideas en ocasión oportuna, y el comandante en jefe, en la memoria anual, señalar los defectos existentes y detallar el estado del ejército.»

Al lenguaje moderado é impersonal de lord Wolseley, contestó el antiguo ministro de la Guerra lo siguiente: «Soy de parecer que los defectos observados en el Sur del Africa, no son debidos exclusivamente al sistema en vigor, sino al hecho de que este sistema no se ha aplicado con la puntualidad debida. Las atribuciones de Lord Wolseley, como comandante en jefe, lejos de ser insuficientes, eran por el contrario, amplias é importantes. Yo deploro que lord Wolseley haya rebajado deliberadamente, la

extensión de las atribuciones en punto á vigilancia de que estaba investido; si hubiera mostrado un poco más de diligencia en aprovechar las principales ocasiones que se le ofrecieron, las cosas hubieran marchado de distinto modo. Si hubiese prestado más atención á sus deberes, hubiera permitido al Gobierno obtener mejor partido del gran número de fuerzas auxiliares de Inglaterra, las cuales habían estado un tanto abandonadas durante los últimos cinco años. Si lord Wolseley hubiera prestado más atención al reglamento que le encomendaba la preparación de las operaciones ofensivas y defensivas, hubiera podido informar al Gobierno, antes de la guerra con los boers, que Ladysmith no era plaza conveniente para establecer una guarnición inglesa, y también hubiera dicho que hacía falta más de un cuerpo de ejército para conquistar el Transvaal.

Estoy convencido de que lord Wolseley no ha apreciado convenientemente la importancia de las atribuciones especiales. En el momento de abandonar yo el War Office, tuve ocasión de ver una nota militar dirigida á lord Salisbury por el general Wolseley, en la que le enumeraba sus atribuciones, observando con sorpresa, que olvidaba consignar: que él era el responsable de la organización, que tenía la dirección del servicio de campaña y que á él le incumbía el preparar los planes de ofensiva y defensiva. Lord Wolseley no tiene derecho á quejarse de la acogida hecha en todo momento á sus proposiciones; por invitación suya, el Gobierno, entre otras cosas, aumentó el ejército en 25.000 hombres; lo que hay es que no comprendió el funcionamiento del sistema, y por eso no aprovechó las ocasiones que aquel hubo de ofrecerle. En principio el sistema es bueno, y yo me atrevo á esperar, sea como quiera, que no volveremos más á la situación deplorable en que nos vimos entre 1885 y 1895.»

Lord Wolseley contestó proponiendo al Senado que se abriera una información que depurara las responsabilidades; fué apoyado por hombres tan respetables como Spencer y Rosebery, pero terció el jefe del Gabinete, lord Salisbury, atenuando los ataques de Lansdowne, y la Cámara rechazó por 66 votos contra 8, lo propuesto por el general.

Lo dicho, en que se vé en parte que Inglaterra sigue con su criterio sibilista preponderante, contrarrestado en cierto modo

por las amplias facultades concedidas á lord Roberts, muestran una solución intermedia con tendencia al sistema alemán, pero sin entrar en él de manera decidida y terminante. Al ampliar las facultades del generalísimo en lord Roberts, era separarse del criterio de Lansdowne y de los resultados de la votación, que fué su concluyente, dándosela por lo tanto á lord Wolseley, atribuyendo así los desastres del Africa á defectos en las instituciones militares, porque no era sólo que el ministro fuese el árbitro, sino que á más, este ministro podía sacarse del elemento civil, y se entendía directamente con los jefes de los distintos servicios del War Office, y mientras tanto lord Wolseley, el general ilustre, el vencedor en Egipto y en otras muchas partes, era relegado, y no intervenía en los asuntos militares: ¿cabe aberración más enorme? Los hechos hablan mucho más alto de cuanto pudiéramos decir.

Madariaga interpreta en un sentido bien distinto del nuestro estos acontecimientos; pues dice como concluyente, que si no hubiera existido el generalísimo en estas condiciones, la responsabilidad habría estado bien definida en el ministro, y nosotros, que lamentamos este disentimiento, agregamos á lo dicho, que si el ministro hubiera forjado, y el comandante en jefe empleado las tropas, la responsabilidad, no hubiera sido difícil encontrar, no en este caso que comprende á todos, y en particular al sistema, sino en aquellos que hubieran tenido bien determinada su jurisdición los dos jefes responsables.

Para reforzar su argumento, cita lo ocurrido en Rusia en 1881, y como no carece de importancia, vamos á ocuparnos de ello. En dicha fecha se formó una comisión, presidida por el conde Kotzebue, para decidir sobre las instituciones militares de Rusia, y eran miembros de ella, el gran duque Wladimiro, el general Skobeleff, Radetsky, Ritcher, Totleben, Vannoski y otros, y lo primero que se sometió á la Junta fué si debía romperse el *statu quo*, haciendo desaparecer del ministerio de la Guerra el doble carácter de su título, ó sea crear al lado del Emperador un jefe de Estado Mayor, con independencia absoluta del ministro, reduciendo á éste su categoría á la de administrador del Ejército.

El general Totleben fué partidario de lo primero, y combatió la organización prusiana, diciendo: «El jefe de la administración interior del Ejército, el jefe de Estado Mayor y el jefe del gabinete

militar, independientes, pueden existir, porque en este país el Emperador Guillermo, después de cincuenta años de mando en jefe del Ejército, conoce mejor que nadie el personal, la organización y el mecanismo interior del Ejército en todos sus mínimos detalles. Esta situación excepcional le permite resolver las cuestiones que le someten los tres jefes del Ejército, en forma tal, que ninguno de ellos puede considerarse favorecido, ni herido á costa de los demás, puesto que la intriga no halla en el Emperador acogida alguna. Pero esta cualidad se encuentra raramente en los soberanos, y cuando les falta, pueden resultar graves perjuicios para el Ejército. Lo que ha sido hasta ahora posible en Prusia, ¿está Rusia en condiciones de adoptarlo?

Pero la prensa alemana no aceptó el criterio del general ruso. «En Alemania, escribía *L'Allgemeins-Militar-Zeintung*, el ministro de la Guerra es el primer funcionario de la administración del ramo de guerra, y como tal, es verdad que no es como debiera ser, el jefe superior directo de todos los funcionarios militares; pero en cambio, en las cuestiones propias de su cargo, el ministro es el jefe superior directo de todos los cuerpos y de todo el personal; el general Moltke, por ejemplo, no puede ser sometido al ministro de la Guerra, porque recibe directamente las órdenes del Emperador, con el que despacha, lo que no impide, entiéndase bien, que como cualquier otro general, no puede pedir audiencia al Emperador para someterle proposiciones de ningún género sobre los asuntos del servicio. Y la *Gazzette de Colonia*, abundando en este criterio, añadió: «Que si el jefe del gabinete militar ha de tratar con el Emperador sobre gracias relativas al personal ó recompensas, entonces, como en todas las cuestiones importantes, se llamaba y se contaba con el ministro de la Guerra».

El criterio del general Totleben, con su inmenso prestigio, decidió por la indivisibilidad de las atribuciones del ministro de la Guerra, y fácil es colegir, que si en Rusia, cuyo sistema político permitía esta reforma como en ninguna parte, no fué aceptado, se cometió el mayor de los errores, pues es absolutamente imposible, dado el inmenso contingente de los ejércitos, no dividir la labor, que aún de este modo no resulta de fácil desempeño.

Madariaga, después de razonado y fundamental estudio, viene á una deducción: «Que no puede admitirse que la preparación para

la guerra, esté entregada exclusivamente á quien por la razón de su cargo político está expuesto á las constantes mudanzas que son inherentes á la instabilidad de los partidos en el poder; que el ministro necesita un adjunto de reconocidas é indiscutibles aptitudes para el cargo que ha de ejercer, al que han de concedérsele, no obstante su dependencia, ciertas facultades; va más lejos aún, acepta el aforismo alemán que hemos citado. «El mitro de la Guerra forja y acera los dardos, el Gran Estado Mayor los lanza y los dirige». En el fondo está conforme, varía la forma y esto no es tanto; en Alemania mismo, acabamos de decir, que ni Moltke veía al Emperador para consultarle asuntos del servicio, ni el jefe del gabinete militar le proponía nada importante, sin estar delante el ministro, ¿y qué es esto más que cierta dependencia?

Los proyectos que el general Linares prosentó al Parlamento, entre los que figuraba el de Estado Mayor central, como le llamaba, tiene en Madariaga voto de solidaridad y lo celebramos; busca el notable escritor un lienzo para el marco de nuestro régimen político, y en nuestra modesta opinión, no hay otro camino que seguir; puesto el problema en esta forma, la cuestión se reduce á cargar el colorido en un sitio más que en otro ó dar alguna pincelada más ó menos; pero el pensamiento magistral, las figuras, los términos y el conjunto, es el mismo y nos lo muestra del modo siguiente:

«Tenemos, pues, que al ministro de la Guerra corresponderá como hasta aquí, y según el art. 4.° de la ley de 19 de Julio de 1889, la organización y gobierno del Ejército, y los servicios militares, estando á su cargo la administración y dirección del mismo.

Para el desempeño de su misión y en lo que á la guerra se refiere principalmente, estará asistido del jefe Estado Mayor del Ejército, y en lo que afecta á la administración y gobierno de los servicios militares, por el subsecretario de Guerra.

El ministerio de la Guerra comprenderá, por lo tanto, estos dos grandes órganos.

1.° La subsecretaría y las secciones directivas.

2.° El Gran Estado Mayor ó Estado Mayor general (Llamando generalato al conjunto de generales).

La subsecretaría de Guerra y las secciones directivas, ó sea el ministerio propiamente dicho, entenderá los asuntos siguientes:

1.° Gobierno y administración del Ejército.

2.° Personal del mismo y todo cuanto con él se refiere.

3.° Material de guerra y de todas clases en la parte administrativa.

4.° Justicia militar.

5.° Servicios militares.

6.° Reclutamiento y reservas. Efectivos.

7.° Instrucción militar.

8.° Instrucción de los establecimientos técnicos y fábricas de armas y municiones.

9.° Inspección de las tropas (ejercida por medio de generales nombrados al efecto).

10. Ejecución de todos los servicios y órdenes relativos á cuanto queda expresado.

Al Gran Estado Mayor corresponderá:

a) Dirigir la preparación para la guerra.

b) Dirigir la alta instrucción del ejército.

Al efecto; tendrá á su cargo la ejecución del mando en el ejército en cuanto se relaciona directamente con los movimientos de tropas que exija la misión que en *a* se le señala, y además:

1.° La preparación para la guerra con toda su extensión, de modo que deberá necesariamente desarrollar los planes y trabajos de organización general del ejército y particular de cada arma ó servicio que por el ministro se proyecta, lo mismo en paz que en guerra, expresándose, en caso contrario, que son de la libre iniciativa de éste y sin que en ellos haya intervenido el Gran Estado Mayor.

2.° Estudiar y despachar todos los asuntos relativos á defensas del territorio, planes de campaña, operaciones, instrucción, maniobras, movimientos de tropas en paz y en guerra, movilización, vías de comunicación, medios de transportes, material de guerra (proyectos, conservación, aumento y dirección), requisición de ganado y elementos de toda especie, abastecimientos de todo género para el ejército, estadística de éste y de los extranjeros.

Después se extiende en los derechos y deberes del jefe del

Gran Estado Mayor, según el proyecto del general Linares y dictamen de la comisión del Congreso de 11 de Diciembre de 1900, y por último, en las funciones de éste centro técnico, que considera dividido en cuatro secciones. La Central, que comprende seis negociados; la Sección de Organización, con siete negociados; la Sección Extranjera, con siete negociados; la de Operaciones Militares, con tres negociados, y Sección de las Defensas del Reino. La Sección Central será dirigida por el jefe del Estado Mayor General, auxiliado por el segundo jefe, para que que le sustituya en aquellos casos que fuera necesario.

Por último, resume todo lo dicho en esta forma:

1.° El ministro de la Guerra debe tener en sus manos la dirección general de todos los asuntos militares, no siendo conveniente, en manera alguna, que exista con independencia de aquél un jefe de Estado Mayor General.

2.° Se hace necesario crear un centro encargado de la preparación para la guerra, y de auxiliar al ministro en todo lo relativo á operaciones militares.

3.° Que al frente de dicho centro debe haber un teniente general como jefe del Estado Mayor General, y en tal concepto despachará directamente con el ministro (proyecto del general Linares, citado).

Podrá ser nombrado en comisión un general de división, cuando circunstancias especiales lo exijan ó sus extraordinarias aptitudes así lo requieran.

4.° Que el personal del Gran Estado Mayor, ó Estado Mayor Central, ó Estado Mayor General (como se quiera llamar á ese centro), debe componerse de jefes de Estado Mayor, Infantería, Caballería, Artillería é Ingenieros. También figurarán en los negociados propios de su especialidad, los cuerpos de Administración Militar y Sanidad Militar.

5.° Que el Gran Estado Mayor, ó como se denomine, debe formar parte del ministerio.

III

Hemos visto que la tendencia en Inglaterra es abiertamente en sentido de dar al comandante en jefe del Ejército una existencia autónoma, dentro de cierta dependencia; que en Alemania esa autonomía es hasta cierto punto relativa, pero que el jefe del Gran Estado Mayor tiene garantida la función de su difícil cargo, en la forma y duración, que en el alto mando hace que los generales veteranos tengan la alta recompensa de mariscal, como último premio á sus servicios, criterio hermoso, pues algo merece en concepto de estas distinciones, el que al servicio de la Patria se dedica, y, por último, que la principal fundamentación del general Totleben para defender la indivisibilidad de las funciones del ministro, cae por su base, al acabar el veterano Emperador Guillermo I, con grandes competencias por su práctica y no menores conocimientos en la gobernación del Estado, y empezar el joven Emperador Guillermo II, que si tiene grandes facultades intelectuales, carece, por lo menos, de esas enseñanzas de la experiencia de su abuelo, y sin embargo, el régimen sigue y el éxito no se resiente; luego la doctrina del general ruso, siendo de hombre tan eminente, obedece al atavismo más que á experimentales y científicos convencimientos.

No es cuestión de analizar uno por uno los asuntos múltiples comprendidos en estos proyectos y la distribución que se les da; explicadas están las funciones de los tres organismos del Gran Estado Mayor alemán, y hemos podido observar, que entre otras cosas menos esenciales, se anula el gabinete militar, y que se establece la dependencia del jefe de Estado Mayor del ministro de la Guerra; de modo que venimos á cambiar algo, dejando mucho por hacer, y aunque este problema es de política de la Guerra, y en tal concepto lo hemos de tratar más adelante con verdaderas extensiones, se impone examinarlo ahora bajo el aspecto que á nuestros intereses se refiere.

El perfecto equilibrio de estos tres mandos, del que ha de

brotar la resultante más aproximada al ideal, ha de encontrar necesariamente dificultades hasta allí donde cuenta con mayores probabilidades de éxitos, como sucede en Alemania, en que el Emperador no necesita ministro responsable en cuanto á estas funciones afecta, y que nuestra organización política lo impone, de donde resulta que en nosotros los inconvenientes han de ser más insuperables, si se han de sumar á los primeros los que ofrezca la política.

A este propósito, no podemos menos de recordar lo que sobre este particular dice Marselli: «El ministro que conoce el peso de la responsabilidad, debe comprender las aprensiones del jefe de Estado Mayor que en tiempo de guerra será responsable de hecho y no de nombre, y éste debe tener presente todas las mallas que envuelve á aquél. Hombres llegados á tan elevado puesto, no es posible que dejen de comprender las exigencias de los respectivos cargos, que se atrincheren uno frente al otro y pongan su orgullo en no ceder nunca y destrozarse. Más así como es imposible que deje de producirse alguna discordancia, del mismo modo es necesario reservar al Soberano la alta misión de restablecer la consonancia, cuya intervención no debe guardarse para las grandes ocasiones, sino que debe ser periódica. Es verdad que de este modo no se consigue destruir toda posibilidad de desarmonías desagradables; pero estas serán una excepción y el sistema funcionará como funcionan las buenas instituciones de este mundo, que probablemente no es el mejor de los mundos posibles».

Naturalmente que Marselli no analiza el sistema inglés y austriaco, en los que habría que señalar los límites de las funciones del ministro y del jefe del Ejército, y si por creerlo más perfecto el prusiano, toda vez que se ocupa de puntualizar las relaciones que abarcan las funciones del ministro de la Guerra y el jefe de Estado Mayor, sistema que no ha dado ocasión á las manifestaciones de falta de solidaridad que hemos dicho, y en estas atinadas observaciones del sabio escritor italiano, fundamentamos nuestro criterio.

De modo que los problemas que tenemos ante nosotros son tres, en los que se han de mostrar á la vez que los estudiamos, nuestra no conformidad en los asuntos propuestos: elección del que ha de ser jefe del Estado Mayor, duración en el cargo y manera

de funcionar dentro de nuestra organización política; y como en estos problemas pueden ir aparejados los que al gabinete militar afectan, los analizaremos después como secuela de ellos.

Respecto al primero, sobre un sistema de plebiscito, bien de los capitanes generales del ejército, ó de regiones militares, por ejemplo, está lo que determina ese medio ambiente que se llama espíritu público, en el que viven los prestigios conquistados, los nombres gloriosos, los que han sabido escalar, por sus éxitos, la cumbre que sustenta un lema: «La Esperanza de la Patria», lo que ha de servir siempre de norma á todo jefe de Estado, y que practicaron aquellos Reyes y Emperadores de la Prusia y Alemania sin ejemplo, y si ese nombramiento recae en quien reune estas condiciones, y por éstos medios designado, claro es que el primer problema está resuelto, y como su consecuencia natural, el segundo, pues desencajado el alto cargo por las condicionales observadas en el nombramiento, de la dependencia política, puede seguir en sus funciones el que lo ejerza, no obstante los cambios más ó menos frecuentes que en esa política ocurrieran.

En el tercero y último problema, ya hemos dicho que no podemos seguir los moldes alemanes por nuestra manera de ser política, pero en las jurisdiciones de los dos cargos, claro es que las diferencias é incompatibilidades han de ser tanto menores, cuanto menos radicales sean las reformas. Desde luego admitimos el despacho con el Rey del jefe de Estado Mayor, pero quiere decir que en aquellos asuntos que requieran la firma del ministro responsable, se impondrá la presencia de su consejero, quedando reducido el problema de este modo á términos mucho más limitados que los que en Alemania tiene, pero dejando en pie la institución por indispensable, si hemos de entrar en la única manera y verdadera forma de regenerar la Milicia.

Como hemos dicho, nuestro criterio respecto al Gabinete Militar es que exista, y que ha de amoldarse en sus funciones en un todo, á lo que acabamos de sustentar respecto al Estado Mayor, pues si importante es que la defensa de la Patria, la educación é instrucción de los elementos principales de la Milicia, las enseñanzas para el mayor éxito en la defensa y la acometividad y todo cuanto á la ciencia militar se refiere en general, tengan una estabilidad impuesta para evolucionar lejos, muy lejos de las palpitación polí-

ticas que la detienen y destrozan, no lo es menos que los difíciles asuntos encomendados al Gabinete Militar sean reflejos de los anteriores, pues en ellos van los ascensos, los destinos y otros múltiples problemas, cuyas soluciones dan estímulos, equidad y justicia, y si todo esto alcanza realismos en la Milicia en sus perfeccionamientos y verdaderos equilibrios, el Estado Mayor proporciona engrandecimientos y glorias para la Patria.

Hemos hecho un ligero esbozo de lo que tanto abarca, no pretendiendo por lo tanto dar resuelto el problema ni mucho menos; en él, como en todos, hemos observado igual método, exponiendo los procedimientos de otros países, los tenidos por mejores, analizándolos, comparándolos y tratando de escoger lo mejor para nuestra Nación; de este modo, ó con las perfecciones que el legislador proponga, se llegará á crear verdaderas instituciones, en lo que tan directamente afecta los mejores servicios de toda Nacionalidad, la organización vendrá después y tras ella la Milicia tal y como la debemos ambicionar.

Ya hemos dicho que esta Milicia la forman las fuerzas de mar y tierra, y como se ha tratado y bastante de las primeras, en el capítulo de esta obra *La Paz y las Alianzas*, para lo que es la índole de este estudio, como además, las dos fuerzas están íntimamente relacionadas y tienen, por lo tanto, muchos puntos de contacto en su institución, organización y manera de desarrollarse y aún lo que es más, en sus relaciones con el Estado como sucede todo esto decimos, no creemos necesario entrar en mayores extensiones sobre este particular, siendo más que suficiente, en nuestro concepto, todo lo dicho.

Nos falta, una vez tenida esa Milicia que tanto codiciamos, la manera de utilizarla, que será tratado en los últimos capítulos de esta obra. ¡Hora es ya de que hablemos del fin cuando tan distanciados estamos del principio!; todo llega para el hombre cuando tiene amor á la Patria, á las instituciones, fe y perseverancia. Dios haga que nuestro trabajo resulte útil para todos, que es cuanto ambicionamos, como recompensa á nuestra labor, en la que nos preparamos al último esfuerzo, y no pequeño, al tener que entrar en el intrincado laberinto de espeso bosque, como diría nuestro inmortal Villamartín, y eso aún cogiéndonos ya de su mano, ya de las de Jenofonte, Polibio, Cesar, Vegecio, Ma-

quiavelo, Salazar, Welhausen, Marcenado, Jaquinot, Jomini, Archiduque Carlos, Marmont, Wilisen, Clonard, Rocquancourt, Wial, Fix, Rustow, Renard, Goltz, Marcelli, Clausewitz, Derrecagaix, Lewal, Moltke, Wartemburg, Marbot, Rogniat, Lallemand, Almirante, Barbasán, Villalba, Navarro y de las de otros muchos que sería prolijo enumerar, y puesto que se nos impone tratar de las recordaciones de sus métodos, sistemas y criterios distintos, unas veces en parte y otras en todo, en los elevados conceptos de la cada vez más difícil ciencia de la guerra. Ellos han sido obreros infatigables, que con la potencial de sus inteligencias, han separado la maleza haciendo franqueable el paso, á lo que no lo era para el humano conocimiento; han servido cual los faros de luz bastante intensa, para hacer que las brumas despejen el horizonte y que la vista encuentre ante sí anchos espacios de esparcimiento y sabiduría, con orientaciones fijas y verdaderas, á la par que seguro puerto de abrigo y salvación; y si tanto lograron, que sean á su vez, los que enderecen al criterio medio, ya que no al exclusivo, que esto nos bastará, con mucho, á cuanto aspiramos.

La ciencia militar.

EL ARTE Y LA CIENCIA

I

Al sentir las propiedades de la extensión, creó el hombre las Matemáticas; al observar las propiedades de los cuerpos, creó la Física; quiso analizar más para comprender la esencia de esos mismos cuerpos, y todas las ciencias naturales fueron. Cuando alguna de esas propiedades era tan superior á los sentidos que

parecía producto de alguna fuerza extraña á la misma naturaleza, se apeló á la observación una y cien veces repetida; se compararon fenómenos con fenómenos; se dedujo algún principio más ó menos claro, y de cada serie de fenómenos se creó una ciencia que, aunque oscura en su fundamento, y ceñida en su estudio, no por eso dejaba de ser ciencia, puesto que partía de un fenómeno simple. Así, por ejemplo, al sentirse el hombre consciente y al ver en sí algo superior á sus órganos, creó la Psicología; y según las facultades de ese yo consciente, sentó la base de otras ciencias; pensaba y la Lógica fué; amaba y aborrecía, y fueron las ciencias morales, y necesitó la relación, y fueron las ciencias sociales. Y aquí nos debemos detener, porque en ese grupo es donde se hallan la legislación y la guerra, y las mil ramas que de esta raíz brotan.

VILLAMARTÍN.
(Nociones del Arte militar.)

No por ser verdad reconocida el asunto que nos ocupa, aunque tiene quien no lo admite como ciencia, Almirante, entre otros, hemos de rehuir el análisis de lo que puede considerarse el origen de cuanto á la Milicia se refiere, ya que nos lleva al fin, tras de cuantos medios hemos explicado, y que la política de la guerra, la estrategia, la logística y la táctica, han de ser los medios para conseguirlo con directriz tan eficiente.

Dice Villamartín que toda ciencia obedece á un principio, que es el fenómeno simple puesto en observación, y se propone un fin, investigar hasta donde pueda la verdad, y por medio de ella realizar el bien posible; que del mismo modo el principio determinante de la legislación es la moral del individuo; es decir, el *yo* que ama ó aborrece; el desarrollo de este principio es el estu-

dio de los efectos en la sociedad de esos amores y esos odios en cuanto toman forma sensible á los otros individuos; y el fin que se propone es constituir el *derecho* por el hecho y definir la *justicia relativa*.

Cuando el jurisconsulto, agrega, se eleva al derecho constituyente, está en plena ciencia; si desciende al derecho constituído, á la aplicación de la legalidad ya proclamada, pasa de la ciencia al arte. Luego da como concluyente el sabio escritor este grandioso pensamiento: «Pues bien; en este grupo nebuloso, en este oscuro fondo del saber humano, ahí donde se amasan las ciencias naturales con las morales y políticas, lo que más se destaca, aquello cuyo contorno aparente es más distinto, es la ciencia militar.»

Y estamos conformes, porque cuando en su folleto notable *Napoleón III y la Academia de ciencias*, dice: «Por último; veamos si Julio César, Vegecio, el Emperador León, Maquiavelo, el marqués de Santa Cruz, Luis Blanch y otras mil inteligencias que se han dedicado al estudio del fenómeno *guerra* en su ley y en su historia, en sus causas y efectos, en su esencia y manifestaciones, no han llevado al saber humano una suma de conocimientos, una serie de principios eslabonados, á la que deben abrirse las puertas de una Academia». Cuando esto manifiesta Villamartín, repetimos. argumentando en su folleto, *Napoleón III y la Academia de ciencias* y protestando de que la Academia de Francia se negara, por 34 votos contra 14, al establecimiento de una Sala de ciencia militar, fundándose de que tal ciencia no existe, nos traza casi el sabio maestro el derrotero seguido por la ciencia militar en su penosa y larga evolución.

Efectivamente, Polivio, según Guischardt, imprime completa autoridad á la narración de los sucesos comprendidos en su historia desde 264 á 167 años antes de Cristo; esto es, desde el principio de las guerras púnicas hasta el fin de la macedónica. No tiene si se quiere el talento de Herodoto, ni el vigor de Thucydides, ni la ática suavidad de Jenofonte; pero que militarmente considerado es el punto de intersección, digámoslo así, entre griegos y romanos, la primera autoridad en su táctica legionaria, y que griego en la mitad de su carrera y romano en la segunda, nadie estuvo en mejores condiciones para estudiar y comparar las dos Milicias,

las dos civilizaciones que en sí resumen el mundo antiguo, dorando todavía con sus reflejos la de nuestro mundo moderno.

Esta docta opinión es bastante fundamental para considerar como punto de partida, pero en forma determinada, aunque en sus labores sea, á la ciencia militar; porque siendo Polivio, la unión de la falange y la legión y César la cumbre de ésta, Vegecio, en contra del concepto que al crítico Bardin merece, y siguiendo los juicios de Montecucolli y Carrión Nizas, fué autor excelente y dogmático, presentando la legión de su tiempo degenerada; es decir, que da el adiós á lo que fué bueno, que pasa á la penosa y larga decadencia de siglos, para permanecer en el marasmo absoluto, entrar de lleno en aquellos tiempos en que el Gran Capitán y los tercios españoles lograron nueva escuela, siendo el lazo de unión á su vez, entre ellos y las legiones de César, Maquiavelo y nuestro Diego de Salazar.

Claro es que no vamos á desarrollar un plan verdaderamen- bibliográfico de literatura militar, en lo que á su ciencia se refiere, ó sea de la guerra, que pudiera considerarse empieza en Caín y Abel, que pasa por Josué y otros hombres que fueron jefes de grandes conglomeraciones más ó menos inermes, y que buscaban en sus marchas mejores acomodamientos de existencia para acabar con el estudio de lo que en nuestros días sucede; obra sería ésta de mayores vuelos que los que requieren la ocasión presente, y sólo nos detendremos, por lo tanto, en las cotas más altas de los más elevados relieves, que vendrán á ser en ese mundo de la ciencia militar los que en nuestro planeta se llaman: en América, el Sorata, Chimborazo, Orizaba y Hooker, que tienen entre 8 y 7, 7 y 6 y 6 y 5 mil metros de altura respectivamente; en Europa, el Monte Blanco, de casi 5 mil metros; en Africa, el Kilimanjaro, de poco más de 6 mil; en Occeanía, el Monte Cook, entre 4 y 5 mil metros, y por último, en Asia, el Kinclimjunga, que es la segunda cumbre del Himalaya; el Davalagirí, que tiene entre 8 y 9 mil metros, y el Everest ó Gaurisancar (palabra sanscrita que significa el sublime, el radiante), que resulta el punto más alto del globo, con una elevación de 8.889 metros y que el capitán Everest, en 1855, midió su altura, proclamando así esta supremacía los mapas ingleses todos desde entonces, viniendo á ser, siguiendo en nuestra metáfora, lo que el Gran Capitán en la ciencia de la guerra, en

aquellos tiempos, que todo eran nebulosidades, á falta de fundamentos, y por la desaparición casi absoluta del Arte de la guerra.

Maquiavelo y nuestro Diego de Salazar complementaron la trilogía de lo que pudiéramos llamar la parte constituyente, para que de aquí naciera lo constituído, y los gérmenes de aquellas enseñanzas fueron tan fecundos, que la historia nos dice que el Gran Federico de Prusia, con su claro talento, fué autor de un *Anti-Maquiavelo* y del mismo Napoleón que el libro de Maquiavelo era su texto favorito, siendo para España el tratado *De re Militare*, de Salazar, el primer jalón de literatura militar, según Almirante, como hemos dicho.

Pero aún no se detienen aquí nuestras gloriosas influencias en tan distinguida rama del saber humano. El Gran Federico causó honda revolución en los métodos de combate, y si controvertió en lo que Maquiavelo produjo, al formar escuela, aceptó las sabias doctrinas de nuestro Santa Cruz de Marcenado, pues ya hemos dicho que cuando el general español D. Juan Martín Alvarez de Sotomayor fué á Prusia, entre los comisionados de todas las naciones, en representación de España, para estudiar lo que había causado tantos cambios en el sistema de combatir, como tantas victorias, al presentarse al Rey, según Vallecillo, le dijo á nuestro general, quizá con exagerada modestia: «que la táctica, de la que le juzgaba autor, estaba deducida de los principios que se hallaban establecidos en las *Reflexiones militares* y que por esto decía haberla aprendido en España, pues si bien nunca había estado en la Península, debía su conocimiento á su autor español».

Aún hay más sobre nuestros eminentes tratadistas: al disertar Villamartín en el prólogo de su obra magistral sobre los dos métodos, práctico y teórico, que existen en el *Arte Militar*, que son otras tantas escuelas, dice respecto al primero: que si en las artes de imitación la práctica de un sólo hombre puede servir de mucho, porque son infinitos los modelos que halla en su vida; si el escultor, por ejemplo, destrozando una piedra y otra consigue su fin, reproduciendo el busto de un hombre, en el Arte Militar no tenemos lo mismo, no hay museo para sus obras; el museo es el gran libro de la historia: aun presenciándolas, aun tomando parte en ellas, no siempre conocemos los misterios de su composición,

y cuando se nos encarga una, tenemos que darla acabada y perfecta, con los materiales limitados, sin que se nos permita ensayo; no podemos buscar la verdad, procediendo de error en error, se nos obliga, desde luego, á hallarla; nuestros colores, nuestro lienzo son los ejércitos y no podemos consumirlos en cuadros de ensayos. Véase cómo los defensores de la práctica no conocen que exigen desde el primer día practicar bien, y nada nos dan antes de ese primer día para saber practicar.

Demostrada y admitida ésta y la necesidad de la teoría, que es la experiencia de los siglos, y guiándose por ella, la práctica descubrirá vastos horizontes y deducirá más consecuencias haciendo aplicación á los hechos que vaya presenciando Ahora bien, la dificultad que debemos vencer es la de dar á la teoría virtud para conseguir infinita variedad de fines por medios finitos y limitados. Si descendemos al análisis detenido de uno, de otro, de todos los casos que se pueden practicar, dictando para cada uno la aplicación de los medios, la teoría sería infinita, el estudio eterno y sólo la inteligencia de Dios podría realizarlo; si, por el contrario, analizando los medios de ejecución, deducimos los resultados, la teoría sería incompleta y falsa, tan pronto como la relación entre los medios y los fines se alterasen por la razón histórica.

No alcanzando, viene á decir, la inteligencia ni la vida del hombre para seguir estos dos métodos, debemos limitarnos á una teoría incompleta, que por la misma razón no sea absoluta en sus reglas ni decisiva en sus conclusiones. Mas para ello no se debe intentar ni el uno ni el otro camino, porque nos quedaríamos al principio de la jornada, sino confundir los métodos en uno, estudiar sus armonías y deducir de aquí la marcha que seguirían si fuera dable terminarlos.

El Archiduque Carlos y el coronel Willisen han tratado de seguir el primero; Jomini, Jaquinot de Presle y Rogniat, el segundo, y el marqués de Santa Cruz, el tercero: he aquí por qué su obra, escrita en otro siglo, para otros ejércitos y otra forma social, es nueva siempre, al paso que las otras, de incomparable mérito, escritas con estudio profundo, no tienen otra vida que la del país y la del siglo en que son escritas.

Sería cuestión de copiar, uno por uno, los grandiosos pensa-

mientos que tan magistralmente expone Villamartín, pero esto no es posible; sólo agregaremos que va á la conclusión diciendo: que la práctica, en sus múltiples casos, al tomar de la historia una, cien guerras y estudiarlas para deducir las reglas, no podrían ser útiles éstas, aplicadas á otros hombres, distintos países, diferentes grados de civilización, del mismo modo que en la teoría los elementos materiales de un ejército, pesados en su fuerza, estudiados físicamente en función, movidos en el mapa los batallones, viendo en todas partes geometría y creyendo que los hombres no son otra cosa que números en la fila, impulsados al choque, sujetando su fuerza á leyes mecánicas, con pretensiones de acertar en la velocidad de la carga, la extensión de las líneas, en el fondo de las masas, y luego vienen turbas sin orden ni táctica, que arrollan estos principios y nos arrebatan la victoria y con ella la fe en la ciencia.

Por esto resultan para la práctica la falta de garantías en los éxitos á esperar como el descrédito de los procedimientos teóricos por las distanciaciones de los hechos y las reglas deducidas; y cuando Villamartin dice que en esta segunda parte los talentos poco analíticos arrojan el libro con desdén diciendo, en vista de los fracasos, que ¡la guerra es hija del valor y de la fortuna!, agrega luego: «No; la guerra, como todo, es el desarrollo de un principio sujeto á leyes inmutables, que el hombre no conoce sino á medias, y allí donde su talento no llega, ha inventado la palabra *Fortuna* para explicar el efecto legítimo y natural de una causa que se desconoce.

Cuanto más el hombre avanza por el horizonte del saber, el dato *Casualidad* tiene menos importancia en sus problemas, y al llegar á la sabiduría infinita, el dato ya no existe; sólo la ciencia es la ley de los hechos y las cosas».

Tenemos, pues, la nueva ciencia de la guerra delineada, en los albores del renacimiento, ó dado forma por las condiciones intelectivas de un hombre que se llamó el Gran Capitán, que bifurca después para encontrar camino de asentamiento y llegar á la plenitud de los principios reconocidos para ser ciencia tal y efectiva; y cosa rara, el coronel que á los dieciséis años mandaba un regimiento de Infantería en 1702, al escribir sus *Reflexiones Militares*, tejió el lazo de unión de las dos escuelas, que llegaron á sus

más amplias y persistentes manifestaciones, bastante después de esta fecha, y con los maestros de las armas y las letras militares, que hemos citado, y que figuran á la cabeza de los dos bandos, y Villamartín, con su indiscutible autoridad, retrotrae los hechos para buscar el punto de conjunción de tan distintos métodos.

Almirante dice: «Al marqués de Santa Cruz hay que tomarlo en serio, con sus once volúmenes macizos, con su pasmosa y exuberante erudición; con su buen instinto militar, que tanto contrastan con las pueriles ridiculeces de su tiempo», y nosotros agregamos que Herodoto, Plutarco, Cornelio Nepote y los clásicos todos, griegos y latinos, nos mostraron enseñanzas; que Maquiavelo y Salazar fueron la consecución de aquéllos, en más altos conceptos, como señuelos de la ciencia militar; que Wallhausen, principal capitán de guardias de la villa de Dantzig, con su *Arte Militar para la Infantería*, traducido por Balck y dedicado á Mauricio de Nassau en 1615, como ya hemos dicho, con Gheyn, Biron, Billon, Praissac, etc., constituyeron lo que los franceses llamaron táctica de los Nassau, que aprendió en su infancia el gran Turena, y si en esto y entonces llevábamos los españoles medio siglo de ventaja, Villamartín, en 1863, tenía que decir en las extensiones múltiples de la ciencia militar: esta escuela y la otra no conducen á la realidad y da para ello las razones dichas, y agrega: la verdadera escuela está en el término medio, en el que determina un nombre, el del marqués de Santa Cruz de Marcenado con sus *Reflexiones Militares*.

II

Tras de las masas que luchaban con ballestas, lanzas y hondas, catapultas, tortugas y arietes, torres móviles, carros falcados, elefantes y camellos, como auxiliares; tras de las falanjes y legiones, la columna y la batalla, el orden profundo y el abierto, la marcha de frente ó la de flanco, la oblicua parcial ó la simultánea, el romper los frentes que hoy se pretende y á la par que todo ello, la crítica razonada ó no de técnicos y profanos, siempre

se ha buscado la victoria y su razón; pero los caracteres de los distintos pueblos, ya sintético, como el francés, é impresionable, como nosotros, y dable á las grandes inspiraciones; ya analítico como el pueblo alemán, reflexivo y metódico hasta llegar a los más profundos pensamientos filosóficos, no han sido bastantes para determinar ese punto de unión de los procedimientos tan antitéticos, y Santa Cruz lo encuentra y lo expresa en estas modestas palabras: «No sé, lector amigo, quién abrace más ardua empresa, si el que se encarga del comando de un ejército ó yo, que ofrezco reglas para dirigirlo; aquél, según Jenofonte, necesita de valer por muchos: «Nec censebat convenire cuiquam imperium, qui non melior esset üs, quibus imperaret» (no puede convenir á nadie el mando que no sea superior á los que ha de tener bajo sus órdenes), y yo, confesando ignorar por todos, puedo con otra razón que Sócrates, decir: «Hoc unum scio me nihil scire» (que únicamente sé que no sé nada). Pero aunque Solís me intimide, acordando que hay atrevimientos de la ignorancia que pretenden plaza de valentía de ingenio, como tengo en mi abono la sentencia: «In rebus magnis voluisse sat est» (en cosas grandes, el intentarlas es bastante), será disculpa del mal logro lo difícil de intento.

Autorizaré mis opiniones con ejemplares de los primeros jefes, para que, atento á la grandeza de quien los hizo, olvides la pequeñez de quien los recuerda y te libre de la vergüenza de seguir, como míos, dictámenes que la experiencia aprobó por suyos, no desdeñándome de observar con exactitud lo que otros fingen inventar con vanidad: «Nihil sub sole novum, nec valet quisquam dicere ecce hoc recens est. Jam erum prœcessit in sœculis, quœ fuerunt ante nos (nada hay nuevo bajo el sol, y no vale que uno diga: esto es reciente, porque ya precedía en las edades anteriores á las nuestras). Piedra y madera soy, dice Lipsio; tomo de otros, pero la forma de la fábrica toda es mía. Soy arquitecto que de varias partes conduje los materiales, y la obra de las arañas no es mejor porque de sí engendren los hilos, ni la mía más vil porque, á manera de las abejas, chupe de ajenas flores».

Efectivamente, Marcenado es la abeja en la ciencia militar, no sólo porque tome de otros autores, sino por la metáfora que hemos citado de Bacon á propósito de las ciencias filosóficas,

buscando la unidad entre el idealismo y el saber positivo, entre el empirismo y el dogmatismo como él lo considera; «el primero, dice, semejante á la hormiga, que trabaja para sí propia; el segundo como la araña, que fabrica telas admirables y delicadas, pero sin solidez y utilidad; la abeja, que cual la unidad científica buscada, se mantiene en el justo medio, extrae la materia primera de las flores y de los jardines; después, merced á un arte que le es propio, la trabaja y la digiere; y si la ciencia militar se encuentra entre las filosóficas, morales y políticas ¿por qué no se ha de buscar también que desaparezca el divorcio entre los métodos teórico y práctico?

A Santa Cruz corresponde, pues, la gloria de esta cuarta jornada, ya que á Polivio le toca la primera, á César y Vegecio la segunda y á Maquiavelo, Gonzalo de Córdova y Salazar la tercera, en el penoso camino que venimos recorriendo, y del que hemos de partir para llegar á ese verdadero efluvio de dogmáticos de todas sectas, de criterios en palpitante lucha, á los días del gran Napoleón y del Archiduque Carlos, en los que, según unos, brotaron la logística y la estrategia, como nuevas ramas del saber militar; según otros, que no sucedió nada de esto, pero que todos reconocen, que en los factores de los nuevos métodos de combate, figuran el sistema mixto de grandes cortinas, y las columnas, la división, el vivac, matando los campamentos, el mejor empleo de la artillería, que se busca colocarla en la línea de fuego más avanzada, y lo que está por encima de todo esto, el espíritu público dentro de las filas del Ejército, cuya influencia fué tanta, que donde él estuvo fué la victoria. En esta quinta jornada de la ciencia militar, no tomamos parte, es verdad; pero supimos vencer arrojando de nuestro suelo á las águilas que dirigía el autor de la mayor parte de tan profundos adelantos; en ésta no fuimos inventores, ni reformistas, pero mostramos al mundo, que contra tantas perfecciones militares y guerreras, contra un verdadero genio del campo de batalla, pueden oponerse siempre los grandes alientos de un pueblo que sabe morir por su independencia.

Tras de la época de Napoleón, á la que llegamos por las verdaderas preparaciones de Gustavo Adolfo y el gran Federico, viene la que podemos llamar de Moltke, ó sea la sexta y última

evolución, en la que se sintetiza la autonomía en el mando, la rápida concentración y conducción de las tropas, como principales fundamentos; y hoy se intenta, repetimos, en infantería, quebrar el frente en los órdenes tácticos; en la táctica de artillería, llevar este poderoso elemento de combate á la primera línea de fuego, y en caballería, las cargas en grandes masas, y los empleos de ella en informaciones ciertas, para fundar las órdenes, y, en una palabra, variarlo todo por las perfecciones y adelantos en los elementos del combate, y así hemos de marchar, dando cada día mayores amplitudes á esa ciencia militar, ciencia que está tan íntimamente enlazada con la estrategia, que para muchos es la misma, y que hemos de evidenciar por los derroteros de Marcenado, siendo, como hemos dicho, el que marca el término medio entre el Archiduque Carlos en su obra, por ejemplo, *Príncipes de la Strategie développés par la relation de la campagne de* 1796 *en Alemagne*, y Willisen en su *Teoría de la Gran Guerra aplicada á las campañas de los rusos en Polonia en* 1831, y lo que nos dice Jomini en su *Compendio del Arte de la Guerra ó nuevo cuadro analítico de las principales combinaciones de la estrategia, de la táctica sublime y de la política militar*; C. Jaquinot de Presle en su *Curso del Arte y de la Historia Militar*, traducido del francés por el erudito escritor y jurisconsulto notable B. de la Torre, y, por último, sujetándonos á los que cita Villamartín, á la obra del barón de Rogniat, titulada: *Considerations sur L'Art de la Guerre*.

¿Pero nos hemos de contentar con estos moldes, en lo que á tanto se presta, dado el progreso que por momentos se alcanza en esta como en las demás ciencias? Sería dejar sólo empezada la obra; los vuelos de dichas ciencias se remontan á tales alturas, que á seguir de este modo, pocos serán los hombres que lleguen á distinguirlas, si no se persevera en el estudio; por otra parte, si la consideramos como un artefacto á la militar, el mecanismo de engranaje que une las inteligencias superiores á las medias é inferiores, resultará de tal complicación en el rodaje por su número y extensión, que será poco menos que imposible de abarcar, á no ser por inteligencias de raras y excepcionales condiciones; luego, las altas concepciones por un lado, y lo difícil del mecanismo por otro, para que con las primeras conjunten, da un todo, que dominarán los menos al ir delante, y que los más

podrán seguir con verdaderas distanciaciones; de aquí que se imponga la síntesis, la distribución del trabajo á más de la persistencia en la labor, para que, acortando distancias, nos alejemos por otro lado, de lo que es hoy imposible, de las improvisaciones que dan seguro fracaso, é ir á la resultante cierta, por la fundamentación de la ciencia y del general conocimiento.

Se impone, por lo tanto, no concretarnos á los autores que Villamartín cita, sino llegar hasta los de nuestros días, pues aunque casi todos tratan muchos temas iguales, con más ó menos extensiones, sin embargo, la evolución constante determina nuevos asuntos, esa división del trabajo y distintas orientaciones, y así podrá apreciarse, por el método de relación, las diferencias fundamentales ó los cambios que se han venido sucediendo en la ciencia militar.

LA EVOLUCIÓN HISTÓRICO-TÉCNICA

I

Hemos dicho que Almirante niega que la guerra sea ciencia: y el barón Colmar von der Goltz en su obra *La Dirección de la Guerra*, dice: «El novicio que sin guía segura quiere aprender en los libros los principios de su arte, siente de un modo intuitivo la necesidad de reconocer las reglas fundamentales del acaudillamiento en la guerra, para llevar luego sobre ellos su atención. Podría dar forma á estos principios, entregándose á un estudio comparativo de obras ya algo anticuadas, como las de Bulow, Jomini, Clausewitz, Willisen y otros autores. Pero esta tarea exige tiempo, molestias y un espíritu cultivado.

Los modernos tratados de la gran guerra, se ocupan especialmente de aquellas de sus fases que, ignoradas antes, sólo han alcanzado importancia en nuestros días, es decir, la movilización y el despliegue estratégico de los ejércitos.

Este hállase enlazado, principalmente, á la existencia en todos los países de Occidente, de una vasta red de vías férreas que proporciona el medio de poner en pie de guerra y tener dispues-

tas todas las fuerzas combatientes con una rapidez, en verdad sorprendente. Todas las potencias rivalizan entre ellas por lo que á este asunto se refiere, y cada una quiere ganar á las demás en velocidad. Como se trata al mismo tiempo de estar en disposición de transportar enormes masas de tropas, la preparación de estos transportes han venido á constituir una verdadera obra de arte, ofreciendo, particularmente á los técnicos, ocasión de desplegar sus cualidades brillantes; de manera, que muchos han llegado á comprender toda la doctrina de la gran guerra en este solo capítulo de la misma.

Se olvidan éstos, sin embargo, que también hay guerras en países donde los ferrocarriles no desempeñan papel tan importante como en la Europa Occidental, en las cuales la concentración de los ejércitos se verifica de un modo más lento, pero también más sencillo. Igualmente pierden de vista que aún en Occidente; la utilidad de las vías férreas para el empleo de las fuerzas combatientes durante el combate no es muy considerable».

Y von der Goltz dedica esta obra por tales razones sólo á partir desde el momento que las tropas se encuentran desplegadas, y dice: «que tratados especiales cuidarán de la acción de poner en pie de guerra y sostener las tropas de campaña»; y he aquí una manifestación importantísima de esa división del trabajo, y en la que no podemos menos de reconocer lo bien presentada que está por tan eminente tratadista. Pero en lo que no estamos conformes es, en que llame anticuado á Clausewitz, y encabece su obra haciéndose solidario de su criterio, como parece natural, con una cita *De la guerra*, de tan insigne escritor, sobre la que dice: «La guerra no pertenece al dominio del arte, ni al de las ciencias, sino que es uno de los problemas de la vida social. Es un conflicto de grandes intereses, que se resuelve de un modo sangriento, y solamente en esto se diferencia de los demás; mejor que con las artes, puede compararse con el comercio, que es también un conflicto de humanos intereses y actividades y muy cerca se halla igualmente de la política, que á la vez puede mirarse como una especie de comercio en gran escala. La política es además, el vástago que en la guerra se desarrolla; en ésta se delinean las cualidades que antes permanecían ocultas, como en el ser viviente las que existían en su germen ó semilla».

Esta obra de von der Goltz viene á ser el complemento de su obra: *La Nation Armée-Organization Militaire et Gran Tactique Moderne;* pero como la táctica evoluciona á la vez que todo, y nos hemos de ocupar de ello más adelante, volvamos nuestros pasos al punto de partida en el particular que estábamos, no sin hacer constar, que trazos de Willisen y Jomini hemos encontrado en *La Dirección de la Guerra* de der Goltz, no queriendo decir con esto que nos extrañe.

Volviendo á nuestro asunto, hemos de seguir un apartado procedimiento del de nuestro sabio Almirante en su célebre *Diccionario,* en el que al ocuparse de la palabra guerra, analiza el origen, discute si su estudio es arte ó ciencia, trata de evidenciar lo primero, luego se ocupa de si ha de decirse arte de la guerra ó arte militar, demostrando esto último, y que para analizar, afirmar y deducir, hace tal cúmulo de citas, de opiniones como la suya y contrarias, que sólo su vastísima erudición sería capaz de ello.

Pero insistamos en que nos es imposible seguir á Almirante, por concretar, respecto á la palabra guerra, después de argumentar, como hemos citado ya, en apoyo de que se debe suprimir la palabra ciencia, en cuanto se refiere á guerra; recurre para ello al testimonio de Hevia, Marmont, Proudhon y Jomini, entre otros, citando de éste lo siguiente:

«El arte de la guerra debe componerse, en realidad, de seis partes:

»1.ª La política de la guerra.

»2.ª La estrategia, ó arte de dirigir bien las masas sobre el teatro de la guerra, para invadir á un país ó defender el propio.

»3.ª La táctica en grande ó general, que llamaremos sublime, de batallas y de los combates.

»4.ª La logística ó aplicación práctica del arte de mover los ejércitos.

»5.ª El arte del ingeniero, el ataque y defensa de las plazas.

»6.ª La táctica de detalle ó de las diversas armas.

»Podría agregarse aún la filosofía ó parte moral de la guerra, pero parece más oportuna reunirla en una sola sección con la política.»

Y Almirante dice á propósito de esto: «Se ve, pues, que la

concordancia no es satisfactoria; si trajésemos textos menos conocidos, sería mayor el desacuerdo; por último, si el lector quiere recordar los artículos estrategia, táctica, disciplina, etc., deplorará como nosotros la extraña confusión en que se ha envuelto la lengua militar de Europa».

Arte el estudio de la guerra para Almirante, y ciencia para nosotros, nada tiene que ver para que sea grandiosa la síntesis que de la guerra hace. Admite como muchos, que en la batalla de Thymbrea (550-548-541 antes de Cristo), descrita por Jenofonte, es donde tiene formal arranque la historia de la guerra. Recordamos, á nuestra vez como la pinta el alemán Kauler y también el español Pérez de Castro en su *Atlas de las batallas más célebres:* «Los babilonios y egipcios, mandados por Creso en número de 420.000, 120.000 de infantería, divididos en doce cuerpos de á 10.000 hombres, sobre 100 de fondo; 30.000 los asirios y la caballería á las alas. Los persas mandados por Ciro eran 196.000, con 300 carros falcados; la infantería de á doce de fondo, pesadamente armada, con arqueros y honderos, reserva formada por tropa selecta, líneas de torres movibles, línea de bagajes con las mujeres, 100 carros falcados cubriendo el frente, 200 para los flancos, y por último, en la retaguardia con 2.000 hombres de infantería, 2.000 jinetes y soldados montados en camellos.»

Se ve, pues, que los elementos que componían los ejércitos no podían estar más distanciados de los que hoy los constituyen; la victoria de los persas que con menos fondo tenían la misma extensión que los babilonios, en su línea de batalla, formada por columnas de 12 hombres de fondo, la iniciaron los hombres montados en camellos; los babilonios siguieron los procedimientos que los árabes imitaron, la media luna, con el avance de las alas y la quietud del centro, y en aquellos momentos de vacilaciones en obtener la victoria, las torres móviles persas contuvieron el ímpetu de las columnas cerradas enemigas, que con la muerte de Adrates que rompió el centro, al frente de sus carros falcados, acometió impetuosamente, marchando delante de las otras fuerzas, contra la infantería egipcia que le presentó heróica resistencia para ser vencida.

Si siguiéramos el estudio de tan importante obra, veríamos que á medida que el tiempo ha ido pasando en esta serie de años

que forman más de veinticinco siglos, la evolución se ha ido determinando, entre otras cosas, por la disminución de ese enorme fondo de 100 hombres; y ya que estamos en la primera batalla, demos como complemento cierta extensión cronológica á la historia de la guerra.

La primera batalla de importancia de la Edad Media, fué la de Dara, año de 530; y aunque entremos en la jurisdicción de la táctica, ya que lo exige el orden del discurso, quiere decir, que tendremos adelantado esto, para cuando tratemos sobre el particular más adelante: en dicha batalla, dada entre griegos y persas, lucharon de los primeros 25 mil, mandados por el tan célebre Belisario, y los segundos eran 40 mil, á cuyo frente iba Péroses, que dividió sus tropas en cuatro cuerpos, mandando él el centro, Pitiasus el ala derecha, Baserman el ala izquierda y el cuarto cuerpo lo componían los inmortales formando la reserva.

En esta batalla se habla de una emboscada detrás de una montaña, preparada por Belisario con parte de su caballería: dos días permanecieron los ejércitos frente á frente, decidiéndose la victoria al tercer día por los griegos, después de varias alternativas en los encuentros, dirigidos principalmente á las alas, tras la muerte de Baserman, y de los hechos heroicos de los hunos, que con Sunica, su jefe, acometen á los inmortales y los vencen.

Si esto pasó en dichas edades, á su vez la batalla de Ceriñola, dada el 27 de Abril de 1503, entre españoles mandados por el Gran Capitán y franceses por el duque de Nemours, abre las páginas en la Edad Moderna de la historia militar, como el hecho más culminante después de la primera campaña iniciada en Italia por el insigne caudillo, el que si obtuvo el título de bravo por su manera de luchar en Montefrío, Portugal y Granada, con el tipo de los antiguos guerreros, por ser buena lanza y no peor espada; con los éxitos en la misión que le fué encomendada por la Reina Católica, de pactar las bases con los moros de la capitulación de Granada; el que fué lo uno, repetimos, al conseguir lo otro, abrió las puertas del templo de la gloria para que en él le consagraran como Gran Capitán y político de la Edad Moderna. Entonces acabó el imperio de la fuerza, para que la ciencia comenzara á brillar con vívidos fulgores, al agitar los espíritus dormidos desde la muerte de Roma.

Se imponía la aparición del genio para que la ciencia fuera esparcida en todos sus órdenes, y para el militar, digámoslo otra vez, resultó el Gran Capitán: él supo entender que el Arte Militar estaba influído, como todos los organismos sociales, por las reformas de la época; que había que sustituir con el ingenio la fuerza y lo consiguió; suplir con la astucia el número y lo alcanzó, y comprender que la guerra de castillo á castillo había terminado, para entrar en el período de hacerla de nación á nación, y entendiéndolo, dió sus preparaciones, como hoy se hacen incluso para las de continente; y si todo esto y más era alcanzado en el concepto estratégico y táctico, ni desatendió el moral ni el político, pues las guerras fueron menos crueles, y dejando de obedecer al capricho, fueron impulsadas por la razón política á un fin determinado, siendo con un mundo descubierto para nosotros, la salvación de una época, como justo resarcimiento de la gran epopeya que representa nuestra lucha, casi de ocho siglos, desde la batalla de Covadonga, en 718, á la rendición de Granada, en 1492.

Las fuerzas que contendieron en la batalla de Ceriñola, decimos, se componían de seis á siete mil hombres de cada parte. Los españoles formaban el ala derecha de su Ejército, mandada por Pizarro, Zamudio y Villalva; el centro lo componían alemanes; la izquierda era tambien de españoles, al mando de Diego García de Paredes y Pedro Navarro; la caballería fué mandada por Diego de Mendoza y Próspero Colonna, contando además con artillería.

Los franceses tenían la derecha mandada por Luis Arche, el centro de infantería suiza y gascona por Chaudieu, y la izquierda á las órdenes de Ives d'Allègre.

No hemos de entrar en difusos pormenores sobre las causas de la guerra de Italia, que provocó Carlos VIII de Francia, y que fué germen prodigioso de nuestras inmarcesibles glorias; tampoco hemos de reseñar la portentosa artillería francesa, la mejor, con mucho, en aquellos tiempos, ni el empuje de las tan nombradas picas suizas, con sus 18 pies de longitud, al ser manejadas por hombres que formaban un cuerpo cuya fama era universal; con todo esto y más, tuvo que habérselas nuestro Gran Capitan, que, como es sabido, llegó el 24 de Mayo de 1495 á Sicilia, con cinco mil hombres y 600 lanzas. Desembarcó en Messina, conquistó las Calabrias, en cuyo país empleó la misma táctica que en la guerra de

Granada, táctica que desconocían los franceses, con la que les obligó á evacuar el territorio de Nápoles y capitular en 21 de Julio de 1496, con tales condiciones, que el historiador francés Comines no vacila en calificar aquella capitulación de «tratado vergonzoso, tan sólo parecido al que los cónsules romanos hicieron en las Horcas Caudinas, que por deshonroso no pudo aprobarlo la república».

En esta campaña conquistó Gonzalo de Córdoba el título de Gran Capitán, y la terminó con la toma de Ostia, por lo cual fué recibido en Roma con grandes honores, concediéndole el Papa la rosa de oro, reservada cada año á los que eran beneméritos de la Santa Sede.

El rey de Nápoles, D. Fadrique, hizo donación, que no fué aceptada, al Gran Capitán, de dos ciudades y siete lugares dependientes de ellas, con el ducado de Santangelo, diciendo, para honrar más al agraciado, que era necesario dar una pequeña soberanía al que era acreedor á una corona. El Gran Capitán regresó á España con la mayor parte de sus tropas en 1498, y el año 1500 salió de Málaga con una armada de seis buques, que conducía cinco mil infantes y 600 caballos, con los capitanes Diego García de Paredes, Zamudio, Villalva, Pedro Navarro y Pizarro, padre del conquistador del Perú.

Ante la superioridad de los franceses, que no llegaron á una inteligencia con nosotros en la repartición del reino de Nápoles, propuesta por Luis XII, por lo que se llevó la cuestión al terreno de las armas, el Gran Capitán, con buen acuerdo, se retiró á Barleta con la mayor parte de su ejército, como recurso defensivo, donde permaneció hasta entrada la primavera de 1503, y más de un año sin poder tomar la ofensiva, y con toda clase de privaciones; de aquel tiempo se cuentan mil hazañas, y entre ellas, el duelo de Bayard, el caballero sin miedo y sin tacha, y el capitán Sotomayor. ¡Cuántas enseñanzas muestran hechos como estos que nos ocupan! Dediquemos, pues, un recuerdo de admiración al Capitán ilustre y á cuantos le secundaron, ya que ni el tiempo ni otros hechos han podido obscurecer la gloria ni atenuar en nuestro espíritu la impresión honrosa de grandiosidades tantas!

Para llegar á la situación en que hemos colocado el problema, el Gran Capitán tuvo algunos refuerzos, que consistieron

en dos mil alemanes y 700 caballos que había en Ruvo, y que al tomar la plaza cayeron en nuestro poder, lo que le decidió á tomar la ofensiva de manera resuelta. El 26 de Abril salió el Gran Capitán de Barleta con todo su Ejército, y aquella noche acampó en los tristes sitios y de tan remarcable memoria, donde tuvo lugar la célebre batalla de Canas, á seis millas de Canosa; celebróse consejo de guerra, pues le gustaba oir la opinión hasta de sus soldados, y se puso en marcha el 27 para Ceriñola.

El ejército marchaba en el siguiente orden: la vanguardia la formaba la infantería española y 300 hombres de armas al mando de García de Paredes, Mendoza y Navarro; en el centro iba el Gran Capitán con Próspero Colonna y otros señores italianos, los alemanes y 200 hombres de armas, y la retaguardia, con 200 hombres de armas y 200 caballos ligeros, al mando del duque de Tormes y de Francisco Sánchez, despensero mayor del Rey. Además iba un cuerpo de 400 caballos ligeros, al mando del capitán Fabricio Colonna, marchando al costado del ejército, separado una milla sobre el lado de Canosa, para observar á las fuerzas enemigas é informar.

La aridez del terreno y el calor y la falta de agua, hicieron muchas víctimas en el ejército; el mismo Gran Capitán dió el ejemplo, haciendo que montara en la grupa de su caballo un oficial alemán, para que imitándole la gente de á caballo, pudieran descansar los más rendidos de los de á pié. En estas condiciones llegó el ejército á Ceriñola, después de 17 millas de marcha, con tantas penalidades, punto escogido por el caudillo, porque su situación topográfica le convenía para esperar á los franceses, como sus condiciones de ser un promontorio, en cuyo declive había muchas viñas, defendido además por un pequeño barranco. El Gran Capitán dividió su ejército en tres escuadrones ó columnas, que colocó entre las diversas calles que formaban las viñas; estos cuerpos los flanqueó con los hombres de armas, que dividió en dos trozos, y los caballos ligeros los situó fuera de las viñas, para que tuviera mayores facilidades en sus maniobras.

A la caída de la tarde llegaron los franceses; el duque de Nemours quiso aplazar el ataque hasta el día siguiente, pero algunos de sus generales no lo encontraron bien, y se decidió el avance, que tuvo lugar en escalones; el duque iba al frente de su van-

guardia, compuesta de hombres de armas que formaba el cuerpo más brillante que en la guerra de Italia se había presentado; seguíale el coronel suizo Chadernier y cerraba las líneas el general Ives d'Allègre.

Rompió el fuego la artillería española, situada en un sitio dominante, dando lugar á poco á la frase tan célebre del Gran Capitán, cuando vió arder la pólvora de nuestra artillería. «Buen ánimo, amigos, esas son las luminarias de la victoria.» Nemours quiso aprovechar el incidente, y manda cargar á su escuadrón á toda carrera, que se encuentra detenido por el foso, la empalizada de la trinchera y el tercio que manda Paredes; trata el duque de buscar un punto accesible, presenta el flanco y los arcabuceros alemanes y nuestros hacen en sus filas terrible efecto de desolación y muerte; el mismo Nemours perece en la lucha, como sus mejores capitanes; la caballería se desmanda, la infantería es rechazada, Ives d'Allègre huye con su caballería ligera sin entrar apenas en acción, y el Gran Capitán, que observaba estos y otros accidentes en la batalla, manda en aquel momento á su ejército salir de las trincheras y dar una carga en toda la extensión de la línea, siendo el ejército francés arrollado y destruído, y haciendo sólo la noche cesar aquella persecución, que terminó con la toma del campamento francés por nuestra caballería, cenando y durmiendo Próspero Colonna aquella noche en la tienda del heroico, aunque imprevisor y débil, duque de Nemours.

Tres mil franceses quedaron sobre el campo de batalla; los españoles se apoderaron de toda la artillería, bagajes y banderas del enemigo, y á consecuencia de esta victoria y la que el día 14 había conseguido el general español D. Fernando de Andrade sobre el general francés D'Aubigni, segundo del duque de Nemours, todo el reino de Nápoles quedó á merced de los españoles, y el Gran Capitán hizo su entrada triunfal en la capital de este reino el 16 de Mayo del mismo año.

Almirante, entre muchos párrafos notables en su artículo *Guerra*, dice: «Puesto que aquí el patriotismo no está reñido con la verdad, saludemos como promovedores de la restauración militar á los Reyes Católicos; como primero y práctico *profesor* del arte de la guerra, al inmortal Gonzalo, sin olvidar poner á su lado á las airosas figuras de Pedro Navarro, Paredes, Leiva, Alarcón,

Pescara, Urbina, Vasto, etc. ¡Glorioso plantel, fecunda academia de guerra con tales catedráticos! ¿Por qué extrañar que el eco de su voz y el centelleante fulgor de sus espadas siguiesen vibrando á través de dos y tres generaciones? Estudiemos nosotros, repasemos diariamente aquellas memorables lecciones, por si algún día la Providencia, en sus secretos designios, vuelve á poner á España, rejuvenecida, en trances análogos de gloria»

Con poco que reflexionemos, podremos observar que estos procedimientos de combate, de atraer al enemigo á punto ventajoso y atrincherado, destrozarlo con certero y nutrido fuego y convertir la táctica defensiva en ofensiva en oportuno tiempo, para caer sobre sus huestes y acabarlo de aniquilar, recuerdan aquellas palabras de las instrucciones de 1868, en las que decía Moltke: «Conviene utilizar, desde luego, las ventajas de la defensiva antes de tomar la ofensiva».

Pero no todos supieron aprender lo que es una verdad científica. La infantería española venció á la suiza en sus funciones tácticas: ésta, aferrada en su antigua formación, en falange ó en columna muy densa con enormes picas como las sarizas griegas, con las que supo vencer en el siglo XV á la terrible caballería de Carlos el Temerario y después en Novara á la francesa, en 1613 fué deshecha por la artillería de Francisco I, mientras que la infantería española, lejos de copiar tales procedimientos, toma los anchos vuelos de la ciencia militar que el Gran Capitán le enseña en Granada, Italia y otros puntos, hasta formar escuela imperecedera por sus victorias y glorias, que si entonces se practicaba en España, vemos en el haz luminoso de los grandes éxitos de la Prusia en el 70, por lo menos un rayo que nos pertenece.

Los que así no lo han hecho, han sufrido sus fatales consecuencias; en 1815, á presencia de Napoleón, se copiaba esa terrible disposición de las tropas amontonadas por batallones, unos tras otros en batalla, á corta distancia, para que los ingleses aprovecharan todos los proyectiles de su artillería; pero no se podía acusar en este caso de desconocimiento, pues si Gonzalo Fernández de Córdova inició la ciencia de la guerra, Napoleón le dió más anchos horizontes; y el mismo Moltke, á pesar de sus instruciones, tuvo que emplear, como hemos dicho, la ofensiva, sacrificando sus tropas, pero recurriendo al verdadero principio de la citada

ciencia: «á la mayor concurrencia de fuerzas, donde las del enemigo no podían llegar á igualarlas»; sabidas son las causas que influyeron en la batalla de Waterlóo, por este principio de la ciencia; Blücher hizo en ella lo que el Príncipe heredero de Prusia en Sadowa; pero estamos dando verdaderos alcances antes de tiempo.

No hemos de ir paso á paso en esta evolución histórica; ya hemos dicho la razón; siguiendo, pues, nuestro método, hemos de observar que Gustavo Adolfo el «Rey de Nieve», como le llamó la cancillería de Viena, tuvo una idea estratégica, la misma que Gonzalo y Moltke: «defenderse atacando», como los boers. Con 15 mil hombres desembarcó en Pomerania, el 13 de Junio de 1630, y al mes había duplicado sus fuerzas y se presentaba en Alemania trastornada, con un ejército modificado en organización y táctica, acolando ó apareando los regimientos que fué la brigada, empleando los tiradores, simplificando ciertas maniobras, amalgamando é interpolando las armas, aligerando la artillería, adelgazando las líneas é influyendo de este modo, y con otros recursos de su claro ingenio, á completar las condiciones morales de sus tropas, circunstancias que tanto determinaron los éxitos de las armas.

Epoca fué esta en la existencia de la Milicia remarcable, pues los ejércitos aumentan desde entonces sus contingentes; Condé, Turena, Montecucolli, Nassau y otros capitanes ilustres, fueron maestros en el bélico ejercicio, y la guerra de sitios se muestra preponderante, influyendo en ello la manera de ser de Luis XIV y los auxiliares con que contaba.

El Gran Federico dió un paso más formando escuela; le sucede Napoleón, que abarca el mundo con su mirada de águila, salva montañas, atraviesa ríos, derriba tronos, transforma las divisiones político-geográficas en el mapa, y cual César, imponderable, acomete hasta la distribución del tiempo, y la ciencia y el arte siguen acelerando el paso; la estrategia, porque se le llama ciencia, y la táctica, como repercusión de ella, se siente transformada, teniendo por polos, como dice Almirante, en los que gira el terreno y las armas; y desde aquellas masas inmensas de á ciento en fondo de la batalla de Thymbrea, se llega en sentido descendente á la columna de compañía prusiana, y con la distribu-

ción del trabajo, que ha traído la autonomía en el mando, los de compañía serán lo que en otras edades los mandos de batallón, escuadrón ó tercio, y la Milicia distribuye su iniciativa hasta el soldado; las batallas campales se reducirán á los ataques de puestos, como ha pasado en la guerra de 1870, y que propalaba hace un siglo Mauricio de Sajonia, y romperemos el frente, para lo que existen trabajos muy serios, y tal vez se llegue á la cresta militar, del mismo modo que nos encontramos en las trincheras abrigos, aprovechadas tan sabiamente por Wellington, como no utilizadas por los generales americanos, y perfeccionadas por los boers; y esa distribución del trabajo, impuesto por los complejos y múltiples problemas á resolver, y el contingente enorme de los actuales Ejércitos, y los perfeccionamientos y cambios profundos en los elementos del combate, han de imponer en el primero de ellos, «el hombre», lo que tantas veces hemos dicho, verdadera educación é instrucción adecuadas á todo ciudadano, único modo de elevar el nivel intelectual de la Milicia.

LA EVOLUCIÓN HISTÓRICO-CIENTÍFICA

I

Hora es ya de ir puntualizando, para tocar la resultante de lo que es tan debatido y con tan diferentes criterios. La historia militar, en su origen, es una misma que la general. Herodoto así nos lo muestra; Tucidides inicia la división del trabajo histórico-político y militar, que Jenofonte, en la retirada de los diez mil, hace de un modo definitivo, con la separación de la rama de la Historia militar, pura y exclusiva, que se destaca de la Historia general para seguir los derroteros que hemos trazado bajo los aspectos dichos, y que hay que estudiar bajo otro bien distinto. Los elementos que han aportado Tucidides, Jenofonte y Polivio, aquéllos por la independencia de la historia militar; éste, como lazo de unión de los dos pueblos; César, como narrador, á la par que Turena, Santa Cruz y Federico, como reflexivos, y Napoleón, eleván-

dose hasta las concepciones más sublimes del arte; estos elementos, decimos, los han complementado historiadores y escritores didácticos, como Maquiavelo, Salazar, Montecucolli, Folard, Puysegur y Feuquiéres, llevando sus investigaciones hata los confines de la Gran Táctica que Lloyd y Bulow traspasaron, el primero, examinando las líneas de operaciones, y el segundo las bases, reconociendo algunos principios que dominan la estrategia, no sin mezclar lo falso con la verdad; pero el honor indiscutible de haberlos deducido, corresponde, en primer lugar, después de Gonzalo de Córdova, como iniciador, y á Napoleón en concepto aplicativo, al Archiduque Carlos, á Jomini y á Clausewitz, como método científico.

Sobre esto dice Marselli: «Cuando la estrategia era solamente intuitiva, como en tiempo de Luis XIV, los escritores se entretuvieron con la intuición. Cuando el cálculo analítico de Federico se reveló en operaciones estratégicas desconcertadas, en operaciones que hoy se ajustan á un principio y mañana lo violan, en un sistema de guerra estratégicamente imperfecto, no subordinada á un concepto único y extenso, en un sistema de vivir sobre todo de expedientes, de tenacidad y de audacia; entonces los escritores que ejercitaban su examen en semejantes operaciones, podían descubrir y presentar este ó aquel principio, pero difícilmente despojarse de los errores, pues no fácil era llegar á un sistema completo y perfecto. En fin, aparece Napoleón, y con él el tiempo de escritores como Jomini y Clusewitz, y la guerra hizo como hecho y como disciplina el progreso que es tan conocido».

Pero á éstos hay que anteponer en tal sentido, al Archiduque Carlos y á Bulow, diciendo el primero, en sus *Principios de extrategia*, ya citados: «La extrategia es la ciencia de la guerra; ella escoge los planes, ella abarca y determina la marcha de las empresas militares, ella es, propiamente hablando, la ciencia de los generales en jefe.

»La táctica es el arte de la guerra, ella enseña los modos, después de los cuales, los grandes proyectos deben ser puestos en ejecución.

»La estrategia determina los puntos que deben ser ocupados necesariamente, é indican las líneas por las que han de estar unidos; por lo tanto, dichos puntos y sus líneas de unión, forman lo

que se llama en la guerra defensiva, la línea defensiva, y en la guerra ofensiva, la base de operaciones; ó bien, si se trata de llegar á estos puntos, que llegan á ser el término de la maniobra, las líneas que á ellos conducen, se llaman líneas de operaciones. Un ejército que se dedica á conservar los puntos estratégicos y se concreta á moverse de unos á otros, opera defensivamente, en toda la acepción de la palabra. Desde el momento que él sale de ellos, como de una base para atender á otros puntos estratégicos, ú otros objetos de operaciones, toma la ofensiva».

Jomini á la vez que el Archiduque Carlos, escribió, apareciendo algunos de sus escritos después de los hechos, pero antes que los de Napoleón y Clausewitz, y resultaron de las enseñanzas de las campañas de Federico, de las de Napoleón, de la comparación de una y otra, y de la clarividencia de Clausewitz, que tan hondo llegó en la razón de las funciones de la Milicia, que la historia iniciada por Herodoto, la delineada por Tucídides, emancipada por Jenofonte, y encajada en los modernos tiempos por Maquiavelo, Salazar y Marcenado, que la historia militar, decimos, tuvo lógico y natural asentamiento sobre una primera base científica.

Pero este estudio de relación no es exclusivo de los modernos tiempos; en los libros de Jenofonte, de Polibio y César, se encuentran muchas observaciones particulares sobre las diferentes ramas de la bélica función, que como hemos dicho, existe sintetizado en la historia política militar; lo mismo sucede en la época romana con Frontino, Onosandey, Vituvio, Apolodoro, Flavio, Arriano, Poliano y Elienio, ya citados, y en la bizantina, con Vegecio y otra porción de tratadistas militares, llamados á encauzar el modo de hacer la guerra; pero distanciados sus trabajos analíticos, de aquellos hechos de los pueblos antiguos, en el concepto militar y político, mal podían llegar á las conclusiones que solo dan la unión de la teoría con la práctica, y á los escritores modernos, y más aún, á los hombres de armas y letras, les tocaba acabar el trabajo, llegando por el método experimental, y el sintético ó analítico, por los fenómenos y los principios, á la ciencia militar, alcanzando la evolución, los mismos ó parecidos fines que las demás ciencias.

Resultaron, pues, los principios de la ciencia militar, de los

grandes auxilios que le prestó la historia, dando luz el estudio de las campañas, que con los hechos, proporcionaron el total complemento para que surgiera, tras de parciales aplicaciones y estudios de hombres como los citados; más esto no era bastante, porque se imponía llegar á la historia militar general que abarcara las nuevas conquistas en el concepto científico. Es claro, que estas conquistas, han sido posteriores á nuestro Santa Cruz, pero si le cupo la gloria de trazar el camino para llegar á dicho fin, y para demostrarlo vamos á citar lo que dice en el tomo X de su obra: «Diversos amigos me avisan, que muchos políticos dejan de buscar esta obra, porque le ven el solo título de *Reflexiones Militares*, y que algunos hombres de guerra, no continúan su lectura, porque en el primero y segundo libro, no encuentran más que moral y política; así, no discurro, inútil dar al público la tabla que sigue, y el motivo que tuve para no ampliar dicho título... etc.»; y efectivamente, en los veinte libros de los diez primeros tomos, la parte que figura de estos conceptos, están comprendidas en la citada tabla, entre un décimo en el tomo VII, y siete octavos del libro 6.° del tomo II; dichos conceptos son: moral del soberano y su política, y reglas morales, políticas y militares del jefe.

Vemos, pues, que á Santa Cruz, que acomete con briosa é inteligente escuela á los problemas militares, en su voluminosa obra, le corresponde el honor de la iniciación, en lo que después había de imponerse, y no se diga que el pensamiento no está emitido con claridad, porque lo que él dijo en los comienzos del siglo XVIII, lo repite Marselli, entre otros, en las postrimerías del XIX, y las citas suyas del caballero Folard, por ejemplo, hoy se reproducen; pero aún hay más; dice en el tomo XI: «En todas las ciencias y artes se acumulan cada día los progresos; en ninguna facultad hay menos estudiosos que en la guerra; conque no debemos creer que en ella se llegó al punto de perfección, que en nada de lo sublunar se encuentra». ¿Y qué quiere decir esto más que debemos ponernos por el estudio al nivel de los demás elementos del Estado?

Y ya que de Santa Cruz nos ocupamos, ¿no asombra el modo con que acomete las justificaciones en el fondo, el frente y los intervalos en aquellos tiempos, en el que defiende los doce y los veinte hombres de fondo?; veamos como lo hace: «Respecto que

si en mi ejército, dice en el tomo XI, hay más fondo que el ordinario, también hay más blancos por donde la bala puede correr sin herir á persona alguna. Hasta hallarse los enemigos á tiro de fusil, ¿quién te embarazará de cubrir por una simple fila de los más inmediatos soldados de tropas sueltas, diversos intervalos, para que los artilleros enemigos no distingan donde están las tropas de mucho ó de poco fondo?

¿Y qué es esto, preguntamos nosotros, más que el problema actualista, estudiado, entre otros, por el coronel francés Enrinch, en su *Essai du Reglement sur les manœuvres de l'infanterie*, el mayor general italiano Degiorgis, al tratar del *Avance y fuego de la infantería en el combate*, en lo que recomienda la línea de filas, y por el comandante Burguete en sus *Nuevos métodos de combate?*; pero separándonos con harto sentimiento de lo que ha concluído por digresión tan larga como importante, y tomando el asunto en el punto dejado, diremos, que si Santa Cruz inició los formulismos del problema, tal y como lo estamos tratando, el período que podemos llamar de preparación, se le debe, aunque sea de intento, á Carrión Nisas, Rocquancourt, La Bárre-Duparque y otros, sobre todo los dos últimos; por más que todos ellos por la forma expositiva, método de análisis y consecuencias lógicas, resultan distanciados en las actuales enseñanzas, aunque la obra de Rocquancourt sea notabilísima por lo compendiosa y altos conceptos, dado el sistema de producción intelectual adaptado á las exigencias científicas que trazan los nuevos métodos de combate; ellos son, por lo tanto, eslabones de esta larga cadena que venimos examinando.

Tras ellos aparece Corsi, hijo de la joven Italia, como no queriendo que su Patria quede atrás, en ninguna de las manifestaciones de la producción humana, y ofrece á su nación estudios verídicos y en galana forma de aquellas campañas de los capitanes de los siglos XVIII y XIX.

Pero tras este período de preparación, más bien de forma histórica de relación, que de enlace científico en todas sus manifestaciones, iniciado por Santa Cruz, en los dos aspectos dichos, como ciencia militar, y en consorcio con las demás ciencias, aún considerándola como historia militar convertida en ciencia, habrá que tener otros alcances los que determinan la sociología, y veamos

de qué modo al estar casi tocando el fin después de recorrer tantos como penosísimos derroteros, venimos á las recordaciones del principio, con dos trascendentales concluyentes: primera, la necesidad de la nación armada, y segunda, el modo con que la ciencia militar entra en íntima unión con las otras ciencias, en aquel amasamiento que nos dice Villamartín; en el de las relaciones.

No recordamos ahora que siguiera exactamente el pensamiento de Santa Cruz, otro que Guibert, aunque no con iguales extensiones de conceptos, pues su obra *Estado actual de la política y de la ciencia militar en Europa*, según la crítica imparcial, pretendiendo abarcar en ella los amplios conceptos que el título comprede, no se excede del giro de las ideas de Polibio, y en el fondo sólo descubre generalidades.

Luigi Blanch, en cambio, está más identificado con el procedimiento y el ideal perseguido; resultó en ello lo que Vico y Oncken en la Historia general, y Reclus en la Geografía universal. Blanch, según Marselli, fué autor de una creación primordial, y Vico ejecutor de una derivada; y nosotros pensamos que á su vez fué de este segundo orden en sus *Nueve discursos sobre la ciencia militar, considerada en sus relaciones con las demás ciencias y el estado social* (1851 de la segunda edición italiana, Nápoles 1842), por más que en su método comprendiera muchas de las nuevas conquistas de la ciencia militar, método igual al seguido por Palmieri, que considera el Ejercito compuesto de tres elementos: hombres, armas y órdenes, y que de la manera de formar los Ejércitos se deduce el estado social, y de las armas y de las órdenes, las condiciones industriales y científicas, y como nuestros esfuerzos todos y únicas tendencias, no han tenido otro objeto, por aquí llevamos á los que han tenido persistencia para seguirnos.

Es verdad que estos tres elementos constituyen el Ejército, «pero, agrega el autor: es necesario mover esta máquina, administrarla para que viva, gobernarla, hacerla marchar, atrincherarla y combatir».

Blanch, creyendo que el arte de la guerra es el espejo en el que la civilización se refleja, pensando como Palmieri, cree hacer una reconstrucción por el estilo de las de Cuvier, que por un órgano del animal antidiluviano, reconstituye el animal; y aquí está

precisamente el método inductivo que decimos, que es el del sabio paleontólogo. Pero la obra de Blanch no está acabada, es un esquema, un prolegómeno, casi pudiéramos decir; en la época en que fué escrita, no había alcanzado el método esperimental; los grandes vuelos de nuestros días, y en su lucha con el idealista, no pudo facilitarle aquellas fundamentaciones con que hoy se cuenta, pero entre las vacilaciones y temores, no sólo del presente, sino hasta del porvenir, en los problemas á resolver.

No queremos limitar el análisis ni la contraversia en lo que representa tanto; y aunque vayamos mucho más lejos que nos proponíamos, nos detendremos algo en Blach y Villamartín, estudiaremos lo que Marselli dice sobre la ciencia militar, aunque él no pretenda, según propia confesión, acabar la obra de Guibert, Blanch y Palmieri, y llegaremos á Lewal, Derrécagaix y Moltke, y á cuantos nos imponga nuestro propósito, ya que algo se asemeja la índole de estos estudios, á lo que con el racimo de cerezas sucede.

II

Dentro de la sociología, la ciencia militar, no bajo el concepto de aquellas ramas del estudio de la guerra, como la Artillería y la fortificación, por ejemplo, que encuentran en las matemáticas y en las ciencias naturales claro fundamento científico, según Marselli, y en lo que estamos conformes, la hemos de estudiar en el aspecto científico, en aquellas partes que se llamen estrategia, logística y táctica, que fundamentadas en las ciencias morales, se dejan influir en sus resultantes en forma determinadísima; y nos encontramos de lleno otra vez, en que si la guerra es arte ó ciencia, tema debatido bajo la base de Villamartín y Almirante, pero que en la ocasión presente, lo hemos de hacer en derivada forma, veamos como.

Villamartín, con las potenciales de su privilegiado entendimiento, llega allá donde pueden hacerlo los que sus condiciones tienen; él encontró que el Archiduque Carlos llamó ciencia á la

estrategia; que Bulow, en su obra *Strategies*, publicada en Berlín en 1805, causó honda y universal impresión, que cual extensiones de Folard, le aplicaba la geometría, la triangulación, las retiradas excéntricas, y en una palabra, considerando la ciencia matemática; que Jomini la llama todo lo contrario, diciendo que la ciencia estaba en el estudio de las campañas de Federico y Napoleón, y entonces, remontando Villamartín su vuelo intelectual de manera prodigiosa, imperecedera, encontró el sitio de la ciencia militar, la delineó, la desentrañó de las otras ciencias, y dijo: «ahí está la solución de lo tan penosamente buscado y discutido, y con verdad tan inconsusa, los hombres le elevaron un pedestal que, aunque no fuera lo alto que merecía, lo colocó al nivel de los que se encuentran sobre los demás.

Identificados, pues, con este principio, no vamos á dar más extensión á la controversia en este sentido, sino que pretendemos partir de donde Villamartín nos ha llevado, para descender por vifurcaciones y derivadas, hasta tocar la distribución, aplicaciones y término de la ciencia militar en nuestros días, y como Marselli es, en nuestro juicio, quien va como pocos, de la cumbre al valle, y allí cultiva con adiestrada forma, lo mismo el llano, que la cañada ó el barranco, á él recurrimos tomando trozos de su notable obra *La Guerra y su Historia*, en todo aquello que exija el plan que vamos siguiendo.

En tres grupos pueden considerarse divididos á los que se ocupan de este estudio: los que creen á la guerra arte, los que la consideran ciencia, y por último, los que piensan de ella, que es lo uno y lo otro. Aparte de Clausewitz, que representa á los que no la aceptan ni como una cosa ni otra; comprendemos en el primer grupo, entre otros, á Decker, Brokhaus, Renard, que la llama «arte suigeneris», Napoleón, Marmont, que define el arte de la guerra notablemente, diciendo «que es el conjunto de los conocimientos necesarios para conducir una masa de hombres armados, organizarla, moverla, hacerla combatir y dar á los elementos que la componen el mayor valor posible, velando al mismo tiempo por su conservación». Y también la llama arte, como hemos visto, nuestro almirante, con ese espíritu de condensación que se agitaba en su cerebro, entre otros privilegios, y dada la situación en que el problema en su tiempo se encontraba.

En el segundo grupo aparecen, Luis Blanch, que conceptúa á la guerra como ciencia, más bien moral; el general F. A. París, que define las ciencias militares en dos clases: en principales, que comprenden la historia de la guerra, la estrategia y la táctica; y en auxiliares, la tecnología, la fortificación, el estudio del terreno, la topografía, la geografía militar, los conocimientos de Estado Mayor, la administración de las tropas, el servicio de Sanidad, etcétera. A Jomini lo comprendemos también en este grupo, y dice al tratar de la teoría actual de la guerra en su *Compendio de Arte Militar*: «Las relaciones de Federico el Grande principiaron á iniciarse en el secreto que le habían hecho alcanzar la sorprendente victoria de Leuthen ó de Lissa, penetrándome de que este secreto consistía en la sencilla maniobra de conducir al grueso de las fuerzas sobre una de las alas del enemigo, contribuyendo muy luego Lloyd á fortificar mi convicción. La misma causa hallé en los primeros triunfos de Napoleón en Italia, la cual me sugirió la idea de que la clave de toda la ciencia de la guerra consiste en aplicar por la estrategia á todo el teatro de una guerra el mismo principio que había guiado á Federico en las batallas».

Más adelante, continúa: «Porque un general después de haber asistido á doce campañas, de saber que la guerra es un gran drama en que mil causas físicas ó morales obran más ó menos activamente, y no puede reducirse á cálculos matemáticos, resultando, de lo dicho, ciertos puntos de contacto con Blanch ó Blanc, pues de los dos modos le llaman, y para demostrarlo, vamos á citar algunos pensamientos de su notabilísimo libro, y para que nada nos falte, recordemos que nació en Madrid el año 11 del pasado siglo tan eminente sociólogo. Dice así su libro citado: «Supuesto que la base de la guerra es su principal agente, y que este es el hombre y su teatro el mundo, deducimos de aquí que las ciencias morales que consideran al hombre en su naturaleza, y que le facilitan su marcha por el mundo, son las únicas que pueden explicar el gran fenómeno á que se refieren las narraciones históricas que celebran las sublimes composiciones de los poetas. Consideremos igualmente que además de estos estudios, que tienen relación con el agente, es indispensable también conocer el lugar de sus operaciones, el mundo, para calcular el valor del espacio, del tiempo y de los accidentes locales, y últimamente, todas

las circunstancias en que se contienen todos los atributos necesarios, que son sus propios instrumentos, tales como las armas de que han de usar los hombres y todo cuanto se denomina material de guerra. De esto inferimos que las ciencias morales, las exactas y las naturales corresponden al principal elemento de la guerra, que es el hombre; á las armas y á su orden, con el conocimiento del espacio en que ha de operar aquél y éstas. Fijado este principio, nos pareció que una ciencia que abrazaba tan bastas relaciones, y que había servido de medio á tan formidables transformaciones sociales é impedía algunas otras, debía influir poderosamente en el destino de toda la humanidad é imprimir la fisonomía que distingue todos y cada uno de los períodos importantes de la historia de las naciones... y que estas cuestiones (las militares, económicas y políticas) eran precisamente las que ocupaban á todas las corporaciones consultivas ó deliberantes de los diversos Estados de Europa, y nos persuadimos de lo impropio que era que los miembros de estas corporaciones no poseyesen, en su mayor número, nociones de la ciencia de la guerra, y que los militares que se encontraban en ellas, careciesen igualmente de conocimientos generales sobre las relaciones de la guerra con el estado social».

Más adelante dice: «La filosofía es la suprema ciencia legisladora: en ella se hallan explicados todos los hechos que pueden resultar de la inteligencia y la voluntad. Tratando del hombre, del mundo y de Dios, nos conduce á las más arduas cuestiones sobre nuestro destino, describe y circunscribe nuestras fuerzas, graduándolas por nuestras facultades, calcula las relaciones de la inteligencia con la voluntad, y de la voluntad con la inteligencia, y explica el por qué es una verdad primitiva aquel dicho de Bacon. «Que la ciencia es fuerza y que el hombre tanto puede cuanto sabe»: y que es hecho probado que el hombre es débil ante fenómenos que no comprende, y que gana fuerzas á medida que los va sujetando á ciertas reglas ó leyes. Cuales sean las relaciones de la filosofía con la ciencia militar, es sencillo de conocer: pues no son otras que las que deben existir entre una ciencia superior y otra subalterna: y como el asunto de la filosofía es el hombre, Dios y el mundo, y la guerra tiene por principal ajente el hombre, por teatro el mundo y además es instrumento de los

misteriosos decretos de Dios, resulta de aquí que son completas las relaciones de una y otra, pues en un Ejército hay una sociedad con todas sus condiciones y un fin á que aspirar».

Cita en apoyo de su doctrina, lo que dice Cousin: «Dadme el estado militar de un pueblo y su manera de hacer la guerra y me encargo de hacer un bosquejo de todos los demás elementos de su historia; porque todas las cosas tienen su enlace y se resuelven en el pensamiento como principio, del mismo modo que con la acción con el efecto, ó lo que es lo mismo, se resuelven por la metafísica y por la guerra. Por esto, la organización de los ejércitos y aún la misma estrategia importa en la historia. Todos vosotros habreís leído á Tucidides; observad el modo que tenían de combatir los atenienses y los lacedemonios y se os representarán enteramente Atenas y Esparta».

Agrega el siguiente pensamiento de Foy: «El genio de la destrucción tiene sus sublimes inspiraciones, las cuales nos revelan una fuerza de pensamiento superior á la que preside á la creación de la poesía y de la filosofía; y la parte más elevada del arte, que es la estrategia, se encuentra ser filantrópica en su desarrollo». Y hay que tener presente que Cousin parte de la filosofía, y Foy de la guerra y que llegan á la misma concluyente: la analogía de la guerra con las ciencias físicas y morales. Del mismo modo que Blanc, en su inmortal estudio, que encierra una verdadera Antología militar, dice entre otras cosas, «que la guerra es una ciencia aproximativa, pero no exacta»; «y que la ciencia de la guerra tal cual era á la muerte del Gran Federico y la de nuestros días, es la misma que existe en la obra de Guibert, considerada como la más clara y completa exposición de los adelantos prusianos, y la de los principios de estrategia, atribuida al archiduque Carlos y considerada como la más metódica y científica exposición de los grandes movimientos».

A más de los citados, se comprende en este grupo á Derrecagaix, que declara: «Que tras de la importancia que tiene la historia militar, como demostración de los principios de la táctica y de la estrategia, aparecen estas cual las dos grandes ramas que forman una misma ciencia, el Arte militar que descansa en principios, que para su más fácil comprensión exige un orden determinado; los de la extrategia, los encaminados á las operaciones

que son el preludio de las luchas y los de la táctica de combate».

Y en cuanto al tercer grupo, lo forman Willisen, Rustow, Sánchez Osorio, Villamartín, Marselli y otros muchos, que como el archiduque Carlos llaman ciencia á la estrategia, y arte á la táctica; pero como no es posible prolongar más esta especie de disertación expositiva, concretando, veamos lo que dice Marselli.

Tan eminente escritor militar opina que todo producto de la actividad humana adquiere carácter científico si el pensamiento descubre en él los principios que espontáneamente le constituyen, si lo someten á las leyes y expone su contenido en orden didáctico, determinado por un método racional. Por este procedimiento el arte se convierte en ciencia.

Viceversa, toda ciencia se convierte en arte, si de la teoría se pasa á la aplicación práctica. De donde resulta que ciencia es el hecho pensado, ó sea el saber, y arte, el pensamiento aplicado, ó sea el hacer.

Hay un arte que precede á la ciencia y otro que le sigue; en aquél como en este, vive el pensamiento; pero allí espontáneo, aquí reflejo.

De estas premisas se sigue que la guerra es ciencia como teoría, y arte como obra, y que primero ha venido el hecho, la teoría después, y por último, la teoría consciente de esta. Pero entre tanto se preguntará: ¿Por qué el nombre de arte de la guerra no se ha mantenido dentro de los límites de la obra, sino que ha invadido los dominios del pensamiento, y penetrando por consiguiente en la teoría, se da el nombre de Arte militar al estudio de la guerra? Nosotros no somos de los que desprecian el empleo espontáneo de ciertas palabras; por el contrario, creemos que dicho empleo lleva siempre en el fondo un motivo más ó menos fundado.

Como acaba de verse, la guerra comienza con el arte y concluye con el arte: la ciencia está enmedio, y está allí como medio. De donde resulta que el objeto predominante de la ciencia de la guerra no debe ser la especulación, sino el enseñar á hacer, esto es, á vencer. ¿Es para maravillar, por tanto, que en esta especie de concurrencia antonomásica haya triunfado el nombre que mejor se adaptara al ambiente y al objeto práctico? Pero queremos ser más amplios todavía en la justificación del uso general. Se

puede argüir que el objeto práctico no tiene derecho á transformar en arte lo que es ciencia, y se puede preguntar si por ventura, semejante invasión de un nombre en el campo ajeno la habrá facilitado algún súbdito tendiendo la mano al invasor. En este punto tenemos sus dudas y las queremos manifestar.

La ciencia, en su significado más riguroso y extremo, está constituído por principios inmutables, por leyes constantes, por una teoría, en suma, que comprende de una manera estable la razón eterna de las cosas. En el momento en que la ciencia alcanzara semejante ideal, se haría digna en absoluto de su nombre; pero á este punto el ideal no llega de pronto y acaso nunca por completo, razón por la que decimos que la ciencia es variable y progresiva.

Entre la perfección absoluta y la mutabilidad continua, entre la ciencia inmovible y la ciencia aún no formada, hay un espacio intermedio, en el que se fortalece, mediante un esqueleto constante en su mayor parte, y progresa, no tanto destruyendo lo que creía verdadero, cuanto concentrándolo en otro verdadero más comprensivo, ó sea remontándose á principios más generales y á leyes más superiores, ó haciendo incesantes investigaciones de nuevos hechos y otras leyes.

En dicho espacio se mueven las ciencias que solemos llamar constituídas, sin exceptuar las matemáticas, que también se transforman en nuestro siglo.

La guerra es materia de ciencia, porque tiene sus principios inmutables, pero precisamente porque el objeto práctico se impone en su estudio, el cual, en vez de mantenerse en la región de la teoría abstracta, pasa inmediatamente á las aplicaciones referentes á los medios con que se hace la guerra en tiempo determinado. Abrid un tratado de táctica, por ejemplo, que sea reciente, y veréis deseguida que multitud de principios temporeros, de opiniones referentes á las armas de hoy día y de formas caducas, envuelve el sútil atractivo de los principios inmutables. ¿Esa importancia, que en dicho libro didáctico tiene la aplicación con arreglo á medios por demás transitorios, ese arte que se abre paso en la misma enseñanza teórica, ¿no podrá subyugar á la ciencia y hasta arrebatarle el nombre? Se ha repetido tanto la frase de Napoleón: «La táctica cambia cada diez años», que, por

último, no sólo se ha perdido de vista, que hasta en la táctica los principios permanecen inmutables, sino que se ha tenido cierto temor de dar el sacro nombre de ciencia á un estudio empírico, sobre el que tanta influencia ejerce la voluntad de las cosas.

Si miramos el hecho de la aplicación, inmediatamente se nos presenta á la memoria la existencia de una mecánica dividida en racional y aplicada, digna en ambos casos del nombre de ciencia. En cuanto á la mutabilidad, nos consolaremos pensando, que si una aguja pone en revolución la táctica, un hueso arruina á la Paleontología. Esto, no obstante, nadie rechaza el nombre de ciencia á la Paleontología, y á lo más se dice que se halla en vías de formación... Una cosa tenemos el derecho de pretender, y es, que la aplicación misma reviste un carácter científico Esto precisamente conviene de un modo maravilloso á la táctica. Las armas mudan, es verdad, pero dada un arma, puede deducirse á priori la forma táctica pura del combate, y dada un arma, un terreno y la posición del enemigo, puede deducirse, así mismo, la forma táctica aplicada. Demostrar las relaciones lógicas entre los medios, aun cuando sean temporeros, de que la táctica se vale, y los fines que se requieren conseguir con los combates, es hacer la obra científica.

Como nos ocuparemos sobre este particular más adelante con cuanta extensión se merece, hemos citado lo que Marselli dice, más bien en atención á la marcha del problema en su evolución, que, como solución concreta, pues el mismo Marselli dice, al ocuparse de la estrategia, que está fuera de toda cuestión para muchos que es ciencia, porque se halla teóricamente constituída de pocos principios constantes, y de verificarse la variabilidad es fuera de su esfera, es decir, en los medios logísticos y tácticos, por lo cual, en lenguaje comun, se dice la ciencia estratégica y el Arte Militar. Más, por otra parte, semejante ciencia estratégica es una cosa tan sencilla, que al tener necesidad de exponerla, nos apresuramos á advertir que por sí misma no es casi nada, encontrando su vida concreta, en su aplicación á la geografía, á la historia y á la logística. Siendo este estudio, más bien que doctrina abstracta, la ciencia estratégica, y arte la aplicación real en tiempo de paz y guerra, lo que constituye el arte

práctico, es lo que ha de hacerse con el hombre, con el material y con el terreno, encontrándose entre uno y otro, la legislación, los reglamentos y las instrucciones. Marselli refuerza su argumento con la cita del general Peucker, que no obstante ser discípulo de Clausewitz, llama en sus instrucciones acerca de los cursos de la Academia de Guerra de Berlín, á los cursos de táctica é Historia Militar, científico militares, etc., y el tratado de dicha escuela, comienza diciendo que las ciencias militares se dividen del modo siguiente: primero, en principales que comprenden la historia de las guerras, la estrategia y la táctica; segundo, en auxiliares, cuáles son, la tecnología, la fortificación, el estudio del terreno, la topografía, la geografía militar, los conocimientos del Estado Mayor y la administración de las tropas. Pero, ¿qué diferencia existe entre el criterio del general Peucker y lo que acabamos de citar respecto del general mayor, al servicio de la Prusia, F. A. París, en su *Tratado de Táctica aplicada?* Es más, ¿qué problema es el primero que presenta nuestro erudito jefe de Estado Mayor, López García, en su *Programa y apuntes de Arte de la Guerra y de servicio de Estado Mayor*, parte, esta última, debida al meritísimo jefe de dicho Cuerpo, Mora y Garzón?; pues el mismo que nos ocupa, porque su libro es una verdadera Antología militar; empieza con Marselli con el problema que analizamos, y sigue con Ruíz Fornells, para volver al primero, y continúa con Barbasán, Lewal, capitán Victory, von der Goltz, Annenkoff, Fix, Derrecagaix y otros, en lo que es un texto de nuestra Escuela Superior de Guerra, dirigido por las indiscutibles competencias del profesor, y que trata de si la guerra es ciencia en primer lugar, de la preparación de la guerra, movilización, política de la guerra, concepción de las operaciones, ejecución de las operaciones, los medios de la estrategia, logística, operaciones estratégicas, operaciones tácticas, grandes maniobras, y la dicha segunda parte sobre el servicio de Estado Mayor.

¿Acaso no ha llegado el momento, continúa Marselli, de que adoptemos también esta denominación, relegando el nombre de Arte Militar á la aplicación del saber al hacer? Después, coincidiendo con Villamartín, recurre á la misma figura, y dice: «Las batallas y todas las operaciones de la guerra real que las prepa-

ran, las acompañan y las concluyen, forman las estatuas, los cuadros, las obras del Arte Militar.

Napoleón decía que la solución de los problemas de la guerra requieren la potencia del talento de Newton ó de Euler, pero Marselli replica: que se necesita más, porque ni el uno ni el otro, tuvieron que resolver sus problemas con la rapidez del relámpago, en medio de la tempestad de las pasiones humanas, de los elementos naturales y en presencia de un espectro de un terrible drama; queriendo decir con esto, que el paso de la ciencia al Arte Militar es dificilísimo; que el buen capitán debe ser hombre de pensamiento y de acción, calculador, rápido y exacto, rico en expediente, y lo que se llama un carácter; que el estudio puede allanar el camino, pero no basta, porque requiere el genio del arte; de donde se deduce, que el general jefe de un Ejército ha de ser sabio y artista; sabio para la preparación, y grandes conocimientos, en lo que no hay diferencia entre Blanc, Villamartín, Marselli, ni Moltke; y artista, para que la inspiración supla allí donde la ciencia se detiene, porque si Marselli dice, que el arte precede á la cieneia, para ir tras de ella con existencia fundamentada, en el arte mismo, nos permitiremos agregar nosotros: el hombre ha de remontarse con sus facultades á las regiones del genio, que es precisamente de donde las ciencias brotan; que en la guerra se traduce, en sentir esa centella moral, como dice Napoleón, para adivinar al enemigo, y resolver en el logro de la victoria.

En la guerra que la forman conflictos armados, y en movimientos que sirven para producirlos y coordinarlos, para salir victoriosos, se prepara en tiempo de paz el instrumento apropiado al logro del fin; esto dice Marselli, y luego agrega, que los actos de esa preparación son los mismos que ya tenemos estudiados. Reclutar el personal, organizarlo, administrarlo, disciplinarlo ó educarlo conforme á las leyes y las sociedades civil y militar, instruirlo y suministrar el material móvil (armas, municiones de guerra, equipos, caballos, carros, puentes, télégrafos, víveres, etcétera), y el material estable (cuarteles, almacenes, establecimientos industriales, arsenales, fundiciones, etc.); de lo que resultan tres ocupaciones para el organizador de la potencia militar, relativas al personal, al material y al terreno.

La instrucción es práctica y teórica; la una empieza por la instrucción individual, generalmente por la táctica elemental, y concluye por las grandes maniobras, en las que se imita la guerra en lo posible, formando éstas en la paz, aquellos actos que asemejan su acción á la guerra; debiendo entenderse que en medio de la guerra misma, continúa la preparación á retaguardia del ejército combatiente, para ir nutriendo y auxiliando.

El Ejército, el instrumento de la victoria, como lo llama Marselli, que Banús lo compara á un enorme proyectil, cuyo choque ha de destruir al ejército contrario, entra en esta parte de nuestro discurso, en el período designado con el nombre de la instrucción teórica ó ciencia de la guerra, que es el estudio de las funciones todas militares, y que se divide, según éstas, en preparación, ó sea cuanto á organización se refiere, y ciencia de la guerra en concepto concreto. La organización, mientras es la ciencia general de la potencia militar de un Estado, comprende las partes que reciben en ella pleno desarrollo, y otras lo reciben en todos los tratados militares al desenvolverse en educación é instrucción con la estadística y las ciencias sociales.

Teniendo el contingente, claro es, que lo inmediato que ha de resultar á conseguir, será la distribución respecto á si propio, por la táctica, y con relación al territorio, por las condiciones de éste, á la que se han de adaptar las tropas, por las razones pedagógicas y las fundamentaciones de la política, la estrategia y la logística, entrando la táctica á su vez en concepto más abstracto, ó sea en el de la gran táctica; y ahora tienen su puesto lo que pudiéramos llamar elementos orgánicos de tratados militares particulares que ya hemos citado y que repetimos, para seguir sin intervalos el camino hasta llegar á nuestro objeto; estos tratados son de legislación militar, de artillería ó de armas, de administración ó pedagogía militar, psicología, hasta dictar reglas como las que exigen la orientación en el mando de los ejércitos, recordando lo que el Archiduque Juan Salvador dijo á propósito de ésto, en una conferencia en Viena: «Nos ocupamos mucho, y casi exclusivamente, de aumentar el saber y el poder del soldado, como si la fuerza de voluntad, como si el ser dueño de sí mismo, no fuese la cosa más esencial, que es preciso cultivar, no sólo para quebrantar y resistir la voluntad pasiva y contraria, sino para excitar la

positiva y activa; porque esta educación solamente de la voluntad, que nosotros podemos alcanzar, nos conducirá á las resoluciones audaces que nuestro reglamento preconiza y presenta como las mejores.» Y si Dragomirow y otros célebres moralistas tratan de los fundamentos psicológicos para el soldado, sus obras y estos grandes pensamientos parte son de la ciencia moral, que nos da á conocer uno de los más importantes secretos de la victoria, y que los generales en jefe han de poder abarcar con sus raras condiciones intelectuales é imaginativas, como derivación de ellas, según la opinión de Blanc, y con la que estamos conformes.

La organización define estas ramas, hace ver su objeto, la parte que toman en su conjunto orgánico, las coloca y enlaza, y deduce de ellas los principios fundamentales que puede. Tratada la organización táctica, territorial y sus ramas derivadas, particularismo técnico, se ha de extender á cuanto se refiere á la educación y la instrucción, porque como hemos visto, al tratar de los centros docentes militares, no existe ni pedagogía militar, ni método de enlace cierto y general, con la enseñanza civil.

Aquí, pues, hemos llegado en la tercera parte de nuestra obra, y para concluir, después de todo lo que llevamos dicho sobre los orígenes y fundamento de la ciencia militar, para dejar patentizado cuanto á esto se refiere, no sólo bajo tales aspectos, sino en la participación grandiosa que en ello hemos tomado en todos tiempos, varios tipos y distintas escuelas, demos una ampliación á lo dicho, en la forma siguiente:

El mariscal Gouvion-Saint-Cyr ha dicho, á propósito de que los oficiales deben conocer el arte de la guerra: «Que es un arte para los generales, una ciencia para los oficiales y un oficio para el soldado». Y el general Paucker, ya citado, á cuyo testimonio acude el general Pierron en sus *Métodos de Guerra*, dice sobre estos extremos: «Los conocimientos históricos constituyen el medio más eficaz de aprender, en tiempo de paz, los procedimientos del combate y la base más sólida para asimilarse los grandes principios. Ellos son el camino más seguro de todas las ramas del saber militar»

El estudio de la historia militar debe tomar en consideración las grandes operaciones de guerra y la conducción de los Ejércitos. Ella debe hacer sobresalir la conexión que une íntima-

mente, á los grandes capitanes con los resultados obtenidos en las guerras más remarcables. Los estudios históricos no deben estenderse á las épocas que no ofrezcan bases características para los métodos de las actuales guerras. Ellas deben caracterizar el arte militar del siglo XIX; familiarizar á los oficiales con la vida real de los Ejércitos en campaña; prepararlos á conservar la cabeza lucida y el corazón caliente en el peligro y, en fin, exaltar sin cesar los sentimientos del patriotismo».

Por esto hemos de recordar, que con Gonzalo de Córdoba tuvimos la base en el siglo XVI, y el método y la exposición, con Salazar, Mendoza y Vázquez; en el XVII, entre otros, con Moncada y Melo; Santa Cruz, en el XVIII, nos dió el origen de la ciencia militar tal y como debe entenderse, y que Villegas y Marín tratadistas fueron; salvando el primero la crisis espantosa que las letras en aquel entonces sufrían, pues ellas, la Milicia y la cultura, alcanzaron todas el más bajo nivel, y en el siglo XIX, que según Vidar apenas teníamos literatura, fué menester que tras de Lardizabal y Campany, en 1806; Sánchez, en 1807 y Barbaza, Salas y Ramonet después del año 14, viniera la arbitraria é incalificable *Purificacion* del año 1823, que privó al Ejército de sus más brillantes y distinguidos oficiales, que para vivir tuvieron, incluso que emigrar y dedicarse á estudios militares, y salieron nombres, como el de Evaristo San Miguel, con sus *Elementos de Arte Militar* (1826), iniciándose una nueva era de gloria para nuestra literatura militar, en la que figura Clonard, Ximénez Sandoval, San Román, Calonje, Vallecillo, llamado el Nestor de los publicistas militares, Zarco del Valle, que dió gran impulso á la historia; Sanz, marqués del Duero, con su notable táctica; Villamartín, Vidart, Bernáldez, Letona, Arteche, Arroquia, Almirante, Barado, Cánovas, Banús, La Llave, Berenguer, Navarro, Martín Arrúe, Madariaga, Ibáñez, de Francisco, Barbasán, Villalba y Marvá, con otros que forman una verdadera pléyade de hombres eminentes, ya como historiadores, ya como técnicos ó ya como científicos, siendo inventores Barrios, Ordóñez y Hontoria. Hay elementos, pues lo que faltan son estímulos y dirección, existencia autónoma en la Milicia, sin depresiones de la política; no volvamos á los tiempos del año 23, ni á los no menos desdichados del 33, en que Jaquinot de Presle decía en su *Curso de Arte y de Historia Militar:*

«Generalmente hablando, es peligroso para las naciones el que sirvan en sus Ejércitos un número considerable de oficiales ricos, aunque la política pueda reclamarlos bajo otro concepto. Esta clase de oficiales, no necesitando del sueldo para subsistir, deben prestarse con mucha dificultad á obligaciones penosas y estrechas de la profesión militar...» «Y este criterio tan desdichado como el exclusivista prusiano en sentido opuesto, que les arrastró á los tristes días de los comienzos del pasado siglo, fué preparación de lo que le pasó á Francia en los años posteriores; porque en carrera, que en el honor está fundamentada, no ha de bucarse la razón económica, y menos propalarla autoridades como la del autor citado», porque ni aun así deja de ser una aberración enorme.

Probado con toda evidencia que en la gran evolución de la ciencia militar hemos tomado parte, desde la noción más simple hasta la inspiración más sublime del genio en los tiempos todos de sus manifestaciones con la rara coincidencia que el mismo Blanc es hijo de nuestro suelo; al reanudar de nuevo el discurso, vamos á ocuparnos de la última parte de esa ciencia militar, siendo la más esencial. es decir, la concreta, la de los estudios referentes á la acción, que comprende la política, la estrategia, la logística y la táctica: la primera, que abarca el objeto general, determinando los límites de las operaciones militares; la segunda, que estudia el objeto, hace el plan de dirección y abarca sus extensiones todas; la tercera, que es el lazo de unión de la dos con la cuatro, como auxiliar de las disposiciones de marchas, asunto esencialísimo de los ejércitos, y la cuarta, con la artillería y fortificación de campaña, como elementos tácticos, aquélla al ser una de las tres armas combatientes y ésta al salir de su existencia autónoma de la guerra de sitios y que en nuestros días, con el actual armamento, está llamada á resolver transcendentales problemas. Además, hemos de contar la geografía militar y la historia de la guerra, que es también clasificada como ciencia militar, y de la que ya hemos tratado.

La ciencia militar puede estudiarse de las dos maneras que ella resulta, general y sintética, ó particular y analítica; en este caso es el estudio extenso de las partes que la forman, que son las ciencias militares, y en el primero, que es la coordinación de

los tratados particulares que se refieren á la guerra. Pero Marmont, que ha sido para Francia (á más de Blanc) en su citada obra de 246 páginas *Espíritu de las Instituciones Militares* lo que Ricci para Italia y lo que Santa Cruz y Villamartín para España, como también J. Vial para la primera nación en su *Curso de Arte é Historia Militar*, dividido en lecciones, para servir de texto en la Academia de aplicación de Estado Mayor, en la que era profesor, no pueden, decimos, como otros muchos autores que se ocupan de esta parte de la ciencia, determinar el proceso histórico, aunque hacen muchas citas.

Sabido es que la historia militar, como la general, ha de comprender todos sus hechos, en ordenada y correlativa forma, en lo que ha de coincidir con la ciencia de la guerra, solamente que mientras que la ciencia marcha con la lógica al axioma, la historia se dirige por la cronología al corolario; esto por el método deductivo, porque si se trata del inductivo, se ha de partir de una síntesis que el error puede descomponer, para que la verdad al fin la cómponga; la ciencia, por último, deduce lo general de lo particular, y la historia, haciendo lo contrario, siempre nos conduce á la teoría de relación; resultando de la conjunción de estos dos elementos, que habían de abarcar todo cuanto á la ciencia fuese necesario, una enciclopedia histórica fundamentada con la ciencia militar, para que el trabajo fuese perfecto; y como esto sería pretender una nueva torre de Babel, no hay otro camino para llegar al objeto que el que hemos dicho, la división del trabajo; y de este modo, no sólo se alcanzará cuanto se desea, sino que serán menos radicales las reedificaciones que tengan que hacerse, hasta con las obras más perfectas, pues las más claras inteligencias no pueden sustraerse de las influencias de su tiempo aunque den pensamientos de verdaderos alcances para las edades futuras.

La ciencia militar se encuentra dividida por esta razón imprescindible, en ciencias militares, y por eso hemos separado la preparación de la acción; las dos constituyen la ciencia de la guerra, una en el concepto abstracto, la otra en el concreto, y para mejor evidenciarlo, se suelen agrupar algunos estudios que pertenecen á categorías distintas; los que constituyen el grupo de los estudios técnicos de ingenieros, por ejemplo, y eso que lo compo-

nen, la fortificación de campaña, la permanente y guerra de sitios; y toma el nombre de Arte militar en algunas escuelas, el grupo de organización, la estrategia, la táctica y la logística, y todo lo que corresponde á la acción, menos la geografía, que también hemos dicho.

Por otra parte, indiscutibles son las necesarias relaciones de la historia con la política, la estrategia y la táctica, y de esto nacen los ejemplos históricos, que han de reforzar las técnicas argumentaciones y las didácticas tendencias. Villamartín, por ejemplo, al ocuparse en su obra, *Nociones del Arte Militar*, de las cordilleras, cita el paso de los Andes, por San Martín, general insurrecto, al operar contra nuestras tropas, que en 1814 batieron, bajo las órdenes del general Osorio, á los insurgetes chilenos. Tenían que salvar las tropas que San Martín mandaba, la cordillera más agreste y salvaje del mundo, con picos de 12 mil pies de altura, con rocas de mil varas, desiertos, torrentes, abismos, animales venenosos, fieras como el puna, que devoraba hasta á los caminantes que iban por el camino de Uspalata, que es el mejor; el puna, calentura que mata, el calor sofocante del día, el frío intenso de la noche, los ventisqueros, las tempestades, la carencia hasta de hondas sonoras, que impedía á los soldados hasta entenderse, todo esto, decimos, formaba otros tantos inconvenientes que tenía que salvar el general, que sin las dotes de San Martín jamás lo hubiera logrado.

Villamartín necesitó como Santa Cruz con el gran Federico, un general Sotomayor, que fué el general Lemery, que al presenciar cuando Napoleón III dijo al Rey D. Francisco, que en España había un escritor militar de primer orden, supiera y tratara de dar algún valor, á lo que tanto tenía, al autor de un libro clásico, al principal quizás de la literatura española antigua y moderna, hijo de la inesperada inspiración del saber humano, como dice Vallecillo, y en ocasión nada favorable al talento y sus producciones, lo que fotografía Barado con su magistral pluma en esta forma: «La frente bañada por celestes resplandores, los pies heridos por las piedras del camino; el corazón que grita con generso impulso adelante, y el cuerpo exhausto y flaco lanzando lastimeros ayes».

Más, aún, no nos bastan las eficiencias de dividir las ciencias

militares en abstractas y concretas, ni aún los ejemplos, como el citado, que nos hiere más que las estatuas de Marselli y Villamartín, por las enseñanzas y porque nos llega á lo más hondo del alma; y al extender el análisis, recurrimos de nuevo á Jomini, el que después de declarar que el Arte de la guerra ha existido siempre, afirma, que con lo que no pasó esto, fué con los libros que proclamaron la existencia de los principios generales, aplicándolos por la estrategia á todas las combinaciones del teatro de una guerra, y que fué él el primero que intentó esa demostración, perfeccionada por otros diez años después; afirmando, sin duda por esto, que un general que ha asistido á doce campañas, debe saber lo que es la guerra.

Pero Napoleón dice en sus memorias: Alejandro hizo ocho campañas; Anibal, 17; César, 13; Gustavo Adolfo, 3; Turena, 18; el príncipe Eugenio de Saboya, 13; Federico II, en Bohemia, Silesia y en las orillas del Elba, y que el estudio de estas 84 campañas, hecho con cuidado, será un tratado completo de Arte de la guerra; y los principios que se deben seguir tanto en la guerra ofensiva, como en la defensiva, se mostrarán con claridad; vemos que los dos pensamientos coinciden, en cuanto al procedimiento, pero hemos de complementarlos, en lo que á la previsión se refiere, con la frase de una Memoria del general Polavieja: «En las 106 campañas habidas de 1700 á 1870, solamente en diez casos la declaración de guerra ha precedido á la ruptura de hostilidades.» Aun no nos parece bastante lo dicho, y vamos á citar lo que el Archiduque Carlos, el mariscal Gouvion-Sain-Cyr y el general Lewal dicen, ya que son tres votos de mayor excepción. Manifiesta el primero: «No se llega á Gran Capitán más que con la pasión del estudio y una gran experiencia. No basta lo que uno mismo ha visto, porque ¿es la vida del hombre bastante fecunda en acontecimientos para dar una experiencia universal, y quién es aquel que tendrá la ocasión de ejercer en el arte difícil de general. antes de haber llenado los deberes de tan importante empleo? Es, pues, necesario aumentar sus propios conocimientos, con los de otros, apreciando lo que sus predecesores buscaron, y tomando como término de comparación las hazañas militares y los grandes acontecimientos que nos facilita la historia.»

El general Gouvion-Saint-Cyr, dice: «Es necesario entender

el Arte de la guerra, con el estudio profundo de la historia de las guerras antiguas y modernas, pero particularmente de estas últimas. Las de Luis XIV y Federico están bien descritas, para haber servido de instrucción á la generación extinguida; las de la república y las del Imperio, deben servir para formar la generación que le sucederá», y precisamente sobre este particular tan importante, Lewal da una opinión meritísima: «La diferencia entre Napoleón y los capitanes que le precedieron, dice, es menos grande que entre Napoleón y nuestro tiempo; lo que hace que nuestros estudios sean arduos; recordemos lo que manifiesta Jomini, en la manera actual de marchar, el cálculo de tiempo y de distancia, ha llegado á ser más complicado; el éxito de las columnas de un ejército, teniendo todas espacios diferentes que recorrer, impone saber combinar el momento de la partida de cada una, y dar las instrucciones para las distancias que han de salvar, con la naturaleza del país, con las noticias de los obstáculos que el enemigo oponga, con el grado de importancia que tendrá, el que la marcha sea oculta ó descubierta...»; y replica Lewal: «Si se pensaba así hace tres cuartos de siglos, nos encontramos al presente con cosas bien distintas, ya que se trata de mover efectivos cinco veces mayores, y se impone saber cómo se hace. Los que pretendan imitar á Napoleón, olvidan que el problema ha cambiado, que no se pueden encontrar los éxitos como él los encontraba, por marchas forzadas; será un error y no pequeño, pensar que la copia del pasado, bastará para las necesidades del porvenir.

Es indudable que importa estudiar á Napoleón, como también á los que le precedieron; pero antes que todo, hay que tener en cuenta las diferencias dichas, entre los elementos de su época y las de nuestros días».

Nada más exacto; las velocidades del presente son tantas, que el pasado va perdiendo las líneas de su contorno, el conjunto de sus formas, tras el detalle desvanecido. Como la locomotora que se desliza por la sujeción que los rails determinan en la dirección de su marcha; la literatura militar, sujeta, y el espíritu, que dolorido, busca emanciparse tras de titánicos esfuerzos, para encontrar más ancho campo, en donde esparcir sus justas aspiraciones, no puede detenerse en lo que fué, que casi distingue, sino en lo que es y puede llegar á ser; del pasado toma, si, lo que está

sobre los demás, lo que distingue, la ciencia, ó lo que cree que puede alcanzarla, porque es vehículo que lleva, en el que no se pierde el tiempo, que es cada vez más aprovechable; y cuando Lewal al analizar la máxima de Napoleón: «La victoria es de los ejércitos que maniobran», dice: esta fórmula fué á veces exacta para él y con frecuencia inexacta, porque aparte de 1796, 1800, 1805, 1806 y 1813, que por las maniobras obtuvo la victoria; en 1807, 1808, 1812, 1813, etc., y lo que es más, en 1814 y 1815, no obstante sus bellas maniobras, fué Napoleón batido; y agrega, las guerras modernas de 1859, 1866, 1870 y 1878, no presentan tampoco grandes maniobras en gran escala, y sí muy limitadas».

Lewal no hace con esto más que demostrar lo que es una máxima suya, ya citada. «Que la diferencia entre Napoleón y los grandes capitanes que le precedieron, es menos grande que entre Napoleón y nuestro tiempo», criterio que va con el de Peucker identificado y algo distante de cuantos hemos dicho.

La correspondencia de Napoleón y Berthier, nos muestra, al primero en el conjunto, por las elevadas concepciones de su genio; al segundo, con las minucias, el detalle más pequeño, hasta prevenir al mariscal Lefevre (21 de Octubre 1806), la hora en que habían de salir sus bagajes; y contrasta lo uno y lo otro con los métodos modernos de la guerra, recordando entre otras cosas, lo que ordena el Emperador de Alemania en el reglamento de campaña, sobre la iniciativa en el mando; pero ni esto, ni lo que pudiéramos estudiar en la obra de Liskenne et Sauvan, titulada *Bibliotheque Militaire dediée a L'Armée et a la Garde National de France*, ni en la del coronel Yock de Wartenburg, *Napoleon Chef D'Armée*, ni cuantos pudiéramos aducir con otros estudios, no serían más que confirmaciones del criterio que venimos sustentando; historia sí, pero dentro de las aspiraciones científicas; estudio también de los elementos del Ejército, pero en conjunción con todos los del Estado, y con sus ciencias todas, esa debe ser la justa aspiración y único camino.

Concretando, diremos otra vez, que sólo así se puede ir por la didascálica al fin perseguido, la estrategia en este concepto está formada por cuatro definiciones, tres principios y dos ejemplos, resultando un todo de comprender en contadas páginas, pero hay que agregarle el estudio, no sólo de la historia, como hemos dicho,

sino el de la geografía, ésta como elemento de combate, y como auxiliar valiosísimo de la ciencia militar; aquella, porque es imprescindible para llegar á ella, y con tales elementos podrán alcanzar su completo desarrollo las inteligencias estratégicas; y si esto sucede con la estrategia, lo mismo se verifica con la política de la guerra, y la parte superior de la logística y la táctica, ó sea táctica sublime, toda vez que lo absoluto reina siempre sobre los hechos del hombre, y bajo estos principios que llegan á fundamentales para ser ciencia, por su condición y número, se agitan los hechos que nos descubre la historia, que la geografía nos determina, y que muchos de ellos se repiten en los mismos sitios, con iguales ó parecidos accidentes, determinando, por lo tanto, dichas causas, las razones que los escritores didácticos han tenido para tomar parte activa en esta forma, en la gran evolución de la ciencia militar.

Y si Villamartín sabiamente la encauzó, enseñando el camino, y Marselli acepta el procedimiento en todas su partes, trayéndolo á la conjunción de la ciencia militar con las demás ciencias, en la evolución histórica y científica, nosotros, por estar identificados en los fundamentos principales, los hemos mostrado, como ha podido verse, ya que es preciso reconocer que no nos podemos detener mucho en los tiempos de Federico, en la guerra de los siete años, en las primeras campañas de la revolución, en las invasiones de Napoleón y de Wellington, aunque nos diera el estudio un doble sistema de las guerras de potencia á potencia y de las grandes invasiones; y es más: hemos llegado, de esa conjunción de las ciencias todas, á la distribución del trabajo, y ya en este sitio, á demostrar, con Lewal, que se impone estudiar las guerras de 1870 á 71, 77 á 78, 94 á 95, 98 á 99 y la del Sur del Africa hasta nuestros días, que al firmarse la paz, arroja una liquidación en contra de Inglaterra, al tener en cuenta las noticias de la prensa, ¡cerca de tres años de lucha, cien mil hombres muertos ó inútiles y 300 millones de libras esterlinas (7.500 millones de francos)!; sólo la guerra de Crimea y las napoleónicas, 7.600 millones y 16.500, superan á tan enorme cantidad; y no tomamos en consideración otras pérdidas más sensibles que las materiales y que en los grandes prestigios se encuentran, decimos, pues que las modernas corrientes están distanciadas del gran Fe-

derico y Napoleón, y al aceptarlo así, lógicamente han de estarlo más de Rustow y de su *Guerra en pequeña escala*; porque el concepto actual de la guerra abarca á la nación armada, se extiende al continente y no se intimida ante la idea que se pueda hacer á la vez y en todo el globo, por el aire, en el mar y en las profundidades de éste; y para teatro tan grande, menester es que las ramas se deriven de los principales troncos, y la razón de ser de tratados especiales para las funciones distintas de la Milicia, en las varias aplicaciones de su empeño, que están íntimamente ligadas con los elementos de todo Estado; y así la ciencia militar, desde la altura, descenderá, cual manto de luminosos resplandores, con el que cobijará la defensa y las aspiraciones de las grandezas de la Patria.

La política de la guerra.

I

La política debe dominar la guerra, no como señora absoluta, sino como reina constitucional que comprenda las necesidades del ente sobre el cual reina y respetar sus necesidades.

MARSELLI.

(La Guerra y su Historia, t. II.)

No es nuestro ánimo intentar escribir un tratado de nociones ó compendios de arte militar, ni de *Métodos de guerra*, como la célebre y extensa obra de Pierron, ni sobre *La guerra moderna*, como la de Derrecagaix, ó siguiendo esa división del trabajo en mayores extensiones de lo dicho, una derivada, como la *Estrategia de marchas*, de Lewal, ó de *Estudios sobre la dirección de las tropas*, de J. V. Verdy du Vernois; trabajos son éstos de generales eminentes, productos de sus inteligencias privilegiadas,

y nosotros, dentro de los escasos límites de la nuestra y de aquellos que esta labor nos impone, en concepto y extensión, seguimos un método evolutivo de los elementos del Estado, tratando de exponer sus relaciones, buscando esa conjunción entre las dos grandes agrupaciones, civiles y militares, y llegando al sistema de aplicación á nuestra Patria, que tan necesitada está de todo ello, deteniéndonos donde la ciencia ó cuerpo se presenta, tal y como lo exigen las razones dichas, para que, otros con mayores títulos, modifiquen, amplíen y terminen lo que sólo comenzado é imperfecto queda; y así, vamos á tratar de la segunda parte, de la ciencia militar, ó sea la teoría, ya que de la primera, ó de la práctica, nos hemos ocupado antes de llegar á la política de la guerra, como elementos del combate, por más que perteneciera, en el concepto abstracto, á la política general, toda vez que de esta política aquélla es una parte que es lo primero que se presenta á discutir en el total problema.

La ciencia militar está dentro ya de las demás ciencias, y, como es natural, la sociología se encarga de su relación con todas ellas; ya hemos dicho que la guerra es un dinamismo, un desequilibrio determinante en sentido ascendente, para alcanzar unos lo que otros pierden ó dejan perder, como también que si la evolución política se detiene, la social se impone, y de ahí la diferencia de la revolución y de la evolución; esa revolución es la guerra, llámese como se llame, según los accidentes y causas que la motiven, y esa guerra, que nace por la política, ésta la dirige al fin preconcebido, que la Milicia y su alto mando consigue con la victoria, siendo la política á su vez quien la concluye; de modo que la guerra es á la política lo que la ciencia al arte: el centro de ella.

Esta lógica, que parece convincente, tiene, no obstante, sus detractores, pues lo primero que se discute es si la política es ciencia ó no; nuestro *Diccionario* dice que: «Política es el arte de gobernar y dar leyes y reglamentos para mantener la tranquilidad y seguridad públicas y conservar el orden y buenas costumbres». Marselli, opina que: «La política hace la preparación en la paz, formando el ejército en la paz para la guerra, el material que debe adquirirse y los trabajos de defensas necesarios, afirmando que de la buena preparación nacen las eficacias».

Conformes con esta segunda parte, sin entrar por ahora en más consideraciones, puesto que con ellas coincidimos, respecto á la primera hemos de decir, que según Daurión, la política es, al mismo tiempo que un poder, una ciencia y un arte; y que Paul de Jenet divide en cinco períodos la historia de las ideas políticas: el oriental, el greco-latino, el de la Edad Media y Renacimiento, el moderno y el contemporáneo. Mucho nos hemos ocupado de la evolución de esta ciencia en nuestra obra, pero no huelga recordar una síntesis histórica en el presente caso.

Efectivamente; más teológica que de otro concepto en el Oriente, según los preceptos del Manú, al bramán estaba todo supeditado, sintetizándose este poderío en el siguiente precepto: «Si el Rey encuentra un tesoro, está escrito que debe la mitad á los bramanes; si el bramán encuentra uno, guárdalo solo sin repartirlo con el Rey».

Pero Buda, al decir: «Mi ley es la ley de gracia para todos», acabó con las castas, en lo que no hacemos más que aceptar la opinión de Bunouf, toda vez que daba, en esa parte de su reforma, el mismo derecho á la vida religiosa, desde el bramán que salía de la boca de Brama, hasta los sudras ó siervos que salían, como casta inferior, del pie. Ni en lo dicho ni en lo hecho por Confucio, se vislumbra la ciencia política, que dos siglos más tarde aparece con el reformador de sus doctrinas, Mencio; refieren de éste, que conversando con el Rey Ysí le pregunto: ¿qué se hace con el amigo que administra mal los negocios?, romper con él, contestó; ¿y con un magistrado que no ejerce bien sus funciones?, se le destituye, dijo el Rey; ¿y si las provincias se hallan mal gobernadas?, á esto, el Rey se hizo el desentendido y no contestó. La teoría política de Mencio, pues como tal ha de considerársela, viene á ser una conciliación entre el derecho divino y la soberanía del pueblo; reconoce él el trabajo intelectual y el manual, y muestra sagacidad grande en atacar la tiranía y en considerar que el orden depende de la propiedad.

La ciencia política denuestros días poco se ha dejado de influir de la del Oriente, y en su penosa y prolongada labor aparecen cuatro nombres: Herodoto, como concepto histórico; Platon, como método idealista y utópico, pues de las dos escuelas participa, cuyo hermoso pensamiento: «La justicia es el fin de la so-

ciedad», siempre será el faro luminoso que oriente á los gobernantes; Aristóteles, como fundador de la política experimental, siendo su método perdurable, y Cicerón, que fué el término medio entre los dos, pues consideró el consulado romano, el senado tribunado del pueblo, con su consejo de instituciones aristocráticas ó populares, como el mejor sistema, por representar el gobierno intermedio de la monarquía, aristocracia y república, fin al que se llegó, por derribar Bruto la dignidad soberana, y por la revolución de Virgilio, que introdujo el pueblo en el gobierno.

La política cristiana tiene también su síntesis: «Dad á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César», y el desequilibrio de ella dió origen á grandes guerras entre la Iglesia y el Estado, y controversias muchas de láicos y teólogos; esta moral perfecta, perseguida en el cumplimiento del precepto, vino á solucionar la política hebráica, teocrática, con Moisés, seguida por la jefatura militar, para llegar al gobierno monárquico solicitado por los hebreos.

Con estas luchas, cuyo apogeo fué el gran período de la Edad Media, la escolástica decae, nuevos métodos aparecen y la ciencia política surge como tal, y de manera evidente, con Maquiavelo, que va por el método silogístico de las escuelas, al de la observación y de la experiencia, que no es otro que el iniciado por Aristóteles en forma empírica; va, decimos, de hecho al método experimental, estableciendo aquella diferencia que existe entre el arte y la ciencia: estudia el gobierno democrático en los *Discursos sobre Tito Libio*, y el tiránico y monárquico en el *Príncipe*; su política, de la que ya nos hemos ocupado, no es una personalidad, sino la de todo un siglo, con reflejos persistentes en nuestros días, pues hoy se recuerda á los Reyes: «Esto decía Maquiavelo al príncipe sobre tal extremo», así como los grandes capitanes que le sucedieron, estudiaron los preceptos de su *Arte Militar*. El siglo XVI fué esencialmente político, por la gran revolución religiosa de Lutero; se discutió el regicidio, entre otras cosas, y se reclamó por L'Hopital, la libertad de conciencia.

En los tiempos modernos, Inglaterra se coloca á la cabeza de la evolución política en el siglo XVII, y Hobbes y Locke capitanean las escuelas, absoluta el primero y de soberanía popular el segundo; y Montesquieu, con su obra *Espíritu de las leyes*, y Rous-

seau, con su *Contrato Social*, hacen que Francia entre en dicha evolución en la forma que hemos descrito, iniciándose con carácter de realismo la escuela económica y llevándonos á nuestros días, con sus desequilibrios, por las exageraciones del procedimiento, creencias y ambiciones, á las difíciles circunstancias en que nos encontramos y á las concluyentes que se persiguen, para que se encuentren medios de resolver por la ley cuantos conflictos nos amenazan, adelantándose á la revolución, para evitar que se precipite la cuestión social, ante la morosidad injustificable de la política.

Pues bien; en estos últimos tiempos, casi á mitad del pasado siglo, Jomini hizo que naciera la políitica de la guerra: Almirante lo dice y nosotros lo confirmamos citando el texto, con mayores extensiones que él lo haee; y véase el por qué de la justificación de los ligeros apuntes históricos de la ciencia política que hemos hecho, para mostrar el punto de donde parte la política militar.

Dice Jomini: «Se llama política de la guerra las combinaciones que sirven á un hombre de Estado para juzgar de la necesidad, conveniencia y oportunidad de una guerra y determinar las diversas operaciones que sean necesarias para conseguir el objeto propuesto. Un Estado se ve obligado á hacer la guerra para reclamar derechos ó para defenderlos, por causas de grandes intereses públicos, como los de las industrias, los del comercio ó de otros elementos constitutivos de la prosperidad de las naciones.

Para proteger á los pueblos límitrofes, cuya existencia es necesaria á la propia seguridad ó al equilibrio político.

En cumplimiento de las alianzas ofensivas y defensivas que se hubiesen estipulado.

Por la propagación de doctrinas, reprimirlas ó defenderlas.

Para extender su influencia ó su poder por adquisiciones necesarias al bien del Estado.

Por salvar la independencia nacional amenazada ó vengar el honor ultrajado.

Para satisfacer el anhelo de las conquistas ó el espíritu de invasión».

En los distintos modos de hacer la guerra, agrega, una vez decidida, claro es que ha de hacerse según los principios del arte; porque 200 mil franceses, queriendo someter á España, comba-

tiendo á las guerrillas de Mina, no maniobrarán como si se marchara sobre Viena ó combatieran en Borodino; porque un regimiento se bate siempre del mismo modo, con corta diferencia, pero no sucede lo mismo respecto á las grandes masas.

«A estas combinaciones, que pertenecen más ó menos á la política de los diplomáticos, se pueden agregar otras que sólo tienen conexión con el mando de los ejércitos, á las que daremos el nombre de *Política militar ó filosofía de la guerra*; pues que sin pertenecer exclusivamente á la diplomacia ni á la estrategia, son de la mayor importancia en los planes de un Gabinete y en los del general de un Ejército».

Al ir analizando los distintos casos que hemos citado, manifiesta, ocupándose de las guerras defensiva en política y ofensivas militarmente, lo que sigue: «Las verdades que bajo el aspecto militar parecen incontrastables, como la conveniencia de la guerra ofensiva, y que en la defensiva se encuentran medios de resistencia en el propio territorio, son aplicables á toda clase de guerras; pero si los principios de la estrategia son inmutables, no sucede lo mismo con las verdades de la política de la guerra, las cuales sufren modificaciones, según el estado moral de los pueblos, de las localidades y de los hombres que se hallen á la cabeza de los Ejércitos ó de los Estados; estas diferencias son las que acreditaron el grave error de que no había reglas fijas para la guerra. Esperamos demostrar que la ciencia militar tiene principios, á que no puede faltarse sin exponerse á grandes desastres; cuando se tiene que luchar con un enemigo hábil, la parte política y moral de la guerra es sólo la que ofrece diferencias que no pueden someterse á ningún cálculo positivo, pero que, sin embargo, pueden someterse á los de las probabilidades. Así es que los planes de operaciones deben modificarse, según las circunstancias; pero para ejecutarlos es necesario ser fiel á los principios del arte.

Por ejemplo, todo el mundo convendría en que no se puede combinar una guerra contra la Francia, el Austria ó la Rusia, como la que se hubiera de hacer contra los turcos ú otra nación oriental, cuyas hordas, indisciplinadas, aunque valientes, no son susceptibles de ninguna maniobra regular ni de orden ni serenidad en los desastres.»

Partiendo de estas bases, vamos á analizarlas: los acci-

dentes de la diplomacia llegan al conflicto armado, y el hombre político que expone la causa, el fin y las alianzas con que se cuentan, el militar que dispone de los elementos armados y el técnico que los dirige, entran en función s multánea, y brota, del primero, el objeto esencial de las operaciones militares y hasta el aprecio de si el esfuerzo ha de ser grande, mediano ó pequeño; del segundo, las resultantes máximas de las energías militares acumuladas por sabias leyes, equidad incontrastable y adecuada organización, y del tercero, con sus grandes condiciones de mando y sus raras dotes de preclara inteligencia, el medio para llegar al fin que se persigue: la victoria.

Pero Jomini, como principio, tiene un fin que es Clausewitz, por su sistema, siendo Marselli el término medio, y entramos en la segunda parte del problema. Dice Clausewitz: «La guerra, ¿qué es sino una escritura ó una nueva lengua para expresar el pensamiento político? Esta lengua tiene ciertamente una sintáxis, pero no lógica, para sí.» Tal pensamiento encaja en la escuela que pudiéramos llamar de Clausewitz; pero entre la guerra así considerada y su política infundamentada, según Jomini, existe ese término medio de Marselli, con el que estamos conformes. Se podía reconocer que la guerra es un período en el discurso político, pero es un período que tiene individualidad particular y también su propia lógica; la guerra de 1870 á 71, fué esa lógica consecuencia de la política de Francia y Prusia; y la suma de las energías militares, su organización, la división territorial, las operaciones militares determinadas y las razones estratégicas, logísticas y tácticas de cada Estado, dieron para uno, tal vez, más de cuanto el otro perdía, y eso que perdió la Francia, no entrando en cuenta cierta clase de consideraciones, en siete meses de guerra, á contar desde el 4 de Agosto, en que tuvo lugar la batalla de Wiessenburgo, hasta la salida de las tropas alemanas del territorio francés: cinco mil millones de francos, incalculables muertos y heridos, 21.508 oficiales y 702.048 soldados prisioneros, 107 banderas y águilas, 1.915 cañones de campaña, 5.526 de plaza y la Alsacia y Lorena.

Y si tantas desdichas acumuladas fueron debidas á deficiencias en el planteamiento y faltas de conocimientos de la ciencia militar á tal extremo que, por ello, otra nación que la Francia

se hubiera visto anulada tal vez, ¿no tiene la guerra y su política existencia algo más evidenciada que la que presta una lengua con sintáxis, pero sin propia lógica? No admite duda.

Más aún; agrega Clausewitz: «No siendo la guerra real sino una medida intermedia, que implica contradicción consigo misma, no puede, como tal, obedecer á sus propias leyes, pues no es más que fragmento de un todo independiente y este todo es la política.» Aquí, Marselli también disiente y dice, en apoyo de su criterio: también la Tierra es un fragmento del sistema planetario y del Universo. y por eso no deja de tener su manera de ser genuina y peculiar.

El problema, pues, no es de quitar y poner extensiones, sino de resolverlo determinando la armonía que existe entre la política y la guerra, una vez admitido y demostrado que la política de la guerra es una verdad, es decir, un sistema práctico entre el político y el militar, en lo que se pueden presentar cuatro casos. Que la autoridad política resida en la capital del Estado, y que el general, al ir al frente del ejército, determine la separación de las dos entidades; que estas dos entidades se reunan en una sola persona; que la autoridad política acompañe á la militar y que vaya con ellas el ministro del ramo ó que el jefe del Estado les acompañe.

El primer caso es el peor, por lo difícil que es llegar y partir de aquellos límites que cada jurisdicción determinan, á más de los inconvenientes que la separación ocasiona, y que ni las facilidades de las comunicaciones de hoy pueden evitar.

El segundo sistema abre las puertas á la arbitrariedad, al no admitir la división de poderes, hasta el extremo que una sola personalidad, como la de Napoleón, ofrece el contraste de ser beneficioso durante el consulado y perjudicial en el imperio, porque mientras en el consulado estaban equilibradas la guerra y la política, en el imperio ésta fué sacrificada por aquélla en forma ciega y desenfrenada por la ambición y el personalismo. El gran Federico fué otro ejemplo, pero en el equilibrio de las dos funciones, y su padre en el dominio de la política á la guerra; y respecto á Guillermo III de Inglaterra, vimos los éxitos indiscutibles de la política y la guerra en acción conjunta.

El tercer caso es que el ministro de Estado vaya con el de la

Guerra al frente del ejército, ó que el general en jefe sea el jefe del Estado Mayor General, acompañado de los dos ministros, y el cuarto que con ellos vaya el Rey ó Emperador, Jefe del Estado y del Ejército, como ha sucedido en la guerra franco-alemana, y cuyos éxitos son tan conocidos.

En los casos que estos dos últimos sistemas representan, el primero queda abolido, como hemos demostrado ampliamente al ocuparnos del Gran Estado Mayor; el Jefe de todo ejército ha de ser en guerra, no el ministro de este ramo, que es político, sigue á su partido y puede tener una graduación no muy alta, sino el jefe del Gran Estado Mayor, tal y como lo hemos determinado, con los altos prestigios que representan la garantía de una elección; el problema queda, pues, reducido á menores términos, y sobre este particular, á los que señalan la manera de ser de estas dos entidades ya estudiadas y sus relaciones con la política.

Esta nueva rueda interpuesta en el engranaje de las que juegan en la máquina político-militar, ó sea el general jefe del ejército en las condiciones dichas, no es debida al acaso, sino que es hija de la evolución que cada institución alienta: es una derivación de la fuerza interpuesta entre la masa y el Jefe del Estado, de los Cuerpos Colegisladores, que son la política; es la representación de la Milicia y sus funciones en el concierto general de los elementos de ese Estado; es, en una palabra, la razón científica de la guerra representada, en la que entra por mucho en su parte real, desde la revolución de Francia, otra reina, no constitucional como la política, sino absoluta, «la opinión pública», que elevó á Napaleón á la cumbre de la gloria y lo hundió en el antro más profundo, porque mientras se ve halagada por los éxitos que determinan la victoria, todos son aplausos, alegrías y bienandanzas; pero ante la menor contrariedad, ante el obstáculo más insignificante, la opinión pública también se detiene, y si los accidentes se truecan en descalabros, esa opinión pública que tanto encumbraba á sus fuerzas de mar y tierra al ser agitada por hombres sin noción científica y sin otros títulos que los de vocingleros de café, truecan las alegrías en tristezas, como sucedió en Inglaterra y nuestra España misma, y subyugando á la política, y dirigiendo, inclusive, la guerra, conduce á la Patria á desastres, tan inopinados como llenos de desdichas; porque la masa sin el

espíritu que la dirija de docta manera, al anular la política, tiene existencia incumplida, es como torrente que se desborda y sepulta cuanto encuentra en el fondo de los mares; de aquí el que aceptemos la definición dada por Marselli de la política de la guerra y las justificaciones de Alemania en el sistema adoptado por ella como solución de las relaciones de la guerra con la política.

¿Queremos decir con esto que dicha solución, aceptada por nosotros, recordando nuestras pasadas desdichas y las de otras naciones, ya que contrastan con los éxitos de la Prusia, sea la única?, de ningún modo, pero que es la mejor en el presente, es innegable; además, no tiene la menor duda que todo ha de obedecer á una preparación, en la que han de entrar necesariamente aquellas innovaciones que las circunstancias y las ciencias aportan; la guerra será un medio de la política, pero con entidad indiscutible, como venimos demostrando, con diferencias, sí, del mismo modo que las tiene el dicho y el hecho; por ser la única responsable del hecho al dicho, y aquí encaja perfectamente aquella frase de Jomini, que Derrecagaix repite: «Saber es querer», pero que se complementa con esta otra: «Querer es poder», y si para hacer se impone saber, en los tiempos presentes con mayor razón, al tener que decir como Moltke: «Pasaron ya los tiempos en que, para fines dinásticos, los reducidos ejércitos de soldados de profesión iban á la guerra para conquistar una ciudad ó una provincia y buscaban después cuarteles de invierno ó se firmaba la paz.» *(Historia de la guerra franco-alemana.)*

«Las guerras actuales llaman á las armas á naciones enteras, y apenas hay familia que no haya de sufrir sus consecuencias. Todos los recursos del Estado se destinan á este objeto y las diferentes estaciones del año no influyen en los incesantes progresos de las hostilidades.»

Y como quiera que el espíritu de estos pensamientos se encuentran en el dominio público, si la idea es la política y el hecho es la guerra, pero con idea tan científica, como la de la idea misma de la política, Stein y Bismark, y Scharnhorst y Moltke, nos han traído á la nueva ciencia que Jomini dió forma á su manera, y que vamos á analizar ahora.

II

Hemos visto que Jomini dice que la política de la guerra no puede someterse á principios fundamentales como la estrategia, y Marselli no está conforme; existiendo, no obstante, del primero á Clausewitz, que éste ni le reconoce cierta entidad, pero hay que observar que Jomini habla de los principios de la estrategia y de las verdades de la política de la guerra, que sufren modificaciones según el estado moral de los pueblos, de las localidades y de los hombres que se hallan á la cabeza de los ejércitos ó de los Estados; y dice que tales diferencias son las que acreditan el grave error de que no había reglas fijas para la guerra, y aunque éstas son dos cuestiones distintas, bien puede suceder que existiendo esas reglas fijas para la guerra, se tengan también, aunque no tan determinadas, para la política, y en esto es precisamente en lo que se funda Marselli para desarrollar su pensamiento.

No se trata de sincronismos en ciertos hechos, sino de la evolución progresiva que dió plaza á preponderantes elementos; y si en los métodos de guerra se llaman sus éxitos de Jena y Friedland espíritu público, en Königgrätz, instrucción y perfeccionamiento en las armas, y en Metz y Sedan, ciencia y autonomía en el mando; en la política, Fernando el Católico, se mostró político al replicar al emisario de Luis XII, cuando le dijo que su Rey se quejaba de haber sido engañado una vez: «Miente el bellaco, le he engañado más de diez», y Maquiavelo, que tenía el criterio de que el fin justifica los medios, fué el primero en reconocer á nuesto gran Rey, como alta figura política; y no viene á ser otra cosa su obra que análisis y reconocimientos, como deducciones consiguientes, y tras él se dividieron los campos, dentro ó más ó menos cerca de verdades reconocidas, á las que recurre Marselli, con acertado acuerdo, para demostrar su propósito. Pero cuando Alejandro, César, Anibal y Napoleón guerreaban, ¿qué hacían más que instituir y organizar en el pro-

pio territorio y practicar respetos en religión y otros conceptos en el conquistado, ejerciendo la política militar sin nombre de ciencia ó con ella? Y las ciencias, ¿de dónde y cómo brotan?; muchas veces lo tenemos dicho, y así no es extraño que Marselli se exprese en esta forma refiriéndose á Jomini.

¿Dónde está la razón de la inferioridad de la política de la guerra á su ciencia? Mal se comprende por las palabras del ilustre escritor, ó mejor se comprende que éste incurrió en un error. «Es preciso, dice, modificar los planes de operaciones según las circunstancias, por cuanto para ejecutar estos planes es necesario permanecer fieles á los principios del arte; y añade, que una guerra contra Francia, por ejemplo, debe combinarse de un modo distinto que contra los turcos. Ciertamente, pero observamos ante todo, que semejante diversidad toca tanto á la estrategia cuanto á la política; en segundo lugar, ninguna diversidad puede dañar á los principios fundamentales, los cuales son absolutos y pocos, tanto para una como para otra rama, y necesitan ser entendidos y aplicados según el espíritu. Que estos principios existan para la política militar y que existan también reglas absolutas de buena dirección práctica en el mismo campo, se deducen del examen de los hechos históricos. Veamos algunos:

1.° Si quieres el fin, prepara los medios y haz que éstos sean proporcionales á aquél.

2.° No te dejes prevenir por el enemigo; conserva la libertad de elegir el momento en que romper ó hacer romper la guerra y la iniciativa de los movimientos militares.

3.° Recógete cuando no puedas atacar; mas procura salir del recogimiento, si quieres conseguir resultado positivo.

4.° Mide el golpe de manera que ni el perder ni el ganar te desequilibren.

5.° En casos normales evita representarte el abismo; en el desesperado arriésgate.

6.° Proporciona siempre la acción á tus medios y las ventajas que esperes; si para ello encuentras conveniencia, opera con actividad y prontitud, si no estate quieto, sabe retirarte á tiempo ó procura buscar alianzas.

7.° Esfuérzate en dividir á tus contrarios.

8.° No es decir que no puedas sostener varias guerras á un

tiempo, sino que no debes sostenerlas contra enemigos, que si bien divididos son más débiles que tú, unidos serían más fuertes.

9.° No te aventures con expediciones lejanas, como no sea apremiado por absoluta necesidad.

10. Las guerras de conquista son, á la larga, más ruinosas para quien las hace que para quien las sufre.

11. Una nación no constituída debe hacer la guerra para constituirse; mas después, no debe ofender sino para defenderse.

12. Siempre que puedas, defiende atacando, si no puedes esperar el golpe, pero nunca de un modo pasivo.

13. No temer coaliciones más de lo que merezcan.

14. No despreciar las alianzas, mas teniendo entendido que éstas se vendrán á la mano, tanto más fácilmente cuanto menor necesidad se tenga de ellas.

15. Antes que sobre el de los demás, reposa sobre tu poder.

16. Nunca es excesivo el estudio que se dedica á la elección de un buen capitán; pero una vez elegido, déjale la debida libertad de acción.

17. Condición de buen éxito es la claridad del objetivo y el vigor de la acción.

18. Para obtener la paz sólida, debes postrar al enemigo irreconciliable y ser generoso con el accesible.

Estas y otras que se podrían formular, ¿acaso no son máximas eternas de la política de la guerra? Ellas dicen que esa política se halla en gran parte regida por los mismos principios que los de la estrategia y la táctica. Y no podía ser de otro modo; hasta en estado de paz, la política es un cierto modo de pelear; por consiguiente, en la guerra debe aquélla guiarse, con mayor razón, por las reglas de ésta.

A medida que el dominio de las causas sustanciales se haga más exclusivo, la política de la guerra adquirirá carácter más determinado, porque sólo dominará una idea sobre sus pensamientos; es decir, *la idea de la máxima extensión, del máximo desarrollo de fuerzas convergentes, del modo más rápido, sobre el centro más vital de la potencia enemiga*».

¿Quién intenta discutir pensamiento tan grandioso, que hemos analizado como reconocido?: él abarca el origen, el medio y la finalidad de la nación armada por la política; ¿quién duda que

las máximas 11 y 12 son tan fundamentales como estratégicas y tácticas, del mismo modo que las 14, 15 y 16, de altos conceptos políticos, encontrándose en todas las armonías de la conjunción científica de las dos ramas? Nuestras creencias y opiniones, pues, están identificadas con las del general eminente italiano, y no porque las auras del Adriático, fundidas con las del Mediterráneo, nos inclinen el espíritu, ni la unidad de raza nos lleve á la coincidencia, sino porque los caminos que hemos emprendido, tras de larga y penosa peregrinación, nos han llevado, por la ciencia, á un punto de coincidencia determinadísimo.

No es Chamberlain, al hablar en las Cámaras inglesas y decir «que es llegada la hora que desaparezcan las naciones pequeñas», no es él el que da el primer alcance de esta incalificable teoría; Marselli la previó mucho antes y da la voz de alarma con su clara inteligencia, en el discurso que pronunció en la Cámara italiana de diputados, el 9 de Marzo de 1883, sobre la política exterior de Italia, interpelando al ministro de Negocios extranjeros, por no haber aceptado la invitación de Inglaterra á contribuir á una acción común en Egipto; porque cree que los objetivos de la política italiana más principales en el exterior, deben ser, unirse á Austria y Alemania, para conservar la paz, y con Inglaterra, para su influencia en el Mediterráneo; y dice en apoyo de esto, entre otras cosas:

«Los italianos no reflexionamos lo bastante acerca del hecho de que Europa ha entrado en una de esas edades históricas de grandes transformaciones de pueblos y Estados; de donde se sigue que de algunos años á esta parte, vemos á diferentes Estados europeos recobrar cierto movimiento de dilatación que debe preocupar á todo hombre que ame verdaderamente á su país. Esto sentado, yo me pregunto: ¿se pueden resistir algunos hechos, los cuales, fuera de la necesidad intrínseca que los determina, responden también á un interés general de la sociedad europea?

Resistir á las transformaciones derivadas de la obra de un gran conquistador, es noble y provechoso, porque la obra de los grandes capitanes conquistadores es pasajera, es efímera, es una obra realizada mediante la destrucción de las nacionalidades, y no puede tardar en sobrevenir la reacción que la derrumbe.

Pero hay transformaciones nacionales, transformaciones de Estados, derivadas de necesidades intrínsecas y que responden á intereses más esenciales, contra las cuales resistir querría decir destrozarse. Tal es, me parece, la transformación del Imperio Austro-Húngaro.»

Y nosotros, que vemos en las máximas de Marselli, incluso reflejos de las obras de Maquiavelo, y en estos pensamientos, que Moltke complementa, el retrato fiel de nuestra situación presente, agregamos, que no podemos resistir á la gran evolución social, que hemos de marchar por ella, y que la política, que es la encargada de la gobernación de los Estados, ha de dirigirnos, en cuanto á su ciencia se refiere; la amenaza de Chamberlain la tenemos; los ingleses se inclinan á Thiers, pero dando á la realidad el valor que tiene, y desechando á Napoleón III, que se detuvo en el medio de la unidad italiana y alemana, á las que ayudó, á la una activa y á la otra pasivamente; aquél se creyó gran político, porque no comprendiendo estos realismos, se opuso á tales unidades; y á Napoleón se le consideró mediano, porque con su política ayudó á su muerte, sin haber sacado los grandes beneficios de su obra; y los ingleses, que saben nuestro valor político, militar, económico y geográfico, ahondarán siempre nuestras diferencias con la nación hermana, Portugal, porque el día que desaparezcan se nos abrirán las puertas de la hegemonía y de la gloria en los destinos de la humanidad.

La política, pues, es la encargada de resolver nuestros problemas todos de presente y de porvenir, y tenemos muchos y trascendentales en el exterior, para que no desmerezcan de los que en el interior se agitan; en éstos, bajo el aspecto militar que nos ocupa, ha de cuidarse de instituir y organizar la potencia militar, en la ofensiva por la Milicia, con el aprovechamiento de las mayores energías, y en la defensiva con los auxiliares de esta Milicia, de la fortificación del territorio, tal y como la hemos demostrado en nuestra obra *Armas, Defensas y Organizaciones*, estando nuestro criterio en algo identificado con el de los generales Brialmont y Pierron; y así las fortificaciones serán las precisas en costas y fronteras, combinándolas con los nuevos elementos terrestres y marítimos que los adelantos científicos-industriales nos ofrezcan.

La política de la guerra ha de ser recíproca con la política general del Estado, y los problemas interiores han de estar relacionados con los exteriores; éstos para nosotros se han de fundamentar en energías con los del interior y alcances de previsión con la más alta política; porque el problema exterior con Francia nos presenta el de la integridad de nuestro territorio; el de Portugal, de nuestro porvenir y defensa, como base de operaciones de Inglaterra en caso de guerra con esta nación; el de Gibraltar, como baldón de ignominia que nos salta al rostro; el de Africa, como el mañana codiciado para las expansiones naturales de nuestro pueblo, ya que no cuenta con otra válvula que lo verifique en su propio beneficio, pues todas estas emigraciones al extranjero, son otras tantas pérdidas de nuestra sangre, que alimenta, en su mayor parte, á naciones hermanas, pero en nuestro propio perjuicio; y el problema del Mediterráneo, por último, que es el magno de nuestra existencia, porque nos da predominio en la tierra, solución á los problemas económicos industriales y riqueza por consiguiente. Bien recordamos las palabras pronunciadas en el Ateneo por el eminente sociólogo Labra, muy recientemente, sobre asuntos tan capitales, aunque no abarcara todos ellos, pero no podemos extendernos en más consideraciones sobre el particular.

Mas, ¿cuáles son las fundamentaciones esenciales en todo esto?; lo diremos otra vez: la política y la política de la guerra, esa política que nos ha de dar á la nación armada, á la Milicia; ¿cómo podemos llegar á ello?, pues por la economía política, como complemento de los dos elementos aquellos; y veamos cómo nos encontramos de nuevo con ese factor de importancia suma, y en el que van envueltos, entre otros, tres criterios: el de prelación por los elementos navales, del capitán de navío Guarro González, el de imposición absoluta del general Polavieja y el de arbitrar recursos de Navarro Reverter.

Ya tenemos desarrollado el plan general de institución y organización militar del Estado, bajo los aspectos dichos; no hay, pues, para qué insistir; también en el capítulo *La Guerra y el Arte Militar* damos los gastos de los ejércitos y marinas de varias naciones, figurando en ellos los de España; y de su estudio podemos sacar las naturales consecuencias de la relación que tenemos

con otros Estados, en lo que es tan preferente; analicemos, por lo tanto, el problema.

Guarro González lo presenta en esta forma en su *Ayuda memoria para la discusión del presupuesto de la marina de guerra*. «La inversión de grandes sumas en armamentos y defensas, ¿urge tanto que deba anteponerse á la reorganización del Ejército? Esta pregunta no está clara. Reorganizar el Ejército es tratar sólo del personal, ¿ó es reorganizarlo todo, personal y material?

Nosotros creemos que Ejército sin defensa y armamento es imposible, y como el personal es más fácil de reorganizar que invertir grandes sumas en armamentos y defensas, creemos debe anteponerse el armamento y defensa á la reorganización del personal, haciendo esto último y con lentitud.»

No hemos de violentarnos en demostrar el error de tan competente publicista, pues toma el problema desde un punto, en el que parece que tiene razón; mas hay que tener en cuenta que la preparación de ese personal, para organizarlo luego, es lo esencial, y si hemos de ir á la solución, hay que verificarlo, por lo menos, con gestiones simultáneas de todos los elementos; pero no debe extrañar á su vez dicho criterio, porque sus prelaciones están justificadas ante la impresión dolorosa sufrida, de ser una de las causas de ello el carecer de lo que hoy se busca.

El general Polavieja, con sus indiscutibles competencias, entre otras cosas, dice en una memoria: «Los presupuestos pequeños engendran forzosamente los grandes; ninguna nación del mundo se ha considerado nunca en condiciones de poder suspender sus defensas y armamentos y reducir sus ejércitos y escuadras; nosotros, anticipándonos al proyecto de desarme de Rusia, aceptamos el Presupuesto de la Paz, los económicos de Cuba y Filipinas, y este gravísimo error nos ha conducido, como era de preveer, á gastar después muchos más millones en perder nuestras colonias, que los que nos hubiera costado para conservarlas, el desarrollar nuestras fuerzas marítimas y terrestres, base por otra parte de las riquezas de las naciones, de su desarrollo y engrandecimiento; no puede nación alguna concentrar y dedicar sus propias iniciativas á la industria, ni la riqueza individual se asocia para fines mercantiles, si no lo hace bajo la salvaguardia de la paz. .» Y más adelante agrega: «Las obras más urgentes de fortificación que

exigen para obtener el mínimun de su defensa eficaz, de la cual no debe pasarse, atendiendo al estado de la Hacienda, la adquisición de la artillería moderna necesaria para dotarlas, la construcción también de cuarteles, polvorines, núcleos de resistencia y demás gastos inherentes á la defensa que se propone, pertenecientes al ramo de Guerra, la fija anticipadamente y desde luego la Comisión de Defensa del Reino, en el valor de 165 millones de pesetas, que deben ser satisfechos en dos años, y estimando, sin perjuicio de la que pueda fijar el ramo de Marina por atenciones que afecten al plan general que se propone, el que las fuerzas de mar han de concurrir con las de tierra á la indispensable defensa de las costas, alcanza á 185 millones, distribuído también en dos años, se obtiene la cantidad total para los presupuestos extraordinarios de la Defensa Nacional, de 350 millones de pesetas, y representativos de la existencia de la Patria, y de que al amparo que con su inversión le prestan sus defendidas costas y fronteras, pueden desarrollarse los elementos de prosperidad y riqueza de la nación».

La Patria, desmembrada, dolorida y casi muerta, no podía oir de presupuestos extraordinarios de tal importancia, aunque de su salvación se tratara; el espíritu público se había de manifestar hostil á un remedio que se aconsejaba, sin darle medios para alcanzarlo; por esta causa, tal vez, ni lo aceptó la política, ni le dió su amparo; y sin meternos en consideraciones de otros órdenes, por las muchas expuestas y discutidas, sólo diremos, que los ateneos, los libros y los hombres de buena voluntad para la Patria, se cuidarán de abrir camino, de hacer luz, en lo que tan difuso se nos presenta, en lo que está tan divorciado hoy de esa pública opinión, y que creemos, que de los primeros que ha emprendido este derrotero es Navarro Reverter, ó á lo menos, tal concepto nos ha merecido el discurso reciente que le hemos oído en el Ateneo, y cuyo tema venía á ser, poco más ó menos, el que pronunció el exministro de Hacienda en Almería; dijo así: «Habéis aprobado el primer tema (que hemos de ser poder naval), y habéis hecho bien; la reconstrucción de la Patria, empezando por los elementos armados, con la rapidez, éxitos posibles, etc., se impone. España necesita ser una potencia marítima; tenemos tres mil kilómetros de costas en el poderoso Océano y en el modesto Mediterráneo. Lo es, aunque no lo quiera nadie. Habéis dicho que necesita tener

un poder militar naval, y habéis dicho bien; su propia seguridad, su unidad nacional, su existencia como nación independiente, lo requieren de un modo absoluto. No había nadie, no ya un hombre de estado, sino ninguna persona medianamente, ilustrada, nadie, en fin, en cuya inteligencia hayan penetrado los destellos del sentido común, que los desconozca». Más adelante, después de haber hecho un estudio analítico de nuestro pasado poder naval, agrega: «Sin que sea regla absoluta, es lo cierto que á medida que aumenta el poder naval militar de las naciones, reforzando con sus cañones los argumentos de la diplomacia é imponiendo respeto por la fuerza, se desarrolla la marina mercante; y este desarrollo de la marina mercante, que es paralelo al de la marina de guerra, acrecienta la riqueza y la prosperidad de las naciones», y para comprobarlo, da los siguientes datos estadísticos:

«Alemania, en 1873, tenía 39 barcos de guerra, con 43 mil toneladas; en 1900 eran 105 barcos, y el tonelaje de 376 mil toneladas; es decir, 66 barcos de aumento en veintiséis años y 335 mil toneladas. El presupuesto era en 1873 de 11 millones de francos; en la actualidad es de 190 millones. (Los datos que nosotros hemos dado, tomados de los Resúmenes del Depósito de la Guerra acusan mayor cantidad, por tratar del año 1901 é incluirse los presupuestos extraordinarios y los de material, etcétera, que Guarro González calcula en 9.629.670 libras); resulta un aumento de 179 millones en veintiséis años; pero la marina mercante, sólo de vapor, ha aumentado en proporciones colosales; en 1873 la componían 105 buques, que desplazaban 273 mil toneladas; y en la actualidad, Alemania, tiene 1.223 buques, con un tonelaje de 1.038.000 toneladas de arqueo; esta marina, hermana de la de guerra, crece á su sombra y bajo su amparo, porque la de guerra es su hermana mayor, la que guarda la gloria y las tradiciones del hogar; la mercante es el Benjamín de la familia, debe ser siempre la niña mimada, porque al mismo tiempo es la hormiga que va acumulando valores modestos y constantemente para enriquecer al país.

Inglaterra persigue tener más marina que todas las de Europa reunidas; á eso obedece la liga formada recientemente y protegida por los hombres de Estado más eminentes. Esta nación ha pasado, de 363 barcos que tenía en 1873, á 564 que tenía en 1900,

y de 772 mil toneladas á 1.737.000; y su marina mercante, de 3.673, cuenta hoy con 9.000 barcos, y de 1.538.000 toneladas, suman hoy siete millones». Navarro Reverter se extiende en otra porción de consideraciones, tan acertadas como de convincente lógica. Pero, ¿cómo han llegado, preguntamos nosotros, éstas y otras naciones á resultados tales? Pues por el gasto hecho y por la riqueza encontrada; el uno, con los recursos buscados acertadamente, ya con los presupuestos, ya por los impuestos creados sin perjuicio remarcable; y á la riqueza, por el crecimiento de las industrias y el comercio, que son fuentes inagotables de bienestar y acomodamientos, hallados por los ámbitos todos de la tierra, pues esos nueve mil barcos ingleses que surcan los mares y grandes ríos son otros tantos pedazos de la Patria que, con la representación de ella, le llevan los resarcimientos imponderables de sus trabajos y sacrificios, ensachando los horizontes de los campos, de esas industrias y los del comercio.

Nuestro conferenciante, en Almería y en el Ateneo, citó, al marchar por este camino, el noble ejemplo de nuestra marina mercante, que ofreció al Gobierno los recursos que produjera un impuesto á ella, para que se pudiera aumentar la escuadra, ante el dolor inmenso de tan aciagos días en nuestra última guerra, rasgo sin precedente histórico, y si en Almería citó el hecho, como justo tributo de justicia á nuestra marina, en el Ateneo lo hizo como medio para llegar al fin; porque no basta decir: hace falta esto, sino que se impone agregar: con estos elementos se encuentra; es más, citó después cómo se había hecho el grandioso edificio de la aduana de Barcelona, sorprendente por cierto, pues se consiguió con la insignificante cantidad de cinco céntimos por bulto impuesto en sus aduanas, explicándose así cómo el grano de arena forma una montaña.

Pero Navarro Reverter examinó el problema bajo otro aspecto á más del financiero y económico, ó mejor dicho, como ampliación del primero, diciendo á este propósito: «Una vez votada la primera conclusión, nosotros no podemos retroceder ante el gasto, que además significa poco. Reflexionad, si no; un anticipode 400 ó 500 millones de pesetas á gastar en seis ú ocho años, realizado por medio de una operación de crédito y sobre la base de una de las infinitas combinaciones que pueden hacerse, por ejemplo, amor-

tizable en cincuenta ó sesenta años, sólo representarían en los presupuestos del Estado un gravamen de 18 ó 20 millones de pesetas que, atendido el fin necesariamente supremo del gasto, no es carga insoportable. Y ¿quién había de pagar? ¿quién? Pues quien ha pagado la construcción de nuestros ferrocarriles, que cuestan más de 1.900 millones; quien ha pagado las carreteras, los puertos, los faros, los telégrafos, las obras públicas en general de España, que cuestan centenares de millones».

En apoyo de todo esto, entra en el terreno económico explicando lo que es crédito y producción, ó sea en uno de los puntos más culminantes de la economía política y de lo que ya hemos tratado; se ocupa además del recargo en los presupuestos por el concepto del entretenimiento y gastos de las escuadras, y va á parar á lo que hemos manifestado respecto á las armas; que las industrias nacionales pueden resarcir con creces estas cargas á más de lo que representa en bienestar y riqueza el desarrollo de la marina mercante por el comercio, y no olvida lo que representan los puntos de escala para el provisionamiento, y con los que se ha de contar, en armonía con los radios de acción de los buques que componen las escuadras; en una palabra, que nos colocó de lleno en el trabajo, que es la producción, el cambio y el consumo, en plena ciencia de la economía política; de modo que si la política de la guerra es un medio en la ciencia política, la una y la otra necesitan de la economía política, de esa ciencia que Aristóteles puede decirse que la inició, que Bacón la presintió moral, Querney le dió ese nombre, Purgot el de economía política, seguido por Adam y Smith, que Say la admitió como ciencia de la producción, distribución y consumo de la riqueza, y Caudillac como ciencia del comercio ó la ciencia de los cambios, matando la primera escuela llamada fisiócrata, y la segunda, al fundar la tercera é imitado por Wharteley, Bastia, Chevalier, Carreras y otros varios, aunque no coincidan en los muchos problemas que esta ciencia abarca.

Decimos esto, porque hoy la economía política no estudia la administración de la cosa pública ó del Estado: (economía, palabra griega *oicos*, casa, y *nomos*, ley,ó sea *nemos*, yo administro, y política, que significa *polis* en griego, ciudad ó conjunto de ciudadanos), sino que el derecho político y administrativo se cuida

de ello, y no hay que confundir dos ciencias esencialmente diferentes, porque el primer carácter distintivo de la economía es el de la ciencia de la actividad humana, y Carreras y González la llama ciencia del trabajo, de la industria, de riqueza, de las relaciones del hombre con la naturaleza para satisfacer las necesidades humanas, de lo útil, del valor, de la propiedad, del cambio; porque á una ú otra de estas fórmulas se reducen en el fondo cuantas definiciones pueden darse de ella.

Efectivamente, la economía política es una rama de la ética, como la moral y el derecho; pero mientras ella estudia las leyes morales que, con el estímulo del interés personal, dirige la actividad libre á la realización del bien del hombre considerado individualmente, el derecho es la ciencia de las leyes naturales que dirige la actividad libre á la realización del bien del hombre, en sus relaciones con sus semejantes, y la moral, la ciencia de las leyes naturales que dirigen la actividad libre á la realización del bien uno y entero, de una manera pura, pura y desinteresada; es decir, que mientras la primera se ocupa de dirigir la actividad libre al bien del hombre para él con el estímulo, la segunda lo hace en sus relaciones con los demás y la tercera al bien puro y exclusivo en sus relaciones con Dios, con la humanidad y con el mundo físico.

La moral purifica, el derecho ampara y la economía política facilita la práctica de todos los deberes, predica el trabajo, el ahorro, la fraternidad humana en nombre del interés bien entendido y el bienestar que sus doctrinas contribuyen á difundir en todas las clases, dando al hombre más tiempo para cultivar su espíritu, librándole de los peligros de la ignorancia y de la miseria, y esto lo evidencia el examen de las Naciones; aquellas que se encuentran más adelantadas económicamente, son las que tienen más prosperidades, mejores costumbres y saben respetar el derecho más cumplidamente.

Estas razones son el mayor fundamento para que hayamos considerado el problema de las nacionalidades más económico que militar y político, y si en las que se encuentran en estado floreciente es aplicativa la fórmula, en nosotros con mucho mayor motivo, como es natural. Hemos de ir, pues, por la economía política y la política que comprende la ciencia de la política de la

guerra, al equilibrio natural que determinen las resultantes de nuestros mejoramientos de presente y porvenir, sin las exigencias de unos, las imposiciones de otros y las exageraciones de los que ocupan el tercer lugar, sino por los derroteros que la ciencia marca, pues es el único luminar que da norte en las grandes tempestades de la propia existencia y en esa lucha incesante de la vida internacional.

La estrategia.—La logística.—La táctica.

LA ESTRATEGIA

I

Los movimientos generales que se ejecutan fuera de la vista del enemigo y antes de la batalla, se llama estrategia.

MARMON.

(*Espíritu de las instituciones militares*).

La coraza se ha pasado del pecho del hombre al barco, á la cureña, al parapeto y al fuerte; el soldado sólo lleva al combate, en nuestros días, la salvaguardia de su inteligencia, que la educación y la instrucción cultiva, del mismo modo que la de su general y su jefe lo hace la ciencia como señora y reina del mundo.

De este pensamiento puede decirse que brota la estrategia al determinar, como lo hace, las operaciones militares, preparaciones teóricas de la ciencia militar, que la logística lleva á cabo en la primera parte con las marchas y reposo y la táctica termina con el combate en sus varias formas. Esa determinación de las opera-

ciones militares es lo que se llama plan, siendo, por lo tanto, esta la manera con que definimos la estrategia, ya que todo ello lo comprende.

Recordemos la cuadrícula de los grados, citada por nosotros, que supusieron Erastóstenes é Hiparco, cuyo artificio é ingenio hizo descubrir la milla, como una especie de red, según Estrabón, consiguiendo así colmar el inmenso espacio que se dilata desde la tierra á los cielos; pensemos en los trabajos de Delambre, Mechain y nuestro inmortal general Ibáñez, también citados, para llegar al metro, y apliquemos el uno y el otro procedimiento al caso que nos ocupa y encontraremos, no la cuadrícula de los grados ni la triangulación geodésica, pero sí una red formada, con más ó menos perfecciones geométricas, por caminos, ríos y montañas que se esparcen por toda la tierra, llegando así á formar el gran tablero estratégico de toda ella, en el que el espíritu superior ve lo que otros no vislumbran; pues bien, esos relieves, desde el Himalaya á la Sierra Carbonera; esos ríos, desde el Amazonas al Ebro y el Guadalete, constituyen el más principal elemento del plan estratégico; agreguemos á estos conocimientos de la Geografía militar los de los terrenos fértiles y los que no lo son, y al ahondar en sus causas, nos encontraremos con la Geología; extendamos más el conocimiento, lleguemos á los grandes centros productores, á las poblaciones de primer orden y encontraremos el segundo objetivo en categoría, de toda campaña, ya que el primero son los ejércitos, según los nuevos métodos de guerra, y esas líneas y estos puntos geográficos pasan á ser estratégicos por la mirada experta del general y las confirmaciones de la Historia Militar, deduciéndose de aquí que la estrategia tiene su fundamento en la Geografía militar y ésta en la física.

Pero no bastan los datos históricos ni la elección estratégica de las líneas y puntos: hoy entran en el plan los datos estadísticos en todos conceptos, desde el contingente de los ejércitos, organización y perfeccionamiento, hasta la más débil manifestación de las actividades de cada pueblo, que signos son de su riqueza, pasando por la Armada de guerra, la marina mercante, líneas férreas y todo cuanto puede constituir elementos de guerra y de resistencia en ello, sin olvidar las condiciones morales en que entran por mucho como factor en la resultante.

Descendiendo de tan vasto concepto, que abarca al globo, es natural que el problema ha de estudiarse, con tantos más detalles, cuanto más cercana se encuentre la nación objeto del estudio, de la que lo hace; y de América inmilitarizada á Europa armada hasta los dientes, existe en el ideal estratégico de cada nación, sus planes y sus líneas, las mismas diferencias que de la existencia que se desliza en apacible calma á la que arrastra una vida de vertiginosas vibraciones; en América, el problema militar, por hoy, es un accidente; en Europa, con extensiones al Oriente, es función incesante y de interés capitalísimo; y mientras que allí las preferencias las lleva el material de guerra, relegando el primer elemento del combate, el hombre, á una desatención relativa por el sistema, aquí se instituye y organiza el conjunto y se educa y perfecciona su moral en ese elemento, con atención remarcable, sin olvidar las otras. Dos tendencias que se encuentran frente á frente y que representan: la una, la justa aspiración del hombre de dedicar la vida al trabajo en la paz; y la otra, la natural defensa, al encontrar en los hechos que para lograr ese trabajo en la paz hay que estar preparado para la guerra; pero, ¿cuál de las dos tendencias triunfará?; dos grandes núcleos de nacionalidades: en el uno, ampliaciones, pero escasas, de la institución armada, por las exigencias; en el otro, exageraciones de este elemento hasta llegar á lo más aprovechable, pero con escuela de desarme y partidarios en ella de hombres con arrestos como de Block, que, aunque muerto recientemente, no por eso decaerá el sistema, y aunque parezca ante tal exposición que la primera ha de influir sobre la segunda, nosotros somos de parecer que sucederá todo lo contrario.

Porque cuando la joven América llegue á la edad de nuestra Europa, á ser vieja, como ellos nos llaman, sus grandes alientos de esperanzas, ilusiones y confianzas propios de la poca edad se trocarán en los sentimientos de defensa y conservación que forman nuestro medio ambiente, cosa natural en la edad provecta; y la estrategia de las aguas del Rhin y de las cumbres de los Alpes pasarán, con todas sus extensiones, al Misisipí y los Andes; porque se equilibrarán las fuerzas de las razas además y se estudiarán los pasos de los ríos, por donde se han de salvar las cordilleras, y como los desfiladeros, los recuerdos de otras guerras y el conocimiento de las condiciones morales de los pueblos, ciudades

y determinados individuos complementarán éstos conocimientos, seguirán nuestros pasos, y ellos, como nosotros, llegarán con la política, la geografía y la historia militar á la estrategia así considerada.

Mas, estudiando la estrategia bajo otro aspecto, no la podemos entender sólo como el Archiduque Carlos: «La ciencia del general en jefe», pues esto sería, según Marselli, quererla presentar al público como rica hembra, con la que sólo puede contraer matrimonio el general en jefe, lo que no sería propio, porque no abundan los Alejandro, Scipión, Condé y Napoleón, que lo fueron á bien temprana edad, sino que la estrategia, á lo más dividida en superior y secundaria; del general en jefe, debe llegar al oficial para que la propia iniciativa tan recomendada por Guillermo II, sea un hecho; el criterio estratégico debe, por lo tanto, preponderar, y en todas las clases, para alcanzarlo, no ha de omitirse sacrificio.

¿Queremos decir, bajo este concepto, que el plan preconcebido por estos medios y métodos semejantes sea inalterable?; esto es una nueva faz del problema, y nos remitimos en este caso á lo dicho por Moltke; á consecuencia, sin duda, por las distanciaciones de su plan en la guerra del 70 y los hechos que los accidentes de esa guerra impusieron, la llama estrategia preestablecida ó *a priori*, y dice: «Ningún plan de operaciones puede aplicarse con probabilidades de buen éxito más allá del primer encuentro con las fuerzas principales del adversario. Solamente quien carezca de experiencia militar puede imaginarse el desarrollo de toda una campaña como ejecución de un plan preestablecido, combinado en todas sus partes y seguido hasta el fin.»

Es una verdad tan inconcusa, que no tenemos para qué intentar reforzarla; los accidentes afectan al plan, como éstos han de ser menos profundos cuanto más grandes sean los contingentes de los ejércitos, y así hemos llegado al fin del examen de la estrategia, que empieza por el plan; y que escoge el sitio del choque, que se dermina en su modo por la táctica y se va á él por la logística.

No hemos de insistir al analizar el término medio de esta ciencia en Folard, ni Bulow, ni menos volver á Clausewitz, que encauzó la teoría de la guerra por camino más positivo,

dando lugar, no sin exageraciones, á una generación de hombres prácticos en la conducción de las tropas alemanas, prestando á la ciencia estratégica un verdadero servicio; esto sería retroceder á lo ya tan discutido, y dejando á un lado las *variables* y las constantes de tan eminente escritor y aceptando cuanto de la ética hemos dicho y de la ciencia militar, y llegando, tal vez, al pensamiento de Marselli de que «con un estudio asiduo é incansable paciencia se podían consolidar las bases de la teoría y encaminarnos á constituir una física de la guerra, como los rudimentos que ya existen en la social, hemos de tener presente, que siendo la estrategia la que prepara el choque para vencer al enemigo de manera que no pueda rehacerse, será la mejor la que nos conduzca á este fin, operando de modo que se tenga superioridad en el punto decisivo», y así, por la logística, entrará en función la táctica.

Napoleón dijo que el arte de la guerra era el de separarse para vivir y reunirse para vencer.

Jomini establece los principios fundamentales siguientes:

1.° Conducir, por medio de operaciones estratégicas, el grueso de las fuerzas de un ejército sucesivamente á los puntos decisivos del teatro de la guerra, y en cuanto sea posible, á los de comunicación del enemigo, sin comprometer los suyos.

2.° Maniobrar de modo que el grueso de estas fuerzas se empeñe solamente contra las fracciones del ejército enemigo.

3.° Dirigir igualmente, en el dia de batalla, por medio de maniobras tácticas, el grueso de las fuerzas sobre los puntos decisivos del campo ó sobre la parte de la línea enemiga que convenga rendir.

4.° Hacer de modo que estas masas no estén sólo presentes en el punto decisivo, sino que se pongan en acción con unión y energía, de modo que produzcan un esfuerzo simultáneo.

Clausewitz dice: «La primera regla es entrar en campaña con un Ejército lo más numeroso posible».

Ahora bien; según Decristoforis, la estrategia es el arte de conducir en masa al ejército no combatiente al punto decisivo, y la táctica al ejército que es combatiente, pero este pensamiento, emitido en su libro *Qué es la Guerra*, libro no didáctico y abstracto, y sí histórico y en el sentimiento fundamentado, ha ad-

quirido verdadero alcance de principio supremo, el de la masa, de la concentración, debidos, entre otros escritores, á Magdougall, que lo expresó de este modo, haciéndolo extensivo á tres: el primero: «Oponed las masas de vuestro ejército á las fracciones del enemigo»; pero haciendo el pensamiento más lato, vendremos á parar en sustituir la masa por la fueza y en que este principio no es otro que el practicado por Napoleón y propalado por Jomini, y se tendrán las dos entidades cuantitativa y cualitativa, ó sea el número con la técnica y la educación moral, y nos encontraremos de nuevo en el problema, tan analizado y discutido, de la educación é instrucción de los elementos de la Milicia que á los hombres se refieren, por lo que no insistimos.

El segundo principio es: «Operad en lo posible sobre las comunicaciones del enemigo, sin exponer las propias»; este principio viene á ser como complemento del otro, toda vez que se puede llevar á cabo en el objetivo y forma de aquel; porque si bien batir al enemigo es una gran cosa, separarle de la base es decisivo; y entre una y otra resultante existen diferencias determinadísimas, sólo que en la segunda parte de la realización del principio puede suceder que se cumpla en un todo; es decir, que no se expongan las propias comunicaciones, que suceda todo lo contrario, como Aníbal, por más que contara con los pueblos que se le sumaban; Gustavo Adolfo, Napoleón, en Ulm y Jena y otros sitios, y Moltke en Metz, y por último, que se adopte un término medio, ó sea no disponer de comunicaciones de primer orden; este caso no podía ocasionar resultados de grandes proporciones, pues por defender algo no es fácil conseguirlo todo; el segundo viene á ser como lo hecho por Hernán Cortés en Méjico al quemar sus naves, y lo primero, el ideal de todo general, debiéndose perseguir el fin de atacar la línea de retirada del enemigo en los tres casos, pues si bien todo el ejército tiene, como dice muy bien Willisen, un punto fuerte, el centro, y tres débiles, los flancos y la retaguardia, ésta tiene un apoyo natural, en lo que la garantiza de su línea de retirada; y si se aplica al principio en tal forma, con sujeción á lo que el primero establece, se complementará, como hemos manifestado, consiguiendo el mayor rendimiento.

El tercer principio, por último, es: «Operad siempre por líneas interiores», como cita Marselli, acertadamente; es el princi-

pio puesto en evidencia por Napoleón, por los hechos, y por Jomini en los escritos; si el primer principio, agrega, muestra una relación de aritmética, de mecánica inclusive, el segundo y el tercero expresan relaciones entre líneas geométricas. No hemos de entrar en disertaciones sobre los métodos de Willisen al desarrollar sus teorías en su *Teoria de la Gran Guerra*, por más que es curiosa y de remarcable mérito, pero no de sencillo mecanismo; hemos de admitir, por lo tanto, lo que dice, que los ejércitos son los instrumentos para la victoria y que los materiales principales del arte de la guerra, son, en una palabra, sus medios para llegar al fin: la victoria; y como el conocimienro de ellos no es otra cosa que las de sus propiedades, pue así se abarca su naturaleza, á lograr esto, ó sea el conocimiento de los medios, hemos de encaminarnos. Las necesidades que son la primera y principal de las propiedades de los ejércitos, y éstas se comprenden en la instrucción y en aquel proverbio: «El ejército descansa en el estómago», y lo que es más, estas necesidades, en el ejercicio del arte, han determinado el arte mismo, llamando estrategia á la instrucción de las comunicaciones, ó sea á esta gran parte de la instrucción, que es la inmediata á la de las necesidades, porque desarrolla su instrucción, puesto que considera los medios y caminos con los cuales y por los que se satisface, y no puede menos de ser así, agregamos nosotros, pues los ejércitos se fraccionan para vivir, viven para marchar, marchan para combatir y se concentran para lograr la victoria.

Willisen considera á la táctica como la segunda gran propiedad de los ejércitos, por ser la aptitud del combate, y divide el todo de la instrucción de los ejércitos en dos funciones: ataque y defensa, sacando, como consecuencia, que la existencia de los ejércitos es una continua combinación y enlace de sus propiedades y funciones, es decir, de la estrategia y la táctica, ó necesidades y aptitud para combatir, y de la defensiva para conservar y de la ofensiva para destruir, ofreciéndonos un verdadero cuadro de las distintas situaciones, que sintetizaremos en los casos siguientes:

1.° Ofensiva estratégica y táctica: como la acción más eficaz y completa, la de los alemanes en el 70, por ejemplo.

2.° Ofensiva estratégica y defensiva táctica: la de los boers.

3.° Defensiva estratégica y ofensiva táctica: la de los ingleses en el Africa, en los comienzos de la campaña; y

4.° Defensiva estratégica y táctica como en muchas ocasiones de la guerra de Secesión de los Estados Unidos, pudiendo suceder que en muchos casos se varíen los términos en la misma guerra; los ingleses en el Transvaal, al tomar el mando lord Roberts, por ejemplo, de la situación y actitud que Buller tenía con el ejército inglés, se trocaron los términos, emprendiendo un movimiento envolvente y combinado, cuyo primer é importante rendimiento fué la captura de Kronje y su ejército, expresado en aquella frase célebre del general inglés, ante la resistencia heroica del caudillo boer: «Se está guisando en su propia salsa».

Ahora bien; el tercer principio que nos ocupa «de operar siempre por las líneas interiores», viene á ser el tercero de los casos: defensiva estratégica y ofensiva táctica; pero analicemos antes que el objetivo, la base de operaciones, líneas de comunicación, de etapa, defensivas, etc., nexo son de estos principios con la resultante que se busca; y las líneas interiores y las exteriores, en las dichas comprendidas, son convergentes éstas y aquéllas divergentes; por lo que esos éxitos se han de encontrar, á la vez del procedimiento, en la actividad; pues si el estómago lleva á los pies, éstos hacen llegar á tiempo; y lo mismo puede alcanzarse la victoria por las líneas exteriores si la convergencia de las tropas es un hecho, ante la inacción del enemigo, como la de Benedeck, en Sadowa, en 1866, y los éxitos de los japoneses en su reciente guerra con la China, de lo que nos hemos ocupado, como las victorias imponderables de Napoleón, cuyas tropas, al divergir, llegaban á tiempo para batir en detall al enemigo; de aquí la importancia que se da hoy á la movilización y conducción de las tropas, toda vez que cuanto mayor es el contingente de los ejércitos, ha de presentar éste mayores dificultades y ser más difícil coger tan copiosos frutos de la actividad; razón además por la que, si la ofensiva es toda actividad, en la defensiva se propende á ella incesantemente, si se ha de lograr que, entre otras cosas, el espíritu del soldado no decaiga; pero no por esto ha de desconocerse que el principio es verdadero, aunque no infalible, como hemos visto, siendo falible, incluso el primero, si al intentarlo por la actividad del enemigo sale de los moldes que exige el logro del vencimiento.

II

Ahora entramos en la técnica de otro orden de consideraciones; dice Marselli que la línea de operaciones debe ser tal que lleve con precaución y seguridad de la base al objetivo ó de la línea de defensa al subjetivo, esto es, al punto de apoyo. Y según Napoleón, un ejército sólo debe tener una línea de operaciones s quiere ajustarse al principio de la masa, lo cual no quiere decir—advirtamos á los profanos—que haya de marchar por un solo camino, sino por un haz de caminos que tengan una directriz común.

Los ejércitos, que en la actualidad se componen de varios cuerpos numerosos, se ven precisados á seguir más de una directriz. Y preguntamos nosotros: ¿es bastante lo dicho sobre asunto tan capital por Marselli? Creemos que no, y por eso tenemos que analizarlo y ampliarlo con todo detenimiento.

Según Jomini, existen *puntos* y líneas estratégicas; en los primeros los hay geográficos permanentes, de maniobras, estratégicos decisivos, secundarios; los objetivos pueden ser de maniobras y geográficos, ó mejor dicho, referentes á las fuerzas que los ocupan y á puntos territoriales.

En estrategia el objeto de una campaña determina el objetivo, el definitivo es la capital del Estado.

Respecto á las líneas estratégicas, son territoriales y de maniobras; las primeras son las del terreno y las segundas las vías de comunicación.

Además se considera: triángulo estratégico, el comprendido entre el objetivo y la base de operaciones; tablero, la red formada por los puntos y líneas estratégicas; frente estratégico, la extensión del frente que ocupa el ejército en posiciones; posiciones estratégicas, las ocupadas por el ejército en la zona del teatro que ha de abrazar; frente de operaciones, el terreno que separa los frentes estratégicos de los ejércitos en primera, segunda ó más marchas.

Base de operaciones, es el lugar, la comarca, la frontera, etcétera, donde se concentran todas las fuerzas al empezar una guerra, de donde han de recibirlo todo ó la mayor parte. Línea de batalla, la determinada por los batallones formados; orden de batalla, el que forman las tropas en una, dos ó más líneas de defensa, unen al objetivo con la base todo lo que pueden resguardar á las tropas, y se dividen en estratégicas y tácticas, y en naturales y artificiales, siendo las primeras de éstas las cordilleras, ríos, etcétera, y las segundas las fortificaciones.

Las líneas de operaciones son: las vías de comunicación que unen la base con el teatro de la guerra, la que el Ejército abrace en sus empresas, bien siga muchos caminos, bien uno solo, bien sean interiores ó exteriores, es decir, divergentes ó convergentes, llamándose la profundidad de la línea de operaciones, la altura del triángulo estratégico.

Las líneas estratégicas, las del teatro de la guerra y las que siga un ejército para llegar á uno de estos puntos en una maniobra decisiva. Líneas de comunicaciones, los caminos que unen las distintas partes del Ejército y las de etapa por las que se abastece.

No hemos de analizar, parte por parte, cuanto sobre este particular dice Jomini; ello es que la base y las líneas de operaciones juegan un papel esencial en la estrategia, y que debemos hacer constar, no obstante las indiscutibles competencias de tan eminente tratadista, que define las líneas de operaciones concéntricas, diciendo que son «las que parten de puntos distintos para llegar á uno mismo al frente ó retaguardia de su base», cuando la línea, en su concepto abstracto, es recta, y mal puede definirse de ese modo, partiendo de tal base, para demostrar la conveniencia de su empleo de las líneas exteriores, el empleo de las líneas de operaciones dobles como más ventajosas, sobre todo cuando son concéntricas; para los Ejércitos de una gran superioridad numérica, y dirigidas de modo que efectúen un esfuerzo común contra el enemigo, tan luego como llegue el momento del choque decisivo, la palabra concéntrica debe ser sustituída por la de convergentes, según la razón dicha; y nos detenemos en esto, porque á la base y por las líneas de operaciones se va á la tercera etapa de los ejércitos, por la movilización y la concentración, y así hemos dado al asunto cuanta importancia tiene.

Marmont dice: «En resumen, la estrategia tiene un solo objeto, Primero: Reunir todas las tropas ó el mayor número posible en el lugar del combate, cuando el enemigo no tiene más que una parte de las suyas; ó en otros términos, proporcionar una superioridad numérica para el día de la batalla. Segundo: Cubrir y asegurar sus propias comunicaciones, amenazando al mismo tiempo las del enemigo»; y esto lo dice, después de apoyarse en las campañas de Napoleón, como lo dice Jomini en su mayor parte, del que vamos á citar, por ser necesarios, los párrafos siguientes; al hablar de los puntos decisivos de un teatro estratégico ó táctico y de las relaciones que tienen con las diversas combinaciones de la guerra, dice así: «Los militares que después de haberlas meditado atentamente dichas relaciones creyesen aún que la determinación de estos puntos decisivos es un problema irrevocable, deben perder la esperanza de entender nunca nada de estrategia».

En efecto, un teatro general de operaciones no presenta más que tres zonas: una derecha, otra izquierda y otra en el centro. Del mismo modo, cada zona, cada frente de operaciones, cada posición estratégica y línea de defensa, así como cada línea táctica de batalla, no tiene más que estas subdivisiones; esto es, dos extremidades y un centro. Así, pues, siempre habrá una de estas tres direcciones, que será buena para conducir al objeto importante á que se quiera llegar, otra de las dos restantes se alejarán más ó menos de él y la tercera será absolutamente opuesta. Así es que, combinando las relaciones de este objeto con las posiciones enemigas y con los puntos geográficos, parece que toda cuestión de movimiento estratégico ó de maniobra táctica se reducirá siempre á saber si para llegar á él se debe maniobrar á derecha, izquierda ó sobre su frente; la elección, entre tres alternativas tan sencillas, no puede ser enigma digno de una esfinge, siendo esta elección y dirección de las masas el punto fundamental de la estrategia.

No hemos de seguir la marcha de Marmont, Jomini y otros escritores militares, recurriendo, en sus fundamentaciones, á las campañas del archiduque Carlos y Napoleón, toda vez que las tenemos más recientes.

López García, en problema tan importante, refiriéndose á la ofensiva, dice, que el objeto principal é inmediato que se persigue

en esta clase de guerra, es alcanzar al enemigo y destruirle; para lo primero que se impone es la elección de la línea de operaciones, y que, determinada ésta, la zona ó punto de concentración y la base de operaciones debe ser una consecuencia de la primera, y trata á este objeto de la línea de operaciones, base de operaciones, zona de concentración, líneas de comunicaciones, línea de retiradas, en las que se ha de procurar contacto, que pueden ser distintas de éstas, sobre todo, en los casos que desee evitarse que el enemigo se aproveche de nuestros recursos, distinción entre la base total y la efectiva, que es una parte limitada de la parte total, y que se encuentra en contacto con el haz de las líneas de comunicación, bases secundarias que serán de aplicación en la ofensiva en el avance y de apoyo en la defensiva, bases eventuales, elementos esenciales de la defensiva, posiciones estratégicas, líneas de defensa, líneas de defensa sucesivas. Frente de operaciones—definición de frente estratégico y el de operaciones—distinción entre uno y otro y condiciones á que han de satisfacer.

Para nuestro objeto bastante nos hemos extendido sobre el particular, pero tenemos que observar, puesto que afecta muy directamente al mecanismo de las funciones de todo el Ejército, lo siguiente: López García, en esta parte de su libro, ha consultado á la *Stratégie* de A. L., y estamos conformes, pero lo que no puede discutirse es que se diga frente «estratégico ó frente de operaciones», criterio que coincide con el de M. H. C. Fix, en su *Manual de Estrategia*, porque el frente estratégico es una línea y el de operaciones una faja de terreno, en opinión de muchos, y que coinciden con la nuestra, aunque sea modestísima, tanto más cuanto que L. García establece después diferencias.

Hecha esta observación, diremos que los ejércitos se movilizan, se concentran, si toman la ofensiva, recurren á la rapidez y á la violencia; si la defensiva, la perseverancia y la tenacidad; por las líneas de marcha, avanzan en el primer caso, llegan sin abandonar los contactos á la base de operaciones, al frente estratégico, invaden el de operaciones, por sus líneas avanzan á medida que disminuyen el fondo, se establecen las bases secundarias y se conquista el objetivo, vértice del triángulo estratégico, cuyos otros dos son los extremos de la base de operaciones, sea total ó efectiva. Y en la defensiva las líneas de retirada son ó no las de comu-

nicaciones, se llega á las defensivas y por las interiores se realizan aquellos preceptos determinados por la ciencia militar, entrando por estos métodos á las combinaciones de los dos, ya tratados, y en los que los franceses y alemanes, y boers é ingleses, nos han dado tantas enseñanzas, sin olvidar que el pasar de la defensiva á la ofensiva no es fácil, pues es siempre como cambiar el yunque en martillo, como dice muy acertadamente von der Goltz, pero que no hay que dejar de tener presente que el decaimiento de la moral en las tropas es la defensiva persistente.

III

Napoleón dijo: «Yo no he tenido jamas planes de operaciones», y en contraposición á ésto, hemos examinado el concepto de Moltke sobre el particular: «el general en jefe podrá cambiar los medios, incluso los caminos, el fin nunca, si está bien fundamentado, en el estudio previo del teatro de operaciones», si la guerra es defensiva, los planes están hechos, calculados los obstáculos naturales y artificiales, las vías que hay que utilizar y destruir, las líneas de defensas; si ofensiva, obstáculos, ríos, montañas y bosques, normales ó paralelos á la dirección de las líneas de invasión; poblaciones y las obras fortificadas, plazas, fuertes, etcétera, incluso el estado económico y moral del enemigo; ¿qué tenemos de todo esto?, conocemos trabajos sobre Gibraltar, de Modesto Navarro, sobre la frontera portuguesa, también de este autor notable y otros; en la frontera francesa están los campos atrincherados de Oyarzun, Pamplona y Jaca y se mantiene en estado de defensa la plaza de Figueras; ¿pero esto nos basta?, ¿están además dichos elementos en relación y armonía con otros que existen ó deben crearse?; no es de nuestra incumbencia determinarlos; creemos que baste con hacerlo constar después de cuanto se lleva dicho.

Hoy la guerra no es una serie de sitios y plazas como en el siglo XVIII y anterior; muchas veces lo hemos hecho notar; no obstante los ejércitos no pueden invadir una comarca sin tener

esto en cuenta; ¿representan nuestras tres fronteras la organización de nuestros ejércitos en tres cuerpos, ya que lo uno y lo otro está tan íntimamente relacionado?; á primera vista parece que así debiera ser, pero hay que examinar el problema en todas sus extensiones. Tres clases de plazas fronterizas debe haber: campos atrincherados, fortalezas de primer orden en las posiciones de interés, de menor importancia en las posiciones secundarias y los forts d'arret, para cerrar los pasos especiales. Casi todos los países han aplicado este sistema á su organización defensiva.

Pero no está en esto toda la defensa de un territorio; se impone estudiar, á más, las condiciones geográficas de los teatros de operaciones, los recursos que pueden ofrecer, la facilidad de comunicaciones. La manera de ser de los Ejércitos actuales, la organización total de la Milicia, en lo que al terreno se refiere, el tener que cubrir las tropas los intervalos de las defensas pasivas, y la segunda y tercera línea, reforzar la primera ó sustituirla, hacer que el Estado se examine en conjunto.

Nuestra gran meseta central, las elevadas cordilleras que atraviesan nuestro suelo y los ríos caudalosos que lo surcan, debieron influir en aquellos tiempos, á más de los hechos palpitantes de una guerra titánica en que la Patria se salvaba de uno de los más grandes peligros que amenazaban á la Europa toda, en que se aceptara, en el año 1815, la organización militar divisionaria, sobre la que hay un reglamento, de 26 de Septiembre de este año, y nunca, como entonces, se pudo probar las eficacias de lo que se propuso y fué aprobado. Además, de todos es sabido que Napoleón creó esta unidad, que le daba forma quinaria: tres cuerpos, centro y alas, reserva y el destinado á eventualidades; causas y razones que debieron influir en el ánimo del general Polavieja, para plantearla al ser ministro; pues de este modo tendremos, además, una unidad, que se aproxime á la verdad seria, y que al ser ocho divisiones, corresponde á cada una 63.069 kilómetros cuadrados de superficie—extension fácil de dominar, y más con los medios que hoy se cuentan, sin que olvidemos que es la verdadera unidad del campo de batalla, como dice Verdy du Vernois en sus *Estudios sobre la dirección de tropas*.

Pero reanudemos el estudio de los planes de operaciones;

después de salvada tan importante digresión en los objetivos de ellos, ha de ser el primero la principal masa de las tropas del ejército contrario; los segundos, los nudos de las comunicaciones, plazas fuertes y capital del Estado. Plan de campaña es el que lo abarca todo. Si la guerra se compara á un libro, dice Almirante, «el plan de campaña son los capítulos y el de operaciones los párrafos», y debiera agregarse: el primero corresponde al Estado y al general el segundo; aquí entra, como se ve, la política. Hoy se tiene estudiado los teatros de operaciones, los recursos, los objetivos, todo, en una palabra, en cuanto á la política se refiere; y determinado completamente, se forman por el general los proyectos de operaciones, ó mejor dicho, se terminan en la mayor parte de los casos, que representan la ejecución del plan de guerra sobre un territorio determinado; deberían llamarse planes de campaña si no tuvieran carácter provisional, y sirven al general en jefe cuando se ha definido la situación y le ayudan á adoptar su proyecto definitivo en el poco tiempo que debe durar la movilización, primero, la situación política y financiera; segundo, datos sobre el teatro de operaciones, geográficos, estadísticos é históricos; tercero, fuerzas del enemigo; cuarto, la repartición de sus fuerzas; quinto, proyecto ofensivo, y sexto, defensivo, que es más difícil que el anterior; pero no debemos olvidar que en 1866 y en 1870 Moltke supo adelantarse con todo esto y mucho más al comienzo de las campañas.

Y para terminar, vamos á citar un proyecto de operaciones, dentro del criterio que hemos dicho, el de 1870, que Derrecagaix presenta, en nuestro parecer, de manera acertadísima.—Existía uno de Clausewitz, por el valle del Loire, aprovechando las enseñanzas de 1814 y 15, de 700 á 800 mil hombres, en 1860. El del general bávaro Hartmann, desde el Rhin, sobre Nancy, por el Sarre, con observación sobre Strasbourgo, Bitche, Metz y Thionville, objetivo París, y el de Moltke, que en 1868 á 69 estudiaba: Primero, las fuerzas de Francia y Alemania, buscando el mayor número. Segundo, en tal idea de superioridad, buscando á toda costa la separación de los Ejércitos de Metz y Châlons. Tercero, el examen de las operaciones que se podían intentar. Cuarto, buscar los medios de oponerse á las intenciones enemigas. Una concentración alemana, al Sur del Mosela y al Este del Sarre, que

permitiera un ataque sobre el flanco izquierdo francés entre el Rhin y la Selva negra.

Si los ferrocarriles franceses, por su dirección, obligasen á formar dos masas principales en Metz y Strasbourgo, la porción del Palatinado aseguraba al ejército alemán las ventajas de una línea interior por los caminos que de Kaiserslantern conducen al alto Mosele, hacia Nancy, por Bitche y Dienze, ó por Sarreguemines y Chateau-Salines, imitando á Napoleón en su maniobra favorita cuando tenía inferioridad numérica, con la diferencia de que sus fuerzas eran tan considerables, que les permitía atacar á cada uno de los dos grupos simultáneamente.

La concentración en el Palatinado bávaro, tenía además la ventaja de cubrir el Rhin y proteger el terreno situado más allá, desde Basilea hasta la mitad del curso, y después impedir ofensivamente la invasión de Alemania.

Por lo tanto, dicho Palatinado bávaro era la zona de concentración considerada como la más favorable.

Quinto, tratar de examinar si la movilización de los dos adversarios permitía esta combinación.

Los alemanes podían tener 60.000 kilómetros á los trece días comenzada, completa esa movilización por un plan de transportes preparado con cuidado sumo y 384.000 á los dieciocho. Se sabía que la francesa no podía ir tan de prisa, y se ignora por qué medios conocían también el proyecto del emperador Napoleón y del mariscal Niel de reunir 150.000 hombres en Metz el día octavo; contando con que de esta plaza al Rhin hay seis días de marcha, al llegar al río se encontrarían con masas superiores, se podía cumplir, por lo tanto, el motivo 5.

Sexto, establecidas estas consideraciones, sólo quedaba por determinar la agrupación de fuerzas, trabajo sencillo, porque la distribución de los cuerpos de ejército había de ser con arreglo á la misión que se le encomendaba y la manera de ponerse más rápidamente en situación de combatir. Resultando, según esto, tres ejércitos que no pasarán de 130.000 soldados y un cuarto de reserva.

FRANCIA

El Emperador hizo redactar al mariscal Niel, ministro de la Guerra, un proyecto de composición y distribución de los ejércitos; en él resultaron: tres ejércitos y tres cuerpos de reserva con un total de 489.978 hombres, 121.218 caballos y 12.033 carruajes; esto se hacía á la vez que el proyecto de Moltke, conteniendo el estado de fuerzas algunos errores.

En la misma época, el general Frossard, ayudante del emperador, redactó otro plan de campaña contenido en el siguiente cuestionario:

¿Qué hará el enemigo en el primer momento? ¿Se mantendrá sobre una sólida base del Rhin y esperará á que Francia manifieste sus proyectos, ó resuelto á ocupar una posición desde el principio vendrá con sus cuerpos organizados á establecerse delante de nuestras fronteras, sobre las bases fortificadas que posee, es decir, delante de la Baja Alsacia y sobre el frente y flanco de la Lorena para intentar inmediatamente la invasión de nuestro país?

El autor de la Memoria, después de examinar las facilidades de los alemanes por sus líneas férreas de establecer bases de operaciones distintas delante de las fronteras, casi tocándolas, delante de la Baja Alsacia, Landau y Lemershein; delante de la Lorena, Sarrebrück y Sarrelouis; en el flanco izquierdo de la Lorena, Luxembourg, el autor, decíamos, en vista de esto, suponía que el enemigo concentraría sus fuerzas en el Palatinado, delante del centro de la Lorena, donde estaba su teatro principal de operaciones, y después sobre Luxembourg, disponiéndose en el primer período del combate de 470 mil hombres.

Los franceses podían oponer 120 mil hombres; el ala derecha en la Alta Alsacia ó en Strasbourg, y el ala izquierda en la Baja Alsacia; 140 mil hombres del Ejército del Mosela, delante de la desembocadura de Sarrebrück, y 60 mil hombres del Ejército del Norte ó del Mosa, establecidos sobre la base Reims-Châlons, que pudiese replegarse sobre París, extendiéndose después en consi-

deraciones para fundamentar las resoluciones dadas á los supuestos estratégicos y tácticos relacionados con todos los demás problemas á resolver. Presentado el trabajo al general Bazaine en 1870, no fué aprobado.

A fines de Mayo del mismo año, se presentó otro proyecto que se sometió al examen de ciertas personalidades extranjeras, que consistía en que el ejército francés, compuesto de dos grandes fracciones, había de movilizarse en quince días: la primera, más numerosa, pasaría el Rhin en Strasbourg para separar los Estados del Sur de los del Norte; se uniría al ejército austriaco en Noremberg, de donde avanzaría sobre Sajonia, á imitación del plan hecho por Napoleón en 1806; la segunda más allá del Sarre, en el Palatinado, atacando al enemigo vigorosamente sobre el punto verdadero de ataque, y mientras tanto Francia dirigía su flota sobre las costas del Báltico con su cuerpo de desembarco. Este proyecto era irrealizable, porque descansaba sobre bases erróneas como la movilización del ejército francés en quince días, el austriaco en veintidós y la escuadra en un mes.

Los acontecimientos se precipitaron; á partir de Julio de 1870 el Emperador volvió al proyecto de Mayo, desechando éste, que consistía en reunir tres cuerpos en Metz, Strasbourg y Chalons, pasar el Rhin entre Strasbourg y Lermersheim y separar los Estados del Sur y del Norte; las fuerzas de Lorena y las de Chalons debían disponerse escalonadas con las primeras, y se desistía del desembarco en las costas del Báltico.

Pero todo fracasó; sólo se formó un ejército, la concentración fué larga, cambió la faz de la campaña, y sobrevinieron la invasión y la derrota.

¿A cuántas clases de consideraciones no se presta uno de los hechos más memorables de la historia militar contemporánea, en esta campaña de Moltke? Tres planes había en cada nación, pero mientras que en Alemania preponderó el de Moltke, dentro de cuanto la ciencia militar preceptuaba: rapidez, objetivo, líneas interiores y ofensiva estratégica y táctica, según hemos visto, y separándose en algo de aquellas instrucciones del mariscal á los comandantes en jefe de los cuerpos de Ejército, en los límites de la ofensiva estratégica y la defensiva táctica, para invertir luego estos últimos términos y recoger con los mayores aprovechamien-

tos los laureles de la victoria con menores sacrificios; mientras que en Alemania ocurría ésto, decimos, en Francia sin los elementos de los exactos planes de movilización, en organizaciones y transportes, sin verdad en los efectivos y en al material, todas fueron vacilaciones en los planes y distanciaciones de cuanto la ciencia determina, dejando al acaso y á la improvisación lo que requería estudio, meditación y la preceptiva científica.

A la cabeza de los que contribuyeron á los éxitos militares alemanes, está Moltke, su talento, su previsión, su estudio, la serenidad de su juicio en la crítica, su experiencia y carácter supieron dominar los casos de la guerra, ¿pudo abarcarlo todo? ya hemos visto que no; pero al resolver los accidentes contrarios, trocándolos en beneficios, al ir dentro de la ciencia. nos muestra que la teoría de la gran guerra puede llegar á ser más positiva y recordaremos lo que Willisen escribió sobre estas condiciones del general, por creerlo oportuno, que su talento, su estudio y su fortuna, son para la nación lo que para el agricultor el terreno, la siembra y el tiempo favorable. Aquiles era hijo de una diosa y de un mortal, decía Napoleón, hablando del genio de la guerra. La parte divina de su ser se daba á conocer en cuanto sabía manejar los elementos morales, el carácter, el talento, los intereses del enemigo, las ideas y espíritu del soldado, el cual es valiente y victorioso ó cobarde y vencido, según cree serlo. La parte terrenal del arte descansa en las armas, los atrincheramientos, las posiciones, las órdenes de batalla, en general, con todo lo que tiene relación con las combinaciones de seres materiales, y de este modo se ve cómo aquel gran capitán y cómo Moltke han sabido unir en la ciencia de la guerra, desde la modesta trinchera, el fuerte que apenas se divisa, la plaza sembrada de cañones y defensas, las líneas que forman todas ellas y el soldado y la masa formidable que componen el fusil y los cientos de cañones, los miles de caballos é inmenso material de guerra, á las sublimidades del genio en las concepciones estratégicas y planes de campaña, relacionados con la política y las demás ciencias para llegar desde la preparación á la lucha estridente y aterradora de los campos de batalla, en las que sólo estas inteligencias ven con sus vívidos resplandores, combinándolo todo, las masas, las velocidades, el terreno y los métodos, los trazos que conducen al templo de la gloria.

La logística.

I

Fracasan muchas veces un gran número de operaciones de guerra, porque no se saben combinar con precisión el tiempo, la distancia y la naturaleza de los caminos.

EL GENERAL LEWAL
(Stratégie de marche).

Hemos dicho que la estrategia forma el plan general, la logística por las marchas alternas con el reposo, ejecuta la traslación, y la táctica el choque; la logística es, pues, el lazo de unión entre el pensamiento y el hecho, y tiene ante sí que salvar los inconvenientes del terreno, las necesidades de las reparaciones de fuerzas y cuanto con estas funciones tenga relación.

Entre esos libros innumerables que Marcenado llama flores de un jardín, y que al estudiarlos y comprenderlos el espíritu se eleva para descender como lluvia y formar sobre el sediento suelo hilos, arroyos, ríos y torrentes; entre ellos, ó siendo capítulo, se encuentra el de la logística; y desde el libro de grandes conceptos didácticos militares, el reglamento ya de campaña ó de maniobras, el que ayuda á la memoria del jefe ú oficial de Estado Mayor, ó de las demás armas y cuerpos, hasta el croquis ó esbozo topográfico, todos ellos tienen en mayor ó menor cantidad algo de logística, porque allí donde existe movimiento, se encuentra esta ciencia que lo mide y aplica; por eso los autores, principalmente los alemanes, la embeben, digámoslo así, en la estrategia y la táctica, y llaman á sus obras, Estrategia de Marchas, como Lewal; Táctica aplicada, como Fix, y Timmerhans ó Dirección de las tropas, como Verdy du Vernois y Lossler, pero aunque el nombre cambie, no por eso deja de tener logística la esencia,

sólo que estas y otras manifestaciones son más que de representación de escuela, de distribución del trabajo, á manera de la nube, que en vez de ser un núcleo en el espacio, se transforma, por la ley en varias y diferentes partes; y si el vapor nos da el arco iris como finalidad del fenómeno meteorológico, la ciencia nos muestra ese gama prodigioso, en cuyo registro se encuentran los tonos todos que dan las sublimes combinaciones del arte; y el general, el jefe, el oficial y el soldado, con esa iniciativa individual tan recomendada, determinan y complementan el cuadro ya que esa iniciativa puede considerarse la esfera de acción de cada uno, que viene á ser en la milicia lo que en el firmamento las atmósferas de los astros en el espacio infinito.

La logística, pues, tiene existencia autónoma, está determinada como nexo, pero no dentro ni de la estrategia ni de la táctica; hay quien no la considera así, Almirante entre otros, Verdy du Vernois, no solamente todos sus esfuerzos van encaminados á demostrar la prelación de la conducción de las tropas, respecto á la táctica, sino que hasta comprende la estrategia é incluso al terreno: «llegaron los tiempos, dice, á propósito de esto, en que se discutía si el batallón defendía á la montaña, ó la montaña al batallón», pero no conceder al terreno gran importancia, y no considerar á la estrategia como lo que es, resultará siempre darle más valor á una parte que al todo. Veamos cómo se expresa respecto á la primera aseveración.

La claridad en lo que se tiene delante, y la energía de la ejecución de lo que se proyecta, manifiesta son los únicos pilotos que nos guían con seguridad á través de los innumerables escollos, así, pues, las virtudes militares están más arraigadas en el carácter que en el saber. Recuerdo siempre, respecto á esto, el combate de Nachod. Era la primera vez que yo asistía á un hecho de armas. En lo alto de la meseta del monte Wenzel, estuvo la acción comprometida durante mucho tiempo; compañías de la vanguardia y una batería empezaban á retirarse, mientras las columnas del grueso acudían apresuradamente siguiendo estrechos valles. La situación era crítica; si conseguían los austriacos en este momento apoderarse de las alturas, hubiera sido tal vez imposible que desembocara el cuerpo de Ejército. En unos minutos que pude reflexionar con tranquilidad, repasé mentalmente todas las

teorías de libros de táctica y conferencias que me habían quedado en la cabeza, y que se referían á pasos de desfiladeros. Ninguna se acomodaba á aquel caso. Por último, prescindí de toda regla, y me pregunté: pero, ante todo ¿de qué se trata aquí? La contestación se me ocurrió enseguida; la vanguardia de allá arriba debe resistir hasta el último extremo para conservar en su poder la altura, y las columnas del grueso que por el valle se aproximan, acelerarán la marcha para llegar lo antes posible, desplegando después donde el combate vaya en retirada.

Desde aquella época data en mí la adversión á las reglas tácticas.»

¿No hemos de sentir las torturas del espíritu, ya que en cada problema á resolver se encuentran criterios opuestos, tan fundamentados, como autoridad tienen los que los emiten? Este pensamiento de uno de los prestigios mayores reconocidos, es como suyo, grandioso; la educación práctica de la dirección de las tropas, es indispensable, la sujección táctica absoluta imposible, pero el que lo uno y lo otro, entre en el concierto armónico y general de la ciencia; no lleva en sí el anular las partes más principales de ella ó quitarles preponderancias.

En esto, como en todo, del problema principal se derivan otros secundarios. La logística tiene de estrategia al elegir los caminos que se han de seguir y de táctica en lo que se comprenden las marchas y descansos para combatir, y de aquí que, como hemos dicho, existan, entre otros libros, *La estrategia de marchas*, *Táctica aplicada y conducción de las tropas*, en los que se forman las escuelas y se las da importancia pretendida, poco menos que absoluta, á las funciones de guerra que estudian, metodizan y reglamentan, tal vez sin darse cuenta; pero insistimos en que ninguno de estos intentos lograrán otra cosa, que sin quitar valor á lo que tiene, dárselo á lo que lo pretende, buscando, en una palabra, el hecho de la distribución del trabajo que se impone.

El tejido general ó estratégico, el tablero estratégico, como dejamos apuntado, ó embestidura estratégica, como la llama el general italiano Casanova, con feliz expresión, según Marselli, lo que consignamos con gusto, ya que llevamos su nombre, es de la incumbencia del jefe del Ejército, y las disposiciones logísticas, que son las particulares del jefe de Estado Mayor, siendo este cuerpo el encargado

de practicarlas; es verdad que Napoleón y Moltke hicieron lo uno y lo otro, pero esto no puede admitirse como regla.

Las diferencias entre el general en jefe y el jefe de Estado Mayor, están establecidas desde tiempo há; Pierron dice que el primero es la representación de la fuerza centrífuga, y de la centrípeta el segundo, porque el uno es la síntesis, de su cerebro brotan las grandes concepciones que el otro ha de analizar y poner en orden, para que los dos lleguen al plan concluído de la estrategia, con las previsiones de la logística, para las resultantes de la táctica, y en muchos casos, aun sin éstas; y si la estrategia se divide en dos partes, superior y secundaria, una para el general en jefe y otra para la enseñanza de jefes y oficiales, según hemos dicho; si la táctica también está dividida en dos, en la logística existen del mismo modo dos entidades, la alta y la baja, la directiva y la ejecutiva; la del general que estudia, medita, dispone y resuelve y la del subordinado que practica, sin que esto quiera decir que en la logística, como en la estrategia, deje de entrar por mucho esa iniciativa que traza una jurisdicción en cada empleo y en cada parte de la función del conjunto.

Pero la logística no se detiene como la estrategia, en los límites del campo de batalla; compañera de la táctica, se despide de aquélla para acompañar y sufrir con ésta las contingencias de la lucha, y toma parte activísima en la resultante; y de aquí, y de los grandes contingentes de los ejércitos y las extensiones proporcionadas á ellos, de los campos de maniobra y de batalla, que la logística haya tomado la mucha importancia que tiene: no sólo bajo estos aspectos, sino en el administrativo, porque no es el problema sólo de marchar, en los descansos indispensables, en los períodos de quietud, como acantonamientos, más que campamentos desechados casi; desde la revolución francesa, que dió lugar al vivac, se tiene presente que las tropas estén dispuestas al combate, pero que cuenten con aquellos elementos para la subsistencia, y si los caminos en su longitud y anchura dan el tiempo que las columnas pueden emplear en recorrerlos, por su número y distancia, los contactos y las facilidades de la mejor marcha de las tropas; la estadística, por el producto del territorio, y la densidad de la población, con la higiene y la moral, complementarán el segundo problema, sin olvidar lo que á las provisiones de guerra se refiere.

Pero todo esto constituye para la logística unos caracteres de existencia propia, como arte y ciencia, y dentro ó en contacto con las ciencias otras; pues si estudia los caminos, es la geografía en su parte topográfica; si la producción del suelo, la geografía y fisiología; si la población, la demografía; si las industrias, la economía, y en su aspecto en general, las ciencias sociales, comprendiendo las morales y políticas, que es tal y como en nuestros días se nos presenta.

Nació en tiempo del gran Federico; ensanchó sus horizontes con Napoleón, al agitar las masas, moverlas y precipitarlas, cual torrente, por ciudades, regiones y naciones enteras, pero la plenitud de su existencia, su carácter científico, después de su nombre que se lo debe á Jomini, aparece por las grandes facultades del Estado Mayor prusiano; estas campañas de los modernos tiempos, no asombran como las de Napoleón, por lo imprevisto, sino que causan admiración en lo metódico; y ese método casi infalible que lleva á las masas á la convergencia ó coordinación matemática para aplastar y demoler al enemigo, con todo calculado, nos hace decir: Federico, fué táctico; Napoleón, estratégico; pero Moltke, fué el tipo logístico por excelencia; en estrategia pudo imitar á Napoleón, en táctica á Lord Wellington en algunas ocasiones; pero en logística no imitó á nadie más que á sí propio; Moltke es, en nuestro concepto, el Gran Maestro de esta ciencia: la ciencia del método y del cálculo; por algo, aunque no sea lo mismo, han existido Folard y Bulow; aquel escribía hace más de dos siglos: «El arte de la guerra está sujeto á las reglas mecánicas, geométricas y físicas, y todo sistema de este arte que resulte contrario á los principios evidentes de una sola de estas tres ciencias, tiene que resultar necesariamente ilusorio y defectuoso»; pero la estrategia de las marchas, dice Lewal, han de aplicarse, aun reconociendo lo dicho, en una escala bien superior.

Más esto no quita que la escuela metódica propenda á la táctica legendaria, al moldeamiento inactivo, y la de inspiración á los fracasos de las exageraciones del sistema, teniendo las dos una existencia alterna en las grandes órbitas que trazan en la historia de la humanidad.

El examen de la logística, tal y como la estamos llevando, se encuentra en un punto que vacila entre las escuelas preceptiva

y aplicativa, por más que las modernas corrientes vayan por este camino, y nos tenemos que contraer de nuevo á Verdy du Vernois, que es el que marcha á la cabeza de ésta, y de cuya escuela nos hemos podido formar criterio con la cita suya hecha.

Claro es que las dos escuelas de por sí á nada cierto pueden conducir, pues los preceptos ó reglas, sin la práctica y ésta sin aquéllas, han de carecer siempre de la sanción que sólo la fusión de las dos han de presentar, debiéndose para encontrar esa armonía, comprender las reglas que dan el terreno, las tropas que se conducen y el objetivo que se persigue entre dos extremos, y los estudios prácticos en ciertos límites para que nos den las aplicaciones de lo abstracto en lo concreto, y las enseñanzas, por consiguiente, de la logística, porque sin una norma, como la que ofrecen siempre las reglas tácticas, aunque no difusas, por ejemplo, ¿cómo se habían de mover las tropas en paz y en guerra?

Hemos dicho que las marchas pueden hacerse fuera y dentro del radio de acción del enemigo; las primeras, que llevan á la movilización, á la concentración y al límite de ese radio, se llaman marcha de paz, porque casi se les asemeja, y las segundas, de combate, que concluyen por tomar, como marcha de guerra, carácter táctico, existiendo además la marcha de dispersión á la conclusión de la guerra, y de lo que no tenemos para qué ocuparnos. En cuanto á la longitud, pueden ser las marchas ordinarias y extraordinarias; en las primeras, marchan las tropas de 20 á 30 kilómetros al día, descansando oportunamente durante el camino y teniendo un descanso de veinticuatro horas al cuarto día, y en las segundas, se dividen en sostenidas y forzadas; en aquéllas andan las tropas de 35 á 45 kilómetros con etapas, pero sin descanso; en las segundas, marchan las tropas las veinticuatro horas sin descansar más que lo necesario, siendo su límite 90 kilómetros, reposando mucho tiempo para que puedan marchar en esta forma.

Respecto á su dirección, son de avance, de flanco, de retroceso, paralelas y oblícuas con respecto al enemigo. Las velocidades han de ser con relación á los caminos y al número de las tropas, desde cinco kilómetros por hora, que es la velocidad del peón ó del jinete solo, de cinco kilómetros en 42 á 50 minutos al paso, y en 19 á 23 al trote, á las velocidades de la columna de Infantería de 20 á 30 kilómetros, cuatro kilómetros por hora, sin contar los al-

tos, y cinco á seis kilómetros de Caballería ó de Artillería al paso y la de las columnas mixtas que se sujetan á la velocidad de la Infantería. La división por un camino puede andar de 20 á 25 kilómetros por día, no exitiendo probabilidad de encontrar al enemigo, pues de no ser así, serían de 15 á 20. El cuerpo de ejército, marchando también por un camino, anda de 15 á 20 kilómetros en el primer caso y 12 á 15 en el segundo. El frente de la formación de combate de una división es de 1.500 á 2.000 metros, según que esté dispuesto en cuatro ó tres líneas de batallones. La profundidad depende del terreno, agregando, por alargamiento de marcha, $^1/_4$ ó $^1/_2$ de la longitud, según la naturaleza del camino, pudiendo asegurarse, según Lahure *(Notas acerca del servicio de los Estados Mayores en paz y en guerra)*, que con aproximación puede decirse que la profundidad de un cuerpo de ejército, sin los bagajes, es de una marcha ordinaria, y la de una división de poco menos de media.

Considerando á la logística en la preceptiva estratégica, según hemos dicho, para que tenga lugar el primer principio de esta ciencia, la logística ha de cuidar que las grandes fracciones de un ejército puedan reunirse para el día de la batalla antes que las del enemigo, no debiendo estar separadas, cuando estén dentro del radio de acción del enemigo, más de lo que una marcha representan, para que, dentro del día, puedan favorecerse teniendo cumplido término tal principio, á nuestro parecer, sin que se verifique esta reunión, por impedirlo todo cuanto la logística ha de vencer y ya dicho, siempre que las distancias entre las fracciones sean menos que las del enemigo. Tal es el principio dominante de la logística, en su concepto supremo; pero hemos de volver á Verdy du Vernois, que llegó á la concluyente que hemos citado de que el único piloto que nos guía á través de innumerables escollos es «la claridad de lo que se tiene delante y la energía en la ejecución de lo que se proyecta»; es decir, que pone á la ciencia en segundo término, porque «la razón de estos fenómenos (el desconocer cuanto del enemigo hace falta) es muy sencilla. Cada uno de ambos combatientes hace lo posible para no descubrir nada al enemigo, y, en realidad, ni el jefe superior ni la patrulla de caballería pueden orientarse penetrando más allá de la línea de tiradores enemigos.»

Nadie menos autorizado que este escritor eminente, para poner solo en manos de dichas patrullas las informaciones, pues de dominio del espíritu público es lo que la Prusia hizo en este sentido antes de la guerra y en la guerra misma; factores son los que cita para ayudar en el éxito, pero existen otros de orden muy superior, que son la base de la estrategia y de la logística como hemos visto; la guerra del 70 tuvo por uno de sus signos más característicos las distancias de las columnas, que permitieron, en más de una ocasión, que el cañón avisara con su voz de trueno y que las tropas se auxiliaran con eficacia suma, y bien sabido es que el arrojo y la temeridad inclusive de las puntas y exploradores alemanes, fué sobrado para que les detuvieran los enemigos, y los planes de operaciones, que estudiados quedan, son una evidencia más de nuestro criterio, que unido va al general prusiano en lo que marchamos á lo simple, para equilibrar de algún modo lo que por otra parte es tan inmenso y complicado, que las múltiples combinaciones tácticas tocan á su fin, que el carácter puede resolver, y que el hecho real será norte por las circunstancias, no tiene duda, pero con preparación, y esto, el mismo Verdy du Vernois, lo reconoce, aunque á la vez, parezca que preconiza lo contrario; pasemos, pues, á otro orden de consideraciones.

II

Veamos las reglas que dirigen la logística, ya que acabamos de analizar y evidenciar el concepto logístico supremo; concretándonos á la marcha y dejando, hasta cierto punto, el acantonamiento y al campamento por las razones que hemos dicho, marchas sobre las que hemos anotado que tienen por objeto la primera concentración del Ejército, marchas para la batalla y de persecución ó de retirada, marchas preliminares, encaminadas á realizar los hechos tácticos más ó menos inmediatos y marchas de enlace de las acciones tácticas, veamos lo que dice Marselli sobre este particular: «En las operaciones de la primera concen-

tración, la estrategia elige las capitales ó puntos trigonométricos, á los cuales encamina la logística, y á cuyo alrededor distribuye las fuerzas. La logística rellena los triángulos geodésicos mediante el levantamiento topográfico, y para ello debe secundar el motivo estratégico de manera que pueda alcanzar el objeto. Cuando se hace guerra ofensiva, la elección de aquellos puntos se halla determinada por la necesidad de reunirse con prontitud y obrar con eficacia; cuando se hace defensiva, por la de proteger con seguridad los puntos vitales más expuestos y estar preparados á tomar la ofensiva con facilidad.» Copiamos esto porque, en nuestro juicio, no puede expresarse con más exactitud, y dicho se está que, bajo tal criterio, se han de adoptar las resoluciones al terreno, lo que del enemigo resulte, y de todas las circunstancias que han de concurrir, y el despliegue, la dislocación de fuerzas, las extensiones de la zona de acción, las líneas de marcha, el frente, etc.; á todo aquello han de ser ajustados, para llegar por el principio supremo de la logística, al fin táctico.

A ese principio supremo de la logística, ó sea la reunión del ejército antes que el enemigo lo verifique, puede llegarse, á más de lo dicho, por ferrocarril, con el auxilio de vehículos, y por vías de agua, ya sean en ríos, en todo ó en parte, como para las operaciones inglesas en el Sudán por el Nilo; ya por el mar como en nuestras guerras coloniales; y en estas marchas, claro es que se observa que han de dominar las razones económicas, higiénicas y administrativas sobre las tácticas; y como acabamos de sufrir las consecuencias, no tenemos para qué insistir en demostrarlo.

Además de esto, como en la primera concentración no existe el temor del ataque, cada arma puede ir por el camino que le sea más fácil; y si no existiera más que uno, irán las armas en orden de prelación, invertido con el de velocidad. Los ferrocarriles ofrecen un gran medio para el transporte de las tropas; ellos, el telégrafo y el teléfono, son elementos de nuevas y rápidas eficacias para la movilización y concentración de las tropas; son, pues, elementos logísticos de primer orden y dicho se está que han de ser muchos, bien establecidos y mejor combinados los que un Estado cuente, para que sus eficacias correspondan á cuanto de ellos se espera, y que han sido motivos de detenidos estudios sus redes, el tiempo de embarque y desembarque de las tropas, del ma-

terial, del ganado, el sitio de las estaciones, etc., para que, como potentes dinamos, distribuyan el fluído con velocidad y cantidad bastantes por los hilos que se dirigen á dar luz, sonido y cuantas varias resultantes ofrecen á nuestra vista, ese elemento empezado á domeñar á nuestro capricho, y que en el caso que nos ocupa serían disparos, destrozos, muerte por doquiera y vida y gloria para el que la victoria alcance.

No podemos detenernos en facilitar datos sobre el motivo que nos ocupa; en el *Perizonius* (táctica), en el servicio de Estado Mayor, texto de nuestra Escuela Superior de Guerra, de Mora y Garzou y en otros libros que de ello se trata, pueden encontrarse cuantos sean necesarios; bástenos, á nuestro objeto, consignar que un tren militar suele transportar un batallón de mil plazas, ó un escuadrón de 150 caballos, ó una batería de seis piezas, ó tres cuartos de una columna de municiones ó de otra cosa; constarán estos trenes de 60 á 100 departamentos; su velocidad será de tres á tres y media millas por hora, haciendo un largo descanso cada ocho ó nueve horas, y se calculan de ocho á diez los trenes diarios con una vía y de 12 á 14 siendo doble.

Este medio de comunicación puede considerarse materialmente estratégico, pues desde el momento que el ejército entra en el radio de acción del enemigo, se han de encontrar destruídas las líneas férreas, telegráficas y telefónicas, pudiendo utilizarlo solo en muy raros casos.

El cuerpo de Ingenieros militares cuenta con elementos, aunque no suficientes, para guiar los trenes, por lo que en Alemania se han creado comisiones mixtas, toda vez que las líneas férreas pertenecen á empresas particulares.

El problema logístico por mar se practica por medio de buques y para distintos objetos; citamos, á propósito de esto, que siempre será memorable el general Azcárraga, que supo emplear este medio para que fuesen transportados 500 mil hombres á Cuba, sin accidente remarcable; en el problema puede ocurrir el caso dicho, el de un desembarco en territorio enemigo, el de concurrir á la concentración del ejército para su refuerzo y el de algunos puntos en el propio territorio.

El primer caso no hay para qué explicarlo, por sabido; el segundo, nuestra guerra de Africa, en la que nuestra escuadra f é

casi la base de operaciones; el tercero, lo hemos practicado en la última guerra carlista, y el cuarto, se encuentra con frecuencia repetido en la historia, resultando natural que estos barcos que transportan tropas sean protegidos por la marina de guerra, limpiando el mar de enemigos yendo á vanguardia ó escoltándolos, siendo preferido el primer sistema.

Pero sigamos el orden en el método que vamos observando; concentrado el ejército en la base de operaciones, al avanzar ha de encontrarse en terreno más ó menos expuesto por el enemigo, y entran las alternativas de marchas y descansos para bien de la tropa y con flanqueos, vanguardia y retaguardia para su seguridad. Estas marchas han de hacerse en columnas, y entramos en una nueva faz del problema, pues al empezar á dejar de ser estratégico-logístico, entra en el dominio logístico-táctico; y dice Guibert: «Tenemos que observar una proporción; las columnas demasiado fuertes son menos manejables y tardan más en entrar en orden de batalla; demasiado numerosas, se estorbarán seguramente al desembocar y los movimientos han de resultar complicados». De Ternay viene á decir lo mismo, al idéntico objeto: «Pocas columnas resultan demasiado grandes; muchas hacen que los movimientos sean complicados»; por último, el general Preval escribe en el servicio de campaña de 1832: «Se formarán el mayor número de columnas posibles, cuidando siempre que no resulten demasiado débiles. La distancia entre ellas debe ser tal que puedan comunicarse, sostenerse y reunirse con facilidad»; y damos esta cita como última, porque coloca el problema en su verdadero punto de solución; hemos dicho mal: el pensamiento de Preval lo hemos de complementar con este otro de Lallemand: «Si no existe más que un camino en la misma dirección, se impone examinar si es posible abrir otros en dirección paralela, á fin de poder cumplir la necesidad de multiplicar el número de columnas, y el general Dufour no dice otra cosa.»

Entremos, ahora que se ha examinado el problema en conjunto, en el detalle. Los ejércitos inmensos de hoy han de dividirse en ejércitos estratégicos, con su plan peculiar cada uno, y éstos á su vez en cuerpos, que se llaman grandes unidades logísticas ó unidades de marchas, ya que la división lo es táctica ó de batalla, según hemos dicho, y que al tratar de la táctica examinare-

mos, ocupándonos ahora del cuerpo como gran unidad logística, sustituyéndola, al no existir, la división, debiendo marchar el cuerpo por caminos paralelos en divisiones y ejerciéndose la unidad demando en el frente y no en el fondo, ó bien en más fracciones, según las circunstancias.

Toda tropa que marcha aislada, se divide en vanguardia, en flancos, en grueso y reserva ó retaguardia, y estas partes han de guardar entre sí una proporción relativa de fuerzas y unas distancias adecuadas al terreno y circunstancias que concurran y que ha de apreciar el jefe, no pudiéndose en todos los casos observar la regla que esas distancias han de ser, de modo que la fuerza que se ve atacada puede ser auxiliada por una ó todas las fracciones, que sería la única dable con más aproximaciones. Estudiemos ahora el orden de las marchas de guerra.

Para esto lo primero que hay que tener presente es que el orden de guerrear ha de influir necesariamente en el modo de marchar, pues no se pueden observar las mismas reglas hoy que cuando en tiempos de Federico; en éstos existía el orden lineal, puro y exclusivo, en que el ejército era una sola gran unidad táctica que combatía en dos líneas rígidas y paralelas de infantería con la caballería en las alas y la artillería en el frente, en el que las columnas en marcha tenían que reunirse y desplegarse antes de la batalla, por lo que si había de buscarse la rapidez, tenían que marchar en predisposición al despliegue por alas ó por líneas; en la primera, la infantería, que marchaba por dos caminos paralelos y no lejanos, la artillería por otros y la caballería dentro del objetivo que había de formar las alas, y como no era fácil encontrar terrenos que á tales sistemas se adaptasen, las marchas se hacían penosas y á veces imposibles. La gran unidad fué rota, el Ejército se fraccionó en divisiones que componían todas las armas y las marchas tuvieron en la revolución francesa otro aspecto distinto; la logística, de esclava subió á señora, y la táctica conquistó también su autonomía, á la vez que el soldado su importancia.

Dice F. A. París: «El orden de marcha no fija sólo el orden en que las tropas deben sucederse en la columna, sino que ha de determinar las funciones especiales y la longitud del frente de las subdivisiones». Este autor, de mérito remarcable, nos presenta el caso concreto y resuelto, porque el frente de marcha ha de cui-

darse que sea el mismo que el de batalla, y de este modo se economizará siempre el tiempo, y no escaso, del despliegue, unificando así la formación táctica y la columna logística; y esto que se recomienda para las grandes unidades, se ha de observar en las que le siguen, pues las profundidades de las columnas están en razón inversa á las facilidades de despliegue y ésta en directa con el tiempo á ganar en las resoluciones tácticas; y estudiada la cantidad, el número y la forma de las columnas, pasemos á la combinación de las armas y sus empleos respectivos.

Lo primero que ha de buscar un ejército que marcha contra otro, son los contactos; sirven de información y de sondeo de resistencia contraria, de los movimientos y situaciones; para esto se emplea la caballería como arma que alcanza más velocidad de marcha y más facilidad en las evoluciones; y aquí encaja perfectamente lo que hemos dicho: que el oficial de caballería ha de tener bastante del de Estado Mayor; delante de las columnas de marcha va una cortina, de poca densidad, que las cubre y explora, informa y no deja el contacto, lo que implica tener divisiones de caballería á más de la divisionaria; porque la división de caballería es la gran unidad táctica de exploración, formada en dos ó tres líneas, saliendo de la primera las puntas, y como no será fácil que se repitan aquellas irrupciones de los Hulanos del 70, claro es que sobrevendrán verdaderos combates de caballería en las guerras del porvenir, cayendo por tierra todas esas suposiciones hechas en el sentido que la importancia de la caballería venía en decadencia ante el perfeccionamiento de las armas, pues no sólo se analiza hoy las condiciones de la caballería pesada y ligera en más ancho campo que lo hacia el teniente coronel conde de la Roche-Aymon, en su obra *De la cavalerie*, demostrando que las velocidades de coraceros, dragones, cazadores y húsares no podían aunarse, sino que con la guerra del Transvaal se nos presenta el verdadero dragón en funciones de á pie y á caballo, de manera prodigiosa.

Tras la cortina dicha avanza el ejército dividido en columnas logísticas, de cuerpo ó de división, y estas columnas se fraccionan en las cinco partes dichas, caso que el terreno ó las circunstancias no determinen otra cosa; si una columna va marchando con su flanco derecho resguardado por un río, claro es

que no ha de necesitar el flanqueo; que si esta circunstancia no existiera, en marcha de avance la retaguardia puede vigilarla la caballería y disponer así el grueso de más fuerza, y en una retirada las fuerzas de retaguardia desaparecen por embeberse en el grueso.

Ahora bien; la combinación de las armas debe existir en la columna y en sus fracciones, y hasta la misma vanguardia ha de constar de punta, cabeza y grueso; y respecto á la distancia que han de guardar entre sí, hemos dicho ya, que la determinará las circunstancias del terreno, sea quebrado ó llano, con monte ó sin él, pantanoso ó seco, con caminos anchos ó estrechos, buenos ó malos, arroyos ó sin ellos, etc., y todo esto que á la distancia afecta, tiene que influir en la composición de las columnas y en el sitio que han de ocupar las distintas armas, debiéndose tener presente además el objetivo, al que se relacionarán las exigencias tácticas según la situación estratégica.

Pero poniéndonos en el caso general, diremos: que la artillería de á caballo ha de apoyar la caballería, que forma la vanguardia del cuerpo de ejército, y la infantería debe defender á la artillería, debiendo colocarse los ingenieros, por su peculiar misión, en vanguardia siempre, ya avancen ó retrocedan las tropas, pues sólo así podrán dar facilidades en las marchas, allanando caminos ó inutilizándolo para el enemigo. En vanguardia, en el segundo caso, va siempre también la impedimenta, pero á distancia, no tratándose más que del gran convoy, porque las secciones de combate, que son tren y sanidad, han de ir cerca de las tropas para que los heridos sean socorridos pronto y eficazmente y las municiones no falten, concluyendo con decir, que la vanguardia debe ser una brigada mixta, que resultará sobre un tercio ó cuarto del grueso; hablamos de un cuerpo de ejército, que la distancia de la punta de la vanguardia y la cabeza del grueso debe ser de siete á once kilómetros, y para la división, de cuatro á siete, y la de la cola del grueso y la cabeza del convoy, ha de ser de diez kilómetros; pero estas reglas son sólo para dar una idea, pues el criterio de explicación queda dicho con insistencia, ya que de estos asuntos no hay autor que no se ocupe con la preferencia que merece, y que hasta con gráficos se representa, desde el libro de conceptos didácticos más elevados, como *La Natión armée de von der Goltz*,

hasta el *Aide-mémoire de l'Officier d'Etat Major en Campagne*, que es el más sucinto y práctico.

Consultemos la obra de B. Renard, y tendremos la historia de los orígenes de las batallas estratégicas y de las batallas simétricas de la Edad Media, y los dos primeros siglos de la época moderna, veremos las de posición de Luis XIV, las de puestos de Luis XV, las batallas de maniobras del gran Federico, las de marchas de la época de la República francesa y las batallas estratégicas del primer imperio, y cerremos el libro y abramos el de la *Direccion de las tropas*, de Verdy du Vernois, cuya función considera propiamente un arte, y nos encontraremos que escribe á propósito de esto, con aplicación á las maniobras: «Nuestra instrucción en tiempo de paz, incluso las maniobras de otoño, consiste, sobre todo, en *ejercicios de destacamentos*, y sólo se dedican pocas horas á las prácticas de combate de la división, que es la verdadera unidad del campo de batalla, hasta nuestras mayores maniobras; las de un cuerpo contra otro pertenecen, en cierto modo, á la guerra de destacamentos, porque están fundadas en una idea general establecida por varios días, y no puede sentarse la hipótesis de que la mencionada unidad tenga estrecha relación con un ejército. Semejante independencia relativa de un cuerpo de ejército es, sin embargo, un caso excepcional en la guerra en grande. Las operaciones de un cuerpo y sus unidades componentes se regulan, sin embargo, de distinta manera, según que esté aislado en varios días ó que en el trascurso de veinticuatro horas intervergan otros cuerpos para llegar al resultado».

Hecha esta aclaración, que amplía el concepto, tomemos nuevamente el hilo de nuestro discurso y sigamos con las marchas de guerras, bien para dar la batalla si se vence, aumentar los resultados, y si para lo contrario, atenuar los desastres llamándose estos dos últimos casos de persecución y retirada, repectivamente; pudiendo apreciarse desde luego, que en el primero, cambian los factores morales, de remarcable manera, en los ejércitos combatientes, y que se invierten los términos considerando el segundo, situaciones que afectan hondamente en las resultantes, y en este caso, á su vez, las circunstancias han de determinar las divergencias de las fuerzas victoriosas para comprender en sus éxitos el mayor espacio y número, las convergencias sobre un nú-

cleo aún resistente del enemigo, atendiendo con el resto á otros fines simultáneos; y que el ejército vencido recurra á la concentración, en puntos señalados, á la posición en líneas defensivas y hasta la dispersión de ciertas fuerzas en propio territorio, para converger en sitio determinado. En estos hechos claro es que cada arma tiene su función especial, la artillería quebranta, la infantería conquista y la caballería aprovecha á más del empleo que en la batalla pudiera tener, esto es, la victoria, que en la derrota todas contienen al enemigo.

Estas marchas y funciones están comprendidas en el tiempo y ejecutadas en el espacio, paréntesis inmenso que abarca una de las más grandes partes de la ciencia militar, que comprende, á más del reposo, la administración de las provisiones; hemos dicho las formas de reposo: en él se han de cuidar de la garantía en las tropas, por la vigilancia; de la higiene, por el celo y las eficacias técnicas, y de la defensa y ataque, por el modo de colocarse, sea campamento, vivac ó en caseríos, y si todo esto constituyen atenciones preferentes, en lo que al sostenimiento de las tropas se refiere, no lo es menos, ya lo hemos dicho, el que las provisiones lleguen ó no á tiempo, han dado las resultantes en los campos de batalla muchas veces. Recordemos las angustias por que no llegaba el convoy de provisiones, de nuestro Marqués del Duero, en las vísperas de la batalla de Estella, que le costó la vida, tal vez por querer sacar más partido del que se podía, pretendiendo aconchar contra el Ebro la fracción y coparla toda. Un ejército sin comer, ni anda ni se bate; no olvidemos tampoco lo que el General Córdova dice sobre la penuria del Ejército en sus *Memorias* justificativas. El general que falta con esto á sus soldados, no puede exigirles nada, como también es gran desatención, si las tropas se vieran sin los auxilios que presta el parque de sanidad, porque si aquel cuidado presta fuerzas y vida, éste, al atender al herido, cura y restablece lo que son dos bienes, uno para el individuo y otro para la Milicia. Francia ante nosotros en tiempos de Carlos I y más Rusia en los de Napoleón, mostraron al mundo lo que hace un ejército que encuentra ante sí ciudades y campos devastados por el incendio.

En la Edad Media se podía decir, por sus reducidos ejércitos, que «la guerra alimentaba á la guerra», porque sus pequeños con-

tingentes, ya reunidos ó distribuídos, podían vivir en el propio terreno que ocupaban, y si nos remontamos á las campañas de César, recordaremos que los germanos tenían tal confianza en el procedimiento, que hasta quemaban sus casas y cosechas, pues sabían que para adquirirlas no había más medio que vencer al enemigo. Con el aumento de la fuerza de los ejércitos vinieron los almacenes, con el servicio natural y cuerpo que lo prestara, y el mismo Federico atribuía ciertas lentitudes suyas á los inconvenientes de provisionarse; verdaderamente, estos almacenes y convoyes no sólo pesaban en los ejércitos de manera formidable, que cual férreas cadenas los sujetaban, sino que las escoltas de los segundos debilitan sus fuerzas, no pudiéndosele dar mejores y adecuados empleos.

El verdadero arte de función semejante asomó con los métodos napoleónicos de las requisiciones, pero éste más se parecía al primer sistema, y ante sus deficiencias, se optó por el mixto de requisiciones y almacenes que cuenta con los nuevos elementos del ferrocarril, el telégrafo y el teléfono, que convertían á su vez dichos almacenes en provisionales y transportables sus existencias, sin que representen aquellas impedimentas enormes de carros, carretas y otros vehículos, resultando la guerra con esas actividades que en plazo corto se alcanzan resultados que en otras edades hubieran costado años y años de no menores sacrificios; es más, según Clausewitz: «En un país regularmente poblado, sobre 1.600 habitantes por legua cuadrada, puede alimentarse á un ejército de 150.000 hombres durante uno ó dos días, á expensas de los Ayuntamientos y de los habitantes, esparciéndose sin afectar á la unidad de combate, de lo que se desprende que puede subsistir en una marcha continua sin almacenes ni otros preparativos». En el libro V, *Fuerzas armadas*, dice sobre subsistencias: «Cada día, á contar desde el primero, disminuye la dificultad de encontrar los víveres, mediante requisiciones, porque las distancias de los lugares desde donde se les puede traer crece con el número de los días, y las superficies como los cuadrados de aquellas distancias».

Sin olvidar lo que puede considerarse como dos preceptos, que son antitéticos, no desconfiando tanto del segundo como no abandonándose del todo al primero, los dos han de acogerse con

la natural reserva, pues la logística en éste, como en otros casos, ha de sujetarse á las circunstancias, existiendo, sobre todo esto, el cuerpo de Administración militar, que cuenta con los adelantos industriales en conservas, hornos de campaña y otros elementos, como contratas, etc., que dispone de las columnas de víveres que distribuyen los alimentos, tomados de los depósitos, y que el mismo soldado lleva raciones portátiles sobre sí; factores que dan verdaderas facilidades á esta parte de la logística, evita la requisición directa, que á tantos abusos y desprestigios se ha prestado, y ofrece normalidad legal, á la función de lo que ha de percatarse la estrategia, para que sus cálculos reposen sobre bases conocidas y ciertas.

Ahora bien; complementando el estudio diremos que si el concepto estratégico se lleva á cabo por las órdenes generales y particulares, en la logística sucede lo propio, según abarque el conjunto ó llegue al detalle, y en esa escala descendente de las órdenes, la base ha de ser el estilo militar, comprendiendo la precisión, la brevedad y la claridad sintética, razón por la que figura en los programas de los principales centros docentes militares, dándole así cuanta importancia tiene. «Los grandes ejemplos de nuestra literatura, dice Marselli, nos sirven de ayuda para escribir órdenes militares, ya que la literatura militar no puede variar de la general en forma esencial; pero cuando se quiere aprender todo el arte de compilar una orden, es menester no cansarse en leer y releer la correspondencia de Napoleón y las relaciones del Estado Mayor prusiano respecto á las campañas de 1866 y 1870-71, porque aquélla y éstas son, á la vez, el mejor estudio práctico de la logística. Libros semejantes, estudiados con un plano á la vista y con el compás y el doble decímetro en la mano, son el complemento indispensable de los tratados teóricos.

Y nosotros agregamos que el curvímetro en lo que al estudio sobre el plano se refiere; y respecto á la elocuencia militar, que Marselli en esto tiene razón, como en muchas otras cosas; porque si la elocuencia militar es de tan laudable recordación, al estudiar libros como el de Rox Flores, dedicado al Príncipe de la Paz y que de ella se trata, citando, entre otros, á Jenofonte, cuando decía: «Traed, soldados á la memoria en cuantas batallas habeís vencido al enemigo, confiados en el favor de los dioses; que inco-

modidades padecen los fugitivos, haceos cargo de que hemos llegado á las puertas de la Grecia. Alentaos, y seguid á Hércules. Será cosa curiosa dejar autenticada vuestra palabra y señaladas vuestras hazañas entre aquellos á quienes profesáis mayor afecto», y si esto dijo el primer táctico de la humanidad, el que esbozó prelativamente, como nadie, el gran pensamiento de Villamartín. «Para combatir se marcha y se reconoce; para reconocer se combate y se marcha; para marchar se combate y se pelea, todo esto depende de la política y de la organización, y recíprocamente...», y si esto dijo, repetimos, y que es laudable recordarlo, resulta glorioso para nosotros hacerlo con la elocuencia del general Córdova, de la que cita ejemplos su hermano en *Las memorias íntimas,* como las siguientes: Batalla de Mendaza. Ya lo ha visto usted brigadier Oráa, Gerona vence y súbe por todas partes, sobre todo, cuando usted lo manda». «Soldados, decía al valeroso y acreditado regimiento de Soria. Vuestro valor de ayer os hace dignos del corbatín colorado que ganó vuestro regimiento en la guerra de Sucesión». «Soldados de la guardia: habéis heredado las glorias de las guardiaa españolas de Bailén y de la Albuera y seréis siempre invencibles». A los artilleros: «La Artillería ha hecho siempre lo mismo y nunca ha hecho menos.»

Pero donde aparece un documento de esta clase, legado á la posteridad como modelo indiscutible de estilo militar y en el que se describe á nuestro soldado, es en *Su memoria justificativa;* dice así: «No cedo, no, á las sugestiones ó preocupaciones del orgullo nacional, cuando en una grande experiencia de la lucha en Navarra sostenida, y después de haber recorrido casi toda Europa, afirmo, con la resolución del más íntimo convencimiento y con la imparcialidad de un hombre superior á la vanidad de necias fanfarronadas, que el soldado español no tiene superior, no tiene semejante en la guerra de montaña, como no lo tuvo en otro tiempo y no la tendrá ahora en ninguna clase de guerra, si las circunstancias generales del país permitiesen á una mayor organización militar, utilizar sus casi increíbles cualidades físicas, sus heroicas prendas morales, y sobre todo, su admirable docilidad, ese imperturbable buen humor, esa incansable constancia que ni el hambre debilita ni la intemperie y desnudez enfrían, que no alteran, en fin, ni la derrota, ni ninguno de los reveses de la gue-

rra; ente verdaderamente sublime algunas veces, siempre extraordinario, que ejecuta corriendo, más bien que andando, marchas tenidas por imposibles; que entretiene cantando las más apuradas privaciones; que se embriaga de entusiasmo al ver correr su propia sangre; que hace suya personal, la causa por la cual pelea, á quien la desgracia irrita y no abate á quien por último no arredra el escarmiento de tantos compañeros de fila, que después de haber perdido un brazo ó una pierna, no tienen más amparo que la caridad pública, más alimento que el que mendiga por las calles, más abrigo de su desnudez que los miserables andrajos que una limosna le arroja, pues la Patria, en su pobreza, no puede ni asegurar el sustento de sus mutilados defensores, ni regalarles, al despedirlos, la memoria siquiera de la mucha sangre con que las empaparon las destrozadas prendas del escaso vestuario que vivieron y durmieron tres años».

El cuadro es vivo, los colores sobresalientes, tanto como los términos bien delineados y en su sitio; y si estas y aquellas recordaciones son siempre provechosas como otras que pudiéramos hacer, la de Prim en la guerra de Africa, por ejemplo, Marselli tiene razón, repetimos, al tener por indispensables los estudios de las campañas de Napoleón y Moltke, en estas enseñanzas que son de indiscutibles rendimientos en los éxitos de las campañas.

Dentro de nuestras facultades, hemos dado cima á esta parte de nuestra obra, que tal vez por encontrarse en la infancia de cuanto puede llegar á ser, es más difícil de ser tratada; ¿quién puede vislumbrar el porvenir de los éxitos y las eficacias de las velocidades combinadas con las masas y sus métodos de funciones?; no es para nuestras fuerzas, lo confesamos lealmente, pero si la estrategia, mañana, como se vislumbra por de Block, puede subir al espacio en líneas curvas, parabólicas y situaciones de alturas, y descender al fondo de los mares en campos tan limitados como aquellos espaciosos, la logística no se ha de separar de ella porque la jurisdicción cambie, ni el vehículo varíe y los métodos sean distintos; como la estrategia, es una cadena cuyos eslabones parten del general en jefe y pasan por los jefes y oficiales del Estado Mayor y todos los del Ejército, con lo que repetimos las palabras de Jomini; es más, ha de llegar al cuerpo de Administración militar, cosa que en la primera ciencia no tiene para qué suceder; y la lo-

gística, ciencia del número aplicado en extensión, peso, volumen y cantidad, de donde salen las velocidades, el tiempo, la curación y el descanso relativo y la vida, irá allí donde el movimiento exista; no produce lo que las industrias que en la actualidad viven, pero la suya, que aprecia y regulariza, es el nexo de la estrategia y de la táctica que lleva á las naciones á la preponderancia y á la hegemonía.

La Táctica.

I

Desde el combate de Nachop data
mi aversión á las reglas tácticas.

VERDY DU VERNOIS.

Si la guerra es un dinamismo, la batalla resulta su parte activa, palpitante, en que las vibraciones de cuantos elementos entran en ella llegan á su mayor grado de actividad. Reparad los campos, su negruzca superficie, imaginad el arado, los surcos, la siembra, la semilla que brota, el árbol que crece, la espiga que grana, el animal que se desarrolla y se multiplica, el dorado grano, la sazonada fruta, la piel, la velluda lana y la sabrosa carne, y veréis cómo todo llega á las puertas de los palacios, en unión de lo que el subsuelo y el mar produce, para dar vida al rey de la creación, ó mejorar y ampliar la manera de llevar su existencia; esos palacios se dividen en dos clases: unos de ostentación, de riquezas y de consumo; otros de trabajo, de actividad y producción; en aquéllos se vive, en éstos se desarrollan las industrias, que dan, como los granos de los campos, sus frutos y animales; el mineral de las entrañas de la tierra, sus piedras preciosas y cuanto el mar encierra; las joyas, los muebles, las telas, las armas, las torres blindadas y los acorazados; y, hablando en complemento más actualista, los dinamos, las bobinas,

los cables de todos diámetros, los fonógrafos, los teléfonos, los automóviles y los aparatos múltiples de otras tantas aplicaciones.

Pues bien; si las batallas se dirigen por la intervención directa de la inteligencia del hombre, y se alimenta del hombre, de los animales y de los productos industriales, y, sobre todo, está el concepto psicológico, resulta una evolución psicológica, intelectual é industrial á más de física, que la táctica resuelve por el choque; y lo que da la agricultura y las industrias, las minas y los mares, llaman á las puertas de los palacios, la táctica, abre la *jauna* del templo de la gloria y de los engrandecimientos patrios, como última manifestación, como la final resultante de la ciencia militar, en su forma más latente, tal es su manera de ser, su importancia y su norte.

Efectivamente, en la paz, cubre la cabeza, de donde los productos de la inteligencia brotan, el blanco penacho de rizada pluma, como gala del espíritu y sueño de la materia, á guisa de lo que sucede en el gabinete del físico, del químico y del matemático, ya que ese color simboliza la paz del cuerpo, el silencio del estudio y la actividad del alma; llega la guerra y las industrias hacen; y allí el penacho desaparece, como aquí brota el negro humo que á la esbelta chimenea adorna; en la una, la maniobra, el cañón, el choque y la muerte; en la otra, la máquina, la transformación y el producto, sea textil, en delicada y rica forma, sea metalúrgica en la endurecida plancha de acero, que da el sumergir en agua el hierro combinado con el uno por ciento de carbono y en enrojecida mezcla; y en la batalla, donde el espíritu hace plaza á la materia y se eleva para apreciar más los hechos, cerniéndose sobre ellos, brotan de su examen y de su estudio las enseñanzas para el porvenir, surgen los principios claros, como la luz de la lámpara incandescente, por el esfuerzo intelectual, como se trocó la oscura tierra en dorada espiga, con la labor y combinaciones químicas y el rojo hierro con otros elementos combinados en prodigiosa máquina que salva distancias con velocidades increíbles. La batalla, pues, es el germen, sus zonas, los campos ó el taller; y las ciencias recogen el producto ensanchando sus horizontes, que son las conquistas de la moral, las perfecciones de las industrias y las abundancias de las cosechas; y los pueblos sin el temor y los estí-

mulos de las batallas, sin sentir en su oído lo que los más activos les dicen: «anda porque si estás quieto salto por tí, y no retrocedas, porque te anulo», no llegarían á lo que el destino les tiene reservado.

Tal vez se nos acuse de insistentes al emplear tanto el sentido figurado; y á esto podemos replicar, que no desconociéndolo, se nos impone el método, del que no nos hemos separado estando en el principio del fin, ni en el objetivo principal, que es la regeneración de nuestra Patria, ni en los secundarios, hablando en la técnica militar, que vienen á ser todos los caminos estudiados que á ello nos pueden conducir; y si Dios, la creación y el hombre, son las verdades que el hombre ha de entender dentro de sus facultades, hemos de buscar la relación que tienen todas las encontradas, como hemos hecho, y las que pueden tener y nuestra inteligencia nos sugiera.

Puesto el problema en estos términos, la batalla, que es secuela de la guerra, se puede explicar como lo hacen muchos, incluso Proudhon y Flavio Josefo, por ejemplo: el uno, no considerándola como fenómeno, hecho divino, religioso, de justicia, revelación, ideal y disciplina de la humanidad; pues de todas estas y otras maneras, la estudia y analiza en su obra *La Guerre et la Paix*, sino como siendo su causa primera, universal, la falta de subsistencia, el rompimiento del equilibrio económico, en una palabra, el *pauperismo*. Flavio Josefo nos describe las luchas de la humanidad en aquellos tiempos, en su obra *Historia de las Guerras de los Judíos y de la destrucción del templo de Jerusalén*, en negras y rojas tintas, por la desolación y la sangre derramada y los martirios hechos; véase cómo acaba el segundo tomo y se formará juicio». ¡Oh desdichado tirano! ¿Qué te aprovecharon los calderos hirviendo? ¿Qué fruto te trajeron tus máquinas y aparejos? ¿qué los párpados de los ojos que les cortaste? ¿y las lenguas arrancadas desde lo más hondo de las gargantas, pues que padeciste tú otros mayores tormentos que éstos?, y aquellos que mataste, créeme, que gozan de Dios, que lo tienen de su parte para la salud y tomar de tí venganza, pues que Dios, padre de todos, y que tiene cuenta con todo, da vida para siempre á los que le siguen. Estas cosas que hallé en los libros de los antiguos y en las Sagradas Escrituras de los Santos Macabeos, he querido escribir-

las para que siempre las lean los que después viniesen. Amén».

Esta obra, escrita del 67 al 73 de la Era vulgar, sintetiza la manera de ser de aquellos pueblos en tan remotas edades y la del jefe del Estado, y hemos hecho tan distanciadas citas para que el relieve sea mayor y puedan comprenderse las diferencias en el poder, en las instituciones sociales y en el modo de ser de las batallas. El jefe del Estado hoy no es el árbitro de vidas y haciendas, que dispone y martiriza á su antojo, sino el poder moderador en la política, en el derecho, en la justicia y en la defensa y bienestar de la Patria; va tras de Dios y de la bandera, formando la grandiosa trilogía ante la cual se inclina el hombre; y si Proudhon, por otra parte, emite tales conceptos, apuntados arriba, y aun otros que pueden no admitirse por no bien fundamentados, también analiza la guerra franca, moral, fecunda, la guerra que honra los hechos tanto como la victoria y la que hace vivir unidos como hermanos al vencedor y al vencido. Y en esto tiene razón Ginebra con su congreso, la Haya con sus conferencias, la escuela moralista que los provocó, que á su vez fué creada por la educación y la instrucción de los pueblos: esos perfeccionamientos de la moral, en la religión basada y en las ciencias y en el trabajo, no podían menos de conducir á la batalla donde se encuentra, con desdichas sin cuento, sí, pero con los mejoramientos y beneficios apuntados, y con unas y otros, bajo la caridad y la ciencia, como emblemas de todo bien.

Por lo demás, si nos fuéramos á meter en disquisiciones y examen de los muchos criterios que existen sobre el tema que analizamos, no acabaríamos nunca; porque si cada escritor para su Patria escribe, cada dogmático para su escuela arguye, y así nos hemos visto obligados á extendernos, en lo que podemos considerar como proemio, para seguir apartados de la controversia lo más posible, con sereno é independiente juicio, en los múltiples aspectos que hemos de estudiar tan principal problema.

Partiendo, pues, de lo dicho, haremos constar que la táctica se divide: en general, lo que todo lo abarca, y en particular, la que á una sola arma se contrae, y que tiene, además, dos partes: una, formal, que es la que se refiere al número de combatientes y á las líneas en que se forman, y la otra, sustancial, que es la que comprende la moral y la inteligencia del soldado; de modo que la

primera se halla en las leyes de la cantidad y en el orden geométrico y la segunda en las de la calidad; de lo que se desprende, que si las unas no son conocidas en gran parte, las otras se hallan muchas por descubrir, debiendo depender los resultados de saber combinar, por conocerlas, las leyes de la mecánica militar, aplicada al terreno y las psicológicas, evolución psicológica, intelectual é industrial que la táctica resuelve por el choque, según hemos dicho; y por lo que la táctica es ciencia, pues tiene principios, reglas y leyes, y la batalla, al valerse de ella, es dirigible si los elementos del combate se utilizan y están en el más perfecto estado de aplicación.

Si se hace abstracción del terreno y del enemigo en el estudio de la táctica, considerando la maniobra en un plano, se llama pura, y es aplicada al partir de los supuestos contrarios. En esto existen dos escuelas: la una, que forman los partidarios del primer sistema, y la otra, las del segundo; pero hay que venir á la fusión de las dos para alcanzar las mayores perfecciones en las soluciones del problema. Además, si se considera la dirección suprema de las tropas en la lucha, se llama gran táctica, y si se atiende sólo á la maniobra, se llama ordinaria.

Hemos dicho que la estrategia elige el sitio de la batalla y que la logística hace llegar las tropas, pues la gran táctica hace en su campo lo que la estrategia en el suyo: indica el punto por la dirección y determina la hora, obedeciendo á la previa instrucción, que es parte de la alta táctica, como lo es de la suya la alta logística; después viene la maniobra por las formaciones, movimientos y encuentros, y aparecen la baja logística, la baja táctica y el choque; y así como la estrategia es, en su grado sumo, del general en jefe, la gran táctica lo es del general que en la batalla dirige el ejército ó una de sus partes más principales, porque la gran táctica puede tener función en un solo campo ó en varios, aunque el ejército sea el mismo, como en Vörtz, ó Gravelotte y Sedán; además, puede ser pura y aplicada, como la táctica en general; y por último, existe la táctica de guerrillas, que es la esencia de la guerra en pequeña escala. Y como las gloriosas recordaciones son estímulos que alientan el presente y porvenir, vamos á citar lo que dice Proudhon de nuestra guerra de la Independencia, buscando en ello la imparcialidad ó el criterio contrario á la crí-

tica, de uno de los grandes prestigios de la nación, entonces enemiga, apartándonos de la clásica obra de Gómez de Arteche, á fuer de imparciales. Dice así: «La invasión de España por Napoleón, en 1808, fué con relación al objeto que nos ocupa, de completa analogía con la de la Grecia por los persas en 490 años antes de Jesucristo. No conozco ningún historiador, incluso los amigos del Emperador, que no hayan vituperado tan funesta campaña. Thiers mismo, pleiteando sin cesar en favor de su héroe, con circunstancias atenuantes y que no dijo nada grave sobre el particular, á fuerza de entretenernos con las intrigas de Bayona, acabó por hacernos despreciar en Napoleón el conquistador tanto como el político. No hay más remedio que dudar, no obstante todas las precauciones oratorias del historiador, si el Emperador fué otra cosa que un aventurero y un charlatán. Napoleón había dejado ver demasiado su ambición y su gloria personal, y que le ocupaban mucho más que el triunfo de la revolución».

Después copia lo que dijo á los españoles, para encubrir su objeto principal, y que la historia nos lo muestra, y termina tras de unas consideraciones remarcables con el período siguiente: «Napoleón, en guerra declarada y latente en toda Europa, pudo convencerse deseguida que los hechos no podían conducirse pronto y muy rápidamente á la vez; que el arte y la velocidad no sabrá ocupar en la guerra el lugar de la fuerza. No pudo vencer á los españoles en su propia casa. Los franceses fueron vencedores, generalmente, en batallas propiamente dichas; todas las ciudades, menos Cádiz, fueron tomadas; pero los españoles se sublevaron en masa, encontraron á los ingleses aliados poderosos, y una sucesión de encuentros serios diezman las legiones imperiales, y más que todo, la guerra de guerrillas, en la que 400 ó 500 mil franceses fueron asesinados los unos tras los otros, en todas las encrucijadas, desfiladeros y tabernas de España. Ellos no murieron sin venganza: un millón de españoles, de todas edades y sexos, fueron degollados en represalias.»

Sin meternos en examinar los números ni analizar los conceptos, sí diremos, con Proudhon, que es lo que vamos persiguiendo, que la guerra de guerrillas será siempre ésta, y que en raro caso será vencido el pueblo que por su independencia lucha. Proudhon hace esta y otras citas, para ir á este fin: «L'húma-

nité ne veut plus la guerre», y á tal verdad inconstrastable hay que contestar: si no la quiere, que la evite, por el convencimiento que da la razón y por los hechos que la sancionan; es más: recordemos un hermoso pensamiento de nuestro amigo Villalba Riquelme, y que en su obra, *Táctica de las tres Armas*, aparece: «Los moralistas, dice, pueden discurrir á su antojo y lamentarse de las guerras; pero la historia demuestra que en ellas han dominado los pueblos que tenían derecho por sus condiciones de vitalidad; ¿acaso el valor y la inteligencia no deben dominar á la cobardía y la ignorancia? Si así fuese, la humanidad no podría alcanzar sus altos fines.»

II

Clasificada la táctica, vamos á estudiar el orden de batalla, que es la disposición y distribución de las tropas para combatir; en lo que existe, á su vez, dos significados; uno la división del ejército antes de entrar en campaña, y la otra la disposición de las tropas en el campo de batalla, tanto con respecto al enemigo, como entre sí, que se llama orden continuo, ó con intervalos, y lineal, profundo y perpendicular, rectilíneo ó curvilíneo, de línea simple, doble ó triple; es decir, una primera línea, otra segunda y la reserva; y si consideramos el orden con relación geométrica con las líneas enemigas, será paralelo, oblicuo y perpendicular.

Si profundizamos los hechos tácticos en la antiguedad, muchas veces lo hemos dicho, veremos las masas que luchan, el soldado, una mole, el choque físico; tras de aquellos órdenes compactos de la falange de la legión, pero siempre muy profundos, vino el lineal del gran Federico, aquella barra en la que el soldado ganó poco en entidad; y la revolución francesa, con torrentes de luz y las manifestaciones sublimes del desarrollo del espíritu, dió el orden profundo, pero con cortinas de tiradores, el fuego rápido, mejor empleo de la artillería, etc., y la ley de la evolución de la ciencia táctica y moderna se basó en aquellos factores citados, la psicología, las matemáticas y la topografía, surgiendo de aquí dos

escuelas, la geométrica y la del espíritu, que habían de combatir al evolucionar.

Hay que reconocer que en la táctica, como en la estrategia y en la fortificación, el número tuvo como principio absoluto la supremacía. La escuela geométrica y sus útiles, constituyeron pues, el primer elemento en fortificación; y en la táctica se pensó en la variedad de los órdenes de batalla, encontrando Vegecio siete adecuados á lo que entonces se conocía, y así se contaba entre ellos el orden del venablo, y se aplicaba, en lo que se podía, la rapidez, la movilidad y la combinación; siendo vencidos por el sistema, al marchar así, las grandes masas persas, por el sintagma, y éste por el manipulo, del mismo modo que los gruesos escuadrones de la táctica española hicieron plazas á los pequeños batallones de Mauricio de Nassau y de Gustavo Adolfo, que, según Almirante, creó la brigada, llevando Chevet el arte de escuadronar, hasta las exageraciones más inconcebibles, lo que influyó sin duda al estoicismo del siglo XVIII, á cuya cabeza aparece, á más de Federico, Daun, Folard y Guibert, dividiendo estos últimos el campo, no matemático y psicológico, sino el primero, ó escuela geométrica, en delgado y profundo, dando ocasión á grandes disquisiciones y prolongada lucha; pero estos problemas, los ejercicios de Vaussieux y los célebres despliegues prusianos, con las marchas en batalla de veinte batallones en Postdam, fueron barridos en Austerlitz y Jena, por huracán que nada pudo oponérsele, bajo las iniciativas de Napoleón, sus cortinas de tiradores, sus columnas maniobreras y el espíritu público de un pueblo sediento de gloria resultando de tal proceso un siglo estratégico, relativo, sin casi noción científica, el XVII; otro táctico, el XVIII, y el XIX, en el que entró la ciencia militar, con el archiduque Carlos, Bulow y Jomini; pero éste, lejos de simplificar el concepto, presentó doce órdenes de batalla; mas apenas expuestos y explicados, agrega que en la práctica no deben tomarse estas reglas al pie de la letra.

Y nada más cierto; el general hábil en el estudio de la táctica, no se preocupa seguramente de tales formulismos, sino que dispone sus tropas en el orden de batalla más apropiado al terreno y á las eficacias sobre el punto débil del enemigo, resultando de aquí las escuelas formal, aplicativa y mixta: esclavizando la primera al método, el terreno y cuanto con el enemigo se relaciona;

la segunda haciendo todo lo contrario, y la tercera, transigiendo y armonizando con las dos; y si Jomini va á su vez á la forma geométrica, en sustitución de Folard, Bufour lo hace con Guibert al encaminarse á la táctica aplicativa del terreno, como Bugeau sustituye á Chevet en las maniobras de la plaza de armas.

Así va la evolución desarrollando sus términos, hasta vencer la escuela aplicativa á la formal; el terreno prepondera y se cultiva por todos los medios que su estudio proporciona, pero no termina aquí; aparece la escuela alemana con un poco más en esa evolución de la ciencia de la guerra, que comprende á la de la táctica, descubriendo el secreto de los éxitos napoleónicos; y la escuela psicológica que inició Jomini, Clausewitz la evidencia y la fundamenta con este pensamiento: «Quien lea la historia sin prevenciones, no puede dejar de convencerse, que de todas las virtudes militares, la *energía* en la dirección de la guerra, es la que ha contribuído más á la gloria y al buen éxito de las armas»; y la escuela de Clausewitz tomó prosélitos, se desarrolló, y la educación del pueblo alemán fué un hecho, la instrucción no quedó atrás, la guerra á fondo y con energía la practicó Moltke, inclusive, y todos los escritores alemanes, incluso Verdy du Vernois, acuden á la fórmula de la mágica palabra.

Queda, pues, estudiada la táctica bajo el concepto clasificativo y del orden de batalla; veamos el de relación con la sociología. La familia y los maestros, hacen hoy que el deber militar sea mayor que nunca cuando parece más corto con los dos ó tres años de permanencia en las filas; porque en el hogar y en la escuela se aprende á vencer en los campos de batalla, que son del dominio de la táctica. La ciencia de los números, de las líneas, del terreno, de las armas, del espíritu humano y de la sociedad, ya lo hemos dicho, son otros tantos elementos que vienen á unirse y fructifican en la ciencia táctica: de la lucha por el impulso y sin reglas, á la que el espíritu dicta, de ésta á la de una teoría exclusiva, que da paso á la ciencia, á que se llegue y se determine de manera evidente, hay la misma diferencia, que del bruto, al ser que con la inteligencia cultivada por el estudio, produce sus resultantes, y á lo que sólo el hábito del trabajo nos conduce, matando los procedimientos del asaso y de la improvisación, cuyas extensiones están cada vez más limitadas.

Sentado esto, vamos á estudiar las relaciones de la táctica, y su manera de ser en las batallas que no se maniobra, y en las que sucede todo lo contrario. En el primer caso puede ocurrir el orden paralelo, el rectilíneo y el curvilíneo, según la situación y las formaciones de los ejércitos; en el orden paralelo, marchan al encuentro y se baten; también puede ser resultado de cierta maniobra, en la que adelante un ejército destacamentos por los flancos para atacar los del enemigo que hace retroceder los suyos ó los refuerza con las reservas, siendo este orden poco eficaz para producir grandes resultados.

Puede suceder también, que los ejércitos, en vez de estar en orden de batalla, formados como barras en terreno llano, que éste fuese accidentado, con montañas, en las que un ejército estuviera en posición y el otro le atacara, en cuyo caso el encuentro daría origen á una serie de combates de frente, parciales y sin unión, en los que las fuerzas se reforzaran yendo unos batallones tras otros, hasta poco menos que aniquilarse: en la batalla de Waterlóo, en la que el ejército francés concluyó por no hacer otra cosa, y en Somorrostro, en nuestra última guerra carlista. Los efectos en este caso, son nulos generalmente, como en el primero, pues un ejército se queda donde estaba, por lo general, y el que ataca, de no vencer, retrocede deshecho.

La batalla por excelencia es la del segundo caso, la maniobrera, en la que se aplica el primer principio de la ciencia militar; porque la fuerza está acumulada, es superior numérica y moralmente considerada y los efectos no se hacen esperar; para ello, hay que tener presente uno de los problemas más principales de táctica, porque la parte que ha de atacar en todo ejército se ha de nutrir de las otras, que han de cumplir su misión y pueden resultar batallas con rompimiento del centro, en las que quedan dos flancos que poder envolver, como la de Austerlitz; de convergencia, como Sadowa; de encuentro, como Mars-la-Tour, y movimiento envolvente, como Saint-Privat, casos que Barbasán estudia de una manera magistral en su obra, texto de nuestra Escuela Superior de Guerra, *La Teoría de la Táctica*.

La peor de todas las combinaciones es reforzar las alas, porque queda el centro débil y ellas muy separadas, siguiendo en orden relativo de importancia el reforzar el centro, y siendo la me-

jor reforzar un ala, porque sepresenta mayor reunión de fuerzas; y al atacar el frente y un flanco enemigo, sólo se está expuesto al fuego de éste, mientras opone todo el de su gran núcleo de fuerzas, y que con las armas de hoy se hace más efectivo el procedimiento; además, si el ataque central tiene por objeto el separar las alas para que no vuelvan á reunirse, como el caso citado de Austerlitz, se podrá obtener la ventaja dicha de envolver dos flancos; pero en cambio, el envolver el ala representa amenazar la línea de retirada, con lo que se puede obtener el máximum rendimiento, es decir, una victoria táctica y estratégica.

La batalla de maniobra envuelve la forma del orden paralelo reforzado y el oblícuo, cuando la parte débil de la línea se retira, del orden cóncavo ó convexo, según que el centro esté retirado y las alas reforzadas ó que el centro sea saliente y reforzado, ó el perpendicular, si toda la masa del ejército ataca el flanco enemigo como en Leuthen. Pero si el enemigo maniobra, pueden cambiar los órdenes de batalla, como la citada de Waterlóo, y la batalla perpendicular ser oblicua, y la oblicua paralela. Y la maniobra puede ser buena ó mala, buena por concentración rápida y oportuna, que es la mejor, y por trocar en menos débil, por refuerzo ó cambio la parte atacada; y es mala toda maniobra que tiende á diseminar las fuerzas, porque conduce á la debilidad táctica, y puede consistir también en dejar sin ocupar las posiciones que dominan el campo de batalla; el marchar de flanco enfrente del enemigo, como Federico en Kollin, los franceses en Rosback, los italianos con su escuadra en Lissa y nuestra escuadra en Santiago; el obstinarse en atacar por el sitio más fuerte como White en Ladysmith, en el río Modder lord Methuen y en el Tugela el general Buller, teniendo otros sitios más débiles para hacerlo, el tener los flancos descubiertos y cambiar, por último, inadecuadamente en la celeridad del ataque, porque todo esto y más que pudiera observarse son casos que conducen á fracasos ciertos, por estar en todos ellos fuera de las prescripciones de la ciencia, al determinar dicha debilidad táctica y carencia absoluta de estrategia.

III

Las maniobras tienen un fin, que es el de los puntos decisivos, que ofrecen su historia como todo, y desde los campos escogidos para que batallaran aquellas masas enormes, casi á puñetazos, si lo hemos de comparar á lo que hoy sucede, á los castillos estrategia de guerras y movimientos ineficaces, á las grandes batallas dirigidas por la ciencia, la diferencia es enormísima, como la de las órdenes y las maniobras.

Estratégicamente considerado el punto decisivo, es el campo todo de batalla y tácticamente lo es parte de él, y si la estrategia da como razón científica el tener en él mayor fuerza que el enemigo, la táctica no ha de desconocerlo en la suya. Si ese enemigo es un ejército, es un ejército el punto objetivo en el campo de batalla; si los ejércitos son varios ó uno dividido, los puntos serán aquellos donde las tropas se encuentren, porque hemos de tener presente las palabras de Moltke: «Ir en busca de un ejército principal y atacarle donde se encuentre, porque ellas sintetizan la estrategia sencilla de tan eminente general; pero como además existen puntos estratégicos defendidos que sirven de apoyo al enemigo hay que no desatenderlos, sin perder de vista el objetivo principal, llamándose eventuales aquellos que hay que ocupar para operar contra la línea de retirada del enemigo.

El problema aquí se contrae á los puntos geográficos, condiciones estratégicas y exclusivas, según Lloyd, cuando influye de manera que lo sean la estrategia y la táctica, aquélla por la concurrencia de fuerzas en la preparación para la victoria, y ésta para sacar de la masa la mayor suma de energías y resolver la batalla en el punto decisivo, resolviendo la guerra á su propio beneficio.

Ahora tenemos que observar que en la batalla sin maniobra el objetivo es primero, la línea del ejército contrario, luego se determina en ella, por el punto que se conquista, porque cede, y resulta que ese punto es parte de la línea enemiga; del mismo modo que la aplicación de la fuerza al punto decisivo estratégico, contra

el ejército dividido en ejércitos distantes; después contra otro, contra un ala ó el centro del frente estratégico de operaciones. Así resulta, que la táctica es el mayor esfuerzo contra un ala ó contra el centro de la línea de batalla.

En la batalla de orden paralelo, un jefe acumula sus fuerzas á las de otro, para atacar al enemigo, cambia la batalla y se decide; ¡cuántos casos se registraron en el 70!; mas para aplicar la fuerza al punto decisivo, no basta dirigirse, es menester escoger el que sea débil; y con la parte nuestra del ejército menos fuerte, entretener la que lo sea más en el enemigo, para tenerlo en jaque, no olvidando que en la parte de la línea contra la cual pensamos hacer el mayor esfuerzo, *hay una llave táctica que se llama de la posición*, de cuyo dominio depende el éxito en la mayor parte de los casos, porque es un hecho en la táctica, y no una idea como en la estrategia, ya que de un alto conquistado se domina el llano, pero á cañonazos.

Entre el centro, frente y retaguardia, deben escogerse estos dos últimos como más débiles para los planes, y si se rompiera el centro, ya lo hemos dicho, se tienen dos flancos que envolver; y en este caso, como atacando una de las alas, la línea de retirada del enemigo, ó en cuantos pudiera ocurrir, los cálculos estratégicos, los logísticos y las resultantes tácticas, harán llegar á la total victoria, con la rendición incondicional del ejército vencido y la nación falta de alientos para proseguir la lucha; pero es menester no olvidar lo que se ha tenido presente en tan complejo problema para llegar á la solución. Ese ejército enemigo, posición estratégica, la parte de la línea de batalla como objetivo, llave táctica, punto de esa línea, los flancos y retaguardia atacadas, todo esto, decimos, es secundario al ejército; en él está el espíritu de las tropas, y quien consiga alterarlo, habrá logrado cuanto ambicionaba; por eso, del objetivo se va al punto y de éste al concepto moral, que lo abarca todo.

La escuela moralista, pues, vence en toda la línea: las fortificaciones, como objetivo, son preteridas á los ejércitos, que son la verdadera presa; la ciencia de la guerra, que no es ni matemática, ni cosmográfica, se eleva mucho más alto, á las regiones de la moral más pura, que se quebranta por el hombre y en el hombre. Así se explican las iniciativas de los comandantes en jefe de

los cuerpos de ejércitos, y hasta de los oficiales inferiores, que en los momentos de mayor peligro, han sabido resolver con el acierto que precede al resultado. Podemos citar las dos primeras jornadas: Gravelote y Saint-Privat, concebidas y ejecutadas, con más ó menos participación de los generales en jefes, y se verá cuánta razón nos asiste en lo que llevamos dicho. La batalla preestablecida no puede existir, repetimos; los conceptos se alteran con la sucesión natural de los hechos, y la maniobra se modifica según se vea claro, como dice Verdy du Vernois, más por dichos comandantes de los ejércitos, que por el general en jefe, el cual, en último caso, refuerza los puntos débiles, como sucedió en la primera de las batallas citadas, que mandó un cuerpo de apoyo.

Y si en las memorias de Federico y la correspondencia de Napoleón se encuentran verdaderas enseñanzas, en concepto general, sobre lo que estamos estudiando, bien poco ó nada podemos deducir, toda vez que son procedimientos distintos, por más que haya quien se incline más á la escuela de este último que á la de Moltke, como le pasa al coronel de Infantería D. Modesto Navarro en su notable obra, *Estudios sobre la táctica de Infantería*, en la que hace, entre otras, tres citas en apoyo de su criterio, una de Boguslawski, que dice: «La confusión y la mezcla en varias batallas y la desunión, llegará á un límite inconcebible, pudiendo creerse que estamos en camino de imitar á los pueblos salvajes que pelean sin orden, lanzándose en montones sobre el enemigo»; la otra cita es reproducción de una orden de Moltke, concebida en estos términos: «Los partes detallados de los últimos combates me demuestran que las tropas de infantería marchan al ataque en columnas de batallón y que guardan muy poca distancia de las líneas de tiradores que deben precederle. Recomiendo que se adopte la formación de las columnas *de compañía ó de medio batallón*, tal como lo prescribe el reglamento y se practica en el campo de instrucción». Y por último, cita aquellas célebres palabras de von der Goltz: «Surgirá un nuevo Alejandro, que al frente de una pequeña falange, superiormente organizada y ejercitada, arrollará ante sí masas considerables é impotentes». Pero para ello, oponemos nosotros, necesitarían persas que se dejaran vencer; en lo de Moltke se ve, á más de la previsión, otra función que la dicha, en el general en jefe, la de sancionar y reconocer á la

compañía como unidad de combate, que asoma con indiscutibles aciertos; en lo de Boguslawski, exageraciones de conceptos, y en éste, en von der Goltz y en Navarro mismo, oposición á un sistema que ha dado éxitos, en el presente, como ninguno y que en el porvenir sus gérmenes fructificarán como lo hicieron los que les precedieron.

Todo esto en cuanto á los vencimientos de la escuela psicológica y el enorme contingente de los ejércitos, que respecto á los espacios de la estrategia y la táctica hemos de decir, que son diferentes, pues mientras los primeros pueden abarcar, incluso el mundo, los segundos tienen sus limitaciones. La obra de Renard, que hemos citado, por demás notable, sacrifica la estrategia, anulándola, aunque con ello imite á otros muchos; pero como nosotros somos de un criterio del todo contrario, y señalamos á cada parte de la ciencia de la guerra su jurisdicción, hemos de hacer constar, que en un teatro estratégico deben impulsarse las masas adelante en movimiento simultáneo, pero que esto, ni sería posible en el campo de batalla, ni útil, porque el orden táctico de escalones desaparecería, trocándose el combate en lineal; estos escalones, por lo tanto, no podrían sostenerse, esperando el momento de entrar en línea, las reservas se embeberían y no podrían acudir en los descalabros, ni en aquellos momentos que ha de asegurar la victoria, viniendo por tierra todo el mecanismo del orden profundo en dos ó tres líneas y la acción sucesiva; agréguese la movilidad que impone el tratar de evitar las eficacias de las modernas armas, la mayor fuerza que ha de tener la primera línea para que los efectos en el enemigo sean grandes, y se comprenderá el error del criterio de Renard y de los que siguen su escuela.

Tampoco el frente de las marchas debe ser excesivo, para lo cual, los cuerpos pueden marchar unos tras otros, formando líneas logísticas en aquellos casos que no exista más que un camino, ó que no puedan abrirse otros, ya que en el campo táctico unos han de operar y otros estar á la expectativa, toda vez que las ejércitos tienen el orden de tres líneas, por lo general, y que han de entrar necesariamente y por sucesión en el campo de batalla, aunque el ejército combatiente opere con simultaneidad, presentándose en esto uno de tantos problemas, al que llama Clause-

witz, «Polaridad entre el empleo sucesivo y el empleo simultáneo», y que se encamina á averiguar el equilibrio que existe entre los dos polos que se solicitan, entre la simultaneidad y la gradualidad ó escalonamiento en el empleo táctico de las tropas y entre la anchura y profundidad del orden de batalla, lo que si parece distinto problema, no es, sin embargo, otra cosa que una extensión del primero.

IV

Después de estudiar la táctica en su concepto general, clasificaciones en su respectiva evolución, de disposición y distribución de las tropas, de los puntos objetivos, algo sobre los contingentes de los ejércitos, y la concluyente de la preponderancia del factor psicológico, de lo que bien podíamos testificar en nuestra última guerra; hora es ya de ocuparnos de la batalla, que viene á ser el resultado ó acción que determina la bisectriz del ángulo que forman el deseo y la voluntad, como diría Villalba.

Al citar los casos que Barbasán presenta de batallas, vimos los principales de ellos, y ahora nos toca afirmar que todos se comprenden en tres nombres: batalla ofensiva, defensiva y de encuentro; la primera, su nombre lo dice, es atacar para desalojar, que se llama objeto positivo; la defensiva es conservar el campo, produciéndola el objeto negativo; y tras de cuanto llevamos evidenciado, claramente se desprende, que las guerras deberían ser sólo ofensivas y ofensivo-defensivas; y que en ellas, los acontecimientos de la lucha, como en los órdenes, pueden cambiar los términos, y que también se puede afirmar que la defensiva es la forma más fuerte, aunque sólo se consigue un objeto negativo, punto este harto discutido y aclarado, porque defendiendo, se podrá quebrantar al enemigo, pero no se alcanzará mayor resultante nunca, lo que si, entre otros, Scherff lo dice, los boers lo han confirmado hasta la evidencia, con su procedimiento táctico-defensivo en el Tugela y otros sitios.

La táctica tiene con la estrategia muchos puntos de contac-

to. aunque su territorio sea más limitado, y así se explica, en una y otra, que si la ofensiva representa la decisión, la defensiva no es más que un medio de equilibrar cuando se tiene inferioridad, en uno, varios ó en todos conceptos; y si esto pasa con las dos clases de batallas dichas, con la tercera ó la de encuentro, sólo tenemos que decir que es aquella en que los dos ejércitos se avistan de improviso y se acometen; y en ésta, como en las otras, el ejército que se halle dentro de las mejores condiciones tácticas, morales y mejor mandado, función que debe recaer en una sola persona, será el que alcance la victoria.

Como á más del objetivo principal existen otros secundarios, según hemos dicho, esta manera de ser de la guerra ha impuesto la creacion de unidades tácticas más ó menos grandes, siendo la división compuesta de las tres armas y cuerpos auxiliares, la unidad de batalla en estrategia, y en táctica, la gran unidad; y así estos elementos se encuentran complementados, porque la caballería aumenta la potencia del movimiento de la infantería, la de choque, la artillería con el fuego de cañón; y si la infantería resuelve, la caballería tantea y complementa y el cañón destroza, resultando que las tres armas se favorecen y que con sus auxiliares llegan á la victoria.

De aquí viene á suceder, que el plan de batalla se realiza mediante los combates de las divisiones, siendo la brigada, el batallón y la compañía, las unidades inferiores en escala descendente, y aunque Marselli diga que la compañía aspira á que se llame unidad de combate y que lo es el batallón, nosotros, más conformes con el criterio de Molke y el reglamento de campaña alemán, aceptamos la compañía como única é indiscutible unidad, á lo menos por hoy, siéndolo el batallón en el concepto táctico y el regimiento y la brigada en el de unidades intermedias.

Como hemos de estudiar la táctica particular ó reglamentaria, sólo diremos aquí, que el jefe del batallón distribuye sus compañías según el cometido que tengan que desempeñar, siendo discutido, entre otras cosas, si el orden de guerrilla, sostén y reserva, es el único ó no; pues mientras Navarro, Villalba y otros abogan por la supresión del sostén, hay quien defiende lo contrario, del mismo modo que las cuatro ó seis compañías.

El crecimiento del contingente de los ejércitos y el aumento

de una coordinación mediata y más estrecha de las grandes unidades, dió ocasión á una unidad mayor, la de los cuerpos de Ejército, que son unidades de marcha, logística que tiene también importancia táctica; porque hemos demostrado que toda unidad de marcha es buena, en tanto resuelve fácilmente su unidad de batalla y de combate; y si el jefe de batallón, como el de compañía y de toda unidad, dispone de sus fuerzas dentro de su propia iniciativa, el comandante del cuerpo de ejército, no hay para qué decir que ejerce sus funciones dentro de idéntico criterio.

Pero aún parece que no es éste el límite, pues si los enlaces de las acciones laterales y las exigencias de la batalla, como la condición é índole de los ejércitos, nos han hecho llegar á la tercera unidad, también pudiera ocurrir que un objetivo de cuarto grado nos llevara á la unidad superior Ejército, y, por último, que un objetivo final que traspasara los límites del campo de batalla, se convirtiera en estratégico y entonces esos ejércitos formarían uno solo, que se llamaría la gran unidad estratégica.

No sólo tenemos el orden de batalla en la batalla misma, ó sea la disposición y la distribución de las tropas, contrayéndonos al concepto técnico militar evolutivo, como en los órdenes y funciones, sino que acabamos de desarrollar el método de distribución doctrinal y aplicativo, encontrándonos en el problema de cómo se han de batir en lo que á las formaciones se refiere, estas colosales, grandes, medianas y pequeñas unidades; y si en todo lo estudiado hemos tenido opiniones contrarias, no sucede otra cosa en el presente caso.

Imaginemos un ejército que marcha tras de su ligera cortina exploradora y su gran cortina de vanguardia, con su primera línea, otra que ha de sostenerla y la tercera de reserva, para reforzar si el avance sigue ó defender sosteniendo si la retirada se impone; sus flancos guardados, sus armas mezcladas proporcionalmente, los cuerpos auxiliares en su sitio y el tren y gran impedimenta de carros en el suyo, y tendremos la marcha con los tanteos de los exploradores, que al no avistar al enemigo, el espíritu de las tropas, sin preocupación inmediata, hace que el canto alegre del soldado se mezcle con el estridente ruido de la cureña que rueda, del carro que cruje, el chocar de las armas ó el rumor insistente

del caballo que pisa, y el ejército avanza en casi normal manera, las horas pasan y el descanso se aproxima. Mas, de pronto aquel ruido sordo, monótono, se altera, unos caballos corren, las órdenes circulan, unas distancias se estrechan, otras se ensanchan; la logística pierde, la táctica gana, y el orden de batalla, poco más que esbozado, toma su verdadero carácter, el de la lucha, y sobreviene el choque, para uno, en el supuesto dicho, en defensiva forma, tratando de amortiguar el del contrario: pero éste en la ofensiva, que implica vigor, energía y resolución pronta y eficaz, si el que ataca vence, ha llegado á lo que pretendía; si el que defiende, hace parar, conquista su ideal, y mientras tanto, en los ataques y defensas entran las órdenes, y las unidades, según hemos visto, y las formaciones para la batalla, que es de lo que nos vamos á ocupar.

El general Rogniat dice, respecto á las líneas, que la primera se bate, la segunda la sostiene, la enardece, la sustituye y la facilita su retirada y reorganización, y la reserva responde á los golpes imprevistos y descarga ó atenúa el golpe que puede ser decisivo, á lo cual oponen Napoleón y Sehrff, cuyos criterios apoya Marselli, que esta regla podía conducir á un fracaso, porque las posiciones se ocupan de un modo variable, y tienen razón; la autoridad del general en jefe, ya lo hemos dicho, es una en el mando del ejército, pero en sus funciones, en las que entran contingentes inmensos, el pretender abarcarlo todo sería inútil, su autoridad ha de tener coopartícipes, no sólo en los comandantes jefes de los cuerpos de Ejército, sino hasta en las categorías más bajas de la Milicia, porque este es el espíritu de la guerra moderna, por necesidad y porque se impone.

Dejemos la figura de las tres líneas metódicas, que César adoptó, desechando las dos de Mario, líneas metódicas, casi inalterables, que nos recuerdan poco menos que los desfiles procesionales del gran Federico, aunque aquellas líneas rígidas estén dislocadas hoy en columnas y tras cortinas que la cubren; y tomemos el campo de batalla, en el que desemboca un cuerpo de ejército, se despliega en divisiones y va derecho al punto objetivo, que es una línea, y dirige su esfuerzo á la llave de la posición, que es un punto; que el esfuerzo es inútil, porque el enemigo, dentro de las reglas tácticas, resiste, quebranta y está á

punto de vencer, pero que en los momentos de gran agitación, de peligro eminente, otro cuerpo de ejército asoma, el fuego crece, su intensidad da vértigo y los ¡hurras...! prolongados de las tropas hermanas que se encuentran, ensordecen los ecos de la batalla y tejen los laureles de la victoria, por este modo conseguida.

Pues bien; ese segundo cuerpo, en este caso, es la reserva del caso primero, y tal función, conjunta, determina el método de la guerra moderna, como sanción, aunque debiera decirse fundamentado, de los recuerdos de Blücher en Waterlóo, el príncipe heredero en Sadowa y en la guerra del 70, en distintas ocasiones.

La acción táctica tiene, pues, preparación, acción y solución; en la primera, se avistan los ejércitos; en la segunda, se baten, y en la tercera, se encuentran los resultados de la lucha; pero estas líneas, que á las resultantes nos llevan y en lo que tanto influyen, no deben ser, en orden normal, menos de dos ni mas de tres, en las que entran las divisiones y las unidades de las armas dichas, sirviendo de base la infantería, pues aunque con menos eficacias que la caballería en la carga, y menos alcance que la artillería, es el nervio de todo ejército, porque resuelve y conjunta en sí el mayor número de propiedades tácticas. Ya hemos dicho el procedimiento alemán; en Gravelotte mismo, se emplearon las dos líneas, que tienen su lado á discutir también, pues en la mayor parte de los casos representa el operar por las líneas exteriores, que no está exento de dificultades; tres, representa un esfuerzo tal de fuerzas, que esta razón sola haría prescindir de la cuarta, por lo que no nos extendemos en explicar más funcionamientos que los dichos; haciendo en las dos líneas la primera, lo que la primera y segunda en las tres, y la segunda, lo que la reserva en este orden.

Sólo nos falta, para completar el estudio de esta parte de la táctica, llamada general, gran táctica ó sublime, el descender al hecho de combatir que inician las armas de fuego y terminan, si es preciso, las armas blancas. La caballería y la artillería preparan la acción y las tres armas la deciden. La caballería predomina en la exploración al principio de la batalla y en la persecución al final, cuando el caso ocurre, como también puede emplearse en el transcurso de ella y aun en las retiradas; y la infantería es la que estrecha las distancias y la resuelve, llevando sobre sí mu-

chas de las grandes responsabilidades del fracaso ó de las glorias del triunfo; ella avanza, sufre y llega, y las otras armas le ayudan con grandes riesgos y no menores laureles, siendo una de las mayores dificultades para el que manda, la acertada combinación, empleo y aprovechamiento táctico de las armas todas.

En la defensiva y ofensiva, la primera, elige el sitio y hace por atraer al enemigo; en la segunda, se determina la hora del ataque, el lugar ó punto donde ha de emplearse la artillería, por dónde ha de atacarse al enemigo, recurriendo á las estratagemas y á cuantos medios le sugieran sus recursos. El empleo de la artillería ha de ser adecuado á las circunstancias, pero generalmente primero contra la artillería enemiga y después contra los mayores núcleos de fuerzas, éstas se emplearán en sus mayores contingentes al emprender la batalla, pero sin desatender los puntos de apoyo.

La ofensiva puede serlo para toda la línea, que no es lo general, y para parte de ella; el resto, en este caso, ha de estar, parte á la defensiva, ó todo, pero siempre es mejor, como hemos dicho, que algunas fuerzas cuiden de tener en jaque al enemigo. Los ingenieros, aunque con mayores y elevados cargos, tienen el de aumentar las fuerzas naturales con las obras de campaña, función que pueden hacer los soldados de las armas combatientes, entrando aquí aquellos problemas de esa clase de fortificación sobre las conveniencias de las líneas de trincheras con intervalo, por los inconvenientes de las continuas, y porque en aquellas los espacios están batidos por los fuegos; y tratamos de la batalla ofensiva, en la que, sobre todo, no se han de perder los enlaces, aun en aquellos aprovechamientos que el terreno ofrece con sus relieves.

En la batalla defensiva se ha de tener cuidado de que el terreno esté batido con los fuegos, que tenga relieves cubridores ó defensas artificiales, puntos de reunión y los flancos apoyados, y así, de las tres líneas, una debilitaría y cansaría al agresor y las otras dos estarían dispuestas á la reacción eficaz cuando fuera preciso. Esta se suele presentar al estar confiado el enemigo al montar la posición, pues se cree haberlo conseguido todo, y cansado y poco menos que muerto, aunque con los alientos de la victoria, encuentra un enemigo, en vez de vencido y demandando clemencia, heroico y fuerte, que le acomete, lo rechaza y lo vence.

Así es que, lejos de no esperarse nada de la batalla defensiva, puede conseguirse mucho, y para ello se impone que las fuerzas estén bien distribuídas en la primera línea, las alas resguardadas con reservas, la reserva general, grupos destacados en los repliegues del terreno ó en las obras de fortificación de campaña, la artillería bien situada y con la caballería dispuesta, á fin de aprovechar cuantas ocasiones se presenten.

Las órdenes, por último, como en la logística y en la estrategia, forman en la táctica la red de los movimientos, marcan el trozo del ciclo, que lo complementan, las informaciones. Lejos de explicar estas órdenes el desarrollo de la batalla, porque, según hemos visto, sería inútil é incluso perjudicial, deben contener el objeto de ella, la situación en que se inicia y las primeras deliberaciones adoptadas, entendiéndose por situación la del enemigo y la propia, para proseguir mientras llegan nuevas órdenes, que deben ser verbales generalmente y siempre concisas y absolutas, siendo el cuerpo de Estado Mayor el llamado á trasmitirlas, debiéndose confiar en las especiales aptitudes de los que lo forman, para el mejor desempeño de misión tan delicada.

Hemos terminado este estudio hecho en forma tan sintética, como importancia tiene, y como la índole de este trabajo no nos permite mayores extensiones con su segunda parte, vamos á tratar de conciliar las exigencias del método con las de un problema hoy latente más que nunca, y que está ocupando la pública atención y la de las competencias técnicas de más renombre.

LA TÁCTICA REGLAMENTARIA

I

Marchar no es combatir, por más que se marche combatiendo; y de nada serviría llevar las tropas al campo de la lucha dentro de la técnica más estricta, viendo claro y procediendo con energía, según dice Verdy du Vernois; que se combine bien el

tiempo, la distancia y la naturaleza de los caminos, como Lewal requiere, y que los fundamentos de la táctica aplicada se observen, en la combinación de las armas, las circunstancias dadas, el terreno y el fin determinado que París preconiza, ya que los tres son apóstoles de la moderna escuela; de nada sirve, repetimos, todo esto, si las amplitudes todas del sistema no se encierran en un grandioso paréntesis, que lo abra la educación moral del hogar y de la escuela y lo cierre los reglamentos tácticos de cada arma; porque si aquélla es la base bajo el aspecto religioso, moral y de amor á la Patria, éstos dan la instrucción física en aquellos órdenes, y las dos funciones nos han de dar la victoria en acción conjunta en los campos de batalla, que es cuanto se persigue.

Nuestra literatura militar pudiera considerarse tal vez deficiente en ciertos estremos, por más que atraviesa uno de los períodos más brillantes de su historia, sin duda porque se espera que ella nos restituya, quitando nuestro desplazamiento; pero en el estudio que nos ocupa, gloria son de nuestras patrias letras, Marvá, La Llave, Banus, Navarro, Barbasán, Ibáñez, Rubió y Belvé, de Francisco y otros muchos que citar pudiéramos y que vienen á ser la primera línea de hoy, la de combate, y que va sustituyendo á la que fué gloriosa, y de la que sólo nos quedan contadas personalidades que se llaman: Cheste, Gómez Arteche, Arroquia, Cerero y tal vez otros, y que enseña son de venerando recuerdo; aplaudamos y respetemos á todos y entremos en materia.

Si de la literatura militar queda hecha mención de los nombres que hitos resultan de esta parte de la ciencia, contrayendo el problema en el estudio que nos ocupa, lo son: Ayora, Manso, Rivero, Concha, San Pedro, Burguete y comisiones nombradas al efecto, para dar á la táctica, en sus distintas unidades, aquella forma que imponían criterios tales é idénticos procedimientos, y claro es, que si unos y otros tratadistas estudian la ciencia militar en sus más elevados conceptos, al descender al campo de batalla, á su unidad la división y las inferiores brigada, batallón, como unidad táctica, y compañía, como la de combate, llegando á la sección, al pelotón, á la escuadra, la fila, la hilera y el individuo, con aplicaciones al terreno, á su vez de las muchas filas que las formaciones tenían, los reglamentos nos han ido mostrando hasta las dos filas, las columnas de medio batallón, las de compañía,

desechando las conversiones y otros movimientos inadecuados en la forma y mayor tiempo de su empleo, y determinando las velocidades de los distintos pasos, estableciendo un metro para distancia de las dos filas, espaciando los hombres en ellas y haciendo simultáneo el movimiento de pasar á una entre otras cosas.

La compañía es de tres secciones en nuestro reglamento, aprobado después de los ensayos hechos por el batallón de Ciudad Rodrigo, bajo la dirección de su distinguido jefe el teniente coronel San Pedro, ya citado; y esta reforma se aceptó para evitar la duplicidad de maniobras con tres secciones en paz y cuatro en guerra, según el reglamento alemán de 1888. Se desechan las marchas oblícuas, al pasar de una formación á otra, y se acepta la rectangular, sacrificando el orden, la brevedad, siguiendo el criterio del reglamento francés del 94.

Se observa el método acertadísimo de hacer más centrales las formaciones en columna, escogiendo como base la tercera sección de la segunda compañía, en vez de la segunda. Para formar la columna al frente, se hace á un tiempo, en vez de formar la columna marchando á retaguardia, para luego hacerlo de frente, observándose el mismo criterio en otras formaciones, siendo todas estas y otras reformas de verdadera importancia, sin que ello quiera decir, ni mucho menos, que resulte la última palabra en lo que tanto se espera, pero sí que es un gran paso en las perfecciones tácticas, sin olvidar el despliegue en desfilada, que es de las verdaderas reformas trascendentales, como también las disposiciones contra caballería. La sencillez, el orden y el poco tiempo empleado, con las aplicaciones al terreno y la invulnerabilidad ante el problema balístico, son las determinantes del problema general, debiéndose combinar á la armonía del conjunto las exageraciones de las partes, como en las armas resulta con la resistencia del cañón, el alcance, la velocidad de tiro, sencillez del mecanismo, poco peso del arma, etc., condiciones todas que resultan encontradas; y si en la táctica, el batallón es á la compañía lo que el regimiento al batallón y la brigada al regimiento, resultará por eso precisamente que siendo la compañía la considerada como la unidad de combate, su reglamento será el de mayor extensión, y que, á medida que las unidades crecen, el desarrollo de sus reglamentos tácticos será precisamente más sucinto y de referencia,

existiendo naciones, como Alemania, que en un tomo en octavo de 160 páginas están incluídos todos los reglamentos tácticos, instrucciones para el combate y cuanto se ha creído necesario para las mejores prácticas de la batalla, teniendo 103 páginas la primera parte, que comprende, desde la instrucción individual hasta la de regimiento y brigada, esta última ¡en una hoja!, tratando la segunda del combate de estas unidades. ¡Hermosa manera de ahorrar tiempo y no fatigar el espíritu con lo que no es útil!

Este criterio, aunque no con tales extremos, es el que existe en los demás ejércitos; en el reglamento inglés de 1898, de los tres gráficos que pone, en la instrucción de brigada, uno representa la brigada que, para cambiar de posición al frente, los accidentes del terreno hacen que cada regimiento evolucione de manera distinta, el de la izquierda á la desfilada, el del centro formando columna en el centro y el de la derecha formándola á este flanco con el mismo objeto; de modo que en el gráfico casi están comprendidos los movimientos todos.

En el reglamento francés de 15 de Abril de 1894, se ha llegado á suprimir hasta cinco láminas de las formaciones del orden de combate del regimiento, la brigada y la división, y aunque sus reglamentos parciales distan mucho, por su extensión, de los de Alemania, el criterio tiende á que se igualen.

No tenemos para qué demostrar que la diagonal es la impuesta para pasar de una formación á otra y nunca las rectangulares, pues nuestro criterio es que el orden absoluto se debe sacrificar á la brevedad. Y respecto á que los batallones tengan cuatro, seis ó tres compañías, nos inclinamos á este último criterio, y con más razón en nuestro país dados los recursos con que se cuenta, pues nos parece que valen más tres compañías, con sus capitanes siendo plazas montadas y que tengan nutridos y verdaderos contingentes, que ver lo que pasa hoy; pero separando la razón actualista y además la aplicativa, vamos á demostrar que hasta la técnica nos abona, pues tanto el tres como el dos, raíces son de la táctica.

Dos era la raíz táctica griega, la enomotia de cuatro hombres, porque si tiene este número, las subdivisiones desde la gran falange, la tetrafalanjarquia, dos difalanjarquias tenía; y de dos á dos se iban formando las sucesivas unidades, dos falanges, dos

filiarquias, dos chiliarquias, dos petacontarquias, dos sintagmas, dos tasiarquias, dos tetrarquias, dos diloquias, dos lochos y dos dimerias, que son las que forman la enomotia. Pero si por tales razones los griegos aceptaron el dos como raíz táctica. Adst dice que el tres es el que ha ofrecido más ventajas para el fraccionamiento de un ejército, y que tanto en la táctica antigua como en la moderna, ese número ha desempeñado gran papel, y cuando se ha prescindido de tal cifra, ha decaído el Arte Militar. Pitágoras mismo, cita Navarro, atribuyó al número dos el emblema del mal principio, del desorden, de la confusión y del trastorno; apartándonos de la disertación que pudiera ofrecer la significación de cada número dígito, algo representa el tres, cuando incluso las religiones lo aplican como tal concepto de la idea dogmática; además se pudiera comprender, en último extremo, que sea el dos ó el tres el elegido; pero lo que no se explica es que el batallón tenga cuatro ó seis compañías, después de pasar por las tres secciones de la compañía, que el regimiento tenga dos ó tres batallones y la brigada dos ó tres regimientos, porque en todo ello debía preponderar, en nuestro juicio, unidad de criterio.

¿Está resuelto el problema tanto con lo dicho, como con lo propuesto más ó menos aceptable? De ningún modo, pues nos falta examinarlo en las manifestaciones última de su evolución; pero hagamos constar antes nuestro aplauso, salido desde lo más profundo del alma, puesto que acabamos de enterarnos del «Certamen Militar» celebrado á la primera solemnidad rendida á las letras militares y á su iniciador el capitán de Caballería De Francisco, ya que á uno y otro se le deberán siempre las glorias que el procedimiento conquiste y que su primer premio ha sido para el problema táctico.

Siguiendo con el estudio desde el punto que lo dejamos, hemos de recordar que la revolución francesa rompió el frente de la línea de batalla, lo fraccionó, dislocó sus fuerzas, llamando división á sus partes; pues bien, ahora se trata de romper el frente de las unidades inferiores en el concepto táctico, y vamos á hacer un estudio comparativo de los tres, cuyos nombres llevan sus trabajos, al presentarlos bajo distintos aspectos: Degiorgis, Henrich y Burguete, al que le ha sido adjudicado en el «Certamen Militar» un premio.

Antes de entrar en la última evolución de la táctica, recordemos aquel pensamiento de Clausewitz: «La táctica es el objeto de la victoria; en estrategia, el objeto es la paz ó la circunstancia que más pronto la puedan producir, la victoria; es decir, el éxito, que no es aquí más que el medio»; y uno de los fundamentos para que el medio cumpla su misión, repetimos, son los órdenes tácticos, bajo la base del espacio, el tiempo, las armas y el terreno, y de aquí se desprenden otras nuevas raíces, de las que citamos la habilidad del tirador y la apreciación de distancias, siendo éstas, á su vez, las bases para las soluciones de los problemas tácticos, sin romper el frente y observándose idénticos criterios en lo que estamos tratando, pues si la precisión de las armas no llevara aparejadas estas raíces, claro es que para nada se imponían las transformaciones tácticas, buscando más velocidad en las evoluciones y menos densidad en lo que á las formaciones se refiere, ó de distinto modo repartida la fuerza. Creemos que no estén difusos los términos del problema, siendo la disciplina de fuego uno de aquellos factores que no merecen menor atención.

II

Tres autores y otras tantas escuelas tenemos, por lo tanto, á la vista del problema que vamos á examinar. La del *Avance y fuego de la infantería en el combate*, de Degiorgis, mayor italiano; *Essai de Réglement sur les Manœuvres de l'Infanterie*, del coronel francés C. Henrich, y la de los *Nnevos Métodos de combate*, de Burguete, comandante de nuestra Infantería; y decimos que son escuelas, porque dentro del mismo credo, la formación á la desfilada, con más ó menos extensa aplicación, tienen variantes de conjunto, determinativas en la parte culminante, el combate, y de prelaciones objetivas en el problema táctico, y hasta darlo el primero como estudio, el segundo como ensayo y el tercero como reglamento total y terminado.

Degiorgis va á la balística: «Un hombre, dice, tiene 0,4750 metros cuadrados de frente, y diez hombres, por lo tanto, 4,750

metros cuadrados», y, aun suponiendo que en las hileras no se cubren perfectamente, siempre presentarán menos blanco que la cadena; de modo que si nos suponemos en el campo de maniobras, nos encontraremos que si la compañía está en línea y las secciones marchan al frente, á la desfilada ó á retaguardia, con la columna de compañía, tal y como los nuevos métodos la imponen; esta es, pues, la base de la nueva táctica, la rotura del frente; es decir, que en vez de presentar al enemigo una línea perpendicular á la de tiro, se le ofrecen unas que le son normales; y preguntamos: ¿es que las condiciones balísticas, no de la formación, sino la de la forma elíptica prolongada del haz de dispersión de las balas de los fusiles y las del shrapnels, cuyo eje mayor es paralelo á la linea de tiro, da origen á este cambio de formación? Este es otro aspecto del problema más sucintamente presentado que hemos de estudiar como todos cuantos se presenten en las tres escuelas, ó sistemas doctrinales, mejor dicho.

Con la compañía formada, hagamos el supuesto de un enemigo á cierta distancia, y tendremos que la compañía avanza, y al romperse el fuego, dice Degiorgis, que empieza por la escuela de escuadra, que se reconcentra, se arroja al suelo, se cubren, se destacan pocos hombres, porque en la línea de fuego no debe haber muchos, cuatro ó cinco por escuadras, otros grupos adelantan á los primeros, siempre procurando cubrirse, los soldados portasacos de municiones reemplazan á las que se gastan, y se llega al choque, como se ve, á *saltos*, y practican estos movimientos á la carrera.

Estos son dos primeros puntos á discutir, puesto que mientras Degiorgis los deja así sentados, Henrich y Burguete se diferencian el uno del otro; aquél dice que la línea más eficaz es una sola fila; el segundo, que la línea se establece, no á saltos, sino por incorporación de grupos y con refuerzos á la desfilada; y es más, el coronel marqués de Mendigorría, en una Memoria que presenta como resultados de los ensayos de Burguete, rechaza esto último y hace recordación de la eficaz cadena alemana de dos y tres filas de espesor; pero no adelantemos juicios, y sirva ya lo dicho como proemio de conceptos delineados y no constituídos; resulta, pues, que al hacer fuego, ó bajo el fuego enemigo, van los tres sistemas á la línea y al orden abierto ó al que las adap-

taciones del terreno se presten, incluso no cambiar la nueva formación, según Henrich, lo que queda á la iniciativa del jefe.

Degiorgis, para llegar á estas conclusiones, se funda en que una infantería bien adiestrada y dirigida en el fuego, si tiene ocasión de emplear á las distancias máximas sólo los mejores tiradores y de hacer entrar en acción á los menos diestros de un modo gradual á las distancias menores, podrá obtener en más breve tiempo, con menos sobreexcitación moral, con menor consumo de municiones y con menos pérdidas, mejores resultados que una infantería que cifre la esperanza del éxito en el empleo simultáneo de muchos fusiles, criterio distinto del alemán, del de Henrich y del de Burguete, que va al arma blanca.

De la escuela que dijimos al principio, hemos descendido al sistema, puesto que á más del examen abstracto-científico, todo lo subordina al experimental y balístico; desde el avance en el campo de batalla, como resultante, á la formación como fundamento, y nos ocupamos de Degiorgis, que dice así más adelante: «El incesante crecimiento de la eficacia del fuego, tanto de fusilería, como de artillería de campaña, impone la necesidad de estudiar para la infantería, una formación de combate que sea capaz de sustraer á esta arma, del modo mejor posible, á los efectos mortíferos de dichos fuegos; lo mismo en el movimiento inicial de avance, que en los últimos y sucesivos cambios de posición (saltos ó escalones)», y con sujeción á esto, presenta tres bases para hacer su estudio: Primera, la magnitud del blanco que presenta la infantería en su movimiento de avance; segunda, los fuegos de infantería, y tercera, la dirección y entretenimiento del fuego.

Respecto á la primera dice: «La teoría y la práctica, de común acuerdo, convencen de que si una fracción que se dirige hacia el enemigo, adopta en su avance la formación *en línea de filas* (á la desfilada), convenientemente espaciadas entre sí, presentará menos blanco y deberá sufrir por consiguiente, menos pérdidas que si avanza en guerrilla, tanto contra infantería, como contra caballería». Y veamos de qué manera se coloca el problema en los mismos términos que lo hacía nuestro Santa Cruz de Marcenado; pero sigamos adelante: el mayor italiano, según propia declaración, empezó sus trabajos, cuando tenían los italianos el fusil Vetterli, modelo 1870-87, de modo que los trabajos de hoy son

ampliación y complementarios de los de entonces, ya que son otras las armas.

La formación de la compañía la hace por clasificación de tiradores, dentro de las escuadras y secciones, en el orden de excelentes, muy buenos, buenos, medianos, regulares y malos, formando por tal regla. Esta formación de combate la llama abierta ó cerrada, la primera cuando queda sostén al desplegar una ó dos escuadras de la compañía, y la segunda cuando ese sostén toma intervalo entre sus fracciones.

Sujeto á este criterio, establece que las diferentes distancias que han de guardar las escuadras ó hileras entre sí, que se llama intervalo de seguridad, en forma de línea de filas, varía en sentido inverso á estas distancias, porque la máxima la establece á los dos mil metros, de 30 pasos y desciende hasta los 275 metros á la que da cinco pasos; esto respecto al fuego de la infantería enemiga, pero si es con el de la artillería, la variación no es remarcable, pues el radio de sección recta del haz de dispersión de las balas de shrapnel, muestra que está comprendida la casi invulnerabilidad lateral en la misma regla que para el haz de las trayectorias de fusilería dirigida sobre una fila determinada, y por último, sobre las maniobras de compañía, dice que los movimientos de una compañía así formada se reducirán á muy poca cosa.

Pero en todo esto que entra la regularidad, la minucia intrínsica y formulista, pudiera aparecer la conveniencia; mas cuando el sistema empieza á oscurecer es en el momento que el combate toma mayores proporciones, avanzando seis escuadras esparcidas en esta formación, y que las diez restantes las siguen en sostén; verificando este avance en saltos por fracciones escasas en forma periódica, según la distancia que se vaya ganando al frente, concluyendo por evidenciar que lo mejor será ocho escuadras en línea y ocho en sostén; cuando no ha mucho manifiesta que al empezar el fuego los soldados se concentrarían, se arrojarían al suelo, se cubrirían y se destacarían pequeñas fracciones en el avance, en lo que más parece que desarrolla un plan como si tratara de un juego de guerra, salvando ó pretendiendo, incluso el inconveniente de resultar los soldados mezclados por estatura, al formar las compañías, según aptitudes en el tiro, con que las compañías se formen por la talla que den los soldados, lo que se puede

ver que atenuaría pero nunca evitaría lo que el autor pretende.

El trabajo de la traducción de este sistema, debido al capitán Martínez Aloy, no está acabado de publicar por la *Revista Científico Militar*, de Barcelona, pero creemos tener bastante con lo dicho para formar exacto juicio, toda vez que el título no abarca más que el avance y marcha retrógada de la Infantería, y que da demostrado que todo se sacrifica al método que amplía el desarrollo balístico experimental y de supuestos tácticos.

III

El coronel francés Henrich invierte en un todo los términos; empieza por el batallón como unidad táctica y acaba por la escuela del soldado, fundamentando su trabajo en las máximas siguientes: «En la instrucción del soldado todo lo que es inútil es perjudicial.» «Es menester aplicar cada formación al fin de la guerra», Dragomirof. «Cuanto más simple y corto es un reglamento más vale.» «Los movimientos de los batallones y de las compañías no deben ser creados más que para facilitar los movimientos de mayores unidades», general Fhilebert. «Cuanto más sencillo es un reglamento, las evoluciones que prescribe mejor pueden ser ejecutadas», general de Hohenlohe.

Lo primero que se ocurre al analizar tan grandiosos pensamientos, es que si fuese posible escribir un reglamento que á todos los comprendiera, se había resuelto el problema que tantas energías intelectuales consume.

El escritor francés, considera cuatro formaciones en su ensayo, para el batallón: de concentración, de marcha de combate y de parada: con sólo el examen de los primeros gráficos se observa que la formación del batallón en línea concentrada, la compañía de la izquierda está en orden de desfilada y las otras en formación normal; es decir, una formación mixta, y que lo mismo sucede en el orden de columa concentrada, con la compañía de vanguardia de la izquierda. En cuanto á la columna de marcha, en la cabeza está colocada la compañía del orden citado.

Respecto á la formación de marchas, considera tres casos: no acercarse al enemigo, hacerlo y buscar los contactos. En el primer caso, por la velocidad bien entendida, entre once y quince minutos por kilómetro; en el segundo caso, por la columna de marcha, y en el tercero, por las de combate. Estas formaciones están basadas en el conocimiento de los efectos del armamento en uso. En el avance bajo el fuego de cañón, lo hace la infantería en pequeñas fracciones de sección, ó de pelotón lo menos, marchando de á cuatro y distanciados en veinte metros los unos de los otros, distancia superior á la del haz de dispersión que la granada forma al estallar. En los altos se presentará al enemigo la línea más delgada y lo menos visible que se pueda, para lo que se formará en línea, aprovechando los resguardos del terreno, echándose al suelo inclusive.

El avance bajo el fuego de la infantería hasta los 1.300 metros, se hará como queda dicho, pero desde esta distancia se formará la línea, abriendo los intervalos entre los hombres lo más posible, teniendo presente que sea sin que pase de cuatro metros, porque la mucha extensión dificulta el mando, y por último, bajo los dos fuegos, no se variará el procedimiento.

Después dice que el máximum efecto que puede obtenerse con el fuego de la infantería es en una fila en la que los soldados tengan el contacto de codo con codo, porque en más de una fila se estorban los unos á los otros, la intensidad del fuego disminuye, aumenta la vulnerabilidad, y no se obtiene, por lo tanto, más que dos graves inconvenientes, opinando que esta línea de fuego debe ser formada por la mayor cantidad de fusiles posible, para que el enemigo sufra las más grandes eficacias de los fuegos.

El batallón, agrega, debe bastarse á sí solo, tanto en el choque como en la reserva, é ir por columnas de compañías, de medio batallón ó simplemente acoladas, aprovechando los accidentes del terreno y en las formaciones menos vulnerables, hasta el punto donde deban formarse las columnas de asalto. Las columnas se forman acolando las secciones de una ó de dos compañías, marchando por el flanco de las subdivisiones, que es la formación normal. Estas diversas columnas tendrán su objetivo particular; si son de medios batallones simples ó acoladas, las compañías de cola seguirán á 100 metros á las de cabeza, en el

camino ó en el escalón, para reforzar el choque al menor motivo que lo imponga.

Y por último, presenta la columna de 16 á 32 hombres de frente por una sección de fondo en el batallón de cuatro compañías, ó sea á la desfilada, que resultarán grupos de 300 ó 400 hombres, que obrarán simultáneamente ó sucesivamente sobre la llave de la posición.

La formación de parada es la de línea, y hemos de hacer notar que nada dice de maniobra de batallón; no obstante, el sistema parece práctico, menos balístico y más topográfico, armonizando estos dos grandes factores; sobre todo, su trabajo está concluído, y en el ensayo se ve que la nueva formación es un caso más de la columna de secciones, medios batallones, batallones simples ó acolados, de los que el jefe escoge según las circunstancias.

Al llegar después á la compañía, dice, que la considera unidad de administración y de combate, y que hay que evitar la dislocación de sus diversos elementos; su criterio en los distintos casos que presenta, está sujeto á lo dicho en batalión; propone los grupos exploradores y trata de justificarlos, se extiende en explicar las defensas contra las sorpresas de caballería, y pasa á las maniobras de compañía, en la que presenta cuatro formaciones: la concentrada, que es la de las cuatro secciones acoladas con seis pasos de intervalo y dieciséis hombres de frente; la de marcha, en la que van unas tras otras y cuatro hombres de frente; dos que llama de ruta, en las que se acolan los pelotones ó las secciones de cada uno, que son de ocho hombres de frente, considerando la primera formación, como preparación para el combate, y, por último, en la reserva, presenta la compañía con sus secciones escalonadas y grupos exploradores en vanguardia y retaguardia

De estas formaciones presenta siete movimientos, que llamaremos simples al no repetirlos por distintos flancos: la columna concentrada de secciones tomando más distancias en el propio terreno y en el frente; pasar de la columa de marcha á la de compañía; de ésta á la de marcha; de la compañía á la de combate, en el que las secciones se distancian en el frente de una de ellas, y cada uno de sus jefes adopta la formación de línea ó por cuatro, según lo que el terreno ofrezca; pasar á la línea desplegada, á un

flanco y de la columna á la línea al frente, que se abren los intervalos y se descabeza á un flanco.

Después de lo que hemos dicho al ocuparnos del batallón, no creemos tener que ampliar el concepto que nos ha merecido tan notable trabajo, que es un esfuerzo sobre los practicados por el eminente escritor italiano, tanto más, cuanto que hemos de concluir demostrándolo con una síntesis comparativa de los tres sistemas; pasamos, pues, á los métodos de Burguete, que ostenta en su pecho la Cruz Laureada de San Fernando, que es la mayor de nuestras veneradas insignias de guerra, y dejamos en ello al marqués de Mendigorría, ya que él, con mejores competencias, escribió una memoria como concluyente á lo hecho en el terreno, según dijimos, que es donde se va á buscar las confirmaciones de los estudios.

IV

«Sería el *desideratum* lograr lo que los romanos y más tarde Federico con su Ejército, que entre los ejercicios de paz y las maniobras del campo de batalla no había otra diferencia que la de hacerse los primeros sin efusión de sangre». En este criterio, que hermana con los alientos que imponen alcanzar la alta recompensa que tiene, fundamenta Burguete la parte psicológica de su trabajo, y la mecánica, en los estudios y en su propia inspiración, porque, ¿qué duda tiene que en mucho se diferencian de cuanto hemos estudiado, lo que amplía, complementa y hasta mejora en varios casos?; pero vamos por partes.

Córdova, después de aplaudir, con ciertas reservas, la marcha de la columna, porque por donde pasa un hombre, cabeza de hilera, salva toda ella los obstáculos, que romperían la línea al no adaptarse al terreno la formación; sin esas reservas, la supresión de los movimientos en línea, y más en un Ejército como el nuestro, que tanto le falta para llegar á lo que estas marchas exigen y que el alemán lo llena, Córdova, decimos, después de éstas y otras consideraciones, entra á examinar el proyecto bajo el punto

de vista de las necesidades y condiciones esenciales de la táctica elemental que considera tres.

Primero. La de crear una sólida y estrecha cohesión en las formaciones, cohesión que es base del orden, de la fuerza y de la disciplina de las tropas.

Segundo. La de que estas formaciones sean maniobreras.

Tercero. La de que sean aptas, para que sin largos movimientos preparatorios, es decir, sin gran pérdida de tiempo, pasen rápidamente de los órdenes profundos á los órdenes delgados, únicos que permiten á las tropas de infantería hacer uso de las armas.

El plan ha de admitirse como bueno, y veamos cómo lo desarrolla.

Después de no aceptar los movimientos rectangulares del reglamento, al pasar de una formación á otra y de decir que la cuestión de contactos que falta en el orden de filas, sería cuestión de experiencias, agrega que la columna cerada de compañía, que es la verdadera maniobrera del sistema, no es buena para desplegar en línea, si no modifica antes su formación; pues ha de hacerse un movimiento preparatorio al tener que ensanchar los intervalos al pasar á la columna abierta ó de despliegue, menos cuando es una sección la que lo hace, pues al marchar las otras de reserva, dejan sitio, y así resulta ventajoso, como ganando terreno al frente, y se equilibran los inconvenientes y ventajas en los despliegues sobre el propio terreno; pero que el paso ligero que el autor recomienda presenta desventajas.

Es más; afirma que no partiendo de este caso, que es el peor, y sí del de la columna abierta, los movimientos se hacen con mucha mayor rapidez que como el reglamento prescribe, y la razón es clara, puesto que el movimiento preparatorio se suprime.

El autor considera á la sección como unidad táctica, criterio que está, en nuestro juicio, al lado opuesto de tener por tal al batallón, por lo que sería mejor acostumbrarse á considerar la compañía, ya que lo es de combate, y esta sección la divide en dos pelotones y cuatro escuadras, y el coronel Córdova, después de acertadísimas consideraciones, viene á las conclusiones siguientes, como resultantes de lo anterior.

Primera. Que sea uno y único el procedimiento para el despliegue en línea y para el despliegue en guerrilla.

Segunda. Que no sea nunca preciso la interpolación de individuos, que es una de las pocas cosas con la que no estamos conformes.

Tercera. Que tanto en el orden cerrado, primero, como en el de la línea luego, como en la guerrilla, al fin, se conserve, se mantenga, se imponga á la escuadra, como fracción orgánica, una constrante separacion, una perfecta unidad dentro de la fracción mayor á que pertenece, algo así como lo que me atrevería á llamar una *personalidad propia y definida*, que sin llegar á la autonomía, le da, no obtante, una conveniente utilización para las dos más importantes y casi únicas cosas que deben realizar estas agrupaciones elementales del soldado: marchar y combatir.

Luego nos presenta la formación de columna cerrada, por secciones y el cuadro, doce evoluciones, y dice que la línea no es más que una formación de combate para el estacionamiento, para el fuego ó bien para el combate mismo. En el batallón, agrega, existen siete formaciones: columna cerrada por compañías, abierta, columna doble y cerrada, orden escalonado de cuadros, columna de batallón por secciones; y aun comparándolo con el rereglamento, que tiene catorce, las considera excesivas, puesto que en el reglamento alemán, que hemos citado, resultan tres: la masa, la columna de batallón y la doble, fundándose en el principio de que la compañía es la unidad maniobrera y el batallón la táctica; y en cuanto á los movimientos, los alemanes dan seis.

Además, hemos de observar que la táctica tiene dos raíces: el pelotón, dos escuadras; la sección, dos pelotones; la compañía, tres secciones; el batallón, cuatro compañías; la brigada, dos ó tres batallones, y la división, dos ó tres brigadas.

Al examinar Córdova, las marchas de frente, á retaguardia, por los flancos, cambios de dirección, etc., como confirmación de su criterio, hace la siguiente cita del reglamento alemán: «En la guerra sólo obtienen resultado los medios simples. No se trata, pues, sino de enseñar algunas formas sencillas, pero es preciso que se enseñen estrictamente y á fondo, y que se sepan imperturbablemente.»

Pasa por último al combate; dice Burguete, que las tropas marchan en la zona de fuego en formaciones concentradas ó á la desfilada, las compañías por secciones de á cuatro, las secciones

de á dos y la escuadras. Que cuando las tropas se estacionan bajo el fuego, pasan á la línea ó á la guerrilla en esta forma: dos compañías en la línea de fuego, una en primera reserva y otra de segunda. Las distancias entre las líneas han de ser mucho mayores que el eje de la elipse, que establece en el sentido del fondo el haz de dispersión de los fuegos de artillería y de infantería.

Sobre los estacionamientos, dice Córdova que están las tropas en situación más vulnerable; que la columna abierta con dobles intervalos sería mejor, toda vez que puede asegurarse que á los 2.000 metros sería invisible, y más rodilla en tierra, evitando así la mucha extensión del frente; este caso, pensamos, es también de detenido examen.

Aquellas distancias de las tres líneas están justificadas porque las acciones que se entablan antes entre los 1.500 y 2.000 metros se hacen hoy á los 3.500 y 4.000 metros.

Córdova está conforme con la formación de las tres líneas por compañías, porque resuelve el problema de la unidad de mando en esta fracción, y nosotros agregamos, y también uno de los asuntos más debatidos, porque estando la compañía en la línea y no en ésta y la reserva, el capitán cuida de ella toda; y Henrich pretende llevar este criterio al batallón, y respecto á las grandes distancias que entre las líneas establece, también resuelve la supresión de las reservas parciales de compañía, apoyado en la misma razón que las de sus formaciones en desfilada, que los proyectiles más van al terreno, el fondo, que á la línea, el frente, como hemos dicho, llegando por este criterio á las dos líneas, inclusive, de los órdenes de batalla de los grandes ejércitos, simplificando así, no sólo los escalones, sino las líneas.

En los refuerzos de las líneas de fuego, que las otras han de darle sucesivamente, el autor desecha el salto y propone la desfilada, como despliega en guerrilla nuestro reglamento, y Córdova no lo admite, diciendo que se debe avanzar en el nuevo frente, como lo hacen los alemanes, formando un guerrillón de dos ó tres filas, esto es contrario al criterio de Henrich y más al de Degiorgis ó que se deje sitio en el frente replegándose á un costado la linea para que entre el refuerzo. Que las fracciones avancen, apoyadas en el terreno, continúa Burguete, y al incorporarse otras establecen nueva línea de fuego, lo que viene á ser como

preparación de lo anteriormente dicho; propone los grupos de exploradores, que Córdova acepta aunque no los tienen los principales ejércitos, y agrega, que Burguete nada dice de las marchas en retirada; y cita como términos de conclusión este pensamiento del autor: «Pese á la humanidad, de todos cuantos proyectos se inventen, ninguno podrá sobrepujar al soldado»; y como corolario, este otro: «El fuego no es sino auxiliar de la marcha». Y termina su notable trabajo viniendo á decir: «no bastan los arrestos de los grandes espíritus, sino que, lejos de elevarse buscando el medio ambiente que se les impone para la vida, según ellos, han de bajar, á fin de encontrar los realismos de ella, recomendando, por último, para llegar á solución concreta, ensayos comparativos, y sobre el terreno, de lo que nuestro reglamento prescribe y lo que Burguete propone, pero de batallón como unidad táctica, por ser el único modo de tener un reglamento definido y acabado».

Con estas palabras podíamos terminar nuestro estudio abarcando los tres sistemas analizados, pues Degiorgis detalla con exceso, pero no acaba; además, ya hemos dicho que el problema no lo acomete en concepto general, sino limitado y aun sin concluir; pero aun de este modo hay un punto de partida común á los tres: «la columna á la desfilada», cuya unidad es la misma en los tres proyectos; luego ya tenemos fenómeno, principio, que trasciende á ciencia; pero visto que apenas tratado de admitir el sucinto y hermoso pensamiento de Córdova nos separa de él las imposiciones de la lógica, hemos de dejarnos llevar por las circunstancias; veamos cómo. En Italia, en Francia y en España se coincide en una nueva formación para el combate, ¿es nueva?, no; es una reforma de la formación de que Santa Cruz de Marcenado propone en sus *Reflexiones Militares* en el orden y en cuanto al método, el que establece San Pedro en la desfilada para el despliegue, según el reglamento; pero nueva ó no, estos autores la aplican á los nuevos métodos de combate; Degiorgis, en las primeras unidades; Henrich, en el batallón, aunque sin maniobras, y Burguete llega hasta la división; y como esto no puede rechazarse, hemos de admitirlo; veamos ahora cómo avanza la fuerza.

Si, en supuesto, la manda Digiorgis, en desfilada, bajo el fuego se para, forma la línea cubriéndose y adelantando á saltos en pequeñas fracciones, compuesta de los mejores tiradores; si es

Henrich, el avance es igual, la línea idéntica, pero al hacer fuego, ya varía; es continua en vez de escalonada, con aquellos intervalos que el terreno y las circunstancias establezcan, única y lo más nutrida de fusiles que sea posible; en el choque, desaparece la línea, y elige entre las varias formaciones que cita, incluso la moderna, lo que deja á la iniciativa, y va á la unidad del batallón, no diciendo nada de la clasificación de tiradores; pero su proyecto queda, puede decirse, en la compañía aunque en la formación de ella como reserva, que es en escalones con sus puntas, se vislumbre algo de preparaciones para la retirada.

Sucede en el mando Burguete: avanzan sus tropas por igual sistema, forman, como las de Henrich, en una línea, pero formadas por grupos, al entrar en fuego, para convertirse en dos y en tres, como el guerrillón alemán, aunque no lo hagan en orden paralelo y sí á la desfilada; al pasar de la columna á la línea, antes de todo esto, no lo verifica como Henrich, con movimiento preparatorio, por lo que es mejor, y llega al choque con sus grandes energías por el cuchillo del Mauser, y en el reglamento á la división.

¿Qué se desprende de todo cuanto llevamos dicho, dentro de la técnica más estricta? Que admitiendo la formación de la desfilada como principio reconocido, aun sin la sanción de la práctica, que como aún así no forma ciencia por ser sólo, que como dentro de él existen las diferencias vistas y otras que se pudieran citar, no puede considerarse la evolución que en la táctica se está verificando más que como un período de incubación en lo que mañana pudiera ser una revolución verdadera, que reducidas las tácticas á sus verdaderos límites, al entrar los nuevos métodos en ellas, aun pudieran ser sucintas, contando con esta parte, que sin disputa es la resultante de los espíritus superiores, que moldean las ciencias, aunque no lo hagan en sus últimos y remarcables contornos, y que no por esto dejan de merecer menos de los Estados á cuyo bien dedican sus energías todas.

Conclusiones.

I

Estamos en el fin, después de recorrer tan largo camino, que parecía no iba á tenerlo nunca, y es que el hombre lo consigue todo, más ó menos perfectamente, cuando no le faltan ni energías ni amor al trabajo; y veamos cómo, por razón aplicativa, sin buscarlo, hemos llegado á la fundamental; porque el trabajo es la clave de todo y de todo origen, resultando que esta sola proposición nos llevará á la concluyente. El trabajo tiene su primera manifestación en el espíritu, en el hogar y en la escuela; en la materia en las industrias, á partir de su primera noción; aquéllas y éstas dan las resultantes, por la táctica, en los campos de batallas con la victoria, que marca así la energía militar de todo Estado, y vuelve á aparecer la palabra mágica, que da producto industrial, intelectual, rendimientos militares y consideraciones sociales é internacionales, por las que se va á las alianzas; otra palabra que representa el equilibrio de la paz y el camino de la hegemonía, por la política y por la guerra.

A poco que recordemos vendrá á nuestra memoria, como hemos demostrado: «Que por las alianzas se encuentra, en el presente, determinada la paz de los pueblos.» Hoy preponderan las alianzas políticas, veamos si no la triple, examinemos las duples, y, aunque todas tengan fondo económico, el pabellón que cubre es el político. Las alianzas de raza se encuentran mientras tanto envueltas, ó por la penumbra del platonismo, ó por las ocultaciones más extremadas; nos lo prueban: en las primeras, nuestros lazos de unión con las naciones hermanas de América y las del continente; con aquéllas, las vibraciones del éter, por intervenidas, ó no llegan, ó las absorben cuando conviene, las brumas del Atlántico; y con éstas, con las naciones latinas del Continente, nos separan recelos, antagonismos y, ¿por qué no decirlo?, deslealtades; y no nos han bastado los hechos para cambiar de pro-

cedimiento, estando muy por encima de las guerras, de las desdichas y hasta de los desmembramientos de la Patria esta sola consideración. «Que cuando las razas hermanas se destruyen, las que no lo son las aniquilan», pero no la hemos querido entender, y si no estamos lo mismo es por encontrarnos peor.

Las otras alianzas de razas por ocultaciones extremadas no hay para qué profundizar para conocerlas; recientes están los hechos entre Inglaterra y los Estados Unidos en nuestras desgracias y las de los boers. Y veamos, por último, otra forma de alianzas, las del territorio, que es base de todo Estado, y que vienen á ser uno de los caminos de la grandeza, por unidad territorial impuesta, como Inglaterra é Irlanda, buscada como la Prusia y los Estados de la Confederación alemana del Norte, Italia y aun los Estados Unidos, en las que palpitan esas conveniencias mostradas en otra forma, pero que marchan al mismo fin: al del engrandecimiento.

De modo que entre las clases de alianzas dichas, la única que no produce beneficios hasta el presente, es la nuestra con las naciones hermanas de América, y nos referimos á las materiales, porque las del espíritu, no ha mucho, pruebas bien manifiestas nos han dado de mutuas recreaciones.

Ello es que la raza latina se encuentra en un período de decadencia bien remarcable; que aquella Europa, que porque sus habitantes eran blancos, y que tomó el nombre de la que simbolizaba este color, y la belleza más pura, tal como la iconología nos la describe, hasta inspirar la mayor de las pasiones al rey de los reyes de la antigüedad, ostenta esa raza en tal estado, y que si en el Continente viejo así resulta, en el nuevo su condición y estado no es mejor, aunque las formas de sus instituciones cambien.

Pero analizando el problema, veremos que más que de razas y de territorios, es de falta de actividad intelectual y física. Estudiado el por qué de la razón de las diferencias de la nación armada en Europa, como tipo á resolver todos los conflictos y esperanzas, y de la manera de ser bajo este aspecto en América, porque en el viejo no hay que pedir más que defensas, hijas de sus temores, recelos y desconfianzas, y al joven alegrías, esperanzas é ilusiones, de lo que resulta que para vivir en Europa no hay más que garantirse con la Milicia, hemos de ver que, no obstante esas

diferencias, hay las mismas causas determinantes, en cuanto lo que á la decadencia de nuestra raza se refiere, y vamos á intentar demostrarlo.

La inmigración anual en New-York es enorme; su contingente lo nutren, en su mayor parte, alemanes, italianos, suecos, noruegos y austriacos, que como los que de nosotros van, principalmente á la América del Sur, por todo aquel continente se esparcen, resultando fuerzas que se pierden aquí por no aplicadas, y que se ganan allí porque empleo tienen; y este flujo y reflujo de la humanidad ha hecho naciones, engrandecido pueblos y vuelto á la vida en muchas ocasiones, á los que tenían la amenaza de perderla, y naciones como Egipto, Persia, India y China, se ven como están, después de haber sido lo que fueron; y continentes como Africa, reina del mundo, muere casi con el turbante, y resurge potente con el kopfbedeckung, explotando las minas de brillantes en el Sur, más arriba las de oro, y en muchas partes, lo que eran desiertos áridos é improductos, se ven hoy trocados en verdaderos pueblos de palacios, en donde la vida recreativa, intelectual y productora, se extiende de manera prodigiosa.

En Méjico mismo, nuestra nación, tan hermana como querida, se ven hoy sus minas en producto, sus campos que florecen y sus ganados que se multiplican por el trabajo; pero esos beneficios, ¿son hijos de su propio esfuerzo?, no, triste es confesarlo; aunque repetir sea las palabras de su actual Presidente, ese trabajo productor que se ofrece en tantas manifestaciones, es de los yankees, y el trabajo que muere en Asia, que resurge en Africa, que se estimula en América y por el que la raza germana ha recobrado el puesto que había perdido, no reconoce patria ni continente, es como el comercio, como las industrias, como el crédito público, porque éstos, sus manifestaciones son; es cosmopolita, va donde su raíz agarra, una vez que el germen toma la primera forma de su evolución y se encuentra en la humanidad, para la que á su vez no hay edades, ni pueblos, ni continentes; como el trabajo existe donde hay sustancia que la nutra, donde puede propagarse, se debilita por la vejez y desaparece con la muerte, no la humanidad, sino los individuos que forman esa grandiosa conglomeración, por la faz de la tierra; pero estos individuos, al desaparecer, son sustituídos por otros más vigorosos, hijos de otras regiones y

aún de las mismas, por las enseñanzas, de cuerpo y de espíritu, y las razas que parecen viejas y que son pobres, resurgen jóvenes y ricas, mientras la humanidad sigue ese camino, que sólo Dios sabe.

Para eso se requieren á la vez dos cosas: actividad y método; otra palabra que simboliza una escuela, la de orden, sucesiva, terrenal y encaminada á un fin, que es la germana, actualista; en frente de ella está la de inspiración, la sublime, la de grandes concepciones, personificada en nosotros, en la raza latina; pero hay que convenir que mientras puede haber algunos Scharnhors y Moltke, que los han tenido que complementar Stein y Bismarck para lograr grandes éxitos, pero limitados siempre, los hombres como Alejandro, César y Napoleón, no se han repetido, según la historia, ya que con las altas inspiraciones de sus espíritus todo lo abarcaron, haciendo perder en momentos á naciones y pueblos enteros sus seculares instituciones é impuesto sus voluntades en el mundo que conocieron.

Se impone, pues, que este gran problema que abarca el conjunto, se resuelva, optando por el término medio, entre los dos descritos, ya que el método no es infalible y además limitado, y la inspiración cada vez ha de ser más difícil que improvise, y la raza eslava que amenaza á más distancia, y la germana, que nos abate estrechándonos, tendrán que detenerse, y nosotros nos reintegraremos, por eso mismo que la humanidad es una, en el sitio que por nuestro trabajo y derecho nos corresponde, pues en sus sitios están, con más ó menos parte de la telúrica, desde el astro que por los espacios va, hasta el protozoario que en la tierra nos da el más simple movimiento.

Y tú, Patria querida, á la que todos debemos consagrar la existencia, piensa que de esta única manera, con la unión de tus hijos todos, por la ciencia, el método y el trabajo, en sólido consorcio con la inspiración de nuestra raza volveremos á ser lo que fuimos cuando los ecos de tus glorias no se apagaban, ni recorriendo todos los ámbitos del mundo, y si la técnica del mecanismo de la existencia sideral en ese espacio infinito, á la de las naciones la aplicamos, veremos que aparecen inmensas nebulosas en oriente, centro, mediodía y occidente de la Tierra, con el Japón, Alemania, Italia, Africa y los Estados Unidos, de los que tú

podrás ser el nexo, ya que Dios te colocó en donde se agita la vida comercial, la industrial y la intelectual en todas sus ramas.

Piensa que todo ello, aplicado en el patrio suelo, resultará, el cultivo de los campos, las mansas aguas de los canales que llevan la vida por donde quiera cruzan, que los saltos de agua pueden trocarse en energías que den luz á torrentes é inundación de productos industriales, las carreteras que se ensanchan y se multiplican, las líneas férreas, y los metálicos cables que son redes en las que la actividad se agita, las minas que se explotan, y los mares que sus productos rinden, y todo esto, por el propio esfuerzo y bajo el amparo de la Milicia, con la actividad nada te falta.

Si crees á tu pueblo viejo y á tu suelo improducto, ya sabes el camino para trocar los términos; es más, un signo tienes para emprender la marcha, un monarca joven, educado por madre sin ejemplo y reina excelsa y de virtudes muchas; con su corazón lleno de alientos de gigante, que agrandan más las esperanzas de su alma, que todo lo espera del amor que siente por el pueblo, cuyos destinos rige, y sus glorias simboliza; y si á él se unen los elementos sanos, activos y productores, pronto, muy pronto, se verá en ese espacio infinito, donde el éter reina, una nebulosa más, que entrará de lleno en la existencia intelectual de los pueblos que saben reconquistar la más completa hegemonía.

Se acabó de imprimir esta obra
en la Oficina Tipográfica
EL TRABAJO, *á los 6 días*
del mes de Enero de
MCMIII años.

B

J. CASANOVA

TELURICA NACIONALIDADES Y MILICIA

19848

PUBLIC